
HASTA QUE EL VIENTO TE DEVUELVA LA Sonrisa
neo
Alexandra Roma

HASTA QUE EL VIENTO TE DEVUELVA LA *Sonrisa*

Alexandra Roma

Plataforma Editorial

neo

Primera edición en esta colección: mayo de 2017

© Alexandra Roma, 2017
© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2017

Plataforma Editorial
c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14
www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-17002-54-1

Realización de cubierta: Lola Rodríguez
Realización de cubierta y fotocomposición: Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (**www.cedro.org**).

Para Pilar e Inés, lo más bonito de escribir
esta historia ha sido compartirlo con vosotras.

Índice

Prólogo
Primera parte: Sam
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Segunda parte: Sebastian
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Tercera parte: April
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

Agradecimientos

Prólogo

–¿Estás preparada?

–Nunca en mi vida lo he estado tanto.

Sam asintió. Tragó saliva y me acarició las mejillas con ternura. Descendió paseando sus dedos por mi cuello y se detuvo. Apartó uno de los tirantes del vestido y depositó un suave beso en mi hombro, mirándome fijamente. La respiración se me aceleró y tuve la sensación de que me costaba expulsar el aire de los pulmones cuando sus labios se curvaron hasta regalarme su mejor sonrisa ladeada, acentuando esos hoyuelos que me volvían loca. Sus manos continuaron su viaje descendiente lentamente, trazando con mimo el sendero hasta mi espalda. Empezó a desabrochar la cremallera y yo sentí que el corazón bombeaba con tanta potencia que dolía, presionando las costillas para salirse de mi pecho, envidioso porque las yemas de sus dedos no lo rozasen de la misma manera que al resto de mi cuerpo. Activo. Vivo. Enérgico. Con unos latidos estremecedores.

La tela cayó, arremolinándose en mis pies. Me quedé desnuda delante de él. Había supuesto que cuando algo así sucediese me sentiría insegura por la exposición total. Experimenté todo lo contrario. Me pareció hermoso comprobar cómo a Sam se le secaba la boca y me miraba con los ojos muy abiertos de arriba abajo del mismo modo que lo hacía un niño pequeño ante su primera lluvia de estrellas, impresionado, admirando la belleza del universo.

Se agachó e inmediatamente levanté los pies del mullido césped para que pudiera retirar la prenda. Contuve el aliento. Sus manos se movían por mis muslos, ascendiendo, logrando que la piel se me erizase allí donde dejaba su cálida huella. Apoyó la frente en mi vientre y me dio besos húmedos alrededor del ombligo para después soplar y provocar que la piel se me pusiera de gallina. Siguió jugando, con sus labios descendiendo, hasta ponerse de rodillas y colocar los dedos en las costuras de mis braguitas, tirar de ellas y quitármelas. Sentí que el suelo había desaparecido debajo de mis pies a medida que los levantaba para lanzar la ropa interior al otro extremo.

Abrí la boca para tomar una bocanada de aire. No lo encontraba. Había desaparecido.

Alterada, busqué su mirada y lo que encontré tuvo un efecto balsámico en mí. Era él. Sam. El mismo chico encantador de siempre y diferente a la vez. El joven al que había querido toda mi vida y con el que ahora daba el paso definitivo. No había espacio para el miedo. Otras sensaciones tenían más poder. La seguridad de que estaba haciendo historia. La mía. Propia. Un recuerdo al que querría regresar siempre. Escaparme a él. La medicina que podría curar cualquier cosa. Me perdí en el familiar e intenso color azul de sus ojos, que ese día tenían una particularidad nueva, desconocida y salvaje, que los impregnaba de deseo.

Rozó mi vientre con la nariz con mimo y se puso en pie. Enfrente. Esperando con paciencia. Las manos me sudaban conforme las aproximaba a su pecho y temí tener que pedirle ayuda para quitarle la camisa. Estábamos cerca. Demasiado. Con ese olor que conocía tan bien inundándolo todo hasta no dejarme pensar con claridad. Pegué un estirón con ansiedad y rompí el último par de botones.

–No pasa nada. Era vieja. –Se adelantó antes de que le pidiera disculpas con una voz ronca, proveniente de sus entrañas, que nunca había oído y que me produjo una especie de cosquilleo en la zona baja del vientre.

Tiré la camisa blanca al suelo y serpenteé con el dedo que tenía colocado en su pectoral hasta llegar al pantalón. Sam colocó su mano sobre la mía y me ayudó a desabrochárselo. Se bajó los pantalones de un tirón y agitó los tobillos, lanzando la ropa hasta que impactó con la vieja camioneta blanca. Paseé los ojos por su anatomía y no pude evitar morderme el labio. Era mejor de lo que había imaginado. Un dios. El mío. El líder de la única religión que quería profesar.

Noté cómo me ruborizaba y me entraba la risa tonta. Iba a perder la virginidad. Conocía su cuerpo a través de esos juegos en los que nos comíamos a besos hasta que nos dolían los labios, enrojecidos. Verlo en directo me impactó. Viejos temores que ya creía superados aparecieron: dolería, sabría hacerlo, me movería bien, qué se sentiría, me gustaría… Dudas. Dudas. Dudas.

–¿Estás nerviosa? –Sam me agarró de la cintura con una mano y con la otra entrelazó sus dedos con los míos. Me apoyé en el hueco de su hombro.

–No. –Para mi propia sorpresa, no lo estaba. No había existido nada en el pasado que desease tanto. Anhelaba esa conexión con todas mis fuerzas, con mis entrañas, con mi sangre, con mi corazón, con mi cerebro.

–¿Ni un poquito? –Colocó los pulgares en mi barbilla y me obligó a mirarlo fijamente. Me estremecí al observarlo bajo el manto estrellado con la claridad de la luna realzando los tonos cobrizos de su pelo enmarañado.

–Nada.

–Bien. Uno de los dos tiene que mantener la calma.

–Ni se te ocurra perder los papeles. La única que tiene derecho a estar como un flan esta noche soy yo. Sé que has estado con otras… –No era un reproche, sino un apunte.

–Entonces, ¿por qué me siento como si fueras la primera, pequeña? –Aunque la pregunta era para mí, daba la sensación de que se la hacía a él mismo. Yo no era la única que estaba explorando nuevos límites. Él también. Un modo de sexo que hasta entonces desconocía.

No me dio tiempo a contestar. Tomó el control, tiró de mi mano y me apretó contra su pecho duro y firme, del que emanaba calor, como si por sus venas corriese lava y no sangre. Nuestras bocas se fusionaron en un beso profundo en el que los labios impactaban con fuerza, sin separarse, respirando a través del otro, mezclando nuestras salivas, enzarzándonos en una guerra de lenguas.

Yo siempre pensaba. A todas horas. Meditaba en exceso. Mi cabeza era un hervidero del que en ocasiones salía hasta humo.

No ocurrió de la misma manera esa noche, en la que la brisa corría tenue y la mejor banda sonora era la de las ramas meciéndose a su antojo. Mi cuerpo tomó el control y, cuando quise darme cuenta, estaba saltando para envolver sus caderas con mis piernas. Sam me agarró a pulso y me llevó hasta la manta que habíamos colocado minutos antes en el suelo, junto a la vieja furgoneta destartalada que se había comprado en lugar de aceptar alguno de los coches de lujo que sus padres le ofrecieron. Él adoraba ese viejo trasto que tanto ruido hacía por lo que significaba. Personalidad. Independencia. Determinación.

Me depositó con cuidado en el suelo y al apoyar la cabeza noté que algo metálico se me clavaba. Había olvidado quitarme una cosa.

–¡No lo hagas! –Me detuvo cuando llevé la mano a la cabeza para retirarla–. Nunca pensé que me acostaría con la Reina del Baile.

–Menudo tópico andante, ¿esa es tu fantasía de rata de biblioteca?

–Mi fantasía es hacerte el amor hasta que el Kamasutra se nos quede pequeño. –Su tono era tentador.

Aprovechó que estaba ruborizada para arrancármela él mismo. El pelo quedó extendido en el suelo como una cortina dorada.

–¿Qué? –Me preocupé al ver que estaba petrificado y serio.

–Acabo de darme cuenta de una cosa.

–¿Grave?

–Muchísimo.

Me reincorporé apoyándome en los codos.

–Que nunca en mi vida he estado tan seguro de algo. –Su mirada era intensa y su pecho subía y bajaba con tanta fuerza que parecía que la caja torácica iba a partírsele de un momento a otro.

–¿De qué?

–De ti. De que eres lo mejor que me ha pasado. Y te quiero siempre a mi lado. Hasta el final.

–¡No! –exclamé, y Sam pareció contrariado–. Esto nunca acabará, ¿me has entendido?

–Nunca –repitió con la misma convicción que tenía yo.

Atrapé su boca con la mía y nos besamos con lentitud hasta que el comenzó a separarse y le mordí el labio inferior para prolongar el contacto.

Lo vi ponerse de pie en todo su esplendor y apreté los muslos pensando que sabía lo que venía a continuación. Estaba dispuesta, húmeda, deseando recibirlo. Se arrodilló y me acarició de un modo que me hizo emitir unos sonidos desconocidos que provenían del interior de mi garganta.

–Ya estás lista –anunció al cabo de un rato en el que yo temí explotar de un momento a otro. Sacó un preservativo del bolsillo del pantalón que estaba tirado en el suelo. Él mismo se lo colocó. Lo agradecí. No sé si habría sido capaz de ponérselo–. Sentirás una molestia, pero si en algún momento se transforma en dolor, por favor, avísame y piso el freno.

–Entendido –logré articular.

–Lo más importante aquí eres tú. Y yo no puedo saber cómo te sientes.

–Te lo diré. No te preocupes.

Sam analizó si estaba diciéndole la verdad. Debió de convencerse de que así era, porque asintió mientras con una mano me apartaba el pelo de la cara y decía «eres preciosa, pequeña». Se apoyó sobre los codos para no aplastarme con su peso e introdujo el inicio de su miembro. Me agité de la impresión y le coloqué un dedo en los labios.

–Estoy bien. Ha sido solo la impresión. –Noté cómo se relajaba–. Pero me gustaría pedirte una cosa.

–Lo que sea.

–Bésame. No dejes de hacerlo en todo el rato.

–Te lo prometo. –Puso esa sonrisa dulce que lo caracterizaba. A él. El chico perfecto de la mirada limpia y un libro entre las manos.

Sus labios húmedos resbalaron sobre los míos, abriéndose sobre mi boca, con la lengua invadiéndolo todo para acariciar la mía. Las yemas de sus dedos viajaron por mi vientre hasta masajear mi pecho. Estaba tan excitada, dominada por tantas sensaciones, que cuando lo tuve por completo dentro de mí tras unos segundos jadeé, pero no de dolor, sino de placer, de necesidad, de sentirme completa, plena, la pieza de un puzle que por fin acaba de encontrar a su otra mitad.

Sam era un hombre de palabra. Cumplió su promesa. No dejó de besarme, atento a mis gestos. Parecía que lo único que importaba en aquellos momentos era yo, que bastaba con que fuera perfecto para mí, porque eso hacía que también lo fuese para él.

El único aviso que recibí antes de terminar fue el ligero temblor de mi cuerpo y cómo se arqueaban mis caderas. Después simplemente estallé con más fuerza que una bomba, como si Hiroshima se quedase pequeña para definir lo que había experimentado. Todo se difuminó y solo distinguía millones de estrellitas a mi alrededor y su silueta recortada. Sam se dejó caer con cuidado sobre mí, rodó sobre sí mismo y me colocó encima y, sudorosos, nos abrazamos, con la

única interrupción del suave viento que se colaba entre nuestros cuerpos y el sonido de las olas del mar agitándose, hasta que perdimos la noción del tiempo, dándonos un beso que bien pudo durar horas.

Nos vestimos entre risas, con Sam llamándome «pequeña salvaje» una y otra vez cuando se colocó la camisa sin los botones. Nos montamos en la camioneta y tomamos la carretera para que me llevase de vuelta a casa.

Como siempre, el vehículo vibraba y parecía que iba a explotar de un momento a otro. Apoyé la cabeza contra el frío cristal y me abracé a mí misma. Olía a él. Era perfecto. Un sueño. Lo tenía todo. Es decir, acababa de terminar el instituto y, después del verano, me iría a Nueva York a estudiar Derecho en Columbia, dejando atrás mi querido Charleston, y, lo más importante, alcanzaría la independencia con él. Todavía no se lo había dicho a mis padres, pero teníamos la firme intención de alquilar un apartamento juntos. Me lo merecía. Solía decirme que era para contrarrestar los dos años de separación que habíamos vivido con nuestra relación a distancia mientras él estudiaba Medicina en la Gran Manzana.

–¿En qué piensas, pequeña?

–En ti. En mí. En el futuro. En Nueva York.

–Eso son muchas cosas.

–Todas se resumen en una. Soy feliz. Tú haces que lo sea.

–Y seguiré haciéndolo siempre.

–¡Prométemelo!

–¿Es necesario?

–Por supuesto.

–¿Una declaración cursi te parece bien?

–Ponme una todo lo empalagosa, ñoña y rosa que puedas para llevar. –Le guiñé un ojo. No me importaba vomitar arcoíris. Era nuestro momento de soñar. De decir palabras dulces. De creer que una declaración de amor era capaz de finalizar una guerra.

–Me lo pones difícil. –Se pasó la mano por el pelo, como siempre hacía cuando quería meditar.

–No lo pienses. Al natural suelen quedar mejor.

–¿Dónde está el buscador rápido de Google cuando más lo necesitas? –bromeó, y fingí indignarme cruzándome de brazos.– Así no me ayudas… –Sonrió, y yo me percaté de que con el gesto había hecho que se me subieran los pechos y él tenía una perfecta panorámica. Los bajé y le saqué el dedo corazón–. ¡Esa es mi chica! –Carraspeó y añadió con voz ronca–: Esa es mi chica a la que yo, Sam, prometo cuidar todos los días de mi vida, esforzarme porque siempre sonría hasta que se le salga el zumo por la nariz y quererla hasta mi último aliento–. Hizo una pausa–. ¿No lo oyes?

–¿Qué?

–Nueva York suena a hogar…

Parecía tan real que sentí cómo me consumía en sus palabras. Durante ese segundo no quise que existiesen pasado ni futuro. Solo ese presente congelado por toda la eternidad. Lo observé y me detuve en cada uno de sus rasgos. El pelo alborotado con las puntas caoba, los ojos azules, casi negros, la sonrisa traviesa que lo acompañaba y los graciosos hoyuelos que se le formaban en las mejillas. Eso y pequeños detalles como la forma en que sus manos sujetaban el volante, la postura relajada que llevaba o cómo siempre mecía las piernas al ritmo de la canción que sonaba en esos momentos en la radio.

«Es el mejor día de mi vida», me dije, y cuando terminé de formular la frase mentalmente la luz de los faros del coche que había invadido nuestro carril me cegaron. Un suicida que, con un volantazo, enterró mi voz.

No pude gritar. No me dio tiempo. Solo oí su voz chillar mi nombre como si fuera el aullido de un animal herido antes de que chocásemos en esa maldita curva. El chirrido de los frenos. La carrocería aplastándose. Nosotros dando vueltas de campana hasta que el tronco de un árbol detuvo la caída. Después todo se volvió negro.

No sé cuánto tiempo estuve sumergida en esa oscuridad. Me despertó el sonido de las sirenas y las ambulancias, el ajetreo de mucha gente moviéndose de un lado a otro y dándose indicaciones que no alcanzaba a comprender. Nunca olvidaría el olor a chapa quemada y la sensación de que iba a abrasarme la garganta al respirar tanto humo con la boca abierta por la impresión.

Todavía no sabía si estaba bien o mal cuando lo busqué y lo que me encontré fue como si me abrieran el pecho en canal, me sacaran el corazón y lo destrozaran allí mismo. Sam estaba tendido contra el volante, inconsciente, con la sangre impregnando toda su cara. Al mover el brazo para tocarlo, me percaté de que se me había clavado una barra metálica en el pecho, no sabía la profundidad de la herida y tampoco me importaba el dolor, por lo que ese detalle, que no era insignificante para nada, no evitó que mis manos lo rozasen y lo llamase suplicándole que abriera los ojos.

Muchas de las personas que acudieron en nuestro rescate dicen que estuve así durante horas, a pesar de que los sanitarios me pidieron calma y me avisaron de que mi estado era grave y un movimiento en falso podría ser determinante. Crucial. Causar mi muerte. Algunos aseguran que no les hice caso, que estaba ida, perdida, como si solo existiera él en mi universo, como si no viese al resto del mundo, que si tras varios intentos fallidos no llego a poder apoyar mis labios sobre los suyos y darle un beso me habría arrancado la barra sin importarme las consecuencias. En lo que todos coinciden es en que el lamento que emití cuando lo separaron de mi lado los

atravesó, se les clavó en el alma y los persigue como si ellos también tuvieran una herida desde ese día, un fantasma personificado en mi agonía.

Lo único que yo sé es que Sam no abrió los ojos.

Primera parte:
Sam

«Somos especiales.» «Las desgracias les ocurren a otros.» «Nuestro universo y aquellos que lo habitan están a salvo de catástrofes.» Tres mentiras que, de tanto repetirlas, transformamos en verdades absolutas. Somos conscientes de que las fatalidades existen, pero creemos que siempre las observaremos como meros espectadores que se lamentan del infortunio de los demás, desde nuestra zona de confort, y, sobre todo, nunca, ni en el peor de los escenarios que nos atrevemos a dibujar en nuestra imaginación, nos situamos como los protagonistas. Una idea grabada a fuego en nuestra piel que se desvanece en el preciso instante en el que nos situamos en el centro del huracán, para enseñarnos unas cicatrices que nos acompañarán hasta el final de nuestros días. Tan solo es necesaria una curva cerrada con poca visibilidad y un hombre desesperado que quiere acabar con su vida para darnos cuenta de que, al final, apenas somos uno de los millones de habitantes de la Tierra, insignificantes, prescindibles. Tan solo es necesario que unos ojos no se abran, aunque supliques hasta perder la voz, para que la realidad te ponga un ejemplo práctico de cómo un segundo es capaz de cambiar la existencia de una persona de manera irremediable.

Capítulo 1

7 *meses después*.

El café todavía estaba caliente y humeante en la taza de mariquitas rojas y negras en la que llevaba desayunando desde el colegio. La agarré con las dos manos y templé mis dedos helados mientras observaba cómo el columpio, que construyó mi padre en mi más tierna infancia, se movía al ritmo del viento, como si este lo meciese, con las hojas secas que se habían caído del viejo roble sobrevolando a su alrededor como si siguieran una armoniosa melodía que yo no era capaz de descifrar.

Sorbí un trago pequeño reflexionando sobre las ironías de la vida. Últimamente pensaba mucho. Puede que demasiado. Cualquier cosa, por insignificante e inapreciable que fuese, captaba mi atención. Una consecuencia de mi encierro voluntario, del hartazgo de mantener conmigo misma idénticas conversaciones, de repasar una y otra vez el pasado hasta comenzar a difuminar el presente. Una curva que se repetía, incesante, una y otra vez. Esa mañana mi cabeza se concentró en la taza que sostenía y cómo su contenido había crecido a la vez que yo, pasando de estar repleto de cereales con chocolate o miel al café solo que dejaba un regusto amargo en el interior de mi boca.

Estuve así hasta que vacié el contenido y lo dejé en el lavavajillas. En el interior estaban los recipientes usados de mis padres y mi hermana. Ese sábado habían madrugado. Lo sabía porque los había oído hablar entre lo que a ellos debían de parecerles susurros para no despertarme. Mi padre había sido el primero en bajar a la planta inferior. Lo había hecho como de costumbre, andando como si fuera un ciclón destructivo que no podía evitar arrasar con todo en cuanto se movía, chocando contra cualquier mueble y pared que se cruzaba en su camino. Después del tercer «mierda», estuve a punto de salir para decirle que podía encender la luz antes de que se diese un golpe por el que tuvieran que amputarle el dedo gordo del pie. No lo hice. Permanecí en la misma posición que había tenido durante las tres horas que llevaba en vela, tumbada y sin hacer ningún tipo de ruido, mirando a la nada, con la mente vacía.

Sabía dónde estaban todos. Ese año habían decidido hacer una especie de programación de actividades familiares para nuestras vacaciones. La semana anterior había tocado colocar los adornos navideños en la fachada color pastel de nuestra vivienda y ese día era el turno de la pintura de su despacho de abogados.

Mis padres se conocieron en la Universidad de California cuando ambos estudiaban Derecho. Al terminar, regresaron a la ciudad natal de mi madre, Charleston. Trabajaron en varios bufetes antes de decidirse a fundar su propio negocio. El despacho de los Collins estaba en nuestro jardín. Era pequeño, íntimo, con muebles de antaño que habían recolectado de la familia y las paredes repletas de cuadros motivadores.

Habían decidido hacerle un lavado de imagen sin contratar a nadie para que los asesorase. Querían que tuviese su propia esencia y personalidad. Estaban entusiasmados con la idea. Se avecinaba un desastre.

Llegué a la puerta de la entrada principal y me puse el abrigo rojo. A pesar de que este tenía capucha, decidí complementar mi atuendo con un gorro de lana blanco y una bufanda del mismo color. En los bolsillos encontré unos guantes. Valoré la idea y volví a guardarlos. Me parecía excesivo. Estábamos en Carolina del Sur, uno de los pocos estados que se libraban de las temperaturas glaciales en invierno. Aunque ese año parecía diferente. Un manto gris se había apoderado de nuestro soleado cielo. Otro signo más de que todo había cambiado.

Una corriente de aire frío me recibió cuando salí de casa. El barrio estaba silencioso, en calma, tranquilo. En mitad de esa quietud caminé hacia el coche. Suspiré aliviada al comprobar que mi padre no había dejado el suyo delante y podía marcharme sin necesidad de dar explicaciones, de mantener esa conversación diaria en la que ellos me preguntaban adónde iba y, para su disgusto y frustración, yo les contestaba que ya lo sabían.

–¿De dónde has sacado este gorrito tan cuqui? –Mi madre me sorprendió por detrás y me quitó la prenda antes de que pudiese reaccionar.

–Lo compré en el viaje a Alaska –le aclaré, girándome.

–¿En el que te partiste la pierna esquiando?

–Ese fue papá y, por lo que me habéis contado, influyó más la botella de whisky que el tío y él le habían robado al abuelo y se bebieron a morro antes de salir a la pista, que practicar deporte.

–Cierto, ¡qué cabeza la mía! Uno de los problemas de hacerse vieja, aparte de que las tetillas empiezan a sufrir los efectos de la gravedad, es que tengo tantas anécdotas que las mezclo. Voy a tener que hacer como en *Inside Out* y empezar a eliminar las innecesarias, o acabaré por volverme loca y te preguntaré a ti si has ido a que te hagan las pruebas de la próstata y a tu padre si le compro tampones. –Sonrió ante su ocurrencia. Mi madre siempre estaba feliz. Tal era su optimismo que, en el instituto, mis amigas y yo llegamos a pensar que consumía alguna sustancia y buscamos durante semanas como auténticas detectives plantas de marihuana por toda la casa–.

¿Qué dices? –Se lo colocó encima de la coleta. Parecía un pitufo al que se le escapaban rizos rubios por debajo.

–Te queda bien. –Me encogí de hombros.

–¿Sí? ¿No me hace cabeza cono?

–Para nada.

–Bien, me compraré uno cuando vaya a la tienda.

–Puedes utilizar este si quieres.

–¡Una señal más! Mi niña se hace mayor. Una adulta. Hace unos años me habrías amputado una mano si hubiera intentado sacar algo de tu armario…

–No seas exagerada…

–¿Exagerada? ¿Te recuerdo cierto día que me viste por la calle con una de tus camisetas y por poco me haces quedarme en sujetador para que te la devolviese?

–Me la estabas ensanchando… –refunfuñé.

–Me estaba adelantando al tiempo, haciendo hueco para que no tuvieses que tirarla cuando tus garbancitos… –para mi propia vergüenza, mi abuela y ella se habían empeñado en llamar así a mis pechos, y lo decían delante de todo el mundo– creciesen. –Evitó que añadiese algo colocándome de nuevo el gorro con tanto ímpetu que me tapó hasta los ojos–. No vayas a pillar frío.

–¿Y me lo dices tú?

Subí el borde para recuperar la visión y la miré de arriba abajo. Con esas temperaturas, más propias de Nueva York que de Charleston, iba vestida únicamente con una camiseta de manga corta blanca y un peto ancho vaquero por encima.

–Tenemos un trabajo frenético allí dentro. No puedes ni imaginarte el calor que hace. Una sauna, ¡eso es lo que parece! Y eso que no hemos empezado a montar los muebles. Entre tú y yo… –se acercó para susurrarme como si hubiera alguien más que pudiera oírnos– creo que tu padre está retrasando el momento porque en el fondo sabe que se marcó un farol cuando leyó las instrucciones y dijo que era pan comido.

–¿Todavía estáis con la pintura?

–¿Tienes alguna duda? –Se señaló a sí misma. Tenía manchados la cara, los brazos y la ropa de diferentes tonalidades–. Me he convertido en la paleta de mezclas de tu hermana. Podrías ayudarnos y evitar que me transforme en un arcoíris andante. –Los ojos azules le brillaron. Ahí estaba el motivo por el que había venido.

–Cuatro personas son suficientes para decidir un color…

–Tu padre no cuenta. Parece un animalillo acorralado entre tanta conversación femenina. Yo no sé decir que no y tu hermana y Clary… –Clary era la mejor amiga de Claire y un ente fijo en nuestra casa; no solo sus nombres se parecían, sino que daba la sensación de que eran siamesas,

con la misma ropa, el mismo corte de pelo y las mismas expresiones al hablar– están emperradas en que sea rosa, ¡rosa! Ya ves cómo están las cosas. O vienes o nuestro despacho acabará siendo igual que el maldito apartamento de Barbie. –Bromeó, pero había una súplica en su voz. Obviamente, su petición camuflada iba más por otros derroteros que por la mera decoración.

–No puedo –zanjé para que no insistiese y yo me sintiese peor persona de lo que ya lo hacía–. Lo siento –añadí ante su gesto derrotado y doloroso–. Lo intentaré mañana…

–Sí, claro, cariño, mañana seguro que sacas un hueco.

Ambas sabíamos que era mentira, que nada cambiaría de un día para otro y que volvería a marcharme.

Dudó unos instantes antes de abrazarme. Antes no se despedía así. Ahora lo hacía siempre. A veces sospechaba que una parte de ella deseaba transmitirme parte de sus fuerzas con ese contacto, transformarse en pegamento, abarcar todas mis piezas rotas y desperdigadas entre sus brazos y fusionarlas de nuevo hasta volver a construirme entera. Suspiró apesadumbrada y yo tuve que apartarme para que mi coraza no se cayese al suelo y mostrase mi verdadero estado de ánimo. Lo mantenía a raya. Oculto. Mío. Me costaba sudor y esfuerzo no exteriorizarlo, porque el maldito luchaba con uñas, dientes y afiladas garras que me desgarraban por dentro para salir. Temía que, si eso sucedía, podría llorar hasta quedarme seca, con la fuerza de un río cuando se cae el dique que lo contenía en una presa y, con furia, arrasa con todo lo que pilla por su paso.

Volví a decirle adiós cuando arranqué el coche. Abandoné mi casa sin dejar de mirarla por el espejo retrovisor, viendo cómo poco a poco se hacía más pequeña. Me alivió girar en la carretera y dejar de observarla frotándose los brazos más para infundirse ánimos que para combatir el frío.

Dejé atrás Rainbow Row. La calle de casas de diferentes tonalidades recubiertas de musgo español y alineadas frente a la costa con magníficas encinas rodeándolas siempre me había parecido mágica, especial, diferente, con su propio carácter. Tanteé las diferentes emisoras en busca de alguna en la que el tema de conversación no girase alrededor de la Navidad, pero no encontré ninguna. Parecía que todos los locutores se habían puesto de acuerdo y habían viajado al país de la piruleta y entrevistaban a personas tan felices que bien podrían protagonizar la próxima película de Disney cantando a todos los animales que se encontrasen en el bosque.

La apagué. Podría haber sido políticamente correcta, decir que nunca me habían gustado ese tipo de festividades o ironizar acerca del consumismo de aquellos que participaban. Desmerecer la celebración para no revelar el verdadero motivo. La razón por la que no quería escuchar esas historias era porque me moría de rabia, de envidia, de impotencia. No comprendía qué habían hecho esas personas para merecerse ese estado de felicidad y, el detalle más importante, en qué había fallado yo para, en lugar de estar buscando nuevas recetas de galletas para el desayuno de Año Nuevo, ir camino del hospital.

Tuve que dar varias vueltas hasta que pude estacionar el coche en el *parking*. Era sábado y,

por lo tanto, el día de visitas oficial. No ocurría así entre semana, cuando podía dejarlo prácticamente en la entrada. Quité el contacto, saqué la bolsa de aseo de la guantera y bajé el espejo. De nuevo no me reconocí. ¿Esa era yo? ¿En qué momento había perdido el color de la piel hasta ser tan blanca como la nieve, la luz de mis ojos azules o el brillo en la melena rizada rubia? ¿Cuándo se me habían instalado esas ojeras negras debajo de los ojos, los acentuados huesos de mis pómulos eran los protagonistas en mis mejillas o la forma de mis labios se asemejaba a la pintura de un payaso triste?

Negué con la cabeza. Él no podía verme así.

Me puse manos a la obra para evitarlo. Lo primero fue quitarme esa coleta propia de un espantapájaros y esmerarme en que las ondas adquiriesen el volumen al que lo tenía acostumbrado. Lo intenté con los métodos que practicaba antes, pero el resultado no fue el mismo. Era como si mi propio cabello estuviese muerto. Me decanté por echármelo todo hacia un lado recogido con horquillas para simular el efecto.

Una vez solucionado ese punto pasé a la siguiente fase. Mi cara. Quería eliminar el aspecto decrépito que la dominaba. Agradecí por primera vez que hiciera frío en la ciudad; sino, habría tenido que embadurnarme entera de maquillaje para que no se percatase de que mi piel tenía el tono asociado a los muertos vivientes. El jersey de cuello alto y los vaqueros me ayudaban a camuflarlo. Me puse colorete rosado para tener un aspecto más sano, máscara de pestañas y brillo. Revisé de nuevo mi imagen en el espejo del coche y, aunque seguía siendo una sombra difusa de lo que un día fui, me di el visto bueno para salir e ir a verlo.

Los adornos navideños me persiguieron al hospital. Los celadores ayudaban a las enfermeras a colocar el inmenso abeto que había comprado la institución. Los niños, ingresados o de visita, los miraban embelesados, como si estuvieran siendo testigos de una proeza.

Pasé de largo y fui directa a la habitación 303. La suya. Mis pies andaban de manera automática, sin tener que pensar qué pasillo seguir en esa especie de laberinto. Cuando quise darme cuenta estaba frente a la puerta blanquecina. Tomé una gran bocanada de aire mientras sostenía el frío pomo entre las manos y lo solté lentamente.

Cerré los ojos, forcé mi mejor sonrisa y abrí.

Respiré profundamente y entre el olor a antisépticos propio del hospital localicé su aroma. Despegué los párpados y allí estaba él. Sam. Tumbado en la cama, con un pequeño rayo de luz que había traspasado las nubes incidiendo directamente en su cara, acentuando el tono claro de las puntas de su cabello. Como siempre, cerré de un portazo, demasiado fuerte en la quietud del lugar, y corrí a su encuentro, como si la mismísima muerte me estuviera persiguiendo y yo necesitase rozarlo antes de abandonar este mundo.

Iba tan deprisa que mis Converse derraparon cuando frené en seco al lado de la cama.

El hueco libre del colchón era pequeño. No supuso ningún problema. Había perdido tanto peso

que apenas necesitaba espacio. Normalmente, cuando el espejo del baño me devolvía mi propia imagen, me asustaba. Las costillas se marcaban tanto en mi piel que daba la sensación de que no tenían protección y podían partirse si alguien las rozaba demasiado fuerte, y mis piernas eran tan finas que temía salir volando si venía una ráfaga de aire. Era como una pluma débil e indefensa. Ese fue el único momento en el que agradecí ser un esqueleto andante por la facilidad a la hora de acoplarme a su lado. Me sentí como la pieza de un puzle moldeable, capaz de encajar con su cuerpo.

Estaba girado en dirección a la ventana. Lo miré a la cara, humedecí mis labios y, retirando un poco el tubo que llevaba adherido a la boca, lo besé con delicadeza y cuidado, cuando lo que más necesitaba era hacerlo con agonía, con fuerza, con determinación. Notar cómo su piel, que siempre había sido suave, estaba seca, fue un nuevo golpe, un latigazo que bien podría haberme hecho gritar si no hubiera estado acostumbrada a vivir permanentemente con ese dolor asfixiante a la altura del pecho.

–Hola, mi amor.

Sam no reaccionó y no lo culpé por ello. Hacía siete meses que no respondía a los estímulos. Exactamente desde que había entrado en coma después del accidente.

Observé la habitación. Durante todo ese tiempo me había dedicado a transformarla para que el día que se despertase se sintiese como en casa, con sus cuadros, libros y demás, y no en un lugar extraño, triste y frío. Hice una nota mental de los adornos que podría poner para trasladar la Navidad allí donde estaba él por si ese Dios en el que había dejado de creer, si es que un día lo había hecho, decidía demostrarme que existía y nunca nos había abandonado regalándome el milagro de mi vida. ¿No decían que en esas fechas se cumplían los deseos? Pues bien, yo solo quería uno. Pensaba tan fuerte en él que a veces me descubría roja, conteniendo la respiración, con las uñas clavadas en la palma de la mano.

Habría hecho cualquier cosa que me hubieran pedido, cualquiera, porque Sam regresase a mí. Gustosamente y sin ninguna duda incluso habría dado mi propia vida si antes me hubieran dejado escuchar su voz una última vez. Daba igual la palabra. Un simple «pequeña» me habría bastado. Ese sonido me habría proporcionado más vida en un segundo que llegar a cumplir cien años. Habría vivido en la inmundicia sin ninguna posesión por sentir cómo su dedo, simplemente su dedo, se movía un milímetro hasta acariciar el mío. No habría necesitado más. Por ese roce habría vendido mi alma al mismísimo diablo y no me habría arrepentido envuelta en llamas toda la eternidad. Total, yo ya vivía en mi propio infierno terrestre.

Paseé los dedos por su rostro hasta enredarlos en su cabello como un acto de reconocimiento. Para asegurarme de que seguía recordando todos los detalles de su anatomía, como, por ejemplo, el remolino que tenía en el nacimiento del pelo. Una vez que comprobé, aliviada, que no había olvidado nada, apoyé la cabeza en su pecho. Me reconfortaba y calmaba el movimiento de sus

pulmones al llenarse de aire y los latidos débiles de su corazón eran un bálsamo, un tónico reparador, el sonido más hermoso que había escuchado en mi vida. Algo así como el llanto de un bebé que acaba de nacer para su madre. Era tan rítmico que a veces no podía evitar quedarme dormida como si fueran los acordes de una nana.

Lo abracé, inspiré profundamente para inundarme de su aroma y cerré los ojos para concederme unos segundos de paz antes de la rutina de todos los días. Después volvería a contarle nuestra historia una y otra vez en bucle hasta quedarme sin saliva, gastando todas las palabras que podía utilizar en una vida. Tendía a decirme que lo hacía para que, estuviera donde estuviera, la escuchase y supiera que seguía esperándolo, que lo haría hasta el fin de mis días. La realidad es que había otro motivo, y es que mientras le hablaba de cómo nos enamoramos, nuestro romance seguía siendo real. Era el clavo ardiendo al que me agarraba aunque me quemase la piel, esa esperanza que había evitado, por el momento, que me volviese loca.

Capítulo 2

—Maldito…

Iba camino de tu casa rumiando entre dientes todo tipo de insultos. Era el día que comenzaban las vacaciones de verano y, para celebrarlo, todos habíamos ido a la playa cuando había sonado la campana anunciando el final del curso. Mis compañeros y yo nos creíamos originales con nuestro plan, hasta que llegamos y observamos que nuestra idea era la misma que la de medio instituto.

Como pasaba en el comedor, nos separamos por edades y en diferentes grupos. Los mayores, esos que el año siguiente irían a la universidad como tú, eran los mejor preparados. Llevaban equipos de música, neveras con hielo y muchas cervezas en su interior, y jugaban al voleibol. Nosotras, por el contrario, nos conformábamos con tumbarnos sobre la toalla, aplicarnos crema y observarlos como si fueran algo superior e inaccesible. Nos cegaba su proyección de adultos en contraposición con el pavo que tenían los chicos de nuestra edad, que, entre otras cosas, acababan de descubrir el porno y preferían quedar para ver películas en pandilla y darse palmadas en la espalda cada vez que salían unas tetas en la pequeña pantalla que hacernos el mínimo caso.

Conforme se hizo de noche y las sudaderas con capuchas sustituyeron al biquini o las camisetas de tirantes, estar en la arena de la playa se convirtió en algo selectivo, de supervivencia. El frío nos invadió, hicimos una hoguera y nos sentamos alrededor. Las historias de miedo no tardaron en aparecer. El ambiente era propicio, con la oscuridad de la noche y las llamas tintineantes.

Leyendas urbanas, fantasmas y maldiciones. Doble ración de las terceras. De ahí que yo fuera maldiciéndole como si fuera una gitana echándole un mal de ojo capaz de provocar que se le pudriese la dentadura, perdiese esa seguridad que me repateaba y hablase cuando lo que iba a aportar era mejor que el silencio: nunca. Era tal mi rabia que, con solo pensar en él,

instintivamente apretaba los dientes hasta que rechinaban y llevaba los puños apretados con fuerza a ambos lados de mi cuerpo.

Como siempre que tenía un problema, fui directamente a casa de tu hermana. La tuya también. Ella tenía la capacidad de simplificar las cosas y hacer que las ganas de llorar evolucionasen y se convirtieran en carcajadas, transformándonos en dos personas peligrosas que bromeaban sobre cómo iban a partirle las piernas.

Lily siempre sacaba lo mejor de mí. Lo supe desde el día que la conocí a la entrada del colegio. Era imposible no verla. Tenía el pelo tan rizado que parecía un león. Yo, por el contrario, no llamaba tanto la atención. Habría pasado desapercibida si ella no hubiese reparado en mi existencia y se hubiese acercado.

–¿Qué opinas de ella? –Me señaló a una niña regordeta que se aferraba a su palmera de chocolate hasta destrozarla entre las manos llenando de migas la ropa.

–No lo sé. No la conozco. –Me extrañó su pregunta.

–Podemos ser amigas. –Ella me eligió. Me agarró del brazo y sentí que acababa de superar una prueba de fuego–. No juzgas– añadió como si eso lo explicase todo–. Formaremos una alianza de rubias. –Tiró de mí y comenzó a andar obligándome a hacer lo mismo.

–¿Una alianza de rubias?

–Sí. Las que demuestren que somos mucho más que las protagonistas de todos los chistes que contienen la palabra «neurona» o unas malas pécoras superficiales que acosan a cualquiera que se les ponga por delante.

Acepté sin saber muy bien en lo que me estaba metiendo. Las expectativas de tu hermana eran muy elevadas. Ponía toda la carne en el asador. Mi madre siempre me decía que Lily me llenaba la cabeza de mariposas, pero que eso era algo bueno, que eran sueños y que me toparía con gente que se dedicaba a destruirlos por el placer de conseguir que todo el mundo fuese al menos tan infeliz como ellos. Con ella siempre tendría una fuente inagotable. Las repondría.

Por eso fui a buscarla después de la decepción que me había llevado. Lo que yo no sabía era que Lily te había mentido a ti, ya que tus padres estaban en California, viviendo allí durante los seis meses que os dejaban solos al año, diciéndote que se quedaba en mi casa cuando lo cierto es que se pasó toda la noche morreándose con Chris en la parte trasera de su coche.

Rebusqué en la arena de la maceta, en la que ella me había dicho que teníais una llave de repuesto por si se os olvidaba en el interior, y no tardé en localizarla. La agarré y entré en vuestra propiedad. Como siempre, el porche me maravilló. Era inmenso, majestuoso, con aquel balancín tan cómodo en el que te podías tumbar y ver las estrellas, con la única interrupción de los vinilos de *jazz* que tu padre ponía mientras se tomaba una copa de vino antes de irse a dormir. Pero no fue el sonido de una trompeta lo que oí, sino *rock*, aunque provenía de la planta superior.

–¿Lily? –La frase se quedó en el aire cuando entré. Tus cajas de la mudanza a la Universidad

de Columbia estaban allí. Me tropecé y me caí de morros al suelo. Fue un tortazo tan cómico que no dudo que se habría convertido en viral si me hubierais grabado.

Digna y con la tranquilidad de que estaba sola en el descansillo, traté de levantarme como si allí no hubiese sucedido nada. Entonces apoyé el pie y un dolor agudo me atravesó toda la pierna hasta el punto de que tuve que apoyarme en la pared más cercana para no perder el equilibrio.

–¿Lily? –grité sin obtener respuesta–. ¿Hay alguien? ¡Necesito ayuda! –No tenía batería en el móvil y era muy tarde para ir a casa del vecino de mi mejor amiga para pedirle que me llevase hasta el hospital porque creía haberme hecho un esguince.

La música *rock* a toda pastilla que salía de tu cuarto se convirtió en mi particular melodía del flautista de Hamelin. Me agarré a la barandilla y subí cojeando. La luz sobresalía por la rendija de la puerta de tu habitación. Estaba en el extremo opuesto a la de tu hermana. Llegué hasta allí dando saltitos, los latigazos cada vez que se agitaba la zona dañada de mi pie se incrementaban conforme pasaba el tiempo. Como en los documentales de supervivencia, estuve por romper mi propio pantalón y fabricarme una especie de vendas rudimentarias que mantuviesen sujeto mi tobillo.

Debí de llamar a la puerta. Sin embargo, conociéndote, supuse que estarías avanzando algo de estudio para ser el primero cuando comenzases Medicina o jugando con alguna de tus absurdas consolas u online, como sucedía siempre que Lily y yo íbamos a darte la murga y tú nos atendías con más paciencia de la que nos merecíamos. Abrí sin pensar por un solo instante que ya tenías dieciocho años y puede que empleases tu tiempo libre en otro tipo de actividades más «entretenidas».

Por eso lo que descubrí me llevó a desear fusionarme con la pared hasta desaparecer, correr hasta mi casa para recoger lo básico para huir a otro país o, en mi estado, cavar un túnel en tu jardín lo suficientemente amplio para ir al otro lado de la Tierra. Corea del Norte sonaba tentador.

–¿Quién cojones…? –Tracy, tu novia, me fulminó con la mirada mientras se tapaba con una sábana, dejando tu cuerpo al descubierto, con toda la parte trasera al desnudo. Tal vez, si no hubiera estado al borde del infarto, me habría percatado de lo resultón que era tu culo, pero en esos momentos antes me habría arrancado los ojos para comérmelos.

–¿Qué crees que estás haciendo aquí, April? –Era la primera vez que me hablabas enfadado, puede que incluso furioso. Rodaste hacia un lado y dejaste de estar encima de ella. Os tapasteis.

–Lo siento. No sabía que estabas… –balbuceé con voz temblorosa sin llegar a decir la palabra, porque, entre tú y yo, si pronunciaba en voz alta «acostándote con tu novia», puede que me hubiera transformado en la primera persona que moría por vergüenza en el mundo.

–Lárgate y cierra la puerta. –Asentí, regañándome a mí misma por no haberlo hecho antes. No entendía el motivo por el que me había quedado petrificada–. Por favor. –Suavizaste el tono al

darte cuenta de que me faltaba nada y menos para ponerme a llorar allí mismo.

Cuando apoyé el pie volvió a dolerme. No me detuve.

–April, ¿qué te pasa? –oí que me preguntabas al observar cómo andaba a duras penas.

No te contesté. Me apresuré a cerrar la puerta y salí corriendo escaleras abajo sin preocuparme de si incrementaba la lesión. Lo único que necesitaba era largarme y no volver a verte en la vida.

La adrenalina que me llevó a huir se desvaneció en cuanto alcancé el exterior y tuve que agarrarme a un árbol para no desvanecerme, mareada por la molestia. Descendí con las manos apoyadas en el tronco hasta que pude sentarme en el bordillo a meditar mis opciones o la ausencia de ellas.

Mi casa estaba alejada, no tenía batería en el móvil y, a aquellas horas, ninguno de los vecinos de ese exclusivo barrio de Charleston detendría la marcha al pasar por mi lado con mis pintas por temor a que fuese el cebo colocado estratégicamente para secuestrarlos y pedir un suculento rescate.

La única solución que me quedaba era permanecer allí hasta que se hiciese de día y algún alma caritativa, véase los empleados de los caserones que tenía detrás, llamase a alguna ambulancia o me llevase ella misma. Remedio había. Lo malo es que hasta llegar al desenlace feliz tendría que dormir en la calle, con un tobillo que no paraba de crecer de manera alarmante y sufriendo al ser consciente de que a mis padres les daría un ataque de histeria cuando no llegase a la hora que habíamos estipulado. Y todo, ni más ni menos, por el malnacido ese. Lo culpé por todo, hasta por tropezarme, y lo odié.

–Aquí te escondes.

–Vuelve dentro, por favor, como si nunca os hubiese interrumpido.

Anduviste hasta situarte detrás de mí, logrando que tu sombra alargada tapase la mía, fusionando las dos en una.

–No me parece una buena idea. Mi hermana trataría de asesinarme por haberte dejado sola en mitad de la noche en la calle.

–Podrías llamar a mis padres.

–Los avisaré para que acudan al hospital. ¿A qué hora tenías que estar en casa?

Consulté el reloj de muñeca.

–En tres horas. –Asentiste–. ¿Y Tracy?

–Se ha marchado.

–¿Está enfadada?

–No.

–Me estás mintiendo. La he oído insultándome cuando me iba.

–Eso no es ninguna novedad. Si le diesen un dólar por cada vez que pronuncia un taco tendríamos las vacaciones pagadas para el resto de nuestra vida. Aunque no te negaré que hoy no

le caemos muy bien ni tú ni yo.

–¿Tú tampoco?

–Me he largado detrás de ti…

–¿Por qué lo has hecho?

–Cuido de mi familia. Ya se le pasará.

Te encogiste de hombros y supe que, en el preciso instante en que te habías percatado de que estaba lesionada, no habías dudado. La reacción te había nacido sola, de las entrañas, del interior.

–¿Y tú estás molesto conmigo?

–Tu aparición no ha sido lo que se dice una sorpresa agradable. Pero luego he visto que estabas mal y me ha alegrado que recurrieses a mí.

–En realidad… –balbuceé. ¿Te decía la verdad o te mentía? Sinceridad. Siempre–. Buscaba a Lily…

–Algo extraño, dado que me ha mandado un mensaje hace menos de cinco minutos contándome que se lo está pasando muy bien en tu casa y ya has quemado dos bolsas de palomitas…

Me mordí el labio. Mi amiga tendía a utilizarme como excusa siempre que quería hacer algo que vuestros autoritarios padres no le dejaban, pero se le olvidaba contármelo como cómplice y me obligaba a improvisar. Era pésima haciéndolo.

–He salido a hacer ejercicio…

–A la otra punta de la ciudad. –No te veía, pero sabía que estabas enarcando una ceja. Tendías a hacerlo y yo conocía todas tus manías del mismo modo que tú eras capaz de identificar lo que me pasaba por el tono de mi voz. Nos habíamos estudiado sin pretenderlo, por el placer de saber más acerca del otro–. Para mentir hay que valer, y tú eres demasiado transparente, por no hablar de que acabas de decirme que venías a casa a buscarla.

–No les digas nada a tus padres –te pedí.

Te sentaste a mi lado y yo me dediqué a observar fijamente la puntera de mis Converse, mirándote fugazmente de reojo. Aunque lo hacía con la rapidez de un rayo pude percatarme de que llevabas el pelo revuelto, las mejillas todavía estaban teñidas de un tono rojizo y tu respiración seguía alterada. Te cruzaste de piernas y frunciste el ceño, molesto, por lo que deduje que, tal como nos habían explicado los chicos en sus sesiones informativas sobre los descubrimientos que hacían del sexo, tenías un soberano dolor de testículos.

–Hagamos un trato. Yo no indagaré sobre qué está haciendo Lily y no se lo contaré a mis padres si tú no le dices nada de lo que has visto a mi hermana. Será nuestro secreto.

–Acepto. –Sonreí con la cabeza apoyada en las rodillas.

–¡Menos mal que lo he conseguido!

–¿Qué?

–Qué va a ser, que sonrías, aunque sea una de esas risas maquiavélicas porque crees que me has timado.

–¿Por qué iba a creer que te he engañado?

–Por nuestro trato. Ambos somos conscientes de que nunca habrías dicho nada…

–¿Lo sabías? –Asentiste–. Entonces, ¿por qué has puesto condiciones en las que Lily salía beneficiada?

–Punto número uno, nunca me han caído bien los hermanos protectores que no dejan a sus hermanas ser libres. Por no hablar de que Lily seguiría haciendo lo que le diera la gana. Si mis padres la encerrasen por un castigo, ella acabaría saltando por la ventana. Es así. –No dudaba de que mi amiga lo haría–. Punto número dos, sospechaba que salvar el culo a tu amiga te haría olvidar lo que has visto y volver a mirarme a los ojos.

–No creo que pueda hacerlo nunca.

–Me has visto el trasero, mi cara no debería suponerte ningún problema –bromeaste, y, al darte cuenta de que no lo hacía, colocaste un dedo en mi mentón y, con delicadeza, me obligaste a levantar la vista.

Te observé. Pese a que estabas sonriendo de esa manera tuya tan sencilla y natural que te resaltaba los hoyuelos, parecías tenso y preocupado por mi reacción. Yo era una niña de catorce años y supongo que te angustiaba haberme causado algún tipo de trauma infantil. Tú con ese espíritu innato que siempre has tenido de héroe que salva al mundo. Me centré en el tono azul de tus ojos y no encontré ni una pizca de enfado o molestia por haberte jorobado el polvo de la noche. Eso me hizo admirar tu personalidad.

No digo que otra persona no hubiera ayudado a una chica indefensa y herida, pero lo habría hecho con rabia interna e irritada por mi inoportuna aparición. Tú solo parecías preocupado por mi estado. Las comisuras de mis labios se elevaron y la luz de mi sonrisa inundó tu mirada.

–¿Lo ves? No era tan complicado, pequeña. Además, no tengo muy claro si quien tenía que pasarlo mal y morirse de la vergüenza eras tú o yo. –Antes de que contestase, agarraste mis piernas y las colocaste por encima de tus rodillas–. Y ahora dime qué te ha pasado.

–Ha sido al entrar en vuestra casa…

–Te has chocado con mis cajas, ¿verdad?

–Sí.

–Entonces, llevarte al hospital es mi deber moral. Mi penitencia por ser un desastre –bromeaste–: Al verte cojear me ha parecido que el pie jodido es el derecho, ¿me equivoco?

–No, está para el arrastre.

–Eso deja que lo diga un experto.

–Empezar Medicina el año que viene no te convierte en un profesional –apunté.

–Voy a una media de un esguince por trimestre.

Tu patosidad crónica te convertía en un experto en este tipo de lesiones. Tenía más recuerdos tuyos con muletas que con una pelota. Creo que si educación física hubiese sido obligatoria en la universidad, habrías terminado con un pie amputado o algo así.

Desataste el cordón y, colocando tus dedos como palanca, moldeaste la Converse para intentar quitármela sin hacerme más daño del absolutamente necesario. Diste un primer tirón y me quejé.

–Ay –gemí.

–Dicen que mirar las estrellas hace que el dolor sea menos intenso.

–¿Es tu manera disimulada de avisarme de que tu próximo movimiento va a ser doloroso?

–Es un consejo…

Lo hice. Esa noche había luna llena y, con la majestuosa iluminación que desprendía, era complicado encontrar alguna estrella que destacase por encima de la luz. Me pareció ver una de pasada. Me concentré para volver a localizarla y entonces me quitaste las Converse de golpe. Si no hubiera estado tan embelesada con el cielo, estoy casi segura de que te habría atizado un puñetazo de la impresión y habría gritado con ganas, despertando a todo el vecindario.

–¡El dolor es igual aunque estés mirando las malditas estrellas! –me quejé.

–Pero he evitado que me dejases el ojo morado, ¿no? –Levantaste las cejas y no pude evitar reírme.

Retiraste un poco el calcetín y te dirigiste a mí muy profesional.

–No hace falta que mires si no quieres.

–¿Por qué no iba a querer?

–Te he visto con Lily. El día que se hizo una brecha en la frente yendo con la bicicleta os encontré a las dos y no sé cuál estaba más mareada, si la protagonista o la acompañante.

–Ah, es por eso, no te preocupes. Soy aprensiva selectiva.

–¿Eso existe? –Enarcaste una ceja.

–Claro. Yo lo soy.

–¿Y en qué consiste exactamente? –Desperté tu curiosidad.

–En la selección natural y la supervivencia instintiva. Una parte de mi inconsciente se dio cuenta de la gran verdad: ponerme hipocondriaca cada vez que me doliese algo o tuviese una herida me hacía más débil.

–Y tú no querías ser débil, ¿no?

–Nadie quiere, Sam, lo que pasa es que hay personas que tienen más reservas de fuerzas que otras. –Te quedaste en silencio, reflexionando sobre mis palabras, y asentiste–. Pero para todo acto heroico siempre hay un antagonista, el yin y el yang, y, en este caso, se trata de un miedo irracional a ver a mi gente lastimada. Por extraño que suene, me veo incluso capaz de ponerme unos puntos de sutura en el caso de que sean necesarios, pero tengo que agarrarme a los muebles de la cocina para no venirme abajo si mi madre se corta el dedo partiendo cebollas.

–No debería suponerte ningún problema, a no ser que quieras estudiar Medicina.

–Eso te lo dejo a ti. Confórmate con que acceda a ser tu abogada si alguna de tus clientas te denuncia porque no le has dejado los pezones simétricos.

–¿Por qué das por hecho que trabajaré en la rama de la estética?

–Porque es lo que más dinero da, y al final, ¿no es eso lo que mueve el mundo y las decisiones que toman los que están en él?

–Me sorprende que siendo tan joven tengas tan poco idealizado lo que te rodea.

–Soy realista. –Bajé la voz y me acerqué a ti para evitar que me oyesen–. Por no hablar de que Lily me ha contado que tu padre te desheredaría si no siguieses sus pasos.

–¿Quieres que te cuente un secreto? –Asentí. Fue nuestra primera confidencia–. Voy a especializarme en oncología. Ya lo tengo decidido.

–¿Y qué harás con tu padre cuando monte en cólera?

–Explicarle que soy un adulto que toma sus propias decisiones. –Lo dijiste con seguridad, pero noté un leve temblor en tu voz.

A mí me pareciste más valiente que nunca. Conocía a los Norris desde que me convertí en la mejor amiga de tu hermana, cosa que ocurrió más o menos dos días después de conocernos en la puerta del colegio, cuando me preguntó qué pensaba de la niña de la palmera de chocolate. Un compañero me robó mi diario, me puse a llorar y ella estampó la cara del niño contra una de las mesas para que me lo devolviera.

Emma y Wyatt, tus padres, eran amables conmigo y me trataban como una más. Tal vez por ese motivo yo era perfectamente consciente de lo mal que se tomaban que les restasen autoridad o no se siguiesen sus indicaciones, u órdenes para hablar con propiedad, al pie de la letra.

Tu seguridad a la hora de decidir lo que ibas a hacer fue la mayor demostración de tu personalidad e independencia. Supe entonces, y eso que todavía no te quería como si fueses el componente principal de la sangre que me recorre las venas, que te acompañaría y apoyaría el día que le comunicases a tu padre que no ibas a seguir sus pasos, que en lugar de trabajar en el imperio de clínicas estéticas que él había creado, ibas a tratar de salvar vidas enfrentándote a una de las peores enfermedades de los siglos XX y XXI, el cáncer.

–¿Y tú? –Me quitaste el calcetín y comenzaste a palpar. Tu piel era tan cálida que automáticamente aumentó mi temperatura.

–¿Yo, qué? –Me removí, inquieta, tratando de ver la lesión, pero tus dedos me tapaban la visión.

–Has dicho que estudiarás Derecho, ¿seguirás los pasos de tus padres en el bufete de los Collins?

–Por supuesto. Mis padres son el motivo de que quiera ser abogada. No porque me lo impongan, sino porque los admiro, y de mayor me gustaría parecerme a ellos.

Por fin pude observar el pie. Estaba hinchado como una bota y sobresalía un bulto pronunciado que no tenía muy buena pinta.

–¿Habrá que amputar? –bromeé.

–Desde luego, ¿dónde está la sierra? –Me guiñaste un ojo–.Creo que es un esguince. No parece muy grave, lo que pasa es que las lesiones musculares son exageradas.

–¿Un masaje y para casa?

–Me decantaría más por escayola y quince días de reposo, pero, eh, todavía no he empezado la carrera. Puede que esté equivocado con mi diagnóstico.

–He aquí la demostración gráfica de comenzar el verano con mala pata.

Te reíste por mi ocurrencia y, aunque intenté que tu gesto no se me contagiase, porque en realidad no me hacía ninguna gracia tener que estar encerrada mientras sabía que el resto de mis amigos disfrutaban de tardes de playa, cine o dando una vuelta por ahí, terminé sonriendo. Es algo que no he podido descifrar ni con el paso de los años. Ese sonido que brotaba de tu garganta y tenía un efecto tranquilizador para mí. Era oírlo y saber que todo estaba bien. Mi efecto mariposa.

Te pusiste de pie y me ayudaste a incorporarme. Me recorrió un escalofrío, no sé si por la ráfaga de aire que me azotó de cara o por el pinchazo de dolor al mover la pierna de manera brusca, y me colocaste tu chaqueta por encima. Era azul y blanca, de los Charleston Southern Buccaneers. Me quedaba ancha y olía a ti, a ese perfume al que no era capaz de poner nombre, pero que para mí era sinónimo de tu rostro. Te aseguré que te la daría al día siguiente, pero se me olvidó y sigue estando en mi poder. Una prueba que me demuestra que dejaste tu huella en todas las cosas que rozaste.

Interpreté mal tu movimiento y, conforme te acercabas para agarrarme en volandas, fui a echarte la mano por encima de los hombros para ir saltando a la pata coja hasta el coche.

–No es necesario –dije entre tus brazos.

–¿Qué? –No te detuviste.

–Que me lleves como si fueras mi salvador.

–Prefiero ese rol al de muleta. –El pelo te cayó encima de los ojos y con confianza lo aparté echándotelo para atrás, sin poder evitar que los mechones se enredasen entre mis dedos–. Es una especie de prueba para mí –añadiste sin inmutarte por mi contacto. Al fin y al cabo, nuestros roces no tenían ningún ápice sexual por aquel entonces, más bien el de una especie de hermanos que se ayudaban.

–Espero que no sea de lanzamiento de jabalina…

–Más bien la demostración de que ir cargado de pilas de libros por la biblioteca puede ponerte igual de fuerte que pasar tardes enteras en el gimnasio haciendo pesas, aunque no logre que te conviertas en el terror de las nenas. –Me guiñaste un ojo.

Llegamos al garaje de tus padres. No me extrañó que te decantases por la furgoneta destartalada que te habías comprado con el poco dinero que habías ahorrado trabajando en la biblioteca, en lugar del lujoso Mercedes que te habían regalado cuando cumpliste dieciséis años. Siempre lo hacías. Supongo que era tu manera de demostrarle al mundo o a ti mismo que, a pesar de ser hijo de un millonario, ibas a empezar desde abajo, sin grandes lujos, esforzándote en cuerpo y alma para conseguir las cosas que te propusieras. Marcabas tu propio territorio.

Antes de emprender la marcha llamamos a mis padres para avisarlos, después seleccionaste el dial de una radio que ponía *rock* antiguo, el que tú denominabas auténtico, y salimos de vuestra propiedad. Por el camino vimos a algunos de tus amigos volviendo a casa tambaleándose de un lado para otro, como si en lugar de haberse bebido un par de cervezas a escondidas se hubieran inflado a chupitos de tequila para celebrar que habían finalizado una etapa y comenzaban una nueva muy lejos de lo conocido y experimentado.

Abrí la ventana. Me gustaba más lo natural que lo artificial. El aire que entraba por la abertura me golpeaba la cara y me revolvía el cabello por encima del acondicionado, que me provocaba que me doliese la garganta. Saqué la mano y la moví al ritmo de *Always,* de Bon Jovi, tratando de capturar ese viento que se escurría entre mis dedos.

Entramos en el aparcamiento del hospital.

–Tengo una duda. –Rompiste el silencio bajando la música.

–Dispara –te insté, metiendo la mano y cerrando de manera manual la ventanilla.

–Es un detalle que todavía no comprendo. Es decir, has entrado en mi habitación porque te habías hecho daño. –De nuevo recordé en las circunstancias que te había encontrado y me ardieron las mejillas–. Hasta ahí todo bien. La cuestión es por qué has venido de madrugada a mi casa buscando a Lily en lugar de estar con tus amigos celebrando el final de las clases.

–Tenía que contarle algo.

–¿Tan importante era que no podías esperar hasta mañana?

Me revolví, incómoda, en el asiento. Con todo lo que había sucedido casi se me había olvidado el motivo que me había llevado hasta allí. Aparcaste, quitaste el contacto y me miraste con la duda pintada en el rostro.

–Te reirás de mí.

–No. No lo haré.

–Son tonterías de una cría de catorce años.

–No soy tan viejo. Hace poco, yo también los tenía. Creo que puedo comprenderte. –Me animaste a continuar y algo en el tono de tu voz, en la manera que tenías siempre de hablarme, en lo que mi experiencia a tu lado me había demostrado, me hizo confiar en ti.

Tomé aire para tratar de expulsar las palabras lo más rápido posible.

–Se trata de un chico. El chico, para ser correcta.

–¿El chico? –preguntaste sin comprender, y yo no sabía cómo explicarte todo lo que contenían esas dos palabras que lo que pretendían era demostrar que era único, especial, el primero que me había hecho sentir. Ese que se había anclado en mi pecho y ahora dolía horrores sacarlo de ahí. No existía ninguna expresión que denotase todo lo que significaba y fui práctica, yendo al quid de la cuestión.

–Sí, concretamente el chico que me ha rechazado con la misma sensibilidad que una piedra.

Tus ojos azules me analizaron unos segundos antes de que las comisuras de tus labios se elevasen en una sonrisa no intencionada. Me sentó tan mal como una patada certera en la espinilla.

–Es de mala educación burlarse de los problemas ajenos por mucho que te parezcan de críos, señor soy tan maduro que me mofo de los romances juveniles. –Giré la cabeza para no tener que mirarte porque lo único que me apetecía era pegarte dos bofetones que borrasen esa expresión divertida de tu rostro.

El tiempo ha pasado y, después de las circunstancias que he vivido, cuando miro al pasado soy consciente de que se trataba de una absoluta bobada sin importancia. Sin embargo, esa noche, con mis primeros pinitos fallidos en un tema llamado amor, para mí era un mundo. Si hubiera una palabra que me hubiese podido definir a esa edad habría sido intensa. Lo vivía todo al máximo, lo bueno y lo malo. Un día podía morir de felicidad y al siguiente llorar hasta que gastaba mi cupo mensual de lágrimas. De este modo, días antes había creído que rozaba el paraíso cuando ese mismo chico me había permitido por fin abrazarlo y se había agarrado a mi espalda con fuerza, como si la tierra fuera a tragárselo si le soltaba, y esa noche me había lanzado de lleno al infierno con esas palabras que se habían clavado en mi pecho oprimiendo mi corazón.

–No me río de ti, sino de él.

–Ni siquiera te he dicho su nombre.

–No es necesario. Da igual. Es un pobre desgraciado que se va a arrepentir demasiados años de haberte alejado.

–¿Y tú por qué estás tan seguro?

Tiraste de mi brazo con delicadeza y me dejé llevar. Apoyaste la mano en mi rodilla y hablaste despacio y con energía para que tus palabras calasen e hiciesen mella.

–Porque tú aún no eres consciente de que en un futuro más bien próximo los capitanes de los diferentes equipos se matarán en la pista para captar simplemente un segundo tu atención y los chicos como yo no podrán evitar fantasear con que algún día repares en su presencia cuando vayas andando por el instituto.

–Vamos, que soy la fiel proyección de la animadora rubia, fría y cruel.

–No sé si serás animadora. Eso no cambiaría nada. Unos pompones y una faldita de tablas no te darán ese poder sobre cualquier hombre que se cruce en tu camino.

–¿Y qué será?

–Tú, ¿es que todavía no te has dado cuenta de que eres preciosa?

–En mi clase hay muchas chicas guapas y bastante más desarrolladas que yo. –Hice un gesto señalando la explanada donde deberían estar mis pechos.

No había ningún indicio de que estuvieras tratando de ligar conmigo, más bien intentabas consolarme sin éxito. De hecho, que resaltases mis cualidades físicas no conseguía sino empeorar la situación. Ya empezaba a ver cómo los estereotipos me alcanzaban y muchas de mis compañeras comenzaban a verme a mí, April, una chica normal con aspiraciones y ganas de vivir a toda revolución hasta que mis circunstancias me obligasen a pisar el freno, por la rubita con ojos azules y un cuerpo delgado pero con curvas llamada a convertirse en la despiadada abeja reina del instituto.

–No me refiero a esa belleza. –Leíste mis pensamientos. –Sino a esta. –Colocaste un dedo muy cerca de mi pecho, pero evitando rozarlo. Abrí mucho los ojos de la impresión–. Lo bonita que eres por dentro. Enamorarás con palabras y no hay escudo que pueda proteger contra eso. Todos caerán rendidos.

Se hizo el silencio. No sabía qué contestar. Nunca en mi vida me habían dicho algo tan mágico. Ni parecido. Tus palabras me calaron tan hondo que te observé por primera vez. Dejaste de ser solo el hermano mayor de Lily que regalaba sonrisas a la gente con la que se cruzaba por el mero placer de hacer el mundo un poco más humano y feliz. Me detuve en el pelo castaño con esas puntas que desprendían más luz que la luna llena que tenías de fondo, los ojos azules tan cristalinos que te invitaban a sumergirte en ellos como si fuera el lago de un paraíso perdido, y ese cuerpo delgado y firme en el que los abrazos sabían a más porque siempre apretabas con fuerza para intentar traspasar a la persona que estaba pasándolo mal toda tu energía hasta quedarte vacío.

Creo que habría podido permanecer horas desentrañando los secretos que escondías y en los que no había reparado, si mis padres no llegan a llamar a la ventanilla para ayudarme a entrar en urgencias.

Todo tendría que haberse terminado al día siguiente. Tendría que haberme levantado drogada por prescripción médica, con mi pierna en alto, y haberme avergonzado de mí misma al recordar que la noche anterior en tu coche había dejado de verte como a un hermano para verte como a un hombre. Debería haber sido así, pero no fue lo que sucedió. El sueño reparador no evitó que recordase hasta la cadencia de tu voz mientras hablabas y que, a partir de entonces, cada vez que te viera mi corazón comenzase a cabalgar con unos latidos nuevos, los tuyos.



Presioné con fuerza mis labios contra los de Sam.

–Abre los ojos –supliqué sobre su boca, pero no lo hizo.

Capítulo 3

Regresé por la noche a mi barrio. Había coches aparcados a ambos lados de la calle. Se notaba que los garajes de las viviendas ya no eran suficientes para las visitas que venían a pasar las Navidades a Charleston, familiares que regresaban a sus orígenes o nuevos miembros que los conocían.

Nada más entrar me encontré con una nota de mi padre en la que me decía que él y mi madre se habían ido por ahí para celebrar el «desastre» de pintar el bufete, que tenía la cena preparada en la cocina y que Clary se había quedado a dormir en nuestra casa con Claire.

Mis tripas gruñeron. No había comido nada en todo el día, aparte del café del desayuno, pues engañaba a mis padres diciéndoles que cuando estaba en el hospital bajaba a tomar un plato a la cafetería. Era mentira. No lo hacía. No quería separarme nunca de él. Incluso me molestaba cuando venían visitas y no podía permanecer tumbada con la cabeza apoyada en su pecho y tenía que sentarme en una silla para darles conversación, palabras vacías que me salían como si fuera un robot. Calenté unos burritos y me los comí masticando cada bocado con lentitud.

Terminé la mitad de la ración, guardé las sobras, porque en mi casa no se tiraba ni un gramo de comida, a no ser que estuviera ya podrida o tuviera tanto moho que no se pudiera rascar de la superficie, y subí directa a mi cuarto. No me sorprendió encontrarme dentro a Claire, mi hermana, y Clary, su mejor amiga. Éramos totalmente opuestas. Mientras que yo siempre había respetado el espacio personal de todo el mundo, mi hermana invadía mi intimidad sin ningún tipo de remordimientos. Tuve que acabar por quemar mi diario cuando la pillé con una horquilla buscando un tutorial en YouTube para averiguar cómo abrir el candado, y las contraseñas para mis redes sociales eran tan difíciles que a veces las olvidaba hasta yo.

Pero no solo nos diferenciaba eso. Mientras que yo siempre había sido responsable, manteniendo los pies en la tierra, ella era una soñadora que más que andar sobre el asfalto levitaba por las nubes. Yo no pedía dinero, ella lo gastaba por todos. Yo empecé a maquillarme siendo mayor y de una manera sencilla, ella con diez años me robaba el maquillaje y se pintaba

como una puerta. Nunca me había seducido emborracharme hasta perder la conciencia como había visto hacer a tantas amigas mías, ella había intentado en varias ocasiones comprar cerveza. Y así con todo.

Sospechaba que se trataba de algo generacional: o Claire había encontrado en Clary su alma gemela o el demonio que la complementaba. Las dos vestían igual y se metían en los mismos líos. Compartían batallas, expedientes nuevos en el colegio o locuras como, por ejemplo, cuando intentaron teñirse el pelo de azul celeste y, al tener el tinte más tiempo del necesario, se les quemó y tuvieron que cortárselo a tazón. Sin embargo, no lloraron como habría hecho yo si hubiera visto mi melena cayendo al suelo, sino que les gustó, porque, según decían, las convertía en únicas y originales. No era capaz de descifrar si el hecho de que dos bichos traviesos y rebeldes como ellas se hubieran encontrado era algo bueno o una especie de tragedia para la humanidad, como si la Tierra fuese a colisionar con una supernova.

Oí sus risitas saliendo de mi habitación antes de verlas. Cerré la puerta un poco más fuerte de lo habitual una vez en el interior, pero siguieron sin reparar en mi presencia. Estaban escondidas, agazapadas en mi escritorio, mirando algo a través de la ventana. No hablaban entre ellas. La única comunicación que tenían era a través de gestos, señalando algo o alguien que estaba al otro lado y les provocaba risitas tontas.

Me quité las Converse y las lacé a la otra punta de la habitación para que el ruido las hiciera reaccionar. Nada. Siguieron en la misma posición. Estaban hipnotizadas con lo que fuera que estuvieran observando. Recogí las zapatillas, las coloqué en su sitio y hablé sin tenerlas todas conmigo de que me contestarían.

–¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí? –Traté de sonar autoritaria, pero con mi vocecilla de pajarillo dulce no lo conseguí.

–Chis –se apresuró a mandarme callar mi hermana, haciéndome un gesto para que acudiese a su lado.

–Pero bueno… –Coloqué los brazos en mis caderas y fruncí el ceño intentando parecer molesta. Obviamente, no le importó. No tenía poder ni en mis dominios, mis metros cuadrados de casa.

–Ven y te lo enseño –insistió, susurrando, y, a pesar de que debería haberme impuesto, me acerqué a ellas. La dueña y señora de la república independiente de nuestra casa era Claire. Para qué luchar si ya sabía de antemano que no iba a ganar.

–¿Sabes que ningún ser humano podría oírnos desde fuera con la doble ventana cerrada? –apunté, caminando a su lado.

–Pero es que dudamos de que ese dios sea humano –comento Clary, que hasta entonces no había abierto la boca más que para suspirar.

–El cosmos tiene que darle superpoderes a un hombre así.

–Seguro que es como el lobo de Caperucita…

–¿Capaz de comerse a nuestra abuela? –Puse los ojos en blanco mientras caminaba y mi hermana me hizo un gesto para que me agachase.

Gateé hasta su altura sin comprender el motivo por el que estaba haciendo caso a esas dos chifladas en lugar de ponerme en mi sitio y echarlas de una vez de la habitación para que se fueran a trastear a otro lado. Total, tenían la casa vacía y para ellas solas, seguro que se les ocurrían mil maldades que hacer que no me incluyesen.

–Otra más que no se da cuenta de que el lobo será malo mientras solo escuchen la versión de Caperucita… –Clary puso los ojos en blanco y mi hermana completó la frase.

–Si ella le hubiera dado de comer al animal salvaje, este no habría tenido que zamparse a la vieja.

–Creo que la moraleja es que no hay que fiarse de desconocidos…

Ambas se miraron con complicidad, como si yo fuera demasiado evidente.

–De todas maneras, no nos referíamos a eso. –Sí, hablaban en plural como si fueran un ente–. Sino a que seguro que es como el Lobo porque te mira mejor, te oye mejor y ¡te come mejor! –Rieron por su ocurrencia.

–Tal vez podría unirme si me dijeseis de quién estamos hablando.

–Sin paños calientes, ¿sabes quién ha regresado? –dijo mi hermana, haciéndome un hueco.

–Es evidente que no.

–Sebastian –anunció con cuidado, como si pronunciar su nombre debiese provocar como mínimo que los cimientos de nuestra casa se vinieran abajo.

–Vaya, pensaba que era alguien más emocionante.

–Creo que no la has oído bien –se unió Clary, y enfatizó el nombre–: Se-bas-tian.

–Lo decís como si fuera alguien importante, pero vosotras casi llevabais pañales cuando él vivía aquí.

–Pues fíjate si será famoso que su leyenda ha llegado hasta nuestra generación. –La mejor amiga de mi hermana la defendió de un hipotético ataque cuando simplemente estaba señalando la realidad.

–No sé de qué me extraño. Podría ser el líder de vuestra secta particular. Creo que es el único estudiante que ha conseguido estar más tiempo en el despacho del director que vosotras.

–¡Calla, no rompas la magia, que se va a quitar la camiseta!

–¿Me lo estáis diciendo en serio? Para eso no tenéis que espiarlo. Si no recuerdo mal, se pasaba más tiempo sin ella puesta que vestido –aprecié, pero no me hicieron caso.

Si las hormonas hubieran podido verse, en ese momento mi habitación habría estado repleta de ellas. Era un maldito hervidero de fantasías de dos adolescentes de catorce años.

A través del hueco distinguí su habitación. Era la única que tenía luz a esas horas de la noche.

Las cortinas estaban abiertas, como si le gustase exhibirse. Puede que una parte de ese egocentrismo que yo sabía que lo dominaba lo hiciese caminar medio en pelotas por su cuarto, consciente de que si cualquier vecino se asomaba, aunque no lo pretendiera ni tuviese intenciones de ello, sería lo primero con lo que se toparía.

Estaba exactamente igual como lo recordaba. Con un pecho fuerte y definido en el que los músculos, más que una parte de su anatomía, parecían una amenaza velada, una señal visible del peligro que escondía en su interior. Los pantalones le caían demasiado bajos, como si la tela le molestase y fuese un salvaje que se encontraba más cómodo al natural, tal como había venido al mundo. Quizás el único detalle que denotaba que habían pasado dos años desde la última vez que lo había visto era el cabello, que no estaba tan corto como de costumbre, y una barba de un par de días que complementaba su tez morena. Una parte de mí se alegró de no poder apreciar sus ojos oscuros como la noche que te hacían sentir en lo más profundo del océano, amenazada y expuesta, corriendo el riesgo de ser engullida por la marea.

Sebastian se sentó en el borde de la cama de matrimonio con la postura de perdonavidas que le era innata. Miró hacia uno de los laterales y llamó a alguien que no podíamos distinguir porque lo tapaba la pared. No tardó en aproximarse a él una chica alta, con unas bonitas piernas largas y la melena color negro azabache recogida en un moño despeinado, que vestía únicamente unas braguitas de encaje de lencería cara y una camiseta de manga corta que, por cómo le quedaba de ancha, debía de pertenecerle a él. Por lo visto, no perdía el tiempo ni las costumbres.

Traté de ponerle nombre a la morena que se iba a acostar con él y, en cuanto me di cuenta de lo que estaba haciendo, me incorporé y cerré las cortinas.

–Si queréis ver cine erótico podéis buscar en Internet.

–April… –Iban a insistir, pero me puse seria.

–Nada de suplicar que os deje ser *voyeurs*.

–Solo cinco segundos más para ver cómo tiene la…

–¡Ni lo pronuncies, Claire! –advertí.

–Ten hermanas para esto… –se quejó, poniéndose en pie.

Clary y Claire salieron de mi habitación refunfuñando entre dientes y empecé a creer que el dicho de que te pitan las orejas cuando alguien habla mal de ti era cierto al sentirlo en mis propias carnes. Por el dolor que tenía, o había pillado una infección de oídos o se estaban quedando a gusto criticándome. Con las ideas que tenían tan jóvenes, miedito me daba que se hicieran mayores.

Normalmente mis padres preferían que aguantase despierta hasta que ellas estuvieran dormidas para evitar que liaran alguna gorda por la que acabasen encontrándose a la policía en nuestra casa al regresar del restaurante y el pub al que iban después. No me importaba que salieran de vez en cuando. Tal vez era porque me lo habían inculcado desde pequeña, pero

compartía su opinión de que los progenitores no tienen que dejar a un lado su vida cuando tienen hijos, sobre todo cuando estas ya son mayores como para cuidarse solas unas horas. Lo que sí lo hacía es que me hubiese tocado una hermana con más malas ideas que pelos en la cabeza.

Las oía hablando al otro lado del pasillo sin entender lo que decían. Decidí que era mejor no saberlo.

Me senté en la silla de mi escritorio y encendí el ordenador por hacer algo. Estuve tentada de meterme en las redes sociales para ver cómo les iba la vida a mis amigos. No me atreví. Todavía no podía. Era demasiado. Ver esas fotografías me enseñaría, de nuevo, que yo ya no era normal y no hacía las cosas que se presuponían a mi edad. Los observaría en la universidad, compartiendo habitación, piso o en una residencia, con las novatadas, las fiestas, las tardes de estudio, de turismo por sus nuevas ciudades, viajando a Europa… Y cuando cerrase Facebook, Twitter o Instagram, comprobaría que seguía anclada en Charleston sin evolucionar y, lo peor, sin aspiraciones de que en un futuro próximo mi realidad cambiase.

¿Tan complicado era que dos ojos se abriesen? No pedía nada más que un sencillo gesto instintivo que el ser humano realiza diariamente y todo volvería a estar bien, como antes. Unos párpados que se moviesen, unas pestañas aleteando y el azul de su iris saludándome de nuevo. Hasta que eso sucediese tendría que conformarme con las fotografías que inundaban mi habitación, contentándome con esa sonrisa que me devolvía el papel en lugar de presenciarla en directo.

No sé cuánto tiempo pasé observando la que estaba en el techo, en la que yo salía subida a su espalda a caballito en la playa y nos mirábamos sonrientes, sin prestar atención al objetivo de la cámara que recogería ese instante, cuando cedí a Morfeo.

Dormir siempre había sido algo placentero, hasta que sufrimos el accidente. Ya no había sueños plácidos, calmados, que me ayudasen a descansar. Esa realidad onírica había evolucionado hasta convertirse en una tortura que me atormentaba y en la que siempre se repetían el mismo tipo de situaciones. Yo buscando a Sam, angustiada, ansiosa y desesperada, porque sabía que estaba en peligro. Corría de un lado para otro, me enfrentaba a gente, surcaba océanos, me quemaba cruzando llamas, todo para llegar al final y comprobar que él no estaba, que las pruebas no habían servido para nada, y quedarme desolada.

Me desperté como siempre. Echa un ovillo, con sudores fríos que me empapaban la cara y los dedos rojos de apretar la almohada. Empleé los primeros minutos en mentalizarme de que no había pasado nada, que Sam no había desaparecido y seguía en el hospital a la espera de despertarse en el momento más adecuado. Me bebí de un trago el vaso de agua que tenía en la mesita de noche, fui hasta la ventana y la abrí para que el aire me despejase, para intensificar la sensación de frío y dejar así de sentir el vacío que anidaba en mi interior.

No había estrellas esa noche. Los reflejos de la luna dejaban entrever las nubes que lo

envolvían todo sumiendo Charleston en la más absoluta oscuridad. El silencio dominaba el paisaje, solo interrumpido por el sonido de los búhos ululando y algunas aves nocturnas a las que no era capaz de poner nombre.

Me apoyé en el alféizar de la ventana y lo distinguí sin verlo. Sebastian estaba en el tejado. Ningún movimiento denotaba su presencia y su ropa negra hacía que se fundiese con el manto de la noche. Seguía siendo igual de sigiloso que un depredador que espera escondido, sin revelar su posición para cazar una incauta víctima. Si no hubiera sido por la colilla que tenía encendida y parecía una especie de luciérnaga, yo tampoco habría reparado en él. El destello rojizo del cigarro se movió y él le dio una calada profunda con la que se le iluminó brevemente el rostro, mostrándome que yo también era su centro de interés. Expulsó despacio el humo sin quitarme el ojo de encima. Yo tampoco lo hice.

Estuvimos así hasta que se terminó el cigarro. Observándonos sin decir nada, fijamente. Lo más normal hubiera sido que yo bajase la mirada. Así había actuado siempre, y es que existía algo en sus ojos, una especie de pozo oscuro, que me obligaba a ello, como si a medida que descendía a las profundidades sintiese que mis costillas se cerraban impidiéndome respirar. Era como si te enfrentases a un peligro que supieras que no podías manejar y que era mejor evitar. Pero ya no temía a nadie. El cosmos me había arrebatado lo más importante y una persona que no tiene nada por lo que luchar elimina el miedo de su vida.

Mi vecino se levantó, apagó la colilla con el pie y volvió a entrar. Sin mirar el suelo irregular del tejado, sin valorar que un paso en falso lo habría hecho caer desde dos pisos de altura. Él siempre había sido así, algunos lo consideraban un valiente, para mí era un inconsciente al que no le importaba ni su propia vida.

Sebastian llegó a casa de los Bennet una tarde de abril. Sophia y Ethan, nuestros vecinos, poseían un hogar de acogida. Normalmente, todos los niños estaban de paso y acababan adoptados. Él fue la primera excepción. Nadie quería hacerse cargo de un chico de dieciséis años con una mochila de problemas. No era el único de ese hogar que traía algo similar.

Mis padres eran los abogados contratados por asuntos sociales para que llevasen los litigios legales que concernían a esos niños y sus familias. Había padres agresivos, drogadictos o alcohólicos que, tras una rehabilitación a conciencia, querían recuperar la custodia de sus hijos. También pequeños que eran los únicos testigos de los negocios fraudulentos de sus progenitores y un largo etcétera. A veces dejaban algunos expedientes por el despacho y los leía, aterrorizándome de lo que contenían. Si me topaba con varios de los que estaban en las carpetas rojas, y eran los casos más urgentes, tendía a perder un poco la confianza en la humanidad. El suyo era negro. El único de ese color y que guardaban bajo llave.

Nunca supe qué le había pasado, cuál era su historia, pero sí en qué lo había convertido. Sebastian dejaba huella, destructiva, sí, pero lo hacía. Creo que no hubo ni un solo alumno que

no reparase en su presencia el día que llegó al instituto. Ya no era solo por esa belleza de ángel caído, misterioso y peligroso, que desprendía. Eso tal vez habría hecho que algunas incautas posasen sus ojos en él sin prever las consecuencias. Tampoco fue por la actitud rebelde con que ignoraba las normas. Había varios así, a cada cual peor. Lo consiguió por su forma de relacionarse con el entorno, como si todos le importásemos una mierda. Lo hizo en el preciso instante en que la gente se dio cuenta de que no era una fachada para encajar o para crear un aura enigmática a su alrededor.

Era auténtico. El primer chico duro de verdad que pisaba esos pasillos. Un acertijo que mucha gente sentía la necesidad de averiguar. Aunque lo temían, las chicas eran capaces de traicionar a su mejor amiga por conseguir un dato de su vida, del puzle que formaba Sebastian, como si al finalizarlo fueran a observar una obra de arte con más poderes que el retrato de Dorian Gray.

Todas querían estar con él, que fuera suyo, una pistola con la que podían dispararse de un momento a otro. Aunque suene poético, daba la sensación de que en cierta medida querían rescatar su alma, salvarlo de su propia destrucción. Y, mientras tanto, él se volvía más nocivo, sin respetar siquiera a Sophia y Ethan después de lo mucho que habían luchado por él, gastándose los pocos ahorros en librarlo de la cárcel cada vez que se metía en un lío. «La prisión solo es una escuela de delincuentes», oí una vez a la señora Bennet llorisqueando con mi madre cuando esta le explicaba que en esa ocasión lo tenía jodido para librarse. Al final lo logró.

Las chicas lo adoraban y los chicos lo temían y odiaban en proporciones iguales. ¿Y yo en qué plato de la balanza estaba? A mí me daba absolutamente igual lo que hiciera con su vida. No me atraía con ese magnetismo del que hablaban algunas, pero sí me entraban ganas de patearle el trasero cada vez que veía sufrir a nuestros vecinos y me percataba de su egoísmo, de que no se diese cuenta de que, aunque nadie lo había adoptado, existían dos personas que actuaban como sus padres y se preocupaban por él. Por eso me alegré cuando hace dos años se largó de Charleston para, supuestamente, no regresar.

Volví a la cama para intentar conciliar el sueño evitando pensar qué lo habría llevado a regresar. Al fin y al cabo, ni me importaba ni era de mi incumbencia. Cuanto más lejos estuviese Sebastian de mi casa mejor, sobre todo después de ver esa especie de fascinación que ejercía en mi hermana pequeña.

Estuve en la cama dando vueltas un par de horas, hasta que me di cuenta de que no podía volver a dormirme. Me desperté y observé el reloj de mi mesilla. Eran las seis y media de la mañana. Bajé a la cocina. No sabía a qué hora habían vuelto mis padres, pero roncaban como si estuvieran en la fase REM del sueño. Desayuné un café doble y un poco de bizcocho casero que le había traído la señora Davis a mi madre después de que esta ayudase a su hijo por haber chocado con unas cervezas de más contra un árbol, que resultó ser centenario, del vecindario.

Recogí el estropicio que habían montado mi hermana y Clary en un intento de hacer palomitas dulces la noche anterior y subí de nuevo a mi habitación.

Mientras me ponía la ropa deportiva abrí la ventana para que se airease el cuarto y me recibió una ráfaga de aire frío. Me asomé y el cielo estaba encapotado. Gris. ¿Cuándo había desaparecido el sol de Charleston para ser sustituido por unas nubes que parecían anunciar el fin del mundo?

Rebusqué en el armario, entre los vestidos que ya no me ponía, hasta que localicé una sudadera negra. Me recogí el pelo en una trenza de raíz que se transformaba en una coleta, me puse las zapatillas y salí a correr. No llevaba ni diez minutos cuando la batería de mi móvil volvió a ceder y se apagó, privándome así de la música que iba escuchando. Como ya no me molestaba por los cascos, me calé la capucha y continué la marcha. El ejercicio había formado parte de mi vida desde pequeña y me venía bien. Me ayudaba a calmarme, soltar adrenalina y dejar la mente en blanco.

Continué aumentando la velocidad hasta que más bien parecía que estaba corriendo una carrera que haciendo *running*. Lo hice sin un destino fijo, perdiéndome por los caminos de la ciudad, hasta que empezaron a pincharme las piernas y tuve que parar. Fue entonces cuando me di cuenta, hacia dónde me habían guiado mis pisadas sin ser consciente de ello. Estaba en aquella maldita curva. Esa que lo había cambiado todo y con la que estaba enfermizamente obsesionada.

Me doblé sobre mí misma del cansancio. Estuve así hasta que la respiración se me reguló y no tuve la sensación de que iba a vomitar los pulmones. Salté el quitamiedos y fui directa hasta el árbol. Ese que había detenido el coche para que no cayese ladera abajo y, a la vez, había aplastado la parte del conductor, provocando las lesiones de Sam. Paseé mis dedos por la madera de su tronco, rasgada en la parte en la que se había quedado incrustado el vehículo, consciente de que había evitado que nos matásemos los dos. La cuestión era que no sabía si debía agradecérselo y acariciarlo con cariño u odiarlo y golpearlo hasta que se quedasen astillas de madera en mis nudillos.

Me asomé al precipicio y, mientras observaba la vegetación, oí el trueno que precedía al relámpago que sumió todo en una luz intensa antes de disparar un rayo castigador que emergió entre las nubes. Se avecinaba una tormenta y estaba muy lejos de casa. Me apresuré a subir de nuevo a la carretera para deshacer el camino lo más rápido posible.

El cielo comenzó a oscurecerse, cambiando del gris al negro, y supe que no disponía de mucho tiempo antes de que la tormenta descargase con violencia. Oí el sonido de un vehículo que se acercaba y me aparté por si no tenía suficiente visibilidad con la curva. Iba muy rápido. Demasiado. Pasó a mi lado como si fuera un haz de luz y observé la luz trasera del freno cuando comenzó a descender la velocidad, como si estuviera esperándome. Reconozco que me extrañó y

mi parte precavida se puso alerta, pero aun así continué andando como si nada. Iba a pasar de largo el Chevrolet Impala del 67 cuando el conductor abrió la ventanilla de mi lado.

Observé la mano del desconocido. Era grande, fuerte y masculina. Descendí para echar un vistazo al ocupante, pero no pude distinguir sus rasgos. La capucha negra que llevaba puesta mantenía oculto su rostro. No me dio buena espina y se activaron mis señales de alarma.

Me disponía a andar cuando me sujetó por la muñeca.

–No es necesario que huyas. Soy yo. Sebastian.

Se retiró la capucha y me permitió verlo. Era la primera vez en años que lo tenía tan cerca, incluyendo la época en la que seguía viviendo en Charleston. Tal como había visto la noche anterior, llevaba el pelo castaño, casi negro, más largo que antes, y la rasurada barba le otorgaba un aspecto más adulto y varonil, más de hombre que de niño. Sin embargo, sus ojos seguían transformando el marrón en negro y su sonrisa era descarada, provocativa y retadora.

–Como si eso no incrementase mis ganas de largarme… –rumié entre dientes, y él no me oyó.

–¿Qué?

–Te preguntaba qué quieres. –Me zafé de él con un pequeño tirón.

–Va a llover.

–Definitivamente sí, valdrías para hombre del tiempo.

–¿Te despiertas siempre tan guerrera o es el efecto secundario de haber padecido insomnio toda la noche?

–¿Y tú qué sabes de…?

–No te hagas la inocente. Ambos sabemos que no fui el único que se percató de la presencia del otro. Aunque debo reconocer que lo tuyo tiene más mérito. A ti te iluminaba la luz de la habitación y era imposible no verte, pero localizarme en mitad de la oscuridad, eso sí que me dejó asombrado.

–Necesitas muy poco para impresionarte. Y ahora dime, ¿qué quieres?

–Ya te lo he dicho. Va a llover.

–¿Es una especie de demostración de tus dotes de previsión? Porque déjame que te diga una cosa, con este cielo no hace falta ser un adivino para saberlo.

–¿Te dejé embarazada y tuviste que ir a una clínica ilegal para abortar sola y por eso me odias?

–Ya te hubiera gustado a ti acostarte conmigo…

–Mi versión de la historia es diferente, o al menos así parecía cuando me observabas desde la ventana de tu habitación, costumbre que, por lo que veo, no has perdido.

–Baja del pedestal en el que tú mismo te has subido. La de anoche era mi hermana con su amiga, y las eché en cuanto volví a casa y me di cuenta de que en lugar de ver un documental de babuinos en la televisión lo hacían en directo.

–Veo que el interés de las hijas Collins en espiarme es generacional. –Me estaba provocando y lo sabía, por eso no reaccioné–. La próxima vez traeré unos guantes de boxeo en el maletero.

–¿Y eso a qué viene?

–A toda la rabia que veo que tienes dentro. Te estás poniendo roja de furia por una simple conversación en la que, no es por tirarme flores, estoy actuando como un caballero.

–No serías un caballero ni aunque te lo propusieses… –susurré, y me ignoró.

–Es más, te dejaría usarme como saco para que descargases todo el resentimiento que llevas dentro.

–No me gustaría hacerte daño… –ironicé.

–Tranquila, soy fuerte y sé soportar los golpes. –Sonrió con suficiencia y un nuevo relámpago lo iluminó por detrás.

–La conversación está siendo apasionante –dije con sarcasmo–, pero tengo un poco de prisa, porque, como no te cansas de repetir, va a llover. Te lo preguntaré una última vez, ¿qué quieres?

–Que sumes dos más dos. –Esperó a que dijese algo, pero me limité a cruzarme de brazos–. Va a caer un tormentón de esos que son capaces hasta de abollar mi Chevrolet Impala. Tú vas a pie y yo tengo coche. Y, por si necesitas más pistas, somos vecinos y sé que estás muy lejos de tu casa.

–¿Quieres llevarme?

¿Por qué se estaba mostrando amable? Eso no era a lo que me tenía acostumbrada. Sebastian siempre era desagradable e irritante. Ese era el motivo de mi actuación. No sabía relacionarme de otra manera con él.

–¡Bingo!

–¿Por qué?

–¿Tiene que haber un motivo para que haga una buena acción? –Trató de sonar inocente, pero no pudo.

–Sí.

–Duele. –Hizo un gesto como si lo hubiera golpeado en el estómago. Llevaba la sudadera abierta y una camiseta blanca debajo en la que se intuía el mismo pecho fuerte y marcado que cuando vivía en Charleston. No había abandonado su afición al gimnasio, lo único que parecía importarle de verdad–. Es lo que hacen los amigos.

–Tú y yo nunca hemos sido amigos –recalqué.

–Pues debes de ser muy buena actriz, porque hubo un tiempo en el que pensé que sí.

–Pertenecí al grupo de teatro –confirmé.

–Y nunca te dieron un papel principal porque lo hacías de pena.

–Tú tampoco eres Laurence Olivier en *Hamlet* precisamente.

–Si supiera quién es incluso te rebatiría. En lo que sí te doy la razón es en que no se me daba muy bien actuar. Nunca me ha gustado meterme en la piel de otros. Acabas por llevarte toda su

mierda, sus miserias más profundas.

Vino una ráfaga de aire y me dio un escalofrío.

–Vamos, sube, estás helada y pondré la calefacción al máximo hasta que te quedes en manga corta y pueda ver si es cierto eso que dicen las malas lenguas de que…

Me puse a andar en el preciso instante en el que me di cuenta de que no existía ninguna ley que me obligase a seguir escuchándolo. Eso y que intuí el coqueteo que siempre había impreso en el tono grave y descarado de su voz y me negué a seguir por ese camino.

Caminé unos pasos y se puso a llover. Tal como sospechábamos, lo hizo con fuerza, violencia, impactando contra mi ropa, calando incluso la capucha hasta llegar a mojar mi cabello. La cortina de lluvia me golpeaba la cara, impidiéndome ver. Traté de ponerme la mano como visera, pero tampoco funcionó.

–¿Quieres dejar de ser una maldita cabezona? –Sebastian llegó a mi lado y se colocó enfrente. Era igual de alto y de imponente, de esa manera que recordaba que te hacía sentir pequeña e indefensa a su lado. Su cuerpo cubrió el mío–. He cambiado. No hay más motivos.

–La gente como tú no cambia. Eres el mismo. ¡Si incluso te tiraste a una la primera noche! –Traté de apartarlo, pero él me sujetó por los hombros.

–He dejado atrás al capullo arrogante que estaba enfadado con el mundo, April. –En cierta medida me sorprendió que recordase mi nombre. Habíamos estado muchos años sin hablarnos y había llegado a la conclusión de que para él era invisible. En lo que no pensé ni por un momento fue en que yo sabía perfectamente el suyo–. Eso no significa que me haya convertido en un monje. Y ahora, si me haces el favor… –Estaba cansado–. Ven conmigo al puto coche de una vez por todas.

–¿Y si no, qué?

–Si no, andaré contigo hasta la maldita casa como un gilipollas y mañana tendré bronquitis. –Colocó sus manos a ambos lados de mi cara y me atrajo a él para que le escuchase. Las gotas de su pelo mojado cayeron sobre la punta de mi nariz–. Ya sé que me he ganado a pulso que la gente no se fíe de mí, que tardaré en recobrar la confianza de los demás y tendré que esforzarme muchísimo. –Habló con intensidad–. Pero, joder, tú siempre has sido un alma caritativa con todos, sin importar lo desgraciados que fueran. Si no me das una segunda oportunidad con algo tan insignificante como esto, pierdo la esperanza. –Lo miré. Había sinceridad y desesperación en su voz.

–Está bien.

Caminamos juntos hasta el Chevrolet Impala. Me senté y observé cómo el agua golpeaba la luna delantera como si estuviéramos debajo de una cascada. Encendió el coche y acerqué las manos a la calefacción para calentarlas.

–Toma. –Me tendió una sudadera que llevaba en el asiento trasero.

–Se mojará con mi camiseta.

–Quítatela. –Se encogió de hombros, como si fuera evidente.

–¡No voy a quedarme en sujetador delante de ti!

–¡Y yo no te lo he pedido! ¿Podrías dejar de gritar ante cualquier cosa que te diga? Pareces una experta en malinterpretar mis palabras. Si quieres quitarte la ropa mojada para ponerte algo seco encima, no miraré. –Abrí la boca, pero él se me adelantó–. Ya no somos críos, April, no me vengas con alguna típica pregunta de cómo sabes que puedes fiarte de mí. No voy a taparme los ojos con las manos y observar por el hueco. Nunca he necesitado esos trucos para ver unas tetas y he tenido muchas delante.

–Gracias –fue lo único que le dije, aceptando la sudadera. Tal como había dicho, miró hacia otro lado mientras yo me quitaba mi sudadera y la camiseta y me ponía la suya. Olía bien y enseguida me hizo entrar en calor. Para que el pelo se secase antes, me solté la trenza y lo dejé suelto a ambos lados de la cabeza–. Ya –anuncié, y Sebastian se giró.

–Te queda bien –sentenció tras analizarme.

–¿Tu ropa?

–Es un poco ancha. El pelo. Así, suelto. Me gusta más cuando lo lleváis al natural.

Sebastian se quitó la ropa y se quedó con el torso desnudo. Lo había visto muchas veces, en su jardín, en su habitación, en el gimnasio, en la piscina, en la playa… pero desde hacía tiempo no lo tenía tan cerca como para distinguir las líneas que delimitaban sus músculos, el vello que sobresalía sobre su piel morena o las gotas de agua surcando su vientre plano.

–Si yo no he mirado, tú no deberías hacerlo. –Me miró sonriente a través del espejo retrovisor mientras agarraba ropa del asiento de atrás.

–¿Siempre llevas el armario a cuestas o es que vives en el coche? –En cuanto lo pronuncié me arrepentí.

No sabía qué había sido de la vida de Sebastian tras abandonar el hogar de los Bennet. Mis padres me habían explicado que el estado daba dinero para pagar los estudios superiores a los huérfanos una vez que alcanzaban la mayoría de edad, pero dudaba mucho que mi acompañante hubiera acabado en la universidad. ¿Habría encontrado trabajo? ¿Cómo sería subsistir sin la ayuda de una familia que te amparase? ¿Sería cierto que ese coche era su hogar?

–Me has pillado volviendo del gimnasio. Está sudada pero seca –aclaró, aunque las dudas seguían estando ahí.

Arrancó y comenzó el trayecto. Los limpiaparabrisas casi no daban más de sí, moviéndose tan rápido que daba la sensación de que de un momento a otro saldrían disparados, obligándonos a parar en la cuneta hasta que amainara ese temporal huracanado. Como consecuencia de ello, la visibilidad era bastante mala. Para aumentar mi estado de nervios, la velocidad a la que íbamos

era muy alta, demasiado. Más que conducir un coche, Sebastian parecía el piloto de una avioneta que iba a alzar el vuelo. Su tranquilidad contrastaba con mi miedo.

Me agarré con fuerza a los laterales del asiento. Él se percató y pisó el freno para ir más despacio.

–¿Te importa? –Le señalé la radio para ponerla.

–No funciona.

–Yo no puedo conducir sin música. –Volví a recostarme en el asiento.

–¿No te gusta el silencio?

–Prefiero el sonido, distrae la mente.

–Pero complica la tarea de pensar.

–Depende sobre qué.

–Sobre las cosas importantes de la vida.

–¿Meditas cuando vas en coche?

–Lo intento. Hablando de reflexiones, ¿cómo es la vida de la reina del baile una vez que acaba el instituto?

–Pierde la corona y se enfrenta a la realidad. –Sebastian se había marchado de la ciudad dos años antes del accidente de Sam y dudaba que supiera algo de nuestro noviazgo o de que él estaba en coma. No me apetecía entrar en detalles–. ¿Y la del chico malo?

–Un reto.

Unos rayos de sol se habían colado por las nubes dando lugar a un arcoíris que cruzaba la ciudad. La naturaleza nos estaba regalando un paisaje único. Mar, vegetación, montañas, lluvia, rayos, nubes y un arcoíris repleto de color en la misma panorámica. La belleza de la visión me contagió y miré a Sebastian para señalarle el detalle, topándome con que él estaba observándome con la cabeza ladeada.

El tiempo estaba amainando cuando llegamos a nuestro barrio. Detuvo el coche frente a mi casa sin apagar el motor. Un par de vecinos nos miraron curiosos mientras recogían el periódico empapado de la entrada. No me extrañó. Sebastian era como un famoso del que todo el mundo se creía con derecho a hablar y opinar.

Salí del coche y me detuve frente a la ventanilla del conductor. Él la bajó.

–Gracias. –Iba a marcharme, cuando atrapó mi mano y la sujetó entre la suya más fuerte y grande, reteniéndome.

–¿Lo ves? Te he traído sana y salva. Espero que con eso haya conseguido, por lo menos, que la próxima vez no me saques las uñas cuando te ofrezca montar en mi pequeño.

–No creo que haya próxima vez. –No hubo un deje de animadversión en mi voz. Simplemente constaté la realidad.

–¿Por qué estás tan segura?

–Nunca hemos tenido amigos comunes y nos movemos en ambientes diferentes.

–No veo ningún problema en eso. Tus amigos están en la universidad, los míos en la cárcel, y el ambiente, ¿de verdad irías a los mismos sitios ahora que en el instituto? –Medité y negué con la cabeza. En mis circunstancias no me veía yendo a alguna fiesta con un carnet falso a beber cerveza para que mis amigas ligasen con algún chico un par de años mayor–. ¿Lo ves? Además, me necesitas.

–¿Te necesito?

–Desde luego.

–¿Por qué, según tu poco egocéntrica opinión?

–¿Porque puedo ser tu muro de contención?

–¿Mi muro de qué?

–De contención. Cuando estés a mi lado el pasado no te perseguirá como un fantasma trayéndote recuerdos de momentos mejores y nunca sentiré lástima por ti.

–¿Quién te dice que no quiero recordar o que los demás…? –No me dejó terminar la frase.

–Porque cuando ellos regresen y vuelvan los recuerdos, dolerán tanto que te transformarán en un animal herido que solo quiere morder al resto cuando se acerca aunque sea para salvarlo. –Apartó la mano que tenía sobre la mía–. Y todo el mundo te tendrá pena, ya sea por morbo o por limpiar su conciencia. Eres una maldita tragedia andante. Soy la única persona que nunca lo hará. He vivido tantas desgracias que no me compadezco de nadie. Ni siquiera de mí mismo. –Sonrió con amargura–. Así que sí, me necesitarás para volver a sentirte normal.

–¿Por qué lo harías?

–¿De qué sirve que dos almas torturadas se encuentren si no es para apoyarse?

Dejó la pregunta en el aire y fue a casa de los Bennet. Me miró una última vez antes de introducir el coche en el garaje y negué con la cabeza para convencerme de que era imposible que alguien como él me ayudase.

Capítulo 4

–Nada. Dimito. El trabajo de amiga no está pagado. No van a entenderlo y no puedo culparlas. Sus neuronas se han quedado atrofiadas de ver tanta mierda en *realities* de MTV.

Tu hermana colgó vuestro teléfono inalámbrico y lo tiró encima del sofá del salón, dejándose caer a su lado. El moño, que bien podría ser el nido de alguna cigüeña, se le movió y se escaparon algunos rizos alrededor de su cara.

–Solo han ido al cine… –traté de apaciguarla, porque sabía que tenía una lengua afilada y mordaz por la que podían salir todo tipo de improperios sin realmente pensarlos, por el placer de criticar.

–A ver *Agua para elefantes*…

–Mi madre ha leído el libro y dice que está muy bien.

–Sabes perfectamente que el argumento les daba igual, ¡ni siquiera sabían que se ambientaba en un circo! Podría haber sido el documental más aburrido de la historia sobre cómo se pesca en el hielo en Wisconsin y habrían acudido como fanáticas solo por ver a Robert Pattinson. Elegir una película por el actor es ridículo e infantil.

–Te recuerdo que tú fuiste la que nos obligaste a leer *Crepúsculo* porque estabas obsesionada con la novela…

–¡Eso fue antes de toda la locura que desató alrededor! Además, yo siempre fui más de Taylor Lautner, incluso cuando era un adolescente desgarbado. Antes de sufrir una especie de ciclogénesis explosiva y tener más músculos que Schwarzenegger.

–Siempre te imaginé *team* vampiros…

–En la mitología me gustan más, pero no los que provocan un exceso de azúcar y brillan con purpurina a la luz del sol. Los que me atraen a mí son los superiores, malvados, sin ningún respeto por la vida humana, irónicos, sarcásticos, con un pasado lleno de errores, que no muestren sumisión por los que son más fuertes, poderosos, ingeniosos, inteligentes, llenos de dolor…

–Cualquiera diría que estás describiendo a Damon Salvatore. –Era el hermano mayor de la serie *Crónicas vampíricas* y el motivo principal de que viésemos la serie hipnotizadas.

–¡Por supuesto que es él! Ian Somerhalder es el hombre por excelencia. No habrá ninguno que lo iguale. –Apoyó la cabeza en mi hombro–. ¿Sabes qué?

–Dime.

–Estos son los pequeños detalles que hacen que te quiera. Que adivines quién hace que me caliente tanto que mis braguitas queden reducidas a cenizas…

–Tal vez es porque también produce el mismo efecto en mí, ¿supondrá algún problema en el futuro?

–Para nada.

–¿No me digas que te has vuelto sensible y vas a decir que siempre seremos las mejores amigas?

–Ni de coña. Lo decía porque en el caso de que Somerhalder se cruce en nuestros caminos, te haré oler cloroformo y te encerraré en un sótano hasta que sea mío.

–Yo que pensaba que te importaba un poquito…

–Y lo haces. Sería el sótano más glamuroso de la historia. Tendría hasta su propio retrete y toallitas con olor a fresa para que te limpiases el trasero. Nada de cubos para que hagas tus necesidades durante el secuestro.

Las dos rompimos a reír. Lily encendió el televisor. Fue zapeando tan rápido que no era capaz ni de distinguir qué estaban emitiendo en los diferentes canales antes de que ella dijera «paso» y cambiase al siguiente. Al final se decantó por una reposición de la primera temporada de *Pequeñas mentirosas*, porque, y cito sus palabras textuales, adoraba a esas «perras maléficas».

Tina vino a preguntarnos si queríamos que nos pusiera algo para picar y tu hermana le dijo que nos lo prepararíamos nosotras mismas, que se fuera a disfrutar del sábado por la noche. Se me hacía muy extraño que tuvieseis servicio. Pasaban los años y, aunque vivía casi más tiempo en tu casa que en la mía, seguía sin acostumbrarme.

Me gustaba la actitud de Lily. Lejos de lo que había visto en otras de mis compañeras, que las trataban como si fueran mecanismos inferiores de una cadena de engranaje más que personas, ella nunca era altiva y les hablaba con respeto y cariño. Más que trabajadores, daba la sensación de que se trataban de miembros de la familia. De hecho, a veces me planteaba que tenía más confianza con ellos que con vuestros padres.

Al fin y al cabo, pasaba la mitad del año a solas con ellos. La situación tampoco variaba cuando los Norris estaban en la mansión. Os habían criado entre todo el servicio, mientras tus padres acudían, invitados por algún cliente con influencia, a los Oscar o los Grammy. No sé exactamente cómo sería en tu caso, Sam, pero en el de tu hermana ellas fueron las que la ayudaron con su primera regla cuando, dramática como ella sola, pensó que se estaba

desangrando por alguna extraña maldición religiosa después de que el día anterior se hubiese guardado las monedas que tu madre le entregaba para dar en misa en el bolsillo de sus vaqueros de pitillo para comprarse un conjunto de ropa interior en la tienda de enfrente de la parroquia. Le explicaron cómo se ponía un tampón.

Ellas también eran las que la consolaban tras cada desastre amoroso. Bueno, esa no sería la expresión correcta. Lily no era de las que lloraban y pensaban que el mundo se había terminado cuando la rechazaban o descubría que el chico de turno escribía a media clase. Más bien de las que empezaban a planear una venganza elaborada como, por ejemplo, poner laxante en la bebida isotónica de uno de ellos para que le entrase cagalera en mitad del entrenamiento y todas las animadoras, incluidas con las que la engañaba, lo viesen correr al baño mientras se le escapaba algún pedo. Digamos que lo que hacían, más que ser su paño de lágrimas, era contener esa furia asesina para evitar que acabase en un correccional de menores convirtiéndose en la líder de las pequeñas delincuentes.

Cuando estábamos con la cocinera o el ama de llaves se mostraba tal como yo sabía que era, al cien por cien. No era así con tu madre. Con ella la voz le desaparecía en algún lugar de la garganta y se la veía incómoda, midiendo sus palabras y movimientos incluso con algo tan sencillo como comer un bol de cereales de chocolate.

El móvil le vibró y lo agarró para leer de qué se trataba.

–Son estas –anunció–. Dicen que nos animemos a ir a casa de Chris. Está solo.

–Creía que los chicos habían ido de caza… –Últimamente les había dado por denominar así salir a ligar.

–Lo han hecho y se ha demostrado lo que ya sabía, son patéticos.

–¿Por ir de fiesta un sábado? –Enarqué una ceja.

Los insultaba a todos, cuando en realidad lo que quería era descargar su resentimiento hacia Chris. Se lo había currado mucho con tu hermana hasta que esta se había pillado. Por lo visto, era de los que optimizan posibilidades y le escribía a ella y también a medio instituto. Cuando se enteró, quiso agarrar la escopeta de tus padres para disparar contra sus pelotas para que «ningún niño inocente heredase sus genes de cerdo salido».

–Por pretender que les dejen entrar en una discoteca de universitarios con carnets falsos cuando el acné de pajilleros que tienen revela su verdadera edad.

–¿Y ellas irán?

–¿Lo dudas? ¿Para qué van a seguir mi consejo? Es mejor ir como desesperadas para ser su segundo plato después de que las chicas mayores se hayan reído en su cara de niñatos. –Bebió un trago de su Coca-Cola–. Mira que se lo he explicado una y otra vez. Hay que dejarse ver en las ocasiones justas y necesarias para causar expectación cuando vayas, y no saturar. Como tú y yo. –Levantó la cabeza, orgullosa.

–Tú y yo estamos en casa por cierto castigo que tiene que ver con tu tendencia al exhibicionismo. –Le recordé el motivo por el que, en lugar de disfrutar con nuestras amigas de esa calurosa noche de abril, nos encontrábamos encerradas viendo reposiciones de nuestras series favoritas. A veces tu hermana difuminaba la realidad hasta adecuarla a sus necesidades. No podía admitir una derrota y cambiaba las circunstancias hasta que se convertía en una victoria de su bando. En cierta manera así no sufría, porque pensaba que llevaba las riendas y todo había salido como lo había planeado.

–Es mi piscina y eso me otorga derecho suficiente para hacer toples aunque mis padres no lo comprendan.

–¿Me estás mintiendo? ¿A mí? –Levanté una ceja, autoritaria–. –Te quedaste en tetas para provocar al jardinero –apunté, recordándole que ella me había confesado cuáles eran sus intenciones.

Sopesó argumentos para llevarme la contraria. Tenía tanta capacidad dialéctica que podría darle la vuelta a la tortilla sin esforzarse. Esperaba atenta a ver con qué me salía, cuando asintió admitiéndolo.

–Culpable. No me juzgues. Es joven y lleva camisetas de tirantes que se le pegan al cuerpo cuando suda. Bastante me he controlado para no perseguirlo cuando está en el cuarto de herramientas, echar el cerrojo y violarlo.

–¡Lily! –la increpé, ruborizada–. ¡Tienes quince años!

–¡April, conozco mi edad! ¡No todas queremos ser vírgenes vestales hasta que aparezca nuestro príncipe de Disney en una moto!

–No busco eso…

–Pues entonces tienes el nivel de exigencia más alto que he visto en mi vida.

Sin darme cuenta, la vista se me desvió hacia una de tus fotos, concretamente la que estaba en la vitrina. Se notaba que tus padres estaban orgullosos de ti y, en cierta medida, la casa parecía un monumento hacia tu persona, sin llegar a ser una estatua como la de Abraham Lincoln en Washington D. C., con todos tus premios, medallas y calificaciones colgados por todas partes.

Mi imagen favorita no era la que más te favorecía. Salías más atractivo en la del pasillo el día de la graduación con un traje de chaqueta. La que te digo era diferente. El fotógrafo te la había hecho cuando estabas despistado, encuadrando solo la parte superior de tus hombros. Debía de ser invierno, porque se intuía lo que parecía la tela de un jersey gris. No mirabas directamente al objetivo, sino a uno de los laterales, sin ser consciente de que alguien había capturado ese instante. Llevabas el pelo revuelto, la luz incidía en tus ojos, logrando que fueran de un azul tan cristalino como el agua de las playas paradisíacas, y sonreías de esa manera tan sencilla que era en sí una obra de arte.

No era verte lo que me gustaba sino sentirte. Si la miraba el tiempo suficiente, era capaz de oír

el sonido de tu risa como si estuvieras a mi lado. Incluso hice una fotografía a escondidas con mi móvil para tenerla en una carpeta oculta. Tú eras mi secreto más profundo.

No buscaba un príncipe que me salvase o un lobo que me devorase, lo único que quería era que el campesino, ese que siempre pasaba desapercibido en las películas de animación, se fijase en mí. No me interesaban los populares, los rebeldes, los inconformistas, los raperos, los bailarines, los músicos, los del club de ajedrez… Nadie. Solo tú.

Ese era el motivo principal de que me encontrase en tu casa aquel día en las vacaciones de primavera. Si me lo hubiera propuesto, no habría tardado en convencer a la alocada Lily de que nos escapásemos un par de horas con nuestras amigas, y más sabiendo que tus padres estarían toda la tarde en el club de campo en la fiesta de cumpleaños del senador Carter. Habríamos tenido margen para una huida en toda regla y estar de nuevo allí cuando volviesen por la noche contigo.

¿Por qué no lo hice? Tú volvías. Habían pasado demasiados meses desde que te habías marchado a Nueva York. Ni siquiera regresaste para las vacaciones navideñas, porque tus padres decidieron a última hora hacer un viaje a Malibú, donde tenían buena parte de su clientela, y tú volaste directamente desde la ciudad de los grandes rascacielos. ¿Y si llegabas antes de que el manto oscuro cubriese la ciudad, como estaba previsto?

Lily y yo nos levantamos cuando la puerta crujió, indicando que alguien la abría. Ella estaba tan tranquila. Yo tuve que tragar saliva e intentar que no se me notase que las manos me sudaban y me costaba respirar. Pasaste el primero, con tus padres siguiéndote por detrás, y contuve el aliento. Estabas tremendamente guapo con los vaqueros claros y la camisa blanca que llevabas por fuera. Dejaste las maletas en el suelo y nos miraste con la sonrisa ladeada que conocía tan bien. Nos estabas invitando a acudir a tu lado.

¿A las dos o solo a ella?, dudé.

Tu hermana corrió a tu encuentro y me quedé paralizada para no hacer el ridículo. La acogiste entre tus brazos y sus exagerados rizos taparon parte de tu cara. Estuvisteis así durante unos segundos en los que me sentí un poco incómoda, como si fuera una extraña que debería dejaros intimidad. Entonces tus ojos azules asomaron por encima de su cabello y me dijiste:

–¿Ya te has olvidado de mí, que no vienes a saludar, pequeña? –Sonreíste y estiraste el brazo izquierdo, invitándome a que me uniera a vosotros.

No tuviste que insistir. Acudí a tu llamada. Cuando me aproximaba tiraste de mi mano y me abrazaste con fuerza. Conforme me apretabas, hundí la cara en tu pecho, en ese hueco que parecía que estaba destinado para que me apoyase. Tu olor hizo que se me acelerase el pulso.

–Os he echado de menos –nos dijiste, sosteniéndonos a las dos.

–Y yo –pronuncié contra tu camisa.

–¿Tú no dices nada Lily? –le preguntaste.

–Yo también, caraculo. –Tu hermana se separó un poco para mirarnos–. Joder, parecemos la maldita tribu de los Brady, ¿dónde hay una guitarra para cantar temas religiosos?

–Cuida esa boca, señorita –la reprendió tu madre, y los tres nos echamos a reír, gesto que agradecí para que camuflase mis temblores.

Nos separamos y sacaste unos regalos que habías traído de Nueva York.

–Toma. –Me tendiste un paquete.

–¿A mí? –Abrí mucho los ojos y lo agarré.

–Claro –contestaste como si fuera obvio.

Rasgué el papel y en el interior había un bote de emanems gigante con la forma de la Estatua de la Libertad.

–¡Gracias, Sam! –exclamé, emocionada, meciendo esa especie de muñeco en mi mano, con los círculos de chocolate rebotando de un lado a otro.

–Es una chorrada de la tienda de Times Square de M&M's. –Te justificaste como si, al ver la ilusión que desprendía, fuese demasiado poco en comparación con las joyas de tus padres y la equipación de los jets de tu hermana.

–Es increíble –resolví. Realmente lo era, porque eso solo podía significar que estando allí, al menos ese día, te acordaste de mí.

–Dicen que la tienda es una pasada –apuntó Lily.

–¿Algún sitio con dos plantas dedicadas al chocolate podría no serlo? –bromeaste.

–Tal como lo has descrito será el primer sitio que visite cuando vaya a la Gran Manzana –indiqué.

–Es una buena manera de empezar a conocer la ciudad. Después, si quieres, iremos a una hamburguesería que está en una calle aledaña y… –Interpretaste mal mi cara de sorpresa. Intuiste que era porque no quería tu compañía, cuando lo hacía feliz de que tuviésemos un plan futuro–. A no ser que quieras ir sola.

–Juntos suena mejor.

La frase pasó desapercibida para los demás entre las historias que nos contabas mientras tomábamos algo. Eras un buen narrador, capaz de trasladar a las personas que te oían a los lugares que estabas describiendo. Lo transmitías hasta tal punto que casi era capaz de sentir el tumulto de Times Square, el césped debajo de mi cuerpo como si estuviera tumbada en Central Park un día soleado y esa sensación de grandiosidad al ver la ciudad desde el Empire State.

Estuvimos un par de horas así hasta que tus padres tuvieron que marcharse a la cena del senador y tú te fuiste con Tracy. Que tú hubieras vuelto a Charleston era motivo más que suficiente para que no quisiese moverme de tu casa, porque sabía que tarde o temprano regresarías y podría disfrutar de tu presencia hasta que de nuevo volvieses a marcharte. Intenté

que tu hermana se quedase despierta hasta la madrugada incluso contestando a sus absurdas preguntas sobre por qué no me atraía ningún chico del instituto.

–¿Es por los penes? –dedujo.

–¿Qué pasa con ellos? –repuse, cansada.

–¿Te dan miedo? –inquirió, curiosa.

–No he tenido el placer de conocerlos –contesté con sarcasmo, removiéndome incómoda.

–Son feos –aceptó, y puso una mueca de asco con la que se le arrugó mucho la nariz.

–Que yo sepa tú tampoco has tenido ninguno delante.

–He visto fotos. –Agarró un puñado de palomitas.

Estábamos comiendo mientras intentábamos completar un puzle de mil quinientas piezas de San Francisco. Corrijo. Yo me estaba devanando los sesos en averiguar dónde podían encajar las piezas, mientras que Lily intentaba meterlas a la fuerza en los huecos que quedaban libres. La paciencia no era una de sus virtudes.

–¿Te metes en páginas porno?

Lily asintió mientras tragaba antes de añadir:

–Es educativo. –Enarqué una ceja–: ¿Qué? Si los profesores han decidido quitar del programa la asignatura de sexualidad, mis padres no hablan del tema y mi mejor amiga es una especie de monja, tendré que ser autodidacta, ¿no?

–Yo lo único que espero es que borres el historial o tus padres te mandan a un internado de castidad. –Nos quedamos en silencio.

–Venga, ¡reconócelo! Es imposible que no tengas algo de curiosidad.

–Bueno, puede que un poco –concedí–. ¿Qué has descubierto?

–Que son como el Jorobado de Notre Dame, horribles por fuera, pero con algo en el interior que te llena.

Le tiré un cojín a la cara para silenciarla.

–¡Eres una auténtica cerda!

–Samantha de *Sexo en Nueva York* se partiría el culo con mis ocurrencias. Lástima que hayas elegido adoptar el rol de Charlotte, quien, para tu información, es el personaje menos querido después de Miranda.

Acabé tirando la toalla con el puzle después de que Lily pisase todo lo que había hecho cuando salió corriendo al baño. Empezar de nuevo se me antojó un mundo.

Estuvimos durante horas hablando hasta que Lily dijo que habíamos tocado todos los palos posibles y se le había secado la lengua. Fallé en mi intento de dormirme y me levanté. Las palomitas saladas me habían dejado los labios tan hinchados que temía que tu padre nos acusase a Lily y a mí de habernos inyectado su bótox en la boca para estar a la moda de las *celebrities* más famosas. Además, nuestras huellas estaban por todos los rincones del despacho, porque

habíamos pasado un buen rato tratando de encontrar los expedientes clasificados de sus clientes más renombrados para enterarnos, por ejemplo, de si algunos de nuestros mayores ídolos tipo Brad Pitt eran reales o de plástico.

En lugar de encender la luz y despertar a todo el mundo, agarré el móvil e iluminé el camino con la luz que salía de la pantalla. Llegué a la cocina, puse hielo en un vaso vacío y lo llené de agua. Anduve hasta el fregadero a la espera de que se enfriase un poco. Ese día había luna llena. Me puse a observar cómo se reflejaba su silueta en la calmada superficie de la piscina. Daba la sensación de que la había capturado y se encontraba en su interior. Entonces, en mitad de la quietud que reinaba en el exterior, distinguí un movimiento.

Al principio creí que se trataba de un animal. Fijé la vista y entré en pánico al comprobar que era una persona.

Instintivamente me agaché para ocultarme detrás de la encimera. Desbloqueé la pantalla del móvil y marqué el número de emergencias. Iba a llamar para dar el aviso de que había unos ladrones en vuestra propiedad cuando algo llamó mi atención. La persona estaba quieta. Demasiado inmóvil. Es decir, si hubiese sido un delincuente que quería desvalijar una vivienda de lujo lo habría hecho rápido antes de que los ocupantes se percatasen de lo que estaban haciendo o saltase la alarma, y no de esa manera tan sosegada y pacífica.

Quise asegurarme antes de dar la voz de alarma. Observé al extraño que había divisado y se me aceleró la respiración al darme cuenta de que eras tú. Era imposible que yo no distinguiese tu silueta recortada por la luz de la luna.

No lo medité y actué. Con determinación, fui directa hasta la puerta corredera que daba al jardín. Salí al exterior cerrando tras mi paso. Mis pies descalzos se internaron en el césped y sentí el frescor de las gotas del rocío. Caminé lentamente para tratar de llegar hasta tu posición con el corazón menos acelerado, si es que podía. Me solté la coleta que llevaba y traté de peinar mi melena rubia, al tiempo que maldecía mi decisión final de ponerme el pijama de animalitos, compuesto por un pantalón corto y una camiseta de tirantes, en lugar del camisón ajustado y con un buen escote que me había ofrecido Lily, aludiendo a que el mío era demasiado infantil, que ya tendría tiempo de quitarme años cuando alcanzase la treintena, pero que ahora era la época de parecer mayor.

Me detuve e intenté tragar saliva. No tenía. La boca estaba seca. Eso me hizo recordar que verte me había hecho olvidar el motivo por el que había bajado dejándome el vaso de agua en la cocina. Ese era el efecto que tenías en mí. Eras capaz de conseguir que todo se desvaneciese hasta que lo único que quedaba en mi universo eras tú.

Estabas sentado en el banco de piedra del mirador, observando el cielo, que esa noche parecía que se extendía infinito solo para nosotros. Como si la raza humana se hubiera extinguido y fuésemos los únicos supervivientes de la tragedia.

–Deberías estar en la cama, April –dijiste sin girarte.

–No puedo dormir. Demasiada cafeína en vena –bromeé, pero no te reíste–. Te he visto desde la cocina y he pensado que tal vez podrías contarme una historia como hacías antes cuando tenía insomnio…

–No estoy para cuentos. –Tu voz sonaba ronca, rota–. Quiero estar solo.

Se activó la alarma que tenía instalada en el pecho para que me avisase cuando algo iba mal contigo. En lugar de marcharme, caminé a tu lado y coloqué mi mano sobre tu hombro.

–¿Qué ha pasado?

–¿Tan difícil es comprender que no me apetece tener compañía? –Te moviste para evitar mi contacto–. Vuelve arriba con Lily, April. No es una sugerencia.

–No acepto órdenes. –Gruñiste por mi testarudez.

Ladeé el banco y me senté a tu lado, dejando un hueco entre ambos. Giraste la cabeza hacia el otro lado, pero yo ya había visto lo que querías ocultarme.

–Tu secreto está a salvo conmigo.

–¿Cuál?

–Ya lo sabes…

–No estoy para adivinanzas.

–El de que los hombres también lloráis. –Podía ver el reflejo perlado de tus lágrimas en la mejilla dándome la razón–. Eso sí, mi silencio tiene un precio. Me gustaría saber la causa.

Tus manos apretaban la piedra gris del banco y una ráfaga de aire cálido removió tu pelo.

–Se me da bastante bien escuchar y tengo entendido que descargar, compartir las preocupaciones, suele aliviar bastante. –Al ver que no decías nada añadí–: Tengo quince años, sí, pero tendrás mi atención al completo aunque hables hasta que se haga de día. –Flexioné las piernas encima del banco y me abracé por las rodillas–. ¿Es por tu padre? ¿Ya le has confesado que no quieres seguir sus pasos? –Indagué.

–¿Todavía te acuerdas de nuestra conversación? –Te sorprendí y olvidaste que no querías que te viera con los ojos rojos de llorar. Me miraste. Parecías tan desolado que no abrazarte para darte ánimo se convirtió en una tortura. No obstante, me mantuve quietecita en mi sitio.

–Recuerdo todo lo que me has dicho. Suelo hacerlo con la gente que me importa.

–Tracy me ha dejado –confesaste, y fue como si soltases una bomba, porque a continuación relajaste los hombros, como si hubieses expulsado parte de la tensión, de la mierda en la que estabas sumido–. Ha conocido a un chico en Boston.

Ahora que ha pasado el tiempo debo decirte que me alegré. Y mucho. Demasiado para no sentirme un poco bruja.

–Se arrepentirá.

–¿Porque soy buena persona? Eso ya lo sabe. De hecho, es el motivo. Algo así como que

necesitaba alguien que le diese más caña.

–Ese argumento hace que en ocasiones pierda la fe en el sexo femenino –reconocí–. Pero ese no es el motivo por el que me jugaría no volver a comer chocolate el resto de mi vida si no estoy en lo cierto.

–¿Y cuál es?

–Tu culito –bromeé–. Estoy completamente convencida de que el que tienes de fábrica supera a cualquiera prefabricado con horas de gimnasio. Cuando se dé cuenta, la única neurona que ha demostrado que tiene con su argumento sufrirá un cortocircuito. –Abriste mucho los ojos y, de repente, magia: sonreíste.

–De todas las cosas que podría haber imaginado que saldrían de tu boca nunca habría adivinado esta. –Las carcajadas aumentaron.

–Soy un poco kamikaze. Decir una burrada que haga que me ponga roja como un tomate es un precio que estoy dispuesta a pagar por esto.

–¿Qué?

–Verte reír.

Entendía que debías de estar perdido. Desde que me acordaba, siempre habíais sido dos. Ella estaba en todas tus etapas pasadas y suponía que también la imaginabas en las futuras.

–¿Sabes lo bueno de hacer planes? –continué–. Que si uno no te sale, siempre puedes inventar otro mejor que el anterior.

–Ahora mismo no tengo mucha imaginación… –Trataste de reír, pero te salió un sonido ronco de dentro que se parecía más a un lamento.

–Yo los inventaré para ti.

Tomé aire hasta que llené los pulmones y lo expulsé lentamente mientras apoyaba la cabeza en tu hombro. Temía que volvieses a apartarte, pero en lugar de eso colocaste la tuya encima.

–¿Sabes lo que estaba pensando hasta que has llegado? Hoy estoy jodido y eso que todavía es una especie de pesadilla, pero mañana se convertirá en real y estaré destrozado. Mierda.

–Ojalá pudiera decirte que no tienes razón.

Me mordí el labio de la impotencia de ser consciente de que, por mucho que lo intentase, no existía un remedio milagroso. Como ante cualquier circunstancia dura en la vida, tú mismo tendrías que soportar el duelo.

–¿No tienes ninguna frase perfecta para este momento?

–No existen palabras para curar un corazón cuando está roto, Sam.

–Si estuviera aquí Lily seguro que lo habría atajado con un «era una guarra que no te merecía» o algo así.

–Para ella guarra soy yo cuando coincidimos con el mismo vestido en una fiesta. La habría llamado algo que habría hecho santiguarse incluso a los ateos por temor a que fuera la hija de

Satanás.

Tu pecho comenzó a subir y bajar al ritmo de tus carcajadas, meciéndome.

–Acabo de tomar una decisión.

–Si es despertar a Lily para que comience su sesión de insultos, será mejor que lo hagas dándole con una almohada.

–A veces muerde como un perro rabioso, ¿eh? –bromeaste, y asentí con energía–. No, a lo que me refería es a que nos vamos.

–¿Del jardín?

–De la casa.

–Voy en pijama. –Señalé mi atuendo.

–No supone ningún problema. Allí no habrá nadie. Venga, pequeña, acepta–. Me tendiste la mano y la agarré sin preguntarte el destino.

Nos montamos en tu vieja furgoneta y comenzamos nuestra primera aventura. Recuerdo el CD de grandes éxitos de James Blunt que pusiste, del mismo modo que soy capaz de rememorar los nervios agarrando mi estómago cuando te miraba de reojo conforme ascendíamos por la carretera serpenteante.

Aparcaste en la explanada y me pediste que cerrase los ojos mientras te bajabas.

–No los abras –insististe, ayudándome a salir.

–No lo haré.

Colocaste tu brazo rodeándome la cintura y me guiaste hasta la parte delantera del vehículo. El aire me azotaba con fuerza en la cara y se convirtió en la particular banda sonora de nuestro momento. Me ayudaste a subir al capó y me pediste que me tumbase. La chapa crujía debajo de mí cuando me movía, inquieta. Tardaste unos segundos en situarte a mi lado y colocaste una manta por encima de ambos para que la fría carrocería no calase en los huesos.

–¿Puedo mirar ya?

–No creo que puedas aguantar mucho rato más sin hacerlo.

–¿Cómo osas insinuar que soy un poquito demasiado impaciente?

–Porque te conozco. –Apoyaste tu cabeza sobre la mía y, por un momento, no quise despegar los párpados por el placer de incrementar la sensación de nuestra proximidad. Tus dedos rozaron los míos y susurraste–: Espero que te guste conocer mi segundo lugar favorito del mundo.

–Vaya, yo pensaba que me habías traído al primero.

–Ese otro día.

Abrí los ojos poco a poco y contuve la respiración ante la imagen que se extendía ante nosotros. Estábamos en las montañas que custodiaban la ciudad, perdidos en el punto más alto. Encima de nosotros el manto estrellado quedaba en un segundo plano con una luna amarilla rodeada de unas nubes que se teñían de morado. Era inmensa. Gigante.

–Cuando Lily y tú cumplisteis nueve años os pregunté qué queríais que os regalase con lo que había ganado vendiendo limonada con mis compañeros del colegio –comenzaste a narrar–. Mi hermana me pidió una muñeca con la que me fundí casi todo el dinero. Pensaba que tú no me lo podías poner más complicado, pero me pediste…

–La Luna –completé, rememorando el instante.

–Exacto. Un astro, ni más ni menos. Querías que te la bajase lo suficiente como para que pudieras rozarla con la punta de los dedos mientras bailases.

–Y tú fabricaste una con cartulinas y la colgaste del techo del cuarto de tu hermana, pero ella la destrozó pensando que era una piñata.

–Nunca fui muy buen artista.

–Tienes razón. Las manualidades no eran lo tuyo. –Ambos nos reímos.

–Recuerdo que te prometí que te haría otra, pero se me olvidó.

–No pasa nada, éramos críos. –Le resté importancia.

–Claro que sí. No cumplí mi palabra. Por eso he pensado en traerte a este lugar. Sigo siendo igual de penoso con las manualidades, y por mucho que avance la ciencia no creo que llegue el día en que pueda bajártela, pero en este punto y durante esta noche en la que está más cerca de la Tierra que nunca, si levantas las manos con un poco de imaginación, puedes llegar a sentir que la estás rozando. –Tragué saliva.

–No era necesario. No me debes nada por haberte ayudado con la ruptura…

–No es por eso. –Me detuviste y giraste el rostro. Las puntas de nuestras narices casi se rozaban. El torbellino de sentimientos en mi interior se rebeló hasta convertirse en un tornado–. Lo hago por una razón totalmente egoísta.

–¿Cuál?

–No debería confesártelo… –Dudaste y, finalmente, lo dijiste–. Pero desde que eras pequeña siempre que te he visto bailar he pensado una cosa.

–¿Que tengo una técnica inmejorable? –bromeé, nerviosa.

–Es algo raro y complicado de entender. –No hiciste caso a mi comentario–. Una sensación. Una que me hacía sentir que durante esos segundos el mundo era un lugar mejor, como si con la danza desprendieses parte de esa pasión que solo tú tienes. –Me miraste fijamente y me perdí en el azul–. Baila para mí, April, inúndame de tu energía, por favor.

–¿Con la música del coche? –No podía negarme.

–Con la que te cante la luna. Estoy seguro de que si la miras, lo hará. Y yo podré escucharla gracias a ti.

Asentí y me puse de pie. Estaba nerviosa y el cuerpo me temblaba levemente, como si en lugar de bailar fuese a hacer algo infinitamente más importante. Y lo era. La conexión a través de la distancia. La manera de rozar tu piel gracias al aire que provocasen mis movimientos.

Te apoyaste sobre los codos y yo tomé aire antes de centrar mi atención en esa luna que me bañaba con su luz. Durante un instante pensé que sería una tontería, que no sentiría nada y no podría hacerlo. Sin embargo, lo hizo. Puede que mis oídos no la oyesen, pero sí mi cuerpo, como si todo el agua que lo componía se transformase en parte de esa marea que el astro mecía a su antojo. Me balanceé al ritmo que ella me marcaba, con movimientos lentos que se convirtieron en acelerados cuando levanté las manos y fijando mi vista en ella la sentí.

Ese día me regalaste la luna y yo te cedí parte de esa energía que asegurabas que emanaba de mis movimientos. Ese día demostramos que para que un proyecto de cita sea memorable no es necesario acabar con los labios rojos, sino con una piel de gallina que se resiste a abandonar tu cuerpo aunque hayan pasado las horas.

Después continuamos hablando, sentados sobre el capó, hasta que el cielo empezó a clarear e intuimos los primeros resquicios del amanecer. Fuimos a tu casa y subimos la escalera. Me detuve antes de comenzar a andar por el pasillo en dirección a la habitación de Lily, que era la opuesta de la tuya.

–Si no puedes dormir, avísame. Nos separan veintisiete pasos –le ofrecí.

–¿Te has desvelado?

–¿Quién no lo haría? Hoy he estado en la luna.

–Y yo, pequeña.



Presioné con fuerza mis labios contra los de Sam.

–Abre los ojos –supliqué sobre su boca, pero no lo hizo.

Capítulo 5

Pulsé el timbre de casa de los Bennet y cambié el peso de un pie a otro mientras esperaba a que abrieran. El aire movió el atrapasueños y las luces navideñas de la entrada formando una extraña melodía. Me abroché los botones del abrigo marrón hasta el cuello pensando cuándo volvería el sol a Charleston y dejaría de hacer ese frío infernal al que no estábamos acostumbrados sus habitantes.

La puerta se abrió y apareció Sebastian, lo que provocó que desapareciese instantáneamente la sonrisa de cordialidad. Como siempre que él estaba cerca, me puse alerta. No era necesario que el chico hiciese nada para conseguir ese efecto en mí. Mi instinto de supervivencia hacía que me mantuviese atenta y precavida ante cualquier movimiento en falso. No confiaba en él y mucho menos me creía que había cambiado. Lo veía como un león que estaba jugando con su presa para atacarla cuando esta menos se lo esperase.

Se apoyó con despreocupación contra el marco de la puerta. Iba descalzo, con una camiseta de tirantes que dejaba a la vista sus moldeados brazos, y con unos pantalones desgastados que se le bajaron cuando metió las manos en los bolsillos, dejando a la vista su estómago y la uve marcada de sus músculos que señalaba el camino a su entrepierna. El pelo revuelto le caía por encima de los ojos, oscureciendo todavía más su mirada, y su boca mostraba una sonrisa descarada, atrevida, como si esos labios desconociesen el significado de inocencia o normalidad.

Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue el tatuaje que le sobresalía por los hombros y la espalda a través de su camiseta. La tinta negra que serpenteaba por su piel hasta dibujar lo que parecía el plumaje de un par de alas que le otorgaban un aspecto hermoso de un modo gótico y siniestro, pero cautivador. Unas líneas que invitaban a ser recorridas con la yema de los dedos.

Nuestras vecinas lo observaron entre fascinadas y atemorizadas. Para ellas era la imagen de un maldito ángel caído que provocaba atracción y ganas de salir huyendo en la misma proporción. Una estatua griega bonita a la vista que querías rozar y te abrasaba si lo hacías.

–No era necesario. –Antes de que pudiese preguntar a qué se refería, sacó la mano derecha del bolsillo y tomó una de las galletas de mantequilla de la bandeja que llevaba–. La próxima vez que quieras pedirme que salgamos a dar una vuelta no hace falta que me traigas un regalo. –Alzó la barbilla, orgulloso.

–Yo no… –balbuceé sin poder creerme lo que estaba oyendo.

–Si te empeñas… Me gustan más los *muffins* de chocolate, bombones o flores. Un ramo de rosas rojas está bien.

Era una broma. Con cualquier persona me habría hecho gracia el comentario, pero no con él. Algo de lo que el propio Sebastian era consciente. Le gustaba jugar a ponerme a prueba, a tocarme las narices, a hablarme con la fingida amabilidad de dos amigos que se reencuentran, cuando sabía perfectamente el motivo por el que lo detestaba. Disfrutaba tratando de sacarme de mis casillas.

Apreté con una fuerza desmedida la bandeja contra mi pecho. Él se cruzó de brazos, relajado, ladeó la cabeza y me miró divertido.

–Camisetas viejas de manga larga de mi padre –dije.

–Tus mejores braguitas. Si tienen lacitos, mejor. –Enarqué una ceja–. ¿Qué? Solo te sigo la corriente de decir prendas al azar y ha sido la primera que me ha venido a la mente. La tengo muy sucia, me temo.

–Me refería a lo que te traería, ya que careces de ellas.

Puse los ojos en blanco. Puede que dentro estuviese puesta la calefacción, pero ir medio en pelotas no era normal.

–Entiendo…

–¿Tienes algún color favorito o te conformas con que sean de dos tallas menos para que te queden bien apretadas? –Exageraba mi actitud con él.

–Juegas con mis sentimientos. Eres malvada.

–Todo lo contrario. Te estoy previniendo. Tu trastorno exhibicionista va a causarte muchos problemas.

–¿Esta es la manera sutil que tienes de suplicarme que me ponga algo por encima o no vas a poder contenerte y te lanzarás en mis brazos? –Nos colocamos frente a frente, tensos–. Me miras como si quisieras devorarme. Tienes suerte de mi gran capacidad de modestia o podría llegar a pensar que te gusta demasiado lo que ves. –Se había dado cuenta del recorrido de mis ojos al abrir la puerta y no disimulaba, como habrían hecho los demás. Engreído.

–Neumonía. –Lo ignoré–. Eso es lo que vas a pillar, y he oído que los tratamientos son muy caros.

Jane, la última niña que había llegado al hogar de acogida y que tenía seis años, apareció a su lado y tiró de sus pantalones para captar su atención, deteniendo esa especie de pelea verbal que

no tenía ninguna pinta de acabar bien.

–Te estaba esperando –lo regañó, cruzándose de brazos. Sus grandes ojos azules resaltaban con su piel negra y las trenzas de raíz se movían de un lado para otro.

–April me ha entretenido. –La niña me miró como si acabase de reparar en mi presencia en ese mismo momento y no le cayese nada bien por haber sido la culpable de que el chico no llegase a su cita.

–¿Quieres? –Me agaché y le ofrecí una galleta para ganarme su confianza. Se escondió detrás de Sebastian negando con la cabeza.

Él tomó una y se puso a su altura de cuclillas.

–Están realmente buenas –fue lo único que dijo, y la niña la aceptó.

–¿Te gusta? –Le preguntó la niña con la boca llena y la comisura de los labios repleta de restos del dulce.

–¿La galleta?

–La rubia –le aclaró como si yo no estuviera presente.

–No más que tú. Ya sabes que eres mi chica. –Jane sonrió, conforme, mostrando la pasta marrón en que se había convertido la galleta en el interior de su boca. Había que fastidiarse, hasta una niña caía rendida a sus encantos de embaucador.

–Es demasiado blanquita y delgada. –Sebastian rio por su ocurrencia y parecía una carcajada sincera, de esas que nunca le había oído.

–¿La invitamos a merendar para ver si come un poco?

La niña me evaluó unos segundos y negó con la cabeza.

–Es chica, solo hay una corona y no quiero que me la quite –le explicó–. Voy a ponérmela y vamos al jardín, ¿vale? –Asintió, serio, y ella se puso muy contenta–. Te espero allí. No tardes, que el té se enfría.

–Y tú ponte algo de abrigo que si no Sophia no te dejará comer el helado que hemos comprado para esta noche.

–¿Helado? –Se le abrieron mucho los ojos y dio un saltito.

–¡Se me ha escapado! –Era evidente que no y lo hacía para que la niña se pusiese un abrigo. Por lo que había observado desde mi casa, la señora Bennet siempre tenía que ir corriendo detrás de ella tratando de ponerle la prenda mientras la pequeña en manga corta se zafaba sin dejar que lo hiciera–. Será nuestro secreto hasta esta noche, ¿te parece bien?

Jane asintió enérgicamente y se marchó veloz, derrapando por el pasillo hasta la escalera que daba al piso superior.

Sebastian la observó hasta que se perdió en la lejanía con un gesto dulce que se transformó en bravucón en cuanto se puso de pie y centró su atención en mí. Yo lo miraba sin poderme creer lo que había presenciado. Él no era tierno, no tenía tacto y mucho menos mano con los niños.

–¿Qué? –Se hizo a un lado para que entrase en el salón y cerró la puerta. Parecía demasiado grande en comparación conmigo. Levanté la cabeza para que viera que no me amedrentaba y me quedé a la altura de sus labios.

–¿Le has regalado una corona?

Comencé a desabrochar los botones de mi abrigo. Intenté hacer lo mismo con la cremallera, pero parecía que se había quedado atascada.

–¿Celosa? Creo que también podría conseguirte una si la quieres. –Lo habría mirado con los ojos en blanco para enfatizar mis palabras. Sin embargo, la maldita cremallera se había atascado. Di un tirón y casi la arranco de cuajo–. –Apartó mis manos y se dispuso a hacerlo él–. Déjame a mí antes de que te lo cargues.

–Yo lo voy a romper y tú con lo bruto que eres no, ¿verdad?

–En esta vida hay que tener maña y fuerza y saber cuándo utilizar cada una. –Movió el enganche arriba y abajo un par de veces y a la tercera la cremallera comenzó a correr.

–Ya puedo yo. –Coloqué mi mano encima de la suya y la movió para que me apartase.

–No, volverás a atascarla y mi chica se pondrá nerviosa porque llegaré tarde a nuestra cita.

–Seducir a las menores es delito –bromeé para no pensar en el hecho de que Sebastian estaba en esos momentos apartando la tela a la altura de mis pechos. Se detuvo.

–Y definitivamente esto tampoco debería ser legal. –Habló con un tono tentador mientras miraba descarado y sin ningún tipo de pudor mi torso marcado a través de la ceñida camiseta blanca de lino que llevaba.

Lo aparté.

–No vuelvas a hacerlo nunca o te juro que te la corto y se la doy de comer a los perros.

–No te atreverías…

–Tú no me tientes.

–Irías a la cárcel…

–Te pediría que me pasases los contactos.

Indignada, dejé la bandeja encima de la mesa para poder colocar el abrigo en el perchero de la entrada y giré sobre mis talones para volver a agarrar el recipiente con los dulces.

–¿Dónde está la señora Bennet?

–La dejé sentada en el invernadero. No creo que haya podido ir muy lejos. ¿Te acompaño?

–Conozco el camino de memoria.

–Era para que disfrutases de mi compañía.

Ni siquiera le contesté. No era necesario y solo serviría para su disfrute personal. Anduve hacia la salita, que desembocaba en el invernadero en una de sus salidas y el jardín por la otra. Intenté no girarme, pero tenía una pregunta en la punta de la lengua que estaba tomando el control.

–Por cierto, ¿de qué va todo esto? ¿Desde cuándo te has convertido en el osito amoroso de los niños?

–¿Lo dices por Jane? Le he pagado cuando has llamado al timbre para que cambiase tu visión de mí.

–¿Nunca hablas en serio?

–¿Para qué? No me creerías igualmente, April. Parece que me conoces muy bien.

–Lo hago.

–Lo hiciste –matizó–, y no fue a mi mejor versión, precisamente.

–La gente no cambia.

–No con personas como tú que no los dejan.

Exasperado, Sebastian comenzó a subir la escalera y yo fui a buscar a mi vecina. Le apasionaban las plantas. Era su manera de evadirse de la realidad, su propia vía de escape. Tenía árboles centenarios, arbustos que su marido, Ethan, podaba con formas espectaculares para disfrute de los más pequeños de la casa, y flores de todos los colores adornaban tanto el exterior como el interior. Estas últimas eran las más llamativas y exóticas. Cualquiera de nuestros vecinos las habría cortado por el tallo para ponerlas en un jarrón con agua o hacer un bonito ramo para regalar. Ella opinaba que eso era una aberración.

Le gustaba dar vida y no quitarla. Por eso, cada vez que intuíamos que alguna de nuestras plantas se iba a marchitar se la dábamos y la llevaba al invernadero en el que, como si fuera un quirófano, la cuidaba hasta que volvía a germinar. Por eso era su lugar favorito. Su afán protector, ese que la llevaba a pretender arreglar cualquier cosa destrozada que tuviera entre manos, le hacía mimar con más cariño a las que estaban amarillentas, casi muertas, que las que tenían unas flores espléndidas.

Abrí la puerta acristalada y me recibió el olor mezclado de decenas de plantas antiguas y otras recién adquiridas.

–¿Hola? –pregunté.

–¡Aquí! –gritó, y seguí la dirección de su voz.

Anduve a su encuentro y paseé la mano libre por la arena en la que reposaban semillas que aún no habían empezado a crecer y pequeñas plantas que estaban luchando por hacerse más altas. La localicé en el extremo acristalado que daba al jardín, sentada a la mesa con una silla al lado para poder tener la pierna escayolada en alto.

–No hace falta que te levantes –la insté al ver que pretendía hacerlo. Se había caído por la escalera la semana anterior y se había roto la tibia y el peroné–. ¿Qué tal estás?

–Mi cadera está perfecta, no he tenido que quedarme ingresada en el hospital y una celadora no me limpia el culo cada vez que hago mis necesidades. No podría estar mejor –contestó con su alegría habitual.

Dicen que en la vida hay dos tipos de personas: los del vaso medio vacío y los del medio lleno. Yo opinaba que eso era una tontería del tamaño de Rusia, ya que la afirmación daba por hecho que todo el mundo nace con la misma cantidad de agua y todo es una cuestión del prisma con el que lo miras, de la perspectiva. Y eso es mentira. Las cartas de la partida son siempre diferentes e incluso ante una misma jugada reaccionamos de maneras distintas. Lo que quería decir es que existía gente que lo veía vacío porque realmente lo estaba, porque no tenía nada y la cuestión era cómo actuar ante eso.

La señora Bennet era una persona que se dedicaba a llenar con el poco agua que tenía los vasos de los demás a pesar de que no es que le sobrasen muchas gotas precisamente. Según me había enterado, no sé si por mis padres o escuchando alguna vez a las vecinas mientras leía un libro en la calle, su vida no era un cuento de hadas. No hablo de amor. Las historias personales no siempre giran en torno a eso. Su marido la adoraba con toda su alma y estoy segura de que habría ido a la mismísima selva amazónica a por una de sus flores o escalado el Himalaya en bermudas si con eso la hubiera hecho reír en sus días negros.

Su propia tragedia personal vino de la mano de su deseo más profundo, la maternidad. No se trataba de un caso en el que uno de los dos fuera estéril. Tuvo un pequeño, un bebé rosado que salió de su vientre y gritó como todos los demás, mostrando a ambos el sonido más bello que habían oído. Nada hacía presagiar lo que pasaría unos años después, cuando, en una de las revisiones rutinarias, detectaron un fallo, algo que no cuadraba, le hicieron pruebas y le diagnosticaron una de esas enfermedades que denominan extrañas y que tiene tan poco porcentaje de la población que ni siquiera los investigadores tratan de encontrar su cura.

Lucharon y se gastaron un dineral para alejar a la muerte de la puerta de su casa, pero esta era insistente y esperó hasta que encontró un resquicio abierto para poder penetrar y llevarse a su lado al inocente niño. Lo pasaron mal. Mucho. Fatal. Hasta el punto de que despertarse cada mañana más que una alegría era un suplicio.

Nunca supe de dónde habían sacado las fuerzas para superar esa etapa. Me parecía extraño que dos personas tan normales y vitales llevasen tanto drama a sus espaldas. Lo único que yo conocía de mis vecinos es que desde que tuve uso de razón su casa siempre estuvo llena de los niños que nadie más quería. Nunca le cerraron la puerta a ninguno. Nunca perdieron la esperanza, aunque algunos venían destrozados de la fábrica de sus hogares anteriores. Nunca dejaron de luchar por ellos cuando ni ellos mismos confiaban. A todos y cada uno de ellos los acogieron y los cuidaron con cariño hasta que servicios sociales les conseguía unos padres más jóvenes que pudieran darles la vida que una vez soñaron que ellos tendrían con su hijo y les fue arrebatada.

Supongo que podrían haber adoptado. De hecho, una vez mi madre se lo dijo mientras revisaba uno de los expedientes. Les preguntó abiertamente por qué no se quedaban con ninguno y ellos le contestaron que «para qué tener un hijo si podían tener cientos de nietos».

Tal vez el hecho de conocer su historia no me permitía ser subjetiva con la señora Bennet, y la imagen de anciana adorable que tenía de ella era fruto de mi imaginación. Sin embargo, así me lo parecía con su trenza blanca recogida en un moño, sus ojos azules cada vez más profundos surcados de arrugas y sus manos siempre sosteniendo una taza de café.

–Mi madre te manda unas galletas para que te mejores.

Dejé la bandeja encima del mantel de florecillas de la mesa. Mi vecina tomó una y se la metió en la boca.

–Gracias. Están riquísimas. Cada vez se parecen más a las de tu madre, aunque ella les pone bastante más azúcar. –Me sonrió con complicidad. Se había percatado de que las había hecho yo.

–No se lo tomes en cuenta. Tiene mil cosas en la cabeza. Ahora mismo está intentando arreglar el estropicio de su despacho…

–No hace falta que la defiendas –me interrumpió–. Conozco a Cassie y sé que aunque está siempre en las nubes no hay mejor persona que ella en este barrio. Siempre nos ha ayudado. Daba igual a la hora que la llamásemos, acudía. Podía venir en pijama, con las legañas todavía en los ojos y no dormir hasta que encontrase una solución para el problema en el que estuvieran metidos nuestros pequeños. –Tomó otra y la engulló como si fuera un pavo–. Ahora que ya no tengo que cuidar las curvas puedo ser todo lo golosa que quiera. –Sonrió como si fuera una niña a la que sus padres van a regañar por haber comido demasiadas chucherías–. Y ahora dime, ¿qué ha pasado en el bufete?

–Lo querían reformar y lo han destrozado.

–Ethan os echará una mano.

Su marido era pintor. Un hombre reservado y muy profesional, que daba la sensación de que hablaba con la brocha, los muros desnudos y la pasta de pintura que aplicaba sobre ellos.

–Te diría que no quiero abusar de la confianza, pero no veo otra solución. Mi padre se ha puesto cabezón con que no ve necesario contratar a nadie y como trate de hacerlo él se va a acabar cayendo abajo.

–Hombres… –murmuró, negando con la cabeza–. Pasan los años y las generaciones y siguen siendo exactamente iguales.

La señora Bennet se sirvió café en su taza y me percaté de que había otra vacía enfrente.

–Me voy. No quiero molestar si tienes visita.

–Tú eres mi visita ahora. –Me hizo un gesto para que me sentase–. Le pedí a Sebastian que me trajesen la cafetera térmica llena, una jarra con leche y tazas para no tener que mandarlo a por todo el arsenal de perfecta anfitriona cada vez que alguien acudiese a verme.

Asentí y tomé asiento. La falda del mantel cayó por encima de mi pantalón vaquero.

–Al final el pobre va a pensar que en lugar de llamarlo para contarle mi accidente lo hicimos para que fuera el esclavo de dos ancianos que ya no pueden cuidarse solos y no tienen el dinero

suficiente para contratar a una persona o ir a la residencia.

–Es lo mínimo después de todo lo que hicisteis por él –apunté.

Me miró suspicaz y agarró la cafetera.

–¿Cómo lo quieres?

–Solo, sin azúcar y sin leche, por favor.

–Un poco amargo para alguien tan joven.

Se recostó en la silla de alambre y, tras dar un sorbo a su bebida, dejó la taza con cuidado encima de la mesa y colocó las manos en su regazo, enlazando esos dedos fuertes que tanto habían trabajado.

–Tuve mis dudas, pero Ethan siempre estuvo convencido de que vendría en cuanto le contásemos la situación.

–¿Puso alguna pega? –pregunté, pegando un trago al mío. Estaba tan caliente que me abrasó la garganta. Lo sostuve entre las manos a la espera de que se enfriase un poco.

–Ninguna. Hizo la maleta esa misma noche y por la tarde al día siguiente ya estaba aquí. Fue una sorpresa agradable. –Era evidente que, por algún extraño motivo, después de todos los disgustos que les había dado, la mujer lo adoraba.

–¿Hasta cuándo estará? –Traté de sonar indiferente cuando la realidad es que sí que me importaba. Me molestaba su presencia, y más desde que intentaba comportarse de un modo que no era propio en él. Su actitud me desconcertaba.

–No lo sé. Ojalá fuera mucho tiempo, pero con Sebastian nunca hay nada seguro. Siempre fue un niño muy independiente al que no se le podían atar las alas. Solo espero que no se sienta explotado y aguante hasta Navidades. Me gustaría pasarlas en familia.

–Por mucho que os esté ayudando seguro que no se puede considerar explotación. –Agarré una de las galletas y jugueteé con ella en la mano antes de darle un mordisco.

–¿No? Ayuda a Ethan en el trabajo, se encarga de la casa, es mi mula para llevarme a todos los sitios y ha organizado él solito toda la fiesta de despedida de Jane.

–¿Se va?

–Sí, nuestro último pajarillo ya tiene hogar. Será triste despertarnos y dejar de oír el alboroto de niños correteando por el pasillo después de todos estos años –manifestó con nostalgia.

–Podréis descansar… –Intenté que viera el lado positivo.

–Descansar te hace viejo.

Sebastian captó mi atención. A través de la cristalera lo vi caminando con Jane agarrado de la mano. No hizo nada que revelase que se había percatado de nuestra presencia. Seguía con los mismos pantalones desgastados, pero se había puesto unas botas oscuras y una cazadora de cuero negra como la noche. Su imponente aspecto desentonaba con el abrigo rosa y la corona de metal de su pequeña acompañante.

Caminaron juntos hasta un rincón y la niña se sentó en la mesita de plástico. Tuve que evitar reírme cuando la pequeña empezó a señalarle una de las diminutas sillas de manera insistente y el chico negó con la cabeza. No podía oír lo que le decía, pero suponía que estaba tratando de explicarle que si lo hacía, las patas cederían ante su peso y la partiría en dos. A Jane no debía valerle su razonamiento porque agarró la silla y se la colocó detrás depositándola con fuerza, indicándole que ese era su sitio para tomar el té y no tenía más opciones que aceptar.

Él se mordió el labio. Se pasó la mano por el pelo, frustrado por no poder hacerla entrar en razón y, al final, accedió, se sentó y la silla se vino abajo conforme lo hizo, cayéndose de culo. Se levantó inmediatamente con un movimiento más felino que humano. Jane comenzó a reírse al comprobar que se le había quedado enganchada y la llevaba adherida al trasero como si fuera parte de su propio cuerpo. Debo reconocer que tuve que contenerme para no sonreír. Era una estampa tierna y extraña.

–El otro día os vi juntos –señaló la señora Bennet. No le había pasado desapercibido cómo estaba «espiando» a Sebastian y Jane.

–Me encontró en la carretera cuando estaba lloviendo y me trajo a casa. –Le resté importancia. Parecía que todo el mundo estaba asomado la tarde que vine con él en el coche y era la comidilla del barrio. La deprimida y el malo avistados juntos. Todo un titular para las reinas del cotilleo.

–Es un buen chico. – Yo no opinaba lo mismo, pero evité expresar mi opinión en voz alta–. No estoy ciega. Conozco sus defectos. Sé que es reservado, impulsivo, pasional…

–Y no se lleva bien con las normas –completé con ella.

–¿Quién lo hace? ¿Nunca te han dado ganas de pillar el código civil y la constitución y usarlos de papel de váter?

–Es la ley…

–Lo cual no significa que sea justo y ético. ¿Recuerdas una vez que tuvimos que llamar a tu madre para que le salvase el culo?

–¿Cuál de todas?

–En Navidad.

Claro que lo recordaba. Estábamos a punto de comenzar a cenar cuando vimos la luz de las sirenas en la casa de los Bennet. Como todos los habitantes del vecindario, salimos a ver qué ocurría. Una patrulla de policías salió de la casa llevándose a Sebastian esposado. Lejos de sentirse avergonzado el chico llevaba la cabeza bien alta, como si no se arrepintiese en absoluto de los delitos que acababa de cometer. Esa noche no hubo celebración en casa de Sophia y Ethan, pero tampoco en la nuestra, ya que mis padres se pusieron inmediatamente manos a la obra para intentar que saliese bajo fianza lo antes posible.

–¿Te contaron tus padres por qué fue?

–Ellos nunca hablan de sus casos.

–Te lo explicaré para que conozcas un poco más su personalidad.

–No estoy segura de querer hacerlo –atajé.

–Es una lástima. Antes te he dicho que conozco sus defectos, pero también lo que hay en su interior. Es tan especial que el día que se abra y alguien pueda entrar y caminar a sus anchas se sentirá la reina del mundo.

–¿Qué hizo para que lo detuvieran? –pregunté para cambiar el rumbo de la conversación.

–Atracó unos grandes almacenes cuando cerraron.

–No veo qué tiene eso de heroico.

–No fue la acción, sino el motivo. Había empezado la crisis inmobiliaria. No había compradores. No se construían casas que pintar. La empresa de Ethan pasó por su peor momento. Apenas les salían trabajos y los que tenían eran tan básicos que sacaban el dinero justo para mantener la casa. Nos oyó tomando una decisión dura en el salón: ese año no habría regalos para los niños.

–¿El estado no da una paga a las familias de acogida?

–Ellos también estaban en crisis. Podía dar las gracias si esta llegaba para pagar la comida y algún que otro conjunto de ropa. –Hizo una pausa–. Sebastian vino como un basilisco diciendo que bastante mal lo estaban pasando estos niños que no tenían nada como para que también les robasen esa ilusión. Le dimos la razón y le explicamos que no había nada que hacer… Él nos prometió que encontraría una solución.

–Y atracó unos grandes almacenes –completé la frase.

–Estuvo tres días en el calabozo y el segundo un borracho le pegó una paliza, que seguramente el propio Sebastian se había buscado por esa boca que le ha dado Dios que le impide quedarse calladito cuando debe. Aun así, ¿sabes lo primero que nos dijo al salir con la nariz hinchada, el ojo morado y una costilla fracturada? –Negué con la cabeza–. No volváis a preocuparos porque todos los años tendrán regalos. El precio que hay que pagar no es muy alto.

Instintivamente lo busqué fuera, pero ya no estaba. Jane debía de haberse aburrido y habían entrado o se habían ido a dar una vuelta.

–Sí, Sebastian es el chico más problemático que hemos tenido y con el expediente delictivo más largo, pero también el primero que antepone la felicidad de los demás a su propio futuro o integridad.

–¿Eso lo convierte en alguien a quien venerar?

–No lo has entendido. Eso lo convierte en alguien a quien cuidar. Una persona que se quiere tan poco a sí misma que no le importan las consecuencias.

Entonces lo comprendí todo. Para ella, Sebastian era la única planta marchita que no había logrado salvar, su obra fallida, y no descansaría hasta rescatarla y que fuera la más bella del jardín.

El señor Bennet apareció cargado de bolsas, evitando así que siguiéramos indagando en la vida del conflictivo Sebastian. Al ver todo el trabajo que tenían por delante, me ofrecí a ayudarlos y pasé un par de horas hinchando globos, colocándolos por el salón y envolviendo con papel de *Frozen* los regalos que le habían comprado para la despedida de Jane. Cuando me marché, la casa de los Bennet parecía más una guardería infantil que el hogar de dos ancianos que, después de dedicar su vida a los niños, a partir de ese día tendrían que empezar a vivir su futuro en solitario, en una especie de «vacaciones para siempre» muy merecidas.

Al comprobar que casi era la hora de comer en mi reloj de mano, caminé hasta mi casa con un nudo en el estómago que me oprimía y se aflojó al comprobar que mi padre había regresado. Ya podía ir a verlo y tumbarme a su lado hasta que cayese la noche.

Mi madre había llevado esa misma mañana a mi hermana y su mejor amiga de compras al centro comercial con el vehículo familiar y él había necesitado mi coche para ir al supermercado a por comida y pasarse por un vivero a buscar el árbol natural que pondría la guinda al pastel de nuestro navideño salón. Por eso y contra mi voluntad, yo no estaba todavía visitando a Sam, aprovechando cada segundo antes de que ellos regresasen y no pudiese.

Fui prácticamente corriendo a mi casa. Encontré mis llaves sobre la encimera de la cocina. Mi padre pasó con una caja que contenía las bolas de colores, las luces, las campanas, los ángeles y demás enseres para colocar en el árbol que acababa de traer, que, por lo que había visto de pasada, era el más alto y frondoso desde hacía años. No me pidió que lo acompañase y lo ayudase a transportar las cosas o a colocarlas. No sé en qué proporción lo hizo para evitarme pasar un mal trago o porque quería ahorrarse oír la excusa que me inventaría para negarme. Eso sí, no me pasó desapercibido que dejó la estrella en forma de cometa que se coloca en la punta del árbol encima del calcetín de la chimenea en el que estaba bordado mi nombre. Ponerla era mi función. Había visto vídeos míos llevando a cabo esa tradición desde que era un bebé y no tenía ni idea de lo que hacía. Mi madre me sostenía entre sus brazos y movía mi mano indicándome qué hacer, apartándome en el preciso instante en el que se adelantaba a mis intenciones de arrancarla, como el juguete brillante que yo apreciaba, y lanzarla como un proyectil. La tradición había continuado todos los años y ese no iba a ser diferente.

Salí y fui hasta el coche.

–Yo de ti no me montaría.

Sebastian apareció detrás de los setos que separaban su casa de la mía con unas tijeras de podar. Debía haber dejado a Jane para que la señora Bennet la preparase para la cena de despedida y se había cambiado de ropa para llevar a cabo las tareas de jardinero. Llevaba una camiseta gris oscura de manga larga y una camisa a cuadros roja atada en la cintura sobre el vaquero. El sudor le caía por la frente.

Lo ignoré y abrí la puerta de piloto.

–Tú misma, aunque deberías hacerme caso. El sonido del motor cuando ha llegado tu padre no era ni medio normal –fue lo último que oí antes de cerrarla.

Revisé el asiento trasero para que no hubiera ninguna caja o bolsa para evitar recibir una llamada de mi padre en mitad del trayecto que me obligase a regresar para dársela. Coloqué mi bolso en el lado de copiloto y miré en la guantera para ver si seguían los pocos adornos que había podido sacar de mi casa sin que mis padres se diesen cuenta para su habitación del hospital.

Metí la llave en el contacto y miré al frente. Allí estaba él. Sebastian había salido de casa de los Bennet y se apoyaba despreocupadamente en el tronco del roble que nunca habíamos sabido si pertenecía a mis vecinos o era nuestro. Me observaba con los brazos cruzados con gesto de suficiencia, como si supiera algo de lo que yo no era consciente. Me sonrió de un modo que me resultó tan engreído que me irritó, y movió la mano instándome a arrancar.

Lo hice deseando perderlo de vista. Quité el freno de mano, pisé el acelerador y, en lugar de avanzar, el coche comenzó a moverse a trompicones, un par de saltos determinantes antes de que saliese humo negro de la parte delantera. Me apresuré a apagarlo lo más rápido que pude.

Salí corriendo con los nervios de punta. No podía perder el tiempo. No cuando en unos días acudir a esa habitación me estaría prohibido y me comerían los demonios.

–Anda, deja que me ponga la capa de superhéroe y te ayude, rubita. –Sebastian estaba a mi lado ofreciéndose a echarme una mano.

–¡No! –Lo aparté sin consideración alguna. Ni siquiera le había oído hablarme en son de paz.

Estaba alterada meditando sobre la posibilidad de que se hubiera roto el único medio de transporte que tenía para poder llegar hasta él y quedarme el tiempo que me apeteciese, porque mis padres no aguantarían tantas horas y el último autobús salía del hospital mucho antes de lo que normalmente regresaba yo. Mi pequeña burbuja de aquella época, esa en la que solo existía Sam en el universo, se veía amenazada y con ello todo lo que poseía. No tenía nada más, ni amigos ni distracciones ni otras funciones que hacer en el día a día más allá de estar a su lado, contarle nuestra historia y esforzarme en mantener esa esperanza que se hacía más pequeña cuando yo le suplicaba que abriese los ojos y él no lo hacía.

Abrí el capó y el humo me envolvió como si se tratase de una niebla espesa caliente que me abrazaba colándose por la garganta hasta quemar mis pulmones. Los ojos me picaban y no veía. Alargué la mano sin saber qué iba a tocar o hacer para arreglar el vehículo y Sebastian tiró de mí antes de que me intoxicase o asfixiase. Tosí contra su pecho con tanta fuerza que temí ponerme a vomitar de un momento a otro.

Sosteniéndome con su brazo rodeando mi cintura me separó de su torso, que hasta ese momento había sido mi punto de sujeción.

–¿Estás bien? –preguntó, preocupado. Colocó un dedo de la mano libre en mi mentón y levantó mi cabeza para poder evaluar los daños. Le miré con los ojos llorosos por el humo y la

boca entreabierta para poder respirar de nuevo aire limpio.

–Arréglalo –le ordené, un poco mareada.

–¿Cómo dices? –Ladeó la cabeza y me analizó con su oscura mirada.

–¡Que lo soluciones! –grité, zafándome para que dejase de interesarse por mí y se ocupase del coche.

Se quedó quieto, me miró con la cabeza ladeada de arriba abajo percatándose de que estaba temblando y sentenció, serio:

–No.

–¿Perdón? –No me esperaba esa respuesta.

–No me da la gana, April. –Fue a girarse para marcharse y lo retuve por el brazo.

–¡Tienes que hacerlo! –me desesperé.

–No, mi ayuda hay que ganársela y con la actitud de gilipollas que estás teniendo la has perdido.

–Yo… –balbuceé, porque en el fondo sabía que no tenía razón. Me ponía a la defensiva con él demasiado pronto, como si le estuviese perdonando la vida constantemente cuando yo no era ningún verdugo. Lo único malo que había hecho por el momento mi vecino era interrumpir mi vida sin permiso.

–Tú te crees una puta princesa que tiene el eje del universo ubicado en su bonito trasero –se enfrentó–. Pues deja que te diga una cosa, el mundo no funciona así.

–¡No tienes ni la más remota idea de lo que estás hablando! –Me encaré porque no hay nada peor en este mundo que alguien te diga una verdad que no quieres oír en voz alta. Algo de lo que tú mismo eres consciente, pero a lo que no quieres enfrentarte.

–Tu novio está en coma y tú deprimida, desesperada y enfadada, ¿eso te da carta blanca para tratar al resto como una mierda? Desde luego que no.

–¡Tú no eres ni medianamente consciente de lo que estoy pasando!

–¿Eso crees? Si yo te contase mi biografía por encima sin entrar en detalles tendrías pesadillas que no te dejarían dormir con tu ridículo pijama rosa de muñecos y perderías la fe en la humanidad, rubita –habló con rabia, tan cerca de mi cara que respiraba a través de su aliento–. Todas las personas tienen problemas, incluso las que se empeñan en remarcar una y otra vez lo perfecta que es su insignificante existencia. Y todos y cada uno de ellos tratan de focalizar su rabia, sus demonios internos, sin pagar ese resentimiento irracional contra aquellos que le rodean o la tarea de sobrevivir sería insufrible.

–¡Yo no lo pago con nadie!

–Lo pagas con todos aunque sea de manera inconsciente. Que te apartes de la sociedad sin hacer caso a tu familia y tus amigos no hará que tu novio despierte. Salvarlo no está en tu mano y aislarte no incrementa las posibilidades de que lo haga.

–Déjame en paz.

–Lo haré. Solo has necesitado dos días para acabar con mi paciencia. –Dio media vuelta y se puso a andar dirección a casa de los Bennet enervado, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo. Se giró a la altura del buzón y escupió–. Un último consejo, que hoy son gratis. La próxima vez que quieras pedir ayuda a alguien prueba con decir «por favor» en lugar de ordenárselo como si fuera un maldito esclavo que tiene que cumplir tus órdenes porque son un puto mandamiento divino. Tal vez así el chico no se sentirá un idiota por tener paciencia contigo y no pensará que eres una amargada con la que no merece la pena perder ni un segundo de su tiempo.

–¡Nadie te ha pedido que cuidases de mí! –contraataqué, y se mordió el labio para no contestar.

Capítulo 6

Era una tarde de julio. El cuerpo me ardía, tenía la piel pegajosa y el pelo mojado. Regresaba a casa después de pasar una tarde de verano con mis amigas en la playa bañándonos, tomando el sol con una capa de crema que nos hacía parecer cuerpos reflectantes y jugando al voleibol en la arena.

Caminaba sola. La mayoría había comprado entradas para el festival de música pop que se celebraba en Charleston. Yo no podía ir. El precio me lo impedía. Nunca me importó ser alguien humilde. No envidiaba al resto. Sabía que mis padres se esforzaban por darme todo lo que podían y ahorrar el resto para que mi hermana y yo pusiésemos ir algún día a la universidad.

Era capaz de encontrar diversión en lo gratuito. Detenerme en las pistas de *skate* y maravillarme con los giros imposibles de los chicos con el monopatín, ver los puestos ambulantes, mirar el disfraz de las estatuas humanas y aplaudir con ganas tras un truco de magia callejero que me dejaba con la boca abierta.

Continué con mi trayectoria hasta el muelle y te vi. Estabas sentado con los pies descalzos colgando, las gafas de pasta puestas y un libro entre las manos. Verte leer, evadido del mundo, sumergido en una historia que te arrancaba sonrisas, con calma, empapándote de cada párrafo, pasando las hojas con cuidado y chupando los dedos cuando estas se quedaban pegadas, me pareció la imagen más erótica que había observado en directo en mi vida.

A la mayoría de mis amigas les fascinaba ver sudar la camiseta a los chicos del equipo en el entrenamiento propinando patadas a un balón. Incluso les entraba la risa nerviosa cuando les lanzaban las camisetas de camino a los vestuarios y se quedaban con el pecho al descubierto. Los músculos hinchados por el ejercicio les nublaban el juicio, hasta que olvidaban el fuerte olor que desprendía la ropa.

A mí no me apetecía que me dedicasen los goles o los puntos que hiciesen en cada partido. Me seducía más la idea de imaginarme sentada entre tus piernas, con la cabeza apoyada en tu pecho,

leyendo contigo alguna novela que previamente hubiésemos seleccionado juntos y que, mientras pasases las hojas, me dieses algún beso en la mejilla.

Decidí ir a tu encuentro. Ya tenía confianza para hacerlo. Desde tu regreso habíamos hablado mucho con la excusa de preguntarte sobre Nueva York y esa futura beca que tú estabas convencido que conseguiría.

–Lo vas a lograr. Eres la clase de chica que no se rinde y lucha hasta el final –dijiste con rotundidad–. Serás lo que quieras.

–Tienes demasiado buen concepto de mí…

–Piensas eso porque te han halagado tantas veces de manera errónea que has olvidado todo tu potencial. –Me miraste fijamente–. No dejes que te simplifiquen nunca, pequeña, tu complejidad es una virtud por la que la mayoría de la gente sería capaz de empeñar su propia piel.

Gracias por verme así, Sam. Gracias por hacer que yo también lo hiciera.

Estabas tan ensimismado en la lectura que ni siquiera te percataste de mi presencia. Jugué. Miré al frente para disimular, serpenteé con mi mano por la madera hasta llegar a tu muslo y con un movimiento grácil de muñeca me hice con el botín.

–Lo que pensaba. Tienes un problema grave. –Te volviste al reconocerme y me fijé en que te había pegado bien el sol y estabas un poco rojo. Levanté la cartera y te la mostré–. Menos mal que he venido para defenderte.

–Los lectores somos un blanco fácil. Nos evadimos. –Negaste con la cabeza, divertido, y me invitaste a que me sentara a tu lado.

–También tenéis el superpoder de la imaginación… –Te la devolví.

–Que no sirve para nada.

–No puedo creer que acabes de pronunciar eso y no hayas salido ardiendo, ¡satanás! –Puse los dedos en cruz–. Has estado a punto de destruir toda mi infancia.

–Voy a confesarte una cosa. –Tragaste saliva y pusiste un tono solemne–. La mayoría de los juegos que me inventaba para Lily y para ti ya existían. Soy un fraude. Hala, ya lo sabes.

–Lo que tienes es poca memoria y has olvidado el más importante, al menos para mí.

–¿Cuál?

–¿Recuerdas que un día en agosto nevó en Charleston?

Me evadí. Hacía años que eso no sucedía y esa tarde viajé de nuevo sentada a tu lado con el sol desapareciendo lentamente. Regresé a una mañana de verano en el jardín de tu casa. Acababais de volver de vuestras vacaciones. Sé que Lily me dijo un millón de veces el sitio al que habíais ido, pero lo único que se me había quedado grabado era una cosa, allí nevaba.

Yo todavía no había visto la nieve y me moría de ganas. Con seis años era muy complicado asumir que no podría llevar el ritmo de vida de tu hermana. Me moría de envidia al oírla hablar de paisajes maravillosos, atracciones y comidas con los que yo solo podía soñar. Era como si no

perteneciésemos al mismo mundo. El mío rodeado de barbacoas y tiendas de campaña repletas de bichos y el suyo, de esquís y playas privadas.

Supongo que te diste cuenta. Eras mayor y yo muy evidente. El caso es que aprovechaste que Lily me había dejado de encargada de proteger nuestra cabaña hecha con cartones mientras se cambiaba para venir a por mí.

–¿Quieres ver algo realmente *cool*? –me preguntaste.

–No puedo –contesté, un poco enfurruñada–. Lily se enfadará si ve que he abandonado nuestro fuerte a su suerte –añadí. Bendita inocencia y tomarse en serio los juegos. Allí no había nadie.

–Fingiremos que te he raptado. Asumiré todas las culpas –te ofreciste, y estiraste el brazo. No lo pensé dos veces y lo agarré.

Me llevaste hasta la sala de juegos recreativos que teníais en el jardín. No sé en qué iba pensando. Supongo que en nada. Los pájaros y su extraño movimiento me tenían eclipsada. Volaban en la misma dirección en una masa negra que parecía contonearse en las alturas, sobre el cielo.

Nos detuvimos en la entrada y te agachaste.

–¿Te apetecería ver nevar? –consultaste, y mi corazón comenzó a bombear de la ilusión.

–No hay nada que desee más en el mundo. –Me puse a dar saltitos.

Te giraste y me subí en tus hombros. Recuerdo el instante en el que comenzaste a ascender y me sentí como si acabase de escalar una montaña y estuviese en las alturas. Encendiste un aparato de aire acondicionado en una de las estanterías y agarraste una enorme bolsa de plástico.

No sabía muy bien que iba a ocurrir, pero confiaba ciegamente en ti. Siempre lo he hecho. A tu lado todo era bueno.

Metiste la mano en la bolsa y, antes de que pudiera distinguir de qué se trataba, tiraste las bolas de corcho blanco al aire, provocando que este las lanzase en todas las direcciones en cascada. Repetiste el movimiento y yo levanté la cabeza. Eran copos. Lo juro. Los más reales que he visto en mi vida. Comencé a gritar de la emoción y traté de agarrarlos mientras tú me sujetabas desde abajo para que no perdiese el equilibrio.

Los atrapé. Dejé que me dieran de lleno en la cara. Grité.

No sé lo que supuso para ti ese momento. Tal vez nada. Solo actuabas como ese hermano mayor que se ha dado cuenta de que la niña que va pegada a su hermana se muere de ganas por experimentar todo lo que ella le explica. Lo único que yo sé es que ese día una rubia reía un poco más alto.

Hasta que abrí los ojos no había reparado en que los había cerrado mientras me trasladaba. Me topé con tu mirada posada en mí. No me fijé en que el cielo se había teñido de naranja ni oí el sonido de las olas debajo de nosotros, solo ese azul que llevaba acariciándome desde antes de que me diese cuenta.

–Claro que me acuerdo de ese agosto en el que nevó en Charleston. Nunca había visto sonreír a nadie así.

El agua rebotó contra la construcción metálica del muelle y salpicó espuma a mis piernas. Las moví como acto instintivo y nuestros muslos se rozaron.

–¿Cómo?

–Como si dentro de su carcajada se escondiese la felicidad. –Ladeaste la cabeza y me observaste de otra manera. Como si me vieras por primera vez.

–¿Te di las gracias?

–No tenías que hacerlo. El mérito fue solo tuyo. –Te encogiste de hombros.

–Yo no hice nada… –comenté, sin comprender.

–¿Estás segura? Intenté el mismo truco con Lily y no funcionó. Siempre he admirado eso de ti, ¿sabes?

–¿Mi enorme capacidad pulmonar para gritar?

–Como si en vez de estar en este mundo de paso lo estuvieses atrapando con tus ojos, predestinados a poseerlo, como si les perteneciese. La manera en la que transforman la realidad. Todo es más especial cuando tú estás al lado. Tú lo haces así.

–Si quieres, puedo compartir lo que robe hoy contigo.

–¿Es posible?

–Claro. Solo tengo que acercarme a ti. –Me miraste extrañado–. Confía en mí. –Me aproximé hasta que nuestros brazos se rozaron, enlacé mis manos con las tuyas y apoyé mi cabeza sobre tu hombro–. Dicen que la piel tiene su propio lenguaje. Deja que la mía te hable, que te exprese lo que siento ante lo que tengo delante. –No te opusiste y yo lo hice. Miré el mar, el cielo, la arena, los pájaros, incluso el aire invisible, las risas y las conversaciones, todo para ti.

–Es increíble… –dijiste con los párpados cerrados. Me aproximé con más fuerza y los abriste provocando que nuestros ojos se encontrasen.

–Iba a decirte lo mismo, pero mis labios tienen su propio efecto mariposa con los tuyos. Es mirarlos y la sonrisa tonta toma el control. –Me acariciaste con el dorso de los dedos en las mejillas y mi piel te fue revelando las frases que no brotaban de mi garganta.

–Sabes que no deberías decirme estas cosas, ¿verdad?

–¿Por qué?

–Soy el hermano de Lily.

–No tendremos que preocuparnos porque nos guste la misma persona –bromeé, sincerándome. No merecía la pena seguir mintiendo.

–Tengo cuatro años más que tú.

No sé si me lo decías a mí o te lo recordabas a ti, porque con la cara de tensión que ponías, con la mandíbula apretada, no daba la sensación de que tuvieses muy claro que eso era un

impedimento.

–Eso es solo un número. No deberíamos darle tanto poder.

–Eres menor…

–Puedo esperar…

–April, eres preciosa, inteligente, alegre, diferente, única, especial… Cualquier chico de tu edad se moriría por estar contigo. ¿Por qué yo?

–La respuesta es fácil. –Me aclaré la garganta–. Porque eres el señor del tiempo.

–¿El señor del tiempo? –Frunciste el ceño.

–Sí, el que haces que se detenga cuando te miro a los ojos.

–¿Quieres que te enumere todas las cosas que pueden salir mal?

–¿Quieres que te diga yo la única que me importa que vaya bien?

Te quedaste paralizado. Me armé de valor, cerré los ojos y comencé a salvar la distancia que había entre tus labios y los míos hasta que los rocé. No fue más que dos pieles en contacto y, aun así, me pareció un contacto sublime.

Tardaste unos segundos en recuperar el control y apartarte. Te pusiste de pie y, pasándote la mano por el cabello con nerviosismo, anunciaste que te marchabas a casa. Esa noche no dormí. Los días siguientes tampoco. No era de extrañar. Guardaba en mis ojos tu última mirada. La de después de que nuestros labios se rozasen. La había atrapado. Y decía demasiadas cosas.

Nunca quise quererte de ese modo, pero era tan fácil hacerlo y me llenaba tanto que me enamoré de ti sin saber todavía a qué sabía la mezcla de nuestras salivas.

❄ ❄ ❄

Presioné con fuerza mis labios contra los de Sam.

–Abre los ojos –supliqué sobre su boca, pero no lo hizo.

Capítulo 7

El autobús me dejó a unas manzanas de mi casa. Por el camino me percaté de que la fiebre navideña se había adueñado de la ciudad. Las luces de colores invadían las fachadas transformando el barrio en un eterno arcoíris y sus habitantes parecía que habían tomado algún tipo de droga psicotrópica que les hacía estar excesivamente alegres, con una actitud tan exageradamente optimista que a veces resultaba sospechosa. Como decía mi padre, todo eran buenos propósitos en esas fechas hasta que llegabas a un centro comercial para las compras de última hora y te encontrabas a dos madres peleándose por la muñeca de turno que todas las niñas habían pedido a Santa Claus y de la que solo quedaba una unidad.

Grupos de personas se habían reunido para cantar villancicos, ya fuera en el parque o yendo de puerta en puerta. Algo que siempre me llamaba la atención es que todos parecían provenir directamente de la ópera de Viena con sus vozarrones de soprano que hacían que gente como yo se avergonzase de unirse para no estropear con sus gallos la armoniosa melodía. Sus voces perfectamente mezcladas, con expertos que hacían los graves y los agudos cuando correspondían, se entremezclaban con el sonido que salía de los altavoces adheridos en los salientes de alguna vivienda en los que se podían escuchar estas canciones todo el día en bucle. Esperaba que por la noche los apagasen o no sería de extrañar que algún vecino sufriese un ataque de ansiedad por la banda sonora constante que reinaba en Charleston.

Hubo una calle que llamó particularmente mi atención, o los vecinos se habían puesto de acuerdo para transformarla en Laponia o querían convertirla en una especie de parque de atracciones casero para niños. A falta de nieve, porque en nuestra ciudad podía llover torrencialmente pero nunca se atisbaba un copo, habían impregnado los jardines de espuma blanquecina permanente. Tenían muñecos de nieve que te saludaban a tu paso, imitaciones de ocas que se movían en grupo, cisnes e incluso trineos con renos guiados por Santa Claus a tamaño real. Los muñecos estaban tan bien logrados que me acerqué a uno y tuve que rozarle la

cara para asegurarme que era plástico y no una persona real a la que habían contratado como estatua humana para la temporada.

Me calé la capucha del abrigo rojo. Mi rostro serio e inexpresivo contrastaba con la alegría de todas las personas que me rodeaban y me recordaban que yo una vez no hacía tanto tiempo había sido como ellos, esperando con ilusión esas fechas, yendo de tienda en tienda para lograr conseguir un regalo original, que de verdad sorprendiera a mis padres, a mi hermana y a Sam, y no la típica colonia o pijama, ya que me resultaba algo rancio e impersonal.

–¡Estoy en casa! –anuncié, dejando el abrigo colgado en el perchero.

Como de costumbre, mis pies se movieron solos rumbo a la escalera para ascender a mi cuarto y encerrarme, pasando de largo la habitación número cuatro, la estancia vetada, la sala que en la que todavía no me atrevía a poner un pie y no sabía si algún día podría.

Esas eran mis rutinas. Llegaba de estar en el hospital con la única compañía de Sam para internarme en mi cuarto a intentar poner la mente en blanco, maldiciéndome al comprobar que era imposible y que los mismos pensamientos opresivos, que me robaban toda la energía, surcaban mi cabeza una y otra vez hasta que cedía ante el cansancio, golpeaba alguna cosa, me mordía el puño para evitar que oyeran esos gritos que provenían directamente de mis entrañas y me quemaban como fuego por dentro si no los expulsaba o sentía que me estaba asfixiando lentamente y tenía que sacar medio cuerpo por la ventana y abrir mucho la boca tomando grandes bocanadas de aire con ansiedad.

No hacía nada más. Bueno, sí, pensaba que todo, absolutamente todo, era una mierda. Nada se salvaba. Intentaba buscar la parte positiva de vivir, de mi presente, ese que irónicamente tenía nombre de regalo y yo lo consideraba una tortura. Leía libros de autoayuda, frases motivadoras e incluso algún manual de psicología para intentar ayudarme. Era perfectamente consciente de que estaba padeciendo una especie de depresión y quería salir por mis propios pies de la enfermedad, sin tener que acudir a alguna consulta en la que tendría que hablar del tema ante una extraña y valorar todas opciones que ahora mismo tenía Sam para estar preparada. La cuestión es que yo no quería ni siquiera mencionar que podría no despertar. Nunca. Pronunciarlo en voz alta lo haría más real, una posibilidad que no iba a barajar.

La mera idea de que se marchase me aterrorizaba porque una parte, que cada vez tomaba más control, me decía que entonces no tendría sentido seguir existiendo, que con el amanecer no llegaría un nuevo día sino la sensación de que alguien retorcía el puñal que tenía clavado en mi piel.

Estaba en la segunda planta evitando mirar a la puerta de la habitación número cuatro cuando oí a mi madre llamándome.

–¡April, ven a la cocina! –Frené en seco y me apoyé en la barandilla.

–¡Ya he cenado! –grité al vacío. Había comprado un sándwich de la máquina expendedora y

me lo había tomado de camino.

–¡Baja! –Iba a oponerme cuando dijo en un tono de voz autoritario que no admitía réplica–: ¡Ahora!

Les hice caso preguntándome de qué querrían hablar. La noche anterior había colocado la estrella en la punta del árbol para evitar cualquier escena dramática sobre las tradiciones familiares que me estaba saltando a la torera.

En cuanto entré noté que la atmósfera estaba enrarecida y su gesto era serio. No había platos ni preparados ni sucios sobre la mesa. En lugar de eso, mi madre estaba sentada y mi padre permanecía de pie a su lado, cómplice, apoyando su mano en el hombro como si quisiera infundirle fuerza. Era una estampa novedosa y extraña. Nosotros éramos más de hablar tirados en el sofá del comedor o en el jardín, con confianza y no de un modo tan formal.

Me temí lo peor y las piernas me empezaron a fallar. ¿Podría ser? No. Hacía unos minutos que me había separado de él y habría notado que algo iba mal. El universo tenía que conspirar a mi favor para mandarme algún tipo de señal si fuera a ocurrir esa desgracia. Algo que me hiciera anclarme a su cuerpo para evitar que su alma saliera.

–¿Qué ocurre?

–Tenemos que hablar –anunció mi madre con un tono de voz tan formal que no le pegaba. Verla a ella, con su poncho multicolor, y a mi padre, con su camiseta de Metallica y la larga melena alborotada, con esas caras de circunstancias, reflexión y una pose tan responsable resultaba incluso antinatural, como si unos extraterrestres hubieran invadido su cuerpo. Nunca, ni cuando me habían regañado o habíamos hablado de temas serios como el sexo, habían tenido ese deje severo que tensaba el ambiente y lo volvía sobrio.

–¿Qué pasa? –repetí.

–Siéntate.

–¿Es por él? ¿Le ha pasado algo? –pronuncié con un hilo de voz.

–No –aclaró inmediatamente mi padre.

–¿Entonces?

Como respuesta me señalaron la silla que estaba enfrente. La moví y me senté.

–No sé a qué viene tanto misterio…

–A que nos has estado ocultando cosas. –Mi madre llevaba la batuta. Negué con la cabeza, sin saber a qué se referían.

–Esto. –Mi padre terminó con las ceremonias, rebuscó en sus tejanos y colocó un sobre encima de la mesa.

Solo con ver el color ocre del mismo y el sello supe de qué se trataba. Lo conocía muy bien. Lo había tenido entre mis manos tantas veces que estaba desgastado por los bordes. Meses en mi poder. Era de Columbia. Llegó pocas semanas después del accidente. El mismo día que me

dieron el alta y regresé a casa repleta de moretones, magulladuras, el rostro hinchado y una venda que me rodeaba el pecho sobre la herida de ese hierro que se había clavado cerca de mi corazón, lo suficientemente grave como para dejarme una enorme cicatriz pero insuficiente para acabar con mi vida. Un golpe del destino para que lo encontrase yo y no ellos. Un texto que había leído miles de veces hasta memorizarlo y permanecía escondido en mi cajón.

–¿Has estado hurgando en mis cosas, mamá?

–No le des la vuelta a la tortilla y manipules los hechos para poder salirte por la tangente alegando que he violado tu intimidad. Ese no es el tema. Sabes perfectamente que nada de eso ha sucedido.

–¿Por qué debería confiar en lo que dices? –insistí para no tener que hablar sobre su contenido. Mis palabras la hirieron y me sentí tan mal como si me hubiera levantado y le hubiera arreado una bofetada con mis propias manos en lugar de con las palabras que había escupido.

–Me avala la experiencia de dieciocho años. Ni tu padre ni yo nos hemos entrometido en tus cosas. Que lo insinúes es en sí mismo un insulto…

–Lo siento.

No me escuchó y continuó.

–Pero, si necesitas que te lo explique, lo he encontrado mientras buscaba unas tijeras y celo para el despacho. Comprenderás que al leer el nombre del remitente me ha entrado la curiosidad ya que nos habías prometido que no habías vuelto a tener noticias de ellos desde que rechazaste la beca para poder quedarte aquí. –Tomó aire–. Y ahora dime desde cuándo lo tienes en tu poder.

Busqué un resquicio por el que poder escapar y evadir esa pregunta, pero no encontré ninguno. Cuando te pillan en una gran mentira las salidas se reducen y más si no tienes unos segundos para reaccionar ni un plan previo establecido.

–Meses.

–¿Llevas meses sabiendo que te mantenían la beca para el año que viene y no nos lo has dicho? –Mi madre elevó las manos al cielo y mi padre trató de tranquilizarla sin éxito.

Cuando tuve el accidente mis padres se pusieron en contacto con mi orientador para contarles lo sucedido. El golpe, mis lesiones y que mi novio se había quedado en coma y me veía superada por la situación como para marcharme a otro estado a estudiar. Ahí se debería haber acabado mi relación con Columbia, pero debió tocarme el primer trabajador con principios y sensibilidad de la historia de las universidades privadas y me escribió en un tono comprensivo, solidarizándose con mi situación, diciendo que seguiría teniendo mi plaza para el curso siguiente, que me matriculase sin problemas entre mayo y junio y estarían encantados en recibirme.

–Cálmate, cariño, seguro que tiene algún motivo. –Trató de echarme un cable a la vez que ponía orden.

–¿Tener alguna razón? ¿Le ha tocado el bote de la lotería de Navidad? Porque hasta donde yo

recuerdo lo último que ella sabe es que gastamos los ahorros que teníamos para sus estudios en un viaje a Europa porque contábamos con esa beca y no tenemos un pavo para poder mandarla sin comernos lo reservado para Claire. –Intentó colocarse un mechón de pelo detrás de la oreja, pero se enredó en el aro que llevaba en la parte superior y mi padre tuvo que ayudarla antes de que se hiciera daño. Había perdido los nervios–. ¿Sabes lo que ha estado haciendo tu padre? ¿Acaso lo sabes?

No entendía a qué se refería. Lo que yo sabía es que habíamos dejado el tema paralizado hasta que se acercasen las fechas de matriculación. En realidad, desde una conversación que mantuvimos mientras una enfermera me curaba la herida del pecho para que no se infectase no habíamos vuelto a tratar sobre ello.

–No digas nada, Cassie –la instó a guardar silencio mi padre, y supe que se trataba de algo muy importante porque él nunca la llamaba por su nombre de pila. Cariño, mi vida, mamá, bebé, nena o cielo, sí, pero Cassie era solo en situaciones extremas.

–¿Qué? Tiene que saberlo para dejar de pensar solo en ella y darse cuenta de que el resto seguimos existiendo. Tal vez ese es nuestro error. No sabemos ponernos en nuestro sitio, Harper. –Sus palabras eran demasiado severas y tenía toda la razón. Parecía arrepentida del método de educación liberal, tratándome como una adulta y confiando en que tomaría las decisiones adecuadas, que habían tenido conmigo–. ¡Lleva meses compaginando los casos del despacho con un puesto en una gasolinera de mala muerte en la que le pagan una mierda y lo tienen explotado!

–Lo siento. No sabía nada… –me apresuré a disculparme.

–No te has enterado porque nunca estás en casa, ¿lo ves? Ese es tu problema.

–Yo… Yo… Tengo muchas cosas en la cabeza –me justifiqué, porque ni yo misma comprendía cómo no me había dado cuenta.

–No. Solo una –me corrigió–. Que podría convivir perfectamente con que también te preocupases por tu familia. –Asentí–. ¿Y qué vas a hacer?

–No lo sé.

–¿Cómo que no lo sabes? –insistió, y yo empecé a sentirme acorralada.

–Lo que oyes.

–Llevas meses sabiéndolo. Es tu futuro. ¿De verdad tienes dudas? –La voz le temblaba y era consciente de que le estaba costando sudor y esfuerzo permanecer tan imperturbable, llevarme contra las cuerdas del ring para que reaccionase. Ella sabía que estaba dejándome llevar por la corriente y quería que comenzase a nadar en una dirección u otra.

Se quedaron callados, expectantes y la presión pudo conmigo.

–¡No lo sé! ¿Vale? –Me puse de pie y me moví, nerviosa, de un lado a otro. Estábamos llegando a uno de esos temas que trataba de eliminar de mi cabeza.

–¿Y qué necesitas? Porque tiempo para meditar has tenido de sobra…

–¡Respuestas para las que yo no tengo la solución, mamá! –estallé, materializando en voz alta mi gran incertidumbre porque pasaba el tiempo y nada avanzada, ni para bien ni para mal. Todo se mantenía estático, y si nada variaba, yo no podía decidir todavía qué destino quería–. ¿Entiendes? ¡Toda la maldita decisión depende de si Sam abre o no los ojos! ¡Ojalá lo haga, pero si no, no pienso moverme!

–¿Vas a paralizar tu vida? –Se calmó y una sombra de tristeza surcó su rostro. Por eso estaba nerviosa, porque conocía perfectamente mi respuesta incluso antes de que yo la pronunciase. Iba a quedarme en mitad del océano y no hacer nada más, aunque me perdiese entre sus olas o estas me empujasen hasta el oscuro fondo del que ni el socorrista más experto podría rescatarme.

–Voy a quedarme a su lado siempre. Nadie me separará.

–¿Aunque la situación se prolongue años? Mira su familia, por ejemplo…

–No me hables de ellos. No te permito que me compares –le advertí–. Yo no lo abandonaré, aunque tenga que estar postrada frente a su cama hasta que sea una anciana y me consuma.

El peso de mi afirmación los azotó. Ellos adoraban a Sam. Nos habían apoyado desde el inicio de la relación incluso cuando todo el mundo se oponía. Aceptaron el aluvión de críticas que se les vino encima y los tachaba de malos padres por permitir que su hija estuviera con alguien cuatro años mayor. Lo hicieron porque un día, sentados sobre la arena de la playa tomando un perrito caliente mientras se ponía el sol, les confesé que estaba locamente enamorada y leyeron en mis ojos que no mentía. Les daban igual los convencionalismos siempre que fuera feliz.

Probablemente querían con mi misma fuerza que mi novio se despertase y se sentían orgullosos de ver cómo lo cuidaba y estaba a su lado. Sus palabras provenían desde el egoísmo parental. Veían como día a día su hija iba desapareciendo, andando por el mundo como un robot al que habían desposeído de sensaciones y sentimientos, la llama de una hoguera que se estaba apagando. Enfrentarme con la vida real era el único modo que encontraban de llegar y echar troncos antes de que el fuego se extinguiese y no se pudiese resurgir de las cenizas.

No me pedían que le dejase atrás, sino que yo continuase porque allí no podía hacer nada. Pero no estaba dispuesta a ello. ¿Y si podía oírme? Estaba demostrado que algunos pacientes que despertaban del coma recordaban conversaciones y palabras de consuelo que les habían dicho sus familiares. Tanto si Sam era una especie de fantasma nebuloso capaz de sentarse a mi lado y observarme hablar a su cuerpo paralizado como si habitaba en un lugar recóndito de su cabeza al que podía acceder si me esforzaba no pensaba irme. Esa siempre había sido la decisión.

–¿Es tu última palabra? –preguntó con cautela mi padre, recogiéndose el pelo en una coleta.

–La definitiva.

Miró a mi madre cómplice. Ella le hizo un gesto instándole a hablar. Por lo visto no le quedaban fuerzas. Nunca la había visto tan triste y derrotada. Todo el mundo decía que me parecía a ella y, por un instante, observé mi reflejo a través de su rostro. Me estremecí.

–Entonces tendrás que buscar algo –dijo mi padre. Me fijé en él. Parecía que había envejecido muchos años en pocos meses.

–¿Un trabajo?

–Un trabajo, un *hobby* o un amigo que…

–¿Me saque a pasear como si fuera un animalillo?

–Lo que sea. No es sano que tu vida se reduzca a tu habitación y el hospital. Tienes que salir, relacionarte con…

–Lo haré –afirmé, y ambos asintieron conformes porque no les quedaba otro remedio. Se levantaron y cuando pasaron por mi lado, agarré a mi madre del brazo–. Lo siento. No puedo hacer otra cosa. No puedo… –Me tragué las lágrimas para contener el llanto. No. Todavía no iba a llorar. Eso significaría que me había rendido y me quedaban muchas fuerzas para luchar.

–Lo sé, mi niña, lo sé. –Me acarició el pelo como cuando era pequeña y ambos salieron de la estancia.

Apoyé las manos sobre la mesa, derrumbada, y observé de reojo ese sobre que contenía la materialización de un sueño al que acababa de renunciar. Golpeé encima de la tabla de madera y esta vibró, provocando que un vaso que estaba encima se cayese al suelo. Me agaché para recogerlo y me corté un dedo. Fue una incisura poco profunda que partía la yema en dos. Sin embargo, enseguida brotó sangre de un modo escandaloso.

Con cuidado para no cortarme los pies, fui al fregadero, dejé el agua del grifo corriendo y metí mi dedo debajo. Estaba puesto el tapón y enseguida la pila se llenó de líquido de un tono rojizo. Esa no era la solución. Agarré el trapo que estaba más limpio y lo puse alrededor para que terminase con la hemorragia y limpié el estropicio para que mis padres no se asustasen pensando que había intentado hacer alguna tontería, dado el dramatismo que reinaba en mi casa por mi culpa.

Una vez que estuvo todo listo, quité la tela que envolvía mi dedo y analicé la herida. Si hubiera sido de otra persona me habría caído de culo o mareado como mínimo. Como era mía pude mantener la cabeza fría y abrirla un poco para valorar si merecía la pena que fuese al hospital a que me pusiesen un par de puntos de sutura. La yema estaba roja, hinchada y daba la sensación de que un carnicero inexperto había intentado hacer filetes con él. Me quedaría marca. De eso no me libraba. Al final decidí ponerme yo misma alcohol, yodo y un vendaje por encima para que no infectase.

Estaba guardando el botiquín en el armario de la cocina que estaba encima de la pila cuando dos faros me cegaron. Me asomé a la ventana con curiosidad. Reconocí el coche de Sebastian y me extrañó que parase en la puerta de mi casa. Mis dudas se disiparon en el preciso instante en que se abrió la puerta de copiloto y mi hermana descendió.

¿Qué hacía ella con él? Sabía que era un mujeriego pero no que pervirtiese a niñas. Una cosa

es que hubiese jugado y destrozado a todas las chicas de su edad y dos años mayores y pequeñas y otra que se aprovechase de las nuevas, jóvenes e inocentes generaciones a las que podría meter en su cama con tan solo guiñarles el ojo y hacerles un gesto de cabeza señalándoles el primer callejón oscuro. Para ellas era un mito, lo admiraban, lo veneraban y soñaban con que la historia, esa que lo había hecho famoso, se repitiera pero con ellas de protagonistas. Tenía que prevenir a Claire.

Mi hermana era una chica fuerte, con sus propias ideas y muy independiente. Pero le atraía lo oscuro, lo perturbado, lo imposible de un modo que solo se podía calificar como enfermizo. Sebastian físicamente representaba todo lo que una chica deseaba. Era un arma. Si me hubieran dicho que pertenecía a otra especie de seres humanos concebidos únicamente para ser depredadores, los habría creído. Su cuerpo, su cara y su voz invitaban a las mujeres a querer acercarse, a ansiar entregarle su corazón a sabiendas de que acabaría roto en mil pedazos, a desear hacerlo más que respirar, comer o vivir. Lo malo es que a Claire también le gustaba su intención. Esos demonios internos que para las demás situaban la señal «Danger» encima de su cabeza se transforma en un cartel luminoso en el que se podía leer «Enter».

Subí detrás de ella a su habitación. Llamé a la puerta y nadie me contestó. Supuse que llevaría sus cascos para escuchar Maroon 5. Era lo único que compartíamos, nuestra adoración por Adam Levine. Decidí entrar sin permiso.

Si le hubiera enseñado a alguien una imagen de nuestros cuartos, el mío y el suyo, no se habría creído que pertenecían a la misma casa, familia o civilización. Mientras que yo tenía los muebles justos y necesarios para que no pareciese cargada y tendía a que todo estuviese recogido, aquello parecía una leonera en la que apenas cabían dos personas. Cajas por todos los lados, discos, libros apilados en las esquinas, pósteres de grupos musicales y actores hasta que no se adivinaba el color de las paredes, zapatos en hileras y tirados en medio de la estancia y ropa lanzada sin orden ni concierto por todos los lados. Por si había poca, Claire se quitó el pantalón, se volvió y, antes de que yo pudiese reaccionar, me lo lanzó a la cara.

–¿Qué haces aquí? –preguntó, quitándose los cascos y cruzando los brazos a la altura del pecho. Todo ello en tanga.

–He llamado… –le expliqué, doblando el vaquero y colocándolo encima del escritorio. Era el sitio más despejado. Se notaba que no lo usaba mucho.

–¿Cuál es el motivo de tu visita? –insistió, y me pareció un poco ridículo mantener una conversación seria con mi hermana pequeña en ropa interior.

–Podrías ponerte algo por encima… –le pedí de un modo sosegado. Sabía que con ella no era buena idea tratar de imponer las cosas o exasperarme. Estaba en esa edad un poco tonta, la del pavo, en la que se podía tomar cualquier cosa como una provocación, a mal.

–Me gusta tener el culo al aire para que se refresque. Bastante tapado va el pobre todo el día. –

Se quitó la cinta que le sujetaba su corta melena y me di cuenta de que se había teñido las puntas de azul celeste–. ¿Vas a hablar o piensas estar toda la noche mirándome?

–Te he visto con Sebastian –solté de golpe.

–Y ahora vienes a prevenirme de lo peligroso que es. Es eso, ¿no? La perfecta hermana mayor que avisa a la alocada de los riesgos de juntarse con el vecino macarra. Déjame que te ahorre todo el sermón que has preparado. No voy a dejar de verlo. Es mi amigo. –Debió de cansarse del acto de rebeldía de estar medio en pelotas y se puso un pantalón corto negro de deporte.

–Yo solo quiero que sepas que él no es de los que se compromete y…

–¿Piensas que me he liado con Sebastian? –preguntó, abriendo mucho los ojos.

–No sé si ya o estás en camino, pero tienes que saber que no ha habido chica que haya estado con él y no haya salido lastimada…

–Ahora mismo te quiero, April. –Vino a mi lado y me dio dos besos de manera teatral. Ella no era cariñosa. Nada. Cero. Una persona que sufría en las reuniones familiares cuando nuestra abuela la achuchaba–. Que estés segura de que ese dios puede fijarse en mí te ha hecho subir un par de puntos en la escala. –Se separó–. Pero si eso hubiera sucedido, posiblemente estaría haciendo un vídeo para YouTube para informar a toda mi clase de tal proeza.

–Entonces, ¿qué hacíais juntos?

–Me ayudaba con unos asuntos.

–¿En qué andas metida, Claire? –Me asusté. Si había necesitado a Sebastian, es que se trataba de algo turbio.

–Detén a tu pobre cabecita, que va a explotar. No me dedico al tráfico de drogas ni he empezado a prostituirme. Es algo más común…

–Cuéntamelo.

Claire se sentó en la cama, bueno, más bien se tiró y rebotó, y me miró fijamente mientras se abrazaba a uno de los cojines.

–No.

–Sabes que siempre puedes confiar en mí… –Me senté a su lado y moví una mano para acariciarle la mejilla.

–No –repitió, apartándose. La repelían esos gestos de complicidad entre hermanas.

–¿Por qué? –Tuve celos de que confiase más en él que en mí.

–Es mejor que no te metas, con todo el tema de tu depre… –La palabra se le quedó atascada en la garganta y se llevó la mano a la boca, como si acabase de meter la pata–. Me refería, ya sabes, a todas las cosas que tienes encima. Ya estás bastante enterrada. No voy a echarte más mierda por encima. Aunque seas repelentemente bondadosa tiendo a cuidarte.

–Escúchame bien. –Intenté hablar con tanta intensidad que mis palabras se quedasen grabadas en su piel–. Siempre, por muy jodida que esté, voy a estar para ti. Sin excepciones. Y ahora dime

qué ha pasado, por favor.

Lo meditó unos segundos que se me hicieron eternos. Quería que confiase en mí y se abriese. No me seducía la idea de que mi propia hermana pequeña me viese tan débil que tuviera que recurrir a un desconocido para que la ayudase antes de hablar conmigo por miedo a que fuese un cristal delicado que se podía romper en mil pedazos soplando.

Eso no era cierto. Yo no era así. Si intuía que en algún aspecto de mi vida era débil, me entrenaba para dejar de serlo.

–Es importante para mí… –supliqué.

–Está bien. Solo dos cosas. Nada de contárselo a mamá y papá. –Asentí–. Ni regañarme, juzgarme o poner el grito en el cielo, ¿trato hecho? –Se incorporó.

–Trato hecho. –Nos dimos la mano.

Claire cogió aire.

–Es por un chico.

–¿Te está dando consejos amorosos? –no pude evitar interrumpirla, alucinada.

–Sí, claro, le pido consejos para convertirme en su sucesora, la reina que machaca corazones –repuso con sarcasmo–. Voy a resumirlo para que sea más visual. Chica, o sea yo, se pilla por un chico en las pistas de baloncesto. Chico la agrega a todas las redes sociales del universo y le pide su móvil. Hablan. Mucho. Tontean. Más. Chica pierde totalmente la cordura. Las conversaciones suben de tono y chico le pide fotografías sugerentes, sexys, para adultos. Chica se las manda sin pensar que puede resultar un capullo que la chantajea si no quiere que vean la luz.

–¿Te han estado extorsionando por unas fotografías tuyas desnuda?

–Eh –me detuvo–. Que una está loca, pero no tanto. En ropa interior. La gran cagada es que en una de ellas se me ve la cara –bromeó antes de ponerse seria–. Sí, de hecho, ¿te acuerdas de esa esclava tan mona de oro que me regaló la abuela?

–Sí, yo tengo otra. –Era el ritual de nuestra abuela. Regalarnos una cuando cumplíamos los catorce años.

–Tuve que dársela…

–¿Cuánto hace que pasa esto?

–Un par de meses.

¿Tanto tiempo y había estado callada? Y yo, ¿cómo no me había dado cuenta de lo que pasaba? Esa era la función de una hermana mayor y no la de estar ausente.

–Lo siento…

–Eh, tú no podías hacer nada. –Me dio una palmadita en el hombro y me avergoncé de mí misma por estar con la sensibilidad a flor de piel. Yo antes era fuerte. Yo antes lo aguantaba todo. Yo antes…

–Te habría acompañado a la policía a poner una denuncia…

–¿Qué dices? ¿Y que todo el mundo se enterase? Habría pasado…

–¿No ha sido eso lo que has ido a hacer con Sebastian?

–¡Qué va! Para ir a comisaría habría buscado a alguien con más pintas de hijo de un juez y no de delincuente en potencia al que revisar los antecedentes por si acaso había que dejarlo en chirona.

–¿Y qué habéis hecho?

–La verdad es que no sabía si aceptaría. Nunca había hablado con él, pero es la persona más dura y peligrosa que conozco, por no decir que se trata de nuestro vecino. Le he contado la historia, cruzando los dedos para que se ofreciera a ayudarme, y lo ha hecho. Hemos ido a las pistas. Ha hablado un segundo con el innombrable y el niñato se ha hecho caca, ha borrado las fotografías y se ha puesto de rodillas para pedirme perdón. –Se le formó una sonrisa traviesa al recordar lo que había sucedido–. ¿Lo ves? Lo habríamos necesitado igualmente. Tú no das tanto miedo.

–Dices eso porque no me has visto enfadada.

–Te conozco. Le habrías mencionado todos los artículos que está incumpliendo, recitándole las consecuencias.

–Te equivocas. Le habría avisado de que como no te dejase en paz le vaciaría las pelotas y lo obligaría a comerse el contenido.

Claire se apartó y me miró con los ojos muy abiertos, como si no pudiese creerse lo que acababa de oír.

–Tú no dices tacos, April.

–No lo hago hasta que alguien hace daño a alguno de los míos –maticé–. Es más, creo que mañana vamos a ir las dos a obligarlo a que te dé la esclava.

–Ya lo ha conseguido Sebastian, pero gracias. –Claire apoyó la cabeza encima de mi hombro sin darse cuenta de que eso iba en contra de sus principios juveniles de mantener un contacto físico nulo con la familia. Me invadió una sensación reconfortante. Nos estábamos acercando. De nuevo–. Me gusta haber hablado contigo. Me siento bien. No me has llamado guarra ni me has abofeteado la cara como me temía.

–Nunca te haría daño. Nunca. –Noté cómo sonreía y le di un beso en el pelo. No se apartó.

–Aunque me habría gustado más que se cumplieran tus sospechas sobre mi idilio romántico con Sebastian. Después de verlo en acción… creo que voy a pedirte que me cambies la habitación para convertirme en su acosadora particular. –Me reí.

–¿Le has dado las gracias?

–Sí, y me ha dicho que dejase de mirarlo como si fuera un maldito héroe. –Casi pude oír la voz del chico al decirlo.

Mi hermana se tumbó en la cama y encendió la radio para poner uno de los grupos *indie* de

música que le gustaban. Me hizo un hueco y me tumbé a su lado. A pesar de ser la hermana pequeña ocupaba más espacio que yo.

Entre risas y alguna que otra palabrota, nos pusimos al día de los últimos meses. Me gustaría decir que todo era como antes, pero sería mentir. Nunca habíamos tenido ese tipo de camaradería y complicidad. Desde su perspectiva yo era la niña buena, una especie de doña perfecta que elevaría las manos al cielo al ver que ella se salía de los moldes establecidos y, en mi opinión, había temas que no debía hablar con ella porque era la hermana pequeña y tenía que mantener intacta su inocencia, protegerla en una urna de cristal, que no aprendiese a base de guantazos como me había pasado a mí. Las dos nos equivocábamos en nuestros juicios y eso nos distanciaba. Yo era muchísimo más tolerante y tenía más capacidad de escuchar de lo que ella creía, y a diferencia de lo que yo pensaba, Claire necesitaba tener sus propias experiencias para decidir lo que quería y lo que no.

Se asombró al conocer detalles de mi relación con Sam, esos que habían sucedido cuando todavía era muy pequeña para enterarse. Pasó de llamarme «princesa con las uñas de porcelana» a asegurar que tenía unos ovarios más grandes que mi cabeza. Por mi parte, me asombré al comprobar su madurez, comprensión y empatía. Parecía que se metía en tu piel antes de hacer una apreciación. Ese bichillo era mucho más inteligente de lo que los profesores se empeñaban en decirles a mis padres.

La mayoría de sus anécdotas eran graciosas y un poco alocadas. Claire era espontánea y muy natural, por no decir que veía el mundo desde un prisma diferente que, después de que me lo explicase, me llevó a comprender la afirmación de la señora Bennet de que a veces las normas estaban para saltárselas. Vale que se creía demasiado adulta y todavía le quedaba mucho por aprender y chocarse contra una realidad en la que los ideales se desvanecían al mismo ritmo que uno cumplía años, pero la base era buena.

No le gustaba estudiar. Nada. Cero. Veía una pérdida de tiempo que todo el mundo tuviese que aprender lo mismo en el instituto, cuando estaba claro que cada persona tenía unas cualidades diferentes y habían nacido para desarrollar una profesión distinta. Además, tampoco estaba de acuerdo en el método de enseñanza basado en memorizar un texto y escupirlo en un folio, sino en interiorizar conceptos y llevarlos a la práctica. Ella no iba a seguir la estela familiar para dedicarse a la abogacía.

«Antes me dejo depilar las ingles a bocados», aseguró.

Me sorprendió cuando me dijo que le gustaría convertirse en artista. Quería escribir. Le daba igual que fueran novelas, teatro, películas… Cualquier formato le valía si era capaz de transmitir sentimientos, sensaciones y emocionar. No quería dejar a nadie indiferente. Deseaba colarse en el interior de las personas y ese era el modo más directo.

–¿Y tienes algo que pueda leer? ¿Algún relato?

–Tonterías infantiles. Ahora me estoy creando un blog para ir subiendo los capítulos de mi primera novela en serio.

–¿Sobre qué tratará?

–Será *new adult*, pero todavía me falta cerrar el esquema del argumento. –Parecía toda una profesional.

–¿Escritora de brújula o de mapa?

–¿Lo dudas?

–Te dejarás llevar por los personajes.

–Sí, libertad para mí y libertad para ellos. Así yo también disfrutaré al no saber qué me voy a encontrar cuando me enfrente al folio en blanco.

–Si quieres que te ayude en algo…

–¿Podrías cederme de vez en cuando tu escritorio?

–¿Necesita la artista una mejor iluminación?

–Me interesan más las vistas. –Sonrió con malicia–. Últimamente la mayoría de las escritoras eligen a modelos y actores buenorros como sus protagonistas. Pues bien, yo he encontrado un muso que está mucho mejor.

–Sebastian. –Acerté.

–Sí. Así, aunque no se publique, no podré decir que ha sido una pérdida de tiempo. ¿Te haces una idea de lo bien que me lo voy a pasar imaginándome en las escenas subidas de tono?

Nuestra conversación animó a Claire a continuar con el diseño de su blog y me echó «amablemente» de su cuarto para ponerse manos a la obra. Mis pies caminaron solos y, en lugar de ir a mi habitación como de costumbre, me descubrí a mí misma llamando al timbre de los Bennet para preguntar por Sebastian. Me abrió el señor Bennet, ya que su mujer estaba sentada en el sofá del salón con el pie en alto leyendo junto a la chimenea. Le gritaron un par de veces para que bajara, pero el chico no contestó, por lo que resolvieron que subiera a su cuarto ya que no les oía con la música.

Lo hice sin ser del todo consciente de que iba a entrar en los dominios de Sebastian después de tanto tiempo. Al abrir la puerta me invadió una especie de nostalgia. Todo estaba tal como lo recordaba. Una cama, un escritorio, la silla y el armario. Nada más. Y cuando digo nada más me refiero a que no había ni un solo detalle íntimo, algo que revelase que allí habitaba un ser humano. Era impersonal y frío. Una estancia tan vacía como su dueño. Igual que la primera vez que estuve allí tuve que abrazarme a mí misma. ¿Era posible que un espacio transmitiese melancolía, desesperación y tristeza? ¿Era posible que contuviera hasta tal punto su esencia que provocase dolor solo con respirar allí dentro? ¿Era posible que un ser humano hubiese sufrido tanto que hasta las inertes paredes hubieran querido compartir esa tortura albergando un poco de

su pesar? Sea como sea, nadie había estado en esa habitación desde que el muchacho se había marchado.

No me extrañó que Sebastian no estuviese. Aquel animal salvaje solo podía permanecer encerrado si tenía a alguna mujer en su cama, e incluso cuando ellas estaban tendía a dejar la ventana abierta.

Ni siquiera lo llamé. Sabía dónde encontrarlo. Lo había hecho muchas veces. Era su sitio en esa casa y durante un tiempo lo compartió conmigo.

Abrí la ventana. Pasé una pierna al otro lado y, cuando estaba a punto de repetir el movimiento con la otra, el aire me azotó de golpe. No era por la altura. Mi habitación estaba a la misma y corría una brisa más suave. Daba la sensación de que había algún tipo de fenómeno atmosférico en ese punto exacto del barrio. Me arrepentí de haber acudido a buscarlo de manera instintiva sin ponerme un abrigo por encima. Sebastian siempre me hacía actuar con las vísceras hasta el punto de que no me reconocía. La mayoría de las veces lamentaba no haber meditado las cosas un poco más. No en esa ocasión. Si lo hubiera hecho, habría acabado por posponer eso y, sin que sirviese de precedente, esta vez él llevaba la razón.

Salté al tejado. Hice bastante ruido, pero no se giró. Estaba sentado en el límite, con las piernas colgando y la capucha oscura puesta, fundiéndose con la noche.

La última vez que había estado allí era muy joven. En esa ocasión era hábil y ágil y me desenvolvía bien bajando para evitar caerme. Era irónico que, sin haber tenido ningún golpe, ese espacio me recordaba el mayor revés de mi adolescencia. El sonido de esas tejas conforme caminaba me hacía evocar el instante en el que me rompieron el corazón de un modo desgarrador.

Comencé a descender con cuidado, asegurándome de que el pie estaba bien apoyado antes de dar el paso. Estaba nerviosa. Nunca había vuelto allí y los recuerdos se habían arremolinado para salir sin permiso. Los había mantenido a raya, pero estaban en su territorio donde yo no tenía ningún tipo de poder sobre ellos.

Hay lugares que nos eligen a nosotros. Sitios comunes que no podemos ni sabemos manejar. Espacios que para el resto del mundo pasan desapercibidos y para algunas personas se convierten en el eje de los acontecimientos que marcan su existencia y su personalidad. Un rincón en el que sientes tu cuerpo y tu cabeza diferentes, que te llama, que te habla. Eso era para mí su tejado.

Como si fuera un *flashback*, me observé con total claridad tumbada sobre las tejas rojizas un día de verano con Sebastian a mi lado. No hablábamos, pero el silencio no nos incomodaba. Estaba ensimismada buscando entre las nubes alguna forma que le pudiese hacer gracia y así robarle otra de esas sonrisas que él regalaba con cuentagotas. Me había dicho que era un juego estúpido y, como de costumbre, había repetido un par de veces que la dejase solo. Pero yo sabía que lo hacía para que no me diese cuenta de que, por mucho que se esforzase, seguía

conservando su corazón. No eran imaginaciones mías, fruto de una cría, sino de alguien observador que notaba cómo sus hombros se relajaban cuando me quedaba a su lado y dejaba de estar en tensión. Encontré una que me pareció adecuada, levanté la mano para señalársela y él hizo lo mismo. Nuestros dedos se encontraron durante el ascenso…

Esa imagen hizo que perdiese el equilibrio y, cuando quise darme cuenta, me caí de culo. La superficie estaba resbaladiza y actuó como un tobogán que me lanzaba al vacío. Traté de aferrarme a las tejas y arranqué una a mi paso. Iba rápido. El estómago me dio un vuelco y, en lugar de gritar como una loca, la garganta se me quedó seca y cerré los ojos con fuerza para no ser testigo del impacto.

Ya tenía las piernas colgando en el vacío, sin nada debajo que las sostuviera, cuando él me agarró sin hacer apenas esfuerzo, salvándome de la caída. Tiró de mí como si no pesase nada y me puso de pie. Mi pecho subía y bajaba con demasiada potencia y el corazón latía desbocado. Había estado apuntito de darme la hostia definitiva. Un traspié que se habría convertido en ese segundo que pone fin a una vida. Él me había salvado de la tragedia.

Sebastian me analizó como si fuera un médico capaz de saber si todo estaba correcto con echar una fugaz mirada. La capucha ensombrecía su rostro, impidiéndome ver sus ojos, ocultos en el manto negro. Aun así, pude adivinar que su gesto era serio por esa boca en forma de línea recta y la mandíbula apretada. Para que no me viniese abajo, colocó una mano en mi cintura al adivinar que, de la impresión, los músculos de mis piernas se habían transformado en gelatina, y con la mano libre tomó las mías en busca de alguna herida. La venda se había desplazado en el dedo y salía sangre.

–Me he cortado en la cocina –le expliqué y lo introduje en la boca para cortar la hemorragia. La sangre me supo salada, con un ligero toque metálico.

Asintió sin decir una sola palabra y puso uno de sus largos dedos en mi mentón para evaluar mi cabeza. Tenía el pelo sobre la cara. Enrolló un mechón y lo colocó detrás de mis orejas. Lo hizo con suavidad, demasiado sosegado para ser una persona tan ruda cuyos movimientos normalmente eran violentos y fuertes. Descendió por mi mejilla hasta llegar a mi boca. Una ráfaga de aire hizo que la calada capucha se fuera un poco para atrás y pude distinguir su mirada. Pese a seguir teniendo esos ojos negros capaces de atemorizar a la persona más valiente si se posaban en ellos, no me produjo el mismo rechazo asustadizo que de costumbre. Tal vez influyó que estaban posados en mí con verdadero interés por mi estado. Limpió la sangre de mis labios hasta asegurarse de que era por la herida del dedo y, una vez que lo hubo hecho, se separó con cautela, prevenido por si me venía abajo.

No lo hice y él se mantuvo erguido e imponente a la espera de que abriese la boca para explicar qué me había llevado hasta allí tantos años después, cuando juré que nunca más lo haría.

–Lo siento, ¿vale? –exploté–. Lamento haberme comportado como una gilipollas contigo, con

mis padres, con mi hermana, con todos –confesé en voz alta–. Estoy perdida. No lo quiero reconocer, pero lo estoy. Me hago la fuerte todos los días delante de todo el mundo y a cada instante me siento más desvalida. Engaño a los demás para que sea más fácil mentirme a mí misma. No paro de repetirme que todo está controlado, ¡y nada lo está! Todo pende del maldito hilo del destino en el que yo no tengo ni voz ni voto. –Tomé aire porque la intensidad de la descarga estaba siendo muy potente–. Me aferro yendo al hospital y, mientras estoy con Sam, todo se calma. Le cuento nuestra historia una y otra vez y los recuerdos me dan una energía que se desvanece cada vez que suplico sobre sus labios que abra los ojos y no lo hace. Entonces pienso qué ocurrirá si nunca despega los párpados, si no hay esperanza y me consumo. ¿Y sabes qué es lo peor? Que a veces también lo odio. Lo maldigo y me siento fatal por ello. No puedo entender que no regrese de donde sea que esté, porque yo lo haría. ¡Yo volvería si lo hubiera dejado atrás del mismísimo cielo aunque la consecuencia fuera que mi siguiente destino sería el infierno! –Conforme lo pronuncié supe que era cierto. Le culpaba por todo el sufrimiento que me estaba causando, por esas ganas de morirme que tenía cada vez que salía de allí, ¿en qué me transformaba ese hecho?

Sebastian permanecía en silencio. Incapaz de romper el momento.

–Estoy irritada conmigo, contigo, con mis padres, ¡incluso con el árbol que tengo en mi jardín! Todo me molesta. No trato bien a la gente. Y no lo hago porque necesito descargar toda la rabia que tengo dentro cuando pienso que alguien con tanta vida que no ha hecho sino cosas buenas en el mundo y cuya única meta era combatir el cáncer esté postrado en una cama mientras que gente que hace honor a la palabra maldad no recibe ningún tipo de castigo, es más, la mayoría de las veces incluso las cosas les van bien. El odio por esa injusticia es como un virus que se me ha metido en la sangre y me ha transformado en la versión de un zombi que tal vez no mata a los que están a su lado, pero definitivamente no los trata bien. –Sebastian me escuchaba con expresión interesada–. No pretendo justificarme sino cambiar, aunque no sea sencillo porque nada ha evolucionado de ayer a hoy y tampoco lo hará mañana –asumí–. Quiero pedirte perdón por mi actuación desde que has regresado y darte las gracias por haber ayudado a mi hermana a pesar de todo.

Acababa de vomitar mis sentimientos y preocupaciones en forma de palabras. Lo había escupido aunque cada frase me quemase como ácido en la boca. Me había desprendido un poco de la carga emocional que llevaba encima como si fuera una mochila repleta de ladrillos que me hundía cada vez más en el asfalto. Fue tal la impresión de haberlo hecho que por poco no me doblo sobre mí misma como si acabase de correr un maratón.

Esperé a que Sebastian dijese algo. Un comentario mordaz, irónico, sarcástico, puede que incluso dañino, en el que lo simplificase todo y me hiciese ver que me estaba ahogando en un vaso de agua, que le quitase hierro al asunto amparándose en que en el mundo sucedían tragedias

a todas horas y yo no era la primera persona que tenía que enfrentarse a una realidad que no era de color de rosa. Algo.

En lugar de eso, y para mi propio desconcierto, se quitó la sudadera y me la tendió.

–Estás tiritando –apuntó, y levantó mis brazos para ponérmela. Hasta ese momento no me di cuenta de los espasmos que estaba teniendo. Anonadada por su reacción dejé que me manejase como si fuera una muñeca de plástico a la que estaban vistiendo. La prenda me quedaba grande y estaba caliente. No era de extrañar, hasta donde recordaba su piel siempre quemaba. Se colocó enfrente y me caló la capucha–. Te queda bien –apreció, y se sentó de nuevo. Esta vez, alejado del borde.

–¿No vas a decir nada más? –No podía creerme que no tuviese nada que añadir a mi discurso.

–No tengo las palabras mágicas, April. Nada de lo que pronuncie cambiará lo que acabas de asumir, la bomba que acabas de hacer explotar. Pero puedes sentarte conmigo y no me moveré de aquí hasta que te veas segura para caminar en la onda expansiva. Es lo único que puedo ofrecerte, mi compañía y mis oídos a tu libre disposición.

–¿Eso significa que me has perdonado? –pregunté mientras descendía y me sentaba sobre las tejas.

–Lo he hecho desde que has salido por la ventana, aunque reconozco que me ha gustado oír cómo decías «lo siento». –Me acomodé, dejando un hueco entre ambos.

–¿Ya está? ¿Vengo, te pido disculpas y me das tu sudadera como ofrenda de la paz? –Sus labios se curvaron de un modo apenas imperceptible por mi comentario.

–Sí, no era necesario que casi te cayeses del tejado para conseguirlo –bromeó–. Ahora en serio, April –se giró para mirarme–, con el paso del tiempo me he dado cuenta de que no me gusta complicar las cosas. Sencillo todo es mejor. No es necesario que te flageles públicamente por un error. Por no hablar de que yo me comporté infinitamente peor contigo y todavía me sigues hablando. –Se puso tenso–. Hacerme el digno no sería justo.

Sebastian se tumbó y le invadió una especie de paz. Lo imité a ver si me ocurría lo mismo. En cuanto apoyé la cabeza sobre las tejas, con el tejido mullido de la sudadera ejerciendo como almohada, supe el porqué de esa calma repentina. Esa noche no había luna y ante nosotros se extendía un manto de estrellas.

–Siempre he tenido curiosidad, ¿qué tiene este sitio para que estés siempre aquí?

–Me gusta la oscuridad. –Se mordió el labio un instante antes de preguntar–. Y tú ¿por qué venías aquí? –*Boom*. Unos recuerdos que se abalanzaban contra el muro de hormigón para tirarlo abajo. Dejé que se colase uno. Al fin y al cabo hacía mucho tiempo que el pasado ya no dolía, concretamente cuando el azul cristalino de una mirada invadió mi vida.

–Podía inventarme constelaciones para ti y trazarlas en el aire.

Levantó un dedo y unió varias estrellas que formaban una uve.

–Así que al final yo tenía razón en nuestra discusión.

–¿Cuál? –Entré en terreno peligroso–. Fueron demasiadas.

–Acerca de valor –atajó–. No existía ninguna constelación que se llamase así.

–No –reconocí.

–¿Por qué te lo inventaste? Nunca has sido mentirosa…

–No lo soy, pero en esos momentos lo necesitabas y habría inventado cualquier cosa para que lo tuvieras. Incluso una constelación a tu medida para que te lo diera.

Asintió, conforme, y volvió a mirar al cielo.

–¿Te importaría acercarte?

–Sebastian, que estemos hablando del pasado con normalidad no significa…

–Tengo frío –aclaró–. Ser el chico malo no lo evita y dicen que el calor humano es el mejor. –Lo miré con recelo y él levantó las manos–. Te juro que no hay dobles intenciones. Ya no soy peligroso. –Parecía sincero, aunque fingir que lo era nunca le había supuesto ningún problema.

¿Debía confiar en Sebastian? ¿Era inteligente hacerlo después de todo? Mi parte racional me dijo que no sin dudarlo, basándose en la experiencia a su lado. Dar una oportunidad era lo normal, dos se podría considerar aceptable, pero él ya había cubierto su cupo y si volvía a fallarme, ya no podría echarle la culpa. Sin embargo, mi instinto asintió basándose en lo que me había demostrado desde su regreso. Tal vez la gente sí que cambiaba. Tal vez hasta él podría hacerlo. Tal vez ella antes de abandonarlo había curado todas sus heridas y espantado a esos fantasmas que yo no fui capaz de echar.

Me quité la sudadera.

–No hace falta que te vayas.

–No voy a hacerlo. –Me tumbé a su lado y nos la puse por encima. Mi pelo cayó por encima de su hombro y tuvo que hacerle cosquillas porque su piel, esa que se rozaba con mi brazo, se puso de gallina–. Así está mejor.

–Sí. –Su voz sonó ronca y carraspeó.

–Por cierto, tengo una duda. ¿Qué le has dicho al capullo que chantajeaba a mi hermana?

–¿Decirle? ¡Nada! Si lo hago se caga.

–No seas fanfarrón…

–Es cierto. –Sonrió, bravucón–. Casi se me pone a llorar cuando lo he apartado de su grupo para mantener una conversación. Antes de pedírselo ya me estaba dando el móvil y suplicando que no lo matase.

–¿Matarlo? –Abrí mucho los ojos. En un gesto involuntario, Sebastian apoyó su cabeza contra la mía. No lo hizo adrede. Iba a apartarme cuando valoré que tampoco era nada malo. Él no iba a atacarme. Solo éramos dos proyectos de amigos tumbados juntos para no pasar frío una noche helada de diciembre–. Tu fama te precede.

–Un poco exagerada –se mofó, y añadió entre susurros, con una voz profunda y suave–: Tampoco es que me sienta muy orgulloso de ella.

–¿Empieza a seducirte más la idea de transformarte en el héroe?

–Para nada. Es demasiada carga. Siempre tienen que ser perfectos…

–Ni héroe ni bandido, entonces ¿qué te queda?

–Ser normal. Una opción que cada vez suena más tentadora.

Capítulo 8

Tus padres celebraban sus veinticinco años de casados. Para un evento de tal magnitud habían alquilado los jardines del club de campo de la ciudad y su sala presidencial, la más emblemática y elegante. Sin embargo, casi todo el mundo estaba fuera. Era un día caluroso y corría una suave brisa que permitía a los invitados, la mayoría de ellos personas muy influyentes en Charleston, tomar una copa del cóctel al aire libre con una simple chaqueta los hombres y las mujeres con un fular en los hombros.

Todo estaba cuidado hasta el último detalle. Bandejas repletas de *delicatessen*, bebidas de importación, farolillos colgando de las ramas y un *photocall* en el que posar para luego imprimir la fotografía. Cuando fui al baño y vi que había una cesta repleta de cosméticos que rezaba «No queremos que nada os estropee la fiesta», estuve tentada de robar algún perfume y meterlo a presión en el bolso diminuto.

Llevaba un vestido *made in* Lily. Ella me había dejado elegir dentro de su enorme vestidor. Me enamoré de uno largo azul marino, de corte griego y con una banda plateada que enmarcaba mi cuerpo y resaltaba el pecho. Tal vez no era el más llamativo, pero yo siempre había sido de las que pensaban que la sencillez de una prenda resaltaba la belleza de la persona que la vestía. Lo complementé con un moño bajo con mechones sueltos y los ojos ahumados.

–Días como estos hacen que sepa por qué hacerme tu amiga ha sido una de las mejores decisiones que he tomado después de acosar por Twitter a la redactora jefe de Cosmopolitan hasta que me ha seguido y me manda los artículos de las prendas que se van a llevar la próxima temporada antes de que lo sepan el resto de los mortales –me confesó tu hermana señalándome a un grupo de chicas que parecían mayores para su edad, estiradas, que miraban al resto del mundo con un aire de superioridad y se dirigían a los camareros con desprecio–. Fingen que no les importa, pero en realidad están desesperadas porque el resto de los invitados observen las tetas artificiales que sus padres les han regalado por su cumpleaños.

–¿Por eso te gusto yo? ¿Porque soy más natural?

–¡Porque a ti todavía no te han crecido! No necesitaré ponerme silicona para ser la más pechugona de las dos –bromeó. Así era ella. Las muchachas nos miraron como si no supiéramos estar en nuestro sitio en una fiesta refinada y elegante. Sentí lástima por ellas. Perder el humor tan jóvenes no debía de ser sano.

Fue una de las tardes en las que volví a enorgullecerme de Lily. Ella era diferente al resto y trataba a los trabajadores con la educación y el respeto que en el siglo XXI se merecían todas las personas por su mera catalogación de seres humanos. Por no hablar de que se estaba mordiendo la lengua para no hacer ningún comentario irónico o sarcástico cada vez que me observaba girar disimuladamente para ver, una vez más, cómo volaba mi falda cuando realizaba ese movimiento.

–¿Qué te parece? –me preguntó, agarrando los bajos de su vestido largo violeta, sin glamur alguno, para subirlos a la altura del muslo y poder caminar rumbo a una de las mesas altas sin correr el riesgo de pisárselo.

–¿Qué? –La seguí, intentando caminar como la dama que no era.

–Lo de mi madre es muy fuerte, tía… –se quejó.

–Es normal. Tiene que ejercer de anfitriona. –Suponía que lo decía porque iba de un lado a otro parándose en cada grupo.

–Me da igual ser testigo de su exaltación de la falsedad –puntualizó–. Ella misma. Lo que me molesta es que quiera convertirme en Sauron.

–Sé que me voy a arrepentir de preguntártelo, ¿qué tiene que ver *El señor de los anillos* aquí?

–¡¿No lo ves?! –exclamó elevando las manos y se tuvo que colocar el único tirante de su vestido porque se había movido–. No para de presentarme orcos para que forme mi propio ejército para gobernarlos a todos, ¡es la madame de Mordor! –Sacó su vena friki.

Para lo único que tu madre se había dirigido a nosotras, después de darnos el visto bueno con el vestido, era para presentar a Lily a todos los jóvenes más o menos de nuestra edad con una gran proyección. Un punto que dejaba bien claro durante su particular introducción en la que resaltaba sus logros o, en su defecto, los de su familia.

–Mierda. –Se mordió el labio–. Por ahí viene de nuevo, ¡huye mientras puedas! –Me giré disimuladamente hasta distinguir a tu madre, que traía del brazo a un nuevo pretendiente y por un momento dudé si estaba en las bodas de plata de tus padres o en un *reality* para encontrarle esposo a tu hermana.

–Lo soportaré. Tú no me dejarías sola.

–Yo rompería las pelotas a un tío que te hiciese daño, arrancaría los pelos a cualquier lagarta que hablase mal de ti y sujetaría tu mano en tu lecho de muerte. –La miré con las cejas enarcadas por lo burra que era–. ¿Qué? Lo haría y te daría un discurso tan lacrimógeno que ríete tú del final de *Titanic*. Pero si estuviera en tu misma situación, imitaría los pasos de Michael Jackson bailando hacia atrás y me largaría con estas a la fiesta del bosque.

Algunas de nuestras compañeras de instituto habían venido obligadas por sus padres que, por supuesto, querían quedar bien con los tuyos y ya de paso hacer contactos a los que sería imposible acceder de otro modo. Aunque yo no quería rendirme ante la evidencia, aquello más que una reunión de viejos amigos como eran las barbacoas cutres de mis padres, era más una sala de reunión gigante en la que se hacían negocios en cada esquina.

Por ello, las chicas nos habían dicho que harían acto de presencia y se marcharían en cuanto pudiesen. La excusa que les habían dado a sus padres era que teníamos que hacer un trabajo en grupo. El verdadero motivo es que la mayoría de nuestra clase estaría esa noche en las afueras, en una especie de bosque que usaban como picadero y para beber, celebrando el cumpleaños de Axel, el *quarterback* del equipo de nuestro instituto por el que las mujeres babeaban, literalmente, abandonaban su personalidad y se dejaban tratar como auténticos trapos, y, por supuesto, los chicos idolatraban deseando convertirse en un impresentable rompecorazones y bragas como él.

La verdad es que no me apetecía nada ir y sumarme a su oda de fans histéricas. Por no mencionar el detalle de esa insana obsesión que tenía conmigo. Conforme más trataba de presentarse como el macho alfa que necesitaba para desinhibirme más me repelía. No le tocaría ni con un puntero láser.

–Los astros acaban de alinearse para hacer que mi tarde pase de ser aburrida a una tortura china. Conozco a ese pesado. Es un bróker de Wall Street y su conversación girará en torno al apasionante mundo de la bolsa, ¡vete ahora mismo, insensata! –Me golpeó con la cadera animándome a huir y le hice caso.

No quería encontrarme con mis compañeras para que no insistieran en que fuese a la fiesta de Axel. Sabía que en el fondo no les apetecía y lo hacían por compromiso. Del mismo modo que siempre estuve segura de que mi amistad con Lily era sincera, nunca supe distinguir si con el resto de mi grupo era real o se debía simplemente a ese pedestal en el que ellas mismas me habían colocado. Era imposible diferenciar si se sentaban a mi lado porque les gustaba hablar conmigo o por esa etiqueta, grabada en mi mente a partir de sus opiniones, que no podía borrar, que me catalogaba como la más popular.

Cualquiera diría que no tenía de qué quejarme. Ese es el sueño de muchas personas. Posiblemente de todas aquellas que no lo han experimentado o no lo sentían como yo, una losa pesada colgada en mi espalda de la que no podía desprenderme. Porque igual que es triste estar sola lo es estar rodeada y no saber si alguna de las personas que te acompañan es real, si de verdad les haces reír o fuerzan la carcajada por compromiso, si los abrazos les nacen de las entrañas o es un puro teatro, si, como pasaba esa noche, les apetecía que las acompañase o les molestaba porque el energúmeno por el que todas suspiraban quería cazarme para colgar mi cabeza con el resto de los trofeos.

Me alejé del gentío pensando en ese tema y me interné en el jardín buscando intimidad. Estaba anocheciendo y las luces de las ramas brillando adheridas a las copas hacían que pareciese que estaba andando entre las estrellas.

Te encontré sin pretenderlo.

Estabas de espalda y te giraste, como si me presintieses. A veces me gusta imaginar que la suave brisa te llevó mi olor. Otras simplemente pienso que algo se activaba cuando nos aproximábamos, que materializábamos esa magia de la que tantas veces había oído hablar. Un universo de sensaciones tangibles.

Me sonreíste de ese modo que tú solo sabías y provocaste que el gesto se trasladase en mi rostro. Estabas realmente guapo con el traje azul marino.

Me aproximé con seguridad sin dejar de mirarte fijamente a los ojos. Y, por ello, no presté atención al suelo, el tacón se clavó en la arena y cuando quise darme cuenta me tropecé, estropeando ese instante mientras me caía al suelo. Menos mal que te percataste de lo que me estaba sucediendo antes de que me estampase de culo contra el césped y en dos zancadas estabas a mi lado sujetándome por la cintura.

El pecho me subía y me bajaba con un ritmo frenético y todavía a día de hoy no sé identificar si era por la adrenalina segregada ante una posible caída o porque me puse excesivamente nerviosa al ver cómo me recorrías con la mirada de arriba abajo y tragabas saliva.

–¿Estás bien? –susurraste mientras me ayudabas a ponerme de pie, erguida. No me pasó desapercibido que no apartaste la palma de tu mano de mi cuerpo y tampoco retrocediste. Nuestros rostros quedaron más cerca de lo políticamente establecido.

–Sí. Todo correcto. Mi integridad sigue intacta y todavía no he gastado el cupo de ridículo que había comprado para la fiesta. –Me atusé la falda del vestido.

–¿Y mi premio? –Fruncí el ceño al no comprender a qué te referías–. Acabo de salvarte la vida.

–Ya será menos… –Le resté importancia y me soltaste a regañadientes:

–Parece mentira que conozcas a Lily de toda la vida. Se transforma en una asesina en potencia cuando alguien le estropea sus cosas.

–¿Lo dices por experiencia?

–¡Desde luego! Sé que lo que voy a confesarte no me deja en muy buen lugar, pero en mi casa ella era la que ganaba las peleas y yo el que me escondía cuando montaba en cólera.

–Eso es porque siempre has sido un caballero y le dejabas.

Había presenciado la mayoría de vuestras discusiones, siendo testigo de cómo la ignorabas cuando se ponía pesada en plena pubertad. Una indiferencia que la molestaba mucho más que si la hubieras gritado.

–Parece que me tienes muy bien calado…

–Más de lo que te imaginas…

Contesté sin hablar de tu relación con Lily, sino de la nuestra. Tus gestos te traicionaban. Intentabas hacer lo correcto y, a la vez, toda la atención de tu mirada estaba en mi boca entreabierta. No habíamos hablado del incidente en la playa, pero tu actitud había cambiado, revelándome parte de la conversación que teníamos pendiente y estábamos posponiendo porque no te quería presionar.

–¿Qué haces aquí solo en lugar de gorronear la comida y la bebida que han pagado tus padres?

–Meditando sobre lo inevitable. –Frunciste el ceño.

–¿Temas trascendentales de la vida?

–Algo de vital importancia para la raza humana. Un baile.

–¿Un baile?

–Mis pies son un arma de destrucción masiva cuando intentan seguir el ritmo. Todas las víctimas que se pongan delante acabarán arrepintiéndose de su decisión.

–¿Algún trauma confesable?

–Ya he pedido hora a un psicólogo para después de esta noche. Necesitaré terapia cuando todo el mundo presencie el lamentable espectáculo. –Sonreíste.

–Ese traje a medida te sienta de vicio, no me malinterpretes, pero de ahí a que el universo se paralice cuando llegues a la pista y todos te presten atención…

–Lo harán. ¿No te lo ha contado Lily? –Negué con la cabeza–. Ella y yo tenemos que sacar a mi madre y mi padre; si no, créeme, no lo haría. Yo no bailo. No voluntariamente. –Reafirmaste tus palabras.

Me mordí el labio.

–Tendremos que ponerle solución. –Asentí con seguridad–. Terapia de choque. Vamos a movernos lo más ridículo que podamos para que cuando llegues te parezca que lo haces de un modo decente.

–No hay música… –te apresuraste a excusarte.

–No sabes con quién estás hablando. –Comencé a balancearme de un lado a otro e improvisé una canción.

–¡Cantas de pena! –te mofaste de mí.

–¡Estoy haciendo la gallina con una entonación lamentable el día que se supone que voy de princesa, Sam! Que me digas eso es muy poco elegante. –Me reí y continué haciendo el bobo mientras elevaba la voz.

Tiraste de mi brazo. No sé muy bien si para que detuviese mi patética actuación o porque las manos se movieron solas. Rodeaste con una mano mi cintura y me pegaste a tu cuerpo. De repente me sentía una granada a la que iban a quitar la anilla de un momento a otro para explotar

en mil pedazos. A esa edad lo vivía todo al triple de potencia y no me sentía capaz de soportar el estremecimiento que me recorría como si formase parte de mi sistema nervioso.

Supongo que tu intención era simplemente demostrarme que tus palabras eran ciertas. Una especie de broma para que comprobase en mis propias carnes el pato mareado que eras. El problema vino cuando comenzamos a movernos lentamente, como si nos sincronizase una melodía que solo podíamos oír tú y yo. Me pisaste un par de veces y, en lugar de reírnos por tu patosidad de manual, seguimos balanceándonos de un lado a otro. El dolor de los pies daba igual. En realidad, todo daba igual. Creo que podríamos haber visto un meteorito acercándose a la Tierra a punto de impactar y en lugar de buscar un refugio nos habríamos apretado más fuerte como si la salvación se encontrase entre los brazos del otro.

No sé en qué momento cambiamos nuestra postura mientras bailábamos. Nunca había creído que mis manos se podían mover con voluntad propia hasta que descubrí que las mías se habían independizado para enredarse en tu nuca y mis dedos jugueteaban con ese pelo cobrizo que cada vez era más largo. Las tuyas serpentearon por mi espalda al descubierto, trazando un sendero que ponía mi piel de gallina, hasta posarse en mi cintura y atraerme más cerca. Como si eso fuera físicamente posible. Nos sobraba la ropa y el aire que se colaba entre nosotros. Nos faltaba fuerza para apretarnos todo lo que deseábamos.

Apoyé la cabeza en tu pecho y, cuando quise darme cuenta, nos habíamos detenido y el único movimiento que sentía era los fuertes latidos de mi corazón golpeando contra mi caja torácica. Estuve un buen rato así, disfrutando del placer de sentirme pequeñita entre tus brazos, hasta que me decidí a levantar la vista. Nuestros ojos se encontraron y comencé a ponerme lentamente de puntillas. Pensaba que había derribado el muro de tus prejuicios que se basaban única y exclusivamente en una cifra. Pensé que por fin te habías dado cuenta de tu error. ¿Qué narices importaba la edad cuando existían sentimientos tan profundos y reales? Tú no estabas beneficiándote de mi inocencia, me estabas regalando un universo de sensaciones positivas, sanas, intensas y potentes.

Entreabrí mis labios y, justo cuando iba a cerrar los ojos, me soltaste apartándote de golpe como si quemase. Me dolió tu reacción. Estabas tenso, con los puños apretados y te mordías el labio inferior con agonía, mirando al frente, a la nada, evitando el contacto directo con mis ojos.

–Ya empezaba a creer que habían raptado a mi pareja. –Oí que alguien hablaba detrás de mí. Me giré y observé como Brenda se acercaba a nosotros. La conocía de vista. Todo el mundo lo hacía en la ciudad. Su padre era increíblemente rico. El magnate de los navíos y el acero de Charleston.

–¿Has venido con ella? –susurré tan bajo que solo tú me oíste. No podía creer que fuera cierto. Me quedé paralizada. En *shock*.

–April, yo… –No te dio tiempo a terminar tu frase cuando Brenda llegó a nuestro lado y

enlazó su brazo con el tuyo.

–Vamos –te instó, sonriente–. Que la gente ha empezado a rumorear que tengo un acompañante imaginario y algo así puede hundir mi reputación –bromeó.

–Brenda… –comenzaste a excusarte, pero ella te interrumpió. Era evidente que se había percatado de mi presencia y notaba el ambiente enrarecido.

–¿Quieres venir tú también? –se dirigió a mí con amabilidad.

–Gracias por la invitación, pero ya me iba con mis amigas. –Y supe que iba a hacerlo a medida que pronunciaba la frase.

No dejé que insistiera y di media vuelta para, digna, largarme con el despecho corriendo por mis venas. Actué como una cría. Ahora lo sé. No porque mi enfado no estuviera justificado, sino porque marcharme de esa manera, sin escucharte siquiera, solo sirvió para que me encabronase más y más con mis propias y malintencionadas imaginaciones a cada paso que daba. Celosa.

Ella era perfecta. Y no lo digo por el físico ni porque se pudiese limpiar el culo con billetes de cincuenta. Las veces que me había cruzado con Brenda en el instituto había demostrado ser una chica maja, sociable y, según me contaba mi madre, bastante altruista. Mierda.

Crucé la estancia en busca de mis amigas y vuestra imagen juntos se repetía una y otra vez en mi cabeza, sin tregua. Dejé de andar con una elegancia fingida y recogí los bajos de mi vestido tal como había visto hacer a Lily para poder dar grandes zancadas y desaparecer de allí de una maldita vez. No deseaba ser testigo de lo buena pareja que hacíais los dos tan elegantes, sofisticados y perfectos.

Mierda. Mierda. Mierda.

Llegué junto a mis compañeras justo cuando se estaban montando en el coche de Amy. Conociéndome, debió de sorprenderles bastante que les anunciara que iba. No por lo que dije, sino porque cuando terminé agarré una de las botellas de vino blanco que habían robado sigilosamente y di un trago tan profundo que por poco me ahogo. Tosí con el líquido cayendo por la comisura de mis labios y volví a beber como si no hubiera mañana. Me había poseído el espíritu de la despechada por excelencia.

No recuerdo de qué hablamos durante el trayecto en coche. Supongo que era algo divertido porque las chicas no paraban de reírse. Yo desconecté desde el minuto uno. No podía parar de darle vueltas a todo. ¿De verdad habían sido imaginaciones mías todas las miradas que nos habíamos echado ese verano? ¿Me había montado mi propia película? ¿Generado mis propias ilusiones con fantasías? ¿Adornaba mi realidad diciendo que tú eras mi amor platónico porque no era capaz de asumir que pasabas de mí?

No tardamos en llegar al bosque de las afueras de Charleston. El lugar seleccionado siempre era el mismo. Estaba a un par de kilómetros de la carretera principal. No tenía nada de especial más allá de las cuatro mesas para que los conductores parasen a comer durante los trayectos

largos o las familias hicieran pícnics cuando hacía buen tiempo, rodeados de esos pinos que se alzaban altos, como si intentasen tocar el cielo con su pico.

El ambiente era muy diferente esa noche. Los chicos habían llevado sus furgonetas, dejando los faros encendidos para que hubiera algo de iluminación y conectando unos altavoces que hacían que la música retumbase en esa zona para espantar a los animales. Nunca me había gustado el alboroto y los gritos exagerados que se producían cuando la gente iba borracha. Ese día me pareció que los berridos eran música celestial para mis oídos. Era imposible silenciar tanto ruido para reencontrarme con mi propia voz.

Anduve entre los diferentes grupos, las parejas que se enrollaban ocultas tras el fino tronco de los árboles y las neveras repletas de alcohol con las que me topaba en cada esquina. Iba directa a un objetivo: Axel. Sí, en esos momentos había perdido mi cordura y me pareció que el peor castigo para ti era devolvértela con la misma moneda, sin meditar sobre en qué lugar me dejaba eso. Ahora lo veo todo bastante simple. Ese chico no me gustaba en absoluto, es más, me repelía. Liarme con él más que solucionar las cosas haría que al día siguiente vomitase recordando que sus labios habían estado sobre los míos. ¿Qué ganaba? Nada. Al final sería un doble disgusto para mí, por perderte y por enrollarme con alguien que me parecía insoportable. Sin embargo, en esos momentos me pareció una idea estupenda. La mejor que había tenido en años. Un poco más y me choco los cinco a mí misma…

Por lo menos no me lo puso complicado. Axel siempre ha sido muy básico. Ni siquiera tuve que coquetear. Solo me acerqué y él ya se transformó en ese cazador que apunta con su arma a una presa, que, normalmente, se le resiste y escapa antes de que dispare, solo que ese día me quedé quieta y le sonreí dócil. Debió de sufrir un cortocircuito y, durante unos segundos, el chico con más labia de todo el instituto se quedó sin palabras. Le eché una mano y le pregunté sobre el equipo y, durante una media hora que se me antojó insufrible, estuvimos hablando de tácticas, jugadas maestras y todo lo que tenía que entrenar para tener ese cuerpo que él mismo denominaba «de infarto». No necesitaba abuela el *quarterback*.

Por mi parte, me aburría soberanamente escuchando su soliloquio, esa especie de oda a sí mismo que rozaba un egocentrismo atronador. Menos mal que el par de cervezas que me tomé fueron nublando mi juicio e incrementaron mi sentido del humor haciendo que me riese de cosas que no comprendía. Mis piernas parecían hechas gelatina y, cuando perdí un poco el equilibrio, Axel vio su momento. Me dijo que lo esperase en el claro del bosque y que él vendría con más bebida.

Le hice caso y fui tambaleándome hasta el lugar en el que nos habíamos citado. No estaba lejos. Tan solo había que andar unos metros por el sendero de arena y piedra. Era una zona despejada de árboles a la que todo el mundo podía acceder. Nada especial. Me extrañó que no

hubiese nadie. Meses después descubrí que era territorio del *quarterback*. Su picadero en propiedad.

Con lo baboso que se había mostrado mientras hablábamos, intentando tocarme todo el rato y lamiéndose con un gesto repulsivo que pretendía resultar *sexy*, supuse que vendría corriendo antes de que cambiase de opinión. Llevaba queriendo mi cabeza como trofeo demasiado tiempo.

No lo hizo. Pasaron unos minutos interminables y no apareció. Nunca.

Decidí sentarme en el claro para que la espera fuese más liviana y, si soy sincera, porque todo me daba vueltas y estaba un poco mareada. Observé el cielo y mi vista se clavó en la constelación de siempre. Podía haber miles de estrellas que yo terminaba observando las mismas, esas que formaban una letra y traían recuerdos enterrados. Iba a trazar con el dedo la forma cuando oí un ruido. Miré hacia la zona de donde provenía y no distinguí nada. Solo oscuridad. Ni un movimiento. Una ráfaga de aire proveniente de ese lugar me golpeó y me descubrí a mí misma conteniendo la respiración, con el pulso agitado y las entrañas revolviéndose en mi interior. Me levanté y me encaminé a ese punto. No sabía por qué lo hacía, pero sí que lo necesitaba tanto como respirar. Más todavía.

Llegué hasta los matorrales y empecé a estirar el brazo. Entonces oí que alguien me llamaba al otro lado y, antes de girarme para ver de quién se trataba, me pareció ver una sombra moviéndose, desapareciendo, fundiéndose con la noche como si fuera parte de ella. Imaginaciones de una borracha.

–¿April? –gritaste, desesperado.

–Aquí –te contesté, sin saber muy bien por qué lo hacía. Seguía enfadada.

Viniste corriendo. No quedaba nada de tu estado pulcro y elegante. Tenías el pelo despeinado como si hubieras pasado tu mano por el cabello una y otra vez ansioso, no llevabas chaqueta y la camisa te salía por fuera del pantalón.

–¿Se puede saber por qué narices te has ido? –Tu pregunta y el tono enojado con el que la hiciste me pillaron desprevenida. Tú no hablabas así. Parecías realmente exasperado y no entendía el motivo.

–Para venir a una fiesta con mis amigas. –No me dejé amedrentar.

–¿Has bebido?

–Sí. –Levanté la cabeza desafiante para ver si te atrevías a decirme algo–. ¿Algún problema? Porque te recuerdo que no tienes derecho a decirme lo que tengo o no tengo que hacer.

–No digas gilipolleces, April. Ya sabes que no va por ese camino. Nunca me he metido con tu independencia. –Bajaste el tono–. Solo me preocupo por ti.

–Pues estoy bien, gracias por venir a asegurarte. Ya puedes volver a la fiesta a cuidar de la que es tu verdadera hermana, que seguramente va bastante más pedo que yo…

–¿Y cómo vas a volver a casa?

–Con cualquiera.

–Todos van borrachísimos, ¿es que acaso no eres consciente de que los accidentes de coche existen?

–Ahora mismo no me apetece escuchar tus lecciones de moral, Sam. –Sabía que tenías razón y si me lo hubiera dicho cualquier otra persona la habría escuchado. Pero no estaba dispuesta a mantener una conversación cordial contigo. No. Lo único que me apetecía era lanzarme sobre ti y abofetearte por romperme el corazón o besarte hasta arrancarte los labios y que así no fueran para la otra. Bipolar–. Vete con Brenda y se lo cuentas a ella –te solté con resentimiento.

–¿Todo esto es por ella? ¿Por celos? Porque, si es así, estás actuando como una…

–¿Una qué? –me encaré, adelantándome–. No te atrevas a juzgarme, porque aquí el único que se está comportando como un idiota eres tú. –Tenía tanta rabia que incluso sentí una especie de satisfacción personal al insultarte–. ¿Por qué has venido? Eh, ¡dímelo! ¿Por qué en lugar de quedarte con tu perfecta cita apareces en mitad de un bosque para buscarme?

–Brenda y yo solo somos amigos y lo de ir juntos fue una idea de nuestros padres que aceptamos para que no se pusieran pesados. –Sentí alivio al escuchar tu explicación–. Y he venido aquí porque yo me preocupo por ti… –balbuceaste.

–¡Y una mierda! Suena tan falso que no te lo crees ni tú. –Sujeté tu rostro entre las manos con fuerza. Parecías perdido–. Mírame y sé sincero de una maldita vez. –Lo hiciste, y el ritmo de tus palpitaciones aumentó.

–¿Es que no te das cuenta de que solamente pensar en ti del modo en que lo hago ya constituye un delito? –confesaste, rindiéndote–. Estoy rompiendo mis propias reglas, lo que siempre he creído que estaba bien y mal…

–¿Y qué quieres hacer? –Mis dedos envolvían tus mejillas y estábamos tan cerca que podía notar el aire que expulsabas al hablar.

–No lo sé –confesaste, contrariado–. Si te tengo cerca, yo no puedo…

–¿Estás insinuando que quieres que me aparte de ti? –Te solté y me separé de golpe–. ¿Poner distancia? –No contestaste nada–. Eres un maldito cobarde –escupí para que reaccionases, pero de nuevo permaneciste impasible–. ¡Te odio! –Te empujé en el pecho–. ¡Te odio! –Repetí el gesto–. ¡Te od…!

La frase se quedó en el aire. Agarraste mis manos antes de que tocasen tu torso y tiraste de mí con fuerza. No me diste tiempo a darme cuenta de lo que estaba sucediendo cuando agarraste mi cara tal como yo estaba haciendo segundos antes con la tuya y me besaste con urgencia, con pasión, con la sed de alguien que lleva perdido en el desierto meses y acaba de encontrar un manantial de agua dulce.

–Esto es algo bueno –susurraste sobre mis labios, los ojos cerrados y la frente apoyada en la mía.

–Lo es –reafirmé.

–Sentir lo que siento no puede ser malo –insististe.

–Nada de lo que hagamos lo será. –Confirmé y me volviste a besar. Elegimos un camino de una sola dirección. Sin marcha atrás. La mejor carretera que he recorrido en la vida. Tú, yo y un depósito lleno de gasolina.



Presioné con fuerza mis labios contra los de Sam.

–Abre los ojos –supliqué sobre su boca, pero no lo hizo.

Capítulo 9

El Grill era el bar por excelencia de los jóvenes menores de edad de Charleston. No porque Trudy, la encargada, nos sirviera de manera ilegal alcohol o aceptase esos intentos patéticos de carnets falsos que tenían algunos. Lo que convertía ese lugar en especial era sus magníficas hamburguesas, perritos calientes y *pizzas* y esos batidos y tartas caseras que quitaban el sentido y abrían el apetito.

Estaba situado en el centro de la ciudad. No era un local excesivamente amplio, pero en sus pocos metros cuadrados albergaba billares, futbolines y dianas. Su decoración se basaba en cuadros con láminas de películas que los cinéfilos expertos apreciaban y los discos más emblemáticos de todas las generaciones. La música cobraba un sentido especial allí. Había una vieja gramola en la que introducías una moneda y podías escuchar los grandes clásicos, y cuando algún joven con aspiraciones a cantante lo solicitaba, Trudy despejaba una zona para que pudiese llevar a cabo sus primeros conciertos. Daba igual el género, la experiencia o el talento, todo el mundo tenía la oportunidad de mostrar su arte entre esas cuatro paredes.

Esos detalles convertían al Grill en el primer lugar al que los estudiantes del instituto acudíamos cuando nuestros padres cedían y nos dejaban salir hasta que anochecía. Lo veíamos como el sitio en el que habíamos saboreado lo más parecido a la palabra libertad. Además, era una tradición que pasaba de generación en generación. Los veteranos nos lo enseñaron antes de marcharse a la universidad y nosotros los imitamos meses antes con los alumnos de la promoción que nos seguía. Era una especie de ritual, como si tuviésemos la necesidad de mostrárselo a gente nueva para que nunca se quedase vacío y desangelado. Les dábamos el testigo, conscientes de que allí vivirían los acontecimientos más importantes de toda una etapa. Las risas de las tardes de domingo, los cotilleos entre semana, los empachos en las cenas y las primeras citas con las manos temblorosas y las mariposas revoloteando en el estómago. Todo.

Cuando pensaba en la adolescencia y lo que esa etapa había significado, mi mente viajaba allí. No era un sitio. Era un lugar repleto de esos recuerdos que te arrancan una sonrisa mientras

sientes nostalgia por el pasado y lo que dejas atrás. Evolucionar está bien, echar la vista atrás y que se te remuevan las entrañas es la prueba de que supiste aprovechar el tiempo.

Por eso, del mismo modo que se lo decíamos a los pequeños cuando nos marchábamos a otras ciudades a estudiar y buscar nuevas aventuras, regresábamos en esas fechas especiales que volvían a traernos a todos de vuelta a nuestras raíces. En Navidades, *spring break* y verano, se convertía en el punto de encuentro de varias generaciones. El local se llenaba de gente y, recorriendo sus estancias, podías ver desde los adultos de la promoción de hace ocho años, los que se habían graduado el año anterior y los que aspiraban a hacerlo ese mismo año.

Esa noche fui al Grill a reencontrarme con la gente de mi clase. Como los acontecimientos me habían obligado a quedarme en la ciudad en lugar de marcharme a Nueva York como tenía planeado, podía haber acudido cualquier otro día, pero durante meses no había encontrado el momento adecuado. Corrijo. No había querido hacerlo.

Localicé a mi grupo de amigos nada más entrar por la puerta. No tuve que esforzarme, porque se habían sentado en nuestra mesa de siempre. Esa con los sofás azul claro situada en la esquina más próxima al cuarto de baño.

Me senté y los saludé a todos. Faltaba mucha gente. Todavía quedaban algunos días para las celebraciones fuertes de la época y algunos habían aprovechado para hacer una miniescapada por el país. Al principio fue un poco extraño. Como sospechaba, no sabían muy bien cómo relacionarse conmigo después de lo que había pasado. Los rumores de mi posible depresión habían corrido como la pólvora. Mi actitud al salirme de los grupos de WhatsApp, mi poca actividad en las redes sociales y mi nula predisposición a contestar al teléfono cuando me llamaban las semanas posteriores a que ocurriese la tragedia tampoco ayudaron a mitigarlos.

Trataban de evitar el contacto visual directo conmigo y pasó un rato hasta que la buena de Amy se atrevió a romper el hielo y lanzarse a la piscina preguntándome qué tal estaba. Se hizo un silencio incómodo. Este tipo de temas siempre lo crean. Un momento tenso en el que se debatían entre sus ganas de no enturbiar la quedada con un tema violento y el morbo porque les diese información de primera mano.

Me decanté por contestar «bien» y me forcé para sonreír cuando lo dije. Por sus reacciones supe que había hecho lo correcto, ya que soltaron la tensión acumulada, aliviados. Me mantuve en mi papel mientras comenzaban a contar anécdotas de todos esos meses, la mayoría de ellas poco o nada tenían que ver con sus estudios en la universidad y sí con todo lo que había alrededor, las hermandades, compartir piso, las fiestas, la vida en las diferentes ciudades y cómo eran completamente distintas a Charleston…

Eran los mismos y a la vez eran diferentes. Otras personas. La gran sorpresa de la noche vino de la mano de Axel, cuando entró con su novia, una estudiante de arquitectura que había conocido en Boston. Lo extraño no era que estuviera con una mujer. Había estado con

muchísimas durante el instituto. Sin embargo, esta vez parecía realmente enchochado. Si alguien me hubiera dicho que el *quarterback* mujeriego iba a cambiar tanto en tan poco tiempo, le habría dicho que eso tan imposible como lamerse el codo, estornudar con los ojos abiertos y meter el puño al completo en el interior de la boca. Más complicado que hacer las tres cosas a la vez sin parecer esquizofrénico.

Continuamos hablando de todo y de nada a la vez. Cuando nos terminamos los batidos, el mío era de Oreo y estaba tan espectacular que acabé rebañando el borde del vaso con el dedo, pedimos la cena. Me sentía pesada. Tantos meses comiendo como un pajarillo entre mi casa y el hospital, a base de sándwiches de máquina, habían hecho que mi estómago se llenase con excesiva rapidez. Estaba tan cerrado después del dulce que temí tener que regalar mi hamburguesa Kevin Bacon al no tener el suficiente apetitito ni para darle un bocado. Estaba muy equivocada. En cuanto Trudy llegó con el plato y olí la deliciosa carne de vacuno repleta de queso americano y beicon, mis tripas crujieron. Creo que estaban haciéndome una ola por permitirles volver a ingerir una delicia culinaria.

La puerta se abrió. Estaba de espaldas, pero intuí de quién se trataba por la reacción de las personas que estaban en el local. La gente se calló de golpe como si hubiera entrado un fantasma, todas las miradas se clavaron en esa dirección y en las diferentes mesas se repitió la misma conversación entre susurros.

–¿Es…? –comenzó una chica que estaba en la mesa de detrás.

–Sebastian –aclaró Amy desde la nuestra.

Me giré en mi asiento justo para ver cómo movía la cabeza en la entrada sacudiéndose las gotas de agua del pelo. Debió de percatarse de la expectación que desataba. Era imposible no hacerlo. Daba la sensación de que tenía un foco en la cabeza. Todo el mundo la observaba, aunque el tipo de miradas eran diferentes. Las mujeres con fascinación, tratando de reprimir esa atracción que sentían por el chico oscuro, y los hombres con hostilidad, como si un león salvaje hubiese entrado en su territorio para robarles a su propia manada.

Cualquier persona se habría sentido coaccionada o cuanto menos presionada por convertirse en el centro de atención y no de la mejor de las maneras. Pero si a él le importó, no dio ninguna muestra que lo delatase. Tal vez ya estaba acostumbrado o ello. El anonimato no existía en la vida de Sebastian. Nunca pasaba desapercibido. No es que fuera una pobre víctima. Se había ganado a fuego el recelo que provocaba. Sus actuaciones durante años habían llenado de prejuicios a toda la gente que se había topado con él en el pasado.

No se amedrentó. Comenzó a andar con seguridad, pisando tan fuerte que miré si había dejado su huella sobre las baldosas a su paso. Su aspecto amenazador incrementaba esa inquietud generalizada, gracias a sus vaqueros oscuros, las botas negras y una chaqueta de cuero que se le

ceñía al torso y remarcaba su ancha y musculosa espalda. Por no hablar de su mirada. Sus ojos negros tenían impresos una señal de alarma.

Sebastian llegó a la barra y se sentó dándonos la espalda a todos. Una declaración de intenciones que venía a demostrar que le importaba entre poco y nada el revuelo provocado. También que no tenía ganas de problemas. En otra época se habría dejado caer desafiando hasta localizar a algún incauto que se atreviese a responder a su provocación y acabar partiéndose la cara en una pelea.

Eso no era lo que me daba miedo de él en el pasado. Había conocido a muchos chicos agresivos que solucionaban los problemas con las manos y no con la cabeza. Sentía repulsión por su actitud, por su inmadurez, por ser tan primitivos y no evolucionar, pero nunca el mismo temor que me desataba mi vecino. La cuestión era que cuando había sido testigo de alguno de sus enfrentamientos me había parecido ver una especie de placer velado cuando era él el que recibía los puñetazos, como si el dolor fuera la única manera que tenía de sentirse vivo. Una persona muerta que respira es un peligro para todos.

Trudy lo atendió desde el otro lado de la barra y le sirvió lo que parecía una Coca-Cola. Sebastian puso un billete encima de la mesa y vació la mitad del contenido de un trago. Suponía que, una vez que quedase claro que venía en son de paz, el local volvería a la normalidad, pero la gente seguía demasiado interesada en analizar con lupa cada gesto del joven. Recorrí la estancia hasta volver a reparar en él y formulé mi propio juicio. Nadie sabía realmente cómo era ni por qué había vuelto. Todos tenían derecho a hacer sus propias teorías mentales. Pero yo veía una única verdad: estaba solo. Muy solo. Después de años fuera de la ciudad nadie se había alegrado al verlo, se había acercado a preguntarle qué era de su vida o lo había invitado a unirse a su grupo.

Me levanté sin saber muy bien si en mi acción influía más que hubiese ayudado a mi hermana días atrás o la actitud que había tenido conmigo desde su regreso, esa especie de amistad que estaba en pañales, con los cimientos con el cemento todavía mojado.

–¿Adónde vas? –me preguntó Amy, sujetándome del brazo. Su suave voz retumbó en la estancia sumida en un silencio sepulcral y varias personas de otras mesas se giraron para ver qué pasaba.

–A buscarlo. –Me encogí de hombros.

–¿Recuerdas quién es? –Mi compañera abrió mucho los ojos. No aprobaba mi comportamiento.

–Claro, y aunque no lo supiera lo habría identificado nada más entrar. Todo el mundo ha susurrado su nombre. –Sonreí para que se diera cuenta de que no se lo decía a malas.

–¿Estás metida en algún lío? –me preguntó, inquieta. Con lo exagerada que era seguro que pensaba que le había empezado a dar a las drogas duras para paliar el dolor y él era mi camello a

domicilio.

–No, ¿por?

–¿Por qué si no ibas a ir con él?

–Para invitarlo a que venga con nosotros –solté con naturalidad sin ver nada malo en ese ofrecimiento.

–Nosotros no queremos gente como él en nuestra mesa –se adelantó Axel, y el resto asintió. Parecían molestos porque me hubiese atrevido a plantearlo.

–Vale –acepté, porque lo que menos me apetecía era peleas de patio de recreo. Parecían conformes hasta que añadí la segunda parte de mi intervención–: Entonces me sentaré con él para ver qué se cuenta.

Mi respuesta los pilló desprevenidos. Los dejó sin palabras. Normalmente hacía lo que decidía la mayoría sin quejarme. Nunca había sido una persona conflictiva con ellos porque era sincera cuando afirmaba que me daba igual hacer un plan u otro siempre que estuviésemos juntos. Conformista.

–Ya conoces a Sebastian… –añadió Amy, ya el resto parecía molesto por no aceptar la decisión de la mayoría. Yo no lo veía así. No consideraba que estuviera actuando mal. Siempre había hablado con quien me daba la gana.

–Está todo bajo control.

Comencé a caminar y la atención de los estudiantes del Grill se diversificó. Algunos continuaban mirando recelosos a Sebastian y otros me observaban intrigados a mí.

–Sabes lo que acabas de provocar, ¿verdad, April? –habló Sebastian, mientras me aproximaba sin apartar la vista de la barra, jugueteando con el vaso sobre la superficie deslizable.

–Algún día tienes que revelarme el truco por el que siempre me presientes…

–Hueles a cerezas. Me gustan las cerezas. –Se encogió de hombros–. Por no mencionar el pequeño detalle de que eres la única que se atreve a acercarse…

–Eso será porque no me das miedo –lo interrumpí.

–Haces bien. Hasta donde recuerdo no soy ningún asesino en serie. Tampoco hay necesidad de santiguarse a mi paso. –Se giró en el taburete y sus ojos se centraron en mí. No reparó ni un segundo en el resto de la gente. No le importaba nadie–. Déjame adivinar el motivo de tu visita.

–Soy toda oídos. –Me detuve delante y me crucé de brazos, divertida. Se mordió el labio y ladeó la cabeza, escrutándome con la mirada.

–Vas a proponerme que vaya con vosotros porque, o bien soy tu buena acción del día, o bien es tu particular agradecimiento por ayudar a tu hermana, ¿me equivoco?

–No en los motivos…

–No voy a ir –zanjó–. Tus amigos del equipo siempre me han resultado insufribles.

–Si me hubieras dejado terminar… No te equivocas en los motivos, pero sí en la proposición.

Ellos te han rechazado antes. Tampoco quieren disfrutar de tu compañía. Por lo que veo, el cariño que os tenéis es mutuo.

–¡Qué va! Yo me estaba haciendo el duro. Acabas de romperme el corazón –ironizó.

Puse los ojos en blanco y agarré un taburete vacío que estaba a su lado.

–¿Qué haces? –preguntó, confundido.

–Sentarme. –Lo hice.

–¿Por qué?

–¿Hablar y que no estés solo te parece una buena razón? –Enarcó una ceja. No se fiaba–. No sé de qué te extrañas tanto –contesté ante su cara de incomprensión.

–¿Es tu acto de rebeldía?

–No me considero una insurgente por conversar con alguien, Sebastian.

–Eso es porque no te das cuenta de cómo te mira la gente.

–¿Y cómo lo hace? ¿Qué es lo que piensas que acabo de provocar?

–¿No ves sus caras? La mayoría cree que has perdido la cabeza. La chica deprimida que va con el malo porque está enfadada con el mundo y ya no le importa nada. Ni su propia integridad. Un tópico. –Seguramente tenía razón. Las personas solían exagerar cuando hablaban de mí, para bien y para mal.

–Menos mal que no me importa la opinión de la gente…

–¿Estás segura?

–Hace años que, por una cosa u otra, todo el mundo se cree con derecho a hablar de mí. Me he acostumbrado a vivir con sus comentarios.

Desde que empecé con Sam todo el mundo comenzó a analizar cada uno de mis movimientos como si más que hablar de mi vida estuviesen haciéndolo de una telenovela o un *reality*. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo al pensar en mi novio y, por un instante, me sentí culpable por estar tomando algo en uno de nuestros bares favoritos mientras él estaba en coma en el hospital. Eliminé la idea de mi cabeza. Desde la charla con mi hermana me había prometido que volvería a relacionarme con los míos. Además, esa mañana había ido más temprano a visitarlo para estar el mismo número de horas. Necesitaba mi dosis diaria viendo su pecho subir y bajar al inundarse de ese aire repleto de vida.

–¿Quieres algo? –se ofreció a invitarme Sebastian todavía un poco desubicado porque alguien le hiciese compañía.

–No, acabo de comerme la reina de las hamburguesas.

–Me alegro. –Asintió con la cabeza para remarcar sus palabras–. Te estás quedando demasiado delgada. No me gusta.

–Pensaba que a los hombres os atraían las mujeres así… –bromeé para que la conversación no pudiese dar un giro en el que acabásemos hablando del motivo por el que no me alimentaba y no

tenía nada que ver con la belleza estética ni esos cánones que nos imponían con las modelos de pasarelas y las fotos retocadas en las revistas.

–Esas tal vez se la pongan dura a los necrófilos, pero los que no estamos enfermos preferimos que la mujer tenga carne y no solo hueso.

Iba a contestarle cuando me di cuenta de que alguien se acercaba a nosotros. Lo reconocí al instante. Como para no hacerlo. Se trataba de Jax, un chico de la promoción de Sebastian, dos años mayor que yo que era un armario empotrado. Mediría casi dos metros y pesaría alrededor de cien kilos. Era una de las pocas personas que habían continuado en Charleston una vez que los compañeros de instituto de mi vecino se graduaron y coincidía con él en el gimnasio. Mientras nosotras practicábamos los movimientos de nuestros números musicales de animadoras para el inicio, descanso y final del partido, él se entrenaba en el noble arte de lanzamiento de peso. Una máquina destructiva. Una bestia inhumana.

A pesar de que nos habíamos visto muy a menudo en mi época de capitana del equipo de animadoras, nunca había tenido contacto directo con él, aunque, por la cara de asco con la que me miraba, sabía que seguía recordando cierto acontecimiento ocurrido años atrás con Sebastian, él, yo y sus secuaces como protagonistas.

No me dio buena espina que se aproximase y más ver que, como siempre, venía con guardaespaldas detrás. Conocía de vista a dos de sus tres acompañantes. Eran unos auténticos burros y se habían pinchado tantos esteroides, ciclos y demás mierdas para aumentar el músculo que los había dejado un poco atontados. Unos gorilas predispuestos a la manipulación de Jax, que odiaba a Sebastian desde que su novia en aquella época dijo algo así como que mi vecino no estaba «tan mazado», pero aun así su cuerpo era «más apetecible». Una ofensa mortal para el vigoréxico. Pretendía darle celos. Lo que habría hecho una persona normal, cuerda y que madura con el paso del tiempo es darse cuenta de que no tenía razón y que era una absoluta gilipollez de un niñato. Lástima que él no fuera ninguna de esas cosas.

Intenté prevenir a Sebastian, pero Jax llegó antes de que le hiciera el gesto.

–Así que son ciertos los rumores que decían que habías vuelto –gruñó, cuadrándose a su espalda. Suponía que mi vecino le contestaría algo así como «¿Me has echado de menos?» o algún comentario sarcástico, pero en su lugar, sin girarse siquiera, replicó, cansado:

–No quiero problemas. –Su actitud de ser superior e inaccesible se había desinflado. No quería hacer notar su presencia.

–No quiero problemas, dice –gritó, haciendo partícipes de nuestra conversación a todos los integrantes del Grill, que no dudaron en levantar la vista de sus platos y mirar sin intervenir–. Tú no decides eso –escupió, poniéndose serio.

–No tengo ganas de líos, Jax –repitió con una paciencia desconocida en él–. He venido de lo más calmado. Tú por tu lado y yo por el mío –insistió, aunque noté que su voz tranquila no se

correspondía con la posición de su cuerpo en tensión.

–Entonces tenías que haberte quedado debajo del puente en el que vives y no haber regresado nunca. Aquí no eres bienvenido. No nos gusta la escoria humana, ¿verdad? –preguntó al resto del mundo. Nadie le contestó y siguió con la retahíla de insultos crueles y despiadados.

La sangre me empezó a hervir y me mordí el labio para intentar tranquilizarme. Nunca había tenido mucha paciencia para soportar las injusticias. No era solo que se estuviera metiendo con Sebastian, que se había mostrado bastante pacífico, sino los términos en los que lo hacía, metiéndose con su condición de huérfano y la pobreza que deducía que tenía a su alrededor con frases como «¿No es esa la misma cazadora de cuero que llevabas hace cinco años? ¿Qué pasa, que la beneficencia no puede prestarte una nueva?».

–No lo hagas –susurró Sebastian al leer mis intenciones mientras Jax continuaba dirigiéndose a su público.

–¿El qué?

–Estallar. Es lo que busca. Que lo ignoren jode más. Confía en mí, he sido el rey de los provocadores. –Iba a asentir cuando el armario empotrado le dio un golpe en la espalda para acentuar la frase que pronunciaba en esos momentos y que venía a decir algo así como que «Dios da a cada uno lo que se merece y por eso lo ha dejado solo».

Ante tal afirmación, a Sebastian le cambió el semblante y se le oscureció la mirada. Movió la cabeza de un lado a otro, tensó la mandíbula e hizo crujir los nudillos de sus puños, preparado para atacar. Jax había jugado con algo que no debía, su familia. El único punto débil que le nublaba el juicio. Apoyé las manos sobre sus rodillas para detenerlo antes de que se levantase y comenzase una pelea de la que los dos saldrían muy mal parados.

–Déjame a mí, por favor –le pedí.

–Sé defenderme solo.

–No lo dudo. Pero ya sabes que siempre he disfrutado de esos enfrentamientos para ver qué chorro es más largo cuando meamos.

–Se dice quién la tiene más larga –me corrigió.

–Ya, pero a día de hoy no tengo pene. Es una variante femenina. ¿Me das permiso para que silencie a este idiota?

Nos miramos fijamente a los ojos y creo que los dos retrocedimos años atrás en una situación similar.

–Está bien. –Sebastian cedió–. No sé si soy buena o mala influencia para ti.

–Ni una cosa ni la otra.

–¿No? Porque yo recuerdo más de un lío en el que te has metido por mi culpa. –Seguíamos en otra época lejana.

–Tengo criterio propio. Siempre que he dado la cara por ti tenías razón. –Su mirada se

dulcificó y el muro de contención de mis recuerdos volvió a tambalearse. De repente volví a verlo con muchos años menos. Repleto de furia y con ganas de matar a alguien. Me evadí de tal modo que de nuevo sentí ese miedo irracional al saber que tenía que actuar o él haría una locura que lo enviaría directo a la cárcel. Experimenté la misma fuerza que me inundó las venas y me llevó a enfrentarme a Jax en lugar de permanecer pasiva. Pero, sobre todo, observé de nuevo sus ojos brillantes después de que lo defendiese, desarmado y aterrorizado, porque él siempre había sabido cómo se respondía a los golpes, pero nunca cómo se actuaba cuando alguien cuidaba de ti de manera desinteresada–. Y son pocas veces –puntualicé, levantándome de golpe.

Me puse de pie. Caminé hasta la bestia parda y le di un par de golpecitos en el brazo para captar su atención. Jax estaba tan ensimismado contando las penurias de Sebastian para que las escuchase todo el mundo que ni siquiera se percató. Volví a darle. Esta vez con más fuerza. No me hizo caso. Tal vez el exceso de productos químicos para incrementar la musculatura le había dejado sin sensibilidad en la piel y por eso tenía tanta rabia dentro. Decidí que era mejor gritar cruzando los dedos porque sí que escuchase bien.

–¡Cállate y haznos un favor a todos! –*Voilà*, lo conseguí.

–Otra vez tú –asentí, sin amedrentarme por su cara de pitbull cabreado–. ¿Qué pasa, eres tan cobarde que necesitas que una chica dé la cara por ti?

–Yo de ti no la menospreciaría de ese modo. Recuerda cómo te dejó la nariz la última vez que os enfrentasteis… –Sebastian se había girado y permanecía sentado en el taburete en una postura relajada. Pura fachada. Lo conocía lo suficientemente bien como para saber que de calmado tenía poco y estaba alerta para saltar sobre el gigante si me daba una mala contestación o me tocaba un pelo.

–Eres un maricón…

–No tengo el gusto. Pero si alguna vez cambio de acera, no creo que seas mi tipo. Lo siento.

–Te voy a partir las piernas, maldito ca…

Fui rápida. Me interpuse entre ellos antes de que Jax fuera como un toro hacia mi vecino.

–Quítate de una puta vez, perra.

Sebastian se puso en pie de un salto.

–A las señoritas se les habla con educación –pronunció con un tono calmado, pero en sus palabras había una amenaza velada.

–¿Y qué vas a hacerme si no lo hago?

–Se me ocurren muchas cosas y ninguna de ellas es agradable para ti.

Se aproximaron y estiré los brazos, apoyando una palma en el pecho de cada uno de ellos para separarlos.

–Tranquilos. Ninguno de nosotros quiere montar un espectáculo en el Grill y estropearle la magnífica decoración a Trudy.

–Salgamos fuera. –Propuso Jax.

–Hace mucho frío –intervine, antes de que Sebastian aceptase la proposición del armario con un «te sigo»–. Además, tengo una idea mucho mejor. Una especie de reto.

–¿Un reto? –repitió confuso Jax.

–Sí. –Analicé a Sebastian. Su pecho seguía subiendo y bajando con fuerza. Retiré mi mano lentamente, prevenida para volver a ponerla en su pecho si intentaba ir a por el gorila, pero se quedó plantado en su sitio. Por si acaso me situé delante de él. Centré mi atención en Jax–. A los dardos. Una partida.

–Me apetece más destrozarle la cara.

–¿Tienes miedo? –Lo desafié. Sabía que era bastante básico en dardoy reaccionaba ante esas tonterías. El tipo de personas capaz de tirarse por un barranco si alguien le decía que «no tenía cojones».

–Ninguno. Soy el mejor. ¿Cuáles son los términos?

–Si ganas tú, Sebastian y yo nos largamos de aquí, y si gano yo, el que te vas eres tú. ¿Qué te parece? ¿Aceptas? –Le tendí la mano.

–Voy a machacarte. –La estrechó sellando el acuerdo.

–Ya veremos…

Nuestra partida creó gran expectación. La gente se apartaba a nuestro paso mientras íbamos con solemnidad hasta las dianas para después congregarse a nuestro alrededor. Trudy me deseó suerte y dejó un rato la barra desatendida para ser testigo de la partida del siglo. Hubo personas que hasta contuvieron la respiración mientras metíamos las monedas. Bueno, tal vez eso sea exagerar un poco y la única que lo hice fui yo. Lo que sí es cierto es que se abrió una puja de apuestas y debo decir que, para mi propia satisfacción, estaban bastante igualadas.

Me tocó empezar. Sujeté el dardo, respiré profundamente, lo lancé y… quince minutos después, Sebastian y yo salíamos por la puerta del Grill después de que Jax me hubiese dado un palizón de campeonato.

–¿Habías jugado alguna vez? –me preguntó Sebastian nada más cerrar la puerta, serio, andando por la calle dando grandes zancadas.

–Un par de veces –confesé siguiéndole.

–¿Un par de veces? –Bufó y se detuvo–. Cuando alguien echa un órdago de esas características tiene que estar seguro de que va a ganar. O al menos de dar con los dardos en la diana y no tirar la mayoría fuera. ¡Si hasta la gente se apartaba de los laterales cuando te tocaba por temor de que les sacases un ojo! –Elevó las manos al cielo.

–Cualquiera diría que estás enfadado…

–¡Es que lo estoy! No me gusta que ningún gilipollas me eche de un sitio.

–Y ninguno lo ha hecho. Te has ido porque hemos perdido una apuesta.

–¿Ese era tu plan? ¿Llevar a cabo una apuesta absurda para que nos marchásemos sin hacer ruido? –Se pasó una mano por el pelo y este quedó más revuelto que de costumbre.

–¡No tenía plan! He improvisado. Lo siento. ¿Vale? Planificaré una estrategia para la próxima vez que me encuentre contigo en un bar y trate de evitar que te partan las piernas.

–Bien.

–Bien.

Se puso a chispear y nos metimos debajo del saliente de una terraza para no mojarnos. Sebastian se apoyó contra la pared con la rodilla flexionada y yo me coloqué a su lado jugueteando con las manos.

–Estupendo. Ahora se pone a llover.

–Son solo cuatro gotas, señor susceptible.

–Cuatro gotas que no tendría que soportar si todavía estuviésemos en el maldito Grill –recalcó.

Nos quedamos en silencio sin mirarnos, observando el pequeño manto de lluvia que bañaba las calles de Charleston. Sebastian estaba enfurruñado maldiciendo por lo bajo. Seguramente nunca lo había vencido nadie imponiendo su juicio, ya fuera el verbal o el de las manos.

–¿Cuánto tiempo vas a estar bufando?

–El que me dé la real gana.

–¿Quién es ahora el que se porta como un desagradable con el otro sin motivo?

–Es que me genera mucha impotencia que Jax se haya salido con la suya, joder. El tío ha llegado, me ha insultado porque le ha salido de la punta del nabo y ahora somos nosotros los que estamos aquí en mitad de la calle en lugar de comiéndonos las mejores hamburguesas de la ciudad.

–¿Te imaginas la cara que se le habría quedado si le llego a ganar?

Dibujé esa imagen a la cabeza y, sin ton ni son, esa risa de verdad, estridente y con pequeños arranques que me hacían sonar como un cerdito, que llevaba buscando meses, brotó de mi garganta. Experimenté un placer supremo por algo tan simple como notar que mis mejillas se ensanchaban y el pecho me vibraba de nuevo de un modo diferente, alejado de esas lágrimas que provocaban que se moviese al mismo ritmo con el que yo me sumía en la desesperación. Cuánto la había echado de menos…

–No sé qué te hace tanta gracia. No ha sucedido.

–Venga, no te hagas el duro. He visto por el rabillo del ojo que has sonreído al oír mi gruñido de cerdito.

Era mentira. No lo había hecho, pero me basaba en conversaciones anteriores. En una en concreto mientras yo me doblaba sobre mí misma y él me dijo que le gustaba el sonido de mi risa, le pregunté si se mofaba de mí y me contestó que no, que era especial porque era contagioso. Desde entonces, cada vez que lo hacía a él se le curvaban los labios. Siempre.

Incluso cuando lo odiaba más de lo humanamente posible o cuando me producía indiferencia, si me reía con ganas y sabía que estaba cerca, lo buscaba y comprobaba que no podía evitarlo, aunque apretase los puños y se mordiese el labio, era oír ese sonido nasal tan ridículo y su sonrisa acudía a mi llamada.

Esperamos resguardados hasta que la lluvia cesó. El asfalto de las calles estaba mojado y olía a humedad gracias a los árboles que adornaban el centro de la ciudad. Me gustaba ese aroma. Lograba que me evadiese y, si cerraba los ojos, podía imaginar que estaba en mitad del campo, alejada de las edificaciones, de la sociedad, de aquellos lugares que el hombre había transformado eliminando la naturaleza más salvaje.

–Vayamos a otro sitio, risitas –anunció Sebastian, colocándose la capucha que sobresalía de su chaqueta de cuero.

–¿A casa?

–Es sábado por la noche.

–¿Y?

–Hay una ley mundialmente conocida que regresar a casa debe ser nuestra última opción.

–¿Qué propones?

–Sorprenderte –dijo, enigmático.

Pasamos por King Street. Como de costumbre, la calle principal de Charleston estaba atestada de gente. El lugar rebosaba vida, ambiente. Era sencillo distinguir a los habitantes de los turistas. Mientras que los primeros andaban de paso, con un rumbo establecido, los segundos se detenían maravillados a observar las diferentes construcciones, con sus fachadas antiguas, algunas de estilo victoriano, pintadas de colores llamativos que fusionaban lo antiguo con lo moderno. Los coches de caballos se mezclaban con los peatones, dando la sensación de que te encontrabas en otra época.

Tomamos una de las arterias aledañas, más estrecha y con el suelo empedrado, y llegamos al coche de Sebastian. Me subí en el asiento de copiloto sin saber muy bien cuál era el rumbo. No me pareció raro que no me diera pistas. Con él el destino siempre había sido un misterio. La aventura de no saber hacia dónde te dirigías. El placer de mirar por la ventanilla y tratar de adivinarlo al ver la carretera que tomaba.

Avanzamos por la ciudad hasta el puente atirantado Arthur Ravenel Jr. Cruzamos el río Cooper a través de la estructura elevada de metal. Sebastian se colocó en el carril de la derecha para poder ir más despacio sin que los vehículos le pitasen por detrás. Mi vecino solía conducir deprisa, a todo gas, pisando el acelerador al máximo. Agradecí que no me obligase a pedirle que aminorase la velocidad. Desde el accidente les tenía un poco de miedo a los coches y solía ser mucho más precavida que antes. Él lo sabía.

Desde mi posición podía ver las bicicletas que circulaban por los extremos a nuestro alrededor

y, detrás de ellas, el reflejo de las ondas del agua del río, meciéndose al ritmo del viento. Supuse que nos dirigíamos a una de las poblaciones vecinas, puede que Mount Pleasant, la más cercana, o alguna otra. Lo que nunca me imaginé es que mi compañero se detendría al otro lado del puente en mitad de la nada y aparcaría el coche en el arcén de la carretera.

–Ya estamos –anunció, bajándose del coche.

–¿Aquí? –pregunté, imitándolo.

–Sí, ¿no lo ves?

–¿Qué?

–Eso. –Me señaló una valla publicitaria que contenía un anuncio de Charleston red rice.

–¿Cómo no has podido comer en el Grill querías ver una imagen descomunal de un plato?

–Sí, es exactamente eso. –Puso los ojos en blanco–. Anda, sígueme.

Fuimos hasta la estructura de metal y se detuvo al lado de la escalera de hierro para que pudieran subir los trabajadores a limpiar y cambiar los anuncios.

–¿Vas a subir?

–Vamos a hacerlo –puntualizó.

–Yo no estaría tan segura… –Estaba realmente alto. Mucho más de lo que parecía desde la carretera cuando ibas en el coche.

–Venga, ya verás cuánto te gusta. Tiene una de las mejores vistas de la zona.

–¿Y si me caigo?

–Para evitar eso irás primera. Si pierdes el equilibrio te agarraré. –Lo hacía para infundirme valor porque físicamente, por muy fuerte que estuviera, no podría capturarme al vuelo si me tropezaba ya que él también necesitaba agarrarse.

–¿Y si me niego a subir?

–Entonces busca algo divertido que hacer aquí abajo porque yo voy a hacerlo.

Lo miro para ver si bromeaba. Lo decía totalmente en serio. Sería capaz de dejarme abajo esperándolo. No sabía de qué me extrañaba. Me había demostrado en numerosas ocasiones que no era ningún caballero.

–Está bien –accedí a regañadientes–. Con una condición. No me mires la ropa interior cuando vaya delante –puntualicé al darme cuenta de que llevaba un sencillo vestido de vuelo con unos *leggins* claros debajo que se ahuecaría con el aire y le dejaría una perfecta panorámica de mi intimidad.

–No era mi intención. No me gusta sufrir.

–¿Sufrir?

–Sí, ver unas braguitas morbosas y no poder arrancárselas a su dueña es todo un padecimiento –bromeó, bravucón, y puse los ojos en blanco.

Sujeté con fuerza los dos hierros de los laterales y comencé a ascender los peldaños. Eran

muchos más escalones de los que suponía. Decidí no mirar hacia abajo mientras subía para no sentir un ataque de vértigo. Clavé mis ojos en ese final que daba a la plataforma y, con la meta de llegar hasta allí, subí todo lo rápido que podía para no prolongar el sufrimiento. Algo así como cuando iba a hacerme la cera y le pedía a la esteticista si no existía una tira con la que pudiese embadurnarme todas las piernas y quitarme los pelos del tirón, sin esa agonía después de soportar el dolor del primer estirón al saber que todavía quedan muchos más hasta que termine.

Una vez arriba, me percaté de que la plataforma de alrededor del anuncio era mucho más ancha de lo que parecía a simple vista y el cartel parecía enorme. Una sola de las letras ya duplicaba mi tamaño. Las luces que lo iluminaban eran tan potentes que incluso daban calor.

–Este es uno de mis lugares favoritos –anunció Sebastian a mi lado.

Miramos al frente y sobre nosotros se extendió Charleston, el puente y el río que acabábamos de cruzar en miniatura. Si mi móvil hubiera sido bueno, habría hecho alguna de esas fotografías que luego se vendían en las tiendas de recuerdos a los turistas. Era una panorámica única y original. La mayoría de las imágenes de nuestra ciudad estaban tomadas desde los miradores, el puerto o la iglesia. Ninguna desde ese punto. Estaba viendo una estampa exclusiva.

–¿Soy la primera persona a la que traes? –pregunté. Sebastian era reservado y muy celoso con su vida privada, sus gustos, todo lo que le rodeaba.

–No. –Lo miré sorprendida–. ¿Decepcionada?

–Extrañada sería la palabra. Pensaba que nunca te abrías a la gente y les enseñabas tus…

–Corta. Creo que me he explicado mal. Este no es el lugar donde mostraba mi alma y toda esa parafernalia que te has imaginado. He venido con chicas aquí para tirármelas –puntualizó con total sinceridad–. De hecho, puedes sentirte especial. Eres la primera persona que traigo sin intenciones deshonestas.

–¿Por eso es tu lugar favorito? ¿Por qué es tu picadero?

–Me he acostado con muchas mujeres en lugares diferentes y no todos ellos me gustan. Algunos hasta me repelen y doy gracias por no haber salido con alguna enfermedad o herido –recordó, con una mueca de disgusto en el rostro–. Lo que hace este rincón especial son las vistas…

–La verdad es que impresionan.

–¿Estas? –Señaló al frente y asentí–. Estas son normales. Las luces eclipsan a todo el mundo. Me refería a otras.

Sebastian me agarró de la mano. Hasta ahí todo normal. La cuestión es como lo hizo. Sus contactos siempre eran rudos, envolviendo con fuerza la totalidad de tu puño. Sin embargo, enlazó sus dedos con los míos y sentí que su piel seguía siendo suave y no tan áspera como presuponía.

Me llevó al otro lado del anuncio. La parte trasera. La fea. El lado en el que nadie reparaba.

Esa que mostraba la verdadera estructura repleta de hierros.

–Esta es la extraordinaria –anunció.

El aire me azotó de cara y sentí un escalofrío, pero no por el viento sino por lo que tenía delante. Lejos de la luz la oscuridad lo dominaba todo. Un espectáculo visual en el que el cielo se mezclaba con la tierra y solo eras capaz de distinguir los límites por las siluetas de las montañas enmarcadas en voluptuosas sombras. Las estrellas salpicaban el paisaje como si fueran las luciérnagas de un lienzo.

–Es increíble. Casi te sientes caminando por el cielo. –Confesé mis pensamientos en voz alta.

–No has entendido el concepto. Para caminar te llevaría a algún mirador. Lo bueno aquí es volar. Y te aseguro que si te acercas lo suficiente al borde experimentas lo más cercano a tener alas –afirmó con tanta seguridad que terminé por creerle. Me pregunté si la tinta que invadía su cuerpo tenía que ver con ese lugar, el motivo por el que se había tatuado dos alas en su espalda–. ¿Te gustaría probar? –Dudé–. Yo te agarro.

–Vale –accedí, sin estar del todo segura por la curiosidad de saber a qué se refería.

Anduve y me empezó a entrar el miedo al ver la altura a la que estábamos. Frené en seco.

–Más cerca –ordenó–. Hasta que la puntera de… –dudó– como sea que se llame ese calzado…

–Manoletinas –aclaré.

–Esté justo en el borde –completó sus indicaciones.

–Ja. Eso es demasiado peligroso. –Me negué.

–Te juro que no te caerás. Tienes mi palabra.

–¿Y si te equivocas?

–Tienes mi permiso para que tu fantasma me atormente. –Me pareció raro oírlo bromear. Me gustó infinitamente más que cuando de su boca solo salían gruñidos.

Antes de que contestase se situó a mi espalda, su cuerpo cubrió todo el mío y la proyección de nuestras sombras en el suelo se fusionó. Colocó una mano a cada lado de mi cintura y sus dedos apretaron mi carne, no lo suficientemente fuerte para hacerme daño, pero sí para mantenerme bien sujeta, anclada a él. Apoyó el mentón de su barbilla en mi hombro y susurró en mi oído.

–¿Más segura así?

Asentí mientras añadía:

–Esto se parece sospechosamente a *Titanic*.

–No he visto la película.

–Pues deberías, es un…

–No me despistes y anda.

Le hice caso y fui hasta el borde con él siguiéndome detrás.

–¿Y ahora qué?

–Ahora olvídate que existo, mira al frente y grita, ríe, siente. Lo que te apetezca. No te juzgaré.

–¿Y tú que haces cuando ocupas este lugar?

–Vivo –fue su escueta respuesta.

Tragué saliva. Cerré los ojos, apretando mucho los párpados, y comencé a abrirlos lentamente. Una oscuridad dio paso a la otra. El aire me golpeó de frente y, aunque sé que no es posible, que todo tuvieron que ser imaginaciones mías, que una persona no es tan importante como para que los astros giren alrededor de ella, me pareció que las estrellas se movían hasta envolverme, paseando a mi alrededor. Tenía los pies pegados a la estructura de metal y, aun así, sentía movimiento. Todo parecía pequeño a mi alrededor, la ciudad, el puente, las montañas, los coches… Todo. Sebastian tenía razón. Estaba volando. Él había conseguido que lo hiciera.

Grité de la emoción y, al oír mi propio eco, rompí a reír nerviosa. Miré al chico, eléctrica, con esa necesidad infantil de compartir con las amigas lo que estaba viviendo para que fuese más real. Pero lo que me encontré hizo que olvidase las palabras que iban a brotar de mi garganta.

Sebastian y sus labios curvados. Sebastian y esa sonrisa que brillaba más que toda la ciudad iluminada. Sebastian en estado puro sin esa máscara que llevaba permanentemente.

–¿Lo ves? Mi risa sigue siendo contagiosa para ti.

–Nunca lo he negado.

Capítulo 10

Estábamos en la espectacular bodega de piedra de tu casa. Habíamos aprovechado la sobremesa para escaparnos de la cena que celebraban tus padres con algunos amigos, sin llamar mucho la atención y poder comernos a besos contra los estantes repletos de vino.

No me disgustaba una relación clandestina. Tenía su morbo. Su puntito. En una sociedad acostumbrada a mostrarlo todo, ya fuera en las redes sociales o en público, tener algo que fuera solo mío era especial. Lo hacía único. Una narración exclusiva para los dos protagonistas. Un modo de ensalzar cada contacto y exprimirlo al límite por si pasaba tiempo hasta el siguiente. La complicidad de una mirada que solo comprenden dos.

Mejor dicho, tres. Desde hacía un par de días Lily era nuestra cómplice. Tú nunca me habías pedido que no se lo contase porque sabías lo importante que era para mí. Ella siempre se abría en canal y me sentía fatal por no pagarle con la misma moneda, así que aproveché una noche de chicas marujeando hasta las tantas en su cama para hacerlo.

Su primera respuesta fue pedirme que la llevase a la carretera más próxima para tirarse delante de un camión, porque, textualmente, ya no podía contarle mi primera vez, saber cómo era su hermano mayor en la cama le causaría un trauma. Después me abrazó y estuvo toda la noche burlándose de mí llamándome cuñada.

Nos vino bien. Ya no solo para no tener que mentirle, poder pedirle consejo y compartir con ella mis sentimientos, sino porque nos ayudaba, como, por ejemplo, ese día vigilando en la puerta mientras nosotros nos recorríamos de arriba abajo con urgencia con las manos.

Teníamos que ser cautos con el resto del mundo. Mantener a salvo nuestro secreto, alejado de personas indiscretas que pagasen su frustración personal tratando de estropear algo que no comprendían. Reduciendo nuestra bomba de sentimientos a ella es menor de edad y él no. Incluyendo a esa legalidad que no conocía de excepciones.

Sin embargo, necesitábamos arañar esos segundos al tiempo y arriesgarnos. En un par de días volverías a Nueva York. El invierno se me antojaba insufrible y más después de pasar todo un

verano contigo. Debo reconocer que al principio me daba miedo que todo hubiera sido el capricho de una niña que fantaseaba con el hermano mayor de su mejor amiga.

Y me di cuenta de que no era el caso, de que estaba enamorada de ti como solo se puede estar una vez en la vida, una tarde apoyada en tu pecho mientras leíamos un libro juntos. Cuando cerré los ojos para escuchar cómo narrabas la historia, tuve la certeza de que era el mejor momento de mi vida. No necesitaba nada más. Tus dedos acariciando mi brazo. Tus labios haciendo lo mismo con el lóbulo de la oreja. Tu pelo haciéndome cosquillas en la mejilla. Tu voz. Tu olor. Tú.

Nos separamos cuando Lily golpeó la puerta un par de veces. Era la señal para avisarnos de que teníamos que subir. Le hicimos caso a regañadientes.

Te marchaste al salón con la camisa blanca de lino con los primeros botones abiertos y el pelo castaño revuelto. A esas alturas los invitados habían abandonado los sofás y las sillas para conversar de pie con los vasos de licor en la mano. Daba la sensación de que se estaba decidiendo el futuro del mundo. Tus padres se codeaban con las personas más influyentes del estado, políticos y grandes empresarios en su mayoría. Para formar parte de su selecto círculo solo había un requisito imprescindible: tener poder.

Lily carraspeó.

–¡Oh, Dios mío! ¿De verdad? ¿Mi hermano? ¿Un empotrador? –Rio con malicia y me puse roja–. ¿Cune Rioja Imperial Gran Reserva de 2004 o Château Canon-La Gaffelière St.-Emilion de 2010 para celebrarlo? –Sacó dos botellas que tenía escondidas detrás–. Tienen polvo, eso significa que son buenas.

–¡No entendemos nada de vino!

–Pero somos unas chicas con glamur. Beber vino francés suena a que tenemos mucho estilo. Decidido.

De repente se apresuró a esconder las botellas. Disimuladamente me hizo un gesto para señalarme que había un intruso que estaba justo detrás de mí, avisándome de su presencia. No tuve que girarme puesto que tu madre continuó andando hasta quedarse situada entre ambas.

Emma siempre me había impuesto mucho respeto. Bastante más que tu padre, si soy sincera. La mayoría de las personas la veían como una mujer florero sin oficio ni beneficio y mucho menos cerebro que disfrutaba del hecho de estar casada con un millonario. Algo similar a la versión real de cualquiera de las protagonistas de *Mujeres desesperadas*, pero sin una vida tan apasionante como las de estas o un jardinero tan cañón como el de Gabrielle. Mi experiencia me decía que estaban absolutamente equivocados con ese prejuicio sin fundamentos. Sin lugar a dudas ella era la que mandaba en vuestro hogar, la mente que lo manejaba todo desde la sombra, la dueña de las decisiones que se tomaban en vuestra familia.

Bajo esa apariencia frágil, inmaculada y glamurosa se escondía una mente repleta de ideas. No sabía si estas eran buenas o malas, pero sí que no había lugar para réplicas. Emma dictaba y el

resto acataba. Ni más ni menos.

Aunque la había visto durante toda la jornada, no pude evitar observar su atuendo con admiración de nuevo. Llevaba el pelo en un moño bajo y un elegante y exclusivo vestido negro de Valentino. Hasta qué punto había influido la habilidad de tu padre con un bisturí no lo sabía, pero daba la sensación de que la juventud se había afincado en su interior y no se quería marchar. Podría acudir como espectadora a un desfile de Victoria's Secret y no tener envidia de sus ángeles. Poseía algo que no se podía comprar: clase. Al menos si hablamos de apariencia y saber estar. La perfecta anfitriona. La entrevistada principal de una revista de moda que te enseña su casa. Una mujer capaz de crear tendencias imposibles que el resto del mundo trataría de imitar.

–Te estaba buscando, April –anunció con su habitual voz sosegada y pausada.

–¿A mí? –Me sobresalté, temiendo que, aunque hubiéramos hecho todo lo posible para ocultarnos, nos hubiera pillado.

–Sí –repitió y mentalmente comencé a repasar qué nos podría haber delatado–. Me gustaría hablar contigo.

–Mamá, ¿cuándo vas a aprender a hacerlo sin que me entere? –Me echó una mano tu hermana, que, conociéndome como lo hacía, sabía que yo me estaba emparanoiando con absurdas suposiciones sin pies ni cabeza–. Todos los años repites el mismo ritual. Una semana antes de mi cumpleaños llamas a April para sonsacarle lo que quiero, cosa de la que no me quejo porque lo sabe perfectamente. Pero podrías hacerlo de un modo en el que yo no me diese cuenta…

Emma no confirmó si Lily estaba en lo cierto o no. Simplemente sonrió a tu hermana y añadió.

–¿Nos podrías dejar solas unos minutos, querida?

–Vale. –Hizo un gesto con la mano restándole importancia y, antes de marcharse, se acercó y me susurró al oído–. Los zapatos que te enseñé el otro día en Internet. Eso es lo que quiero –recordé que me había dicho que se había enamorado de unos zapatos rojos de quince centímetros de tacón con los que no sabría andar sin hacer el ridículo y asentí.

Suspiré, tranquila. Todo eran imaginaciones mías. Una de las paranoias de tener que guardar un secreto tan importante era que mi propia mente me jugaba malas pasadas y tendía a pensar que cada persona que nos rodeaba tenía una especie de detective interno que nos iba a descubrir exponiéndonos delante de todo el mundo.

Seguí a Emma por el salón. Pasamos junto a la chimenea de leña que teníais únicamente por decoración junto a la que estaban los hombres y nos alejamos de sus esposas hasta detenernos, irónicamente, al lado de esa vitrina de cristal con todos tus logros.

Me giré para mirar a tu madre y la encontré observándome fijamente. Por un instante temí que tu padre le hubiese instalado una especie de rayos X en la retina con el que pudiese leer en el interior de las personas. Sin embargo, no se trataba de ciencia ficción, sino de que ella era muy perspicaz, astuta, inteligente.

–Siempre te has llevado muy bien con Sam –apuntó y me puse nerviosa. Con esa sencilla frase me estaba sometiendo a un examen mucho más importante.

–¿Quién no lo hace? –salí por la tangente. Eras amable, bueno, leal, sociable y atento. Todo el mundo te apreciaba, incluso aquellos con los que te cruzabas por el pasillo del instituto. No era necesario que les dirigieras la palabra. Tenías un aura confortable que lograba que las personas se sintieran a gusto a tu lado, en paz.

–Tienes razón –concedió–. Sam es especial.

–Mucho. –Le di la razón y asintió. Nos quedamos en silencio y me sentí incómoda, por lo que fui directa al grano para largarme de allí lo más rápido posible–. Supongo que quieres saber lo que desea Lily este año como regalo…

–Ese tema puede esperar –me interrumpió. Movió las manos y las pulseras que llevaba tintinearon–. Me interesa más conocer los motivos por los que mi hijo te mira fascinado. –Ahí estaba. Se había percatado.

–No lo hace –me apresuré a negar con convicción, tratando de interpretar el papel de mi vida.

–No te esfuerces en negar una evidencia. Conozco exactamente cómo observa un hombre a una mujer cuando está deslumbrado por ella. He hipnotizado a muchos. Y mi hijo lo hace. Es como si tú fueras la única chica que hay sobre la faz de la Tierra. –Sonrió y no supe identificar por qué en lugar de sentir calidez ante ese gesto cordial tuve frío, como si su aliento fuese aire helado.

–Me quiere como a una hermana pequeña. Siempre he estado en vuestra casa –te justifiqué, aunque era consciente de que mis argumentos daban igual. Ella ya lo sabía. Lo único que desconocía era si lo nuestro le parecía mal o bien.

–A una hermana pequeña uno no la deja con los labios hinchados… –Confirmó mis sospechas y continuó hablando sin darme posibilidad de réplica–: Comprendo que se sienta atraído por ti. Eres joven, bonita y estás llena de vida. A veces los hombres son tan simples que me asustan.

–¿Qué quieres decir? –me atreví a interrumpirla porque no me gustaba en absoluto su última frase y las deducciones que estaba sacando de sus palabras.

–Que está tan cegado por tu belleza, por sus instintos más primarios, que no se da cuenta de lo fundamental.

–Y eso es…

–No le convienes en absoluto. –Sus palabras cayeron como una losa pesada encima de mí y mucho más después de su explicación posterior. Habló despacio, firme, sonriente, con temple, y pronunció algunas de las afirmaciones más crueles que había oído en mi vida–. Sam es el hombre con más proyección de esta ciudad y tú la animadora rubia de ojos azules cuyo máximo logro será ser la reina del baile de fin de curso y perder la virginidad con la corona puesta de algún modo memorable. –Hablaba con tanta calma que, para el resto del mundo, daba la

sensación de que se trataba de una conversación cordial, puede que incluso amable, y no de que estuviese lanzándome dagas con su lengua viperina–. No pertenecéis al mismo mundo. Nunca lo habéis hecho por más que siempre te hayamos aceptado como la mascota de nuestra hija pequeña. Un gatito al que tener cariño, mimar y dar leche. Solo eso.

Emma se quitó la máscara de la cordialidad de cuajo y sus rasgos, que siempre me habían parecido delicados, eran afilados, crueles, esnobs y artificiales.

–Lamento si pensabas que te serviría en bandeja a mi bien más preciado. Él se merece algo más que unas piernas largas donde meterla en caliente. –Apoyó una mano en mi hombro y me aparté instintivamente. Trató de fingir que todo iba bien, pero su mirada se nubló. Le estaba costando contenerse–. Piénsalo bien. Destruirás su reputación si alguien se entera de que está encoñado con una niña.

–No hables de sentimientos que no puedes comprender –me atreví a decirle notando cómo la rabia ascendía por mi garganta y dominaba mi boca.

–¿Sentimientos? Eres una ingenua. El amor es una ilusión que inventaron nuestros antepasados cuando no podían hablar de sexo. ¿Qué crees que pasará cuando Sam se haya acostado mil veces contigo? ¿Cuándo ya no supongas lo prohibido? ¿Cuándo esa dulzura que desata tu inocencia haya desaparecido? Que dejarás de tener valor. No serás nada. –Hizo una pausa. Tenía la respiración sosegada y siguió hablando en voz baja–: Tal vez antes lo haya enfocado mal. Piensa en ti. Cuando mi hijo te abandone serás el fantasma de una vieja gloria de instituto, la chica popular a la que todos señalan en las reuniones posteriores al verla gorda, sucia, sola y con un trabajo de mierda. Te ofrezco un trato. Para esta locura y a cambio tendrás un futuro. Yo misma me encargaré de que vayas a una buena universidad y te conseguiré un trabajo digno. Es más, podrás mantener el ritmo de vida de Lily acompañándola cuando viaje por Europa, compartiendo un apartamento con ella en una bonita ciudad… Todo lo que desees correrá por mi cuenta.

Me quedé petrificada y sin voz. No porque no tuviera clara la respuesta, sino porque estaba esperando que todo se tratase de una broma. No sucedió. Pensaba en todo lo que me había dicho y más. Siempre había visto detalles de lo clasista que era Emma, pero hasta ese momento no fui del todo consciente de lo corrompido que estaba su corazón.

–¿Qué dices, April?

–Gracias por la oferta. –Tomé aire–. Puedes meterte tu dinero por el culo hasta que te salga por la boca.

Emma no se esperaba esa reacción. Intentó fingir que no le impactaba, pero la vena de la frente se le empezó a hinchar y apretó tanto los labios que se le quedó la marca de unas finas arrugas en los pliegues. Puede que me menospreciara, que supusiese que mi carácter calmado significaba que no tenía valor. Ella estaba muy equivocada. Lo que ocurría es que mis padres me

habían enseñado a sacarlo en los momentos necesarios y no vivir enfadada con el mundo. Ese era uno de esos instantes en los que demostrar que no podría pisotearme con sus lujosos Manolo Blahnik.

–Si tan segura estás de que para Sam soy solo una vagina andante, no tienes de qué preocuparte. –Di un paso hacia delante y Emma permaneció en su sitio aunque torció el gesto prepotente y de desprecio–. Necesito que sepas que no te cruzo la cara ahora mismo porque tengo más educación que tú y respeto a tus hijos.

–Te arrepentirás de esta decisión –me amenazó mientras se colocaba un mechón suelto de su perfecto moño detrás de la oreja con aparente tranquilad. Iba a añadir algo más cuando oímos una voz detrás de nosotros.

–¿Qué está pasando aquí? –Nos miraste alternativamente a las dos. Ella roja de cólera y yo tratando de contener las lágrimas que se formaron al verte tenso.

–Nada –nos apresuramos a decir las dos. No sabía lo que habías oído y no pensaba contártelo. Me imaginé qué pasaría si fuera al revés. Si tuviese que elegir entre mi madre y tú y se me antojó el infierno.

–¿Qué le has dicho? –te encaraste a ella. La gente comenzó a prestarnos atención. Habías subido el volumen.

–No montes un espectáculo –te avisó.

Os observé y la imagen no me agradó. Vale que ella hubiese tratado de pisotearme, pero se trataba de ti. Mierda. No quería llevarte contra las cuerdas en un combate en el que ni siquiera deberías haberte subido al ring.

–Me estaba despidiendo –mentí–. Voy a irme a casa. Algo ha debido sentarme mal.

–Te acompaño –anunciaste entre dientes y asentí.

–No lo hagas. –Te retuvo tu madre–. Tu lugar está aquí. –Solo necesitabas esa frase para corroborar lo que ya imaginabas. Ladeaste la cabeza y la miraste muy serio.

–Que le den a la fiesta, madre. Que te den a ti.

No marchamos entre susurros en los que se podía distinguir la palabra «escándalo». No miramos atrás y no hablamos del tema durante el trayecto. No quería desvelarte esas palabras que me habían partido en dos. Todavía no podía creerme que te hubieras enfrentado a ella por mí y, sinceramente, que hubieras tenido que llegar a ese punto no me hacía demasiado feliz.

Me hice un ovillo en la furgoneta y me apoyé contra el cristal viendo la ciudad pasar ante nuestros ojos. Aparcaste en un descampado y me ayudaste a bajar.

–¿Dónde estamos? –consulté.

–En mi lugar favorito del mundo. –Trataste de sonar alegre, pero hacías honor a esa frase de Kurt Cobain que decía «si mi sonrisa mostrara el fondo de mi alma, mucha gente al verme reír lloraría conmigo»–. A la feria.

Sabía que hacía años había a las afueras de Charleston una feria fija. Mis padres no paraban de hablar de lo bien que se lo habían pasado en ella, pero yo nunca llegué a conocerla antes de que su dueño tuviese que cerrar. Dudaba mucho que tú hubieses estado y, entonces, me lo aclaraste.

–Mi abuelo era el dueño hasta que le tocó la lotería. –No sabía cómo tus padres habían logrado su fortuna y abrí mucho los ojos–. Siempre se arrepintió de haberla cerrado. Decía que aquí había pasado los mejores momentos de su vida. Aquí la conoció a ella.

Caminamos entre los antiguos puestos desgastados por el paso del tiempo. Las paredes desconchadas estaban repletas de grafitis y el hierro de las atracciones corroído. No había iluminación ni sonido. Solo la luna y el chirrido de los artefactos mecidos por el viento.

–La vida es como una noria en continuo movimiento, unas veces estás arriba y otras abajo, siempre en el mismo vagón –la parafraseaste mientras me señalabas su silueta contrapuesta al cielo–. Tuvo Alzheimer. –Asentí. Lily me lo había contado–. Culpaba a los consejos de la enfermedad. Decía que se esforzó tanto en proteger su corazón cuando murió mi abuela que se olvidó de hacerlo con la cabeza y esta aprovechó su despiste para irse detrás de ella.

–Era muy sabio.

–Lo fue hasta el último día. Regresó aquí. No sabemos cómo, pero lo hizo.

Me senté en el caballito del viejo carrusel y tú te apoyaste en la barra metálica.

–¿Por qué? ¿Qué tenía de especial? –pregunté.

–Los recuerdos. –Sonreíste y tragaste saliva mientras desviabas la vista hacia arriba–. No sabía quién gobernaba en el país y era capaz de relatarte con todo lujo de detalles cómo mi abuela chillaba cada vez que lo veía escalando por los hierros para arreglar alguna atracción. Lo más importante estaba aquí. Ella. Lo único que se resistió a que lo abandonase y por lo que merecía la pena escaparse del hospital siempre que tenía la oportunidad, aunque corriese el riesgo de acabar desubicado en mitad de la autopista. –Levantaste la cabeza y me miraste fijamente–. Por eso te he traído aquí. –Titubeaste–. No sé qué te ha dicho mi madre ni qué piensas cuando te pido que ocultemos lo nuestro y me da miedo que saques conclusiones equivocadas. Llevo todo el camino dándole vueltas a cómo explicarte lo que significas para mí y un simple te quiero se me queda corto.

–No hace falta que digas nada. Lo sé. Eso es lo mágico. Lo hago.

–Y, aun así, necesito hacerlo, pequeña. Necesito que comprendas que esto eres tú para mí. –Señalaste a tu alrededor abarcándolo todo–. Mi sitio de los recuerdos eternos. Mi memoria. Todo lo que me quiero llevar algún día. Todo lo que quiero tener ahora. El lugar al que, como él, siempre regresaré. –Tragué saliva–. Contigo sé que cualquier cosa es posible.

–¿Incluso que nieve en Charleston?

–Claro. Algún día nevará para nosotros.

Descendí del caballito. Enlacé las manos por detrás de tu cuello a la vez que tus brazos

rodeaban mi cintura y, en el lugar más destrozado de la ciudad, te besé con la calma de quien está en un instante de paz sublime.

Tus labios atraparon los míos y me apreté contra tu cuerpo intentando salvar las distancias con ansiedad. Incrementé la fuerza con la que me aferraba a tu carne hasta el punto de clavar las uñas y empujarte hacia delante. Quería devorar la piel, sentir algo más profundo tuyo. Gemiste y tus manos descendieron a mi trasero hasta apretarme contra tu miembro. Lo sentí duro contra mi abdomen y, entonces, tuve miedo. La respiración se me agitó y el pulso se me aceleró. Estábamos solos. Teníamos la oportunidad. ¿Estaba preparada?

–¿Qué te ocurre, April? Estás temblando. –Te apartaste y me miraste preocupado.

–Yo… –balbuceé–. Yo… Yo… Yo nunca he estado con un chico…

–¿Te refieres a que eres virgen?

–Me refiero a que conozco las etapas porque me las han contado mis amigas, pero no las he experimentado.

–¿Las etapas?

–Sí, ya sabes. –Me removí, inquieta–. Primero tocamientos con ropa, luego…

–No hay prisa. –Colocaste un dedo sobre mis labios.

–Supongo que esperabas que sellásemos esta declaración…

–Yo contigo lo espero todo. –Me miraste fijamente–. Cuando estés lista. Ni un segundo antes.

–Pero las parejas normales…

–¡Dios me libre de que algún día lo seamos! –Sonreíste–. No tenemos que hacer lo mismo que el resto del mundo. Somos lo suficientemente creativos para inventar nuestras propias etapas.

–¿Qué propones?

Sonreíste de lado mordiéndote el labio.

–Quiero hacerle el amor a tu rostro con los dedos. Quiero que mis yemas recorran cada centímetro dejando huellas impregnadas en la carne. Quiero llevármelo a Nueva York tatuado en mi piel.

Y lo hicimos. Entre fotos en las que no mirábamos a la cámara con la noria detrás, cerramos los ojos y nos dedicamos a pasear por el rostro del otro. Frente. Nariz. Cejas. Mejillas. Labios. Barbilla. Párpados. Todo. Nada se salvó. Puede que la gente no lo comprenda. Puede que si algún día lo cuento se rían de nuestro gesto. Puede que les resulte insignificante. Nada importa. Esa noche mi alma estalló en su primer orgasmo.

❄ ❄ ❄

Presioné con fuerza mis labios contra los de Sam.

–Abre los ojos –supliqué sobre su boca, pero no lo hizo.

Capítulo 11

Aparqué el coche de mi padre enfrente de nuestra casa. Esperé un rato dentro dando golpecitos en el volante al ritmo de la canción de Adele que sonaba en la radio antes de quitar la llave del contacto y que se hiciese el silencio. No me había quitado el abrigo para hacer el trayecto desde el supermercado y sabía que en cuanto pusiera un pie en el exterior me azotaría ese frío que penetraba en la piel hasta calar los huesos. Estuve así un rato, hasta que la temperatura del vehículo comenzó a descender y no me quedó más remedio que abandonarlo.

Corrí hasta el maletero y lo abrí. Observé el contenido y me llevé las manos a la cabeza. Había comprado demasiado. Tal vez el espíritu consumista que imperaba en las tiendas en esa época del año me había poseído. Era imposible que los cuatro nos comiésemos todo lo que había allí dentro sin sufrir una indigestión. Supongo que cuando fui testigo de cómo dos mujeres se peleaban por un pavo decidí comenzar a poner cosas en el carrito de la compra sin sentido, por temor a que me las quitasen de las manos y quedarme sin ellas para la cena de Navidad. Más cuando ese año no vendrían ni mis abuelos ni mis tíos a casa, como era tradición.

Evalué mis posibilidades. La distancia que separaba el coche de la entrada de mi casa no era excesiva. Sin embargo, necesitaba alguien que me echase una mano. Las bolsas de plástico se habían terminado por la excesiva demanda y no podía cargar con todas las de papel.

Localicé a mis futuras ayudantes en el jardín: Claire y Clary. Caminé hacia ellas preguntándome qué diablos hacían allí fuera a la intemperie las dos en un día tan malo. Si no hubiera sido imprescindible salir, porque era consciente de que mi madre con su mala cabeza se olvidaría de hacer la compra y acabaríamos cenando algún plato precocinado, me habría quedado toda la tarde sentada en el sofá del salón con una taza de chocolate caliente entre las manos disfrutando de la panorámica que me ofrecía la cristalera de la sala, maravillándome de cómo las hojas se desprendían de las ramas de los árboles y eran mecidas por el viento hasta posarse en el suelo.

Antes de llegar a su altura adiviné cuál era su motivación. Nuestra vecina, la señora Bennet, había enviado a su marido y a Sebastian para que pintasen el despacho de mis padres. El anciano se había marchado a la vez que yo lo hacía para ayudar a su mujer a ducharse, dado que no podía ella sola por su lesión, y el joven se había quedado rematando los últimos detalles. Eso explicaba que mi hermana estuviera sentada sobre el césped con el portátil entre las manos, tecleando como si se le fuera la vida en ello mientras observaba de un modo demasiado enfermizo para su corta edad a su muso, pero no por qué su amiga estaba de pie enfocándola con su móvil.

–Dejad lo que estáis haciendo y acompañadme. –Al ver que Clary, la incondicional amiga que también se había teñido las puntas de azul, me echaba una mirada asesina añadí la coletilla–. Por favor.

Mi hermana me ignoró hasta que su amiga pronunció un sonoro:

–Corten. –Pulsó lo que me pareció que era el símbolo de *stop* en el móvil y mi hermana, que hasta entonces había permanecido en el suelo ignorándome, se puso de pie de un salto.

–Espero que sea algo importante. Nos acabas de estropear una toma buenísima. –Apoyó el portátil contra su pecho.

–¿Ahora, además de fantasear con Sebastian para tu novela, lo grabas? Ten cuidado, que el día que se entere lo mismo piensa que estás obsesionada con él y te denuncia. El acoso es un delito grave –bromeé. No les hizo ninguna gracia. Maldita adolescencia y esa capacidad de ofenderse por cualquier tontería.

–Estamos haciendo arte. Innovando –se defendió Clary de un ataque invisible.

–Vamos a complementar la escritura de la novela en el blog con un extra –explicó mi hermana.

–Y ese es… –la insté a continuar, porque parecía que no iba a dar más detalles.

–Documentar el proceso creativo –contestó Clary por ella–. Voy a grabarla mientras lo hace para que los lectores sientan que han sido testigos de cada paso de este libro, parte de él. Vivirán la frustración cuando no le venga la inspiración, la alegría cuando termine un capítulo brutal y se ponga a dar saltos, y su mosqueo cuando tenga que borrar todo lo que ha hecho un día porque sea una enorme basura.

–Miles de personas publican en Internet. Tenemos que darles algo novedoso. Marcar la diferencia. Destacar –complementó.

Ambas me miraron esperando que dijese algo. Cuando se ponían así, tan cerca, con idénticos gestos y movimientos, como si estuvieran coordinadas para cruzarse de brazos a la vez, llegaban a intimidar. Parecían Lisa y Louise, las gemelas de *El resplandor*.

–Suena interesante –concedí–. Aunque te expondrás ante el público y sabes que por la red hay muchos troles que se dedican a herir con sus comentarios.

–Ojalá hablen, eso solo puede significar que mi historia tiene repercusión y no pasa

desapercibida. –Mi hermana sonrió. Clary asintió, dándole la razón.

Me encogí de hombros. Era su decisión. Me preocupaba que alguien le hiciese daño en la red, pero a la vez era consciente de que no la podía proteger eternamente. Nunca había vivido en una urna de cristal ni lo iba a hacer. Tenía que enfrentarse al mundo real con las armas que ella quisiera y mi única función era ofrecerle una tarifa plana de consejos y ayuda para cuando los necesitase. Cortar las alas a una persona no evitaba que intentase volar, pero provocaba que, irremediablemente, impactase contra el suelo.

–¿Seguiré saliendo en los agradecimientos aunque te haya interrumpido hoy para que me echéis una mano metiendo las bolsas en casa?

–Solo si consigo hacerlo sin ver el interior para que me sorprendas como todos los años.

No sabía cómo, cuándo ni por qué habían surgido la mayoría de las tradiciones que mi familia tenía en Navidad. De hecho, solo sabía el momento exacto en el que nació una, porque yo era la protagonista. Cansada de que todos los años se repitiese el mismo ritual que consistía en que mi madre intentaba cocinar algo sencillo, acababa provocando un desastre natural en la cocina y mi padre tenía que ir corriendo al primer restaurante abierto para comprar cualquier cosa antes de que llegasen los invitados, me armé de valor y me ofrecí como cocinera.

No tenía ni la más remota idea de cocinar algo más allá de las tortitas que a veces hacía para desayunar los fines de semana. Para documentarme estuve una semana con el Canal Cocina puesto a todas horas hasta que hicieron una receta que me llamó la atención para hacerla para Navidad. No quise revelarles de qué se trataba. No confiaba en mis capacidades y era la única manera de poder llevar a cabo mi plan B en el caso de que no me saliese bien: ir yo misma a cualquier restaurante y adquirir la comida sin decir nada a nadie.

Fue todo un éxito. Mi hermana rebañó el plato con la lengua.

Desde entonces la tradición consistía en que yo me ponía el mandil esa noche y ellos se sentaban a la mesa a esperar a que les sorprendiera.

–¿No prefieres que por una vez cocine mamá?

–¿Y qué nos intoxique a todos? No, gracias, no quiero ser la tragedia navideña que inunda los titulares de la prensa. –Me guiñó un ojo.

Las tres fuimos hasta el coche. Coloqué a cada una un par de bolsas y yo agarré cuatro. Entramos en la casa, abrí la puerta de la cocina bajando el pomo con el codo e iba a sujetarla para que entrasen cuando salió una nube densa de humo.

–Dejad las cosas en la mesa y salid de aquí antes de que os asfixiéis –les dije y me hicieron caso. Para lo que les convenía bien que seguían mis órdenes.

Me interné en la cocina sin cerrar la puerta detrás de mí. Inmediatamente los ojos me empezaron a escocer y me los froté con fuerza. Como se dice fue peor el remedio que la enfermedad y el nivel del picor aumentó por no hablar de que se me cayó alguna lágrima. Fui lo

más rápido posible hasta la ventana, tosiendo prácticamente a cada paso, y la abrí de par en par para que el humo saliese.

No fue difícil localizar el foco del desastre. Una nube negra salía por las aberturas del horno. Apagué el electrodoméstico y me asomé para tratar de identificar lo que había en el interior. No fui capaz de averiguar qué era esa especie de masa hecha cenizas.

Solucionada la primera parte subí a la planta superior, a la habitación de mis padres donde habían trasladado momentáneamente todos los artilugios de su despacho para que estuviese despejado mientras lo pintaban. Los encontré a los dos sentados en la cama, con montañas de papeles y carpetas a su alrededor, riendo de alguna ocurrencia de mi padre.

–¿Estás cocinando algo, mamá? –pregunté.

–¡La empanada! –recordó en ese momento, y se puso de pie.

–Así que era una empanada… –medité.

–¿Era? –Se detuvo en el umbral de la puerta, alarmada.

–Ha pasado a mejor vida. Ahora es una masa carbonizada que ha llenado la casa de humo –sentencié.

–¿Has apag…?

–Sí, he apagado el horno –la interrumpí antes de que se pusiera nerviosa.

Me dio las gracias y desapareció de nuestra vista para solucionar el lío. Mi padre negaba con la cabeza con una sonrisa ancha dibujada en el rostro.

–Esta es una de las señales que me indica que sigo perdidamente enamorado de esta mujer. Ha estado a punto de incendiar la casa por su mala cabeza y aun así me hace gracia –bromeó, llevándose la mano a la cabeza–. Tendré que enfrentarme yo solo a todo esto. –Señaló toda la documentación, las montañas de papeles que invadían la estancia.

–Si quieres, puedo ayudarte –ofrecí–. No solo hoy. –Había estado meditando sobre un tema y era hora de que se lo dijese–. Todos los días, si queréis. No paráis de decir que necesitáis un ayudante y, bueno, así trabajaría hasta ver cómo se desarrollan las cosas y si puedo o no aceptar la oferta de la universidad.

Mi padre se detuvo sopesando las palabras, meditando sobre mi ofrecimiento. Me puse un poco nerviosa, para qué lo vamos a negar. Suponía que me contestaría que sí entusiasmado al momento y se estaba tomando su tiempo.

–Sabes que siempre bromeamos sobre ese tema porque no podemos pagar a nadie…

–No lo hago por el dinero. Me mantienes. Eso es mucho más que un sueldo. Sería solo para estar ocupada y aprender sobre el oficio. No he renunciado a la idea de ser abogada algún día. –Oír esa frase saliendo de mis labios fue lo único que necesitó para asentir enérgicamente.

–Por supuesto. No sabes lo que le entusiasmará a mamá la idea.

–Podría empezar ahora mismo –anuncié, levantando las manos para recogerme el pelo en una

coleta alta. Era una manía. No podía trabajar si el cabello caía en cascada encima de mis hombros–. ¿Hay algo que pueda hacer?

–Hay una cosa…

–¿Qué?

–Tienes que invitar a Sebastian a tomar algo.

–¿Qué pinta Sebastian en esta conversación? –No lo dije con acritud hacia el joven, sino porque realmente no entendía por qué su nombre salía a relucir en mitad de una charla laboral.

–Íbamos a regalarle la empanada como agradecimiento por ayudarnos hoy y tú misma has dicho que ha pasado a mejor vida. –Rebuscó en el bolsillo de su vaquero hasta que encontró la cartera negra y la abrió para sacar un par de billetes de veinte–. Toma y vete con él a algún sitio de esos que os gustan a los jóvenes.

–No hables como si fueras un viejo. Conoces más bares que yo. –Le guiñé un ojo–. Pero no quiero…

–Es un buen chico, April. Si hablas un rato con él, verás como no es tan insufrible como creías cuando eras una niña…

–No me refería a eso, sino a que no quiero el dinero. Tengo algo ahorrado. –Fue a hablar, pero no le dejé–. Tú eres el que me lo das, así que realmente no cambia nada.

–Ese es para tus caprichos.

–Últimamente no tengo ninguno. Deja que lo emplee en esto.

–Está bien.

Salí del cuarto de mis padres y, de nuevo, noté como las piernas me fallaban un poco al pasar por delante de la habitación número cuatro.

Me detuve en la puerta de mi cuarto. Por un momento estuve tentada de cambiarme de ropa. Antes siempre salía mona a la calle. No por impresionar a la gente, sino porque me gustaba sentirme guapa, disfrutaba combinando la ropa y llenando mi atuendo de esos complementos que me volvían loca. Terminé pasando de largo.

Descendí la escalera y, antes de salir a la calle, observé a mi madre cantando mientras aireaba las cortinas e impregnaba la cocina con ambientador de cerezas. Su favorito. Lo ponía por toda la casa y de ahí que parte de su aroma quedase adherido a mi ropa.

Una vez en la calle, comprobé que mi hermana y su mejor amiga habían vuelto a las andadas y estaban en la misma posición en que las había encontrado cuando había llegado del supermercado, una escribiendo y la otra grabando.

«Lo siento, chicas, pero tengo que robaros al muso», pensé mientras me internaba en el despacho ante su atenta y nada disimulada mirada de estupefacción.

Olía a recién pintado. Mucha gente detestaba ese aroma. A mí me encantaba. El olor a nuevo. Cerré los ojos inundando los pulmones y expulsé el aire lentamente.

–Sois una familia de lo más rara. Tú colocándote con la pintura y tu hermana y su extraña amiga mirándome todo el día de un modo inquietante –se mofó Sebastian.

No le hice caso de inmediato y despegué los párpados lentamente. Estaba frente a mí observándome entretenido con una sonrisa traviesa ladeada que se acentuó más cuando mis ojos se encontraban con los suyos.

–No seas injusto con las niñas. Las estás provocando. Solo te falta tirarte una botella de agua por encima.

–No sé de qué me hablas. –Se agachó para comenzar a colocar las brochas que había utilizado durante la jornada de trabajo.

–Hablo de que estoy completamente segura de que todavía no te has puesto la chaqueta para impresionarlas y debes estar helado de frío. –No existía otra explicación posible a que fuese con unos vaqueros raídos y una sencilla camiseta de manga corta negra que se le adhería al cuerpo y se subía mostrando la parte baja del vientre cuando levantaba las manos–. Puedes confesármelo. Mis labios están sellados. Comprendo perfectamente el dicho de que para presumir hay que sufrir –le vacilé mientras yo también me agachaba para ayudarlo a limpiar las brochas en el cubo con agua tal como le había visto hacer.

–Anda, dámela. –Hizo oídos sordos a mi comentario y trató de agarrar el instrumento–. Las princesas no deben ensuciarse las manos.

–Creía que habíamos superado este punto, ¿o tengo que dar un derechazo a otro enemigo tuyo sin preocuparme por mi manicura para que lo interiorices? –Soltó la brocha y continué realizando las mismas labores que él.

–¿Has venido para que te enseñe los gajes de la profesión? Ya sabes que soy un profesor muy exigente. –De nuevo, regresó al pasado.

–He venido a invitarte a tomar algo. –Se detuvo, extrañado, como quien no está acostumbrado a que las cosas sean tan sencillas, a que alguien te ofrezca algo así, de repente y sin querer nada a cambio–. Al principio era una cena en un italiano grasiento y delicioso, pero el presupuesto que tenía para gastarme contigo ha disminuido al mismo ritmo que abrías la boca.

–Entonces no me la juego. Ya estoy salivando pensando en el perrito que me voy a comer en el puerto. –Sebastian se puso de pie.

–¿En el puerto? –le pregunté, imitándolo.

–Sí. Voy a llevarte a mi sitio favorito, pero tienes que prometerme que no se lo vas a enseñar a nadie. Es un lugar selecto. No quiero que lo invadan tus colegas los *quarterback*…

–Te rompieron el corazón el otro día cuando no quisieron que te sentases con ellos, ¿verdad? –bromeé.

–No quería confesarlo, pero es cierto. –Frunció el ceño y fingió un mohín–. Me he impreso una fotografía de la cara Axel y la he cosido encima de la de mi osito para dormir abrazado a él.

Aunque sabía que era mentira no pude evitar imaginármelo y comencé a reírme a carcajadas.

–Algún día voy a grabarte un audio.

–¿Para mofarte de mi sonido de cerdito? –logré articular la pregunta.

–Oírte reír me hace bien –fue su escueta respuesta antes de añadir rápidamente, para que sus palabras se perdieran en el aire, la siguiente frase–. ¿Nos vamos o qué?

–¿No vas a terminar de recoger esto?

–Mañana tengo que volver. –Se encogió de hombros–. Solo quería que estuviese presentable por si pasan tus padres.

–Si vieses cómo está de costumbre, no te habrías molestado.

–Sé cómo suele estar. Olvidas que de pequeño pasé mucho tiempo aquí. –No lo olvidaba. Lo recordaba perfectamente. Solo que ahora el hombre que tenía delante no era un reflejo del adolescente conflictivo que conocí, al que mis padres defendían mes a mes en los juzgados, y a veces no asociaba que se tratase de la misma persona–. ¿Nos vamos? –repitió, enarbolando las llaves de su coche delante de mi cara.

–¿No te duchas?

–¿Por?

–Estás sucio.

Moví la mano y le rocé la mancha de pintura blanca que tenía en la mejilla derecha, deslizando las yemas para tratar de quitársela. Mi contacto lo pilló desprevenido y se puso tenso. No me sorprendió, siempre se ponía alerta ante cualquier contacto íntimo, cariñoso. Era su reacción.

Sus ojos se fijaron en los míos y, con la respiración agitada, relajó los músculos. Lo intenté un par de veces más hasta que me di por vencida.

–Nada. No hay manera. No lo puedo quitar.

–Tampoco es un drama. Yo estoy sucio y por algún motivo que desconozco tú hueles a churrasco. Seguro que si nos ponemos a pensar hay cosas infinitamente peores en el mundo. Y ahora, por tercera vez y con las tripas rugiéndome, ¿nos vamos a comer el perrito más delicioso de todo el estado?

–Vale –acepté–. Espero que el sitio cumpla las expectativas.

Sebastian se puso la cazadora de cuero y comenzó a andar hacia la puerta.

–No solo eso. –La abrió y se hizo a un lado para que pudiese pasar–. Va a superarlas. –Aprovechó nuestra proximidad para susurrármelo en el oído.

No tardamos en llegar al puerto y tuvimos mucha suerte a la hora de aparcar. Si normalmente era complicado conseguir un hueco en la calle principal, donde los bares y restaurantes colindaban con el mar, en Navidades era prácticamente imposible.

Caminamos por el paseo marítimo. A pesar de que todavía no eran ni las siete de la tarde, comenzaba a oscurecer. Un efecto colateral del invierno que provocaba que los bares de la zona

encendiesen esas luces de cálidas tonalidades que parecía que te invitaban a entrar a su interior para resguardarte del frío.

Pasamos de largo los establecimientos que conocía. Me percaté de que la decoración de los escaparates había cambiado y donde antes ofertaban helados se podían ver gofres escurriendo por los laterales una cascada de chocolate caliente y tortitas. Lo mismo ocurría con la estampa que devolvían los clientes que se encontraban en el interior y en lugar de enarbolar un refresco o una cerveza helada, sostenían tazas con café o infusiones humeantes.

Nuestro destino en cuestión estaba escondido en una de las callejuelas perpendiculares, oculto entre los grandes carteles de las dos tiendas con las que colindaba y hacían que su pequeña publicidad sin iluminación pasase desapercibida. Nadie podía reparar en él. No sabía cómo lo había hecho Sebastian, pero en cuanto entré y olí la deliciosa comida no pude más que agradecerle al destino o al azar que lo pusiesen en su camino y él me lo mostrase.

Era un establecimiento diminuto compuesto por una barra de madera junto a la cristalera en la que los clientes se sentaban en taburetes apelmazados para comer viendo el exterior y un par de mesas frente al mostrador. La única puerta que se veía era la que daba a la cocina, por lo que deduje que no tenía aseos. La decoración tampoco era nada del otro mundo. Tan solo un par de cuadros que colgaban ladeados en las paredes. Era un sitio bastante cutre, sin embargo, el aroma que desprendía la carne hacía que lo olvidases.

Nunca había pensado que pedir un perrito caliente pudiese ser tan complicado. Normalmente el poder de decisión ante ese plato estaba en si lo querías con más o menos guarnición y salsa, pero allí lo seleccionabas todo, desde el tipo de pan hasta la carne.

El dueño del restaurante, hijo de inmigrantes alemanes que tenía acento de su tierra natal, aunque se había criado en Estados Unidos, aseguraba que su familia era descendiente del carnicero alemán Charles Feltman, quien, según nos contó, fue el primero en vender perritos calientes en unos carritos en las playas de Coney Island. Fuese real o no su historia, lo cierto es que tenía tal mano para la cocina que me planteé sugerirle que fundase su propia cadena con estos productos al más puro estilo McDonald’s.

Había tanta variedad que me costaba elegir. Me apetecía probar todas las variedades de salchichas que observaba en el mostrador. Finalmente, me dejé asesorar por mi compañero. Me pidió una salchicha blanca que, según me enteré ese día, se llamaba *bratwurst*. En cuanto a los extras, llevaba cebolla crujiente, pepinillo dulce, mostaza y tomate. Mientras lo servían saqué la cartera preparada para pagar y me quedé con la boca abierta cuando me dijeron el precio de nuestro suculento pedido: cuatro dólares.

–¿Qué? –me preguntó Sebastian al ver mi reacción–. ¿Todavía no sabes que el precio no dice la calidad?

Las mesas estaban ocupadas y había una familia de cinco integrantes esperando a que se

despejase la barra lateral para comer su perrito. Decidimos salir a la calle en lugar de tomárnoslo de pie. Deshicimos el camino que habíamos hecho, atravesamos, no sin dificultad por la cantidad de gente que había, los puestos navideños y llegamos al muro de piedra grisácea frente al mar. Nos sentamos allí, con las piernas colgando, en lugar de en la arena para que la comida no se pringase. Todo había sido improvisado y no llevábamos una toalla o un pañuelo amplio sobre el que sentarnos.

Antes de darle el primer bocado a la comida, miré al frente. El espectáculo visual que se extendía ante mis ojos bien se merecía que hiciera un parón en cualquier actividad que quisiera llevar a cabo. La tonalidad del cielo, grisáceo encima de nosotros, se iba difuminando conforme más avanzaba en el horizonte hasta transformarse en una mezcla de tonos morados. No digo rosáceos sobre la base naranja de los rayos del sol. No. Digo de un morado potente, fuerte e intenso con motas azul marino por las nubes. Parecía que en lugar de ser obra de la naturaleza alguien había usado un lienzo gigante, del tamaño de la esfera que nos rodeaba, para pintar sobre él y lo había extendido entre nosotros.

–Me gusta –apuntó Sebastian que, como yo, todavía no había comenzado con su perrito.

–¿El color?

–Que no hayas sacado el móvil. Que veas las cosas con tus propios ojos y no a través de la lente de un aparato. –Sin dejar de observar el infinito me señaló a la gente que nos rodeaba. Todos afanados en sacar la mejor fotografía para subirla a las redes sociales o mandársela a sus contactos.

De repente entre la marea de personas que capturaban ese instante con sus aparatos tecnológicos localicé a Rose y me tensé. Era la hermana menor de Brenda, la joven que fue como pareja de Sam al baile que ofrecieron sus padres. Al igual que esta, el color de su larga melena rizada era rojo, pero de un tono más intenso que bien podría compararse con la sangre, y sus ojos verdes tenían motas marrones que hacían que pareciesen más los de un animal, puede que felino, que humanos.

No es que me llevase mal con ella. Era dos años mayor que yo y nuestras conversaciones habían sido escasas, nada más allá de un «lo siento» cuando nos chocábamos en los pasillos del instituto. Además, era de esas personas llenas de energía y con una amabilidad de serie que lograban caer bien sin necesidad de haber intercambiado palabras o experiencias.

Ajena a todo, la pelirroja se hizo un selfi dándose un beso en los labios con su novio. Mierda. Sebastian y ella habían protagonizado uno de esos romances de los que se hablaría incluso después de que murieran. Su historia podía tener la categoría de leyenda y pasaría de generación en generación. Después de todo no era muy común, por lo menos en la vida real, que la hija de un magnate del acero y los navíos se enamorase del joven rebelde de la ciudad, luchase contra todos los impedimentos que la sociedad le iba colocando en el camino, principalmente sus

padres, y acabase fugándose a Nueva York con él. Un escándalo que hacía suspirar a las adolescentes y sufrir la gota gorda a los adultos.

Sin embargo, no había tenido el final de cuento de hadas de las películas o los libros, ya que meses después ella había regresado a Charleston destrozada. Nunca había revelado el motivo de su separación, pero estaba segura de que no se correspondía con recuperar todos los lujos a los que renunció para huir con él. La había visto sufrir más de lo humanamente posible por el muchacho y eso solo sucedía cuando una persona se veía obligada a abandonar a alguien a quien amaba con toda su alma porque ya no le quedaban fuerzas para seguir luchando.

Rose terminó su sesión de fotos, le dio la mano a su acompañante y continuó con su paseo sin percatarse de lo cerca que había estado del hombre que le robó el corazón y por el que estuvo dispuesta a abandonarlo todo. Me atreví entonces a girarme disimuladamente para observar a Sebastian, para comprobar si alguno de sus gestos denotaba que él también la había visto y ser testigo de su reacción. Mi acompañante permanecía impasible, sin moverse siquiera para colocarse el cabello castaño despeinado por culpa del aire.

–Sí –pronunció, serio.

–¿Qué?

–Esa es la respuesta a lo que estás intentando averiguar. –Había visto a Rose–. Ahora deja de moverte inquieta y haz la pregunta que tienes en la punta de la lengua.

–¿Qué pasó? ¿Qué sucedió para que después de todo lo que habías conseguido os separaseis? –Mi curiosidad pudo con esa parte de mi interior que me decía que no indagase en Sebastian porque, como la otra vez, conocerlo solo me confundiría.

–Que entró en razón y tomó la primera decisión correcta desde que se cruzaron nuestros caminos. –Su voz sonaba dura y grave–. No fue nada en concreto –añadió, y me miró con sus ojos negros–. Enamorarte del rebelde, del chico malo con fantasmas, tiene sus consecuencias porque a veces no quiere ni cambiar ni redención y vuelve a sus orígenes oscuros. Esa es su zona de confort. El lugar donde todo es sencillo y no tiene que esforzarse. Yo era dañino y muy tóxico, y ella no se merecía todo el sufrimiento que le causé. Me alegro de que haya rehecho su vida.

–¿No te molesta verla con otro?

–No tendría derecho, pero el caso es que no me incomoda. Cuando una persona solo te ha entregado cosas buenas no puedes sino agradecer al universo que le haya devuelto todo lo que se merece y tú no pudiste darle –sentenció, y supe que ya no iba a hablar más del tema. Sebastian no era del tipo de personas que daban vueltas a las cosas en las conversaciones, él iba al grano y revelaba sin rodeos lo que quería contar.

Agarró el perrito caliente y le dio un bocado. Le imité.

–¿Te gusta?

–Sí. –Me relamí con la lengua las zonas de la comisura de mis labios donde había quedado salsa–. Tanto que puede que incluso te robe un poco del tuyo. –Le guiñé un ojo. Era broma. Llevaba tanto tiempo alimentándome mal después del accidente que me estaba costando bastante esfuerzo que mi estómago volviese a abrirse.

–Me alegra escuchar este cambio de actitud. No comer por una desgracia es como enfadarte y dejar de respirar, te haces daño a ti mismo y no evitas que el universo siga su curso.

–¿Cuándo te volviste alguien tan sabio?

–Cuando cometí todos los errores que se podían en una vida y aprendí de ellos.

Iba a decirle algo, pero las palabras se perdieron cuando observé su nariz. Más bien lo que había sobre ella. Un pequeño e insignificante puntito de hielo blanco. Todo el cuerpo me empezó a temblar y no por el frío. Levanté la cabeza lentamente con los ojos bien abiertos y lo vi. El cielo oscuro había comenzado a descargar. Estaba nevando. En Charleston. Esa era la señal que había estado esperando. El universo me avisaba de que la espera había terminado. Había llegado el día. Sam iba a despertar y, como él me dijo una vez, nevaba para nosotros.

Me levanté de inmediato.

–Llévame al hospital.

–¿Ahora? –Enarcó una ceja sin comprender mi extraña reacción ante el cambio climático.

–Por favor –alcancé a pronunciar. Estaba tan nerviosa por la expectativa de mi intuición que me costaba hasta mantener el equilibrio.

Sebastian debió percatarse de mi desesperación y asintió. No recuerdo la canción que sonaba en la radio de su coche cuando íbamos de camino, tampoco de qué hablábamos, solo del movimiento de los limpiaparabrisas eliminando la capa helada que se formaba a medida que aumentaba la intensidad con la que nevaba. Abrí la ventanilla y saqué la mano para capturar los copos que chocaban contra mi piel, apretándolos con fuerza, sintiendo cómo ese frío inundaba de nuevo mi cuerpo de la esperanza que creía perdida.

No le di tiempo a aparcar. Estaba dando marcha atrás cuando abrí la puerta y mi compañero tuvo que pegar un frenazo para que pudiese bajarme.

Le grité «gracias» mientras corría en dirección a ese edificio, sin hacer caso a las señoras mayores que me advertían de que podía resbalarme y caer si no iba con más cuidado. Crucé las puertas y avance sin disminuir el ritmo rumbo a la habitación 303, derrapando en cada esquina, esquivando las camillas, las sillas de ruedas y las visitas, tratando de seguir la velocidad de los latidos de ese corazón que quería escapar de mi caja torácica y volar a su lado.

Casi arranco el pomo de su cuarto al girarlo con todas mis fuerzas. La puerta cedió e iba a entrar cuando me choqué con las personas que salían en ese mismo instante. Su voz repleta de amargura y rencor me reveló de quién se trataba antes de que los viese.

–¿Qué haces tú aquí? –pronunció Emma, su madre, observándome con animadversión. Estaba

acompañada por Wyatt y Lily. Ni siquiera reparé en cómo me miraba él, pero me dolió una barbaridad comprobar que mi amiga desviaba la vista al suelo para no tener que enfrentarse directamente a mis ojos.

Habían vuelto. Siempre supe que ese día llegaría. Dos años antes del accidente habían trasladado su residencia a Santa Mónica. Por lo visto en California el nicho de mercado para las operaciones estéticas era mayor. Puede que la gente le diese más valor al aspecto físico debido a ese clima cálido que les hacía vivir en un verano permanente interrumpido por alguna llovizna en primavera.

Cuando ocurrió la desgracia supuse que regresarían. Tal vez no todos. Según había leído en las redes sociales, Lily estaba estudiando en Boston y Wyatt era el referente en su negocio, el motivo por el que las famosas acudían a su clínica, y no podía estar de baja permanentemente. Pero su madre no tenía excusa para no haberlo dejado todo para estar al lado de su hijo en esos momentos tan cruciales. Su vida giraba en torno a fiestas, partidos de polo, golf y cafés con las amigas. Ver que su egoísmo no tenía límites, que anteponía sus comodidades en lugar de estar pegada a la cama de su hijo, hizo que le perdiese el poco respeto que le tenía después de todo.

Lo visitaban en momentos claves, de paso en los festivos en los que volvían a Charleston de vacaciones.

–Lárgate.

–No –la desafié. No iba a dejarme amedrentar. Ellos ya se iban. Podría haberme marchado a la sala de espera si al abrir la puerta los hubiera visto sentados agarrando la mano de su hijo o hermano. Habría tenido la decencia que no se merecían de haber permanecido en el segundo plano para que ellos tuviesen su momento con él. Pero por nada del mundo iba a dejarlo solo.

–Ten educación por una vez en tu vida y aléjate durante la semana que vamos a estar aquí. No nos obligues a tener que ver la cara de la culpable de que nuestro hijo esté en coma. –Lo hacía para hacerme daño. Ya no lo conseguía. No como la primera vez que nos encontramos después del accidente y me gritó que si no fuera por mí Sam estaría bien, que por mí había vuelto de Nueva York ese día, que por mí había ido al baile, había montado en ese coche y se había estrellado, que si nuestros caminos nunca se hubieran entrecruzado su futuro habría sido muy diferente.

–Entonces avísame cuando vengáis y yo lo haré en un horario diferente. –No le di otra opción.

Emma comenzó a ponerse cada vez más roja de la ira y, al ver cómo abría y cerraba las manos, conteniéndose, me preparé para esquivarla por si se lanzaba a arañarme la cara, golpearme o cualquier cosa que se le pasase por la cabeza. Lo que no me esperaba es que Wyatt, que siempre permanecía como la sombra de su mujer, fuese el que llevase a cabo el movimiento.

–Bueno, ya me he cansado de aguantarte. Mi mujer ha dicho que te vayas y no hay nada más que añadir. –Me empujó e impacté contra la pared. Era su marioneta. Lo sabía. Eso no le eximía

de culpabilidad en sus acciones. Tan malo es construir una bomba como pulsar el interruptor.

El pecho de Lily comenzó a subir y bajar con fuerza y se mordió el labio. No hizo nada para ayudarme.

–He dicho que no. –Me repuse al golpe y caminé con seguridad en su dirección.

Conforme llegué a su altura, Wyatt me agarró el brazo y me lo retorció para colocarlo en mi espalda. Preparé la rodilla para darle un puntapié en sus partes íntimas que le hiciese doblarse de dolor cuando oí su voz. Bajo un tono aterciopelado se escondía una amenaza velada.

–Déjala en paz –pronunció Sebastian con una fría sonrisa ladeada que daba más miedo que verlo en posición de atacar.

–Y si no me da la gana, ¿qué vas a hacer? –Lo retó Wyatt, y aproveché que estaba concentrado en mi amigo para zafarme de su sujeción.

–Volver a pedírtelo amablemente. –Su sonrisa se ensanchó, pero sus ojos se volvieron más negros que de costumbre–. Eso sí, como vuelvas a ponerle la mano encima, como tus dedos la rocen lo más mínimo, no seré tan conciliador y te dejaré la cara de un modo que ni todos tus compañeros de profesión trabajando en grupo podrán arreglártela.

–Barriobajeros que solo saben defenderse a base de amenazas… –escupió, orgulloso, con rabia. Nunca le había visto actuar así. En California Emma debía de haber inyectado una buena dosis de veneno a su marioneta.

–Disculpa, no soy yo el cincuentón que está asustando a una chica de la edad de su hija –contraatacó.

–No sigas intentando razonar con ellos. La gente con poca clase solo conoce el lenguaje de los puños.

Emma agarró a su marido del brazo. Se estaba rindiendo. No porque no quisiera seguir peleando, sino porque a esas alturas se había congregado un gran número de personas a nuestro alrededor y, con las nuevas tecnologías, alguno podía grabar un vídeo en el que no salieran bien parados, en el que se viera su verdadera naturaleza y no esa fachada que habían inventado para sus amigos esnobs y elitistas.

–La clase no se mide por el dinero, señora. Si no, ella viviría en una mansión y los mendigos de debajo del puente en el que estaríais vosotros harían un motín para echaros.

–Cállate y vete con ella a la cloaca de la que nunca deberíais haber salido –murmuró la madre de Sam al pasar por su lado.

–Tal vez debería llevarme a tu marido. Recuerdo que le gustaban demasiados los clubes de mala muerte por los que me movía. Más bien las jovencitas que había en ellos. Revisa las facturas y verás a cuántas les ha salido la cirugía gratis…

La mujer lo fulminó con la mirada y continuó andando apretando tanto los dientes que temí que terminase por partirse uno de la fuerza que ella misma aplicaba. La última en pasar entre

nosotros fue Lily. Sebastian la sujetó del brazo y me preparé para pedirle que la dejase en paz si de su boca salía algún tipo de frase hiriente. Puede que la vida, las circunstancias y una madre muy incisiva hubieran terminado por separarnos, pero para mí ella siempre sería mi gran amiga del alma y cumpliría el juramento que nos hicimos de niñas de que nunca dejaríamos que nada malo le pasase a la otra. Lealtad.

–Y tú deja de mirar al suelo. Allí no está la solución. Levanta la cabeza y la encontrarás en los ojos de tu amiga. –No añadió nada más y la soltó.

Lily comenzó a andar siguiendo a sus padres y se detuvo en mitad del pasillo. Por un momento pensé que daría la vuelta y volvería conmigo. Solo por un momento. Al final reanudó la marcha. Y ver de nuevo su espalda me hizo retroceder momentáneamente al pasado.

Era jueves. Un jueves cualquiera de verano. Habían pasado dos semanas desde el desagradable incidente en casa de Emma y Wyatt. Mi familia y yo habíamos pasado toda la tarde jugando al Trivial. Mi padre nos había ganado. Otra vez. No había manera de vencerlo. Él se escudaba en esa vena friki que lo hacía interesarse por todos los temas. Mi hermana, mi madre y yo sospechábamos que memorizaba las tarjetas cuando no lo veíamos. Era imposible que una sola mente contuviese tanta información. Nadie lo sabe todo.

Salí de casa y me recibió una suave brisa. No llevaba chaqueta. Casi nunca lo hacía. De pequeña me salieron unos ronchones amoratados por todo el cuerpo. Nunca se supo a qué se debían. Durante las pruebas barajaron que podía tener una extraña alergia al sol. Pasé semanas ataviada con más capas que una cebolla. Los médicos fueron eficientes y no tardaron en afirmar que no se trataba de los rayos.

Fueron rápidos, sí, pero no lo suficiente. Esos días me bastaron para que fuese consciente de lo mucho que me gustaba sentir el viento sobre mi piel, golpeando la carne, cambiando mi temperatura a su antojo. Algo básico que no había valorado hasta que creí que nunca volvería a experimentarlo. Extrañé tanto esa sensación que cogí un poco de fobia a la ropa y no me ponía nada por encima a no ser que fuese absolutamente necesario.

Encontré a Lily enfrente. Estaba sentada en la acera entre dos cubos de basura con la cabeza hundida entre las piernas. Su pelo lleno de volumen con unos rizos que parecían escapar a toda lógica estaba apelmazado, pegado a la cabeza y la frente, como si ese cabello quisiese darme una pista de lo que sucedía.

–¿Qué haces aquí? –le pregunté, extrañada.

–No quería que me vieran. –Levantó la cabeza y observé sus enrojecidos ojos. Si había algo que Lily detestase más que llorar era que otros se diesen cuenta de que lo había hecho–. Había

pensado esperar un rato y tirarte piedrecitas a la ventana como en Romeo y Julieta para que te asomases. Luego me he dado cuenta de que tarde o temprano acabarías aquí.

–¿Por qué? –Me sorprendió, porque ni yo misma lo sabía.

–Está más que claro quién es la dueña y señora de tu casa. Claire siempre te gana, por mucho que he intentado adoctrinarte para que te impusieses. –Mostró una sonrisa cansada–. Se suponía que Claire y yo nos turnábamos en la basura, pero siempre acababa sacándola yo.

–¿Quieres que entremos? –Deposité las bolsas en los diferentes contenedores.

–Quiero que me golpee el aire de Charleston hasta que me tatúe la piel para recordarlo siempre.

–Demasiado intensa, ¿qué ha pasado para que pases de odiar esta ciudad que siempre has dicho que se te quedaba pequeña para prácticamente pedir que la incluyan en tu epitafio de muerte?

–Que me la quitan. Y saber eso me ha bastado para comprender que todavía no había memorizado lo suficiente de ella. Me faltan detalles y paseos que dar por sus calles. –Un escalofrío me recorrió la columna antes de que añadiese con la mirada cansada–: Tenemos que hablar, April. –Carraspeó antes de anunciar–: Me voy a vivir a Santa Mónica.

–¿Por qué?

–Mis padres han decidido que es hora de que cambie de ambiente. Van a empezar a pasar más meses allí que aquí…

–Eso nunca ha parecido importarles.

Siempre habían sido una familia desarraigada. De hecho, por mal que suene, daba la sensación de que sus padres disfrutaban más la etapa que estaban alejados de sus hijos que cuando estos se encontraban cerca.

–Lo sé. Es una excusa. Debí suponerlo. A mi madre nunca le ha gustado que le quiten lo que es suyo.

–¿Crees que esta es su manera de castigarte por no haberle contado lo mío con Sam?

–¿A mí? ¡A ti! –Arrugó su nariz de duendecillo–. Como amiga no tengo precio. Te has quedado uno de sus hijos, así que te roba al otro.

–No puede ser tan mezquina…

–Te libras de una muerte sangrienta y dolorosa porque todavía no ha descubierto la fórmula del crimen perfecto.

Intenté decir algo, pero no fui capaz.

–¿No crees que estás exagerando un poco? Debe de haber otra explicación… –Me resistía a creerme que su mente superficial alcanzaba esos extremos.

–Las clínicas dan dinero, pero el acero o el petróleo más. Sam es educado, simpático y, según dicen, porque como hermana, morbo cero, atractivo. Mi madre solo tenía que lucirlo por las

fiestas adecuadas antes de que cualquiera de las clientas de mi padre se encaprichase de él.

–Seguro que podemos encontrar una solución…

–He barajado todas las opciones y terminan contra el mismo muro. Soy menor de edad y, desgraciadamente, la policía muy eficiente. No lograría escaparme sin que me atrapasen y mis padres me mandasen a un internado femenino en el que me convertiría en el juguete sexual de alguna de las chicas. –La miré enarcando una ceja–. ¿Qué? Soy muy rubia y cuqui con mis rizos. Un caramelito.

–Hay otra posibilidad. –Tragué saliva por lo mucho que me costaba esa decisión–. Sam y yo podemos dejarlo.

–¿Harías eso por mí? –Abrió mucho los ojos.

–Claro. Tú siempre has sido lo mejor que tengo.

Lily sacaba lo mejor de mí. Esa era la única verdad. Ella y su loca manera de ver el mundo. Esa mentalidad con la que, por ejemplo, defendía que todos creíamos saber cómo éramos pero que en realidad nadie lo sabía. Aseguraba que las definiciones que hacíamos de nosotros mismos eran como ir con un cúter por un museo recortando los rasgos que más nos gustaban de los diferentes cuadros, pero que no era hasta que agarrábamos una brocha y un lienzo en blanco para pintar cuando descubríamos nuestra verdadera pintura.

Esa rubia neurótica con tendencias al dramatismo era mi salvación. Mi inspiración. Esa parte de la conciencia que se separa de la mente y se ciñe a la carne y las sensaciones que me invitaba a descubrirme. La que me aplaudía cada vez que empezaba a aprender algo nuevo con un tutorial de Internet, la que insistía para que me cortase el pelo aunque a mí me diese pánico abandonar mi larga melena por si acaso me gustaba más sentir las puntas del cabello sobre los hombros que en la espalda, la que escribía con pintalabios rojo en el espejo de mi habitación una lista con actividades que debíamos llevar a cabo antes de atrevernos a afirmar que no eran lo nuestro.

Lily era la que mareaba a la flecha de mi brújula para que no señalase siempre el norte por si resultaba que me gustaba más el sur.

–Además, solo sería posponerlo un par de años hasta que seamos mayores de edad y vayamos a la universidad –aclaré, dejando claro que no pensaba renunciar del todo a Sam.

–Voy a empezar a jugar a la lotería.

–¿A qué viene eso?

–A que acabo de darme cuenta de que soy muy afortunada. Es complicadísimo conocer a una chica que sea parte de ese cero coma uno por ciento que elige la amistad por encima de todo. Más difícil que, como diría Chris, mi primitivo primer amor, rascarse el culo con los pies.

–¿Y qué dices? ¿La aceptas? –Me mordí las uñas.

–No. Una vez que pasas a ser enemiga de mi madre no hay marcha atrás. Podrías donarle uno de tus riñones para que sobreviviese y no cambiaría nada. Que Sam y tú os separaseis

temporalmente sería lo peor que podríais hacer, porque ella llegaría a la conclusión errónea de que su táctica de chantajear para conseguir lo que se propone es la leche. –Apoyó la cabeza en mi hombro–. Pero gracias.

–Entonces, ¿qué, nos rendimos sin más?

–Prefiero pensar que dejamos de darle vueltas a un imposible que no está en nuestras manos y disfrutamos de nuestras últimas horas juntas.

El pecho me vibraba, los ojos me escocían y las manos me sudaban cuando coloqué mi cabeza encima de la suya.

–¿Cómo? –Acepté su decisión. Tenía razón. Éramos dos adolescentes. ¿Qué podríamos alegar para que se quedase? ¿Cómo hacerlo?–. ¿Quieres que vayamos al Grill, a la playa…?

–Quiero que nos contemos historias.

–¿Un repaso a conciencia de todo lo vivido?

Una de nuestras actividades favoritas era rememorar las anécdotas.

–Eso ya lo conozco. Prefiero que auguremos el futuro que nos espera estos dos años con todo lujo de detalles para ser testigos adelantados de lo que nos va a pasar.

Lo hicimos. Con las piernas enredadas, los cabellos rubios mezclándose y las risas fusionándose hasta formar una común, predijimos lo que nos iba a pasar. Y así, entre mis bailes y sus enfrentamientos con tiburones de la Costa Oeste para salvar a los surferos, se hizo de día.

Nos despedimos con la firme promesa de que eso no sería un adiós sino un «hasta pronto». Noté un pinchazo en el pecho cuando la vi desaparecer. Algo me decía lo que acabaría pasando. Emma era demasiado «insistente» cuando se proponía algo y, por mucho que Lily quisiera luchar, tuvo que rendirse y abandonarme si no quería que su existencia quedase reducida a la cárcel que formaban las cuatro paredes de su cuarto sin comunicación con el exterior.

Las dos perdimos mucho ese día. Una ciudad. Una amiga. La capacidad de hablar sin filtro hasta quedarnos secas. Las risas en mitad de la noche compartiendo cama. La brocha que pintaba en el lienzo de la otra.

En cuanto dejé de verla, con una sensación agridulce en el paladar, volví a prestar atención a Sebastian. No me hizo falta preguntarle por qué había entrado en el hospital, ya que en cuanto nuestros ojos se encontraron me tendió el bolso. Con las prisas lo había dejado en el vehículo.

–Gracias. –Lo agarré.

–No hay de qué. –Se encogió de hombros. Miró la puerta entreabierta de la habitación y añadió–. Me voy. Te dejo con él. –Asentí.

Sebastian se marchó y yo entré en la habitación con Sam.

Capítulo 12

El teléfono sonó y pegué un brinco. Siempre me asustaba a pesar de que tu llamada formaba parte de nuestro ritual.

–¿Qué tal el día? –pregunté al descolgar.

–Agotador –resolviste.

–¿Estás aprendiendo mucho?

Habías comenzado a hacer las prácticas en una clínica de desintoxicación. Un profesor de la universidad te lo había ofrecido y, aunque no era tu especialidad, no habías dudado en aceptar. Te gustaba probar todo lo que tuviera que ver con tu futura profesión. Defendías que las oportunidades que te otorgaba la vida sin pedirlas eran un regalo y no pensabas desaprovecharlas.

Estaba orgullosa de ti, aunque tu decisión hubiese significado que un par de semanas antes no pudieses venir a verme a Charleston. Llevabas poco tiempo en las prácticas y tuviste que quedarte en Nueva York porque surgió un imprevisto. Eras el nuevo. El comedor oficial de marrones.

–Sí, nunca me había tomado demasiado en serio a la droga. Cuando mis amigos se colocaban incluso me hacía gracia verlos actuar bajo sus efectos. Ahora me arrepiento.

–No todo el mundo acaba como los pacientes con los que tratas, ¿no?

Algunos de mis compañeros habían fumado delante de mí algún porro y no me había dado la sensación de que estaban cometiendo un gran pecado. Tal vez el consumo estaba tan normalizado entre los jóvenes que parecía algo normal.

–Te voy a contar un gran secreto. Nadie controla. No todas las personas que están en la clínica provienen de familias desestructuradas, sus padres son narcotraficantes o han tenido un turbio pasado que les ha llevado a ello. Algunas simplemente se creyeron más listas que el resto. Pensaron que solo se volvían adictos los débiles, jugaron demasiado y ahora pagan las consecuencias. Han perdido a todo su entorno, han robado a los únicos que seguían confiando en

ellos y han consumido una vida que no recuperarán medio inconscientes, evadiéndose de una realidad que se les ha escapado de las manos y que luchan porque vuelva a ser suya. Si vieras cómo lloran cuando son conscientes de todo lo que les ha costado ese primer porro que vieron tan inofensivo, serías mucho más tajante que yo. –Hablaba la experiencia. Tu experiencia–. ¿Y tú qué haces?

–Estudiar –contesté con la boca pequeña.

Te estaba diciendo una verdad a medias. Es decir, tenía los apuntes desperdigados encima de la mesa del salón, el subrayador sin el capuchón, el coletero para que no me molestase en pelo mientras hacía ejercicios y un bolígrafo colocado estratégicamente en el puente de la oreja. La maquinaria de la estudiante modelo estaba preparada… Al igual que la televisión encendida. Había descubierto un nuevo canal en el que profesoras de danza de diferentes países daban clases para que aprendieses sus bailes regionales. Me encontraba de pie intentando seguir sus pasos. Qué le iba a hacer, bailar era mi debilidad.

–Me estás mintiendo.

–¿Estudias Medicina o Criminología en *Quantico*? –Me puse a la defensiva porque me habías pillado. Me llegó el eco de tu risa a través del teléfono.

–No. Es más sencillo.

–Ilumíname. –Coloqué los brazos en mis caderas.

–Te estoy viendo.

Me quedé paralizada. Definitivamente eso no me lo esperaba. Me giré con lentitud conteniendo la respiración por si se trataba de una broma que no me iba a hacer ni pizca de gracia.

Estabas al otro lado de la cristalera del salón. Tu sonrisa se ensanchó al observar mi cara de sorpresa. Ese gesto fue suficiente para que corriese hacia la puerta, desesperada, y saliese al patio descalza. Previste mis intenciones y dejaste caer las maletas a ambos lados de tu cuerpo mientras yo saltaba, para poder sostenerme a la vez que enroscaba las piernas alrededor de tu cintura y te besaba sin importarme que todos los vecinos de los alrededores hubieran dejado de lado sus quehaceres para centrar su atención en nosotros.

–¿Qué haces aquí? –susurré sobre tus labios, sin dejar de besarte entre cada una de las palabras que componían la pregunta–. Tenías que haberme avisado… –ronroneé con mi frente apoyada sobre la tuya, descansando un instante para volver a la carga. Nos debíamos semanas de separación.

–Qué más da. –Me apretaste contra ti.

–¿Tú has visto las pintas que llevo?

Había comprado un par de modelitos en las rebajas para cuando vinieses y, en lugar de ir impoluta, en esos momentos no recordaba ni siquiera si me había lavado los dientes después de

las cebolletas con vinagre que había picoteado en mitad de la tarde.

–La belleza está en los ojos de la persona que mira. Y yo no te puedo ver más bonita. –Silencio. Un silencio dulce en el que solo nos miramos por el placer de contemplar la reacción que teníamos en el otro–. ¿Cuánto tardas en preparar una maleta?

–¿Qué? –Me puse nerviosa.

–Si lo haces en menos de cinco minutos no te torturaré y a la mitad del trayecto más o menos te diré el destino de nuestra escapada.

¿Viaje? ¿Nos íbamos tú y yo solos por ahí? Inmediatamente noté un cosquilleo en el estómago. Sonreíste al ver mi reacción.

–Hay un pequeño problema. Mis padres.

–¿Tus padres? –Enarcaste una ceja.

–Sí, tal vez no estén del todo acuerdo con que su pequeña se vaya a pasar unos días con su novio universitario. Ya sabes, por el tema de ser protectores y tal.

–Confían en mí.

–Te sobrevaloras. Tampoco les caes tan bien –bromeé porque deseaba que lo que decías fuera cierto, pero no me quería hacer ilusiones hasta que me diesen permiso. Ellos eran adultos y, hasta donde yo sabía, todavía mandaban en mí.

–Me apostaría quien cocina todos los días a que no ponen ninguna objeción.

–¿Por qué estás tan seguro? –Acercaste tu rostro al mío y descendiste hasta que tus ojos se quedaron a la altura de los míos.

–Porque les llamé para preguntárselo antes de reservar la casa rural y me dijeron que sí, con condiciones.

–¿Condiciones?

–Si no te respeto, tu padre se comprará su primera pistola, aprenderá a disparar y vendrá a cazarme. –Sonreíste de nuevo y me quedé embobada mirando tus hoyuelos. Cuánto había echado de menos esos pliegues de tus mejillas. Cuánto te había echado de menos a ti–. Vamos, los segundos que pierdas interrogándome será tiempo que no recuperaremos de nuestras primeras vacaciones.

No te hizo falta añadir nada más. Salí corriendo rumbo a mi cuarto haciendo una lista mental de todas las cosas que tenía que llevarme y las posibilidades que existían para burlar las condiciones de mi padre. Ya se sabe, hecha la ley, hecha la trampa.

❄ ❄ ❄

Me detuve. No podía continuar. El nudo que se había formado con cada una de las palabras que había pronunciado mientras le contaba nuestra historia no me lo permitía. Era increíble cómo un

recuerdo tan dulce podía dejarme un sabor de boca tan amargo, un dolor en las costillas que no se calmaba aunque me abrazase, un pinchazo en el pecho que no podía soportar, una sensación de vacío enorme, unas ganas de llorar hasta que los ojos se me salieran de las cuencas por la presión del líquido.

Alcé la cabeza apoyando la mano en su pecho para no perder ese contacto que me mantenía anclada a su respiración. Lo observé con detenimiento. Nada. Ninguna señal que me indicase que lo que le decía lo había afectado.

¿Qué significaba eso? Si Sam estaba en alguna parte debía reaccionar. No podía escuchar nuestra historia y permanecer impasible. Eso no. No era normal. No era justo. Sus entrañas se debían revolver del mismo modo que lo hacían las mías. La máquina debía pitar porque su pulso se alterase. Una lágrima debía brotar y caer por su mejilla. Algo.

Me levanté. Fui hasta la ventana. En el exterior seguía nevando. El aire mecía los copos, cada vez más grandes, de un lado a otro logrando que impactasen contra el cristal. Coloqué el dedo encima de uno y seguí el camino descendiente que trazaba hasta perderse por el lateral inferior.

Inspiré y espiré tratando de calmarme. Practiqué todos los ejercicios de autocontrol que había aprendido durante esos meses. No lo logré. No sé qué pasó ese día. Tal vez fue ver como la ilusión con la que había acudido se perdía a la vez que lo hacía el copo de mi vista. Tal vez fue que el reencuentro con Lily me había puesto los sentimientos más a flor de piel de lo que me creía. Tal vez fueron los recuerdos de la parte de la historia que contaba ese día, los que no había llegado a pronunciar, esos que estaban repletos de besos, caricias y promesas. Tal vez fue darme cuenta de que empezaba a fallar el juramento que me hice de no decaer y comenzaba a rendirme a la evidencia. Tal vez fue que ya no aguantaba más, que no podía ni quería aguantar más.

Fui hasta la cama y me coloqué a su lado mirándolo desde arriba.

–Abre los ojos –le ordené. Nada. Sus labios seguían descoloridos y sus párpados cerrados–. ¡He dicho que los abras! –grité–. ¿No me oyes? ¡Hazlo de una maldita vez! ¡Te lo exijo! –Sorbí los mocos y me limpié las lágrimas con el dorso de la mano. No tenía voz, la había perdido, pero la encontré para poder continuar–. ¡Me prometiste que estaríamos juntos hasta el final! ¡Hasta el final! ¡Me lo juraste y creí que eso serían muchos, años así que sé fiel a tu palabra y despierta! ¡Ya! ¡No te doy ni un segundo más! ¿Me has entendido?

Nada.

Me revolví inquieta tratando de tranquilizarme antes de que me diese un ataque de ansiedad. El corazón latía demasiado rápido y de un modo poco saludable. Cerré los ojos e intenté con todas mis fuerzas contenerme. Mi voz interior trataba de calmarme como la mejor de las terapeutas. La silencié al mismo tiempo que daba un puñetazo en la pared que hizo que me temblasen los dedos y me preguntase si me había fracturado alguno.

–¡Está nevando! ¡Por nosotros! ¡Tal como vaticinaste! –Volví a la carga–. Me da igual dónde

estés y lo complicado que sea regresar, ¡tienes que conseguirlo! ¡Me lo debes! ¡Nos lo debemos! –Esperé unos segundos y al ver que no reaccionaba lo agarré por los hombros y lo zarandeé sin parar de repetir desesperada–: ¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Hazlo! ¡Hazlo! –No sé cuánto tiempo estuve así, solo que no reconocí mi voz de ultratumba cuando recuperé la cordura y, horrorizada por lo que acababa de hacer, las piernas me temblaron, perdí el equilibrio y me caí al suelo.

Gateé hasta su lado meciéndome para adelante y para detrás por el sofoco, le agarré la mano y me la apoyé en la mejilla.

–Lo siento. Lo siento muchísimo. –Logré articular–. Es que ya no puedo más. No puedo. Necesito que vuelvas, que estés a mi lado. –Le besé los nudillos y saboreé mis propias lágrimas saladas en su piel–. Y si no puedes, si ves que es imposible, házmelo saber. Encuentra la manera. Iría a donde me dijeras. Te seguiré sin importar el destino. Abre la boca para pronunciar una única frase. Dime que me vaya contigo, por favor, que estás en un sitio mejor y por eso no regresas, y te juro que me mato aquí mismo con una sonrisa. No me importa la vida, Sam. No quiero continuar si no es contigo–. No pude añadir nada más. Me encogí en posición fetal en el suelo y lloré sin más lágrimas para derramar.

Capítulo 13

¿Dónde estaba? Lo último que recordaba era haber vuelto a casa, tumbarme en la cama y que mis ojos, hinchados de llorar, se cerrasen como si las pestañas estuviesen impregnadas de una masa que se había convertido en cemento por el contacto y los había sellado a cal y canto. No me había costado sucumbir a Morfeo. El cansancio emocional había hecho su efecto.

Entonces, ¿por qué me sentía plenamente consciente? A veces había soñado hasta el punto de creer que lo que sucedía en ese universo onírico era real. No se trataba de eso. Era más. No sabría explicarlo. Incluso llegué a pellizcarme y me dolió.

Traté de identificar el espacio en el que me encontraba. Cuál era el lugar seleccionado en mi fantasía. Me resultó imposible. La única iluminación que había estaba sobre mí. Levanté la cabeza para ver si tenía encima un foco, pero no logré distinguir de donde salía ese haz de luz blanquecino. Por lo menos comprobé que iba vestida. Llevaba mis Converse blancas, unos pantalones de pitillo negros y una camisa de lino blanca con un escote de pico. No se trataba de una de esas pesadillas en las que sales a la calle sin nada encima y de las que te levantas con una mezcla de susto y risa nerviosa.

Cambié de perspectiva y miré hacia abajo. El suelo era de un tono naranja chillón y las paredes amarillas. Comencé a andar para hacer una rueda de reconocimiento y la luz se movió conmigo. Todo muy extraño. Dejé de intentar encontrarle sentido y continué mi camino hasta llegar a una barandilla acristalada con el borde de un gris metálico que brillaba. Me asomé. Había una escalera en forma de caracol que descendía hasta el único piso inferior y seguía ascendiendo por encima de mí. En mitad de todo se situaba una gran columna blanca sobre la que giraban los peldaños, rodeándola como si fuera una enredadera.

Me dispuse a bajar para ver si la planta inferior me daba la pista definitiva. Lo hice despacio. Paseando los dedos por ese metal que me resultó frío, otra sensación que no era normal en el estado de inconsciencia que se me suponía. Me detuve en el último peldaño.

–¿Hay alguien aquí? –grité, y me sentí un poco tonta por hacerlo. Eso no estaba pasando. Al día siguiente me despertaría y ni me acordaría de que había soñado que estaba en un lugar amplio de colores llamativos.

Algo brilló en mitad de la oscuridad y, como si fuera una polilla hipnotizada, acudí a su encuentro. Ver de qué se trataba no hizo sino aumentar mi confusión. Eran dispensadores gigantes, que comenzaban en el suelo de la planta baja y se perdían en las alturas, de todos los colores. Muchos más de los que por naturaleza mostraba el arcoíris. Verde, azul, rosa, rojo, morado y violeta, eran los que alcanzaba a ver. Si hubiera probado las drogas alguna vez en la vida, habría creído que se trataba del efecto mariposa del que hablaban, ese por el que años después, en el momento más inesperado, regresaban los efectos de un exceso pasado.

Acaricié el cristal y cuando descendía pulsé un saliente que activó el artefacto provocando que cayesen algunas de las esferas que había en su interior. Tomé una, la levanté a la altura de los ojos y la escruté. Me sorprendí al darme cuenta de que se trataba ni más ni menos que emanems.

¿Tenía tanta hambre que ahora soñaba con comida? ¿Me estaba dando mi propio cuerpo una especie de mensaje? Me encogí de hombros. No podía saberlo. Seleccioné el más gordo y me lo metí en la boca. Crujió bajo mis dientes y el sabor a chocolate inundó mi boca. Cerré los ojos para saborearlo a conciencia y, mientras disfrutaba como una niña, oí que alguien carraspeaba.

–Lo siento –me disculpé con la boca llena olvidando que era mi sueño y, por lo tanto, tenía derecho a comerme el tubo entero sin temer sufrir una indigestión.

Se encendieron todas las luces. Me giré para ver quién había osado interrumpirme en mi fantasía y molestarme en ese momento de placer supremo. Lo vi y todos los dulces que tenía en la mano se me cayeron al suelo de la impresión, rebotando. Frente a mi estaba Sam. Llevaba unos vaqueros y un abrigo negro que le llegaba hasta las rodillas y que no permitía observar las prendas que había debajo. El pelo castaño con reflejos rubios seguía igual de despeinado de siempre. Pero nada de eso importaba. Lo que lo hacía es que se encontraba de pie, sonriente y, el detalle que me desarmó, con los malditos ojos abiertos de una vez.

–¿Compartirías algunos conmigo? –preguntó, nervioso, y yo deshice los metros que nos separaban como si el suelo estuviese desapareciendo tras cada pisada.

Voy a intentarlo, pero creo que es imposible describirlo con las palabras que utilizamos en el lenguaje común. Si físicamente se pudiera, cedería mi piel unos instantes para que el resto del mundo pudiese vivirlo en sus carnes, para que vieran lo que se siente cuando experimentas una felicidad para la que los seres humanos todavía no están preparados. Cuando con dieciocho años temes que tu corazón no soporte ese bombeo tan fuerte y estalle por sobrecarga. Eso fue para mí que nuestros cuerpos chocaran. Eso fue para mí volver a estar entre sus brazos. Eso fue para mí notar la presión de sus dedos sobre mi piel. Eso fue para mí ver que su respiración, monótona durante meses, volvía a agitarse. Eso fue para mí oír cómo se le cortaba la voz de la emoción.

Eso fue para mí volver a respirar sin que el aire me quemase, que los latidos no me produjesen agonía y que existir no me pareciese una tortura.

Encontré la paz sobre su pecho y me quedé petrificada, anclada al instante. Estuve así unos segundos hasta que me di cuenta de que había algo que había echado infinitamente de menos de él y podía volver a ver. Sus ojos. Ese tono en el que el azul se dulcificaba hasta parecer el reflejo de un glacial marino que había anhelado observar más que nada en el mundo.

Levanté la cabeza no sin cierto temor. Miedo a que la fantasía hubiese llegado a su fin y desapareciera entre mis manos. Pánico a que sonase un despertador o alguien entrase a mi habitación en ese preciso momento y me devolviese a la realidad. Yo estaba mejor allí dentro. Con Sam.

Nuestras miradas se encontraron y a los dos nos entró una especie de risa nerviosa en la que las lágrimas no parecían un signo de tristeza, sino todo lo contrario. Ninguno dio el primer paso, los dos lo hicimos a la vez llamados por la sonrisa del otro, y, cuando nos quisimos dar cuenta, nos dábamos un beso por el que valdría la pena empeñarlo todo, incluso la vida misma. Sus labios volvían a estar calientes y mi saliva limaba las asperezas que se le habían formado los últimos meses. Entreabrimos nuestras temblorosas bocas, mi lengua invadió su interior y se entrelazó con la suya. Gruñimos, gemimos y sollozamos a la vez.

–¿Esto es real? –susurré.

–¿Tú que sientes?

–Que es el momento más auténtico que he experimentado en toda mi existencia.

–Entonces debe serlo, ¿no crees? –Sonrió e inmediatamente rocé sus hoyuelos por el mero placer de hacerlo. Nunca había valorado tanto ese rasgo de su cara como cuando creí que ya no volvería a verlo.

Durante un rato no pude seguir hablando. Quería empaparme de las sensaciones. Ansiaba que estas fueran tan potentes como para traspasar la línea de la conciencia y recordarlas al día siguiente. Puede que estuviera perdiendo la cabeza, pero estaba completamente segura de que Sam estaba allí, no era una proyección de mis deseos, sino él, que, de algún modo, había luchado contra las leyes físicas de la naturaleza y había encontrado el modo de llegar a mi lado aunque fuese a través de los sueños. Todavía no me había despertado y ya quería volver a dormirme.

–¿Dónde estamos? –pregunté.

–En una tienda.

–¿Qué tienda?

–¿Acaso no lo sabes, pequeña? –Enarcó una ceja y lo tuve claro, cristalino, Nueva York volvía a sonar a hogar.

–¡En la tienda de emanems de Nueva York!

–Exacto. Tenía que cumplir alguna de mis promesas. Me resistía a no hacerlo.

De repente comencé a ver los detalles por todas partes. Cosas como, por ejemplo, el símbolo de la marca en las columnas, la figura de un emanem verde vestido de la Estatua de la Libertad, el piano de *Big* y los diferentes emanems con muecas distintas, desde el misterio hasta la alegría, que estaban a nuestro alrededor. Cosas que no había distinguido antes porque, en cuanto la luz se encendió en su totalidad, solo lo observé a él. Para mí no había nada más. No existía nada más allá de ese milagro.

–No era necesario. Cualquier sitio me habría gustado con tal de volver a verte.

–Sí lo era. Te lo merecías. –Tragó saliva, emocionado–. Y hay más.

–¿Más?

–Sí. –Sonrió, misterioso–. Ven.

Sam se separó y comenzó a andar rumbo a la puerta principal. Dejé de sentir el contacto de su cuerpo y me apresuré a agarrarle la mano con agonía, puede que cortándole la circulación si es que en esa especie de universo paralelo esas cosas existían.

–No vuelvas a soltarme.

–¿Qué temes? –Me observó preocupado.

–Que desaparezcas. –Se detuvo delante y colocó una mano a cada lado de mi rostro obligándome a mirarlo fijamente.

–No lo haré. –Apretó la mandíbula–. Todavía no. –Me besó con fuerza, rabia, potencia y todo el amor contenido que puede tener una persona en su interior.

Salimos a la calle. Solos. Sin un alma que nos interrumpiera. Algo poco habitual dada nuestra ubicación, Times Square, el que para mí, después de ese momento, pasó a ser el corazón de Manhattan. Dejamos atrás la fachada iluminada en tonalidades azules, rosas, rojas y amarillas de la tienda de emanems y me maravillé con las pantallas gigantes de la plaza, los teatros de Broadway y los letreros luminosos de neón que había por todas partes.

No podía ser un sueño sencillamente porque yo nunca había estado allí y era capaz de ver hasta el último detalle, incluso la alcantarilla que había al lado del paso de peatones que cruzaba a la famosa escalinata de la plaza.

–¿Subimos?

–Sí.

Ese lugar era mundialmente conocido. Un símbolo del romanticismo del siglo que nos había tocado vivir. Las escenas de pedidas de mano se sucedían cada día hasta el punto de que solo los turistas aplaudían ante ese tipo de exaltación de sentimientos. Por ese motivo no andaba sobre una mera construcción de mármol, sino sobre un lugar mágico donde miles de personas habían cumplido sus sueños. ¿Por qué no iba a ocurrirnos a nosotros lo mismo?

Sam se situó detrás de mí y me abrazó enlazando sus dedos en mi cintura. Me recosté contra su pecho y él apoyó su cabeza en mi hombro, apretándome con más fuerza contra su torso.

–¿Te gusta?

–Incluso el infierno lo haría si escuchase tu voz de fondo. –Noté cómo se tensaba y apretaba los dientes de la impotencia.

–Estoy muy orgulloso de ti, April. Yo no habría sido tan valiente.

–No lo he sido…

–Sí. Te has levantado cada mañana. Eso es más de lo que yo habría soportado.

–¿Me veías desde donde estabas?

–Claro. Me dejaban elegir. Y siempre estaba contigo.

–No quiero despertarme nunca. Prefiero ser una cobarde y estar para siempre aquí contigo.

–No. –Se puso serio y se movió hasta situarse delante de mí–. ¿Sabes qué es lo que más me llamaba la atención de ti? –Negué con la cabeza–. Que te bebías la vida. Que eras inquieta. Que aprovechabas cada segundo al máximo. Contigo cada día era una aventura y yo quería formar parte de ella. Así debe seguir siendo. Así eres tú. Tienes que prometérmelo.

–No puedo.

–Una pena. Entonces no sabrás de qué se trata la siguiente sorpresa.

–¿Hay más?

–Claro. Lo bueno siempre se deja para el final –respondió, misterioso.

–¿De qué se trata?

–Dame tu palabra de que no te rendirás y lucharás para no perder tu esencia y te lo enseño.

–Está bien –concedí, más por la curiosidad que meditando lo que acababa de decir.

Las armoniosas y melódicas notas de un piano comenzaron a sonar. No sabía de donde salían solo que habían inundado toda la plaza. No conocía la canción. Era lenta, dulce y romántica, con picos que te aceleraban el corazón y descensos que te encogían el alma.

Sam me tendió la mano.

–¿Me permites este baile?

–Tú no sabes bailar. –Sonreí.

–Ahora sí.

Acepté su invitación, tomé su mano y tiró suavemente de mí hasta situarme en frente. Colocó las manos entrelazadas en mi cintura y yo lo imité enredándolas en su nuca, jugueteando con los mechones de pelo que alcanzaban las puntas de mis dedos.

–Al final has aprendido –aprecié, al comprobar que no me pisaba y se movía al compás del tema.

–Lo he hecho por ti. Habría hecho cualquier cosa. Todo.

Iba a contestar cuando me percaté de un movimiento a nuestro alrededor. No era humano, sino de la naturaleza. Unas ráfagas de aire que se habían unido a nuestro baile y danzaban a nuestro

alrededor transportando unas partículas diminutas que provocaron que echase la cabeza atrás y, sonriendo como nunca en la vida, gritase.

–¡Está nevando! ¡Sam, está nevando!

Los copos giraban a nuestro compás, envolviéndonos como si en lugar de pequeños trozos de hielo fuera toda una constelación de estrellas que había descendido para acompañarnos.

–No sé de qué te sorprendes. Te lo dije. Algún día nevaría para nosotros. –Le temblaba la voz. Carraspeó para que yo no me diese cuenta, pero ya lo había hecho. Era como si por dentro se estuviera rompiendo en mil pedazos pero tuviese que fingir entereza por mí.

Lo abracé lo más fuerte que pude, haciéndome daño en las manos y en esas costillas que, de seguir a esa presión, acabarían por partirse en dos como si en lugar de huesos fuesen troncos finos.

–April, nunca lo dudes. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

–¿Te estás despidiendo de mí? –Me puse alerta.

–Calla. No estropees el baile. –Movió una de sus manos para coger las mías y hacerme girar sobre mí misma.

–¿Qué está pasando, Sam? –La canción estaba llegando a su fin. Sonaban los últimos acordes que una mano invisible arrancaba al piano.

Sam me atrajo a su lado, me agarró de nuevo por la cintura y me dejó caer inclinada, sujetándome.

–Estoy perdidamente enamorado de ti. Esa es la verdad más auténtica que me llevo de este mundo. –Ignoró mis palabras.

–No me dejes. –Silenció mi súplica presionando sus labios contra los míos en un beso que, como si fuera una película, salió proyectado en todas las pantallas de Times Square. Fue un contacto tan íntimo y tan cargado de sentimientos que me perdí en él y cerré los ojos para disfrutar de todas las sensaciones…

❄ ❄ ❄

Despegué los párpados y me incorporé sentada en la cama. Las cortinas no estaban echadas y penetraba una luz tenue del exterior que me permitió ver mis manos temblorosas bañadas en tonos grises y negros. Las moví hasta mi cabeza y toqué mi frente sudorosa con el pelo apelmazado y pegado sobre ella. No estaba caliente. No tenía fiebre. No había delirado.

Descendí con cuidado hasta rozar mis labios con la yema de los dedos. El corazón se me aceleró y el pecho se me encogió. Estaban calientes, húmedos y suaves como si segundos antes hubieran sido besados.

No tuve tiempo para pensar ni para meditar. Simplemente me puse las primeras Converse que pillé, una de cada color, descendí la escalera, descolgué mi abrigo rojo del perchero, agarré con fuerza las llaves del coche de mi padre y salí al exterior. Sin cartera. Sin documentación. Sin aire que llenase mis pulmones por una premonición.

Hacía frío. Mucho. Muchísimo. La nieve había cuajado en el suelo y el hielo había invadido el coche con su temperatura glacial. No recuerdo haber puesto la calefacción del vehículo siquiera. Un vaho blanco salía remarcando, como las señales de humo de los indios, mi respiración irregular. Pisé el acelerador al máximo. El hecho de que todo sucediese durante la madrugada me evitó algún problema porque, a la velocidad que iba, no podría haberme detenido a tiempo en un paso de peatones transitado o habría impactado contra otro coche al saltarme los semáforos en rojo por la prisa que tenía.

Llegué al aparcamiento y dejé el coche en la puerta, sin preocuparme de colocarlo en su plaza. Y corrí. Tan veloz como pude. No me paré cuando la enfermera del control me pedía que me identificase. La mujer salió de su puesto, indignada, exigiéndome que me detuviese. No le hice caso. No podía. Me urgía llegar a la habitación 303 para volver a actuar como un ser humano cuerdo y racional.

En mitad de la quietud y el silencio de la noche destacaba el sonido de las personas congregadas en el pasillo de su cuarto. Sus voces susurrantes no hicieron más que incrementar mi desesperación. Giré y vi a dos médicos salir de la habitación y hacerles un gesto negando con la cabeza a las enfermeras que estaban fuera, esperando expectantes un veredicto. Ese movimiento de cabeza hizo que se me desencajase la mandíbula. El color abandonó mi rostro al mismo tiempo que los sanitarios se percataban de mi presencia.

Trataron de detenerme. Logré escabullirme de ellas sin problema. No lo tuve tan fácil con uno de los dos doctores, que me agarró por la cintura para que no entrase en la habitación. Me revolví nerviosa como un animal herido y le golpeé en la boca del estómago para que me soltase. Una vez libre, no le di tiempo a que se recompusiera o los demás reaccionasen y crucé el umbral de esa puerta abierta que me separaba de Sam.

Una sábana blanca impoluta. Ese objeto tan inofensivo fue el que me partió en dos e hizo que todo se nublase delante de mí y las piernas comenzasen a fallarme. Nunca pensé que la visión de algo tan suave y confortable pudiese quemarme las entrañas de un modo abrasador. Nunca pensé que observar la silueta de su cuerpo tapada con ella tuviese un efecto demoledor.

Sam se había marchado. Me enteré así. De sopetón. Y supe que mi mundo había cambiado irremediablemente. Aquellas cosas que sentía seguras se acababan de esfumar.

Caminé hasta la cama sin valorar qué efecto tendría en mí verlo del único modo que no habría querido en la vida. Muerto. Deslicé la sábana. Era la primera vez que estaba ante un cadáver. La estampa que me encontré era similar a la que había tenido delante durante todos los meses.

Parecía que él continuaba dormido, con las puntas brillantes enmarcando su rostro, los labios no habían perdido el color y las mejillas preparadas para formar esos hoyuelos que me volvían loca de un momento a otro. Le rocé la cara con ternura. Todavía seguía caliente. No había perdido la temperatura. Paseé con mis manos por su cuerpo y, tal como siempre hacía desde que estaba en coma, mis dedos se movieron solos rumbo a esa parte que me había mantenido anclada a la esperanza durante esos días tan largos. Allí encontré la diferencia definitiva. Su pecho no se movía. Sus pulmones no se llenaban de aire. Su corazón no rebotaba en latidos que traspasaban mi piel hasta formar parte de mi sangre y calmarme.

La certeza de lo que demostraba eso me desarmó. Golpeé con rabia todo lo que estaba a mi alcance, me arañé la cara hasta que dejé la marca de mis uñas en ella, un dolor físico que lograse eclipsar al emocional, y grité. Grité hasta que se me agotó la voz y ya solo brotaba de mi garganta una especie de gemido seco, sordo y desconsolado.

No sé cuánto tiempo estuve allí. Solo que cuando unos celadores fornidos lograron sacarme agotada de nuevo al pasillo, en la puerta de Sam no solo estaban los médicos y las enfermeras con los que me había encontrado cuando llegué. Se les habían unido pacientes y acompañantes, que me observaban con lástima. Era como si mi pena se contagiase a todos los testigos, a los que esa noche se les encogió el estómago por el fallecimiento de alguien a quien no conocían.

Me quedé en la sala de espera hasta que amaneció. Estuve todas esas horas sentada con las piernas encima de la silla, encogida, con los dientes apretados y los dedos cruzados para que se produjese un milagro que nunca llegó. Después la idea de permanecer encerrada en ese lugar donde Sam había abandonado el mundo se me antojó una tortura. En realidad, la idea de estar en cualquier lugar sobre la faz de la Tierra lo era. Tal vez por eso, una vez que me monté en el coche comencé a conducir rumbo a mi casa para dormir de nuevo con la ilusión de despertarme al día siguiente y que todo fuese una pesadilla.

Me detuve en un semáforo antes de girar la calle que llevaba a mi casa. Observé mis manos apretando el volante. Tenía los nudillos rojos y me había mordido las uñas con tanta ansiedad que una capa de sangre las rodeaba. Levanté la mirada para ver si ya se había puesto en verde y la luz del sol incidió directamente en mis ojos. Amanecía un nuevo día exactamente igual para el resto de los habitantes de Charleston, pero totalmente distinto para mí. El primero en el que Sam no estaría.

La certeza me atravesó con un escalofrío. Reanudé la marcha. Observé mi casa, solo tenía que conducir diez metros y llegaría. Volvía a mi hogar. ¿Y después qué? Me tumbaría, comprobaría que todo era realidad y comenzaría el verdadero calvario, el de la asimilación, el de aprender a vivir sin el motor que daba sentido a mi existencia. Ahí residía el problema. Yo ya no quería vivir. Sin dramas. Sin exagerar. Con la sinceridad de alguien vacío, inerte, que sigue de cuerpo presente, cuya energía y espíritu han desaparecido.

Iba tan ensimismada en mis propios pensamientos que miraba sin ver y no me percaté de que me pasaba la salida a mi garaje y continuaba conduciendo a la misma velocidad justo cuando un coche salía de la casa de al lado. El sonido del metal impactando y el movimiento del golpe me sacó de mi estado de letargo.

El choque frontal no había sido demasiado potente. La chapa de los dos vehículos había cedido y salía humo de uno de los capós. No sabía de cuál con exactitud. No me dio tiempo a reaccionar cuando Sebastian salió del interior del suyo hecho una furia.

–¿En qué maldita tómbola te han regalo el carnet? –Se asomó a la parte delantera de su coche y se llevó las manos a la cabeza–. Joder, mierda. –Dio un puñetazo al aire.

Abrí la puerta y salí.

–Lo sien…

–Ni lo siento ni narices. –Me interrumpió–. Si no sabes conducir, ¡no lo hagas! –Estaba tan molesto que ni siquiera me miraba. Solo observaba una y otra vez los desperfectos y se encendía más.

–Yo… –titubeé.

–¿En qué ibas pensando? ¡Dime! –Se giró bruscamente para seguir increpándome. Sin embargo, su rostro pasó del enfado a la incomprensión en cuestión de segundos, a la misma velocidad que a mí se me empezó a nublar todo. Ese olor a quemado, el aroma de un accidente, era más de lo que podía soportar en esos instantes. El recuerdo de otro golpe que había sucedido meses atrás y había tenido su fatal desenlace esa misma noche–. ¿Qué te pasa, April? –me preguntó, alarmado.

–Sam se ha marchado. Ha muerto –logré pronunciar con un hilo de voz. Después todo se volvió negro y noté cómo mi vecino me agarraba para sostenerme antes de que cayese desvanecida al suelo.

Me desperté horas después en el sofá del salón. Sebastian se había ido. Solo estaban mis padres y mi hermana, observándome cautos, midiendo cada uno de mis movimientos, sin saber qué decir o hacer, tratando de encontrar unas palabras mágicas o un abrazo sanador que no existía. Y así continuaron durante horas, con la impotencia de saber que no había nada en su mano que pudieran hacer o decir para ayudar a su hija.

No fui al velatorio. Quise evitar que sus padres me montasen algún tipo de escena. Hacer caso al dicho de que los muertos descansasen en paz. Esa fue la razón de que tampoco acudiese al funeral. Al menos no al cementerio. Llegué dos horas antes de que comenzase la ceremonia a lo alto de una ladera desde la que podía observarlo todo. En cierta manera no me importó. Me resistía a creer que Sam estuviese dentro del ataúd que sacaron del coche fúnebre, encerrado, con su esencia aprisionada en la caja blanca de madera. Quise pensar que su alma se había fusionado

con la naturaleza y estaba en todas partes, viajando a través del aire que me azotaba la cara, inundándolo todo, libre y a mi lado.

Desde mi posición fui testigo de su último paseo por la ciudad que lo había visto crecer en el vehículo alargado y de cómo la gente se congregaba alrededor de la fosa abierta en la tierra húmeda hasta parecer una masa negra que envolvía el féretro blanco. Observé a amigos y familiares caminar con la poca entereza que les quedaba hasta el altar para decir unas palabras, y me emocioné con el discurso de Lily aunque no lo escuché, sus gestos y movimientos hablaban por sí solos. Me estremecí cuando lo bajaron a la fosa y se formó una fila india de personas que colocaban encima flores y objetos impregnados de recuerdos.

En esas estaba cuando oí pasos detrás de mí. No me dio tiempo a girarme cuando Claire apareció a mi lado, ataviada con la solemnidad del momento. Estuve tentada a decirle que no era necesario que tapase su melena azul con un gorro, que el vestuario daba igual, que Sam prefería los colores vivos a ese negro sepulcral que todo el mundo se empeñaba en lucir.

–Sé que les hiciste prometer a papá y mamá que no vendrían y han cumplido su palabra. No me han traído ellos. –Se defendió ante un hipotético ataque. No me habría enfado con ellos si hubiesen acudido. Mi petición era para no hacerles daño porque veía como se consumían con mi sufrimiento. Me sentía una bomba que no paraba de disparar metralla a las personas que estaban a mi lado.

Suponía que había venido con los padres de Clary. Sin embargo, al girarme me topé con Sebastian. El chico estaba serio, con ese abrigo negro que lo cubría hasta las rodillas y lo dotaba de un aspecto formal y elegante. Permanecía a una distancia prudencial, lo suficientemente cerca como para poder escucharnos y lejos como para no invadir ese instante privado de dos hermanas.

–Dicen que si logras que alguien derrame una sola lágrima cuando te vas, tu estancia ha merecido la pena –habló Claire. Parecía más sabia y mayor que nunca–. Mira a tu alrededor. Sam lo hizo muy bien. –Señaló la estampa que teníamos al frente. Nunca ningún difunto había reunido a tanta gente como él y, lo más importante, todas las personas que estaban allí de verdad lamentaban su pérdida. Las lágrimas que se derramaban por su muerte eran reales.

–No todo. Al final me ha abandonado –sollocé.

–Eso es mentira. Él te ha hecho ser como eres. Forma parte de ti. De ellos. De todos. Y no desaparecerá mientras sigáis existiendo. –Claire me dio la mano y se la apreté con fuerza–. Si quieres, cuando se despeje bajamos a que te despidas.

–No. No quiero ver su nombre grabado en una lápida con una fecha. Ese no debería ser su legado. Tendría que haber hecho historia. Aparecer en los libros por sus logros para toda la eternidad.

Claire notó que me aceleraba y me abrazó antes de que rompiese a llorar. Pensaba todas y cada una de las palabras que había pronunciado. Sam era una persona especial, que se merecía ser el

protagonista de un futuro de ensueño, y no de una tragedia de las que dejan marca a toda una generación.

Estuvimos allí hasta que todo el mundo se marchó, dejando el cementerio sumido en la más absoluta soledad. El viento se hizo más potente y, con sus ráfagas, se llevó algunas partes de la decoración del altar. Una vez en casa, me enfrenté al preámbulo de mi nuevo día a día. Ese en el que los que me rodeaban me miraban con cautela, medían sus palabras y practicaban para convertirse en experimentados ladrones que, con sus conversaciones simples y banales, lograsen arrancarme mi preciada sonrisa. Estoy segura de que mis padres habrían sido capaces de empeñar la casa en la que vivíamos por conseguirlo. Intentaba demostrarles todo lo que significaba para mí lo que estaban haciendo, pero no era tan buena actriz y se notaba a la legua que eran gestos forzados.

En una ocasión mi madre, que era contraria a todo tipo de medicación porque decía que teníamos que tener un umbral del dolor muy alto para cuando nos sucediesen cosas verdaderamente graves, se ofreció para llevarme al médico y que me recetasen algo, lo que fuera, cualquier psicotrópico que me atontase y me sumiese en un seudoestado de inconsciencia en el que no sentir ni padecer.

Me negué. No lo necesitaba. Mi propio organismo había segregado unas endorfinas más potentes que diez Valium. Estaba vacía, hueca, con la sensación de que me había perdido a mí misma y solo quedaba un envoltorio que me convertía en algo más similar a un robot que a un ser humano. Ese estado inanimado era confortable y placentero porque hasta ese día no supe que el dolor del alma es más potente que la tortura carnal. Habría elegido una y mil veces que me clavasen un puñal en el estómago que el pinchazo del pecho cada vez que una imagen suya se colaba en mis pensamientos. No sé qué era más duro, si los fotogramas de aquello que habíamos vivido o los de los sueños que tenía en un futuro con él.

Me dolían los ojos. Me pesaban los párpados. Y, por si eso no fuera suficiente, me obligaba a recordar desde los grandes momentos hasta esos insignificantes arraigados a mi memoria. Eran estos últimos los que más aprisionaban las costillas, la cotidianidad perdida, la sensación de que tenía que haber aprovechado más a la persona. Podía evadirme. No lo hacía. Me obligaba a mí misma a sufrir, padecer, desagarrarme, porque esa desesperación era la única prueba que seguía haciéndolo real.

Salí a nuestro patio y me senté en el columpio. Supongo que una parte de mí quería recuperar la niñez, esa etapa en la que nos sentíamos seguros y las preocupaciones duraban hasta el mismo instante en el que nuestros padres nos ayudaban a solucionar el problema. Me balanceé mirando un punto fijo, la rama de un árbol que se mecía a un lado y a otro.

–Hola. –Reconocí la voz de Lily de inmediato. Se apoyó contra la madera que sujetaba el columpio. Tenía el rostro demacrado y estaba muy nerviosa. Que mi amiga hubiese regresado a

mí después de nuestra separación me habría emocionado hasta puntos insospechados en cualquier momento. Solo habría tenido que oír su voz para lanzarme en sus brazos sin preguntas ni reproches. Sin embargo, estaba carente de emoción–. He venido a traerte una cosa –agregó, al ver que no reaccionaba.

Me tendió lo que parecía un papel y me lo coloqué en el regazo. No me podía ni mover. Estaba agotada. Le di la vuelta y comprobé que se trataba de la fotografía de Sam que siempre me había gustado tanto.

–Estaba viendo sus fotos en casa y de repente me he dado cuenta de que tendría que ser tuya. Todo debería serlo. Él lo habría querido así. Tú eras lo que más le importaba. –Asintió, remarcado su afirmación–. Hoy he tenido una revelación cuando mi madre se ha sentado conmigo y en lugar de consolarme me ha preguntado qué me estaba pareciendo el *catering*. Si se notaba que lo habían contratado a última hora con poca planificación. –Tragó saliva–. Entonces te he visto de nuevo. En la montaña, alejada, sin ocupar el lugar que te correspondía por derecho y, simplificándolo todo, me he dado cuenta de que soy imbécil. Nunca debí alejarme de ti. Eres mejor persona de lo que yo ya sabía. La mierda que me metía mi madre no es excusa. Y quiero remediarlo. No puedo volver al pasado. Puedo prometerte un futuro. He perdido a una de las dos personas que más me importaban en el mundo y no puedo permitirme el lujo de que ocurra lo mismo con la otra. Perdóname, April. –Lily, que siempre estaba llena de vitalidad y energía, brillando como una supernova, parecía apagada, triste, suplicante–. Tú eres la única con la que quiero compartir este dolor que no sé manejar.

Esperó un rato a que yo dijese algo. No me salían las palabras. Necesitaba silencio. Oía, pero no escuchaba. Y la voz se había atrancado en algún lugar sin identificar de mi garganta. Solo quería sentarme sabiendo que no habría ningún sitio en el que estaría cómoda. Que pasase el tiempo y a la vez se detuviese. Parar de vivir y dedicarme a existir.

–Entiendo. –Suspiró–. Lo siento. No debería haber venido. Mi impulsividad me pierde. Las cosas no son tan fáciles. No puedo pretender que hagas como si nada…

Lily giró sobre sus talones y comenzó a andar abrazándose a sí misma.

–Sí que puedes… –Mi voz sonó como un susurro roto. Lily se detuvo y me miró. Estaba llorando. No se ocultaba. Ese día las lágrimas no eran un castigo, sino un homenaje. Fue bonito ver como en mitad de tanta tristeza mi frase hacía que se le dibujase un amago de esperanza–. Sí que puedes –repetí, un poco más alto–. Pero no hoy. Ahora mismo me cuesta hasta respirar. Llámame otro día y estaré encantada de verte. Nada ha cambiado. Para mí nunca lo hizo.

–Lo haré. En cuanto pueda volveré de Boston para estar contigo.

Mi amiga se marchó con esa promesa velada que sabía a ciencia cierta que cumpliría. ¿Debería estar enfadada? ¿Haberle pedido más? ¿Ser más dura? No. Si algo me había demostrado la muerte de Sam es que la vida es demasiado corta como para malgastarla en cosas

insustanciales. Perdonar no era un error, sino una muestra de sabiduría. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que las personas, al igual que las cosas, tenían su propia fecha de caducidad y no podía permitirme el lujo de no disfrutarlas al máximo mientras todavía dispusiese de ellas. Descubrí el gran secreto. Llegaría un día en el que yo abandonaría a Lily o ella haría lo propio conmigo y no quería arrepentirme de decisiones tomadas desde los dos peores consejeros, el rencor y el orgullo. Solo los sentimientos positivos y buenos traían consigo consecuencias que merecían la pena. En lugar de rememorar lo mal que lo había pasado cuando la llamaba y no me contestaba, me puse en su lugar, en lo complicado que debía ser el machaque continúo de su madre. Vestir su piel hizo que me sintiese satisfecha de mi respuesta.

Continué en la misma posición hasta bien entrada la noche. Sabía que las horas pasaban a medida que las luces de los vecinos de las casas aledañas se iban apagando.

Observé su inconfundible sombra antes de que hablase o, más bien, rumiase entre dientes.

–Qué manía tienes con ir siempre sin chaqueta por la vida…

Sebastian se quitó el abrigo que llevaba en el funeral y me lo colocó por encima de los hombros. Rebuscó en uno de los bolsillos hasta que encontró un gorro negro y me lo puso. Era tan amplio que me tapó los ojos y tuve que moverme sin ganas para doblar el ala sobre sí misma y poder seguir viendo.

–No es necesario que siempre me estés vistiendo –aprecié.

–Calla y ve preparando el sueldo que me vas a tener que pagar. –Levanté una ceja, dubitativa–. ¿Qué? ¿No pensarás que voy a trabajar de modista siempre gratis? –Sonrió con su chulería de serie, pero me di cuenta de que era pura fachada. Bajo esa máscara que llevaba siempre se lo veía realmente preocupado. Claro que él nunca mostraría ese signo de debilidad.

Se sentó en el columpio de al lado con dejadez y las cadenas chirriaron ante su peso. Sebastian era bastante grande. Puede que el artefacto casero de mi padre pudiese soportar mi peso, pero no estaba del todo segura de que ocurriese lo mismo con el suyo durante mucho tiempo.

–Bonitas vistas.

Seguía la dirección de su mirada y adiviné por donde iban a ir los tiros de nuestra conversación.

–No me vengas con la tontería de valentía…

–¿Por quién me tomas? ¿De verdad crees que voy a usar tu absurda historieta de una constelación que te ayuda a superar las pérdidas? Yo no soy tan infantil…

–Lo hice con catorce años –le recordé, y no me di cuenta de que dejé de sonar apática para hacerlo molesta. Era como si mi vecino lograse removerme las entrañas hasta que me salía bilis por la boca. Me alteraba.

Ladeó la cabeza y sonrió. Eso era lo que estaba buscando. Reacción.

–Ni con catorce ni con siete. Yo esas tonterías nunca las he dicho. Qué le vamos a hacer.

Siempre he sido más maduro que tú. Deberías empezar a asumirlo.

–¿Maduro? Ja. El síndrome de Peter Pan se inventó por ti. –Me crucé de brazos.

–Por no hablar… –me ignoró, como de costumbre– de que sé exactamente cómo se llama una de sus estrellas y su nombre no se parece para nada a valentía. Es mucho mejor.

–¿Has ampliado tu nicho de mercado y ahora vas a por las estudiantes de astronomía?

–Yo no tengo que ir a por nadie. Ellas vienen a por mí. –Sonó tan engreído como siempre y me guiñó un ojo–. Pero este no es el caso. –Agarró la cadena de mi columpio para detener el movimiento y se aproximó para hablarme lo suficientemente cerca como para que las notas musicales de su voz penetrasen en mis oídos–. Podría mantener una apasionante discusión contigo el resto de la noche, pero prefiero revelarte lo que he averiguado.

–¿El nombre de la estrella?

–En efecto. –Asintió y le pregunté, por una mezcla de curiosidad y ganas de que me dejase en paz.

–Está bien, ¿cómo se llama?

–Léelo tú misma. Está en el bolsillo derecho de la chaqueta.

Soltó la cadena y el columpio se movió balanceándome hacia delante. Lo miré sin comprender nada. Me hizo un gesto con la barbilla indicando que buscase en el abrigo. Metí la mano sin saber muy bien qué iba a encontrarme y abrí mucho los ojos al toparme con un folio perfectamente doblado. Lo saqué con cuidado y, al ver la impaciencia de Sebastian porque lo abriese, empecé a ponerme nerviosa. ¿Qué demonios había hecho esta vez?

Lo desdoblé con cuidado y no comprendí muy bien de qué se trataba. Era una fotocopia de una compra. Comencé a leer sin grandes expectativas y, cuando descubrí lo que era, levanté las manos para taparme la boca y el folio se cayó sobre mi regazo. Se trataba de un documento del Registro Global de Estrellas. Desde hacía dos horas una estrella del firmamento tenía un nuevo nombre: Sam Norris.

Era un detalle tan impresionante que me quedé paralizada.

–No te pongas así. –Le restó importancia–. Las estrellas están sobrevaloradas. Solo me ha costado cien dólares. Es una de las pequeñas.

–Gracias –balbuceé, notando cómo la congoja ascendía por mi garganta y los ojos me picaban.

–Ni se te ocurra. –Se puso serio–. Te prohíbo que llores.

–Nunca nadie había hecho algo tan importante por mí.

–No es por ti. Es por él. Te he escuchado y por una vez creo que tienes razón. No se merecía que su nombre se perdiese en la lápida de un cementerio.

–No tengo palabras suficientes para agradecértelo –insistí.

–Pues no hables. Limítate a mirar la estrella, ahora sabes que Sam estará allí arriba para toda la eternidad.

Levanté la cabeza, localicé el astro y sonreí, esta vez de verdad, Sam nunca desaparecería del todo, ahora sabía dónde debía mirar cada vez que quisiera encontrarme con él. No me apoyaría en una fría lápida para hablarle, sino que observaría el cielo y la luz de su estrella me iluminaría abrigándome todas las noches.

Segunda parte:
Sebastian

«Días. Momentos. Segundos. Nos creemos invencibles. Pensamos a largo plazo. En ocasiones nuestra cabeza vaga más en el futuro que en el presente. No nos damos cuenta de que son los pequeños instantes, los insignificante, los que marcan el resto de nuestra existencia, lo que nos transforman en un "seremos" fruto de nuestros actos, nuestras vivencias, nuestras elecciones. Sin embargo, no todo es azar. La experiencia lleva la batuta de nuestra particular orquesta vital. Y es que, aunque suene metafórico, hay acontecimientos que nos lanzan de lleno al cielo y otros que nos entierran en un infierno del que, por más que te esfuerces, resulta prácticamente imposible salir hasta que unas manos tiran de ti.»

Capítulo 14

A veces creo que el destino está escrito y hagas lo que hagas no escaparás del tuyo. Puedes intentar huir corriendo hasta desgastar la suela de tus zapatillas, pero este es más veloz que tú y te esperará en la primera esquina que gires creyéndote a salvo con una sonrisa irónica en la boca. O eso quería pensar después de la impotencia de ese día mientras golpeaba el capó de un coche hasta abollarlo.

Supongo que lo correcto sería decir que mi historia comenzó el día que nací y, todavía repleto de sangre, me colocaron encima del pecho de mi madre donde dejé de gritar y llorar. Ahí empezó mi vida. El corazón latió por primera vez acompasado con el suyo, los pulmones se llenaron de aire, oí esa voz que me llevaba acompañando durante todos los meses en directo y me atrevería a afirmar que, a pesar de que parezca imposible porque los bebés no lo hacen, la observé sonreír entre lágrimas mientras aseguraba que acababa de nacer «un pequeño ángel».

Sin embargo, cuando hacía memoria, cuando trataba de poner el contador a cero, mi mente vagaba a otro instante para situarlo como capítulo cero, borrando de un plumazo la infancia tan tranquilamente cotidiana que tuve. Mucha gente busca experiencias, lo extraordinario, ser especial. Yo me habría quedado para siempre en esa placentera normalidad que era un regalo.

Todo sucedió una tarde de primavera cuando tenía trece años y vivía en Santa Bárbara. Acertar cuando salías de casa en esa época en California era toda una tómbola porque, en la misma jornada, podías despertarte con un sol de infarto y que a media tarde el cielo descargase como si fuera el telón que anunciase la película del fin del mundo que venía a continuación. Eso fue lo que pasó exactamente ese día.

Había acudido a media tarde a las pistas deportivas que había en el paseo marítimo de la ciudad. Como calentamiento había recorrido todo el paseo de una punta a otra corriendo, reduciendo la marcha al llegar a la zona alejada del turismo tradicional donde se reunían los surferos para practicar su deporte favorito. Los admiraba. No solo por cabalgar por encima de algo tan ínfimo como el agua en lugar de hundirse, sino por esa capacidad de concentración,

agilidad y fuerza para enfrentarse al miedo. Solo hacía una semana que un tiburón había matado a uno de sus compañeros. Eso no había provocado que ese domingo acudiesen menos personas, puede que incluso hubiese aumentado la afluencia de gente y todos, con sus trajes de neopreno negros, tratasen de rendirle su particular homenaje desde la cresta de una ola.

De nuevo en las pistas, mientras calentaba los músculos, observé a los amos del patín realizar piruetas imposibles fundiéndose con el cielo de la ciudad, segundos sin sujeción en los que la gente contenía la respiración, afanándose en aplaudir cuando tocaban suelo firme.

Había practicado el surf y el *skate* por diversión, sin más aspiraciones que pasar un buen rato. Lo mío era el baloncesto y ahí sí que no me bastaba divertirme. Quería ser el mejor. En eso consistía la vida, en elegir algo y aspirar a la perfección. Hacer de tu pasión tu única religión.

Pensaba presentarme a las pruebas del instituto después del verano, por lo que requería una preparación extrema. No me atraía la idea de convertirme en uno de esos gilipollas con la chaqueta azul que se creían los reyes del mundo, tirarme a todas las chicas que se cruzaran en mi camino (aunque no negaré que este punto tampoco me molestaba mucho) o ser tan popular que la gente me hiciese un hueco cuando pasase por los pasillos. Eso era absurdo. Lo que me llamaba la atención eran esos viajes enfrentándome a otros equipos y, para qué mentir, la posibilidad de que gracias a ello el día de mañana me ofreciesen una beca con la que poder ir a una universidad medianamente decente.

Mi madre me había apuntado a una escuela de baloncesto para la preparación. Allí había adquirido técnica y había aprendido que, muy alejado de lo que la gente piensa, el deporte no es sencillo. Exige concentración, dedicación y doble dosis de sacrificio. Nadie nace siendo Jordan.

Mi entrenador no tenía dudas. Decía que me seleccionarían seguro ya que era el mejor. Nunca he sido demasiado modesto y siempre me ha gustado conocer mis virtudes y mis carencias, por lo que estaba totalmente de acuerdo con él en todo, excepto en una cosa, el mérito no era solo suyo. Él me había enseñado todos los movimientos, las estrategias y las jugadas. Una especie de director de un baile en el que todo estaba orquestado. La calle me había mostrado el verdadero baloncesto. Los partidos en las pistas con pandilleros con los que solo compartía esta afición, para los que no se regía ninguna norma y eran imprevisibles, me habían pulido como un jugador capaz de sacar a su equipo adelante cuando las cosas se ponían feas o se salían de los cánones que conocíamos.

Otra de las características extraordinarias del deporte era la capacidad de unión y camaradería que poseía. Acudí solo a las pistas y no me había dado tiempo a secarme el sudor de la carrera de calentamiento cuando ya tenía equipo. Desconocidos mucho mayores que yo que me invitaron a jugar con ellos gracias a la fama que me precedía. No los defraudé, colgándome de la canasta en ese último punto que nos convirtió en ganadores.

Regresé a casa cuando anochecía. El cielo se había ido nublando durante la tarde. Era

previsible que iba a comenzar a llover de un momento a otro. Por eso en cuanto oí el primer trueno me calé la capucha de mi sudadera gris. Caminaba por State Street cuando comenzó a descargar con violencia. La calle principal estaba repleta de comercios que me permitieron resguardarme. No tuve la misma suerte en cuanto tomé el desvío hacia mi casa. Las gotas impactaban contra mi cuerpo a medida que surcaba el puente que dividía esa parte de la ciudad, imponente, nueva y repleta de museos y centros culturales, de las viviendas de la clase media.

Cuando llegué a mi casa estaba empapado. La luz del porche estaba encendida como si me diera la bienvenida. Dejé la pelota debajo del balancín. Era el único mueble que teníamos en el jardín. Tampoco es que este fuera demasiado grande. Se trataba de una vivienda adosada bastante modesta que tenía un poco de césped en la entrada, un par de macetas y esa mecedora donde a mi madre le gustaba sentarse con un té humeante o una limonada fresquita entre las manos para encontrar su segundo de paz.

Como de costumbre, la puerta estaba abierta. Me adelanté a las indicaciones que sabía que me daría mi madre, Moira, y nada más entrar me quité las zapatillas destrozadas por el uso y repletas de barro y las coloqué a un lado para no ensuciar con mis pisadas todo el suelo.

–Menos mal que ha llegado tu hermano. Me vendrá bien una opinión masculina –Oí que le decía mi madre a mi hermana en el salón mientras caminaba a mi encuentro.

Ese día, cuando nos encontramos en el pasillo, solo reparé en las tres perchas que llevaba colgando en la mano. Tiempo después traté de hacer memoria. Me esforcé en rememorar su imagen hasta que me dolía la cabeza y logré dibujarla a la perfección en mi imaginación. Se había rizado esa melena oscura que decían que yo había heredado, se había puesto un poco de brillo en esos labios gruesos y dulces que en tantas ocasiones me habían dado órdenes y le brillaban los ojos. Debí percatarme del último detalle, pensar cuánto tiempo hacía que no observaba en su mirada esos signos visibles, casi tangibles, de ilusión. Sin embargo, sabía el motivo por el que estaba así y, en lugar de alegrarme de esa felicidad que tenía más que merecida, desvié la vista hacia la escalera ascendentes por la que pensaba huir en cuanto tuviese la más mínima posibilidad.

–¿Elegante o desenfadado? –fue su saludo, mostrándome los vestidos de las perchas. Ni siquiera los miré, al menos más allá de un vistazo.

–Da igual –repuse, serio.

–Venga –me animó–. Que yo ya no estoy acostumbrada a estas cosas y…

–Elegante –la interrumpí, para que no pronunciase en voz alta el hecho por el que estaba con los mismos nervios que una adolescente antes del baile de fin de curso.

–Bien. –Asintió sonriente. Dejó dos de los vestidos sobre la mesa de la entrada y se colocó los otros dos por encima–. ¿Negro con la espalda al aire o rojo con un poco de escote?

–Negro –lo dije sin pensar, para poder escabullirme lo antes posible.

–Vale. –Sonrió conforme.

–¿Hemos terminado ya? –pregunté con un tono de voz demasiado cortante. Sé, porque la conocía a la perfección, que le dolió el golpe, pero se repuso con agilidad. Estaba acostumbrada a que la vida se los diese y sabía cómo esquivarlos–. Quiero subir a ducharme antes de que os desmayéis por mi peste a gato sudado –añadí para no sonar tan brusco.

–Tampoco hueles tan mal… –Se acercó y se apresuró a apartarse tapándose la nariz–. ¡Dios mío, he criado una mofeta andante! –Enarqué una ceja y ella se rio de mi reacción–. Es broma, ¿qué tal ha ido el entrenamiento? ¿Empiezo a reservar en mi agenda todos los sábados del año que viene para ir a ver a mi hijo como madre orgullosa?

–Muy mal se me tendría que dar para que no sea así… –Sonreí con suficiencia.

–Estoy segura, ángel.

–Ya soy mayor para que me llames ángel. –Me removí, incómodo. Tenía trece años y me creía más listo que alguien de sesenta. Qué equivocado estaba…

–¿Cómo te gustaría que lo hiciera?

–Yo qué sé… Hijo, Sebastian, Seb si te gusta más, pero definitivamente ángel no.

Se mordió el labio meditando.

–No me convencen. Creo que seguirás siendo mi ángel en privado al menos un par de años más.

–¿Puedo subir ya? –bufé.

–Sí, deja la ropa en la cesta y mañana haré la colada. –No me ofrecí a hacerla yo y mucho menos valoré que ella lo hiciera. Simplemente asentí y, como miles de veces antes, no le di las gracias por cuidarme.

Estaba subiendo la escalera cuando oí su voz.

–¿Estás seguro que es mejor opción el negro? Todavía tengo un escote bonito y con el rojo…

–¡Haz lo que te dé la gana! –Grité y continué mi camino rumbo al baño, dejándola con la palabra en la boca.

Cerré la puerta del aseo de un portazo. Me miré en el espejo del baño, observando mi reflejo cargado de rabia, y agarré con fuerza el lavabo. Oí las pisadas de alguien que subía rumbo a mi estancia. Antes de que entrase ya sabía que se trataba de ella, Bethany.

–Sé que echas de menos la época en la que nos duchábamos juntos, pero nos hemos hecho mayores. Tienes que superarlo… –Fue mi particular saludo conforme abrió la puerta y pude ver en el espejo su reflejo con los brazos cruzados detrás de mí.

Bethany y yo nos llevábamos apenas un año. Ella era el ejemplo de qué hay que hacer caso cuando los médicos dicen que después del parto existe un periodo de cuarentena en el que hay que extremar las precauciones antes del acto sexual si no quieres que la cigüeña te visite de

nuevo cuando todavía no has comenzado a dormir toda una noche del tirón por los berridos del primer bebé.

–Podría haberme hecho gracia si ahora mismo no estuviera controlándome por no bajar a la cocina, agarrar un cuchillo y abrirte el pecho para ver si todavía sigues teniendo corazón.

–Tampoco es para tanto… –Me quité la sudadera y, cuando volví a observarla, comprobé que estaba más enfadada que cuando había llegado. Las mejillas siempre se le teñían de rojo, achicaba sus ojos caramelo y apretaba los dientes cuando esto sucedía–. ¿Qué? Te recuerdo que yo soy el que está en el baño para ducharse y tú la que me ha interrumpido, ¿no te molestará que me desnude o acaso tu cara se debe a que llevas sin cagar un mes y quieres usar el váter?

–Mi cara se debe a que no te entiendo. Lo intento, pero me resulta imposible.

Bethany y yo éramos distintos en todos los aspectos imaginables. Ella la perfecta estudiante que llevaba las cosas al día y aspiraba a la matrícula de honor, yo la clase de persona que lo dejaba todo para última hora y se conformaba con aprobar; ella un pato mareado, una negada para el deporte con una capacidad para la coordinación unilateral, lo que se traducía en que o corría o llevaba una pelota, o saltaba o movía la comba y o se afanaba en golpear la pelota con fuerza o lo hacía con estrategia, y yo un amante del ejercicio que era medianamente bueno en la mayoría de las disciplinas; ella con una madurez inusual para la edad que tenía y yo rebelde sin justificación.

–¿No podemos posponer esta apasionante conversación?

–Por supuesto que no. Tenemos que hablar antes de que mamá se vaya.

–¿Sobre qué?

–¿Tu actitud te parece bien?

–Si lo dices porque no me he emocionado ayudándola a elegir vestidito, me gustaría recordarte que el hecho de que viva con dos mujeres no me hace un clon de ellas. No entiendo de moda ni ganas…

–No te hagas el inocente. Soy perfectamente consciente de que eres mucho más inteligente de lo que te gusta aparentar. Lo que no comprendo es por qué no le has deseado suerte en su cita o has fingido alegrarte por ella. –Traté de que no se notase, pero esa palabra hizo que me tensara.

–Que yo sepa tú tampoco montas una fiesta cada vez que tengo una. –Ataqué a la defensiva.

–Lo máximo que haces es elegir a una pobre ingenua y morrearte con ella en cualquier esquina del instituto o la ciudad. Sería como animar a los monos del zoo, que solo comen y fornican.

–¿Acabas de compararme con un simio? –la interrumpí, abriendo los ojos como platos, pero ella me ignoró.

–Lo que intento decir es que no es lo mismo. Sabes lo mal que lo ha pasado mamá y lo importante que es que se atreva a dar este paso, abrirse de nuevo ante un hombre diferente a papá.

–No sigas por ahí… –la amenacé, pero como de costumbre no me hizo caso.

–¿Por qué?

–No quiero hablar de él. –Me resistía a llamarlo papá–. No existe.

–Pues para no existir lo tienes muy presente.

–¿De qué hablas?

–Hablo de que el motivo por el que no te alegras de que mamá tenga una cita es porque en el fondo, por mucho que finjas ser un macho alfa indestructible, estás desesperado porque él vuelva, llame a la puerta, nos pida perdón y seamos una familia feliz de anuncio de dentífrico. –Dio dos pasos hasta colocarse a mi lado y puntualizó sus palabras golpeándome con el dedo en el pecho–. Hablo de que mamá no es la única que debe pasar página.

–No tienes ni idea de las tonterías que acabas de pronunciar.

–Ah, ¿no? ¿No quieres que mamá sea feliz? ¡Dime! Porque tal vez te estoy juzgando demasiado bien y lo que pasa es que eres un maldito egoísta.

Tenía razón. No pensaba dársela. Era tozudo y cabezón en los temas en los que no merecía la pena. Mi padre siempre había sido una persona inconformista en el mal sentido de la palabra. Siempre aspiraba a más. Lo tenía todo y aun así le resultaba insuficiente. El dinero, el poder y el lujo lo tenían cegado y no le permitían vivir. Los problemas económicos a su lado eran constantes. Piloto comercial en Los Ángeles, con un sueldo superior al de la mayoría de nuestros vecinos, era incomprensible que a veces las facturas de fin de mes nos asfixiasen. Sin embargo, si teníamos en cuenta su colección de relojes, sus cenas en los restaurantes más caros, su afición por los trajes de marcas italianas, el descapotable que se empeñó en comprar o el yate con el que se hipotecó, cobraba sentido.

Todo eran señales de lo que acabaría por suceder. Fue tan rápido, típico y evidente que incluso nos hizo sentir estúpidos, como si siempre hubiéramos llevado una venda sobre los ojos, tocando ese nudo que nos resistíamos a desatar hasta que un buen día, hacía dos años, nos abandonó. No sabía si de verdad quería a la millonaria con la que se marchó o de lo que realmente estaba enamorado era de su solvente cuenta bancaria. El caso es que lo hizo y no solo la dejó a ella, sino también a nosotros, que no teníamos espacio en esa nueva etapa dorada que comenzaba. La que siempre había ansiado. Le recordábamos demasiado a su pasado.

Mi madre lo pasó mal. Fatal. Estuvo al borde de la depresión, pero no sucumbió a ella por nosotros. Se transformó. Pasó de ser un ama de casa dedicada a una trabajadora con dos empleos que le permitían sacar la casa adelante. Después de tanta tormenta parecía que llegaba la calma. Con su modo de vida austero había ahorrado lo suficiente para alquilar un pequeño local en el barrio, que estaba reformando para que fuera una cafetería familiar. Sus días transcurrían entre las clases de repostería a las que se había apuntado para hacer unos dulces que se convirtieran en

su sello de identidad y ayudar en las labores de perfeccionamiento del establecimiento, y era allí donde había conocido a un albañil que le había devuelto la ilusión.

Era joven, emprendedora y la mejor madre que me podía haber tocado, ¿por qué estaba entonces tan molesto con que rehiciera su vida? La respuesta era tan evidente y me dejaba en tan mal lugar que me resistía incluso a pensarla. Deseaba que se estancase, que detuviese su mundo, hasta que mi padre regresase.

Con una mentalidad mezquinamente egoísta quería que todo permaneciera igual para que todo volviese a ser idéntico a esas viejas fotografías de nuestra familia que ahora guardábamos acumulando polvo en una caja en el garaje. Pero, claro, eso era algo que no estaba dispuesto a admitir.

–Lárgate. Me he cansado de escucharte.

–Las verdades escuecen, ¿verdad, Sebastian? Pues no pienso callarme. –Me retó–. Ese dolor es fruto del agua oxigenada que las sana. El silencio, dejar que esto sea un tema tabú, solo hará que la herida se haga más grande.

–¿No vas a irte?

–No. –Bethany era una chica calmada que sacaba su genio en los momentos necesarios.

–Tú me has obligado a hacerlo. –La agarré de los hombros para forzarla a abandonar el servicio.

Mi hermana se revolvió para zafarse de mi contacto cuando oímos un grito. Solo uno. Duró un segundo. Estoy seguro de que no más. Sin embargo, fue suficiente para que ambos nos detuviésemos.

–¿Qué ha sido eso? –me preguntó.

–No lo sé –fue mi única respuesta, y, como si nos coordinásemos, los dos salimos corriendo.

Llegamos a la escalera con el tiempo suficiente para ver a dos hombres con la cabeza oculta tras un pasamontañas moverse nerviosos en el pasillo. El más próximo a nosotros se pasaba la mano que sostenía el cuchillo por el hueco donde debería estar su pelo.

–¿Qué has hecho, tío? –le recriminó el otro, gritando.

–¡Ha sido un accidente! –exclamó antes de balbucear–. Yo no quería…

–¿Un accidente? ¡La has matado!

Esa frase me dejó KO y provocó que mi hermana ahogase un grito. Los dos intrusos la oyeron, miraron hacia arriba y se percataron de nuestra presencia.

–Tenemos que largarnos –anunció uno y el otro asintió echando a correr al mismo tiempo que yo descendía los peldaños de dos en dos con una furia asesina que desconocía que se podía sentir.

La adrenalina corría por mis venas alimentándolas de un odio brutal. Pasé al lado de mi madre. Su postura no era natural, los vestidos caían por encima de su cuerpo y sus ojos negros me

miraban sin ver. Tiempo después nos informarían de que los dos ladrones la habían empujado y se había roto el cuello al golpearse contra la barandilla de la escalera. En esos momentos no sabía nada. Solo que había muerto y que me estaba dejando invadir por un espíritu negro que me llenaba de ira.

No me detuve. Los seguí con una única idea en mente: los encontraría y los mataría con mis propias manos.

A través del manto de lluvia los observé montarse en un coche que tenían en la puerta. Los esperaba un tercero. Se suponía que sería un atraco fácil, limpio y rápido. De esos que de vez en cuando se daban en el barrio. Entrar, robar todo lo que pudieran en diez minutos y salir. Solo que ese día el azar y el infortunio se unió manchando sus manos de sangre, convirtiéndolos en esa muerte que había arrancado la vida a mi madre.

El vehículo salió derrapando a toda velocidad. Sabía que era prácticamente imposible que los alcanzase, pero eso no me detuvo. Corrí más rápido de lo que normalmente podía, forzando mis músculos y ampliando la capacidad de mi zancada hasta que se perdieron girando en una de las esquinas y oí el pitido de otro coche a mi derecha. Los faros me bañaban de luz. Estaba a un centímetro de mi cuerpo. Si hubiera tardado un segundo más en frenar o hubiera pisado el pedal con menos presión, me habría atropellado.

El conductor salió. No sé qué fue lo que me gritó. Solo que se detuvo en el preciso instante en que comencé a golpear el capó con una mezcla de rabia que aumentaba a medida que crecía esa sensación de agonía en la que estaba inmerso. Estuve así hasta que llegó la policía. No comprendí por qué me llevaban a una ambulancia hasta que observé la sangre que caía por mis deformadas manos y los pies desnudos repletos de heridas.

Traté de largarme. Solo quería peinar toda la ciudad hasta encontrarlos y destrozarlos del mismo modo que ellos habían hecho conmigo. No me servía ni el ojo por ojo. Era más de ojo por ojo, por oreja, por boca, por nariz, por todo. Juro que si no llego a ver a mi hermana aproximarse desvalida en ese momento, habrían tenido que atarme por esa locura transitoria que me había dado.

Sus lágrimas me devolvieron la cordura y, por primera vez en dos años, supe de dónde había sacado la fuerza mi madre para reponerse al golpe de la ruptura y cuidar de nosotros. Eso no era algo que se podía buscar, nacía solo cuando veías a alguien que te importaba débil, indefenso y destrozado, y asumías el rol de salvarlo, de ayudarlo, de apartar tus sentimientos y anteponer los suyos.

La abracé bajo la lluvia y sobre su cabello le prometí que todo iba a ir bien sabiendo que lo que decía era cierto. Me encargaría de ello. Nunca faltaría a mi palabra.

Ese día perdí varias cosas. La capacidad de manejar la pelota jugando al baloncesto con la misma agilidad que antes debido a que me rompí la mano por tres sitios golpeando el capó del

coche, los sueños futuros que venían con eso, la inocencia y, lo más importante, a mi madre. Estaba igual que esas personas a las que amputan un miembro y todavía lo sienten. Me aferraba a eso porque todavía no había asimilado que nunca más oiría su voz de pito al regañarme, el carraspeo de su garganta cuando se reía y el sonido exagerado que hacía cuando me daba un beso en la mejilla y ya lo echaba de menos. Ella siempre decía que lo peor que le podía pasar a una madre era perder a su hijo. Secundaba sus palabras a la inversa.

También aprendí varias cosas que había escuchado pero nunca había asimilado, como, por ejemplo, que todo puede cambiar en un instante y que hay que valorar las cosas que tienes antes de perderlas. Lo hice. Pero fue demasiado tarde porque toda la vida me acordaría de que la última frase que le dije a mi madre fue: «¡Haz lo que te dé la gana!» en lugar de «No te preocupes, ponte el que quieras, da igual el que lleves, irás preciosa». Supe demasiado tarde que nuestra existencia es una película en la que no existe el botón de rebobinar.

No tardaron en encontrar a los culpables. Bethany y yo estábamos llegando a la casa de acogida cuando llamaron a la mujer de asuntos sociales para comunicárselo. Debí alegrarme al ver su fotografía entre rejas. Me sorprendí al darme cuenta de que no parecían monstruos, al contrario, eran dos chicos normales. Por eso en ese preciso instante no me invadió la paz, sino otra sensación, la culpabilidad. Eran menudos. Podría haberlos vencido fácilmente, casi sin despeinarme, ¿todo habría cambiado de permanecer a su lado en lugar de subir al baño con la rabieta de un niño pequeño? ¿Era mi función salvarla? ¿Ser su ángel, como ella siempre se empeñaba en llamarme?

Tuve una idea. Me tatuaría en la espalda esas alas, por ella, para llevarla en la piel a través de tinta, para que estuviera donde estuviese supiera que sentía mucho todas las veces que me había enfadado, que le había hablado mal o le había dado un disgusto, que aunque creciese y ella no estuviese yo siempre sería su ángel.

Se suponía que todo había acabado. Un trauma es más que suficiente para la vida de una persona. Sin embargo, hay gente que atrae la tragedia, como si tuviesen un imán con el interior de la Tierra que clamase por llevárselos.

Bethany y yo llegamos a la casa de acogida en San Francisco un jueves por la tarde. Nos recibieron nuestros tutores, Tom y Molly.

–No sabéis la suerte que habéis tenido. Son excelentes –trató de infundirnos energía la trabajadora de asuntos sociales mientras recogíamos nuestras maletas.

¿Por qué no lo sentí así? ¿Cuál fue la señal que me avisó? ¿Acaso mi propio instinto? Puede que nada. Puede que todo. La cuestión es que nunca me sentí cómodo y desde el minuto uno que entré en esa casa estuve alerta. Ver que mi habitación era dos veces más grande que la que tenía en Santa Bárbara y que estaba perfectamente decorada, con todos los detalles que un niño de trece años quisiera tener, no me hizo cambiar de opinión.

Molly era arquitecta y pasaba largas horas en la oficina. Debía ser muy buena, ya que cada vez tenía más proyectos y encargos. Eso se traducía en que nos dejaba pasar más tiempo con Tom. Tom, ¿qué decir de él? Era el vecino ejemplar. Todo el mundo lo adoraba. Trabajaba de profesor en la escuela local y, durante su tiempo libre, se disfrazaba de payaso y acudía a los hospitales para animar a los niños enfermos, organizaba fiestas para conseguir financiación para las ONG infantiles de la zona y, además, ofrecía su casa a niños huérfanos como nosotros, hasta que encontraban un hogar o se hacían mayores de edad.

¿Qué era lo que me inquietaba de él? Algunos dirían que estaba paranoico y a todos les contestaría que ellos no podían comprenderlo. Eran sus ojos de depredador posados en mí. Esa manera de mirarme sucia, de un modo que no era sano, lascivo, asqueroso. Me aplacaba al darme cuenta de que solo lo hacía conmigo. Le iban los niños. Mi hermana estaba a salvo. Fuesen imaginaciones o realidad, ella no tenía nada que temer.

El tiempo continuó su curso natural y poco a poco dejé de llevar amigos a casa. Tal vez me estaba volviendo más huraño o solitario, o ver el modo en que los tocaba y cómo se pasaba la lengua por los labios después me producía repulsión. Por no hablar de las fotos. Todo el día tenía la cámara en la mano. Decía que quería documentar nuestra niñez para que cuando fuéramos mayores tuviésemos un recuerdo de esos días. Eran tantas las imágenes que me tomó que a veces creía ver flashes en mi cuarto mientras estaba durmiendo. O tal vez sí que estaban ahí, pero me resistía a abrir los ojos para no toparme con esa realidad que no podría eludir y me llevaría a tomar una decisión que no quería porque Bethany parecía encontrarse a gusto allí.

Hasta esa noche en la que a la luz blanquecina de los flashes se unió un movimiento de colchón. Abrí los ojos. Eran las tres de la madrugada. Molly nos había avisado de que se quedaría toda la noche en la oficina porque tenía que terminar los preparativos de un proyecto de edificio para un banco en Filadelfia. Libre de su mujer y sin poder contener a esa especie de enfermo monstruoso que tenía dentro, Tom se sentó a mi lado, observándome con una mirada en la que se mezclaban la devoción y el deseo.

Se apartó ese flequillo negro que le caía por encima de la frente y me di cuenta de que tenía la piel impregnada de sudor.

–Eres muy guapo –me dijo con la voz ronca. Excitado.

–Vete de aquí antes de que me levante –le advertí, y él me sujetó por los brazos colocándose encima. No pensaba irse. Había perdido el control.

–No hay que hacerlo por las malas –susurró al comprobar que me revolvía–. Ninguno de los dos quiere que Bethany se despierte. Supongo que sabes que si eso ocurre me vería obligado a jugar también con ella. –Era una amenaza velada para mantenerme pasivo, para que no me opusiera. Había pasado de tener pensamientos inapropiados a querer llevar a cabo sus fantasías–.

Normalmente me gustan más jóvenes, pero tú eres exquisito. Una obra de arte. Una escultura en carne y hueso. –Se pasó la lengua por los labios.

–¿Qué vas a hacerme? –pregunté sin mostrar la intranquilidad que me azotaba por dentro.

–¿Qué harías tú si la suerte situase a un niño tan guapo dentro de tu casa? Cumplir todas las fantasías e inventar nuevas para él. –El depredador sexual estaba suelto y no iba a dar marcha atrás–. ¿Qué te parece?

–Medito sobre qué opción me convence más. Cortarte mañana las pelotas o denunciarte. –Me sorprendí con mi respuesta. Parecía mayor. El miedo me había transformado y hecho crecer a una velocidad vertiginosa.

–Irías a la cárcel o entrarías en un centro psiquiátrico para niños que han sufrido abusos. Con las dos dejarías a Bethany enfrentándose sola contra el mundo, ¿estarías dispuesto a ello?

Medité un segundo y negué con la cabeza.

–Buen chico. Ahora pórtate bien y todo habrá terminado, no digo pronto, pero sí con los menores daños colaterales posibles.

No dije nada y él comenzó a acercarse lentamente, saboreando el hecho de tenerme debajo de su cuerpo, con un placer velado al ver que mis músculos se contraían y el leve temblor que no podía contener, más de rabia que de miedo. Continuó su camino, y ya podía notar su aliento en mi rostro cuando levanté la rodilla para que impactase directamente contra su entrepierna. Gimió de dolor.

–La próxima vez que quieras jugar a chantajear emocionalmente a alguien, asegúrate de que tiene sentimientos, moral o que le importa lo más mínimo la ley. Podría matarte si me diera la gana y huir con mi hermana, imbécil. –Le di un cabezazo y a ambos nos empezó a salir sangre por la nariz. Aproveché ese segundo de confusión para girar sobre mí mismo y salir de su sujeción bajo la cama.

Ya casi estaba alcanzando la puerta cuando me cerró el paso. Tom era un hombre joven aficionado al deporte. A los cuarenta años seguía yendo al gimnasio y estaba bastante fuerte. En una pelea cuerpo a cuerpo no tenía muy claro quién saldría ganando.

–¿Quieres jugar? Me gustan más cuando se revuelven. –Ignoré ese comentario, que me confirmaba que yo no era el primero.

–¿Estás seguro? ¿Alguna vez has jugado con un demente?

–¿A qué te refieres?

–A esto. –Entonces pegué un puñetazo al espejo del cuarto, partiéndolo en mil pedazos. Tom se quedó helado al comprobar que, en lugar de gemir o quejarme por el dolor de los cristales que habían cortado la carne de mi mano, agarraba el pedazo con la punta más afilada y lo amenazaba–. Ahora vas a dejarme salir, a no ser que quieras que, como los niños que te gustan, juegue a los médicos y te ponga las tripas como bufanda.

La puerta se abrió y entró Bethany. Habíamos hecho demasiado ruido. Iba medio dormida, bostezando. Cuando nos vio, abrió los ojos de golpe llevándose las manos a la boca.

–¿Qué ha pasado? –preguntó, confusa, y su inocencia me alivió. Si ella no sospechaba que Tom podía haber intentado abusar de mí era porque nunca había intentado nada con ella que la pusiera sobre aviso.

–Descuelga el teléfono y llama a la policía. –Noté que iba a seguir preguntando y grité–. ¡Ya! –Si no lo maté, fue precisamente por ella. Porque en el fondo la vida de fugitivo no me atraía. No para mi hermana. Bethany se merecía que cumpliese mi palabra, que todo fuera bien.

Así lo creía mientras la oía bajar y llamar a la policía. Tom trató de convencerme para que no lo delatase. Tal vez inventar alguna versión en la que no saliera mal parado, como que habíamos discutido y se nos había ido de las manos. Lo que fuera. Quería comprarme, pero, a diferencia de mi padre, al que lo único que le importaba era el dinero, yo no estaba en venta.

Fueron horas interminables testificando y de interrogatorios. Hablé y hablé hasta que se me secó la lengua. Sin embargo, fue acceder a su ordenador, ver las páginas que visitaba, las fotos y los vídeos que tenía y los trofeos que guardaba de casos anteriores lo que provocaron que Tom viese el primer amanecer entre rejas de los muchos que les quedaban esa mañana.

Cuando salí de la comisaría me esperaban mi hermana y la señora de asuntos sociales. Bethany no dudó en salir corriendo y yo la acogí entre mis brazos mientras nos fundíamos en un abrazo. Era la segunda vez en poco tiempo que nos enfrentábamos a acontecimientos a los que los niños a esa edad no están acostumbrados. No teníamos miedo. Estábamos juntos. Había algo que nos llevaba a creer que mientras estuviese el otro éramos invencibles, compartiendo fuerza, preocupaciones, lo que hiciese falta. Por eso cuando se desvaneció la sujeté con más fuerza, dando por sentado que no había aguantado la presión. No podía sospechar la verdad. No estaba preparado. Cuando lo supe lo que me quedaba de humanidad se desvaneció entre mis manos.

Vagué sin rumbo durante tres años. Pasaba de casa en casa de acogida y yo mismo me ganaba con mi comportamiento agresivo y mi rebeldía injustificada que todos los tutores que me tocaban tuviesen que tirar frustrados la toalla. Viví en Texas, Washington, Boston, Florida… Conocí lugares, culturas y personas, pero nunca sentí ningún sitio mío, no pertenecía a nadie ni a nada y, con esa sensación, una noche cualquiera llegué a Charleston.

Sophia y Ethan me esperaban con el resto de los niños en la puerta.

–Por favor, no vuelvas a cagarla. Es tu última oportunidad –me dijo la trabajadora. Ya no podían conmigo. El Gobierno de Estados Unidos se rendía.

Asentí estando seguro de que, en un par de días, meses como mucho, la tendrían que llamar de nuevo. Así era yo. No me importaba nada ni nadie y hacía daño a todo lo que me rodeaba. Algunos pensarían que trataba de compartir ese dolor que llevaba en mi interior en forma de demonios que recorrían mi cuerpo torturándome. La realidad es que disfrutaba con la violencia y

el desenfreno. La facilidad de la maldad. Lo sencillo y reconfortante que es sucumbir a ello. Ceder. La comodidad de que nadie espere nada de ti.

Después de conocer a tanta gente diferente, calaba de un modo sencillo a las personas. Solo me hacía falta una ojeada para poder catalogarlas. Sophia me pareció una mujer con una inmensa pena en su interior, pasional, luchadora, de las que no se rendían, y eso no era bueno para mí porque se tomaría la batalla de salvarme como algo personal. Por el contrario, Ethan me pareció tranquilo, amable, de los que aconsejan y no fuerzan, pero, sobre todo, el tipo de hombre que está perdidamente enamorado de la persona a la que da la mano y hará cualquier cosa por ella. Eso, de nuevo, me colocaba en una posición difícil ya que no dejaría a su mujer luchar sola.

–Bienvenido.

Sophia se lanzó a mis brazos en cuanto estuve a su altura. Ethan, que también poseía un poco el don de conocer a las personas a primera vista, se limitó a saludarme con un leve movimiento de barbilla. Algo le dijo que no me llevaba muy bien con los hombres mayores.

Me separé incómodo por el contacto.

–¿Dónde está mi cuarto?

–En la segunda planta. La primera a la izquierda –indicó–. Toby –llamó a uno de los pequeños, que no tardó en acudir a su lado. Todos adoraban a esa mujer de pelo blanco con un moño trenzado–. Ayuda a Sebastian a llevar sus cosas a su cuarto.

–Puedo yo solo. –Le di un pequeño empujón, que no pasó desapercibido para nadie, cuando agarró una de las bolsas.

–Es verdad. Se te ve muy fuerte. –La mujer sonrió tratando de quitar tensión al momento. Estaba acostumbrado a ello. Yo no solía dejar indiferente y no para bien. Es como si toda la mierda que me acompañaba como equipaje permanente de alma se adhiriera a los demás y quisieran huir–. Cuando termines de colocar las cosas baja. Hemos preparado una cena especial en tu honor, ¡ya verás la tarta que han hecho las gemelas! –Señaló a dos niñas pelirrojas con unas trenzas que les llegaban casi a la cintura.

–No tengo apetito –puntualicé, recogiendo mis bártulos para entrar.

–Entiendo. –No se dio por vencida–. Estarás cansado después de tanto viaje. Te guardaremos una porción para desayunar mañana.

No le di las gracias a pesar de su amabilidad. Me limité a ir hasta mi habitación y encerrarme. No quería interactuar con nadie. No quería coger cariño a la gente. Tarde o temprano las personas siempre se iban y nos volvían vulnerables. La fortaleza residía en crear una coraza tan potente que nada ni nadie pudiesen atravesarla.

La habitación era austera. Posiblemente la más pequeña y con menos mobiliario de todas en las que había estado. No estaba repleta de juguetes, libros y armarios. El único saludo de bienvenida era una nota que habían escrito todos los habitantes sobre el escritorio. La leí. Era

muy sentimental. Toda repleta de buenas intenciones y mensajes, algunos más sosos, pertenecientes a los más mayores, con un simple «espero que te guste la habitación» y otros más emotivos, de los más pequeños, escritos con mala caligrafía, como el de una de las gemelas que ponía: «Me alegro de que llegue un niño más, mientras vivamos juntos comparto contigo a mi hermana».

Arrugué el folio y lo iba a tirar a la papelera para ver si encestaba cuando algo me lo impidió. No sé qué. Tal vez que en el fondo no era tan mamón como me gustaba pensar. Finalmente, la guardé en el cajón de la mesilla.

No tardé en apagar la luz y cerrar los ojos. Me costó conciliar el sueño. El sonido de esa casa repleta de vida se colaba por debajo de la puerta de mi habitación, desde las risas en el salón hasta cómo las niñas se quejaban porque no se querían lavar los dientes antes de irse a la cama.

Abrí la puerta y me topé con el niño al que reconocí como Toby llevando a una de las gemelas en hombros mientras le deshacía las trenzas a la otra.

–Pensaba que estarías durmiendo.

–¿Acaso es posible? –rumié, mosqueado.

–No. –Sonrió–. Esta casa es un verdadero caos. Te gustará.

–Yo no estoy tan seguro.

–Ya verás como sí. Sophia y Ethan lo conseguirán. Ellos siempre nos recuerdan lo que significa la palabra hogar.

Volví a mi habitación pensando que lo que había dicho no tenía sentido. ¿Hogar? ¿Unos extraños? Yo había perdido el mío y no quería cambiarlo por uno de segunda clase. Con esos pensamientos, me metí de nuevo en la cama para dormir. No me sobresalté cuando se repitió el sueño al que ya estaba acostumbrado. Era una mezcla. Comenzaba conmigo en ese cuarto de baño bajando a toda pastilla antes de que entrasen los ladrones para poder salvarla. No lo lograba. Entonces corría detrás de ellos y lograba atrapar a uno que, cuando se giraba, era Tom mirándome con el mismo deseo que aquella noche en la habitación. Luchaba contra él y justo cuando le estaba venciendo aparecía Bethany. En esa parte siempre me despertaba sobresaltado, con la respiración agitada y el corazón desbocado.

Esa noche no fue diferente. Lo que sí lo hizo es que noté una presencia en la habitación. Sin pensarlo dos veces ni ver, agarré a la persona por el cuello y la empujé contra la pared. Algo se cayó de entre sus manos. Se oyó el sonido de un plato al partirse en dos y cuando descendí con la mirada observé que se trataba de una porción de tarta.

–Era para que desayunases mañana –logró pronunciar Sophia todavía con mis dedos presionando en su cuello con fuerza.

–Lo siento. –La solté y comencé a dar vueltas por la habitación, entre nervioso y avergonzado.

–¿Qué te han hecho? –No parecía molesta por mi agresividad, sino preocupada por el motivo

que me había llevado a ello–. ¿Qué te han hecho para que reacciones así? –se lamentó.

–Nada –contesté dándole la espalda. Todavía no estaba despierto al cien por cien y temía que ella se pudiese colar por alguna de las aberturas que todavía no estaban soldadas en mi armadura–. Vete. –Me giré y añadí–: Por favor.

Sophia me hizo caso. No volví a la cama cuando salió. No quería meterme y sucumbir a las mismas pesadillas. Me topé con la ventana y no tuve dudas. La abrí de par en par y salí al tejado. No había iluminación en el barrio. Mejor. Ojalá los técnicos tardasen en arreglarla. La oscuridad era mi zona de confort.

Caminé por el tejado hacia abajo, como una cascada que se deja llevar, sintiendo el frío aire sobre mi cara. Me gustaban las alturas y como magnificaban todas las sensaciones, el cielo parecía más cerca, el aire era más fuerte y la negrura de la noche parecía parte de uno mismo. Desde esa posición podías fantasear a que no eras como esos seres humanos que paseaban por la calzada y, por lo tanto, no sufrías como ellos, una ilusión para tener fortaleza.

Llegué hasta el borde y me detuve. Fue un sonido. Sutil y tenue. Habría pasado desapercibido de no estar dentro de la quietud de la noche. Supuse que venía de la casa de enfrente. Traté de enfocar, pero no distinguí nada. Venía del interior y en la vivienda solo había una ventana abierta. Me concentré.

Estuve así minutos hasta que la luz de todo el vecindario se encendió y pude ver a la causante del sonido. Una joven que me miraba quieta del mismo modo que yo hacía con ella, analizando cada uno de mis movimientos. Mi gesto serio y tosco no hizo que se amedrentase, sino que elevó la barbilla.

Nuestros ojos se desafiaron durante varios minutos. Ninguno cedió.

No sabía su nombre y era capaz de decir que había un océano con vida propia detrás de sus ojos y que su cabello rubio era el primero que inundaba mi visión de luz desde que apagué el interruptor de mi humanidad. No sabía su nombre y pude sentir cómo mis entrañas se removían ante su presencia para apartar la piedra que las tenía cautivas. No sabía su nombre y era consciente de que no me dejaría indiferente, de que me metería en líos, de que ella, de algún modo, marcaría la diferencia.

Ese día observé por primera vez a April y me di cuenta de que a veces no hace falta llegar a hablar para saber un millón de cosas de otra persona, que unos ojos son capaces de contar una historia y, para mi propio disgusto, me interesaba la suya.

Capítulo 15

Nuestro instituto organizaba dos mercadillos solidarios al año. Uno en primavera y otro en otoño. El concepto era sencillo. El comité de organizadores se reunía una noche y los miembros presentaban diferentes acciones humanitarias para destinar los beneficios. Lejos de lo que pudiera parecer, se lo tomaban muy en serio. Daba la sensación de que se trataba de una especie de elecciones. Tal vez en cierta manera lo eran. Demostraba la popularidad y el poder de convicción.

Se llevaba a cabo en el gimnasio. Uno tras otro iban saliendo al pódium donde los jugadores de baloncesto se subían después de cada victoria y realizaban su argumentación. Una vez que habían finalizado todos los candidatos, los asistentes tomaban una pequeña cartulina en blanco y escribían el nombre de la persona que más les hubiera convencido. El recuento lo realizaba en directo el entrenador leyendo cada una de las papeletas mientras una chica que trabajaba en el periódico local iba apuntándolo en una pizarra. Sin trampa ni cartón. El método no admitía discusiones y era más legal y transparente que las elecciones nacionales en algunos estados o pueblos recónditos de nuestro país.

El hecho de que la Navidad fuese tres meses después influyó en la decisión final. La opción de emplearlo para que los huérfanos de Charleston tuviesen un regalo se impuso por amplia mayoría. Cuando se supo lo que habían elegido, muchos de los asistentes dirigieron su atención a los miembros de la familia de acogida con la que vivía que estábamos allí. Me largué en ese preciso instante. No es que no me gustase la caridad, pero odiaba esas medias sonrisas de pena y la sensación de que estaban esperando que les diese las gracias por su bondad infinita. Si alguien era altruista, no debía esperar nada a cambio o, al menos, no exigirlo de ese modo velado.

Acudí al mercadillo. Habían habilitado el aparcamiento estudiantil para ello. La grandilocuencia era algo innato para mis compañeros. Por eso, en lugar de las cuatro mesas cutres de madera desplegadas que me esperaba, había todo un despliegue de medios. Habían

diseñado un gran cartel luminoso que indicaba las jornadas que se producirían en el instituto. Estaba colocado al lado de la carretera para que los despistados supiesen lo que se realizaba.

Una vez en el interior, había luces de todos los colores que colgaban de los postes en forma de pico con globos atados en su estructura. Puestos de bebida, comida rápida, un DJ pinchando la música más actual, una especie de escenario con un *speaker* incitando a la gente a gastar más, tómbolas y, casi al final, las mesas con los objetos que se vendían.

Me pregunté si todo eso era necesario o costaba en sí mismo más de lo que iban a sacar con las ventas. Mi egoísmo patológico me convertía en alguien que no tenía derecho a juzgar lo que hacían. Pero, desde el punto de vista de una persona que no quiere vender la moto de que es un ciudadano ejemplar que se desvive por todo ser vivo que está a un radio de un metro a su alrededor, pude afirmar que, si se querían ceñir a su planteamiento del espíritu de los sesenta de paz y amor y ayuda al prójimo, tal vez habría sido mejor idea emplear la cantidad ingente de dinero que había costado montar ese espectáculo en la acción humanitaria que defendían.

La realidad, aunque todos se llevarían la mano a la boca si me atrevía a pronunciarla en voz alta, era que todo se trataba de una gran farsa, una fiesta con la excusa de limpiar sus conciencias e irse a la cama sintiendo que ya habían hecho la buena acción del año. Eso no era un movimiento solidario, sino una celebración.

Pero todo eso ya lo sabía. ¿Por qué había ido? Evidentemente, no para encabronarme por la falsedad de la gente. Para eso solo me hacía falta despertarme y respirar. Mi estado de enfado con el universo era algo innato a mi persona por aquel entonces. A veces me planteo si más que hablar rugía con una especie de sonido animal y por eso la gente me temía. O tal vez es que mi cara de malas pulgas y mi posición a la defensiva influían un poco.

Había acudido para ver si encontraba algo a buen precio. Cuando no tienes nada debes volverte suspicaz para lograr conseguir las cosas. Saber dónde mirar y, tras un examen inicial caminando al lado de los puestos, me di cuenta de que ese no era el lugar. La gente se había decantado por la cantidad por encima de la calidad. La mayoría de los trastos (llamarlos objetos era mucho decir) eran viejos, inservibles, la clase de cosas que uno guarda en el trastero o el garaje porque sabe que nunca volverá a utilizarlas y para lo único que sirven es para acumular polvo y ocupar espacio.

No digo que todo fuera así. Algunos habían llevado cosas que se podían calificar como aptas, pero que se alejaban muchísimo de mi estilo. Por ejemplo, una anciana había donado todo su arsenal de muñecas de porcelana. Estas estaban intactas, tan nuevas que llegaban a inquietar con esos ojos que parecía que realmente tenían vida. No era la única. Otra mujer, más joven y con aspecto de estar un poco en las nubes, vendía todo un arsenal de camisetas. Había insistido para que me probase una y estuve a punto. Tenían un aspecto psicodélico, repleto de colores

llamativos y chillones que se fusionaban, que podían provocar que la gente se cayese a mi paso sufriendo ataques epilépticos.

Me detuve y me apoyé despreocupadamente contra uno de los muros con los brazos cruzados para decidir mi próximo movimiento. Bueno, ya sabía que iría a alguna pista de baloncesto a pasar la tarde, me faltaba elegir cuál de todas. Si quería un juego en el que destacase la técnica y más tranquilo enfrente del instituto, o más salvaje, de cuerpo a cuerpo, en el paseo marítimo donde ese día se reunirían algunos de los pandilleros.

Levanté la mirada para ver si localizaba a alguno de los chicos por ahí para hacerme una idea de cuáles emplearían su tarde jugando y cuáles se habían decantado por hacerse los niños buenos con la intención de acabar fornicando con alguna de las chicas que estaban allí en la parte trasera de la furgoneta. Tras una rápida ojeada me di cuenta de que la mayoría había seleccionado la segunda opción.

No podía culparlos de que se esforzasen con uñas y dientes por conseguir un polvo. Era perfectamente consciente de lo placentero del acto y la liberación que sentías después. Había sido bastante precoz en lo que a este tema se refería. La cuestión es que, en mi caso, no tenía que esmerarme para conseguirlo. Ellas venían a mí. No se trataba de ser creído, aunque la modestia no era uno de mis dones, sino de la realidad.

Sin ir más lejos ese mismo día había tenido al grupo de animadoras pegadas a mi trasero. El hecho de que las ignorase me había otorgado una especie de poder sobre ellas. No estaban acostumbradas a no ser el centro de atención. Y que conste que no se trataba de una estrategia para seducirlas. Sinceramente no me interesaba su vida, sus dramas, ellas.

Mi pasotismo debería haberlas alejado. Lo normal cuando alguien no te hace caso es que lo imites. Perder el tiempo nunca debería ser una opción. Sin embargo, el menos es más quedaba patente con sus patéticos intentos actuando como unas crías para llamar mi atención. Se convirtieron en mi sombra y cada vez que me giraba las observaba sacando pecho como si me vendiesen sus recién adquiridos atributos por si quería comprarlos. Al ver que no daba resultado, se habían decantado por hablar, en una voz alta perfectamente enfocada para que yo las oyese y no así sus padres, de lo maravillosas que eran en la cama y cómo, con las ganas de un revolcón que tenían, dejarían exhausto, prácticamente sin poder andar durante un mes, al afortunado que saliese esa tarde de su mano. Como respuesta simplemente seguía caminando con ellas a mi sombra.

Eso sí, no podía negar que eran insistentes. Yo era el objetivo que se habían marcado y me tenían entre ceja y ceja. Por eso, en el mismo instante en que me detuve ellas lo hicieron a una distancia prudencial y decidieron provocarme con un juego sensual tirándose agua por encima de sus camisetas ceñidas. Gritaban como si les molestase mientras que trataban de moverse sigilosas

para que el líquido calase en su pecho mostrando su sujetador, logrando que la mayoría de los chicos y algunos hombres centrasen su atención en ellas.

Me decanté por quitarme la sudadera. No sé si lo hice porque tenía calor o porque me daban vergüenza ajena. Si tanto les interesaba, ¿no sería más fácil que se acercasen a hablar? Tenían un concepto equivocado del orgullo. La autoestima no se perdía por dar el primer paso para conocer a una persona y sí haciendo el ridículo de esa manera.

Oír sus risitas y observar atónito cómo se daban codazos por ver parte de mi abdomen cuando había levantado los brazos fue más de lo que pude soportar. Desvié la vista y, en medio de todo el tumulto, la localicé a ella. No me resultó extraño, tal vez no tenía el pelo más rubio de todo Charleston, pero sí el que más brillaba cuando le daba el sol.

No era la primera vez que me encontraba con ella después de verla desde el tejado. El instituto no era lo suficientemente grande como para que nuestros caminos no se cruzasen en alguna ocasión. No íbamos a la misma clase. Era uno o dos años menor. Tampoco había indagado lo suficiente como para conocer su edad. Algo me decía que debía mantenerme alejado. Y lo intentaba. Pero, como me pasó aquella tarde, no dominaba mis propios sentidos cuando la tenía delante. Era como si supiera que no debería mirarla porque acabaría reparando en mí y a la vez mis ojos se resistiesen a moverse hacia otro lado. Ignorarla.

Iba rodeada de su séquito de amigas. Saltaba a la legua que tenía frente a mí a la futura capitana de las animadoras, la presidenta del consejo de estudiantes y la reina del baile. Ella todavía no lo sabía, pero el resto del mundo sí, era su aura, lo que desprendía a cada paso, había algo en su forma de relacionarse con el entorno que la convertía en una persona especial. Por eso las chicas se afanaban en estar a su lado en sus inicios para compartir protagonismo durante su ascenso y los chicos se esforzaban por llamar su atención, por robarle una carcajada que quedase grabada en su memoria o hiciera mella en su corazón. Algo. Un entrenamiento para acabar ganando la carrera cuando estuvieran en forma.

Sin embargo, como he dicho, ella no era consciente. Con sus pantalones vaqueros azul claro, las Converse bajas blancas, su camiseta blanca de manga corta sin ningún adorno y esa coleta ondulada, se paseaba como una más, sin pretensiones, sin darse cuenta de que le gustase o no ya destacaba.

No sé cuánto tiempo estuve escrutándola. La memoria con el paso de los años es selectiva y se pierden los detalles. Esos que dotan todo de significado. Lo que sí que rememoro como si hubiera sucedido ayer es cómo mis labios se curvaron solos cuando ella comenzó a reírse con una amiga de pelo rizado con tanto entusiasmo que se dobló por la mitad. A veces tiendo a pensar que eso fue lo que me llamó la atención. No era de extrañar que un ser muerto quisiera acercarse a alguien que desprendía tanta vida para robarle un poco de su energía.

Las animadoras que estaban a mi lado comenzaron a exagerar su pelea al ver que no las

miraba, gritando de un modo que provocó que la mayoría de los asistentes se girase para ver lo que estaba ocurriendo.

Ella también lo hizo.

Sin embargo, pasó de largo ese espectáculo seudoporno que estaban representando en directo hasta detenerse en mí. ¿Qué sentí? No lo sé. Permanecí tan inalterado e inaccesible como de costumbre. Pero mi cuerpo se estremeció con cada parpadeo, como si sintiese el aleteo de sus pestañas haciéndome cosquillas cuando ella me observaba con sus grandes ojos azules.

Frunció el ceño, sus dientes atraparon su labio y, asintiendo como si se estuviera dando la razón a unos pensamientos que no podía escuchar, comenzó a andar, erguida, sin temor, deshaciendo el espacio que nos separaba. Me gustó que tuviese voluntad, personalidad y decisión, aunque, evidentemente dada mi actitud nada amable, no lo mostré.

–Hola –saludó nada más llegar a mi lado.

Su voz era dulce y su aspecto angelical. Me percaté de que todavía no se maquillaba. Ojalá no lo hiciera nunca. No sabía por qué las mujeres se empeñaban en ponerse máscaras con las que todas se parecían cuando la naturalidad era lo que las convertía en especiales y diferentes. Su piel no necesitaba estar más bronceada artificialmente, el tono blanquecino le quedaba bien y, sospechaba, el color que adquiría cuando le daba el sol, también. Sus ojos eran claros y las pestañas aleteaban provocando destellos castaños sobre ellos. Sus labios eran gruesos y rosados. Desprendía ternura e ingenuidad, pero algo me decía que no me fiase, que era todo lo contrario, que ella no era tan sencilla de catalogar.

–Mi nombre es April. –Se acercó y me tendió la mano con seguridad. Era menuda. Mi cuerpo cubría todo el suyo.

Miré alternativamente su mano y a ella antes de hablar.

–¿Esperas algo? –Rechacé su invitación.

–A tu educación. Supongo que está de vacaciones…

–Te diré cómo funciona esto. No estamos en una película de Hollywood ni esto es un maldito libro de Nicholas Sparks. Yo no soy el chico malo, solitario con un pasado negro pero un fondo jodidamente bueno y tú no eres la princesita especial que se acerca, le comprende y lo enamora y saca lo mejor de él. Estamos en la vida real y, sin ánimo de ofender, las chicas como tú me aburrís.

–¿Has terminado ya? –No borró su sonrisa de cordialidad.

–Solo si has comprendido el concepto, te vas por donde has venido y me dejas en paz. –Imité su gesto.

–Por supuesto que lo he hecho. Tampoco es que el discurso sea muy elaborado. –Colocó un dedo en su mentón, pensativa–. Ni original. Sin ofender, los he oído mejores. Tienes que

practicar. Para asustar hay que saber. En fin… –Restó importancia a sus palabras con un gesto de la mano.

–¿Te vas?

–Por supuesto. Nunca me ha agradado que me humillen gratuitamente. –No elevó el tono de voz. Cualquiera que nos viera pensaría que estábamos manteniendo una conversación correcta y formal. Tan joven y lo suficientemente madura para saber que sin gritar y montar una escena me estaba poniendo los puntos sobre las íes de un modo que nunca nadie había hecho–. Solo un último detalle…

–Que debo escuchar –completé.

–No te preocupes. No es un viejo conjuro ni nada de eso. Te garantizo que cuando termine no te sangrarán los oídos y tus testículos no se habrán convertido en dos canicas. –Colocó su mano sobre mi brazo. Me tensé. Normalmente no me gustaban los contactos si no los había decidido marcando las pautas previamente, pero ese no fue el motivo.

Su piel era suave y cálida. Además, emitía descargas eléctricas, o eso me pasó a mí. Fue como si una especie de tormenta se descargase sobre esa zona de mi cuerpo, con unos rayos enormes que se colaron por mis venas y viajaron a lo largo y ancho de toda mi anatomía produciendo un cortocircuito que provocó que la piel se me pusiera de gallina y el bello se erizase. Si ella se percató, no dio ninguna muestra. Tal vez estaba demasiado molesta por mi actitud como para ver las señales que no podía esconder detrás de un tono de voz poco amistoso y palabras desagradables. La realidad cautiva de lo que desataba en mí que no podía controlar.

–¿Ves a esa mujer de ahí? –Me señaló a la señora que vendía las camisetas de tonos psicodélicos.

–No estoy ciego.

–Es mi madre –aclaró, y viendo la manera de desenvolverse que tenía cada una en el ambiente, pensé que tal vez en ese hogar los roles estaban cambiados–. Lleva varios días empeñada en que me presente. Me ha obligado a acercarme, a hablar contigo sin prejuicios. Sin embargo –me soltó y se apartó– ahora que sé que eres un completo gilipollas ya tengo la excusa perfecta para negarme la próxima vez que me lo pida. –Que alguien te deje las cosas tan claras sin borrar una sonrisa tan dulce tenía que ser un don–. Adiós, Sebastian. –Giró sobre sus talones.

–Yo no te he dicho mi nombre –le recordé.

–No es necesario. Todo el mundo lo sabe. ¿Te cuento un secreto? Por mucho que te resistas a relacionarte, nunca se cumplirá tu deseo.

–¿Cuál?

–Convertirte en alguien invisible hasta desaparecer.

April se marchó por donde había venido y regresó con sus amigos, que se mostraron alegres de tenerla de vuelta. Por mi parte, no lo pensé mucho más y me largué a las pistas del paseo

marítimo. Me apetecía jugar al baloncesto de verdad, con fuerza, entrega y potencia, descargar hasta poner el contador de adrenalina a cero.

Cuando terminamos estaba exhausto. El sudor me caía por la frente y la camiseta se adhería a mi cuerpo hasta fusionarse con mi piel. Me quedé en lugar de marcharme con el resto de los jugadores. Todavía tenía energía que descargar. Podía quemar más. El agotamiento físico era la única medicina que me servía para poder conciliar el sueño y dormir de un tirón.

Mucha gente veía el ejercicio físico como algo absurdo y se enorgullecía por no practicarlo. Vale que los capitanes de los equipos de instituto no dejasen muy bien parado al deporte. Ellos no deberían representarlo. Jugar al baloncesto, al fútbol americano o al béisbol era mucho más que alcanzar popularidad, tener dinero, chicas, fama y un pedazo de mansión en Santa Mónica.

La gente se equivocaba al asociarlo a esto. Hacer deporte era una manera de descargar las penas del alma, de sudarlas a través de la piel, de alcanzar la paz. Era disciplina, control, conocer tu cuerpo y tus limitaciones, vaciar de vez en cuando la mente, ponerte metas, gritar, llorar, reír, celebrar, trabajar en equipo, pensar, darte cuenta de que, con entrenamiento, a veces lo imposible se tornaba real.

Debería haber perdido parte de mi toque, el movimiento de mis manos perfecto y sutil después de la fatídica tarde en la que todo cambió. Los médicos me habían dicho que con esas fracturas nunca conseguiría volver a tener la misma actividad. Y lo había conseguido. Después de rehabilitarme, con constancia, dedicación, tragándome las lágrimas cuando el dolor se volvía insoportable, haciendo todo lo necesario para ese día y a esa hora poder meter un tiro limpio en la canasta, lanzando a una distancia de más o menos siete metros del centro del aro.

–Sí, joder –lo celebré, y corrí para recoger la pelota.

Me agaché y conforme la recuperaba escuché su voz. ¿Qué hacía April allí a esas horas? La observé por detrás de la tela metálica de la cancha. Iba hablando por el móvil. Debían de haberla llamado hacía poco tiempo porque se notaba que acababa de sacarlo del bolso, más que nada porque un tirante del mismo colgaba por debajo de su brazo y estaba abierto de par en par.

«Solo falta que se ponga un foco que señale el bolso e incite todavía más a robarla», pensé. Ese día, en el que todo el mundo medianamente decente estaba en los alrededores del instituto, no era muy seguro para una chica ir sola por allí, sobre todo a esas horas. La oscuridad de la noche multiplicaba los peligros y sacaba la parte más instintiva y monstruosa de los seres humanos.

Me percaté de que llamaba la atención de un par de chicos que estaban liándose un porro, sentados en un banco del paseo. Uno de ellos le dio un codazo al otro, ambos la miraron y dejaron la droga sobre la piedra de su asiento. Se colocaron la capucha negra por encima de sus cabezas y comenzaron a seguirla.

Tal como yo había vaticinado, iban a atracar a April.

Caminaron detrás de ella mirando hacia todos los lados para asegurarse de que no había testigos que les pudieran reconocer o jóvenes con un afán heroico que corrieran a proteger a la damisela en apuros. No me vieron. Tampoco es que importase. No pensaba ayudarla. Perder el bolso le enseñaría a tener más cuidado la próxima vez e ir más atenta. Una lección de la que aprender.

Los dos delincuentes se acercaron, estrechando el hueco que los separaba de su víctima y colocándose cada uno a un lado de April. Se hicieron una señal y, mientras uno le daba el estirón, el otro trató de arrebatarle el móvil. El primero no tuvo ningún problema en hacerse con su motín. No lo tuvo tan sencillo el segundo.

–Pero ¿qué cojones está haciendo? –grité, atónito por lo que estaba presenciando.

El lugar de ceder, dárselo y salir corriendo llorando a su casa como hacían las princesas de su calaña, su prototipo de chica, ella se aferraba con uñas y dientes a su aparato como si le fuera la vida en ello. Daba igual la fuerza que el chico emplease, porque April no lo soltaba. Supongo que a ellos también debió de extrañarles. No parecía una víctima complicada. Debería haber sido algo fácil, limpio y rápido. Es más, en su imaginación seguro que se veían repartiéndose el botín pasados diez segundos en lugar de forcejear con una rubia que, claramente, no estaba demasiado bien de la cabeza o no tenía sentido de peligro.

La zarandearon y, conforme la tiraron al suelo, dejé la pelota y salí de las pistas. Cuando pensaba que April no podía hacer nada que me desorientase más de lo que ya había hecho, la observé, seguía peleando desde su posición, sin dejarse amedrentar, mordiéndose el labio con rabia de la fuerza que estaba haciendo para que no se lo pudieran quitar.

Estaba loca. Demente. Era un hecho. También tenía más cojones que muchos de los hombres que había conocido. Pero eso segundo no tenía por qué ser bueno. April era la primera persona que no podía catalogar a primera vista. Mi misterio particular.

Llegué justo en el momento en el que uno de ellos estaba levantando la pierna para atizar a April en el estómago. No le di tiempo a que previniese mis movimientos. Creo que ni siquiera me había visto cuando mi puño impactó contra su nariz provocando que la sangre fluyera de ella y mi rodilla golpeaba su abdomen. Se dobló en dos y el bolso se cayó de sus manos rebotando contra el suelo. Una cosa es que permitiese que le robaran los veinte dólares que como mucho llevaría en la cartera y otra que la pegasen. Todavía no era tan capullo como para permanecer inmóvil y no defender a una mujer que estaba siendo atacada. De hecho, incluso en los peores momentos que llegaron mucho después, nunca llegué a serlo por más que me gustase demonizarme.

Realicé una llave para que se cayera al suelo el primero y evitar así que los dos vinieran contra mí, al menos hasta que ambos estuvieran heridos. No me costó demasiado. Años de entrenamiento y la ineptitud de estos para la lucha provocaron que le hiciera perder el equilibrio

sin esforzarme demasiado. Como cuando estaba en el tatami con un principiante, una de esas luchas que carecían de emoción.

Me centré en el segundo. April me observaba desde el suelo y aproveché que este había soltado el maldito móvil para colocarme delante de ella en una posición defensiva. Sacó una navaja de su bolsillo y la enarboló. ¿Quería darme miedo? Porque lo único que consiguió con sus movimientos fue provocarme risa. Me daba más miedo que se cortase él y tuviésemos que llamar a una ambulancia que me hiciese daño. Bufé. Me moví sigiloso y, como si fuera un baile en el que las llaves eran los pasos, le arrebaté el arma y le retorcí el brazo en la espalda hasta que aulló del dolor.

–Por favor, no le hagas daño a mi hermano –suplicó el que estaba en el suelo y me di cuenta de que no eran más que dos niños. Me reconocí en su mirada. Ellos tampoco habían tenido una vida fácil. No justificaba sus actuaciones, pero cuando tu ambiente es complicado caer en la tentación del camino fácil es mucho más sencillo, la voz de sirena del mal suena con más potencia, se instala dentro de ti y te atrae con fuerza.

–Largaos –sentencié, soltándolos, y ambos salieron corriendo–. Y no volváis a atacar a nadie. La próxima vez no seré tan benévolo. –Era un farol. Ni siquiera los distinguiría si volvía a cruzarme con ellos. Sin embargo, ellos así lo creyeron y estuve seguro de que no se atreverían a volver a hacerlo.

Se marcharon corriendo, olvidándose incluso del porro que se habían dejado en el banco. Miré a April. Seguía tirada en el suelo con la respiración agitada.

–No sé qué clase de fotos subidas de tono tienes en el móvil pero no merece la pena arriesgarte a que te dejen un ojo morado por ellas –le dije con sarcasmo, aunque era cierto, si no llego a estar allí se lo habrían hecho–. Anda, levántate. –Le tendí la mano y ella la agarró. De nuevo esa sensación química, eléctrica, inexplicable. Tiré y la ayudé a ponerse de pie.

–Gracias.

–De nada –acepté.

La coleta se le había deshecho por arriba y los mechones le caían sobre la cara. No quedaba nada de su aspecto impoluto. Verla tan desaliñada me hizo gracia. Trató de colocarse el cabello con las manos, pero se dio cuenta de que era imposible y se lo soltó, dejando que cayera como una cascada dorada sobre sus hombros. Cuando terminó, se esmeró en eliminar el polvo de los vaqueros para que no quedase ni rastro de la situación que acababa de vivir.

Después sus ojos azules volvieron a posarse en mí. No parecía la mirada de un cervatillo asustado, sino la de alguien que te está analizando, escrutando, intentado penetrar en tu interior. Mierda. Sabía lo que pasaría a continuación. Dejaría de verme como el gilipollas del mercadillo benéfico y me convertiría en ese guerrero de oscura armadura que la había salvado. Sus fantasías harían el resto del trabajo y no me la podría quitar de encima. Acababa de ganarme una fan, un

grano en el culo, una incómoda sombra que me perseguiría. Pensaba eso porque era lo que la experiencia me había demostrado. Años de vivencias luchaban contra esa sensación de que con ella todo era imprevisible. Hasta que abrió la boca y me lo demostró.

–¿Cómo has hecho eso?

–¿Qué?

–Los has reducido en un abrir y cerrar de ojos –remarcó.

–¿Impresionada?

–Sorprendida.

–Uno siempre debe saber cómo defenderse –traté de zanjar la conversación.

–Exacto. –Sonrió y el modo en que lo hizo provocó que la temiese–. ¿Me enseñarías? –Su proposición me pilló por sorpresa. No había adoración en sus palabras. Ella no me veía como el guerrero, sino que quería convertirse en él.

–Creía que no te caía bien… –le recordé para que no insistiese.

–¿Te parece un factor determinante? –No me pasó desapercibido que no negaba mi frase.

–No –contesté.

–¿Por qué?

–Porque no me da la gana. No necesito más motivos. No te debo nada. –Volví a sonar cortante, pero no le importó. En lugar de ceder ante el orgullo se quedó pensativa.

–Te pagaré.

–¿Intentas comprarme?

–Intento ser justa. La gente paga por las clases.

–¿Por qué no te apuntas a un gimnasio?

–Porque son más caros que tú.

–¿Sabes mi precio?

–Lo intuyo.

–Tal vez pido mucho…

–Regateo bien. –Nos quedamos en silencio–. No te resistas. Acabaré convenciéndote. Soy persuasiva.

Medité. No me seducía la idea de pasar más tiempo con ella. Algo me decía que si lo hacía todo cambiaría y estaba muy a gusto en mi propia burbuja de destrucción. Sin embargo, el dinero no caía de los árboles y menos para un huérfano. Me dije que tampoco perdía nada por intentarlo. No podía ni imaginarme que en esas inofensivas clases me lo estaba jugando todo.

–Está bien. –Curvó los labios satisfecha por mi decisión–. Te aviso de que soy un profesor muy exigente –recalqué para infundirle un poco de temor.

Nada. No había manera. Conforme lo pronuncié su sonrisa se ensanchó.

–Y yo una alumna muy aplicada que suele acabar superando a su tutor –me retó, y, antes de

darme siquiera cuenta, yo también estaba sonriendo ante el desafío.

Capítulo 16

Concertar una cita con April era más complicado que ir de excursión a Washington y que te abrieran las puertas de la Casa Blanca para que te tomases un café amigablemente con el presidente. ¿Qué digo? Era más difícil que conseguir una audición privada con el papa en la que te enseñase los archivos secretos del Vaticano.

No podía hacer tantas cosas. Los días no tenían suficientes horas. Aunque tuviese la capacidad de hacer dos o tres actividades a la vez seguían sin salirme las cuentas. Podría considerar la opción de que lo que me había dicho fuera cierto si hablásemos de que las llevaba a cabo con mediocridad. Pero la tía destacaba. Buena estudiante, colaborada en las actividades extraescolares y, además, con una activa vida social.

¿Cómo demonios lo conseguía? Es decir, ¿no estaba cansada? Porque me constaba, por las malas amistades que no tardé en hacer, que no se servía de drogas o aditivos para esa energía que gastaba. ¿Era posible que nunca estuviese agotada? ¿Qué llegase a casa y en lugar de dejarse caer contra el sofá más cercano siguiese pisando a fondo el acelerador de su vida para recorrer todos los caminos que le fueran posibles durante su existencia? Sea como fuera, una parte dentro de mí a la que no quería escuchar muy a menudo admiraba a esa chica. Era para hacerlo. Tenía las pilas más potentes que había visto nunca. Una especie de superadolescente que transformaba la cotidianidad en algo extraordinario.

Eso sí, su frenético ritmo vital la llevaba a ir siempre corriendo de un sitio a otro, como si los tiempos de estar estática fueran instantes tirados a la basura. Como ese día, mientras estaba sentado en el tejado que daba a mi habitación, y la observé cruzar el jardín de la casa de acogida a la velocidad de la luz, detenerse en la puerta, con la respiración agitada, doblándose sobre sí misma por el sofocón, y llamar al timbre.

Desde mi posición no distinguí quién le había abierto la puerta. Podía haber sido cualquiera de ellos; Sophia, Ethan, las niñas o alguno de los chicos. Daba igual. Los tenía embrujados a todos. La adoraban. No era de extrañar. Las sonrisas de April salían baratas. Con su amabilidad siempre

tenía una que regalar. Excepto a mí. Era vernos y se ponía alerta, tensa, desconfiaba y sacaba un carácter firme que no mostraba delante de nadie más. La niña buena desaparecía proyectando la mujer de armas tomar en la que se convertiría.

Tendía a simplificar sus reacciones diciéndome que todo se correspondía a que ella y yo no encajábamos, éramos dos polos opuesto que se repelían. Ella dulce y yo amargo. Ella feliz y yo irascible. Ella luz y yo oscuridad. Así era más sencillo. Sin embargo, nunca me han gustado las cosas fáciles. Por eso, en mis momentos de intimidad, cuando lo analizaba todo, desde el modo en el que había levantado la barbilla orgullosa para retarme ante mi fulminante mirada o la capacidad de darme una respuesta mordaz que me dejaba todo el día pensando cuál podría haber sido mi contestación perfecta para haber ganado la batalla dialéctica, llegaba a la egocéntrica conclusión de que, de alguna manera, tal como me ocurría a mí, era capaz de traspasar mi piel y removerme las entrañas hasta el punto de sacar a relucir, en mi caso, mi parte más humana, y, en el suyo, la más animal.

Oí la ventana abrirse antes de girarme y verla aparecer por la abertura.

–¿Así que es aquí donde te escondes? –murmuró mientras se asomaba.

–Si quisiera ocultarme, nunca me encontrarías.

Puso los ojos en blanco por mi jactanciosa respuesta. Debió decidir que el silencio por sí solo le otorgaba una victoria. Por mi forma de ser disparaba golpes a diestro y siniestro a través de las palabras. April sabía que enzarzarse en una discusión era lo que buscaba, e ignorarme, lo más parecido a darme un puñetazo certero sin tener que esforzarse.

Una vez que estuvo de pie, dirigió una fugaz mirada al interior de mi habitación, le cambió el gesto y se frotó con las manos los brazos desnudos.

–¿No te gustan mis aposentos? –La imité caminando a su lado.

–Son fríos.

–¿Como yo? –dije cuando me coloqué frente a ella.

–No. –Me observó con sus ojos azules, que parecían estar siempre al acecho de toda la información que podía ofrecerle el ambiente–. Tú eres un borde y estás demasiado enfadado con el mundo, como si enfurruñándote con todos los seres humanos le devolvieses al universo el golpe que tanto deseas. –Se encogió de hombros–. Lo de tu cuarto es solo un problema de temperatura que se arregla con un radiador encendido.

–¿Y tú la solución al mío? –De nuevo creí que ella se sentía mi salvadora y de nuevo me equivoqué. ¿Tal vez es que en cierta medida lo deseaba?

–No. Eso solo está en tu mano. Pero no te veo muy dispuesto a arreglar nada.

–Una pena…

–Pues sí, es muy lamentable para ti. Con esa actitud no sabes la cantidad de cosas que te estás perdiendo.

April se separó y comenzó a andar hacia delante como si hubiera visto algo que le llamara la atención. La seguí con curiosidad y ambos nos detuvimos en el borde del tejado, a tan solo unos pocos palmos del vacío.

–Entiendo que te guste este sitio –señaló. Ante nosotros se extendía Charleston. Al menos las edificaciones vecinas. Los colores de las fachadas se veían incrementados gracias a la incisión de los rayos del sol en ellos. Las hojas que coronaban las copas de los árboles brillaban como si se tratasen de estrellas diurnas. El mar al fondo se contoneaba como si se moviese al son de una canción que no escuchábamos–. Me parece que voy a robártelo algún día para dibujar.

–¿También pintas? –pregunté, sorprendido. Tenía que estar vacilándome. Punto.

–Supongo que como todo el mundo.

–Yo no.

–Pero podrías. Al menos a mi manera.

–¿Arte abstracto de ese que nadie comprende?

–La verdad es que no lo sé. –Me miró y debió de percatarse de que ya no la seguía–. Nunca lo he hecho. Sería la primera vez. Probar a ver qué sale. Sin pretensiones de ser artistas, solo por el placer de intentarlo.

–¿Para qué?

–Para experimentar, ¿no va de eso la vida? Prueba y error hasta encontrarte entre los fracasos y los aciertos. –Suspiró. Era de ese tipo de personas que soñaban despiertas, no había duda.

–Demasiado poético y bohemio para mí.

–Y así se demuestra lo que yo ya sabía. –Se giró. La coleta ondulaba a ambos lados mecida por el viento y se convirtió en las manecillas de mi propio reloj hipnotizador.

–¿Qué? –No pude resistirme, aunque algo me decía que no quería conocer su respuesta. A veces, para escuchar verdades hay que estar preparado y yo no sabía si lo estaba.

–Que vas de rebelde y eres todo lo contrario; un conformista acomodado en la seguridad de su propia burbuja de rabia.

Las palabras de libro de autoayuda no solían afectarme. Demasiados psicólogos habían tratado de hacer mella con ellas hasta el punto de que me había vuelto inmune. Cuando las oía me parecían un sonido vacío, hueco y falso. Sin embargo, con April era distinto. Todo lo era. Tal vez porque no parecía querer convencerme de nada. Tal vez porque cuando hablábamos lo hacíamos sin dejar de mirarnos a los ojos y lo único que veía en ellos era verdad. Tal vez porque su voz se colaba en mi mente. Fuera como fuera, tuve que cortar el diálogo de raíz porque, sin pretenderlo, me podía hacer reflexionar y eso es lo que menos quería.

–Haz lo que te dé la gana, pero la próxima vez intenta llegar puntual. Mi agenda está bastante apretada y pienso cobrarte la media hora que te has retrasado –solté con mi tono borde habitual.

–Lo siento. La clase de tango se ha alargado y…

–¿De tango? –la interrumpí–. Creía que me habías dicho que ibas a salsa. ¿Acabo de pillarte en la primera mentira, rubita? –Enarqué una ceja con suficiencia. Triunfal.

–No –contestó, tranquila–. Bailar es lo que más me gusta hacer en la vida. También voy a salsa, a zumba, a danza española… –enumeró, dejando la lista en el aire.

–Por lo que veo, eres el tipo de chica a quien no le preocupa arruinar a sus padres a base de actividades.

–Lo primero. No me conoces. Así que nunca hables como si lo hicieras –puntualizó, golpeando con su dedo incisivamente en mi pecho–. Lo segundo. Voy a explicarte un detalle, aunque claramente no lo merezcas. Sí, realizo todas esas clases, pero no deja ningún agujero en la economía familiar. Existe un invento de este siglo llamado Internet, ¿lo conoces? –No me dejó responder–. Dentro de ese gran universo está YouTube. Solo es necesario poner en el buscador el nombre de un tutorial y, *voilà*, puedes aprender en el salón de tu casa.

–Entonces deberías reformular cómo dices las cosas. Eso no se considera ir a clase.

–Es solo una manera de hablar. También digo que voy a ir a clases de defensa personal, aunque la realidad es que un neandertal bastante primitivo va a enseñarme a hacer unas cuantas llaves.

Nos quedamos en silencio. Aunque April trataba de permanecer impasible, se notaba que mi comentario le había molestado. Añadí una coletilla, confieso, por el placer de ver cómo su rostro cada vez se teñía más de rojo, apretaba los dientes y sacaba ese carácter que tanto me gustaba como respuesta natural a mis provocaciones.

–Solo tengo una duda. ¿Por qué no sigues tu *modus operandi* y lo haces con el ordenador? ¿No será esto una burda excusa para acercarte a mí? Si es así, me veo en la obligación moral de decirte que no tienes ninguna posibilidad conmigo. Deberías empezar a asumirlo para no llorar demasiado después.

–No hables de moralidad cuando no entenderías el significado de esa palabra ni aunque leyeses su definición en un diccionario. –Empezaba fuerte, la rubita–. Lo hago porque es un deporte cuerpo a cuerpo y si intentara practicar con la pantalla de mi ordenador, la rompería. Pero, tranquilo, existen más posibilidades de que te deje KO con un puñetazo después de nuestro entrenamiento a que rellene cualquier superficie del instituto escribiendo «Sebastian» al lado de un corazón.

–Bien, siempre me ha dado un poco de vergüenza ajena liarme con una tía en los baños y ver que la puerta está repleta de declaraciones conmigo como protagonista. –Creído, altivo y arrogante. Todo merecía la pena por ver su cara de irritación. ¿Por qué me gustaba tanto conseguir que le hirviera la sangre?

–Bravo. Ya has hecho tu comentario de macho alfa. –Fingió aplaudir–. Ahora, hablemos de cosas serias, ¿vamos a entrenar o al final vas a tener que devolverme el importe de las clases y

pagarme los intereses por aguantarte más de diez minutos seguidos sin intentar estrangularte?

–No podrías hacerlo. Ya sabes que soy bueno en la autodefensa. –Me aproximé hasta que su pecho rozó el mío mientras subía y bajaba. Levantó la cabeza para mirarme a los ojos.

–Tienes razón –concedió–. Por el momento –puntualizó, hablando con lentitud–. Ya veremos una vez que haya aprendido…

–¿Debo tenerte miedo? –Sonreí, divertido.

–Más del que te piensas. –Lo dijo de un modo fanfarrón. Creo que ni ella misma era consciente de toda la razón que tenía en sus palabras.

April me avisó, pero, como siempre, estaba ciego o enfocaba la mirada hacia el sitio inadecuado. Solo veía a una chiquilla pequeña, delgada, con un rostro angelical que no se correspondía con el genio que sacaba cuando estaba a mi lado. No observaba más allá. Y había mucho. Un universo. Creía que siempre saldría airoso de todo tipo de circunstancias. Yo, Sebastian, el experto. El invencible. El luchador. Sin embargo, no me paraba a pensar que ella iba a ofrecerme un mundo en el que yo era inexperto, un novato, aquel en el que los golpes no valían para ganar. Ese sitio donde el fuego se enfrentaba contra el hielo hasta derretirlo.

Fuimos en autobús hasta el gimnasio. Estaba a las afueras. A más o menos cuarenta y cinco minutos desde nuestro barrio. Prácticamente tuvimos que hacernos toda la línea de su recorrido. April consiguió un sitio nada más montarnos. Un codiciado hueco que cedió a una señora mayor que subió un par de paradas después. Cómo no iba a hacerlo la reina de la caridad y el altruismo… La reina de la bipolaridad capaz de mirar a todo el mundo como un corderito tierno y girarse, cuando chocamos accidentalmente al frenar el conductor de golpe, y fulminarme con sus ojos azules porque, sin querer y de un modo inocente que no solía ir conmigo, una de mis manos había acabado en su pecho por el movimiento del vehículo. Estuve tentado de dejarla un rato más sobre su piel por el placer de observar si mis pronósticos se cumplían y trataba de cruzarme la cara. Habría sido un buen modo de comprobar qué gancho tenía. No obstante, la aparté porque, aunque fuese un capullo integral, solo me gustaba tocar a una chica cuando me deseaba.

Había avisado de que llevaría una acompañante ese día, inventando algo así como que estaba valorando diferentes gimnasios y era una oportunidad para conseguir una nueva clienta. Tampoco tuve que esforzarme mucho en la mentira. La chica que trabajaba en la recepción de allí babeaba tanto cada vez que me veía que a veces me planteaba que ni siquiera me escuchaba cuando hablaba, evadiéndose a su mundo de fantasías.

Nunca fui un chico con un ego humilde. Lo reconozco. Cosa que no quiere decir que mi comentario sobre esa trabajadora se correspondiese con mi narcisismo crónico de adolescente idiotizado. Una mirada podía ser subjetiva, las notas calientes que encontraba de vez en cuando

en mi taquilla con las invitaciones a su casa describiendo, de manera demasiado explícita para mi gusto, las mil maravillas que me pensaba hacer, se llamaba objetividad pura y dura.

No descartaba aceptar algún día. Nunca he sido de los que piensan que una mujer se hace valer si espera casta y pura hasta la décima cita, a que ella y el chico sean novios o al baile de graduación para mantener relaciones. Me gustaba que fueran directas, que supiesen cuáles eran sus pasiones y no les diese vergüenza conseguirlas, que la libertad rigiese sus actos. Igualdad. Exigirles exactamente lo mismo que les permitiría que ellas me exigieran a mí. Punto.

Pasamos por su lado y, como de costumbre, me dedicó una sonrisa cargada de dobles intenciones. No le cambió la cara al ver que iba acompañado. April le pareció inofensiva. Demasiado pequeña e inocente para considerarla competencia.

Pasamos la parte del gimnasio que colindaba con las salas de clases en las que estaban las máquinas, dejamos atrás la piscinas y seguimos avanzando hasta la zona acolchonada donde practicaban artes marciales. No me pasó desapercibido que mi acompañante abría la boca al ver cómo un chico tumbaba a otro después de esquivar un golpe y hacer que perdiese el equilibrio con un sutil y rápido movimiento colándose entre sus pies para desestabilizarle. Llegamos a la última zona, esa donde estaban los sacos de boxeo frente a la pared grisácea, con una única ventana al exterior demasiado alta para que pudiésemos asomarnos por ella.

–Es allí. –Le señalé nuestro lugar.

–Hay gente –observó al ver que dos chicos estaban entrenando.

–Tranquila. Nos cederán el puesto. Aquí dentro tengo un nombre. Me respetan.

–Estás confundido. Temer a alguien es lo más alejado que pueden estar de respetarlo –murmuró lo suficientemente bajo para que nadie más, excepto yo, la oyera.

Tal como había vaticinado, los chicos se detuvieron en cuanto nos vieron aparecer. Ese era mi lugar. Todo el mundo lo sabía. Nada más que añadir. Nadie osaba arrebatármelo, sobre todo desde que me habían visto golpear el saco expulsando toda la rabia que llevaba dentro de una manera demencial. Insana. Monstruosa. Un espectáculo que los había llevado a querer alejarse de mí como si fuera una bomba capaz de accionarme al mínimo contacto.

Dejé la bolsa de deporte en el suelo y comencé a quitarme la sudadera tirando a la vez de la camiseta que llevaba debajo.

–¿Qué haces? –preguntó.

–Cambiarme –contesté la evidencia–. Tengo mi propia camiseta de entrenar –aclaré–. No todo el mundo puede comprarse una equipación completa cada vez que va a hacer deporte. –No hacía falta ser un lince para saber que las mallas deportivas negras con el símbolo de Nike rosa y la camiseta de tirantes de la misma marca y color que llevaba eran nuevas. Incluso me planteé que se le hubiese olvidado y todavía llevase la etiqueta.

Una vez hechas las explicaciones pertinentes me quité la sudadera y la camiseta.

–Agárralas –le dije mientras se las lanzaba y las pillaba al vuelo.

Me agaché y rebusqué hasta localizar la camiseta de tirantes blanca que solía usar cuando iba a darle un rato a los puños. Me la puse e iba a pedirle que me diera las otras prendas para guardarlas cuando me percaté de una cosa. Más bien del modo en que me observaba. Esa mirada que recorría mi cuerpo de arriba abajo. No era la primera vez que me topaba con una reacción similar. Años y años de entrenamiento me habían servido para tener el pectoral y los abdominales marcados y unos brazos fuertes y duros que solían resultar atractivos.

–Tenemos las hormonas revolucionadas, ¿eh, rubita? –April se ruborizó un instante al darse cuenta de lo que estaba haciendo y de que yo era consciente de ello. Ese efecto duró un segundo. El tiempo exacto que tardó el color de sus mejillas en metamorfosearse en el rojo de esa sangre que tanto hervía en mi presencia–. No te preocupes.

–¿Por qué es el efecto que sueles causar? –repuso con sarcasmo.

–Porque es normal a tu edad. Ya sabes. Empezáis a descubrir vuestra sexualidad y…

–Lo único que sé es que tú te gustas demasiado, pero, sinceramente, no eres para tanto. La mayoría de los chicos de este gimnasio están bastante mejor que tú.

Me reí. Me puse de pie y caminé a su lado. April se apretó la coleta y me recordó al gesto de los boxeadores cuando se ponen los guantes.

–¿Me gusto demasiado a mí mismo o te gusto demasiado a ti?

–Esa parte ya ha quedado clara en mi intervención anterior. No me gusta tener que repetir las cosas cuando las digo. Ya sabes, por ahorrar, las palabras son muy caras. –Sonrió con suficiencia y me encantó que lo hiciese, porque sabía que iba a borrársela con mi siguiente frase.

–No quería recurrir a lo evidente. Me lo has puesto demasiado fácil. –Me aproximé y acerqué mis labios a su oído. April se tensó, pero no se apartó para demostrar que mi presencia no la afectaba–. Tu propio cuerpo te delata.

–¿De qué hablas? –preguntó en un susurro.

–De que tu ausencia de sujetador ha hecho que tus pechos digan lo que te empeñas en negar.

Me aparté para poder disponer de una mejor panorámica mientras ella, inquieta por mi revelación, miraba sus pechos y comprobaba que tenía los pezones completamente empitonados.

–¡Eres un cerdo! –Me lanzó la sudadera y la camiseta, indignada–. ¿Qué haces mirándome las tetas?

–Te juro que no lo he hecho con ninguna connotación sexual. –Levanté las manos inocentemente–. Era una cuestión de seguridad personal. Podías haberme sacado un ojo, ya sabes… –Se tapó con las manos.

–Eres lo peor…

–¿Aún quieres que te enseñe o acabas de poner fin a nuestras clases?

–¿Todavía quieres enseñarme?

–¿Por qué no habría de hacerlo?

–Porque en cuanto sepa cómo defenderme lo primero que voy a hacer es demostrarte que para sacarte los ojos no necesito mis pezones –refunfuñó, aún molesta.

–Bien, empecemos entonces.

Me coloqué entre ella y el saco.

–Hoy vamos a practicar con el saco.

April asintió y comenzó a dar saltitos, como seguramente había visto que hacían en las películas teatralmente los boxeadores, mientras no paraba de decir «golpear» y «darle un buen puñetazo». Si de algo no me podía quejar es de que mi alumna no estuviese motivada. Aunque, tal vez, esta motivación viniese de que se imaginase que era mi cara en lugar del saco cada vez que impactase con su puño en él.

–Más despacio, señorita Balboa. –Le coloqué las manos sobre los hombros y se detuvo–. ¿Cómo piensas golpear?

–Así. –Me mostró su puño.

–Error. Si lo tienes ladeado, puedes hacerte un esguince de muñeca o algo peor. Depende de la potencia de la colisión. –Coloqué mis dedos sobre su mano, atrapándola. La mía era más grande y mi aspereza desentonaba con su suavidad. Con cuidado comencé a modularla y ella se dejó guiar hasta que alcanzó la posición óptima–. Mucho mejor.

–¿Recta?

–Sí.

–¿Y qué más? –Estaba hiperactiva.

–Tienes que focalizar qué te apetece golpear. –Inmediatamente me miró y sonrió, demostrando que lo que más quería era partirme la cara. Así de simple–. Concentrarte, tomar impulso… –Iba haciendo lo que le decía, como si practicase.

–¿Y golpear?

–S… –No me había dado tiempo a terminar de hablar cuando, sin previo aviso, se lanzó a poner en práctica lo que le acababa de decir. Sin guante ni nada. Como una bestia.

Como no me esperaba lo que iba a hacer, me quedé petrificado, sin saber cómo reaccionar, cuando su puño pasó veloz por mi lado en un abrir y cerrar de ojos hasta que impactó contra el saco. Si alguna vez había pensado que April era una chica débil carente de fuerza, ese prejuicio se esfumó en ese mismo instante. Golpeó con tanta fuerza que el artefacto se vio impulsado hacia atrás con potencia y siguió el movimiento de balanza que le era propio golpeándome por la espalda, provocando que perdiese el equilibrio.

Todo sucedió tan rápido que, sin comerlo ni beberlo, me vi propulsado hacia delante, cayendo de boca, llevándome a ella por el camino. La derribé como si fuera la pelota pesada de una bolera que colisionaba contra el último bolo que quedaba. Antes de venirme abajo solo me dio tiempo a

colocar las dos manos a ambos lados de su cuerpo para no aplastarla con el peso del mío y hacerle más daño del que se podía haber hecho ya. Las muñecas me crujieron, pero estaban preparadas para soportar algo así de cuando hacía las flexiones.

No me había percatado, pero, en algún momento del microsegundo en el que sucedió todo, había cerrado los ojos. Despegué los párpados con temor de lo que podía encontrarme. Y vaya si tenía que temer…

Mi cuerpo cubría el de April al completo. Su pelo rubio se extendía sobre el tatami y el olor a cerezas se coló por mis fosas nasales. Estábamos cerca. Demasiado. Tanto que la punta de su nariz rozaba la mía y nuestros pechos se acoplaban llevando el mismo ritmo en su agitada respiración. A esa distancia me pareció que sus ojos tenían un azul que nunca antes había observado y se metió detrás de mi retina, provocando que a partir de ese día ese tono fuese mi favorito, el que buscaba en todas partes y no encontraba en ninguna. Descendí la mirada hasta su boca y encontré sus dientes por encima de esos rosados y apetecibles labios. Los liberó para poder entreabrirlos, su aliento se coló dentro de mí. Nunca antes me había apetecido tanto rozar los labios de una chica, besarlos, devorarlos, morderlos y desgastarlos. Nunca me apeteció tanto después.

–¿Estás bien? –logré preguntar, confundido por ese cóctel químico.

–¿Y tú?

–¿Yo? –Me sorprendió su pregunta–. Claro.

–Entonces ya puedo…

April comenzó a reírse con ganas. ¿Un sonido celestial? Todo lo contrario. Parecía que estaban asesinando a un cerdo en vivo y en directo o dos cochinos estaban fornicando en el polvo más salvaje de su vida. ¿De verdad ese era el sonido de sus carcajadas? ¿Dónde estaba su glamur de princesa?

Me levanté de un salto. No sé si lo hice porque parecía que se mofaba en mi cara de lo que acababa de suceder que, por si nadie se había dado cuenta, era derribarme en nuestra primera clase, porque por el rabillo del ojo me percaté de que el resto de los chicos que estaban en el gimnasio también lo hacían, mirándome divertidos en lugar de con temor, el gran Sebastian vencido de un único puñetazo por una animadora, o porque, en definitiva, se me estaba nublando el juicio y si seguía tan cerca de ella un segundo más iba a cometer una locura como besarla hasta que se me olvidase todo, incluido el motivo por el que yo creía que debía estar enfadado hasta el fin de mis días.

–¡Venga! –Me imitó y me agarró del brazo sin parar de reír–. No puedes negar que ha sido divertido.

–¡Ha sido humillante! –acepté.

–¿Que una chica te haya ganado?

–Que alguien lo haya hecho.

–Y eso que no has visto tu cara… –murmuró, controlando las carcajadas que le brotaban de dentro como si fueran espasmos.

–¿Qué cara? –Me puse serio. Nada. No había manera. Con eso solo conseguí que aumentase su entretenimiento.

–¡La de pánico! –Me rodeó.

–¿Se puede saber qué narices estás haciendo? –Trataba de imponerme. De sonar amenazador. Mi resultado con ella fue nulo.

–Estoy comprobando una cosa.

Me quedé estupefacto conforme se agachó. ¿Me estaba oliendo el culo? ¿De verdad? Debía haberme dado un golpe en la cabeza y estar sufriendo alucinaciones. No había ninguna otra explicación.

–Nada. –Volvió a erguirse y regresó a su posición inicial enfrente de mí.

–¿Nada qué? –escupí.

–No hay tufillo. Creo que no te has hecho caquita.

Abrí tanto los ojos que por poco se me salen de las cuencas. Lo juro. ¿Acababa de decir lo que creía haber escuchado?

La manera en que se dobló sobre sí misma al ver mi reacción y el eco de su risa me confirmó que había escuchado bien. Me estaba vacilando de lo lindo.

–Venga. Un poquito de sentido del humor –logró pronunciar–. No puedes estar serio eternamente. Además, por lo que he oído, mi risa es contagiosa. –Su jodida risa era un horror y, aun así, no pude negar que su afirmación no fuese absolutamente cierta.

Capítulo 17

Ese día la amistad o lo que fuera que estuviera forjando con April se acabaría. Lo sabía. Lo asumía.

Medité acerca de la posibilidad de abortar la misión y barajé todas las opciones antes de sucumbir ante la evidencia de que no podía tomar otro camino. Si eso mismo hubiese sucedido hacía algunas semanas no me habría detenido ni a pensar. Lo habría hecho y punto. Sin embargo, algo había cambiado. Ella lo estaba haciendo.

Seguíamos entrenando. April había demostrado ser buena alumna, aplicada, que pillaba los conceptos fácilmente y practicaba frente al espejo de su casa hasta que lograba llevar a cabo una llave. A veces la veía, a través de la ventana abierta de su habitación, repetirla centenares de veces hasta que conseguía realizarla y lo celebraba saltando a la vez que se limpiaba el sudor de la frente.

También estaban las tardes en el tejado. Me gustaba estar allí, como si fuera un mero observador de todo lo que sucedía a mi alrededor, ajeno, sin nadie que pudiese acercarse a mí. La primera vez que subió lo hizo sin motivo aparente. Le mostré mi desagrado porque estuviera allí y eso no hizo sino que aumentasen sus ganas de hacerlo. Siempre me llevaba la contraria. Qué le vamos a hacer…

Solía venir a la misma hora. Algunas veces para dibujar unas pinturas horrendas, otras para bailar y la mayoría para hablar. Hablaba muchísimo. Demasiado. Hasta el punto de que raras veces conocía el silencio cuando estaba a su lado. Todo tema de conversación era susceptible de salir a la luz cuando April invadía mi espacio personal. Eso conllevaba, irremediablemente, discusiones continuas. Retarnos era nuestro deporte favorito. Una de sus frases favoritas era que me tenía «tanto aprecio» que, si un día me atropellaba, daría marcha atrás para ver qué tal estaba.

No nos soportábamos el noventa por ciento de ese tiempo que ambos fantaseábamos con acabar con la vida del otro de un modo lento y doloroso. Pero, claro, existía el diez por ciento restante. Ese que no podíamos manejar. Eran los momentos que contenía ese porcentaje los que

lo cambiaban todo, los que hacían que, cuando la veía con su coleta rubia oscilante salir de su casa rumbo a la mía, surgiese de manera natural mi sonrisa lateral, que borraba antes de que me viese para poner mi mejor cara de póquer.

Nunca lo confesaría en voz alta ni aunque me torturasen, pero las horas en el tejado eran infinitamente mejores cuando ella estaba allí, más divertidas, con el tiempo esfumándose a una velocidad que me hacía plantearme cómo diablos se hacía más pronto de noche cuando contaba con la compañía de April.

El germen de la rubia se estaba instaurando en mi organismo y, deducía, el mío en el suyo. Ambos enfermando del otro. Delirando por este motivo de una manera que nos llevaba a buscar al otro por los pasillos repletos de gente del instituto entre clase y clase, mirarnos intermitentemente y de manera disimulada en la cafetería o hacer gilipolleces que no venían con nosotros, como, en mi caso, sostener el pomo de la puerta de la biblioteca planteándome si entrar o no cuando estudiar no me importaba lo más mínimo, solo porque había visto que ella estaba allí y me apetecía sentarme a su lado para molestar, hablar, reírme al comprobar que tenía todos los bolígrafos destrozados de tanto morderlos, leer… No lo hice. Del mismo modo que ella no se adentró en el cutre gimnasio escolar, a pesar de que muchas veces se detenía en el pasillo de acceso mordiéndose el labio pensativa, gesto que veía a través de la cristalera y me despistaba del entrenamiento.

Todo se estaba incrementando entre nosotros. Intentar detenerlo era como pedirle al mar un día de aire que no tuviese olas. Como tratar de parar un tren poniéndose delante. Como pedir a una estrella fugaz que no surque el firmamento y se quede quieta, estática. Las cosas entre nosotros evolucionaban a la velocidad de la luz, con tal intensidad que no encontrábamos los recursos suficientes en la experiencia que teníamos para pulsar el botón de stop. Las sensaciones, los sentimientos y los actos que se producían eran tan ajenos a nuestra voluntad que daban miedo. Temor por las cosas que se escapaban a nuestro control. Y a la vez eran adictivos.

Por ejemplo, el día anterior, cuando la había visto detenerse en el jardín de los Bennet el corazón me había comenzado a latir con la potencia, la fiereza y la fuerza que solo experimentaba cuando ella estaba cerca. Solía pensar que era un ritmo que mi músculo vital le reservaba. Devastador y placentero a la vez.

Esa no fue la única señal de que ella se encontraba cerca. Me di cuenta de que se había producido otro de los efectos secundarios que tenía la rubita en mí. La sonrisa de gilipollas. Lo supe porque Sophia, aunque no me dijo nada ni entonces ni después, me observaba desde su posición con curiosidad. Nos miró de manera suspicaz a uno y a otro alternativamente y un gesto extraño se dibujó en su cara, la esperanza, esperanza que me dedicaba a mí. Inmediatamente forcé a mis labios para que volvieran a ser esa línea infranqueable.

April se mantuvo en un segundo plano a la espera de que acudiese a su lado.

–Visualiza la canasta, dobla las rodillas y lanza la pelota con el juego de muñeca que te he enseñado –remarqué cada paso a Ethan.

Ese día era mi cumpleaños y estaba más sociable que de costumbre. Incluso una persona con el corazón de hielo no podía evitar que se le derritiese un poco al llegar a casa y ver el despliegue de medios de Sophia para organizar una celebración inmejorable.

No hablo de cosas materiales. El dinero nunca fue demasiado en casa de los Bennet. Las ayudas del Gobierno daban para que los niños que estábamos bajo su tutela viviésemos sin perder la dignidad y ellos buscaban que lo hiciésemos de manera normal, como todos los demás. A lo que me refería es a la decoración de la casa con los dibujos de las pequeñas, la tarta que había hecho ella o cómo habían montado una canasta de segunda mano al lado del garaje para que pudiese jugar allí y no me tuviera que ir tan lejos. Intenté permanecer inmune a esos detalles. No pude. El chico de hierro también tenía carne.

–Demasiadas instrucciones para alguien tan viejo… –murmuró Ethan mientras me marchaba y veía, tal como sospechaba, que volvía a efectuar un tiro pésimo. No podía ser tan malo. Literalmente. Creo que esa puntería acentuadamente desastrosa tenía un fin, lograr que todo el mundo estallase en carcajadas.

Al llegar al lado de April me percaté de que estaba nerviosa, aunque la voz no le tembló cuando habló. Sin embargo, no paraba de frotarse las manos sudorosas. No me pasó desapercibido que sostenía una bolsa en una de ellas.

–Si quieres, puedes unirte a nosotros –le ofrecí–. Estoy de rebajas. Hoy las clases de baloncesto son gratuitas.

–¿Te he dado a entender por alguno de mis comentarios que soy masoquista? ¡Bastante tengo con aguantarte durante las horas de defensa personal! –bromeó.

–¿Tú? El que está desarrollando más paciencia que un santo soy yo. A este ritmo me veo pidiéndote un aumento de sueldo, el extra por soportarte –repliqué en tono amistoso–. No me negarás que te ha salido barato con lo buen profesor que soy.

–Eso lo sabré si algún día tengo que enfrentarme a alguien en la calle –añadió para seguir con la coña. Sin embargo, me recorrió un escalofrío de arriba abajo. Sé que April no lo decía en serio, pero el mero hecho de imaginarme a alguien atacándola hizo que me tensase.

–¿A qué has venido aquí? –Cambié la conversación para tranquilizarme. ¿Por qué narices me había afectado tanto un hipotético caso? ¿Hasta ese punto me importaba que no soportaba ni imaginar que algo malo le sucediese?–. ¿O es que ya echas de menos ver mi cuerpo sudoroso practicando deporte y necesitabas tu dosis diaria? Eso es vicio, rubita. –Puso los ojos en blanco.

–Venía a darte un regalo… –Me tendió la bolsa. La cogí.

–O sea que recordabas que hoy era mi cumpleaños.

Coloqué un dedo en el mentón para hacerme el interesante. Tenía que decir alguna tontería

para que no notase que estaba sorprendido y a la vez emocionado porque ella tuviese un detalle conmigo. Soltar alguna de las frases que se suponía que siempre decía para que no se percatase de que me temblaba un poco la voz al conseguir una nueva pista de ese puzle suyo que había comenzado a construir hacía tiempo que demostraba que, aunque me dijese que algún día me sacaría los ojos y se los comería, le importaba.

–¿Debo tener miedo de subir a tu habitación y encontrar fotos mías en las paredes con corazones rosas?

–A este paso más bien de ver tu cara en algún muñeco con el que practicar vudú. –Rozó la bolsa con las manos–. Anda, ábrela.

Le hice caso. En el interior había un paquete envuelto en papel de regalo rosa. Enarqué una ceja e iba a hacer un comentario mordaz sobre el tono que había elegido y cómo hería mi masculinidad que se me atragantó en la garganta al ver la ilusión expectante que tenía en que lo abriese. No era necesario. Podía bajar las defensas con ella.

–No es nada del otro mundo. Una tontería insignificante… –Comenzó a pronunciar mientras arrancaba el papel. Ambos teníamos esa estúpida manía de restar importancia a las cosas que hacíamos con el otro para no mostrarnos vulnerables.

Era una camiseta deportiva blanca con el símbolo de Nike en gris.

–Ya no tendrás excusa para ir siempre medio desnudo…

–Gracias. –Me la coloqué por encima–. Es perfecta –reconocí.

–Me alegro de que te guste. –Se removió, inquieta. Sabía encajar mejor mis golpes verbales que un mero agradecimiento. Mi amabilidad la pilló desprevenida–. Debería irme. Te están esperando.

April tenía razón. El juego se había detenido hasta que volviese para seguir enseñándoles un rato más antes de formar dos equipos más o menos con la misma calidad y jugar un partido.

La rubia se marchó de nuevo a su casa. Estuve anclado al suelo, en la misma posición, hasta que estuvo en su puerta y, como si lo supiera, se giró y ambos nos miramos un segundo fijamente a los ojos antes de volver a nuestras rutinas. Ella entró y yo volví a la canasta sosteniendo entre las manos esa camiseta que significaba mucho más, la prueba tangible de la evolución, una especie de ofrenda de paz que iba a romper menos de doce horas después.

Apenas había amanecido. Las calles estaban vacías y las luces de las farolas se iban difuminando para dar paso a la natural. Miré debajo de la alfombrilla de bienvenida de April. Nada. Pasé a la siguiente opción. Rebusqué entre los pocos maceteros que tenían en la entrada, tanto en el interior como debajo del recipiente. Seguía sin encontrar lo que necesitaba. Entonces algo captó mi atención. El brillo de un farolillo metálico que estaba junto al balancín. Abrí la puerta acristalada y las localicé. Las llaves de la casa. Estaba en lo cierto. En un barrio tan tranquilo la gente tenía una percepción de la seguridad insuficiente.

Las metí en la cerradura de la puerta de su vivienda y abrí de un modo sigiloso. Tratando de no hacer ningún ruido que revelase mi presencia. Anduve de puntillas por su pasillo. En medio de ese silencio sepulcral cualquier ruido se intensificaba. No me tuve ni que esforzar para encontrar la bandeja sobre la que reposaban el resto de las llaves. Era una familia confiada. Escogí la que identifiqué que correspondía al viejo Volvo aparcado en la entrada y salí como un fantasma que no había revelado su presencia.

Me encaminé hacia el vehículo. Lo abrí con el mando a distancia, e iba a hacer lo mismo con la puerta cuando oí su voz, que mezclaba la sorpresa con la incredulidad y el inicio de un enfado, detrás de mí.

–¿Qué crees que estás haciendo? –¿Por qué narices tenía que estar despierta a esas horas y no dormir hasta prácticamente la hora de comer, como el resto de los mortales adolescentes?

Me giré. Vestía las mallas negras con el símbolo de Nike rosa y la camiseta de tirantes de la misma marca con los colores alternados entre la prenda y la marca. Un conjunto que se le ceñía a cada centímetro del cuerpo y conocía muy bien de nuestras horas de entrenamiento. Cruzó los brazos por debajo del pecho y frunció el ceño.

–¿De verdad es necesario que te lo explique? –Me di la vuelta.

–¡Estás robando el coche de mis padres! –exclamó, gritando. No me hizo falta verla para saber que acababa de elevar los brazos al cielo.

–¿Lo ves? Lo has adivinado. Confiaba en que lo hicieras. Ya puedes hacer una pancarta e ir a manifestarte en defensa de que las rubias no son tontas.

Coloqué la mano en la palanca y tiré para abrir la puerta. No tenía tiempo que perder y menos cuando me acababan de descubrir.

–¡Y una mierda te vas a ir hoy de aquí con el Volvo! –De un modo sigiloso, se interpuso entre el vehículo y yo.

–Apártate –ordené, serio.

–No me da la gana. –Levantó la barbilla.

–Está bien. No me dejas otra opción. –Antes de que se diese cuenta, tenía mis manos sobre ella para quitarla de mi camino. April forcejeó pero no le sirvió de nada. Lo único que consiguió fue arrearme sin parar con su coleta alta en la cara mientras trataba de zafarse de mi sujeción–. Estate quieta. ¿No ves que no tienes opciones de ganar? Todavía no eres tan buena aunque te entrene el mejor.

–¿Puedes explicarme por qué narices estás haciendo esto? No tiene sentido. –El pecho le subía y le bajaba a un ritmo frenético.

–No pretendo que lo entiendas. Vete a casa, April, a decírselo a tus padres, llamar a la policía o hacer lo que sea que vayas a hacer cuando me marche.

–¿Y que huyas, tal vez no te pillen y no lo recuperemos? –Sonaba sincera como si realmente

creyese que lo que decía era cierto cuando la realidad es que no fue directamente a llamar a las autoridades porque sabía que todo el peso de la ley caería sobre mí e intentaba protegerme, darme una oportunidad de rectificar. Robar no era un juego de niños y tendría que afrontar las consecuencias–. ¿Crees que voy a dejarte que te lo lleves sin más? Eso es porque no me conoces lo suficientemente bien. –Antes de que me diera tiempo a añadir algo corrió, abrió la puerta del copiloto y se sentó. La imité y la miré sin comprender qué diablos estaba haciendo–. ¿Ahora qué? Estoy dentro.

–¿No vas a bajarte? –Me acomodé y coloqué los espejos.

–No. –Lo adiviné. Creía que con ella allí no me largaría. Estaba muy equivocada. Por primera vez maldije que el vehículo de Ethan no fuera tan fácil de hurtar, que él siempre tuviese las llaves en la habitación y que hacer un puente no fuese tan sencillo como había visto en las películas de acción.

–Entonces abróchate el cinturón que nos vamos de viaje.

–Estás de coña, ¿no? –preguntó con escepticismo.

–Me temo que no. –Giré la llave y encendí el motor.

–¿Sabes siquiera conducir?

–Yo sé hacer de todo, rubita.

Dicho eso, quité el freno de mano, pisé el acelerador y comenzamos la marcha. April abrió mucho los ojos mientras abandonábamos nuestra calle, como si todavía no pudiese creerse que lo hubiera hecho. Tuve suerte de salir a la autopista principal sin encontrarme ningún semáforo en rojo. Sospechaba, por cómo se mordía el labio con rabia mientras pensaba, que se habría bajado del coche. De hecho, no paraba de mirarla de reojo por si tenía la absurda idea de hacerlo en marcha.

–Al menos dime adónde vamos –fue lo único que pronunció, seria, al acceder a la carretera.

–A Carolina del Norte –le dije.

Durante horas no nos hablamos ni nos miramos. Ella tenía todo el cuerpo girado hacia la ventanilla y yo mantenía la vista clavada al frente, tratando de conducir de la mejor manera posible y cruzando los dedos para que ninguna de las patrullas nos diese el alto. No habría ninguna excusa buena para lo que estaba haciendo. Si la policía nos detenía, yo acabaría esposado y April volvería a casa.

Nunca me había incomodado el silencio, pero en ese momento lo hacía. Estaba acostumbrado a que ella llenase de palabras cada uno de nuestros encuentros y verla así de distante y fría, tan enfadada como para no intentar siquiera comenzar una discusión conmigo, me hacía replantearme si estaba haciendo lo correcto. Si esa impulsividad mía no sería un error.

Puse la música de la radio para que amansara a la fiera que tenía al lado. Sus padres tenían seleccionado un dial de *rock* antiguo. Lo dejé. La melodía me ayudó a evadirme. A no pensar. A

no meditar. A quedarme en blanco. Todos los inventos del siglo en el que había nacido me invitaban a ello. La televisión, la radio, el móvil y un largo etcétera que distraía la mente y la mantenía ocupada para que no tuviese la necesidad de reflexionar.

Quedaba poco para llegar a nuestro destino cuando no pude contenerme y le hablé. Tal vez eran los nervios por saber que en pocos segundos tendría que enfrentarme a algo muy duro lo que me llevó a querer oír su voz, fuera como fuese, para tranquilizarme.

–¿En qué piensas?

–En ti. –Me sorprendió que contestase, aunque sonase malhumorada–. En tus decisiones. En si merece la pena pasar una larga temporada en un correccional de menores por este viaje.

–¿Correccional?

–Sí. –Se giró y me miró. Tenía los ojos rojos. Debía de haber estado llorando de la rabia y la impotencia, pero no se había limpiado siquiera las lágrimas para que no me percatase–. Esto no es un juego, Sebastian. Has robado un coche y me has secuestrado. Dime, ¿hay algo tan importante en Carolina del Norte por lo que merezca la pena jugarte tu libertad?

–Sí. –No lo dudé.

–Espero que por lo menos tengas el polvo de tu vida con esa chica. –Miró al frente.

–¿Chica? ¿Quién ha hablado de chicas?

–No es necesario. No tienes amigos. No te abres. No dejas que la gente te conozca. Así que esa opción queda desechada. En Charleston también hay camellos y si necesitases drogas, no tendrías que cruzar el estado. Tras mucho pensar solo ha quedado la opción de que se trate de una mujer. ¿Me equivoco?

–No. Y antes de que preguntes, sí, por ella no solo robaría un coche y secuestraría, por ella llegaría a matar.

–Eso es una estupidez.

–¿Celosa, quizás?

–Ya te gustaría.

–¿A mí? –pregunté, extrañado, y me reí. Poco a poco volvía a sonar como siempre, combativa, con fuerza, cien por cien April.

–Sí. Ya te gustaría tener a una chica como yo que te enseñase lo que es un amor normal, sin necesidad de delinquir para demostrarlo.

–Eso lo dices por tus múltiples experiencias con los chicos, ¿no? Eres solo una niña, todavía andas en pañales en las relaciones –contraataqué, porque lo que me ofrecía sonaba demasiado tentador.

–Por supuesto –dijo orgullosa, en lugar de avergonzarse como hacían otras chicas de su edad, sin darse cuenta de lo absurdo que era molestarse por ser joven–. No quiero crecer demasiado deprisa, ¿sabes? Me gusta aprovechar cada etapa. No saltarme ninguna. El futuro llegará tarde o

temprano, pero el pasado no lo recuperaré nunca –sentenció, y me pareció un argumento sublime que me hizo sentir idiota por hacer totalmente lo contrario a lo que defendía ella, claro que, en mi caso, era la realidad la que me había obligado a sumar años a mi edad.

Llegamos a Morehead City, en Carolina del Norte, a media mañana. Era una ciudad costera bastante bonita, no excesivamente grande, pero con encanto. El manto de árboles de un tono verde oscuro e intenso cedía ante una pequeña ladera que daba lugar a las viviendas, la mayoría de ellas casas independientes, bajas, blancas con tonos marineros, y desembocaba en el mar, con los barcos amarrados en ese muelle con un paseo revestido de tonalidades blancas. Mientras cruzábamos sus calles observé de nuevo ese manto de agua del mar que rodeaba la ciudad que parecía una isla dentro del país.

No tuve que preguntar cómo llegar a nuestro destino. Conocía bastante bien el lugar. Había vivido allí durante una etapa entre mis múltiples mudanzas. Paramos en un paso de peatones y, por un momento, temí que April se pusiera a gritar que la había secuestrado y llamasen a la policía o algo por el estilo. No lo hizo. Llegados a ese punto supongo que sabía que quedaba poco tiempo para que nuestro viaje terminase y pudiese hacerlo por sus propios medios sin necesidad de montar una escenita. Estaba cansada.

Giré en la siguiente calle y llegamos a nuestro destino: el hospital de Morehead City. Noté cómo la curiosidad invadía a mi acompañante cuando aparqué el coche de sus padres. Ese lugar no había pasado por su mente durante todo el tiempo que había estado barajando hacia dónde nos dirigíamos.

–¿Tantas ganas tienes de verla que no puedes esperar a que la enfermera termine su turno o estás tan trastornado que te ponen las habitaciones de hospital? –No sonaba del todo convencida. Había algo que no le encajaba.

No le contesté. Estaba nervioso. Sabía perfectamente el número del cuarto que iba a visitar, por lo que me ahorré consultar a la enfermera del control que me reconoció de inmediato y me sonrió con familiaridad. Imaginaba que April iría corriendo a pedir que le dejasen un teléfono para avisar a la policía, las autoridades, a alguien. Pero en lugar de eso me siguió por los pasillos. Supongo que la curiosidad podía con su sed de venganza, de castigarme.

¿Estaba dispuesto a que la viera? ¿A compartir una parcela tan íntima de la vida con alguien? ¿Con ella? No tenía opción y tal vez eso me vino bien, porque, de otra manera, habría seguido siendo mi secreto. Uno más de los tantos que tenía que ocultar en la caja del dolor que mantenía cerrada a cal y canto a la altura del pecho.

Llegamos al cuarto y abrí la puerta de inmediato. Antes de entrar me invadió su olor. Seguía utilizando la misma colonia con olor a vainilla que le había regalado el día que me marché. La misma que durante años mi madre le había comprado religiosamente porque era su favorita. No quise ver la reacción de April por dos motivos. El primero, que odiaba la mirada lastimera y de

pena que se solía dibujar en las personas que me acompañaban en su presencia, y el segundo y fundamental, que me moría por darle un abrazo. La había echado infinitamente de menos. Mucho más de lo que me reconocía a mí mismo para soportar los días de separación. Ella era lo único que me quedaba en el mundo, la esencia de que las raíces de mi familia seguían germinando en el suelo y no tenía que soportar yo solo todo el peso del tronco.

Bethany estaba sentada al lado de las ventanas, que estaban abiertas de par en par, con las piernas dobladas encima del sofá. Aprecié que los vaqueros que le había comprado antes de marcharme a Charleston y la camiseta de manga corta de los Red Hot Chili Peppers le quedaban grandes. ¿Nunca iba a parar de perder peso? ¿La enfermedad no dejaría de consumirla? La respuesta evidente era que no, o al menos eso me demostraba mi experiencia.

Los médicos y los psicólogos validaban mi opinión. Todos ellos se habían encargado de presentarme el escenario más complicado, el fatídico, el último, para que estuviese preparado. Sin embargo, no eran Dios, y su palabra tampoco era divina. También se equivocaban. Bethany se lo demostraba día a día cuando por la mañana su corazón seguía latiendo a pesar de que la fecha de caducidad que le habían puesto los expertos había pasado hacía mucho tiempo. Si el hecho de que estuviese en los huesos era la prueba de que estaba gastando toda la energía de su pequeño cuerpo en luchar contra el cáncer de huesos no podía más que apreciar su delgadez.

Cada día durante mis entrenamientos, cuando golpeaba el saco hasta que me dolían los nudillos, no pensaba en el pederasta con el que compartí casa o los ladrones que mataron accidentalmente a mi madre. A esos malnacidos podía destrozarlos sin despeinarme. Los puñetazos iban dirigidos a esa maldita enfermedad que decidió habitar el cuerpo de mi hermana pequeña sin piedad y sin justicia alguna. A veces pensaba, fuera de toda heroicidad o dramatismo, que ojalá me hubiese tocado a mí luchar esa batalla para ser yo y no ella quien combatiera contra la muerte cada mañana con uñas y dientes, aferrándose a la vida de una manera que me hacía colocarla en el pedestal de la gente a la que admiraba.

Se recolocó el pañuelo blanco que llevaba en la cabeza sin percatarse de nuestra presencia. Carraspeé antes de hablar.

–Así que esto es lo que haces cuando ignoras mis llamadas, cotillear por la ventana. Te parecerá bonito… –Traté de que mi voz sonase natural y ahuyenté ese nudo en la garganta que se me formaba cada vez que la veía.

–¿Sebastian? –preguntó mientras se giraba.

–El mismo.

–¡Sebastian! –exclamó, remarcando sus palabras.

April me había preguntado en el coche si la chica que iba a visitar merecía tanto la pena como para pasar el resto de días en un correccional. La respuesta la tuve en cuando vislumbré cómo ese rostro alicaído y apagado se encendía al verme y sus ojos castaños, con una mirada melancólica,

brillaban con ilusión. Ahora tenía clara mi respuesta. Por verla así valía la pena incluso acabar en la silla eléctrica.

Se levantó y corrió a mi encuentro. Daba la sensación de que los dolores le habían desaparecido conforme caía entre mis brazos. La apreté contra mi pecho presionando con la suficiente fuerza como para transmitirle con mi cuerpo todo lo que las palabras no podían decir, pero con cuidado para no hacerle daño o romperle algún hueso de su delicada y débil fisonomía.

Nos mantuvimos así un buen rato antes de que ella se apartase de golpe y me mirase alarmada.

–Dime que no has hecho ninguna tontería para venir a visitarme –pronunció, sospechando lo que había pasado. No era raro que supiese que mis elecciones casi siempre no eran las correctas. Me había visto tomar el mal camino una y otra vez.

–¿Por quién me tomas? Si soy un angelito –mentí, y ella se percató. Era la única persona capaz de conocerme lo suficientemente bien como para leer en mi interior, aunque el libro que me componía a veces la asustase o le desgarrase el alma.

–¡La llamada! –Se tapó la boca con las dos manos con culpabilidad–. No pretendía que te asustases e hicieses una locura, ¡mierda! Sabía que me debía contener, pero anoche… –Su vista se desvió involuntariamente hacia la cama que estaba al lado de la suya. Tenía las sábanas blancas perfectamente planchadas encima del colchón. Estaba vacía. No necesité que me lo explicase. Sabía lo que significaba.

Bethany me había llamado el día anterior antes de cenar como era costumbre para felicitarme y escuchar esas anécdotas que me inventaba solo por oírla reír al otro lado del aparato. Había vuelto a hacerlo por la noche, de madrugada, a esa hora en la que decían que la muerte tenía su punto álgido. No me había dicho nada fuera de lo común. Solo que se había desvelado y, como el bala perdida que era, había pensado que tal vez yo también estaba despierto. Le mentí y le dije que todavía no me había ido a la cama, que era como esos vampiros que tanto le gustaban, nocturno. Algo se activó dentro de mí, podríamos llamarlo intuición, podríamos llamarlo una conexión con mi propia sangre que me ponía sobre aviso. Sea como sea, supe que tenía que cruzar el estado donde vivía e ir al norte para ver a mi hermana.

–Que siempre pienses lo peor de mí me ofende. Tenía este viaje sorpresa programado desde hacía semanas, ¿acaso crees que no iba a reclamarte mi regalo de cumpleaños religiosamente como cada año? Si no vine ayer mismo es porque esta vez me estoy tomando en serio todo el tema de estudiar. Al final van a empezar a encerrarme en la taquilla por empollón… –Intenté sonar convincente para que ella no se diese cuenta de que llevaba la razón.

–¿Cómo has venido? –No cedía.

–En coche. –Me encogí de hombros.

–¡Tú no tienes carnet! –Me había pillado.

–Eso es lo que tú te piensas. Me lo he sacado hace unas semanas. –De nuevo mentía.

–¿Y no me has dicho nada hablando todos los días? –Enarcó una ceja.

–¿Qué parte de sorpresa no comprendes?

Bethany estrechó los ojos y me miró fijamente, sabía que analizaba al dedillo cada uno de mis gestos para pillarme. Estaba a punto de hacerlo cuando April habló. Me había olvidado incluso de que ella estaba allí, algo muy habitual cuando me encontraba con mi hermana y mi universo se cercaba alrededor de los dos, sin dejar que nadie se entrometiera y pudiera hacernos daño.

–No mientas. –Se acercó a nuestro lado y la fulminé con la mirada por lo que acababa de decir. Iba a contarle la verdad. La rubita iba a estropearlo todo. Apreté los labios con rabia–. El auténtico motivo por el que no te lo ha dicho es porque afirmar que sabe conducir es faltar a la verdad. Es un peligro al volante. Debió de ponerle ojitos a la examinadora que le dio el carnet o quitarse la camiseta, de otro modo no me lo explico. Entre tú y yo, debería consultar con un psicólogo esa extraña afición que tiene a exhibirse. –Sonrió a mi hermana y, sin poder dar crédito, observé cómo ella creía cada una de las palabras que pronunciaba mi acompañante–. Soy April, la pobre copiloto que ha tenido que soportar cómo le enseñaban el dedo corazón los conductores de todos los coches con los que nos cruzábamos en la autopista.

–Bethany, su hermana pequeña. –Se estrecharon las manos.

–Siento tener que decirte esto cuando apenas nos conocemos y no hay confianza.

–¿Que tienes más paciencia que una santa por haberlo aguantado durante horas, encerrada en el mismo coche?

–Suponía que eso ya lo sabías. Lo conoces mejor que yo. –Ambas se rieron. De mí, pero lo hicieron–. Lo que quería preguntarte es dónde hay un cuarto de baño de uso público. Sebastian tenía tantas ganas de verte que no hemos parado durante todo el camino y creo que si tardo más de diez segundos en ir, me lo haré encima.

Bethany le indicó cómo llegar. Estuvimos un rato de pie mientras ella me enseñaba sus nuevas adquisiciones. Le encantaba coleccionar libretas con tapas originales donde escribía todos los pensamientos que se le pasaban por la cabeza. Estuvimos así un rato hasta que me percaté de que estaba cansada y necesitaba apoyarse en la pared. La insté a ir de nuevo al sofá para que se sentase. Lo hizo a regañadientes. A mi me dolían todos los músculos por el trayecto, así que decidí quedarme de pie.

–¿Qué tal es tu nueva casa en Charleston? –me preguntó, aunque se lo había explicado centenares de veces por teléfono. Supongo que su intención era cerciorarse de que lo que le contaba era cierto.

–Hay niños. Muchos. Demasiados.

–¿Y tú eres su particular monstruo del armario? –consultó.

–¡Qué va! Ayer hasta les enseñé a jugar al baloncesto…

April se asomó a la puerta y me llamó para que acudiese a su lado. La excusa que dijo, con esa

voz cándida e inocente que lograba que todo el mundo se fiase de ella como si su palabra estuviese en los mandamientos divinos, es que tenía muy mal sentido de la orientación y no era capaz de encontrar los aseos por más vueltas que había dado. Solté una broma pésima y salí de la habitación sabiendo que había mentido como una bellaca. Yo sí que sabía cuándo lo hacía, veía debajo de esa aura de luz dorada que cegaba a todos.

–¿Cuánto queda para que llegue la policía? –consulté mientras cerraba la puerta–. Prefiero que ella no lo vea.

Nos detuvimos y me apoyé en la pared. Ella se colocó delante de mí y con fuerza pronunció:

–Debería haberlos llamado, pero no lo hecho. En su lugar he hablado con mis padres y con los Bennet y les he explicado la situación. Nos dan un día. Uno –puntualizó, remarcando sus palabras a base de golpear con el dedo índice en mi pecho–. Mañana vendrán en el coche del señor Bennet a por nosotros para que podamos regresar con ellos.

–Ahora mismo no debo caerles muy bien, ¿eh?

–No les he preguntado su opinión, pero sé la mía.

–¿Y cuál es?

–Que eres el tío más idiota sobre la faz de la tierra. ¿Qué digo la faz de la tierra? ¡Del universo al completo! Solo tenías que hacer una cosa. Una. Y bastante sencilla. Pedir ayuda y los Bennet te habrían ayudado ya fuera trayéndote o pagándote un billete de bus. Pero no. Tú prefieres hacerlo todo mal sin importarte una mierda aquellos que nos preocupamos por ti. –No me pasó desapercibido que ella también se incluía.

–Gracias por hacer esto por mí.

–No te confundas ni por un instante. –Pronunció la siguiente frase despacio como si quisiera que se me grabase en la mente–: Lo he hecho por la chica que está al otro lado de la puerta. Si las consecuencias de tus actos solo te hubieran afectado a ti, habría llamado a la policía nada más salir. Al fin y al cabo, te habría hecho un favor. Parece que estás empeñado en acabar encerrado. Todos tus actos conducen a ello.

Nos quedamos en silencio. April me había dejado las cosas claras y yo sabía que llevaba bastante razón. No tenía una réplica que darle. Solía quedarme mudo cuando hablaba embravecida, con tanta pasión y decisión.

–Ahora vamos a entrar antes de que saque absurdas conclusiones, como que nos lo estamos montando en el baño. –Se relajó un poco.

–Cosa que, por otra parte, te gustaría bastante. –Rescaté el tono chulesco que me caracterizaba.

–Intenta seguirme alguna vez al servicio y verás lo guapo que sales sin un diente del manotazo que te doy –amenazó con carácter–. Por cierto, toma. –Me tendió de nuevo una bolsa.

–¿Qué es?

–*Muffins* de arándanos y chocolate. –Se encogió de hombros.

–Lamento informarte de que te hará falta algo más que magdalenas para conquistarme. No soy un facilón. –Puse mi mejor sonrisa ladeada, que se tradujo en un gesto de desagrado en su cara.

–Tú a callar y dáselo nada más entrar. –Se encaminó hacia la puerta–. Has quedado como un pésimo hermano al no traerle nada rico sabiendo lo mala que está la comida del hospital.

–He aquí uno de los muchos motivos por los que me alegro de haberte secuestrado.

–¿Cuáles son los demás? –Trató de fingir que en realidad no le interesaban, pero lo hacían, y mucho.

–Si te los dijera, no me quedaría más remedio que matarte por lo subidita que estarías después. –Le guiñé un ojo–. Por cierto, ¿quieres que compartamos habitación en el correccional?

–¿Por qué dices esa tontería?

–Porque Doña Perfecta ha robado los dulces. No veo ninguna cartera en ese conjunto deportivo que deja bien poquito de tu cuerpo a la imaginación. –La observé de arriba abajo y ella se cruzó de brazos a la altura del pecho como si mis ojos pudiesen ver a través de la tela.

–Cuando corro suelo meterme algo de dinero en el sujetador por si me apetece comprar un refresco o algo así –sentenció antes de empujar la puerta.

Bethany nos llamó para que fuésemos con ella. April se sentó a su lado en el sofá y yo volví a apoyarme despreocupadamente contra la pared. Nos miraba de un modo raro. Sin parar de observarnos alternativamente al uno y al otro y sonreír. Le debía hacer gracia tener delante a la futura asesina de su hermano.

–Toma. –Le tendí la bolsa.

–Gracias, April –dijo conforme sacaba la primera magdalena, pellizcaba un poco de chocolate y se lo metía en la boca.

–Ha sido idea suya… –Trató de no apuntarse el tanto del regalo.

–No es necesario que mientas. Muchos años conviviendo como para saber que desconoce el significado de ser detallista. –Masticó el primer trozo–. Está delicioso. –Cerró los ojos para saborearlo y estuvo unos segundos en trance antes de volver a hablar. Centró su atención en la rubia y curvó los labios en una sonrisa pícara–. Así que su amiga, ¿eh?

–Sería mejor decir una persona que le aguanta más que la media antes de desear sacarle los ojos.

¿Dónde estaba la chica modosita que veía con sus amigas? ¿Dónde? Porque claramente parecía que tenía dos personalidades. La buena, dulce y calmada, y la salvaje que nacía en mi presencia. Ese tipo de comentarios no le saldrían con la rubia de pelo rizado que siempre la acompañaba. Solo conmigo y cuando hablaba de mí, como si las vísceras se adueñasen de su boca.

–Como ves, es puro amor… –ironicé.

–Seguro que te lo has ganado a pulso –sentenció mi hermana.

–¿No se supone que deberías defenderme? Por el tema de que compartimos sangre y tal…

–Soy mujer y es nuestro deber moral defendernos entre nosotras. –Las dos me miraron a la vez y negué con la cabeza.

–Creo que acabo de juntar las dos partes del diablo –bromeé.

Una suave brisa entró por la ventana y Bethany se frotó los brazos.

–¿Quieres que la cierre? –me ofrecí.

–Vale. –Miró al exterior con melancolía–. La tenía abierta por un imposible…

–¿Cuál? –se interesó con sinceridad April.

–Oír el mar. Lo echo mucho de menos. Esta mañana mientras lo observaba he pensado que quizá si me quedaba el tiempo suficiente mirándolo en el horizonte sería capaz de reproducir el sonido de las olas chocando entre sí, el tenue movimiento del agua calmada, la espuma lamiendo la arena… Pero no hay manera. Llevo tanto tiempo encerrada que lo he olvidado.

April se quedó pensativa mordiéndose el labio y ese gesto tan inocente me produjo un escalofrío de miedo.

–Entonces es hora de reforzar tu memoria. –Se levantó con determinación–. Sebastian y yo hablaremos con las enfermeras para que nos dejen llevarte un rato.

–Te dirán que estoy débil. –Se resignó.

–Entonces tu hermano tendrá la excusa perfecta para poder quitarse la camiseta y enseñar sus bíceps. Es fuerte y puede cargar contigo el trayecto de la habitación al coche y de ahí a la playa. Por no hablar de que en el fondo le haces un favor porque lleva casi un día sin exhibirse.

–Yo no… –Me miró dubitativa.

–¿Te gustaría ir? –la interrumpí.

–No hay nada que me apetezca más –confesó.

–Entonces no hay nada más que hablar.

Salí con April de la habitación, cerramos la puerta, envolví su brazo con mi mano y tiré de ella para que se detuviese.

–¿Qué pasa?

–Has debido de sufrir un lapsus transitorio, pero sigo sin tener carnet, ¿recuerdas?

–Claro que lo sé.

–¿No te importa que nos pille la policía?

–No.

–¿Nada de tu discursito moral de que voy a acabar los días en un correccional?

–Si te sientes mejor, te prometo que iré a visitarte una vez al mes si sucede, con regalos para que no te sodomicen los compañeros mayores.

–¿Eso significa que estás conmigo en esto?

–Nunca me he opuesto a saltarme las reglas por un fin noble.

Capítulo 18

Fuimos a las afueras de Morehead City, a la playa. Alejado de la zona comercial, turística y familiar, estaba ese pequeño paraíso que parecía propiedad de los jóvenes. Su dominio. Si no te habían llevado antes o conocías su ubicación, el acceso era complicado. En mitad de la carretera secundaria el pequeño camino de arena y muchos baches no llamaba la atención. La primera vez que ibas no comprendías por qué alguien en su sano juicio y que apreciase su vehículo se desviaba, con el susodicho desgaste de los amortiguadores y los daños que sufrían los bajos, en lugar de dirigirse al sitio que marcaban las señales de tráfico.

Todo rastro de duda desaparecía en cuanto llegaban a la explanada que servía de aparcamiento improvisado. Frente a ti se extendía la vegetación en estado puro, los arbustos de tronco fino, el espeso césped que iba desapareciendo hasta ceder a la arena blanquecina y como telón de fondo el mar.

Era el sitio perfecto para ir con los amigos por la tarde, extender la toalla para olvidarla en la arena y bañarte hasta que las yemas de los dedos estuviesen más arrugadas que las de un hombre de noventa años. La diversión aumentaba cuando anochecía. Una vez que el manto oscuro había invadido esa parte de la tierra, las hogueras se multiplicaban y brillaban como si fueran astros que querían competir contra las estrellas del cielo abierto. Era en ese momento cuando se sucedían las barbacoas, las fiestas con bebida en neveras portátiles con mucho hielo y las confidencias viendo cómo el viento mecía las llamas, hipnotizados por el sutil movimiento del fuego y el crepitar de los troncos cuando ardían.

Por no hablar de su uso principal y el motivo de que la mayoría de la gente lo conociera. Era un picadero de lujo. El aparcamiento era lo suficientemente amplio como para que los coches estacionados guardasen una distancia prudencial, esa en la que podías ver los cristales empañados y el movimiento que delataba las escenas de pasión que sucedían en su interior, pero no la sesión de sexo o los preliminares de una manera explícita. Tenías tu parcela de intimidad.

Si hacía buen tiempo, también podías salir al exterior. La playa era grande y, al no estar viciada por las construcciones humanas, la iluminación era escasa. Podías tumbarte sobre la arena y fornicar con tu acompañante sin temor a ser descubierto, con el aire azotándote el cuerpo sudoroso, moverte al ritmo de las olas que rompían en la costa y relajarte después del coito tumbado observando las estrellas o, si tenías suerte, esa luna llena que, desde tu posición, parecía que podías atrapar tan solo levantando la mano. Todo muy romántico. Aunque si, como yo, lo que buscabas era un encuentro rápido, pasional, sin ningún tipo de sentimentalismo, siempre podías contar con la opción de esconderte en cualquier resquicio de la vegetación y sucumbir al deseo contra el tronco de un árbol, inundando la quietud de la noche de gemidos. Las opciones eran tan diversas como las personas que iban allí y las intenciones que tenían.

Salí del coche tras aparcar y April me imitó. Bethany le había cedido el puesto de copiloto porque decía que prefería no pasarlo mal viendo esa pésima conducción de la que le había hablado la rubia. Parecían la alianza del mal contra mí, pero, en vez de importarme, me gustó que se llevasen bien, aunque no paraba de gruñir cada vez que se metían conmigo, haciendo honor al ser primitivo y cromañón que unas veces fingía que era y otras me salía natural.

Tal como había previsto mientras le pedía a mi hermana que se pusiese más capas por encima, hacía un poco de viento. Lo normal en otoño. Sin embargo, ese día corría un poco más frío que de costumbre y calaba los huesos. April tiritó. Sin pensarlo, como si me saliese de dentro, inmediatamente tiré de la cremallera de mi sudadera con capucha azul celeste, me la quité y se la tendí.

–Toma. –Cuando la vi mirarme sorprendida me percaté de lo que acababa de hacer y, por supuesto, tuve que romper el encanto para que no viese nada caballeresco en mi ofrecimiento–. A ver si empiezas a ponerte chaquetas de una maldita vez, que parece que estás empeñada en que te deje mi ropa, ¿o lo haces de un modo enfermizo porque te gusta olerla cuando no te veo para después tocarte?

–La próxima vez, avísame con un par de días de antelación de que vas a secuestrarme, me dices el destino y me preparo el conjunto. –Aprovechó que mi hermana seguía dentro para decirlo. Aunque mentía. Si de algo me había percatado analizándola era que siempre iba sin chaqueta, como si cada vez que temblase se sintiese viva.

Insistí ofreciéndole la prenda. Me habría encantado empezar a discutir por el tema de que llevábamos casi una hora sin hacerlo y comenzaba a parecerme algo raro, pero no quería que mi hermana esperase más tiempo del necesario en el interior. Ella era el motivo principal de nuestra pequeña escapada a la playa en mitad de la tempestad que se había montado cuando había robado el coche de sus padres esa mañana. Era extraño, solo habían pasado unas horas y a mí se me antojaba muchísimo más. El tiempo y esa relatividad que hace que años enteros pasen sin importancia y un insignificante viaje se te clave dentro.

–¿No tendrás frío? –Se mordió el labio mientras valoraba si aceptar o no.

–No. He estado en este mismo sitio en pelotas en invierno y no me he muerto.

Era cierto. Al menos sin pantalones o con estos bajados hasta los tobillos. No era de los que les gustaba mucho que les acariciasen el pecho o lo besaran en el cuello. Cuando yo iba allí lo único que hacía era follar como un animal. Literalmente. Los sentimentalismos o los gestos que conllevaban a algún tipo de intimidad no tenían cabida.

–A saber qué estabas haciendo… –murmuró entre labios, e ignoré su comentario.

–Sobreviviré un día más. Todavía no tendrás la suerte de perderme de vista.

Me quitó la prenda de las manos antes de que añadiese nada más y se la puso. Le venía grande, ancha y tan larga que casi le llegaba a las rodillas. Era normal dado que la superaba bastante en estatura y anchura. Con todo eso estaba preciosa. No podía negarlo. El aspecto desaliñado le quedaba de lujo. Me gustó la sensación de verla vestir mi ropa, como si eso nos uniese con un hilo invisible, una especie de conexión a la que era imposible buscar sentido.

Una vez listos, abrí la puerta de mi hermana. Le había advertido que el camino, si es que se podía llamar así, que desembocaba en la playa era bastante inaccesible en su origen, con muchos baches, rocas y hierbas que se enredaban en los pies. Por eso no se opuso cuando la tomé en brazos y se limitó a enlazar las manos en mi nuca. Por nada del mundo pondría en peligro sus débiles articulaciones. Pesaba tan poco que era como llevar a una de las niñas que vivían en casa de los Bennet.

Caminamos un buen rato. April me seguía de cerca pisando donde yo lo hacía y sorteando los obstáculos que conocía de memoria. Solía andar acelerado. Por eso, seguirme el ritmo a veces era complicado. En un par de ocasiones mi vecina estuvo a punto de perder el equilibrio y se agarró a mi cintura para poder continuar estable.

A medida que la frondosidad de la vegetación descendía se separó un poco de mí. Poco a poco los arbustos dejaron de poblarlo todo para salpicar el paisaje hasta que prácticamente desaparecieron de nuestra panorámica, quedándose detrás, haciendo que las diferentes tonalidades de verde cediesen ante el marrón blanquecino de la arena y el azul intenso del mar que se iba degradando hasta fusionarse con la tonalidad clara del cielo.

–Deja que me baje –me pidió mi hermana.

Valoré el espacio. Quedaban algunas rocas que sobresalían entre la arena y el poco césped que sobrevivía tan cerca de la costa. Estaban bien localizadas y eran fáciles de distinguir. No corría peligro de desestabilizarse, perder el equilibrio o caerse. La solté con cuidado sujetándola conforme se apoyaba en el suelo.

Se separó y se agachó. No tardé en averiguar el motivo. Se desabrochó las zapatillas y se las quitó junto con los calcetines, dejándolos apilados a su alrededor. Hundió los pies en la arena y

comenzó a mover los dedos. Nunca he visto a nadie disfrutar de ese acto. Y no creo que vaya a hacerlo en los años que me quedan de vida.

Cerró los ojos y sonrió, tomando grandes bocanadas de aire, inundando sus pulmones de ese viento con olor a sal, a sol, a mar, a las gaviotas que sobrevolaban la costa, al aliento expulsado de las personas que se divertían a nuestro alrededor, a la pareja que se besaba a nuestra derecha, al niño que corría de la espuma de las olas, a vida.

Memoricé esa imagen sin saber que la desgastaría de tanto recrearla en mi imaginación. Aunque han pasado los años, puedo describir cada uno de los detalles, por insignificantes que estos sean. Desde los párpados de sus ojos vibrando hasta esos oídos que trataban de captar cualquier sonido que se produjese a su alrededor. Fueron los primeros minutos en años en los que la enfermedad no era la protagonista, como si por arte de magia Bethany se hubiese escapado de ella, libre al fin.

Apreté los puños con fuerza tratando de contener las lágrimas que me azotaban por dentro. No podía llorar. Sabía que el día que lo consiguiera lo haría hasta quedarme vacío. Pero eso no sucedería delante de ella. No había que sumar más tristeza a su existencia. Mientras estuviera a su lado todo serían alegrías, aunque por dentro estuviese consumiéndome, aunque lo único que desease fuera gritar hasta desgarrar las cuerdas vocales que se quedase conmigo, que no me importaba cómo lo lograse, pero que no le daba permiso para abandonarme, que ella era mi todo, mi norte, la brújula que lograba que todavía no hubiese perdido el rumbo. Lo único que quería era avanzar hasta ella y abrazarla con tanta fuerza que nuestras pieles se fundiesen en uno para poner todas las malditas defensas de mi cuerpo a luchar en su causa. Pero eso era imposible y, como de costumbre, tenía que vestirme con la armadura de hierro y fingir que todo iría bien, que yo lo estaba, aunque eso distaba mucho de mi realidad.

–Quítate el pañuelo. Te vendrá bien coger algo de color –le dije cuando me miró tras su momento de paz.

–No quiero molestar a la gente. –Se mordió el labio–. Ya sabes, la mayoría de las personas no se sienten cómodas cuando ven que no tengo…

–Si lo hacen –la interrumpí, porque oírla decir eso me rompía por dentro en mil pedazos– es porque al noventa por ciento de las mujeres de esta playa les jode tener que rendirse ante la evidencia de que eres increíblemente más bonita que ellas sin necesidad de tener un solo pelo en la cabeza.

Me acerqué a su lado y le desaté el pañuelo, atándolo de nuevo en mi muñeca. Bethany se pasó las manos temblorosas por la cabeza, en la que tan solo sobresalía un poco de pelusa. No quería que se avergonzase. Apoyé mis labios y la besé en la calva con una delicadeza y dulzura que desconocía que existía en mi interior, como si ese contacto estuviese reservado para ella. Habría estado haciéndolo durante años hasta que volviese a tener pelo y no me habría cansado.

Por el rabillo del ojo observé a nuestra pequeña testigo, April, que aprovechaba para mirar por primera vez por una rendija de mi armadura de hierro forjado con un gesto indescifrable.

–¿Te importa que nos sentemos? –preguntó mi hermana, y me separé.

–¿Qué te parece allí? –Señalé un pequeño árbol que crecía endeble sobre la arena–. Así puedo ponerme en la sombra.

–¿Para qué quieres sombra? –Bethany enarcó una ceja. El verdadero motivo era que lo hacía por ella. Tampoco quería que sufriera una insolación, pero en lugar de eso dije una frase tan mía que nadie sospechó de mis intenciones ocultas, como si estas quedasen en un segundo plano después de mi chulería habitual.

–Porque los bombones se derriten al sol.

–Y las mierdas se secan –April completó la frase por mí. Lo que le produjo mucha gracia a mi hermana. Deseé que la rubita se tirase toda la tarde insultándome para oír ese sonido brotar de su pecho–. ¿Os importa que baje un rato? –Señaló el mar.

–Hazlo sin preocupaciones –contesté–. Mi hermana no me dejará largarme de aquí sin ti. Sospecho que, por algún extraño motivo, le has caído bien. –Como respuesta, asintió.

–Y ella a mí. Imagino que ya te lo han dicho, pero se llevó todo lo bueno de vuestra genética familiar.

–Es la mayor verdad que he oído salir de tus labios, rubita.

April descendió hasta el mar y yo me senté con mi hermana apoyando la espalda en el árbol que había señalado anteriormente. Ella dobló las rodillas y siguió jugando moviendo los pies en la arena, solo que en esta ocasión les acompañaban también las manos. Agarraba grandes puñados y dejaba que cayesen a través del hueco de sus dedos, como si ese espacio fuese una especie de reloj de arena invisible.

–¿Qué tal te encuentras? –me atreví a preguntar.

–Increíblemente bien. Tanto como antes de que me diagnosticaran la enfermedad. Tal vez es cierto lo que dicen algunas pacientes, y el mar tiene efectos curativos. –Sonrió y me miró por encima del hombro.

–Te compraré una casa en la playa. No sé cuándo, cómo ni con qué dinero. Pero lo haré. Te lo prometo.

Lo juré totalmente convencido de que lo que decía era cierto. No me ofrecía a construirle una en ese preciso momento con las maderas de los árboles o robar alguna inhabitada para ella porque sabía que no lo aprobaría.

–No sigas por ahí. –Se apartó y me miró, seria–. Sabes que no duraré tanto –añadió con tacto.

–Cállate. –No me gustaba el rumbo que estaba tomando nuestra conversación. Esa opción no existía. Punto.

–¿Por qué? Que no lo pronuncie en voz alta no hace que sea menos real. Debes dejar de

mentirte y empezar a asumir la realidad. –No había rastro de pena en su voz. Solo la constatación de una realidad aceptada. Como si saber que quedaba poco para que llegase el final de su historia no fuese algo malo–. Me alegro de haber conocido a April.

–¿Qué tiene que ver ella en esto? –pregunté, más brusco de lo que pretendía. Me afectaba que mencionase su muerte como si nada.

–Nunca me han gustado tus amigas. Siempre te daban la razón. Pero ella se enfrenta a ti, te pone los puntos sobre las íes y eso no hace sino demostrarme que podrá cuidarte.

–Yo no necesito que nadie me cuide.

–Claro que lo necesitas. Otra cosa es que tú todavía no lo sepas o no quieras saberlo para no aceptar que eres igual de vulnerable que el resto de los mortales. Lo necesitas incluso más que yo, Sebastian. –Me tomó de las manos–. Que el universo la haya colocado en tu camino y tú no la hayas espantado aún es un regalo.

–¿Qué dices? Ni siquiera estoy del todo seguro de que me caiga bien.

–¿Te atreves a mentirme a la cara? Te gusta. Mucho me temo.

–Tu dosis de literatura y películas románticas ha debido de afectarte. Es solo una niña –contraataqué.

–¿Cuántos años tiene? ¿Uno menos que tú?

–Uno y medio –especifiqué, removiéndome incómodo.

–¡Eso no es nada! Algún día se convertirá en una mujer y créeme cuando te aseguro que te arrepentirás como un condenado si la has dejado escapar. Existen pocas chicas en el mundo capaces de plantarle cara a Sebastian el duro. Y eso es justamente lo que necesitas, alguien que remueva tus sentimientos. Si te acepta conociendo la peor versión de ti, cuando saques la buena, esa que yo conozco, no querrá separarse de tu lado nunca.

–Te han hecho una lobotomía…

–¿Y qué pasa con mis ojos? Veo cómo la miras. Corrijo. Cómo os miráis. Nunca has observado a nadie así, ¿o acaso también vas a negarme que llevas todo este tiempo que estamos hablando analizando cada uno de sus movimientos?

Pero ¿cómo diablos no iba a hacerlo? ¡April era el maldito ser humano más sociable del planeta! Si se extinguiera la raza humana, encontraría la manera de comunicarse con las plantas. Estaba seguro. Había tardado medio segundo en entablar conversación con un matrimonio de desconocidos y su hijo pequeño. Solo le había hecho falta que pasasen por su lado mientras se agachaba a recoger algo de la orilla y, sin venir a cuento, había intercambiado un par de palabras antes de que ellos le dejasen la cometa que llevaban y saliese corriendo para hacerla volar. Me dije que esa felicidad y alegría constantes que la convertían en un osito amoroso, ojo, de cara a los demás, me sacaban de quicio cuando, en realidad, lo que me producían era envidia, envidia

de ver lo poco que le costaba relacionarse con el entorno cuando para mí era todo un mundo, envidia de que los demás viesen esa dulzura suya que parecía que ella me negaba.

La rubia no tardó en venir y la conversación se quedó en el aire, aunque podía notar los ojos de mi hermana clavados en mí y cómo sonreía con suficiencia cada vez que me pillaba ensimismado observándola. Intenté convencerla a base de mis comentarios más mordaces durante nuestras conversaciones, pero ni por esas la engañé. Era lista.

Pasamos toda la tarde en la playa. Antes de ir habíamos comprado doritos, guarrerías varias industriales con mucho chocolate y refrescos. Comimos, paseamos y las dos se aliaron para intentar tirarme al agua cuando caminaba sobre la orilla. Las vencí con un solo brazo a ambas. No digo más. Aficionadas.

Reconozco que fue bastante divertido, a excepción de la parte en la que las dos se ponían a parlotear de temas femeninos y yo deseaba amputarme las orejas con tal de dejar de oírlas un rato.

–Ian Somerhalder es… –suspiró mi vecina de un modo cursi.

–El hombre por excelencia. –Mi hermana terminó la frase por ella y se unió a ese sonido desesperante. Les faltaba poco para expulsar corazones y mariposas por la boca.

–¿Sabéis lo que parecéis las dos cuando hacéis ese ruidito tan ridículo?

–¿Celoso, quizás? –me retó April.

–No sé ni quién es el Somwalder ese. –Pronuncié mal su apellido a propósito.

–Uno que no necesita andar por la vida sin camiseta, enseñando músculos como tú, para estar mil veces más bueno.

–Gracias por la aclaración. –Sonreí con sarcasmo.

Pasaron toda la tarde así. Bendita tarde y la santa paciencia que demostré tener.

Esperé a que atardeciese. El cielo se tiñó de naranja y el espectáculo visual sobrecogió a mi hermana. April se ofreció a hacerle una pintura de ese momento y no quise romper el encanto recordándole que dibujaba como el culo. Me encargaría de comprar una lámina asequible y le pediría que la firmase antes de mandársela a Bethany o, si todo iba bien, se la daría en persona si los Bennet me traían o me pagaban un billete después de que soportase estoicamente la bronca tan merecida que me darían al día siguiente cuando viniesen a por nosotros junto con los padres de la rubia.

Llegamos al hospital de noche. Acompañé a mi hermana a la habitación y fui a la sala de espera a buscar a April. Solo permitían un acompañante por paciente en el interior del cuarto.

–No es necesario que te quedes aquí. Puedo pagarte un hotel, cutre, pero con cama. Las sillas metálicas no parecen muy cómodas –le ofrecí. Llevaba todo el efectivo del que disponía en mi cartera. No me importaba que mi cuenta personal quedase a cero. Nunca había tenido demasiado

dinero y ella se lo merecía después de todo lo que había hecho por mí. No existían billetes suficientes para pagarle por la alegría que le había devuelto a mi hermana.

–Prefiero quedarme aquí contigo. –Sus ojos azules brillaron y tuve un escalofrío que me recorrió cada centímetro de piel. Me asusté. Era algo nuevo. Tomé la única salida que conocía. El escudo. Esas frases que me permitían mantener a mi interior a raya.

–Tienes miedo de que sin el apoyo de Bethany me largue sin ti, ¿eh?

–Será eso… –Se mostró decepcionada. ¿Qué quería que dijese? Mejor todavía, ¿qué quería que hiciese? Porque si hacía caso a lo que me pedía el cuerpo, no podría pronunciar una mísera palabra más porque mis labios estarían saboreando los suyos con devoción–. Por cierto, hablando de ella. –Rebuscó en el bolsillo de mi sudadera. Se había apropiado hasta tal punto de ella que había cabellos rubios sueltos esparcidos por la tela–. Toma.

–¿Otro regalo? –Mostró lo que parecía una pequeña caracola. La punta de nuestros dedos se rozaron y pude notar que la descarga eléctrica nos traspasaba a los dos logrando que nuestro corazón adormilado se activase repleto de energía y el pecho subiese y bajase acelerado–. ¿Puedo temer levantarte la camiseta y encontrarme con que tienes mi nombre tatuado con un corazón en la tripa?

–No esperaba otra respuesta de ti. Te estás volviendo predecible. –Trató de sonreír con sarcasmo, pero no pudo. Como me pasaba a mí, estaba demasiado entretenida mirando los labios del otro, ansiando rozarlos–. Es para ella. Dicen que se oye el mar. –Se encogió de hombros.

–Le encantará.

Para eso se había adelantado en la playa, para recogerlo cuando se agachaba, y, como había sucedido anteriormente, no quería llevarse los méritos. Me los dejaba todos a mí. ¿Tal vez sí se mostraba tan amable conmigo, pero yo no era capaz de verlo? ¿Puede que me negase a observar esos detalles que hablaban de un mundo entero porque estaba acojonado de lo que significaban, de lo que podían suponer para mí?

Volví a la habitación. Debía ser una noche tranquila. Descansar en el sofá individual del cuarto de Bethany sosteniendo la caracola y al día siguiente despedirme con la promesa de que volvería tan pronto que no le daría tiempo a extrañarme. Pero todo se complicó a las tres de la madrugada. Maldita hora que me hizo odiar ese número durante el resto de mi vida.

Los recuerdos son difusos. No he querido guardarlos. Prefería gastar el espacio que me permitía mi memoria en los otros momentos de ese día, que, en mi humilde opinión, rozó la perfección. El mejor de mi existencia hasta ese momento. El grito de mi hermana en mitad de la noche cobró vida materializándose en dos manos cuyos dedos estaban compuestos de puñales que se clavaban en mis tripas una y otra vez.

Las enfermeras no tardaron en acudir con la señal de socorro y, tras llamar al médico, me pidieron que saliese un momento de la habitación. Actuaron con precaución. Conocían mi

carácter. Mi fama. Esa que me había labrado durante el tiempo que había vivido allí. Sin embargo, reaccioné manso, como un niño perdido, como un hombre desubicado.

Durante la espera estuve tentado de despertar a April, de compartir la angustia. No lo hice. Dormía tan plácidamente agazapada en el sillón que, en lugar de eso, me limité a colocarle la capucha por encima de la cabeza para que no tuviese frío antes de volver a ese pasillo que daba la sensación de que se estrechaba para aplastarme.

A medida que pasaban los minutos, la desesperación se incrementaba de un modo desproporcionado y brutal, y cuando una de las enfermeras salió para ir a llamar a otro médico más y observé su cara blanquecina y desencajada, algo se desactivó. Me desprendí del orgullo y corrí al punto en el que sabía que había una cabina. Metí las monedas con las manos temblorosas y llamé rezando porque en todos estos años no se hubiera cambiado de número de móvil. Creo que dejé de respirar hasta que oí el primer tono. Tuvieron que sonar cuatro más antes de que descolgase la persona del otro lado.

–¿Diga? –preguntó, adormilado, con esa voz dura y grave que tanto conocía. Muchas cosas habían cambiado, pero no el tono característico de mi padre–. ¿Quién es? –Tragué saliva. Había eludido ese momento mucho tiempo a pesar de que la idea había revoloteado en mi cabeza constantemente.

–Soy Sebastian. –Silencio al otro lado. Me había reconocido y no decía nada. ¿Qué esperaba después de que me hubiese abandonado? No lo sé, pero desde luego no esa reacción. Dejé pasar la decepción que me producía que no lo alterase oír a su hijo después de tantos años–. Bethany está muy enferma. Tienes que ayudarla… –Esa era la razón. Mi padre estaba podrido de billetes. Era su deber hacer algo. Debería existir una especie de contrato no escrito en el que se exigiera que si traías una vida al mundo, debías encargarte de cuidarla. Lo único que pretendía con esa llamada era que se gastase un poco de su preciada fortuna en llevarla al mejor especialista de Estados Unidos que le permitiesen seguir disfrutando al menos de una visita más al mar como la de aquella tarde.

–¿Quién es? –Oí que preguntaba una voz femenina a su lado. Su nueva mujer.

–Nadie. Se han confundido.

Y colgó. Lo hizo. Sin preguntar. Sin indagar. Sin importarle la razón por la que su hijo lo llamaba de madrugada. Sin meditar acerca del motivo por el que Bethany necesitaba ayuda. Sin dársela. Lo odié y descargué parte de esa rabia golpeando la cabina hasta que los nudillos me sangraron y la descolgué provocando que cayese al suelo, derrumbándome detrás del aparato.

Una enfermera vino en mi búsqueda al cabo de un rato. No me dijo nada porque hubiese roto el teléfono. Bastante tenía con darme la siguiente noticia. Los sanitarios deben de estar acostumbrados a decir ese tipo de cosas. Ocurren constantemente. Si se implicaran, se llevarían el dolor a casa y eso sería inaguantable. Su trabajo se convertiría en una pesadilla. Sin embargo,

la voz de esa señora de cincuenta años se quebró cuando me dijo que iban a ponerle morfina a mi hermana. Tal vez porque conocía nuestra historia del expediente médico, puede que porque uno nunca se habitúa a ver a niñas desaparecer del mundo sin haber probado todas las cosas que este les ofrece o al verme se dio cuenta de que sus palabras estaban convirtiéndose en el cuchillo que mataba también a parte de la persona que tenía enfrente.

Acompañé a mi hermana mientras la sedaban. Le brillaban los ojos. Estaba asustada. Lo normal en ese tipo de circunstancias es que ella no fuese consciente de lo que pasaba. Que nuestra madre la habría tranquilizado con cualquier mentira piadosa que la hubiese animado para dormirse en paz. Un cuento.

Esa no era nuestra realidad. Ella era lo único que tenía en el mundo y no tenía ni puta idea de cómo gestionar ese momento. No sé si lo hice bien o mal. Tampoco tuve tiempo para meditar. Me coloqué a su lado apretándole la mano mientras sujetaba la caracola en su oreja liberada y le repetí tantas veces que la quería que creo que desgasté esa palabra y por eso no la volví a utilizar durante muchos años, como si esa expresión salida de mis labios le perteneciese y no quisiera dedicársela a nadie más.

Esa noche mi hermana murió, quiero pensar que oyéndome pronunciar «te quiero» con el sonido del mar de fondo.

Salí a la calle. No podía estar dentro. No sabía qué iba a hacer. Tal vez emborracharme hasta perder la conciencia, pegar a la pared hasta romperme todos los huesos, gritar con rabia hasta quedarme afónico o quedarme quieto, parado, en silencio, estático para siempre, dejar que el espíritu abandonase el cuerpo y quedarme vacío, un recipiente sin nada que rescatar.

No sé lo que iba a hacer, porque alguien actuó antes de que lo decidiese, liberándome de mis pensamientos. No la vi venir corriendo. No la oí llamarme. Pero sí sentí sus brazos rodearme conforme impactaba contra mi cuerpo. Vaya si lo hice. Me apretó con tanta fuerza que habría sido imposible no darse cuenta. Clavó los dedos en mi piel y hundió la cabeza en el hueco de mi pecho.

No me soltó y no me quedó más remedio que corresponder a ese abrazo. Puede que estuviésemos así un minuto o una hora. No importa. Nada lo hacía. Ni que comenzase a llover con fiereza como si el cielo mismo llorase por la pérdida de mi hermana. No nos movimos ni un centímetro. Estuvimos allí. Juntos. Sin importar que el mundo se desvaneciese a nuestro alrededor entre truenos y relámpagos.

Una vez Bethany me preguntó si creía en el amor a primera vista. Ella era de ese tipo de personas que planteaban cuestiones complicadas. Le contesté que no lo sabía. Nunca me había pasado. Tendía a mostrarme escéptico con ese tipo de afirmaciones. Hasta ese día.

Durante el contacto con April experimenté lo que es que el calor de una persona te inunde por dentro, que las caricias traspasen la piel y te rocen el alma y que las palabras sean el soporte

necesario para que no te partas en dos. Durante el contacto con April seguía sin saber si existía el amor a primera vista, pero sí que había abrazos que se adueñan de tu corazón. Durante el contacto con April se instaló en mi interior, inundando la sangre, el sistema nervioso, el cerebro, la conciencia, todo lo que me convertía en una persona. Todo lo que tenía. Todo lo que era.

Después del contacto con April supe que estaba perdidamente enamorado de ella.

Capítulo 19

Sonó la campana y todo el mundo enloqueció más de lo habitual en el instituto. La mayoría de nosotros llevábamos ya un buen rato observando fijamente cómo se movían las manecillas del reloj, deseando que ese día viajasen más veloces. Los profesores no podían culparnos. Comenzaban las vacaciones de verano. Es más, viendo cómo revoloteaban en su mesa, cualquiera podría pensar que ellos tenían más ganas que nosotros. Aunque a veces se nos olvidase, ellos también eran personas y debían de estar hasta las narices de tener que aguantarnos con nuestras hormonas a flor de piel.

Tuve que sortear a los grupos de gente apelotonada en masa en el pasillo. Amigos que se despedían repitiendo una y otra vez lo muchísimo que se iban a echar de menos durante los meses de separación y los pedazo de planes que tenían para emplear ese tiempo. No me costó mucho esfuerzo llegar hasta mi taquilla. Nunca comprenderé el motivo que los llevaba a todos ellos a apartarse de mi camino de manera natural. Mi presencia les producía rechazo o temían que pudiese atacarlos si contactaban conmigo. No me importaba. Ninguno de ellos me importaba. Para mí eran desconocidos con los que tenía que pasar unas horas por obligación.

Abrí la mochila que llevaba colgada de un asa al hombro. Saqué la llave del bolsillo trasero de mis vaqueros y la metí en la cerradura. La giré mecánicamente como de costumbre. La puerta no cedió. Lo intenté un par de ocasiones más y le pegué un sonoro golpe que provocó que las personas más cercanas aplazasen su conversación para averiguar qué pasaba. Al ver que era yo dejaron de prestarme atención. No tenía mucha paciencia y no era la primera vez que maltrataba ese artefacto metálico. Sin embargo, a diferencia de lo que solía ocurrir, esa vez no cedió después del tercer manotazo.

–Mierda… –Me mordí el labio, frustrado. Me gustaba el efecto de acción reacción, lo rápido, lo inmediato, que nada me hiciera esperar. La paciencia no era una de mis virtudes. Una de las únicas asignaturas que había aprobado de un modo notable era tecnología. Había sido capaz

incluso de hacer un trabajo de un grado superior y arreglar el maldito motor de una sierra. ¿Cómo era posible que se me complicase el simple artefacto de un candado desgastado?

Entonces oí su voz. Más bien su risa. Esa estridente imitación de un cerdo fumado surcando el pasillo. Seguí la dirección del sonido y la observé. Estaba al otro lado, donde se encontraban las taquillas de su curso. A su alrededor, como de costumbre, se encontraba su fiel séquito de amigas, corrijo, seguidoras o fanáticas podría definirlas mejor. Un grupo de chicas que la perseguían allí donde fuera y, de una manera pobre y patética, trataban de imitarla. Ella no se daba cuenta. Lo creía de veras. Más después de conocerla y saber que si algo no hacía su envoltorio era definir su esencia, su verdadero yo. Permanecía ajena a todo lo que desataba a su alrededor, a lo que el universo estudiantil había decidido que sería, al título que le habían otorgado, la corona de reina del baile que habían colocado sobre su cabeza sin que ella hubiese decidido asistir todavía y le pinchaba en el nacimiento del pelo.

Nuestras miradas se encontraron. Ambos desviamos la vista en el acto. Lo hacíamos siempre. Al menos allí. Fuera de nuestros territorios particulares, nuestras zonas de confort: el gimnasio y el tejado de la casa de Sophia y Ethan. Todo eso a pesar de que en los últimos meses prácticamente nos habíamos visto todos los días.

April acudía religiosamente a nuestros entrenamientos y, los días que no teníamos, encontraba cualquier excusa para venir a verme al tejado. No era difícil adivinar que su intención era acompañarme y apoyarme para superar el duelo por la muerte de mi hermana. Ya fuera inventándose el nombre de una absurda constelación que, según su propia versión, otorgaba la valentía necesaria al que la miraba para enfrentarse a cualquier cosa que se pusiera en su camino, discutir sobre mi «primitivo» gusto para el cine, quejarse por la desorbitada cantidad de tareas que le ponían los profesores y le impedían bailar o felicitarme con sarcasmo porque había vuelto el buen tiempo y de nuevo podría quitarme la camiseta sin pillar una pulmonía. Todo, hasta su saludo, estaba encaminado a que nunca me fuese a la cama sin recordar que había un motivo para querer beberme la vida, que un año no eran 365 días, sino 365 oportunidades.

Nunca le di las gracias. Error y de los grandes. Debería haberlo hecho más a menudo. Siete letras que ella se había ganado con creces que le dijese hasta quedarme seco. Siempre he pensado que los temas de cabeza tiene que superarlos uno mismo, que de igual modo que los médicos sirven para recomponer el cuerpo, no podemos dejar los sentimientos a alguien ajeno. Nosotros somos los únicos capaces de segregar la medicina de curación de nuestras heridas internas. Con esta mentalidad solitaria, no valoré lo importante que había sido la rubita. Quise pensar que tenía fuerza interna sin meditar sobre quién me ayudaba a encontrarla constantemente buceando en mis arterias y navegando por mis venas hasta hallarla.

April comenzó a andar hacia la salida. Di por sentado que pasaría de largo tal como habíamos hecho decenas de veces. Como mucho, uno de los dos movería su mano para rozar los dedos con

un gesto que pudiese resultar casual, inofensivo, sin premeditar.

Se detuvo. Me descolocó.

–Ahora os alcanzo. Tengo que hablar con Sebastian –anunció a sus compañeras. Se fueron, aunque no paraban de girarse, perdidas, como si dejar atrás a su líder las desubicase–. ¿Problemas con la taquilla, musculitos? –Desde aquel día en la playa con mi hermana me llamaba así y no sabía si enfadarme por el tono despectivo del que intentaba impregnar su voz o adorarla por la complicidad que ese detalle implicaba, igual que rubita, nuestros sobrenombres destinados solo para que los pronunciase el otro.

–Todo está controlado.

–No parecía eso cuando te he visto…

–¿Nunca te han dicho que vas a desgastarme de tanto mirarme? –Me apoyé contra la taquilla con fanfarronería.

–¿Y a ti que no hace falta que te destroces las manos para que lo haga? Si quieres llamar mi atención, solo tendrías que ser valiente.

–¿Valiente?

–Sí, tener huevos no es solo enfrentarte a cualquiera que se ponga por delante en el cuadrilátero del gimnasio, sino atreverte a acercarte a hablar conmigo cuando lo deseas en lugar de rozarme cada vez que pasas por mi lado.

–Eso no es justo. –Fingí que me ofendía, cuando en realidad me encantaba su sinceridad–. Tú también lo haces.

–Y mis ovarios se han cansado de ello. Los tengo muy grandes y están hartos de que los oculte en tu presencia. –Se acercó un paso hasta quedar tan cerca de mí que era capaz de recoger el aliento que escapaba de sus labios con cada bocanada de aire que inundaba mis pulmones.

–¿No te preocupa que te vean conmigo? Eso podría hundir tu reputación. Creo que un par de amigas tuyas están a punto de sufrir un colapso mental intentando comprender la situación. –Le señalé a una de las chicas morena, que, si seguía abriendo tanto la boca, iba a empezar las vacaciones teniendo que ir al médico porque se le había desencajado la mandíbula.

–No eres mi secreto oculto. Nunca he renegado de ti. Simplemente no me gusta narrar mi vida o dar explicaciones. –Se encogió de hombros–. Cuando lo haces, todo el mundo se cree con derecho a opinar. Las palabras te convierten en un esclavo.

–¿Qué ha cambiado para que te decidieses?

–Que he pensado en qué es lo peor que podrían decirme de ti y si eso cambiaría mi punto de vista y he llegado a la conclusión de que no. –Se apoyó contra la taquilla y se cruzó de brazos, imitándome. Adorable–. Ya es hora de que todo el mundo sepa que me ha salido un grano en el culo llamado Sebastian.

–¿Acabas de llamarme grano en el culo? –Me reí. Literal. Era imposible contenerse.

–¿Qué? –Enarcó una ceja–. Me has oído decirte cosas mucho peores.

–¿Debo suponer que tu presencia aquí es para no limitar tus insultos diarios a los entrenamientos y tu allanamiento de propiedad en nuestro tejado?

–Mi presencia aquí es para decirte que me iré con las chicas y algunos compañeros a la playa a pasar el día… –April trataba de mostrarse segura, pero el movimiento constante de sus pies delataba su nerviosismo–. Por la noche van a hacer unas hogueras y asaremos carne. Lo malo es que no me veo comiendo un pincho moruno cuando el restaurante que hace las mejores *pizzas* está justo enfrente.

–¿Esta información nos lleva a algún lugar?

–Sí, a ti y a mí cenando en él.

No me lo esperaba. Lo juro. Mucho menos el pinchazo que noté en el pecho y segregaba en mi cuerpo una sensación olvidada, la ilusión.

–¿Me estás proponiendo una cita? –pregunté directamente.

–¿Por qué estás tan sorprendido? No es como si no pasásemos tiempo juntos solo que por una vez no habrá patadas voladoras de por medio ni tendré que tener cuidado por caerme desde un segundo y quedarme sin mis preciados dientes.

Me quedé en silencio sopesando lo que acababa de oír. Interpretó mal mi ausencia de entusiasmo. No dudaba. Me moría de ganas por ir. Eso me situaba como el rey de los cobardes. Cuando lo dijo me di cuenta de que era exactamente lo que había deseado pedirle cada semana. Cada hora. A cada instante. Y no había tenido las pelotas suficientes para hacerlo.

El gran Sebastian, conquistador nato, tenía miedo de que la única chica que le había importado en su vida pudiese rechazarlo. Pero no lo hacía. Y yo no sabía cómo gestionar los sentimientos. Las cosas buenas no me sucedían a mí. Los regalos del universo eran para los demás. Yo estaba sentenciado a los infiernos del interior de la Tierra por mucho que intentase estar siempre en las alturas, más cerca del cielo, allí donde me acababa de enviar April.

Capturó su labio inferior entre los dientes y se miró la puntera de las Converse, herida y avergonzada. Apoyé un dedo en su mentón con la máxima delicadeza de la que era capaz y le obligué a que sus ojos se encontrasen con los míos.

–Me encantaría compartir una *pizza* esta noche contigo. –En efecto, sus ojos brillaron y no trató de contener la sonrisa que se le dibujó inmediatamente.

–¿A las ocho?

–En punto.

–Bien. –Asintió, enfatizando sus palabras, y aparté el dedo con su movimiento, percatándome de que no lo había hecho antes. Me gustaba el tacto de su piel y trataba de prolongar inconscientemente todos los contactos que teníamos–. Entonces, allí nos vemos. –Fue a dar media vuelta cuando se detuvo–. Por cierto, más vale maña que fuerza. –Me quitó la llave de las

manos, la metió y la giró con cuidado, despacio, con un movimiento de muñeca que me dejó eclipsado. La puerta se abrió. Me quedé con cara de gilipollas frustrado–. Hay dos cosas que no puedes negar, que tienes un problema muy serio con el desorden… –Observó mi taquilla con las cosas tiradas por todas partes y negó con la cabeza.

–¿Y la segunda?

–Que me necesitas, musculitos. Y lo sabes.

Se marchó y por ello no oyó la frase involuntaria que se escapó de entre mis labios.

–Mucho, rubita, mucho.

Metí todo dentro de la mochila a presión. Volví a colgármela al hombro e iba a salir cuando me entraron unas ganas tremendas de mear. El primer bus salía en dos minutos. Tenía el tiempo justo para llegar y sentarme en mi sitio habitual en el fondo. No tenía baños en su interior. Valoré si sería capaz de aguantarme hasta casa. No. Me encaminé hacia los lavabos públicos del instituto. Si me lo hacía encima tendría que matar como mínimo a una persona para que la fama de asesino les hiciese olvidar ese momento ridículo.

Los pasillos estaban desiertos. La gente se había dado mucha prisa en marcharse. Solo quedaba el señor de mantenimiento, Donovan, que iba quejándose del estado en el que habían quedado las clases y la mala educación de los alumnos que no habían sido capaces ni de colocar bien las sillas.

Entré en el servicio y me desabroché el primer botón del vaquero. No me dio tiempo a hacer nada más. No antes que alguien entrase y me empujase al interior de uno de los cuartos de baño individuales. Me pilló tan desprevenido que solo me dio tiempo a ver una alborotada cabellera rubia rizada antes de encontrarme con las piernas pegadas a la taza del váter.

Nunca había hablado con la chica que tenía enfrente. Eso no significaba que no la conociese de vista. Era imposible no hacerlo cuando parecía la gemela siamesa cuatro centímetros más bajita de April. Siempre iban juntas. A diferencia del resto, nunca me había parecido una de sus seguidoras. La adoraba como las demás, sí, pero de un modo diferente, de ese que te hacía comprender lo que significa la amistad.

Miró detrás de mí. Tenía las orejas puntiagudas y el pelo crespado, lo que hacía que pareciese una especie extraña de duende chiflado.

–He aquí la prueba de que los tíos solo sabéis apuntar cuando hay una canasta o una portería delante. –Puso una mueca de asco al comprobar que había gotitas de orín en la superficie del váter.

–Creo que te has confundido y has encerrado al hombre equivocado –le dije, moviéndose para que se hiciera a un lado y salir.

–No. Tengo delante a la persona que estaba buscando para hablar. –Dejó de prestar atención a la taza y me observó directamente.

–¿Te parece que este es el lugar más apropiado para mantener nuestra primera conversación? –le pregunté, extrañado por su excéntrico comportamiento. No entendía nada.

–Los pasillos del instituto tienen oídos. Los rumores surgen por mucho menos. Aquí estamos seguros. No creo que ninguna mujer en su sano juicio se meta por su propia voluntad en un sitio tan asqueroso como el baño masculino.

–Hasta donde puedo ver, tú eres una chica…

–Chiflada. No como la cuerda de April. –Su nombre–. Aunque puede que después de lo que acaba de hacer supere mi estado de locura natural.

–¿Todo esto es porque me ha invitado a la playa hoy? –No sabía de qué me sorprendía…

–No, es porque quiero echarte un polvo contra la pared para darme el buen atracón sexual que me merezco después de la época de exámenes. –Puso los ojos en blanco–. Obviamente es por ella.

–¿Vas a tardar mucho en decirme la típica frase de que no te gusto para ella? Lo digo por zanjar pronto el tema, a no ser que prefieras que me la saque y mee delante de ti. Te aviso de que puedes asustarte. Es muy grande. Demasiado.

–¿Por qué narices iba a hacer eso? –Omitió la segunda parte de mi intervención–. A quien tienes que gustarle es a ella. No a mí. Y lo haces. Lo sé desde hace mucho tiempo. Solo tuve que atar dos cabos: tenedor temblándole en la mano y tú apareciendo por la puerta de la cafetería.

–¿Cuál es el problema, entonces?

–Lo que tú sientes concretamente. –Negó con la cabeza, como si fuese un niño pequeño al que hay que dárselo todo masticado.

–¿Te ha mandado ella? –No me pegaba ese tipo de comportamiento en April, más después de ver cómo había tomado el timón del barco.

–Si ella supiese que estoy aquí, me cortaría el pelo y se haría un chaleco con él.

–No te sigo…

–Lo diré del modo más sencillo que conozco para que lo entiendas. Ella es una tía increíble. ¡Qué digo increíble! Es la mejor. Es buena, simpática, divertida, fiel…

–Puedes dejar de enumerar todas sus virtudes. Las conozco. –la interrumpí. Estaba perdiendo la paciencia.

–Entonces sabrás que se merece a alguien que dé las gracias cada día por ser el tío más afortunado del planeta. –Había pasión en sus palabras. La adoraba–. En el instituto se oyen cosas y tienes una fama…

–Por la que quieres que me aleje. Es eso, ¿no? –completé por ella.

–¡Deja que acabe! –bufó, desesperándose por mis interrupciones–. Las personas actuamos de manera diferente con la gente. Has podido ser un cabrón, un semental y un mujeriego con las demás y desvivirte por ella. Nunca he sido de las que tienen en cuenta el pasado. Las etiquetas.

Esas hojas de tu vida ya están escritas. Me interesan las que aún están en blanco. –Se recogió la melena rizada en un moño–. Has pasado tiempo con ella y sabes lo que se merece. Conozco a los tíos como tú. Sois todo o nada. Lo mejor o lo peor. No dejáis indiferente. Medita hacia qué lado de la balanza vas a llevarla. Si es el positivo, estaré encantada de pasarme todo el día de mañana soportando cómo me describe una y otra vez la escena cuando la besaste hasta que las mariposas de su estómago salgan por el teléfono, pero si esa no va a ser la opción, solo te pido que seas justo con ella. Si alguien se lo merece en esta vida es April.

Sonó una voz femenina cantando una canción de pop. Desconocía quién era la intérprete, pero por lo poco que oí de la letra di por sentada que sería alguna de las cantantes que estaban de moda que, para no variar, solo sabían hablar de amor y desamor, como si fueran los dos únicos temas importantes del mundo. Me equivocaba. Por lo poco que me dio tiempo a escuchar, la cantautora reflexionaba sobre el día que descubrió su color favorito, el rosa, cuando el cielo decidió vestirse de ese tono en un amanecer.

Lily abrió el bolsillo pequeño de su mochila y sacó el móvil.

–Mierda. –Se mordió el labio mientras sujetaba el artefacto como si quemase–. Es ella. Tiene un maldito GPS que la avisa cuando estoy tramando algo. –Se dio la vuelta para salir del interior del baño antes de contestar. Ya estaba con un pie al otro lado cuando se giró–. Piensa en lo que te he dicho. Si para ti April no significa nada, simplemente hazte a un lado. O llévale algo bonito si la ves como yo. Cualquier detalle le hará ilusión. Tiene la capacidad de que le guste todo. Ya sabes, la genética *hippie* de sus padres que ha heredado y la lleva a tener como lema que la vida está para bebérsela disfrutando de cada gota.

Lily se marchó y por fin pude mear. Mientras lo hacía le di las vueltas justas y necesarias a nuestro extraño encuentro. Llegué a la conclusión de que mi vecina tenía una buena amiga. La rubia del pelo rizado no había tratado de alejarme de ella por mi pasado o la fama de rompecorazones bien merecida que tenía. Simplemente había velado por su seguridad pidiéndome que fuera justo con ella. ¿Quién podía culparla por lo que había hecho? Sus palabras no estaban impregnadas de autoridad, prejuicios o un intento de dirigir su vida, solo de preocupación, de velar por su integridad, de protección.

Llegué a casa de los Bennet y jugué unas canastas para descargar energía. Mi cuerpo siempre estaba repleto de adrenalina y el deporte era la mejor medicina para calmarme y encontrar esos momentos de tranquilidad que perseguía constantemente y solo alcanzaba cuando mis pulsaciones estaban a su máxima revolución y el sudor caía por mi frente.

Agradecí que el resto de los habitantes del hogar de acogida estuvieran fuera. Todos menos yo habían sido invitados a las respectivas fiestas de fin de curso con sus compañeros de clase. Haciendo memoria puede que un par de personas también se hubiesen acercado a mí con la

intención de decírmelo, pero la cara de pocos amigos y las malas pulgas que me gastaba cuando respondía había provocado que se arrepintiesen en el último momento.

Sea como sea, que no estuvieran y yo sí me proporcionaba la libertad necesaria para acudir al baño a ducharme sin necesidad de pedir la vez como en el mercado. Éramos muchos y normalmente tenías que esperar religiosamente. Quince minutos si se trataba de un niño. Media hora si era un adolescente que había descubierto el placer de tocarse. Un tiempo indeterminado si se trataba de una de las chicas en las que daba igual la edad, siempre tardaban una eternidad y salían jurando que lo habían hecho «lo más rápido posible».

Me duché con el agua caliente. Caía por mis músculos como una cascada, surcando las líneas que definían mi cuerpo como un riachuelo. Apoyé la cabeza contra los azulejos y disfruté de ese placer cotidiano hasta que se formó una nube de vaho blanquecino a mi alrededor. Me enrosqué una toalla en la cintura y limpié con el dorso de la mano el espejo. Me peiné y dejé que las gotas mojasen mi espalda desnuda y la frente. Observé mi reflejo. Era extraño que en pocos años hubiese cambiado tanto. Parecía una persona totalmente diferente a la que se había criado en Santa Bárbara con un cuerpo moldeado como arma de defensa, la mandíbula cuadrada y constantemente apretada, en tensión, la barba rasurada para aparentar más edad y que nadie me viese como un niño y esos ojos que un día fueron castaños, casi miel cuando el sol incidía en ellos, y ahora se teñían cada vez más de negro, como esos pozos a los que tenías que tirar una moneda porque no conocías su altura o las profundidades del océano desconocidas para el ser humano en las que se decía que no habitaba ningún ser animal o vegetal, solo la oscuridad absoluta del universo.

Fui directo a mi habitación. Encendí la radio. Sonaba *Belief*, de Gavin DeGraw, una canción que hablaba de que creer hacía que las cosas fueran reales, verdaderas, sentaran bien. Miré por la cristalera y observé la ventana de April con las cortinas corridas. Experimenté una sensación extraña, desconocida y no identificada anteriormente. La melodía dejó de ser una más y para mí se convirtió en ella, como si ese cantante que desconocía nuestra existencia hubiese puesto acordes a nuestra relación.

¿Desde cuándo me ponía nervioso antes de quedar con una chica? Porque el modo en que bombeaba mi corazón, con pinchazos que producían más placer que un orgasmo brutal, no dejaba lugar a dudas. La respuesta era simple. Puede sonar insensible, pero lo único que buscaba con el resto de las mujeres con las que había mantenido algún tipo de relación era colarme entre sus piernas sin mayor implicación que empujar hasta que sus uñas se clavasen en mi espalda y me dejasen la marca.

Con April era distinto. Todo lo había sido desde el inicio. Necesitaba impresionarla, que le divirtiese mi conversación y no se le hiciera pesada, lograr que sonriera al menos una vez cada cinco minutos por el mero placer de ver ese gesto dibujado en su rostro y saber que se trasladaría

al mío en cuanto oyese el sonido de cerdito que emitía. Esa noche el objetivo no era acostarme con ella, sino que me dejase pasarle los pulgares por la mejilla y no se apartara.

No habíamos hablado en exceso de su vida sentimental, pero no me hacía falta que me lo confirmase para saber que era virgen. A veces incluso pensaba que nunca la habían besado. Estaba en la base de las fases de las relaciones entre jóvenes. No me importaba esperar. Es más, con April incluso lo prefería. Disfrutando de las etapas que habían pasado volando delante de mis ojos cuando siendo un adolescente acabé en una fiesta universitaria tirándome a una chica encima del billar de sus padres. No había experimentado el placer de las pequeñas cosas, de escalar poco a poco parándome a ver la vista que se podía observar desde cada altura. Me imaginaba besándola hasta que no sintiese los labios, sentado, de pie, con ella encima, contra una pared, en el cine, en la playa, después del entrenamiento, sudada, para silenciarla en una discusión… Agotar todas las variantes posibles hasta subir un pequeño escalón. Y así hasta que acostarnos juntos no fuese solo un acto de placer animal, sino mucho más. Infinitamente. Otra dimensión. Algo que para mí también sería la primera vez.

Revisé la ropa de mi armario. Fui sacando las prendas y dejándolas encima de la cama, en el respaldo de la silla, en la mesa y desperdigadas por el suelo. Nada me convencía. Desconocía si la pizzería a la que íbamos era elegante o un establecimiento juvenil en la costa. No importaba. Quería que April me viese diferente, con un toque formal, que en cuanto nos encontrásemos mi ropa le dijese lo especial que era esa noche para mí, ya que mis palabras no lo harían. Expresar lo que sentía nunca ha sido mi fuerte.

Vaqueros en todas las gamas de azules y desgaste posible, camisetas deportivas de manga larga y corta, sudaderas y una chaqueta de cuero. Eso era todo. No había nada más. Estaba negando con la cabeza cuando Sophia abrió la puerta.

–Lo siento no sabía que estabas aquí. –Se disculpó. Desde nuestro desafortunado encuentro el día que empecé a vivir en su casa siempre llamaba antes de entrar.

–No pasa nada –le resté importancia–. Déjame que la lleve yo… –Le quité la cesta de la ropa que llevaba en las manos.

–Gracias. ¿Crees que me denunciarían si propusiese que cenásemos desnudos? ¡Es increíble lo que pueden llegar a mancharse las niñas! –bromeó mientras seleccionaba mi ropa. La sostuvo y miró con una ceja enarcada el caos de mi habitación. Sophia era una mujer dulce y comprensiva, pero se esforzaba en educarnos lo mejor que podía y, entre sus normas, se encontraba que mantuviésemos nuestro espacio personal en orden y cuidado.

–Antes de salir de casa lo recogeré –me adelanté a su pregunta, y ella asintió.

–¿Qué buscas?

–Algo decente para ir a cenar esta noche a un restaurante italiano, pero me temo que no tengo.

–Para cenar en un italiano… –murmuró, y no pudo evitar sonreír. Su máximo afán era que

hiciese cosas normales como los chicos de mi edad, así que supongo que se puso contenta. –Vamos a mi habitación. Algo podremos rescatar de Ethan–. Anunció, alegre.

–¿De Ethan? –Mi pregunta sonó más brusca de lo que pretendía. Su marido era un hombre bastante mayor dedicado en cuerpo y alma a las diferentes obras en las que trabajaba pintando. Lo más elegante que le había visto ponerse era una camisa de leñador a cuadros que, por cómo se movía incómodo, daba la sensación de que tenía chinches en su tejido.

–Sí. Te contaré un secreto. Hubo un día en el que ambos fuimos jóvenes y me quería seducir, ¡tenías que ver los modelitos que se ponía entonces! –Entrecerró los ojos, recordando–. Después me cazó y esa ropa se quedó en el fondo del armario acumulando polvo. Estaría bien que alguien la usase de nuevo.

–No sé yo si nuestros gustos… –comencé, pero ella no me dejó terminar.

–Solo échale un ojo a nuestro vestidor y si algo te llama la atención te lo pruebas, ¿de acuerdo? –insistió.

–Vale –accedí–. Pero nada de pantalones de campana o pitillos ajustados…

–Nada de pantalones de campana o pitillos ajustados –confirmó.

–Ni camisas de esas multicolor de los setenta.

–Entendido, camisas lisas. ¿Vamos?

Llegamos a su habitación previo paso por el resto de los cuartos para dejar la ropa limpia encima de las camas. Me senté en la silla de su tocador con escepticismo. Daba por hecho que no me gustaría nada de lo que me mostrase. Estaba confundido. Seleccioné un par de pantalones y cuatro camisas y, tras probármelas todas y salir para que Sophia emitiese su juicio y ya de paso se riese un rato de mí cuando parecía que iba a estallar una de las prendas de lo ajustada que me quedaba, me puse un pantalón negro de pinzas y una camisa blanca de la que desabroché los botones de los puños para poder doblarla y no asarme de calor.

Parecía una sesión de belleza femenina en la que era el modelo de Sophia para alguna especie de experimento. Estaba tan ilusionada que no pude negarme cuando me propuso peinarme hacia atrás. Contentarla era tan fácil que me pareció apropiado hacerlo después de todo, aunque sabía perfectamente que me alborotaría el pelo en cuanto desapareciese de su punto de visión. En look de pijo estirado no era el mío. Quería ir diferente, pero mantener mi esencia, mi personalidad.

Sophia me alcanzó cuando recorría el camino de la puerta rumbo a la parada del autobús.

–¡Sebastian, espera! –Me detuve y la observé venir corriendo–. Falta una cosa.

–¿Qué? –Me analicé de arriba abajo deteniéndome en la cazadora de cuero que llevaba colgada en el brazo.

–Esto. –Me tendió una rosa roja con un lazo negro en la base del tallo–. Un día casi le pido el divorcio a Ethan por cortar un ramo, así que será nuestro secreto –bromeó, aunque era bastante dictatorial con el tema de sus flores y tratarlas como era debido.

–Gracias.

–No hay de qué. No puedes presentarte en una cita sin un detalle, y es demasiado tarde para preparar un dulce o comprar bombones. –Sonrió–. Seguro que a April le encanta.

–Yo no te he dicho que vaya a cenar con ella.

–¿De verdad crees que hace falta que lo hagas? –Me guiñó un ojo y se marchó de vuelta a casa. Los más pequeños no tardarían en llegar y tenía que preparar la cena.

Fui directamente a la playa y paseé entre los distintos grupos de amigos hasta que la localicé. Estaba sentada sobre un tronco que alguien había transportado hasta la arena. Sostenía un palo con una nube pinchada, que colocaba un rato en la hoguera antes de darle un pequeño bocado sin apetito. La observé a través del movimiento sinuoso e hipnótico de las llamas, que bailaban mecidas al son del débil viento.

Me detuve a analizarla. Tenía un codo apoyado en el muslo con la cara sobre la palma de la mano. Parecía realmente aburrida y eso que tenía a varios grupos tratando de llamar su atención. El séquito de fanáticas buscando su aprobación o reacción tras cada comentario, los chicos del equipo tirando la pelota cerca de ella y subiéndose la camiseta fingiendo tener calor cuando pasaban por su lado y un cantautor bohemio que rasgaba las cuerdas de su guitarra mientras elevaba la voz sin dejar de observarla de reojo para ver si la había impresionado ya o necesitaba seguir cantándole al amor para seducirla con su aire desenfadado y rebelde.

¿Cómo sería estar rodeada de gente que moldeaba su personalidad para gustarte, ser tus clones o fingir una personalidad parecida a tus actores de ficción favoritos, cuando tú solo querías que fueran ellos mismos? April me dio pena. La falsedad de su mundo no era mucho mejor que la oscuridad del mío. La diferencia era que yo ya había tirado la toalla y ella intentaba con todas sus fuerzas transformarlo en algo real.

La pelota volvió a caer sobre sus pies y el cantautor se acercó tanto que la guitarra rozó su brazo. April suspiró cansada y levantó la vista negando con la cabeza cuando nuestros ojos se encontraron a través de las llamas rojizas. Ver la reacción que tuvo hizo que el pulso se me acelerase como si hubiera pisado el pedal a fondo en una recta en la que no había nada que temer y podía poner mi vida a doscientos kilómetros por hora. A toda potencia. Sonrió tanto que todo el mundo se giró a ver lo que había ocurrido y se sintieron decepcionados o celosos al ver que simplemente se trataba de mi presencia.

No le importaron los cuchicheos o las caras de desaprobación de aquellos que la acompañaban. Le dio una patada al balón que tenía debajo para que se apartase de su camino y vino directamente a mi lado. Escondí la rosa en el interior de la cazadora de cuero, doblándola por encima, para dársela en cuanto estuviéramos en la mesa de la cena.

–Has llegado tarde. –Fingió estar enfadada.

–Diez minutos. –Lo comprobé en mi reloj–. Es lo que tiene haber dejado atrás mi época de

delincuente experto en robar coches ajenos y viajar el autobús. –Llevaba la capucha de la sudadera calada y los cabellos rubios salían desperdigados alrededor de su cara como si fuera un marco dorado. Estuve tentado de mover mis dedos y colocárselos detrás de la oreja–. ¿Te lo estabas pasando bien?

–Sin Lily, este tipo de fiestas son un asco.

–¿Por qué? –April comenzó a andar por la arena y la seguí.

–Creo que si Axel llega a tirar la pelota una vez más adrede, se la lanzo al fuego y lo mismo habría ocurrido con la guitarra de Kevin si me canta otra canción.

–Un poco creída, ¿no crees, rubita? –la piqué, aunque tenía razón.

–No. Me rijo por las pruebas. Me he cambiado siete veces de sitio y el balón ha acabado en mis pies.

–Eso aclara una parte. No la otra. El pobre músico solo estaba mostrando su talento…

–Con temas que se titulaban *Sucedió en abril*, *Una rubia con nombre de mes*… cuyas letras tratan sobre una chica sospechosamente parecida a mí que se enamora de un cantante que era él y la llevaba al nirvana. –Puso los ojos en blanco.

–Algunas personas verían eso romántico. –Pronuncié esa frase para saber, en cierta manera, qué era lo que le gustaba. Me movía en arenas movedizas y necesitaba datos que me ayudasen a estabilizarme.

–El romanticismo está sobrevalorado. Impresionar a alguien es mucho más sencillo. Tienes que mostrarte como eres y ya está. Y si le gustas, enhorabuena, y si no, es que no formáis parte de las piezas del mismo puzle. Intentar que encajen a la fuerza siempre es un error. Puedes empeñarte y al final como mucho acabarás rompiendo los bordes por meterlas a presión o, en el peor de los casos, la pieza entera. –Tenía una capacidad para reaccionar simplificándolo todo que admiraba. Con su filosofía la vida era mucho más sencilla y placentera–. Da igual lo que hagan Axel o Kevin, podrían dedicarme la canasta definitiva en la NBA o una canción en un concierto multitudinario y para mí sería lo mismo. No sentiría nada.

–Eres rara. No te interesa ni el futuro capitán condecorado del instituto ni el rebelde melancólico con una guitarra.

–No. Ellos no me interesan. –Me miró con intensidad y había complicidad en esos ojos que me estaban diciendo mucho más, revelando quién era la pieza de ese puzle que sí podría encajar o al menos ella quería intentarlo.

Era el momento perfecto para entregarle la rosa. Estábamos ahí. Parados, con el sonido del mar como banda sonora y la luz de la luna de iluminación. Fui a hacerlo cuando noté que alguien me empujaba por la espalda.

–A ti quería verte. Deja en paz a mi novia, cabrón –rumió Jax.

No tenía ni puta idea de lo que estaba pasando. Lo juro. El chico era unos años mayor que yo y

lo conocía del gimnasio. Alguna vez habíamos guanteado juntos y no siempre había salido yo victorioso, así que no podía tratarse de eso. Tiempo después descubrí que su saludo irracional se debía a cierta relación tóxica que mantenía con una de las monitoras del gimnasio. Él era un maniático del culto al cuerpo, de esas personas que veían su futuro en el mundo del culturismo, si es que llegaba, con toda la mierda para el hígado y los riñones que se pinchaba. Por lo visto, mi delito fue estar en el sitio inoportuno en el momento inadecuado. Estaban manteniendo una de sus habituales e interminables discusiones cuando pasé con la mochila por delante de ellos. No habría ido a más si ella no hubiese decidido hacerle un comentario dándole donde más le dolía, algo así como que mi cuerpo «le gustaba mucho más» y a veces se imaginaba que era yo el que estaba encima de ella mientras se la tiraba. Un motivo para mandarla a la mierda, sí, pero no para querer reventarme. Sin embargo, no se le podía pedir más a una mente tan superficial y enferma.

–No sé de quién cojones me estás hablando, pero no vuelvas a ponerme una mano encima si no quieres que te rompa todos los huesos de tus dedos. –No llevaba muy bien el tema de controlar mi agresividad, y más cuando alguien había activado el interruptor sin motivo aparente. No quise observar a April, sabía que ella estaría asustada. Lo único que hice como acto reflejo fue colocarme delante de ella para protegerla. Dispuesto a parar con mi propio cuerpo los golpes que sabía que vendrían.

–¿Tú? –Se rio exageradamente.

–Yo, si no te apartas de mi camino –concedí, tragándome toda esa rabia que ascendía por mi garganta como ácido para poder continuar con nuestra cita en el italiano como si nada.

–Te diré lo que voy a hacer. Voy a destrozarte entero y después voy a subirme al coche para ir a mear sobre la tumba de tu hermanita.

Vale. Llegados a este punto una cosa tenía clara. Iba a matar a ese tío. Así de simple. Años después comprendí que la mejor respuesta a una provocación era ignorarla, pero esa noche era joven, con mal carácter, adrenalina y una furia que me nublaba el juicio y me transformaba en un ser irracional con los impulsos propios de un animal en la selva que ante una amenaza destrozaba la yugular del contrario.

Ambos nos preparamos. Me puse tenso. Crují los nudillos y apreté los puños. Todos mis pensamientos encaminados en la pelea. Toda la atención puesta en esos puntos débiles que quería tocar para reducirlo y destrozarlo como la basura capaz de mencionar a Bethany en vano. Jax y yo estábamos tan concentrados en el otro que no la vimos venir. Se nos había olvidado que April estaba presente, a nuestro lado, siendo testigo de todo y previendo las consecuencias, hasta que su mano pasó volando por mi lado e impactó contra su nariz con tanta fuerza que lo dejó KO, perdió el equilibrio y se vino al suelo.

Jax no pudo evitar el aullido de dolor y solo me dio tiempo a ver cómo los ojos se le llenaban de lágrimas y salía sangre de esa nariz que parecía rota antes de que April tirase de mi mano y,

como si ella fuese mi dueña, comencé a correr a su lado. Nunca había huido. Eso era de cobardes. Pero si por algo no destacaba la mole humana que tenía delante era por ser un caballero y temí que me venciese y luego fuese a por ella, una delicada mariposa que aplastaría sin miramientos.

Nos alejamos del peligro y cuando comprobamos que estábamos a salvo nos detuvimos, jadeando por el cansancio.

–No negarás que soy tu alumna más eficiente. No hace falta que me des las gracias por salvarte el culo, musculitos. –Sonrió y le agarré la mano en pleno movimiento.

–¿Te duele? –le pregunté, serio, tocándola con cuidado para ver cómo reaccionaba por si se había lastimado alguna parte.

–Molesta. –Se encogió de hombros–. Jax estará hueco por dentro, pero tiene la cabeza muy dura. Demasiado cráneo para proteger la nuez que hace las funciones de cerebro. –Me aparté.

–¿Por qué cojones has hecho eso? –le pregunté, enfurecido. Si no llega a caerse de espaldas y le responde al golpe, podría haberla dejado noqueada. ¿Es que no tenía sentido del miedo?

–¡Para defenderte, idiota, para defenderte! –Se encaró acercándose con la respiración agitada–. Y no me vengas ahora con que tenías la situación bajo control porque es evidente que no. Te habría hecho picadillo o lo habrías matado y ninguna de esas posibilidades me gustaba, así que he tomado una decisión.

–¿Cuál? ¿Pegar un puñetazo cuando no sabías si podía venirte de vuelta? ¡Eres una jodida loca!

–¡Puede! ¡Puede que lo esté! Por proteger al único tío sobre la faz de la tierra que me grita por haberlo ayudado. ¿Sabes qué?

–No me apetece escucharte. –No quería hacerlo de veras porque todavía no sabía cómo gestionar que una persona, por primera vez en la vida, hubiese antepuesto su propia seguridad a la mía. Saber que le importaba tanto hacía que me perdiese, que desease sacarme el corazón del pecho y se lo tendiese en una bandeja, hacía que me replanteará todo. Mi existencia. Mi enfado con el universo. Mi realidad.

–Lástima que no sea una pregunta. –Colocó sus manos a ambos lados de mi cara y me obligó a mirarla–. Escúchame bien, Sebastian. No me arrepiento de haberlo hecho. Somos un equipo, ¿entiendes? –Bajó la voz hasta que se convirtió en un susurro–. Si te insultan y te hieren, a mí también me duele, y por eso reacciono.

Nos quedamos mirándonos fijamente con los rostros tan cerca que podía rozar su nariz con mi barbilla. Mis ojos descendieron por su cara hasta centrarse en sus labios, gruesos, suaves, húmedos y entreabiertos. Me apetecía tanto besarlos que creía que me marearía si no lo hacía. La deseaba de una manera irrefrenable, loca e irracional.

A April le pasaba lo mismo. Seguía con el pecho subiendo y bajando acelerado, pero cada vez

me agarraba de las mejillas con más fuerza y su cuerpo se movía para disminuir la distancia que nos separaba. Nos rozamos y comprobé que encajábamos a la perfección, que yo estaba tallado a su medida y ella a la mía, que en nuestro puzle no haría falta limar nada porque éramos parte de la unidad del equilibrio. Su fuego contra mi hielo. Su luz contra mi oscuridad.

Cerró los ojos y comenzó a ponerse de puntillas. Deseaba mover mis manos, agarrarla por la cintura y atraerla para fundirme en un beso que provocara que una supernova estallase en nuestro interior. Sin embargo, las palabras de Lily retumbaron en mi interior despertando a mi conciencia. Me pregunté si la merecía porque ya sabía que la quería de una manera que me llevaba a situarla como el eje de mi universo.

¿Iba a ser positivo para ella? ¿Hacerla feliz? Tenía un carácter volátil, malas pulgas, estaba enfadado, con mucha ira en mi interior, fantasmas y traumas que había encerrado en una celda de la que podían escapar cualquier día sin previo aviso. ¿Qué había pasado en nuestra primera cita? Que April, la persona más pacífica que conocía, había terminado pegando un puñetazo a un tío al que probablemente le había roto la nariz y que no la denunciaría porque lo avergonzaba que eso lo hubiera hecho una chica.

Llegué a una conclusión: por más que la desease y fuese la única medicina capaz de acabar con esa especie de enfermedad que tenía y me destrozaba por dentro, no podía arriesgarme a contagiarla. Lo justo era no ser egoísta. Todo el que se acercaba a mí acababa mal, y tenía que actuar en consecuencia. A veces pienso que por aquel entonces yo era mi peor enemigo.

Debía apartarla y de forma contundente, romperla tanto que no le quedasen ganas de seguir luchando, de volver a aproximarse, porque no sabía si tendría la fuerza de voluntad para alejarla si se daba una segunda oportunidad.

–Hemos terminado –pronuncié, y ella se detuvo en su ascenso hacia mis labios y me miró sin comprender. Al instante me arrepentí de no haber llevado a cabo mi idea después del beso, para poder haberlo recordado el resto de mis días, para que la pregunta de cuál sería su sabor no me atormentase.

–¿De qué hablas?

–De nosotros. Me he cansado. Me aburres tanto que prefiero darles el dinero a los chicos antes de tener que aguantarte un segundo más. –Puse mi mejor máscara.

–¿Dinero?

–Sí, ya sabes, una apuesta para desvirgarte.

–Si estás de coña, no tiene ni puta gracia. –Intentaba permanecer firme, pero el labio había comenzado a temblarle.

–¿Crees que esto es una broma? ¿Por qué motivo si no te habría aguantado todo este tiempo?

–Porque somos amigos, un equi…

–¿Un equipo? He tenido que contenerme para no vomitar cuando lo has dicho. ¿Por qué

querría alguien como yo formar algo contigo fuera de la cama? Eres la típica animadora desesperante y cargante a la que solo quieres dar por culo para no tener que verle la cara.

–No sé por qué narices lo estás haciendo, pero no te creo.

–¿Tan complicado es asumir que para mí no eres más que una putita más del instituto a la que tirarme y que me he dado cuenta de que el polvo no merecerá tanto la pena como para malgastar más mi tiempo?

–No puedes haberlo fingido todo… –Se resistía a creerme y cada vez me lo ponía más duro. Me preparé para pronunciar la frase más hiriente, esa que me separaría para siempre de ella, esa que no le haría plantearse mi cambio de actitud, esa que se le clavaría en la moral.

–No sé de qué te sorprendes. Todo el mundo lo hace, desde el idiota del balón al de la guitarra. No tienes amigos. La gente solo busca un fin contigo e interpretan un papel para conseguirlo. No te diste cuenta ni te llamó la atención porque es a lo que estás acostumbrada. Nada es real en tu mundo. –No pudo controlarse y comenzó a llorar. Lo único que me apetecía era suplicarle que dejase de hacerlo, pero en lugar de eso provocaba más lágrimas.

–Vete a la mierda. No quiero que vuelvas a dirigirme la palabra. Ni que me mires.

–Tus peticiones son música celestial para mis oídos.

–Eres un desgraciado.

La observé marcharse y a medida que se alejaba me puse a temblar. Me repetí hasta la saciedad que había hecho lo correcto, que ahora podría encontrar a alguien normal que la hiciese feliz y no lidiar conmigo.

La sensación de vacío no desapareció cuando me iba a casa y me encerraba en mi habitación dando un portazo. Sentía que me faltaba el aire, que me ahogaba, que yo mismo me había extirpado los pulmones con cada frase hiriente y me iba a morir.

Esperé apoyado en la ventana con la luz apagada hasta que la vi aparecer a altas horas de la madrugada con un par de muletas y cojeando. La culpabilidad hizo que me doliese hasta el alma. Estuve tentado de bajar y pedirle perdón, decirle la verdad y cuidarla todos los días hasta que pudiese andar de nuevo. No lo hice. Imaginaba un futuro sin hablar, discutir o ponerle mi chaqueta por encima y no me apetecía vivirlo. Sin embargo, había tomado una decisión y debía actuar en consecuencia.

Esperé a que se encendiese la luz de su dormitorio. Una parte de mí albergaba la esperanza de que se asomase a la ventana, como había hecho cada noche durante los últimos meses y poder observarla antes de irse a dormir una vez más. Una especie de regalo divino por haberme sacrificado por ella.

April apagó la luz directamente y lo que tenía por delante se sumió en la más absoluta oscuridad. Tiré la cazadora de cuero y observé la rosa que llevaba en el suelo. La recogí y la apreté con fuerza clavándome las espinas en la piel.

Capítulo 20

Los años pasaron y, tras mi decisión, cedí al camino fácil, el sencillo, el básico, en el que los retos no existían y dejarse llevar por la corriente a la zona del océano que le diese la gana era la opción más efectiva. No me costó acostumbrarme a ese modo de vida. El mal es tentador y adictivo porque conlleva no tener desafíos y con ello no sufrir decepciones o pérdidas. Solo logras ganancias a pesar de que poco a poco desaparezca tu esencia hasta transformarte en animal. Es la manera más eficaz de dejar de sentir. Apagar el interruptor de la humanidad. Convertirte en uno de esos robots mecánicos cuyo procesador solo está vinculado a la batería que tiene y cuando esta se acaba simplemente hay que enchufarla y recargar.

Mi existencia se basaba en tres conceptos: emborracharme hasta perder la poca conciencia que me quedaba, drogarme para recuperar esas sensaciones que conscientemente había eliminado de mi vida y acostarme con la primera mujer que encontrase dispuesta para tener contacto con los seres humanos que me rodeaban, aunque fuese a través de unos empujones que terminaban con un orgasmo que no hacía más que dejarme vacío en todos los sentidos.

Para ello me uní a mis similares. Un grupo de colegas que perseguían el mismo objetivo que yo. Personas con las que compartir el tiempo de juerga, reírme, desfasar y planear la próxima conquista femenina, pero que no sabían nada de mí, ni siquiera mi color favorito. Y llegados a este punto, ¿lo tenía? Porque no sabía qué tonalidad del abanico que ofrecía el arcoíris elegiría si alguien me preguntase. Por eso agradecía que nunca tratasen de conocerme, así yo tampoco tenía que hacerlo.

Salía con ellos cuando me apetecía, sin tener que justificarme cuando tenía otros planes; al fin y al cabo, mi presencia no significaba nada para el grupo más allá de superar en número a otro si nos metíamos en alguna pelea. Me creía un valiente por enfrentarme a cualquier persona. Los golpes a los contrarios eran mi fortaleza y las cicatrices que ellos dejaban en mi cuerpo, marcas de guerra.

Estaba completamente confundido y nadie me sacaba de mi error porque expulsaba de mi lado a cualquier persona que me hiciese reflexionar, pensar o sembrase la duda. No podía arriesgarme porque, si lo hacía, corría el peligro de darme cuenta de que me merecía todos los insultos que tanto me gustaba acuñar a los demás y estaba desperdiciando esa vida que la gente que más quería había perdido. Existía una posibilidad prácticamente invisible de que sus palabras fuesen la medicina que necesitaba mi agonizante conciencia y tuviese la tentación de cambiar.

Me creía valiente por todos los motivos que me convertían en un cobarde conformista de manual, porque valiente es la persona que lucha contra las mareas para tratar de salir a flote en mitad de un temporal y no quien no pelea y se hunde por propia voluntad. La valentía no se medía en la masa muscular o en la potencia de los puñetazos, sino en convertir la debilidad en fortaleza, en cambiar las circunstancias, en ser lo suficientemente inteligente para llegar a la conclusión de que la única pelea que merece la pena es la que se lleva a cabo con uno mismo en el camino de rosas y espinas para alcanzar la felicidad, para dejar de sobrevivir y comenzar a vivir.

Llegué a la fiesta de esa noche con uno de mis colegas. Era tal el «vínculo» que nos unía que ni siquiera sabía su nombre real, solo su apodo, Snake. Tendía a decir que era como una serpiente de esas que se lanzan contra su enemigo a morderle inmediatamente si intuía el peligro sin necesidad de mediar palabra y de las que se aferraba a sus víctimas, rodeando su cuerpo y destrozando lentamente las costillas hasta que se les paraba el corazón, si se trataba de una mujer.

Los estudiantes se habían reunido en el área de descanso que había a unas pocas millas de Charleston, congregados alrededor de los coches que les habían regalado sus padres como premio por haber aprobado e ir a la universidad, con los maleteros repletos de alcohol y la música sonando a su máxima potencia en sus equipos.

Los focos de sus faros delanteros me iluminaron mientras iba con los míos. Nadie me habló directamente, pero el volumen de las voces disminuía a mi paso y las miradas de recelo aumentaban. Era una leyenda. Todos me conocían. La gran mayoría me temía. Nadie en su sano juicio me quería cerca. Y esa soledad, ganada a pulso por mis actuaciones en el instituto, en la pista de baloncesto, en los locales y en la misma calle, me hacía sentir orgulloso. Era tan gilipollas que no comprendía que el concepto colectivo sobre mí no era algo positivo, que incluso esas chicas que se aproximaban lo hacían con la fantasía de cambiarme, que, tal como era, mi verdadero yo solo producía rechazo. Creía que me veían como Dios cuando en realidad me comparaban con el Diablo.

Llegué a las cuatro mesas donde normalmente los viajeros hacían una parada en los trayectos largos para estirar los pies y las familias aprovechaban el buen tiempo para hacer un pícnic o celebrar el cumpleaños de sus hijos. Antes de que me sentase sobre la superficie de madera con

los pies apoyados en el banco adherido a la construcción ya tenía un cigarrillo en una de mis manos y un vaso con cerveza en la otra. Una chica me lo trajo. Tampoco sabía su nombre ni me importaba. Solo que Snake había dicho que te la podías tirar sin mirarle a la cara porque le gustaba que le diesen por detrás. Sin romanticismos, intimidad y mucho menos amor. Justo lo que yo siempre buscaba.

La muchacha se preparó una raya de cocaína al lado de mi muslo y mientras se la metía me permitió ver una buena panorámica de su escote. Esnifó con potencia, paseó el dedo por los restos de droga que habían quedado en la tabla y se chupó la yema de una manera sugerente conforme se volvía a poner erguida, para provocarme. Así de fáciles eran las cosas en esos temas para mí. Así de vacías y poco importantes también.

–Me han dicho que vas a participar en la próxima carrera. –Se aproximó y abrí las piernas para que ella pudiese colocarse en medio y pasease con sus manos rumbo a mi entrepierna.

–Es una opción. –Me encogí de hombros. Hacía cualquier cosa para sacar un dinero extra. Miento. Cualquier cosa ilegal. Robar, apostar y, a ese ritmo, mi siguiente paso sería participar en las carreras ilegales. Eso o comenzar a robar coches para convertirme en un alunicero. Todavía no sabía qué opción me seducía más. Tal vez probar suerte con la que menos años de cárcel supusiese si me pillaban.

–Deberías llevarme de copiloto. Conmigo todo el mundo gana, aunque no llegue el primero a la meta. –Susurró la última frase en mi oído mordiendo levemente el lóbulo cuando se separaba.

Sabía a lo que se refería. Otro de los chicos, el que me había ofrecido participar y me había enseñado el móvil última generación y la tableta que se había comprado con el último botín, me había informado de una de las aficiones de mi acompañante. La adrenalina de la velocidad la ponía cachonda. Mucho. Muchísimo. Hasta el punto de que todavía estabas rozando el pedal del freno cuando ella comenzaba a bajarte la bragueta para llevarse tu pene a la boca y succionarlo con fervor.

–Me parece una buena oferta –reconocí.

–¿Solo buena? –Frunció el ceño e hizo un puchero como una niña pequeña–. Tal vez tenga que darte un adelanto para que llames a las cosas por su nombre. Decir que lo que hago es bueno es menospreciar mis labios. –Pellizcó la cremallera con la yema de los dedos.

¿De verdad iba a chupármela allí?, me pregunté. La respuesta era sí. Iba tan pasada y demacrada que lo habría hecho sin problema. Sujeté su mano. En realidad tan solo iba a decirle que nos alejásemos un poco, hasta el tronco más cercano que pudiese taparnos, donde ella se pondría de rodillas y yo enrollaría la mano en su pelo para guiar su movimiento. Sin embargo, esas no fueron las palabras que salieron de mi boca.

–No. –La aparté.

–¿Me estás rechazando? –Abrió mucho los ojos sin podérselo creer.

–Hoy no es el día. –Intenté ponerme de pie, pero ella me cerró el paso, indignada.

–¿Sabes lo que te estás perdiendo?

–Una mamada.

–La mejor de tu vida, concretamente. –Puso su voz aterciopelada más seductora.

–Paso.

Logré escabullirme. ¿Qué había pasado? ¿Por qué no había aceptado el placer inmediato sin rechistar como de costumbre? El motivo era muy sencillo y llevaba puesto un vestido largo azul marino que me recordaba a las mujeres griegas que salían en las películas históricas, con una tira negra a la altura de ese pecho que yo había visto crecer, un moño que en algún momento debió de ser perfecto y ahora estaba desecho prácticamente en su totalidad y tacones que se clavaban en el suelo mientras pasaba a mi lado y ni siquiera se percataba de mi presencia, como si no existiese.

¿Qué cojones hacía April allí?

No era la primera vez que la veía después de nuestro momento en la playa frente a ese restaurante italiano que nunca llegamos a probar. Vivía al lado de mi casa y estudiaba en el mismo instituto. No encontrarnos era imposible.

Al principio la observaba mirarme como si buscase que le confesase que todo era mentira o le diese una explicación convincente y le pidiese perdón de rodillas si hacía falta. Me encargué en todos y cada uno de nuestros encuentros de demostrarle que yo era el monstruo de la playa. Lo hice con tanta profesionalidad que terminé por creérmelo.

Decidió eliminarme de su vida. ¿Si no sumaba, para que narices me quería en ella? Lo hizo progresivamente hasta que me convertí en un recuerdo de esos que no son memorables, una persona de paso por su vida que no había dejado huella ni marca. Nada. Un fantasma en el que no merecía la pena pensar.

Conmigo ocurrió lo contrario. April era mi maldición particular.

Creció. Vaya si lo hizo. Una parte de mí deseaba que acabase siendo el prototipo de animadora engreída, egoísta y elitista. En un momento de debilidad, cuando la vi pasar por mi lado en el pasillo, al ver nuestras manos próximas por el azar, estuve tentado a mover la mía para rozar su piel como si el hecho de no hacerlo pudiese matarme. Ese día me encerré en los baños y pedí un deseo con fuerza. Ansiaba que se convirtiera en alguien detestable para que nuestra separación fuese soportable.

El jodido destino no me lo concedió. April seguía siendo amable, simpática, fiel con los suyos, inteligente, divertida, independiente, decidida y un millón de adjetivos más que se sumaban a su belleza, esa que no había hecho sino incrementarse durante el paso del tiempo o puede que la desease tanto que cada día la viese más bonita, mi particular y apetecible fruta prohibida. La única que se colaba en mis pesadillas y lograba que me despertase en mitad de la noche

temblando y sudoroso y mi acto reflejo fuera tocarme los labios para comprobar, noche tras noche, que ese beso que me había hecho sentir en pleno estado inconsciente era fruto de mi imaginación.

Me extrañó verla esa noche en la fiesta porque ella no solía moverse en el mismo ambiente que yo. Las fiestas eran el único lugar donde podía respirar tranquilo sin temer que la rubita apareciese de un momento a otro e hiciese que las piernas me flaqueasen.

La observé. Tenía el ceño fruncido y la mandíbula apretada. Parecía molesta por algo o con alguien. ¿Qué le habría pasado?

Caminó con determinación hasta el coche donde estaban reunidos los chicos del equipo del instituto. Agarró un vaso y se puso a hablar con el más cabrón de ellos. Tal vez yo no era el más indicado para juzgar con mi comportamiento. Sin embargo, al menos yo era sincero, transparente, y podía afirmar que quien se hacía ilusiones era porque quería. Pero el deportista que estaba con ella era de los que prometían amor eterno para desvirgar a medio instituto y luego hacían kilómetros con su coche para irse a discotecas alejadas de la zona y estar con otras.

Agarró otro vaso y comenzó a beber de un modo compulsivo mientras escuchaba lo que el idiota ese tenía que contarle. Por como hinchaba el pecho como un pavo probablemente le estaba contando algo de su último partido. Me atrevía a asegurar que con una persona tan narcisista como era ese chico la conversación giraba en torno a él. Algo que no hizo sino corroborarme el silencio de April, que solo asentía con una cara de aburrida que no podía disimular, por más que lo intentaba. ¿Por qué se esforzaba por coquetear y seguirle el rollo si claramente le interesaba lo mismo que la chica que me había ofrecido una mamada a mí?

Pasó un rato antes de que ella se moviese y comenzase a andar por uno de los senderos del bosque mientras él le hacía un gesto que venía a decir que le esperase donde fuera que hubiesen quedado, que se reuniría con ella enseguida. En cuanto April se perdió en la oscuridad él fue a servir dos vasos de cerveza y miró en nuestra dirección. Fue su cara y las intenciones que leí en ellas lo que hizo que me quedase paralizado en lugar de seguirla para asegurarme de que cuando le subiese todo lo que había ingerido no se perdiese por el monte fruto del pedo de colores que iba a pillar.

Axel, que así se llamaba, según supe después, vino en nuestra dirección. En cada paso perdía parte de toda la seguridad que desprendía cuando caminaba por los pasillos del instituto como si fuese el jodido rey del mundo. Con sus secuaces tal vez se venía arriba, se creía alguien importante, protegido, pero solo no era más que un niño asustadizo al que podría hacer llorar soplándole en la cara.

Se detuvo al lado de mis colegas y yo me acerqué con aparente indiferencia.

–Quiero, ya sabes… –titubeó, mirando hacia atrás para asegurarse de que el resto del mundo iba lo suficientemente borracho para no percatarse de lo que estaba haciendo–. Pillar.

–Yo me encargo –me ofrecí antes de que nadie más abriese la boca. No les extrañó. No era la primera vez que pasaba drogas a estudiantes que se creían los más malos del universo por fumarse un canuto–. Sígueme.

Me hizo caso. Snake me lanzó las llaves de su coche y, cuando Axel no lo veía, me hizo un gesto que venía a decir que el tío que tenía delante era un pardillo y podíamos cobrarle el doble, porque no sabía los verdaderos precios del mercado del narcotráfico a pequeña escala.

Llegamos al vehículo y me detuve. No había gente a nuestro alrededor. Habíamos aparcado a la entrada. Podíamos conseguir un hueco dentro incluso llegando tarde, pero llevando ese tipo de sustancias en su interior era mejor tenerlo en algún sitio en el que, si aparecía la pasma, pudiésemos huir con mayor facilidad sin quedar atrapados en un atasco.

–¿Qué quieres? –le pregunté–. ¿Cannabis? ¿Marihuana? ¿Cocaína? ¿Éxtasis?… –enumeré.

–No lo sé.

–¿Cómo que no lo sabes? –Me giré.

–No sé qué es lo que necesito. Puedo decirte el resultado que busco y me asesoras.

Los labios se le curvaron nerviosos y no sé por qué, llámale instinto o unos celos irracionales por haberlo visto con ella y saber que habían quedado para después, inmediatamente me apeteció borrarle la sonrisa de la cara.

–Soy todo oídos. –Me crucé de brazos y me apoyé contra el coche.

–Quiero algo que desinhiba –dijo al fin, y me incorporé tratando de que no se notase toda la tensión que se me estaba acumulando dentro.

–¿Te refieres a algo que ponga cachonda a la rubita con la que estabas hablando? –Quise averiguar si estaba en lo cierto antes de actuar.

–Exacto, tío, está muy buena, pero es una estrecha. O le doy algo que la active o será como follarme a una muñeca hinchable.

Sonreí y, claro, él interpretó mi gesto como camaradería. Se suponía que los mujeriegos nos comprendíamos, pero no. Axel estaba muy confundido. El gesto de mis labios no era amistoso. No estaba ni siquiera dedicado a él. Esa curvatura había sido la respuesta natural a mi imaginación que se había adelantado a la acción que llevé a cabo inmediatamente.

No tuvo tiempo de borrar esa estúpida cara antes de que lo agarrara por los hombros, lo empotrase contra el coche sin importarme saber que Snake me mataría si se lo abollaba, y le coloqué el antebrazo en el cuello impidiéndole respirar.

–Te crees muy hombre, ¿verdad? –Apreté con más fuerza y él abrió la boca para intentar tomar ese aire que no le llegaba a los pulmones–. Drogar a una tía para metérsela. ¿Sabes qué? Debería cortártela aquí mismo. El mundo no perdería nada importante. –Axel abrió mucho los ojos. Tenía pánico. Auténtico terror a que llevase a cabo mi amenaza y si no lo hice, es porque

ese día tuvo mucha suerte y no llegó a drogarla. Si llego a ver que lo hace o me entero por mis colegas, no habría podido contenerme.

–Por favor… –logró carraspear–. Suéltame…

–Escúchame muy bien porque solo te lo diré una vez. No te atrevas a tocarla. No te atrevas ni a mirarla –escupí–. Si le haces daño algún día, aunque sea porque le dices que un puto vestido no le queda bien e hieres sus sentimientos, voy a ir a por ti con la única intención de dormir esa noche en un calabozo mientras tú lo haces en un hoyo. –Me detuve. Axel estaba cada vez más rojo–. ¿Lo has comprendido? –Asintió insistentemente con lágrimas en los ojos.

Lo solté. No me detuve a ver cómo se doblaba tosiendo, llorando y vomitando a la vez. Tenía algo mucho más importante que hacer que pasar mi tiempo con un tío que se había ido a comprar sustancias para drogar a una chica y había acabado cagándose encima.

Localicé a April en el claro del bosque y me oculté entre los matorrales para que ella no me viese. Mi única intención era vigilarla y protegerla desde la distancia. Andaba tambaleándose de un lado para otro bajo los efectos del alcohol. Estuvo a punto de perder el equilibrio y di un paso hacia delante, con tan mala suerte que pisé una rama, que crujió al partirse en dos. El ruido captó su atención y se giró. Una ráfaga de aire me azotó por la espalda y el viento llegó hasta ella alborotándole el cabello dorado.

Estaba bien oculto en la oscuridad completamente seguro de que no podía verme. Sin embargo, caminaba en mi dirección como si me presintiese con el ceño fruncido. Era la primera vez en años que estábamos solos. Sin testigos. Y, poco a poco, a cada paso que daba, mi pulso se aceleraba más y más e ideas locas comenzaban a surgir en mi cabeza. El control se perdía al ritmo que April se aproximaba y, cuando quise darme cuenta, me descubrí a mí mismo tirando la toalla. No podía más. No podía seguir con ese sacrificio constante.

El intento de Axel me había demostrado una cosa. No podía protegerla eternamente desde la lejanía. ¿Y si la próxima vez yo no estaba cerca? ¿Y si en la siguiente ocasión la dañaban? ¿Y si mi decisión había sido absurda?

April comenzó a estirar el brazo y yo inspiré ese aire que comenzaba a oler a cerezas sin moverme, esperando que me descubriera. Juro que si llega a hacerlo, no habría tenido fuerza para no confesarle todo y suplicarle que conociese a la nueva versión de Sebastian, esa que tal vez estaba más jodida que la anterior, pero que seguía sin poder evitar que los labios se le curvasen cuando oía el eco de su risa de cerdito en los pasillos del instituto. Esa que echaba de menos hablar con ella. Ponerle la chaqueta por encima cuando tenía frío porque siempre se le olvidaba. Discutir. Vivir. Todo.

Después de mucho tiempo estaba preparado.

Y entonces llegó él.

–¿April? –gritó, desesperado, el chico. Entró en el claro del bosque y ella se olvidó de los

matorrales para centrar su atención en él.

–Aquí –señaló con un tono de voz neutro. Ahora sabía por qué había hecho tantas tonterías. Ahora sabía con quién estaba molesta. Por una vez, no era yo el que le provocaba el enfado. Él me había quitado hasta eso.

Vino corriendo y, más cerca de mi posición, lo reconocí. Había ido a nuestro instituto y ya no estudiaba allí. No sabía su nombre, pero sí que no había destacado por ser deportista, un cantante bohemio torturado o un chico malo como yo. Él era normal. Entonces, ¿por qué April lo miraba como si fuera la persona más importante del planeta? ¿Por qué le brillaban los ojos del mismo modo que le había ocurrido conmigo en el pasado? ¿Era él mi sustituto?

–¿Se puede saber por qué narices te has ido? –le preguntó. Estaba rojo, con el cabello rubio despeinado y la camisa blanca salida por encima del pantalón. Ella se lo tomó mal. Como si la quisiera controlar. Yo lo comprendí. Estaba preocupado. Como me ocurría a mí, él también velaba por su seguridad, aunque no necesitaba esconderse como un cobarde como yo.

–Para venir a una fiesta con mis amigas. –No se amedrentó. Seguía teniendo carácter. Ese genio capaz de volver loco al más cuerdo de un modo placentero.

–¿Has bebido?

–Sí. –Levantó la cabeza desafiante para ver si se atrevía a increparle algo–. ¿Algún problema? Porque te recuerdo que no tienes derecho a decirme lo que tengo o no tengo que hacer.

–No digas gilipolleces, April. Ya sabes que no va por ese camino. Nunca me he metido con tu independencia. –Bajó el tono–. Solo me preocupo por ti. –Sonó sincero.

–Pues estoy bien, gracias por venir a asegurarte. Ya puedes volver a la fiesta a cuidar de la que es tu verdadera hermana, que seguramente va bastante más pedo que yo…

–¿Y cómo vas a volver a casa?

–Con cualquiera.

–Todos van borrachísimos, ¿es que acaso no eres consciente de que los accidentes de coche existen?

–Ahora mismo no me apetece escuchar tus lecciones de moral, Sam. –Era irónico, no conocía el nombre de mis supuestos amigos, pero sí el del hombre que iba a arrebatarme lo único que no podía permitirme perder–. Vete con Brenda y se lo cuentas a ella.

–¿Todo esto es por ella? ¿Por celos? –Supe que no tenía motivos. Ese chico estaba eclipsado por ella–. Porque, si es así, estás actuando como una…

–¿Una qué? –Se encaró–. No te atrevas a juzgarme, porque aquí el único que se está comportando como un idiota eres tú. ¿Por qué has venido? Eh, ¡dímelo! ¿Por qué en lugar de quedarte con tu perfecta cita apareces en mitad de un bosque para buscarme?

–Brenda y yo solo somos amigos y lo de ir juntos fue una idea de nuestros padres que aceptamos para que no se pusieran pesados. –April se relajó, aliviada–. Y he venido aquí porque

yo me preocupo por ti… –balbuceó. Sam también tenía las palabras atascadas en la garganta, pero algo me decía que tenía el coraje que a mí me faltaba para dejarlas salir.

–¡Y una mierda! Suena tan falso que no te lo crees ni tú. –April sujetó el rostro del chico entre sus manos y yo apreté las mías de impotencia–. Mírame y sé sincero de una maldita vez.

–¿Es que no te das cuenta de que solamente pensar en ti del modo en que lo hago ya constituye un delito? –Se había rendido. Ya estaba–. Estoy rompiendo mis propias reglas, lo que siempre he creído que estaba bien y mal…

–¿Y qué quieres hacer?

–No lo sé. Si te tengo cerca, yo no puedo…

–¿Estás insinuando que quieres que me aparte de ti? –lo soltó, y por un instante tuve una esperanza que no tardaría en desaparecer–. ¿Poner distancia? –Él no contestó–. Eres un maldito cobarde. ¡Te odio! –Lo empujó–. ¡Te odio! –Repitió el gesto–. ¡Te od…!

La frase quedó en el aire. Sam agarró sus manos antes de que le golpeasen de nuevo, tiró de ella y la besó. No pude soportar la visión ni un segundo más. No porque estuviese liándose con un tío, sino por cómo lo hacía, el sentimiento que desprendía, la adoración con la que le tocaba. Me largué de allí inmediatamente con la certeza de que ese chico rubio no era mi sustituto, sino el hombre de su vida.

Regresé con mis colegas inmediatamente. Nadie me preguntó dónde había estado durante todo ese tiempo. De hecho, dudaba que se hubieran dado cuenta. Tenían cerveza fría en la nevera portátil, cigarrillos en los bolsillos, drogas en su interior y muchas mujeres a su alrededor. Mi presencia no era importante. Era invisible.

Tampoco se percataron de que algo había cambiado en mí o, más bien, algo se había roto, la angustia de saber que toda decisión tenía su consecuencia y la que yo había tomado hacía mucho tiempo la noche que comenzaba el verano en la playa acababa de dar sus amargos frutos. Sabía que ese día llegaría tarde o temprano.

El universo de April tenía tantos colores que todo el mundo quería internarse en él. Lo que no podía ni siquiera sospechar es que me afectaría tanto, que la angustia me carcomería por dentro, que las dudas de si hice lo correcto me azotarían con latigazos, que me serviría para quitarme esa venda y ser consciente de que, muy en el fondo, nunca perdí la esperanza de que en un tiempo indeterminado, puede que con veinte años u ochenta y tres, volveríamos a estar juntos, aunque fuera para esa última discusión con la que me diese un infarto y me permitiese morir feliz.

Como digo, nadie intuyó que mi estado anímico había cambiado. No los culpo. Mi cara y mis pensamientos eran infranqueables. Siempre tenía el mismo rostro serio, con los labios apretados, escrutando con desdén todo lo que me rodeaba, y una postura rígida, puede que casi altiva.

Fumé hasta que los pulmones me ardían, bebí hasta ahogar los sentimientos en alcohol y terminé tirándome a una chica en el claro del bosque, en el punto exacto en el que April, que se

había marchado hacía tiempo, se había besado con el chico del que solo conocía su nombre: Sam.

Ella estaba tumbada debajo de mí, con las piernas enroscadas alrededor de mi cintura mientras embestía una y otra vez sin piedad provocando que se mordiese el labio hasta hacerse daño y tratase de quitarme la camiseta para clavar sus uñas en la carne. No se lo permití. No me agradaba que nadie me tocase esas alas que había tatuado en mi piel en honor a mi madre por ese apodo de «ángel» al que tan poco caso le hacía.

Sus gemidos eran exagerados y despertaron a muchas criaturas nocturnas que emprendieron el vuelo. Yo prácticamente no los escuchaba. Su melena pelirroja rizada, que se movía con el aire como si fuera una llama danzando al son de una melodía sensual, y sus ojos verdes con motas marrones, que parecían la tierra que nos rodeaba con césped, tenían toda mi atención. Siempre he sido una persona que me he basado en mi propio instinto más que en la experiencia y algo me decía que esa chica era especial.

No me equivocaba. Rose, que así se llamaba, era una chica vital, fuerte, alegre, carismática y añadiría madura e inteligente si no me hubiese dado una oportunidad. También podría mencionar que su padre estaba podrido de dinero, pero eso sería desvirtuar lo única que era ella a favor de unos billetes que se contaban por millones en el mundo.

Rose se entregó a mí al cien por cien, sin reservas, llegando incluso a desafiar a toda la sociedad clasista de la ciudad y fugándose conmigo a Nueva York para desesperación de sus padres, que me veían como realmente era: una persona con un pulso muy malo al que, sin querer, se le podía caer su pequeña muñeca de porcelana al suelo hasta destrozarla en mil pedazos.

Me gustaría indignarme con el viejo argumento de que me prejuzgaban porque no me conocían, pero tenían razón totalmente. Tal vez no al principio. Me esforcé todo lo que pude porque esa relación saliese adelante, porque hubiese algo bueno en mi vida que no se viciase con mi entorno, demostrar que la felicidad y yo no éramos como el agua y el aceite. Pero, tarde o temprano, toda la mierda que llevaba dentro salió a la luz. Me encerré de nuevo en mí mismo y una noche cuando regresé a casa las cosas de Rose ya no estaban. Se había marchado cansada de convivir con una persona y a la vez sentirse tan sola. No la culpé. Al revés, lo que me sorprendía es que hubiese soportado tanto.

«Lo siento. No aguanto más. No sé si encontrarás lo que estás buscando, pero hazte un favor, encuéntrate a ti mismo y date una oportunidad. Te la mereces», ponía en la nota que reposaba encima de la mesa.

Tardé en entender a qué se refería con «no sé si encontrarás lo que estás buscando». Lo hice una noche un bar cuando me descubrí analizando a las mujeres que me rodeaban para acercarme a la que más se pudiese recordar a April, al efecto que ella tenía en mi anatomía, mi mente, mi corazón, mi alma y mi espíritu. La rubia era la única persona que me había hecho sentir con

intensidad, de un modo épico, profundo, único y real con algo tan simple como un abrazo. La paz y el amor solo venían de su mano. Tratar de sustituirla no era la solución. Igual que no existen dos gotas de agua idénticas, cada ser humano posee una esencia particular que no se puede imitar.

Con la certeza de que nunca poseería lo único que necesitaba, regresé a mi particular universo oscuro, repleto de vicios autodestructivos y soledad. Podría haber seguido así toda mi vida si el día más helado de la Gran Manzana, con la nieve apoderándose de la calzada, no hubiese recibido la señal que lo cambió todo.

Había quedado con Jota, mi camello particular, en nuestro habitual punto de encuentro, un callejón oscuro en Brooklyn al lado de una de las discotecas de moda. Pasé por delante de la cola de estudiantes universitarios que se había formado en la puerta a la espera de que el establecimiento abriese y me interné hasta el fondo de esa calle paralela sin salida que finalizaba con un muro de unos tres metros detrás de los contenedores.

–Y la gente cree que en el infierno hace calor, ¡Nueva York es hoy la maldita ciudad helada del diablo! –me saludó Jota, calándose el gorro y subiéndose la braga negra que llevaba hasta la nariz. El humo blanco, fruto de las temperaturas glaciales, salía por encima de la prenda.

–¿Tienes coca? –pregunté, sintiendo a duras penas mis labios.

–No. He venido aquí a confesarte nuestro amor y que me des por culo. –Puso los ojos en blanco–. ¿Cuánto quieres?

–Lo que me dé. –Le tendí la cartera que había robado a un pobre turista del bolsillo trasero mientras se hacía una fotografía con su familia en Times Square. ¿Saldría reflejado en la imagen?

Solo había abierto la parte de la billetera para no conocer más datos de las personas a las que acababa de joder las vacaciones con un buen disgusto que les haría terminar la jornada en comisaría, en lugar de bebiendo una cerveza y disfrutando de alguna de las famosas *pizzas* de la ciudad. Uno de los pilares de la delincuencia era no personalizar a la víctima, no ponerle cara, desvirtuarla hasta que solo fuera el medio para alcanzar un fin. Jota también lo sabía, y por eso pasó de largo la parte donde estaba la documentación.

–¿Te lo quieres gastar todo en coca? –preguntó, contando los billetes.

–Sí.

–El ritmo que llevas últimamente es un poco salvaje, ¿no crees?

–Te he dicho que me vendas la cocaína, no que te la metas –puntualicé, molesto porque se entrometiese en mis asuntos cuando no éramos nada, solo un proveedor y un cliente. En su profesión, que cada día terminaba con la vida de miles de personas, no había lugar para la falsa moral o al menos yo no la toleraba.

Jota se encogió de hombros, se metió el dinero en un bolsillo y del otro sacó una bolsa repleta

de ese polvo blanco por el que a esas alturas ya era capaz de hacer cualquier cosa. Una vez que terminó su negocio conmigo se largó por donde había venido en busca de consumidores habituales o nuevos a los que captar.

Me quedé solo en el callejón oscuro. El cuerpo me temblaba de la ansiedad y no del frío conforme me quitaba los guantes, exponiendo mis manos ante ese aire que se te clavaba como agujas debajo de la piel. Tenía tanto mono que despejé de nieve una zona de la tapa del contenedor y la sequé con la tela de mi abrigo para hacerme la raya allí. No podía esperar un segundo más. Deseaba volver a sentir esa actividad frenética que me proporcionaba, el impulso nervioso de esas sustancias que provocaban que mi corazón latiese acelerado.

Mi intención era ponerme una sola raya e ir a la discoteca, pero el pulso me tembló cuando iba a colocar los polvos blancos encima de la tapa de metal y se derramó mucho más de lo que pretendía. Una auténtica burrada. Podría haber optado por recogerla, pero estaba impaciente. Taponé con los dedos una parte de la nariz y lo esnifé todo.

Me apoyé contra la pared y esperé a que sus efectos secundarios empezasen a hacer efecto. Aspiré y espiré saboreando con calma esos instantes en los que tu propia identidad desaparecía hasta que poco a poco te invadía el espíritu de la droga y ya no tenías que preocuparte porque él te guiaba. Cerré los ojos como lo hacen los entendidos en vino antes de probar una nueva cosecha o los aficionados a la música clásica para encontrarse en la intimidad con cada nota de la melodía.

Fue al despegar los párpados cuando me di cuenta de que algo iba muy mal. Fatal. Todo se desdibujaba a mi alrededor demasiado rápido y, con esa misma velocidad, las piernas me fallaron y caí al suelo, primero de rodillas y luego boca abajo, con la nieve congelándome el rostro. Era irónico que, estando tan acelerado, con el corazón como si fuera a salirse de mi pecho, no me pudiese mover, ni gritar, ni hacer nada, transformándome en un espectador pasivo que es consciente de lo que ocurre sin poder hacer nada para remediarlo.

Los drogadictos se refieren a ese momento como «la luz». Nunca saben cuándo se producirá. Puede que sea después de un festín o con una mísera raya mal cortada que pone punto final a tu aventura. Lo llaman la luz porque todo lo que te rodea desaparece hasta transformarse en luces sin forma que brillan a tu alrededor, como si estuvieras en Alaska viendo la aurora boreal.

También dicen que ser testigo de ese fenómeno en forma de brillo que aparece en el cielo nocturno del hemisferio norte en directo impresiona e impacta, deja huella y una visión. En mi caso fue una revelación. Llevaba tanto tiempo jugando y persiguiendo a la muerte con todas mis acciones que había dado por sentado que ese era el destino que quería alcanzar. Sin embargo, durante esos minutos en los que gasté mis últimas fuerzas en darme la vuelta y mover los brazos hasta parecer ese ángel del que mi madre hablaba, sin voz, me di cuenta de que quería vivir.

Mucho. Lo que más. No podía desaparecer. Todavía no. Tanto tiempo despreciando la tierra y lo único que intentaba mientras poco a poco perdía la conciencia era aferrarme con las uñas a ella.

Por eso, cuando la mañana siguiente abrí los ojos no fue un despertar cualquiera, sino el más importante en años. Me hallaba desubicado. No estaba en ese callejón oscuro en el que probablemente habría muerto por mi exceso o congelado. Me encontraba encima de una cama en un cuarto desconocido. No había nadie más. Lo primero que hice fue revisar que iba completamente vestido. La única prenda que no llevaba encima eran las botas. Las localicé al lado de la mesilla de noche.

Me las puse y me levanté. Analicé el entorno. Era una habitación individual con una mesilla, un escritorio, estanterías llenas de libros, un armario empotrado y las paredes repletas de carteles de diferentes bandas de música. Me encaminé hasta la mesa y observé folios repletos de apuntes que hablaban de la anatomía humana. Era el cuarto de un universitario. Desconocía de quién se podía tratar. Mis conocidos no estudiaban. Las personas que podían haberme salvado no lo hacían.

Me guardé un reloj que había en uno de los estantes para venderlo después y un par de billetes de veinte que había sobre el escritorio. Salí al pasillo con la clara intención de marcharme. No se oían voces, conversaciones o ruidos. Tal vez la persona que me había ayudado se había marchado y era la oportunidad perfecta para que yo hiciese lo mismo. Llegué hasta la puerta de salida y asentí satisfecho al ver que la llave no estaba echada. Coloqué mis manos sobre el pomo y entonces lo oí.

–Puedes irte con lo que sea que me has robado. No opondré resistencia. También puedes quedarte y escuchar mi oferta, que vale más que los cuarenta pavos y objetos que tengas en tus bolsillos. Te lo aseguro. –Me detuve.

Era una voz masculina que no reconocía. Me giré sin saber muy bien con quién iba a encontrarme. Se trataba de un chico que estaba sentado en el sofá del salón con un libro entre las manos. Terminó de leer el último párrafo y colocó un marcapáginas para no perderse en su lectura. Se quitó las gafas y las dejó encima de la mesa antes de levantar la vista y mirarme fijamente.

No lo había reconocido por su pelo castaño, casi rubio, despeinado, pero sí que lo hice en cuanto nuestros ojos se encontraron. Tenía su cara grabada en mi mente. Era Sam.

–¿Qué hago aquí? –le pregunté, tenso. De entre todas las personas del jodido universo había tenido que salvarme él.

–Te encontré tirado en un callejón…

–Eso no es una respuesta, ¿por qué me recogiste?

–No lo hice solo. –Sonrió con amabilidad–. Pesas demasiado y estabas un poco ido, delirando.

–¿Por qué? –repetí la cuestión sin paciencia, en lugar de darle las gracias tal como se merecía.

No quería que me relatase cómo lo había hecho, sino el motivo.

–Porque te conocía. –Se encogió de hombros, como si la respuesta fuese tan evidente que no hacía falta verbalizarla en voz alta–. Mientras te tomaba el pulso para asegurarme de que no tenías una sobredosis, te ubiqué. Me había cruzado contigo varias veces en el instituto de Charleston.

–Eso no nos convierte en amigos. –Seguía sin comprenderlo.

–Eso no es necesario para echar una mano a alguien cuando lo necesita, ¿no crees? –Me dejó sin palabras. Su sinceridad y amabilidad me desarmaron.

Sam aprovechó para levantarse y venir a mi lado.

–Y bien, ¿te has decidido ya?

–¿Sobre qué?

–Escuchar la oferta o salir con lo que te has llevado de mi cuarto.

–No creo que haya nada que puedas darme…

–Un nuevo inicio, ¿te parece poco?

–¿A qué te refieres? –El chico me hablaba cauteloso, aunque parecía conocer exactamente cómo iba a reaccionar ante cada una de tus palabras.

–He comenzado a trabajar en un centro de desintoxicación. Eso me otorga ciertas ventajas, como, por ejemplo, poder pedir un favor al director y que te admita para que superes tu adicción. Después de ayer no puedes negar que tienes un problema.

No. No podía.

–¿Qué ganas tú con esto?

–No te sigo… –Frunció el ceño.

–No voy a aceptar sin que me digas el precio que deberé pagar a cambio.

–¿Por qué tendrías que hacerlo? –se extrañó Sam.

–En mi mundo nadie da nada sin pedir algo a cambio…

–En el mío sí. –Lo miré tratando de encontrar algún signo que me indicase que me estaba engañando, que mentía, que llegaría el día en el que, como estaba acostumbrado, me llamaría para cobrárselo todo. Me topé con una mirada cristalina, pura, limpia y sincera que no hizo sino que creyese sus siguientes palabras–. Si te ayudo es porque está en mi mano, porque puedo. Si lo piensas bien, así deberían funcionar siempre las cosas. Dar sin esperar recibir.

–No me gusta estar en deuda con nadie –apunté.

–Entiendo… –Se mordió el labio, pensativo–. Tengo la solución. El precio.

–Dime.

–A cambio de esto, si alguna vez encuentras a alguien perdido, no mirarás a otro lado. Te involucrarás. Da igual quién sea. Como yo ahora mismo. La penitencia por tu nuevo inicio es que le harás el mismo regalo a otro.

–¿Eso es lo que quieres? ¿No pides nada para ti?

–¿Quién te dice que no sea yo el que lo necesite? La vida da muchas vueltas. Es una noria en continuo movimiento en la que a veces estás arriba y otras abajo. –Se hizo el silencio entre ambos y estuvimos así unos segundos antes de que él volviese a hablar–. ¿Lo tomas o lo dejas?

Reflexioné. ¿Tenía la suficiente fuerza de voluntad para abandonar mi adicción por mí mismo? ¿Podía irme de ese piso de estudiantes, volver a mi rutina y no caer de nuevo en las garras de la droga? La respuesta a ambas preguntas era no. Tal vez me consideraba una persona muy fuerte físicamente, pero carecía de esa energía mental. El universo me había dado un aviso la noche anterior y tal vez no existiría otro más. Y yo quería vivir.

Conforme me di cuenta de que necesitaba ayuda comprendí la nota de Rose el día que me abandonó, ya era hora de que diese un paso adelante, de que luchase por mí, de que me concediese esa oportunidad que me estaba negando yo mismo y no ese universo al que me empeñaba en culpar.

–Lo tomo.

Sam asintió, conforme.

–Has tomado la decisión adecuada. Llamaré a la clínica y te acompañaré hoy para el ingreso y todo el papeleo, pero antes tengo que hablar con una persona. –Se separó unos metros, sacó el móvil y marcó un número–. Hola, April. Tengo una mala noticia. Al final no puedo ir este fin de semana a Charleston porque me toca trabajar. Prometo compensarte…

Dejé de escuchar, impresionado porque ni siquiera se apuntase el tanto de héroe que ayuda a los caídos delante de su novia. Por mucho que me costase admitirlo, Sam era un buen tío, la mejor persona con la que se podía topar ella, capaz de ayudar a alguien con quien había compartido instituto aunque nunca se habían dirigido la palabra porque era lo correcto, porque, como él decía, podía y eso era lo único que necesitaba para luchar al lado de aquellas personas que por fin admitían que necesitaban a un fiel escudero que las protegiese en sus batallas.

Fue agridulce darme cuenta de que tenía que dejarla marchar de mi mente, mis pensamientos, mi corazón, mi sangre y mi piel. Amargo porque asumía que nuestros caminos se habían desviado hacia direcciones opuestas y no volverían a unirse en el futuro. Dulce porque ahora sabía que no podría tener mejor compañero de viaje que Sam. Él era noble hasta el punto de no acudir a su cita ese fin de semana por un extraño. Yo era un egoísta que, de estar en su lugar, no solo habría ido, sino que la habría desgastado de tanto tocarla con mis manos hasta que se durmiera.

Capítulo 21

La clínica de desintoxicación era como comenzar de nuevo el instituto, solo que aquí lo que te jugabas no era pasar de curso, aprobar o conseguir una beca para ir a la universidad. La meta en este lugar era salvar lo que quedaba de tu vida. No podías fallar. No podías permitírtelo. Y, por mucha ayuda que recibieras, al final todo dependía de ti. Existir o desaparecer era tu elección más importante hasta el momento.

Sam se ofreció a llevarme y acepté porque, en el interior, sabía que si me largaba de su piso de estudiantes solo a la casa en la que subsistía con otros que compartían mi vicio me acabaría arrepintiendo o encontrando una excusa convincente para posponer ese inicio. Esperó en el pasillo sin decir nada mientras yo me dedicaba a guardar los pocos enseres que necesitaba en una pequeña bolsa de deporte que tenía tirada debajo de la cama. No llevé mucho. Tampoco lo tenía. Cerré la puerta de ese piso que para nada podía ser considerado hogar siendo consciente de que no recuperaría las cosas que dejaba en su interior, ropa, colonias y pasado.

Subimos en su coche y el silencio reinó, interrumpido por las suaves melodías que emitían en la radio, hasta alcanzar el destino. La clínica estaba internada en las afueras, prácticamente escondida, en un recóndito lugar rodeado por un bosque cuya vegetación lamía la entrada. Recuerdo que al salir mis pies se hundieron en el barro y los pulmones se inundaron del olor a hierba recién mojada, húmeda. El ambiente buscaba una paz que conseguía con la quietud de su ubicación, con el único sonido armonioso de los pájaros que revoloteaban en círculos por el cielo nublado.

–¿Estás listo? –me preguntó.

–Sí. –Mostré una seguridad que no sentía. Estaba aterrado. Después de tanto tiempo en mi cómoda zona de confort destructiva salía de ella para enfrentarme con las manos desnudas a lo desconocido.

Cruzamos los muros que rodeaban la institución y nos topamos con los jardines que había a su alrededor. Los bancos para reflexionar, las zonas solitarias de enormes árboles que parecían

buscar rozar el cielo con sus copas y las pistas deportivas fueron el preámbulo por el que tuvimos que pasar para alcanzar la edificación principal de dos plantas pintada completamente de blanco.

En cuanto entramos, nos encontramos con la doctora que era la tutora de las prácticas de Sam. Tras una conversación en la que ella habló muchísimo, exponiéndome los pasos y las pautas de mi tratamiento, cedió el testigo a mi terapeuta. Fue en ese momento cuando, desconfiado, me tuve que separar del chico que me había dado la oportunidad, perdiendo el único vínculo conocido.

El hombre me guio por toda la clínica de desintoxicación enseñándome las diferentes zonas. La planta baja que servía como sala de reuniones, comedor y tenía una sala con televisores y ordenadores comunes para el ocio. El piso superior albergaba nuestros cuartos y los de los trabajadores que hacían noche para mantenernos vigilados. Doctores de guardia por si nuestro mono se transformaba en enfermedad, sudábamos, vomitábamos y sufríamos unos temblores que nos hacían sentir que íbamos a morir de hipotermia, y psicólogos y mentores por si lo que se dañaba en mitad de esa oscuridad era nuestra mente y espíritu y surgían ideas como abandonar o silenciar esas voces agonizantes haciendo una locura.

Una vez que me cachearon y registraron mi pequeña bolsa para comprobar que no llevaba conmigo ninguna de las sustancias por las que me encerraba por mi propia voluntad allí, me mostraron mi habitación y la sala más importante de toda la clínica de desintoxicación: la de reuniones.

Era en ese espacio aséptico, con una pizarra, una pantalla blanca en la que poner vídeos y sillas azules plegables, donde todo ocurría. El lugar de desahogos, de vomitar nuestra pesada carga. Todo lo importante ocurría entre esas cuatro paredes. Las revelaciones. Las reflexiones. La autocrítica. Los planes. Los propósitos. El descubrimiento de nosotros mismos. Nos enseñaban, a través de los testimonios de otras personas que lo habían superado, el camino que habían recorrido para conseguirlo, el inicio de la ruta con un asfalto repleto de baches que teníamos que recorrer.

Esa misma tarde conocí a algunos de mis compañeros. Poco a poco acabé sabiendo el nombre de todos y lo que les había llevado allí. Personas diferentes con las que nunca habría hablado de encontrarme en el exterior, pero que allí se convirtieron en mis aliados. Era más efectivo olvidarnos de lo que nos separaba y hacer piña ante un enemigo común.

Si algo aprendí es que la droga no tiene un target de edad o se ceba con un escalafón social. Todo el mundo es susceptible de sus garras. El jugador que toma anfetaminas presionado para rendir más en el campo y convertirse en el mejor. El empresario que consume cocaína para que sus proyectos lleguen a tiempo. El adolescente solitario que juguetea con la marihuana para llamar la atención y el que está rodeado de gente y lo hace por presión social. El adulto depresivo que ingiere pastilla tras pastilla para dejar de sentir pena y soledad y el que lo hace precisamente

para lo contrario, porque lo tiene todo y necesita emociones nuevas que le recuerden lo que es estar vivo.

Todos. Ricos y pobres. Altos y bajos. Gordos y flacos. Rubios y morenos.

Al principio me costó abrirme. Creo que en la primera reunión no llegué a despegar los labios. Los años y la costumbre de gestionar por mí mismo los problemas luchaban en mi contra. Pero sí que escuché. Mucho y de verdad. Empatizando con las situaciones de los que estaban a mi alrededor, metiéndome en su piel, comprobando las similitudes, interiorizando cada frase, incluso aquellas que parecían no decir nada significativo y contenían el mejor consejo en su interior. Tardé semanas en hablar, sí, pero, una vez que comencé, no me detuve.

Los meses que siguieron no fueron fáciles. Convivía en una especie de montaña rusa. Mis emociones subían y bajaban constantemente. Los sentimientos contradictorios agitaban mi pobre impulso sin tregua. La ansiedad y el deseo por el polvo blanco se convirtieron en mi constante, algo con lo que convivir. La palabra que más se repetía en mi interior con voz autoritaria era «abandona». Sin embargo, no tiré la toalla por más feas que se pusieron las cosas y, lo mejor, no lo hice por nadie más que por mí mismo, estaba aprendiendo a dejar de ser mi mayor enemigo.

Llevaba medio año cuando me dieron el primer permiso para recibir visitas, un voto de confianza que hizo que aumentase mi autoestima.

–¿No vas a salir? –me preguntó Peyton, una chica del Upper East Side a la que sus padres siempre se lo habían dado todo, hasta el punto que nada la emocionaba y tuvo que sustituir con psicotrópicos la satisfacción de conseguir una meta tras la que esforzarse.

–No he invitado a nadie. Me quedo viendo *Breaking Bad*. –Me acomodé en ese sofá que siempre estaba lleno de gente y ese día era parte de mis dominios.

–Qué raro. –Se mordió el labio–. Juraría que había alguien preguntando por ti. –Hizo memoria–. Sebastian de Charleston, ha dicho en recepción.

Nunca me había considerado de ningún lugar en concreto. Había viajado y vivido en tantos sitios que era difícil saber a cuál de todos pertenecía. Pero a la vez no creía en las casualidades y me habría enterado si había otra persona en la clínica que provenía de Charleston con mi mismo nombre.

La entrada estaba atestada de familiares que se reencontraban con los internos. Serpenteé entre ellos en busca de una cara conocida. La localicé al lado de la puerta, junto al perchero que siempre estaba vacío y ese día parecía que iba a ceder ante el peso de tantos abrigos. Era Ethan. Se removía incómodo de un lado a otro observando las estampas tiernas repletas de largos abrazos que se sucedían a su alrededor. Recordé el día que entré en la clínica. Me habían dado mucha documentación que rellenar y en la casilla que ponía teléfono de contacto en el exterior había puesto el número de los Bennet como acto reflejo, sin meditar o reflexionar, sin plantearme que las llamarían para eventos como ese.

Caminé en su dirección pensando qué le diría y cuando llegué solo se me ocurrió una palabra insignificante sin ningún tipo de carga sentimental.

–Hola. –Me detuve dubitativo. No sabía cómo debía actuar. ¿Qué se hacía en esos casos?

–Hola –contestó él, que se encontraba en la misma tesitura que yo. En lugar de darme un par de palmaditas en el hombro, se agachó y agarró una bolsa que reposaba en sus pies–. No es muy original. Me han avisado con poco tiempo y no sabía si estaba permitido traer comida por si contenía… –No pronunció la palabra droga como si fuera tabú, cuando era la que más se mencionaba día tras día durante mi estancia–. He recordado que lo que más te gustaba era jugar al baloncesto y te he traído una pelota por si aquí no tenéis. Meter canastas siempre te ha hecho bien. –La sacó y la movió entre sus manos. Estaba nueva y olía a cuero–. El de la tienda me ha dicho que era buena… –Me la tendió.

–Es perfecta. –La agarré y jugueteé con ella–. No era necesario que me comprases nada ni que vinieras. Es mucho dinero –añadí, avergonzado por haber forzado la situación al inscribir su número en mi expediente, que hubiera tenido que cruzar todo el país con el desembolso que eso debía haber supuesto para su humilde economía.

–¿Para qué sirve el dinero, entonces? Ser el más rico del cementerio no es tan glamuroso como parece. –Le restó importancia adivinando lo que estaba pensando.

Nos quedamos en silencio. La mayoría de mis compañeros habían preparado concienzudamente durante semanas lo que harían ese día. Todos menos yo, que no esperaba a nadie y estaba desubicado.

–¿Quieres que te enseñe las instalaciones? –se me ocurrió.

–Sí.

Le mostré las diferentes salas de la planta inferior sin darle demasiados detalles de lo que hacíamos en cada una de ellas. Como todos hacíamos lo mismo era un poco caótico. Había demasiada gente en cada espacio y noté que eso agobiaba un poco a Ethan. Por este motivo, no me detuve demasiado para acelerar el proceso de salir al exterior donde había menos gente y se le veía más a gusto. Tras un breve paseo nos sentamos en uno de los bancos de piedra.

–¿Cómo está Sophia? –consulté sin apartar la mirada de la pelota que tenía entre las manos.

–No ha venido porque no sabe que estás aquí –respondió, adelantándose a mis propias divagaciones–. Yo contesté al teléfono y no le he contado nada.

–Para evitarle sufrimiento… –completé por él, dando por sentado que se avergonzaba de que hubiese acabado en un sitio como ese, de lo que le revelaba que estuviera allí. La palabra drogadicto cayó como una losa, pero él se adelantó antes de que me aplastase.

–Para ahorrártelo a ti. –Levanté la cabeza sin comprender a qué se refería. Ethan estaba pensativo. Por lo poco que le conocía era un hombre que no malgastaba las palabras y por ello estaba seleccionando las adecuadas–. Sophia es una buena mujer. La mejor, de hecho. Pero es un

poco testaruda y confunde involucrarse y ayudar con privar de la libertad y el voto de confianza necesario a cada persona para que se salve por sí sola. Ella siempre quiere ser el bote salvavidas y a veces es un error. –Colocó un dedo debajo de su mentón–. Sophia no se habría conformado con venir hoy. Nos habría hecho trasladarnos a algún hotel de mala muerte y habría sido capaz de obligarme a saltar la valla con ella si un día no nos permitían verte. –¿Tanto le importaba?–. Le gustan las cosas de manera inmediata y las piedras no se pulen en una hora, requieren su tiempo, ir poco a poco, y esfuerzo constante. –Tomó aire para ir al grano–. Dejar las drogas es un proceso lento y debes tener tu espacio para ir gestionándolo a tu ritmo y no al que, sin ella quererlo, te acabaría imponiendo.

–¿Qué le has dicho para venir aquí sin mencionarle mi caso?

–No le he dado explicaciones. Llevamos demasiado tiempo juntos y tenemos una confianza absoluta. Ese es nuestro secreto. Ella sabe que si no le detallo el motivo es porque tengo alguna razón y no insiste. –Se encogió de hombros.

Boté la pelota y la recogí conforme ascendía.

–Lo siento –escupí por fin.

–¿Por qué?

–Por todo. No os merecíais cómo me comporté…

–El ser humano se equivoca –me cortó. No quería hacer sangre–. Unos más y otros menos. Da igual el grado. Los errores son solo eso. Y se pueden solventar con voluntad. Sabía que tarde o temprano me demostrarías que tenía razón.

–¿En qué?

–En que te darías cuenta de que estabas empleando tu fuerza en la dirección equivocada. Creías que las peleas que te metían en líos legales eran tu norte. Era cuestión de tiempo que encontrases una brújula que te lo marcase y gastases toda la energía en cambiar de rumbo.

Me quedé impresionado. El silencio era el fiel compañero de Ethan. Un hombre de rutinas solitarias. Le gustaba levantarse temprano por la mañana y se sentaba en el porche a ver cómo amanecía como si no lo hubiera hecho miles de veces. Después se afeitaba con su vieja maquinilla a pesar de que tenía una nueva que le regalaron en Navidades que nunca utilizaba. Cuando había terminado se duchaba con algún programa político de radio y después se iba a trabajar alegre, con una cara que parecía que los seres humanos solo tenían reservada para las vacaciones. Su profesión no era una obligación. Llevaba toda la vida haciendo lo mismo y seguía apasionándole.

Tal vez solo había tres cosas que le gustaban un poquito más que tener una brocha en la mano: perderse en el bosque a coger setas en temporada, poseer el huerto más cuidado de toda la región y jugar al dominó. En su simplicidad residía su grandeza.

De repente tuve una idea para matar las horas que nos quedaban por delante que no fuera

permanecer sentados con la vista clavada al frente.

–¿Llevas la riñonera? –consulté. No podía verla con su abrigo de pana.

–Sí. –Levantó la prenda para que la observase. Fiel a sus costumbres, había acudido a la clínica con ese objeto en el que lo guardaba todo.

–¿No tendrás en su interior un dominó? –Sabía que normalmente lo llevaba por si las moscas. Uno nunca sabía si un amigo decidiría hacerle una visita mientras regaba los tomates.

–¿Por qué?

–Había pensado que podrías enseñarme a jugar. Ya sabes, aquí hay mucho tiempo libre y los juegos de mesa son nuestros mejores aliados para las horas muertas. –Aceptó y, por primera vez, compartimos una afición. Algo nuestro.

Horas después Ethan se marchó con el resto de los familiares, pero regresó religiosamente cada vez que se hicieron nuevas jornadas de puertas abiertas. Nunca nos abrazamos como hacían los demás ni lloró cuando se acababa nuestro tiempo, pero compartimos horas y horas de conversación, paseos y jornadas de baloncesto con la pelota que me había regalado. Sin embargo, si algo caracterizó nuestros encuentros fue jugar al dominó centenares de partidas. Nuestro propio ritual. Él me enseñaba a contar las fichas, estrategia y saber qué jugada tenía el contrario solo con mirarle a los ojos. Nos hicimos cómplices en las distancias cortas y la lejanía porque cada vez que ganaba o realizaba alguna jugada que sabría que le habría llamado la atención pensaba en él.

La tarde que los expertos de la clínica me anunciaron que podía marcharme recibí una llamada suya en la que me pedía que volviese a Charleston porque Sophia se había caído. Sospecho que lo habría hecho igualmente aunque el accidente no se hubiera producido, ofreciéndome las puertas de su casa abiertas de par en par para mi nueva partida de cero.

Puede que para muchos todavía fuese un niño, pero me sentía un hombre nuevo por dentro y por fuera cuando regresé a esa ciudad. Había experimentado un lavado de cara y de espíritu. El sonido de sus calles no había cambiado y ese olor a mar que se adhería en el aire tampoco. Solo había una cosa distinta y no tardé en encontrarme con ella de golpe.

Desde que Bethany murió no volví a entrar en un hospital y no lo habría hecho si Sam no hubiera estado en coma en una de sus habitaciones. El mundo era injusto. Siempre lo había sabido, pero cuando lo observé tumbado en la cama conectado a un monitor tuve la seguridad de que mis palabras eran verdades absolutas. Ese chico rubio para mí era sinónimo de salvación, de futuro y de vida.

Salí de allí con mil pensamientos azotándome la cabeza. Barajaba qué opciones estaban en mi mano para ayudarlo y me frustraba al darme cuenta de que no había nada que yo pudiese hacer. Puede que suene falso para alguien que había demostrado ser un egoísta de manual, pero juro

que si me hubiese estado permitido, le habría regalado años de mi propia vida, aunque eso hubiese significado abandonar este mundo antes. Se lo debía. Él me había salvado.

Sam es y será siempre mi mejor coincidencia. Toparme con él cambió mi mundo. Era el gran regalo que el universo me devolvió después de haberme quitado tanto. La persona que te hace cambiar de perspectiva y te demuestra que estás equivocado, que no todo el mundo es malo, que sobre la Tierra sigue existiendo gente como él. Un ejemplo. Ese ser humano al que aspiras a llegar a la suela de los zapatos. Ese ideal en el que te quieres ver reflejado.

Tal vez ese fue el motivo de que comprendiese inmediatamente a April cuando me la encontré en la carretera antes de que comenzase a llover. Estaba destrozada. Perder a alguien tan grande como él podía ser de todo menos sencillo.

El día que él nos abandonó compartí su dolor sin exteriorizarlo. Era mi secreto. Así lo había querido Sam al no apuntarse uno de los numerosos tantos de los que nadie se enteraría nunca con su mentalidad de que la ayuda estaba para «darla» y no para «contarla».

Cuando dejé a April y su hermana en su casa, regresé al cementerio. Ya no había nadie. Solo una mujer que velaba junto a la tumba de su difunto marido. Sus llantos se me incrustaron en la cabeza mientras pasaba de largo hasta alcanzar esa fosa todavía con la tierra revuelta donde ahora estaba su cuerpo inerte.

El altar de la ceremonia religiosa seguía levantado y el aire mecía su fotografía. La agarré entre mis manos y su cara sonriente me saludó desde el otro lado, la misma que ponía cuando superaba una semana más limpio compartiendo los triunfos de un desconocido que acabó convirtiéndose en amigo, durante nuestras conversaciones o en esos partidos de baloncesto en los que siempre le ganaba o cuando debatíamos sobre los libros que me dejaba.

La sujeté con fuerza hasta que los dedos se me pusieron rojos y apreté la mandíbula.

–Gracias por todo, tío –fue lo único que alcancé a pronunciar.

De repente sucedió el milagro que llevaba esperando tanto tiempo. Temblé. La respiración se me aceleró. Los ojos me picaron. Y pude llorar. Aleluya. Descargar todo el viciado equipaje. Por el abandono de mi padre. Por mi madre. Por Bethany. Por Sam. Expulsé las lágrimas con congoja, rabia y sentimiento como si a través de cada una de ellas me estuviese despidiendo de ese dolor que me había acompañado y ahora me abandonaba para siempre del mismo modo que lo habían hecho los protagonistas del llanto.

–Ojalá pudiera devolverte todo lo que me has dado. –Se me rompió la voz y entonces me azotó el viento y fue como si este me susurrase la respuesta. Podía hacerlo. Si algo sabía después de los meses en la clínica era lo que más le importaba a Sam en el mundo, y era una rubia que esa misma tarde se había caído sin protección en el pozo sin fondo en el que yo había estado encerrado tantos años.

Me pasé las manos por el tatuaje de las alas que años atrás me había hecho y no le encontraba

sentido, fue como si la tinta ardiese en cada contacto para hablarme también. Me convertiría en ese ángel caído que era para mi madre y a la vez le devolvería el favor a Sam. No había nada romántico en mi decisión, a pesar de que nuestro reencuentro me había demostrado que lo que yo sentía por ella no se había transformado en cenizas, sino que era una llama que crecía más y más hasta abrasarme entero por dentro. No. Esa fue mi particular manera de honrar su memoria, de regalarle la paz que se merecía estuviera donde estuviera.

–No voy a dejar que se hunda. Te prometo que no descansaré hasta que su corazón sane. Hasta que vuelva a ser ella misma. Hasta que el viento le devuelva la sonrisa.

Tercera parte:
April

La muerte existe. Una obviedad, ¿no? La conocemos desde que tenemos uso de razón, pero no la interiorizamos. La vemos como algo lejano, que no nos afecta, demasiado desagradable para pensar en lo que realmente significa. Sin embargo, un día decide dejar de estar escondida entre bambalinas, detrás del telón, y sale mostrándose en todo su esplendor. Entonces nos damos cuenta de que no estábamos preparados para enfrentarnos a ella o asumirla. Es irónico que nos haya acompañado desde nuestro primer aliento, que sepamos que será la última que veamos en nuestro acto final, y nos desarme con tanta facilidad. Ese día, en el instante en el que la vemos como algo que nos rodea, real y casi tangible, surgen dos opciones: apagar el interruptor del sitio por el que nos ataca, los sentimientos, o seguir, aunque cuando sus efectos están latentes parece imposible. Es la decisión que requiere más valentía de toda nuestra existencia y nos encontramos más débiles y con ganas de tirar la toalla que nunca. Nadie puede ayudarnos. Solo nosotros podemos plasmar nuestra firma en el contrato invisible. Elegir avanzar y enfrentarnos a un futuro incierto en el que ella nos ha arrebatado un pilar fundamental o estancarnos, paralizarnos, detener ese tiempo que sigue avanzando a nuestro alrededor. Sea cual sea la respuesta contiene una despedida, decirnos «adiós» a nosotros mismos o «hasta pronto» a la persona que se ha llevado.

Capítulo 22

Habían pasado cinco meses desde la muerte de Sam. Durante ese periodo de tiempo había experimentado todas las fases que se presuponían después de una pérdida, el famoso duelo. Me sentía especial, distinta, con una forma de asumir mi realidad única hasta que me percaté de que era tan común que podía prever cuál sería mi siguiente sentimiento leyendo un manual de autoayuda o buscando la frase «cómo afrontar la muerte de un ser querido» en Google.

Tal como leí, primero vino la negación. Una parte de mí misma se resistía a creerse que todo fuera cierto. No llenaba la almohada de lágrimas durante la noche y me levantaba con mucha energía cada mañana convencida de que encendería el móvil y encontraría un mensaje de mi novio que me demostraría que acababa de tener la pesadilla más realista del mundo. No sucedía. Eso tampoco provocaba que me desvaneciese. Evitaba pensar en él. Trataba de convencerme de que todo lo que sucedía a mi alrededor era una falsa ilusión. No podía gestionar el hecho de enfrentarme a la idea de que no iba a verlo nunca más frente a mí sonriendo con sus preciosos hoyuelos.

Comencé a adquirir la rutina de ir cada mañana al hospital tal como había hecho. En lugar de subir a su habitación, me quedaba en la cafetería, como si el hecho de seguir con las mismas costumbres que cuando él estaba en coma me pusiese una confortable venda que me impedía ver la realidad. Sin embargo, un día llegué más dormida que de costumbre y subí directamente al cuarto sin guiar mis propios pasos. Al abrir la puerta me encontré con otro paciente en su interior que me saludó con un tímido «hola, creo que te has equivocado».

Esa imagen me destrozó. Estaba en la misma cama en la que yo me tumbaba a su lado para contarle nuestra historia y dormirme con el compás de los latidos de su corazón. Tampoco habían cambiado las cortinas que siempre abría de par en par para que la luz iluminase la estancia. Incluso llegué a percibir el aroma del perfume que le había comprado y le ponía en su cabello rubio despeinado para echárselo para atrás. Todo parecía igual. Nada había cambiado, excepto

que la fotografía de ambos ya no estaba en la mesita de noche, alguien había arrancado los pósteres que religiosamente había colocado en las paredes y que el enfermo no era el mismo.

Me enfadé. Mucho. Con el universo, con el mar, con la tierra, con las personas, con la alegría que me rodeaba. No concebía cómo todo el mundo podía seguir como si nada cuando a mí me costaba hasta respirar. Busqué causas, culpables, alguien en quien concentrar toda esta ira. Venganza. Una meta en la que concentrarme para poder posponer esa tristeza que se había adherido a mi cuerpo, abrazándolo con tanta fuerza que siempre daba la sensación de que me iba a romper las costillas.

Engañé a la pena durante un tiempo, pero finalmente me alcanzó. Era más rápida que yo. Pasé noches en vela dando vueltas de un lado a otro con unas pulsaciones que me asustaban, lloré, grité, intenté distraerme con los programas de la televisión, leyendo, ayudando a mis padres en el despacho… Nada sirvió

Esperé como un niño pequeño el día de Navidad que llegase la famosa aceptación. Esa fase en la que asumes la inevitable pérdida, cambias de punto de vista, llegando a la conclusión de que no es lo mismo aceptar que olvidar. Apretaba los párpados y mantenía serías negociaciones conmigo misma para abrirle las puertas de par en par. Quería que llegase. Ya. De manera inmediata y que, como una superheroína, con su propia capa, me librase del calvario.

No lo hizo. Ni el primer mes, ni el siguiente, ni los que vinieron después. Alguien había olvidado incluirme en su lista de personas a las que debía visitar después de un acontecimiento traumático. Era un hecho. Tenía que conseguirlo por mis propios medios sin ayuda extra.

¿Cómo se sale de ese pozo oscuro cuando, en el fondo, no sabes si es lo que realmente deseas? Para hacerlo tenía que permitirme pensar en él hasta que llegase un día en el que la mera reproducción de su mirada en mi imaginación no fuese como agarrar un arma, apretar el cañón contra el abdomen y pulsar el gatillo.

Según mi experiencia alejada de los manuales, era mentira esa manida frase de que tarde o temprano dejaba de doler. No lo hacía. De hecho, creo que la sensación se intensificaba con cada nuevo amanecer. Lo que sí que sucedía es que te acostumbrabas, como cuando empiezas en el gimnasio y te ahogas al correr diez minutos, te entrenas y después necesitas cuarenta para el mismo resultado.

Me había acostumbrado a la situación, lo que no quería decir ni mucho menos que la hubiese superado. No gritaba porque me había dado cuenta de que no había nadie que escuchase mis plegarias, no lloraba porque sabía que nunca sería capaz de expulsar toda la rabia y la impotencia con mis lágrimas, que esta se rellenaría de nuevo en un bucle infinito.

¿Cómo era yo antes de todo? Esa era la pregunta que más veces retumbaba en mi cabeza. Pasaba largas horas observando mis fotografías del instituto, viendo los absurdos vídeos que

había grabado y leyendo alguno de los diarios que había comenzado para aburrirme y no llegar a terminar. Era como hurgar en la vida de una extraña.

April era una chica feliz que casi siempre salía haciendo el tonto en las imágenes, cuya risa de cerdo sobresalía en los vídeos y que llenaba folios y folios de proyectos futuros. Ella misma sabía que matemáticamente era imposible que llegase a realizarlos todos. No había tiempo. Necesitaría dos o tres vidas para llevarlos a cabo. Eso no le impedía ponerlos por escrito. Soñar sabiendo que nadie le pasaría una factura por ello.

A veces me enfadaba con la April del pasado, pensando que era demasiado ingenua y positiva. Me sacaba de mis casillas comprobar que parecía que se había criado en el país de la piruleta y la gominola con los dibujos de Disney como sus mejores amigos. Eso no era real. La oscuridad existía, aunque ella se empeñase en llenar su universo de todos los colores del arcoíris. No había actuado de manera prudente, prevenida para enfrentarse a lo que podía pasar, como si estuviese absolutamente convencida de que las desgracias pasarían por su lado sin rozarla en lugar de clavando sus afiladas garras en su carne.

Tendía a despreciar esa antigua versión de mí misma y a la vez trataba de recuperarla por todos los medios que tenía a mi alcance como, por ejemplo, esa tarde mientras iba en el autobús y observaba ensimismada las líneas de mi mano antes de pulsar el interruptor para que el vehículo se detuviese en la siguiente parada. Eran idénticas a las que había visto en las fotografías el día anterior. Mantenía el mismo cuerpo, ¿tan complicado sería localizar el alma?

No necesitaba respuesta. Lo era. Todo había cambiado irremediablemente. Con Sam se había muerto mi yo del pasado y ahora tenía que localizar y conocer a la persona en la que me había convertido.

Iba meditando en ello cuando el autobús frenó en mi parada. Dejé de mirar por la ventana y me puse de pie. Mientras recorría el pasillo del vehículo me percaté de que era la única pasajera que quedaba. No era de extrañar, la mayoría de los habitantes de Charleston que se escapaban de la rutina para ir a la playa en un día laboral como era ese martes solían llevar su propio coche.

Descendí por la plataforma lateral y en cuanto puse un pie en la calle me invadió una sensación de calor que provocó que me recogiese inmediatamente el pelo en una coleta para no sudar más de lo estrictamente necesario. El verano estaba a la vuelta de la esquina y ya lo empezábamos a sentir. Días más largos, soleados y una temperatura que te llamaba desde el exterior de las cuatro paredes de tu casa para que salieses. Ese día hice caso a su canto de sirena.

Tras mucho tiempo insistiendo, mis padres y mi hermana habían accedido a ir a visitar a parte de nuestra familia, que habitaba en el estado de Oregón, y me habían dejado sola en casa. Eso era lo que necesitaba. Moverme con calma y sin tener que aparentar cada segundo que estaba bien para que dejasen de preocuparse. La soledad, cuando es una elección propia, suele ser muy

terapéutica. Gracias a ella me había dado cuenta de que me aburría soberanamente encerrada, con el dolor machacando sin cesar, y había decidido ir a la playa.

Según mis recuerdos y lo que había leído y visto en las fotografías, vídeos y redes sociales varias, me gustaba mucho. Muchísimo. El sonido de las olas rompiendo contra la costa siempre había actuado de un modo balsámico y me encantaba hundir los pies en la orilla y cerrar los ojos con la espuma adhiriéndose a la piel.

Caminé deleitándome de un placer tan común como los rayos del sol incidiendo directamente en mi cuerpo. Lo hice en la dirección contraria al viento para que este impactase directamente en mi cara, transportando pequeñas gotas de agua que provocaron que, cuando me pasé la lengua por los labios, supieran salados.

No sé cuánto tiempo estuve así. Me empapaba de las escenas que veía a mi alrededor: una familia con una cometa, unos amigos riendo, una pareja viendo el atardecer o una chica paseando a un perro. Los envidié. Demasiado. Yo deseaba lo que ellos tenían y lo peor es que, como yo, seguro que sus protagonistas no estaban valorándolo en su justa media. No sabrían que se trataba de una jornada memorable hasta que fuese demasiado tarde. El valor de lo sencillo que mostraba su verdadero precio cuando lo perdías.

Dejé atrás la zona más popular hasta llegar a una más tranquila. Detrás de la maleza que colindaba con la arena podían verse algunas casas veraniegas impresionantes. La mayoría de estas viviendas, por no decir todas, pertenecían a la elite de la ciudad y millonarios del interior que habían comprado allí un pequeño remanso de paz en el que desconectar de sus trabajos. En épocas festivas esa parte de la playa siempre estaba atestada de gente, ese día, laboral, se encontraba vacía, a excepción de los empleados de temporada. Un par de meses antes de que llegasen los verdaderos habitantes siempre contrataban gente para que pusiese las casas a punto después de meses de inactividad.

Me detuve y dejé que la bolsa cayese a mi lado. Valoré las posibilidades que existían de que me robasen mientras me bañaba. Nunca había ido sola y siempre se había quedado alguna amiga vigilando las pertenencias. Miré a un lado y a otro y solo me encontré con los trabajadores de la vivienda más cercana. No me quedaba más remedio que confiar en ellos.

Me quité los vaqueros y los doblé encima de la bolsa. Tanteé la posibilidad de hacer lo mismo con la camiseta, pero finalmente deseché la idea. La cicatriz del accidente seguía estando allí, a la altura del pecho. No quería que nadie la viese. Corrijo. No quería verla ni yo misma. Era lo que menos necesitaba en una jornada que me había prometido dejar la mente en blanco. Esa carne muerta blanquecina y sin sensibilidad era mi recordatorio constante de Sam, de lo que había pasado.

Con paso decidido fui de nuevo al mar. Metí el dedo gordo del pie y comprobé que estaba fría. No tenía margen de maniobra. Si lo pensaba, daría marcha atrás y lo que me esperaba en mi casa

era una tarde más con un batido entre las manos dando pequeños sorbos con la pajita. Tenía que sumergirme y nadar. Mover de nuevo todo el cuerpo. Surcar la superficie marina. Recordar por qué de pequeña me gustaba tanto que durante un tiempo me obsesioné con que quería ser una sirena.

Me lancé de golpe y grité un improperio antes de comenzar a mover los brazos y las piernas de un modo coordinado, sacando la cabeza para tomar aire entre las olas y vuelta a empezar. No quería hacer ninguna proeza. Ir hasta la boya y regresar. Nada que no hubiese hecho antes muchas más veces compitiendo con Lily.

Me sorprendió lo rápido que comencé a sentirme cansada. Me faltaba la respiración y tenía los brazos débiles. Una de mis mayores virtudes y mis mayores defectos es lo testaruda que soy. No me planteé dar media vuelta. Había decidido que llegaría a la maldita boya roja y lo haría. Ya me dejaría caer agotada en la orilla una vez que hubiese logrado lo que me había propuesto.

Con ese pensamiento continué hasta que el estómago me empezó a pinchar de un modo criminal. Había experimentado calambres en las piernas, pero la sensación no se podía comparar. Me paralicé por completo asustada. Lo más lógico en esas circunstancias habría sido ponerme boca arriba y tratar de flotar sin mover ningún músculo a la vez que gritar con toda la potencia de mi voz pidiendo ayuda.

Conocía la teoría a la perfección. La olvidé en cuanto el dolor me hizo gemir y comencé a tragar agua. Perdí el control. Traté de mover los brazos chapoteando, pero era tal la molestia que intenté doblar las rodillas sobre mí misma, hacerme un ovillo, para que cesase. Lo que era un leve balanceo de olas se convirtió en azotes de líquido desagradablemente salado penetrando sin piedad por mi garganta y nariz, provocando que me ardiese todo.

Estuve así unos segundos antes de comenzar a hundirme. Abrí los ojos con agonía viendo cómo la superficie cristalina, esa a través de la cual podía distinguir el cielo con su brillante sol, se alejaba para internarme en la oscuridad más absoluta, un lugar en el que no se veía el suelo. La antorcha de fuego en la que se había convertido irónicamente el agua comenzó a quemarme por dentro. En lugar de administrar el poco aire que me quedaba, nerviosa, lo expulsé muy rápido. Los ojos se me empezaron a cerrar. No vi mi vida pasar delante de mis ojos ni una última imagen de Sam que llevarme al otro lado. Iba a morir y seguía estando apática. Me despediría de este mundo con mi universo de colores pintado de negro.

No noté nada. Ni un brazo tirando de mí ni cómo me pegaba contra su cuerpo llevándome a la orilla. Tampoco cómo me gritaba mientras me tumbaba sobre la arena. Imagino que le temblaban las manos cuando presionaba sobre mi pecho y que se le helaron los labios cuando los apoyó sobre los míos para insuflarme aire. Lo único que sé es que tras un rato mis pestañas aletearon y, con mi visión borrosa, solo distinguí las pecas que comenzaban a poblar su nariz.

–Despierta, joder, despierta de una puta vez, April –me ordenó, aunque había más

desesperación en su voz que autoridad.

El agua comenzó a ascender por mi garganta. Abrí los labios sin comprender muy bien todo lo que estaba pasando y, con rapidez, me sentó antes de que empezase a estornudar y expulsase por la nariz y la boca un chorro salado repleto de babas. Lo hice con agonía, con el mismo sonido de aquellos que llevan fumando toda la vida y parece que sus pulmones, cansados, quieren salir por ese orificio.

Repetí el mismo movimiento entre convulsiones varias veces. Cuando todo estuvo fuera empecé a temblar. Mi cuerpo estaba frío, helado, y a la vez me ardía.

Levanté la vista y me encontré con Sebastian. Estaba completamente vestido y empapado, con la ropa adherida al cuerpo. El pelo le caía sobre los ojos y las gotas de sus puntas me golpeaban el rostro. Me concentré en su penetrante mirada oscura.

–¿Estás bien? –me preguntó, sujetándome con ambas manos el rostro para poder escrutar cada uno de mis movimientos.

–Sí –logré pronunciar con una voz débil y rota. Carraspeé para quitarme el mal sabor de boca y eso no hizo sino aumentarlo.

–¿Segura?

–Eso creo. –Paseó los pulgares por mi mejilla en una caricia, se levantó e iba a darle las gracias por salvarme cuando comenzó a gritar.

–¡Eres una maldita egoísta! ¿Lo sabes?

Me quedé paralizada. Esperaba palabras de cariño y aliento después de que casi me ahogase. Para nada esa reacción. Parecía fuera de sus casillas, dando patadas a la arena.

–¿Se puede saber qué ocurre? –pregunté, desubicada.

–¿Esas tenemos? ¿De verdad, April? –Se giró y me miró molesto, con el pecho subiéndole y bajándole con fuerza por la respiración agitada–. Solo una jodida desequilibrada podría haber intentado lo que acabas de hacer y tener los santos ovarios de preguntarme como si nada.

Até cabos. Me mordí el labio. Mierda, ¿cómo podía siquiera insinuar eso?

–Yo no… –balbuceé, poniéndome en pie con el poco equilibrio que tenía. Me percaté de que vigilaba mis movimientos para detener mi posible caída–. Me ha dado un calambre…

–Un calambre muy oportuno en una zona desértica de la playa. –Enarcó una ceja, aproximándose a mí. No me dejé intimidar. Sabía que no tenía razón.

–La gente no decide cuándo le da un corte de digestión –me encaré.

–Lo que tú digas. –Agarró mis vaqueros y me los lanzó–. Vístete. Nos vamos.

–¿Irme? ¿Contigo? ¿Después de tu actuación de energúmeno?

–Exacto.

–No me da la gana. –Me crucé de brazos. Era mi última palabra–. No pienso irme de aquí contigo.

–No estoy para jueguecitos. Ponte los vaqueros de una maldita vez. –Se aproximó más y con ese gesto no hizo sino conseguir el efecto contrario. Me crecí.

–No.

–Está bien. –Antes de que me diese cuenta, me agarró por la cintura y me cargó al hombro–. Avisa a Ethan de que he tenido que irme antes con la vecinita tocapelotas.

En ese momento reparé en que había otro chico a su lado que también estaba empapado. Por el uniforme de este segundo deduje que estaban haciendo algún trabajo en la casa de enfrente y ambos se habían lanzado en mi auxilio. El joven desconocido asintió. Sebastian se agachó a recoger mis cosas y comenzó a andar.

–¿Quieres hacer el favor de bajarme? –pataleé, gritando.

–¿Quieres hacer el favor de no dejarme sordo? Bastante con que casi me ahogo por tu estupidez.

–¿Y se puede saber quién te ha nombrado mi cuidador particular? –No era la primera vez. Aunque trataba de disimular bajo su capa de indiferencia de chico insensible, mi vecino llevaba todos estos meses ocupándose de mí, fingiendo que necesitaba ayuda con cajas para que saliese de casa, tratando de molestarme para que saltase y abandonase mi estado de inactividad aunque fuese para discutir, intentando devolverme, ahora que había cambiado, la ayuda que le presté con Bethany. O eso intuía.

–Si alguna vez lo conoces, dile que renuncio. Ser tu niñera no está pagado ni con la cesión de todas las acciones de Facebook a mi nombre.

No volvimos a hablar hasta llegar al aparcamiento.

–¿Puedes dejar que me ponga los vaqueros? De lo contrario si me ponen una multa la pagarás tú. Mis padres son abogados. –Ir ataviada solo con la parte de abajo del biquini en la playa era legal, pero en la ciudad no.

–Y tú ibas a serlo… –susurró entre dientes. Fingí no haberlo oído.

Sebastian calibró las opciones y me dejó en el suelo, tendiéndome mi bolsa, en la que se encontraban los pantalones totalmente arrugados. Comencé a vestirme y a medida que yo me ponía más prendas, él se quitaba las suyas. Abrió el maletero del coche y prácticamente se arrancó la camiseta para tirarla al interior. Movió la cabeza de un lado para otro y el pelo quedó revuelto, con las gotas de sus puntas recorriendo su cincelado pecho y esa espalda ancha con el tatuaje de unas alas. Me miró y, aunque quiso evitarlo, comenzó a formar una sonrisa ladeada que quise eliminar de un plumazo.

–Si necesitas una camiseta, puedo mirar en mi bolsa a ver si tengo algo. A no ser que hayas vuelto a desarrollar esa antigua faceta tuya tan molesta y pervertida de exhibicionista.

–Deja de jugar. Hoy no estoy para que me toques los cojones. Me has cabreado como no recordaba que podía hacerlo, rubita. –Se quitó los pantalones y se quedó solo con sus bóxers

negros–. Es halagador ver cómo te quedas hipnotizada mirando mi trasero. En otras circunstancias esto me daría mucho juego para atacarte, pero hoy solo quiero que te vistas de una maldita vez y llevarte a tu casa.

–No lo estaba haciendo… –refunfuñé, subiéndome los vaqueros. No tenía ninguna muda para encima porque pensaba que se secaría con el paseo después de nadar–. Ya estoy lista.

–Y yo. –Se colocó los pantalones y la camiseta deportiva de baloncesto que llevaba en el maletero–. ¿Dónde está tu coche? Volveré luego con Ethan para llevarlo…

–He venido en autobús –lo interrumpí–. Yo ya no conduzco. –Zanjé la conversación metiéndome en el coche y cerrando de un portazo. A través del espejo pude observar que se quedaba pensativo, como si acabase de decir algo que le había disgustado.

Sebastian se montó en el asiento del conductor y dio gas. Abrí la ventana para que me diese el aire directamente en la cara. Estuvimos la mitad del trayecto en completo silencio hasta que me atreví a hablar.

–Yo no… Yo no. –Tomé aire–. Aunque lo parezca, no he intentado suicidarme, Sebastian. –Apretó el volante con fuerza–. Me crees, ¿verdad? –Necesitaba que me dijese que sí. Que esa fuera su primera reacción ante un accidente, que creyese que era capaz de llegar a lesionarme, me hizo comprender la visión que tenía el mundo de mí.

–Lo único que sé es que a veces me planteo que la única manera que tienes de disfrutar es destruyéndote y esa habría sido la mejor manera.

–¿Por qué?

–Porque por fin habrías conseguido lo que más deseas. –Dejó de mirar a la carretera para fijar sus ojos oscuros en mí–. Desaparecer.

–Yo no quiero eso. –¿No lo quería? No lo sabía.

–Pues para no hacerlo, finges demasiado bien y ambos sabemos que nunca has sido buena actriz.

Sebastian encendió la radio. Ponían un concierto de Birdy. Cuando le vi mover la mano creí que iba a cambiar el dial, pero en lugar de eso subió la voz. Me gustaba la cantante. Era una de mis favoritas. Me recosté en el asiento y disfruté del resto del trayecto. Aparcamos en la puerta de los Bennet y me sorprendió que no se metiese directamente en el interior de la casa.

–¿Me persigues?

–Te acompaño –matizó, colocándose a mi altura mientras surcábamos el paseo que daba al porche de mi casa.

–¿Ya no estás enfadado? –Me detuve en la entrada para buscar las llaves.

–Me has asustado muchísimo cuando te he visto inconsciente. –Levanté la cabeza y observé que los ojos le brillaban. Realmente lo había pasado mal–. Si no haces algo muy grande como, por ejemplo, comprarme un Ferrari, pasarán muchos meses antes de que te perdone del todo –

añadió para quitarle hierro al asunto, y entonces me di cuenta de que sus gritos y la forma en la que me había hablado no habían sido porque estaba molesto, sino muy preocupado, un sentimiento que no sabía gestionar ni interiorizar y había utilizado la única técnica que conocía para enfrentarse a las cosas.

Metí la llave en la cerradura y abrí. Pasé y me giré.

–¿Se podría decir que este es el fin de nuestra amistad breve, intensa y con más discusiones que conversación? –Sebastian enarcó las cejas y se apoyó despreocupadamente en el marco de la puerta.

–Eso lo decides tú. Hay quien dice que existen sonrisas más valiosas que todo el oro del mundo. Muéstrame una que merezca la pena y me olvido del Ferrari.

–¿Te sirve esta? –Puse la misma sonrisa fingida que les dedicaba a mis padres cuando me preguntaban si estaba bien.

–Tienes que perfeccionar la técnica, que parezca real, con sentimiento. Estamos hablando de que estoy dispuesto a renunciar a un carro por el que muchos se amputarían un dedo. –Se giró para marcharse.

–Sebastian, espera –lo llamé y se detuvo–. Gracias. Te debo una.

–No. No lo haces.

–¡Me has salvado la vida! –exclamé.

–Una vez, alguien muy sabio me enseñó que los favores no se hacen para recibir nada a cambio, sino simplemente porque se puede –añadió, misterioso, con la mirada perdida y un gesto de amargura, antes de marcharse.

Fui directamente a mi habitación. Seleccioné el pijama que me había regalado mi padre unas semanas antes con una imagen de, atención al dato, Darth Vader. Muy femenina su elección, sí, señor. Su vena friki expresada en su máxima potencia. Fanatismo que compartía desde que en mi infancia en lugar de comprarme la casa de la Barbie por Navidad me regaló una reproducción en miniatura del Halcón Milenario.

Aproveché que mis padres estaban de viaje para utilizar su cuarto de baño en lugar del mío. No lo hice para usar su bañera. Siempre he sido de las que prefieren la ducha. De pequeña solía jugar a que el agua que salía expulsada por la alcachofa metálica era una cascada e imaginaba que estaba en las cataratas del Niágara. Un día incluso me metí con uno de esos chubasqueros amarillos que llevaban los turistas en los barcos para no calarse que había visto en fotografías.

Supongo que lo hice por el placer de estar en un espacio normalmente vetado. No es que me prohibiesen entrar. La expresión «propiedad privada» no existía en nuestro hogar. Lo que pasa es que ese aseo estaba en el interior del cuarto de mis padres y solían utilizarlo con las puertas abiertas de par en par. No quería arriesgarme a encontrarme con la estampa de mi padre sentado, con los codos sobre las rodillas y apretando. Bastante tenía con soportar alguno de esos gases

silenciosos que soltaba cuando menos te lo esperabas en los espacios comunes y provocaba que todas huyésemos en estampida.

Coloqué las prendas que me iba a poner en el mármol del lavabo y la usada en el bidé con la idea de meterla en la cesta de la ropa para lavar cuando se secase. Abrí el grifo y, cuando el agua estuvo lo suficientemente caliente, me metí en el interior con cuidado de no escurrirme, ya había tentado demasiado a la muerte por un día.

Me tomé mi tiempo para ducharme. Una especie de homenaje que me podía permitir sin mi madre cerca. La activista que llevaba Cassie dentro no había muerto tras la universidad como la de la mayoría de los padres de mis amigas, que se habían dejado los pulmones gritando en contra de las injusticias durante su juventud y ahora se habían acomodado. Lo que pasa es que tener una conciencia andante a tu lado a veces era un poco molesto como, por ejemplo, cuando te apetecía relajarte debajo del agua y ella entraba sin pedir permiso para recordarte que «no había que malgastarla» porque era un bien «muy preciado» y «escaso» en países en los que los niños morían de sed.

Compartía su opinión. Me habían inculcado esos valores desde pequeña y ya no concebía mi existencia ignorando lo que sucedía a mi alrededor. Sin embargo, mi piel todavía estaba helada como si el océano se hubiese instalado en mi interior y sintiese sus olas golpear mis articulaciones. Necesitaba entrar en calor. Mimar mi cuerpo después del susto para que se diese cuenta de que no había sido mi intención alejar mi espíritu de él, suicidarme.

Salí con los dedos de las manos arrugados como pasas y la piel desprendiendo una especie de vaho al enfrentarse a la temperatura normal de la casa, fuera del microclima del trópico que había creado detrás de las cortinas de la bañera. Me pregunté si eso era bueno para sanear los poros. Sabía que los cambios del frío al calor ayudaban para limpiar las impurezas, pero desconocía el orden. Lily seguro que habría sido capaz de decírmelo. Cuando ella se marchó de mi lado desapareció mi vena coqueta.

Me observé desnuda en el espejo y no me agradó el reflejo. Seguía demasiado consumida para mi gusto, por no hablar de la cicatriz que no desaparecía por mucho que frotase con la esponja. Me puse el pijama para no tener que soportar ni un segundo más esa imagen, me sequé el pelo sin apenas peinarlo, provocando que se quedase ondulado, y rebusqué entre las desordenadas estanterías de mi madre alguna crema que aplicarme y colonia. Fue una misión bastante complicada. Sigo sin saber por qué ella tenía esa extraña afición de guardar los frascos de perfume y los botes de crema cuando estaban prácticamente acabados.

Una vez lista, salí del cuarto de baño. Me percaté de que se había hecho de noche cuando abrí la puerta y vi que la oscuridad había invadido su habitación colándose por las ventanas. No encendí la luz. Me conocía cada palmo de la casa y era capaz de andar con los ojos cerrados sin

temor a tropezarme, sobre todo esos días que mis padres no estaban y sabía que todo estaba en orden.

Me sorprendió ver la luz de mi habitación encendida cuando estaba en el pasillo. Podía haber asumido ese despiste, pero no la suave melodía que salía de su interior. Yo no había encendido el portátil ni la minicadena. Había alguien allí. Un extraño o extraña había entrado.

¿Qué debía hacer? ¿Encerrarme en el baño y fingir que no había salido a la espera de que se largase? ¿Arriesgarme a pasar por delante de la puerta abierta para bajar al salón e ir corriendo a casa de los Bennet para que me ayudasen? ¿Agarrar el jarrón del pasillo e ir como una loca a por el delincuente?

–Llamar a la policía. Sea cual sea la opción que estés barajando esa es la mejor. Te entrené para saber defenderte no para transformarte en la hermana gemela de Nikita –oí la voz de Sebastian.

Deshice el espacio que nos separaba y entré en mi habitación. Lo encontré al lado de mi estantería de los discos, ojeando con mimo las carátulas de algunos de ellos.

–¿Has subido por la ventana? –le pregunté. Sebastian dejó de prestar atención a los discos y me miró.

Se había cambiado de ropa. Llevaba unos vaqueros oscuros y un jersey de manga larga de lino con cuello redondo que permitía ver parte de su marcado pecho. El pelo ya no estaba mojado, aunque seguía igual de revuelto, y las puntas brillaban como si siguiesen reflejando esas gotas que las habían poblado minutos antes. Enarcó una ceja y comenzó a negar con la cabeza.

–Sabía que me tenías en alta estima pero no que pensabas que era Chris Sharma. –En esos momentos no lo pillé. Ese nombre no me decía nada. Lo apunté en mi lista pendiente de cosas que buscar en Google y cuando lo hice, esa misma noche, descubrí que se trataba de una especie de leyenda viviente en el mundo de la escalada–. Soy un señor. He entrado por la puerta y con la llave.

–La cambiamos de sitio después de que nos robases el coche… –murmuré.

–Tengo que hablar seriamente con la persona que decide los escondites en tu casa. ¿Os parece que debajo de la pata del balancín es un lugar mucho mejor?

Había sido yo. Decidí no enfrascarme en esa conversación que no nos llevaría a ninguna parte.

–¿Qué haces aquí? –repetí.

Sebastian sonrió como si estuviese deseando escuchar esa pregunta y puso uno de los discos que minutos antes estaba ojeando. Le dio al *play* y, antes de que pudiese saber de qué melodía se trataba, se tiró encima de mi cama, con los brazos doblados por detrás de la cabeza.

–Relajarme escuchando un poco de buena música. –Oí el inicio y supe de qué se trataba. Era una de mis favoritas, la música que Chaikovski había seleccionado para el ballet de El Cascanueces, ese que me moría por ver en el teatro de San Petersburgo.

–¿Desde cuándo te gusta? –consulté, recelosa. No le pegaba.

–Es un poco irónico que alguien que se ha pasado toda su etapa del instituto luchando contra los prejuicios que la situaban como la animadora rubia y tonta ahora los tenga con los demás, ¿no crees? –Me avergoncé porque tenía razón.

–Lo siento –reconocí–. Es solo que no te imagino… –Quería buscar las palabras adecuadas para no liarla más–. Es demasiado tranquila y relajada y siempre te he visto como alguien que huía de eso.

–El concepto que tienes de la música clásica es totalmente equivocado. Remueve por dentro. Te hace sentir y sacar lo que tienes. Paz o guerra. –Cerró los ojos para disfrutar de una de las subidas de la orquesta donde los instrumentos sonaban con más potencia, mostrando todo su esplendor–. La violencia muchas veces también ha estado ligada a esta música.

–Lo intento, pero no imagino a alguien boxeando al ritmo del lago de los cisnes. –Me reí solo de imaginarlo.

–¿Lo ves? –Se levantó de golpe y me señaló con el dedo.

–¿Qué? –Miré detrás de mí.

–Casi consigues que deje de estar enfadado con esa sonrisa. Si te esfuerzas un poquito más ya no tendrás que empeñar todos tus órganos que no sean estrictamente vitales para mi Ferrari.

Negué con la cabeza pensando en la cruz que me había caído con este ser humano que había regresado a mi vida sin pedir permiso y el gesto le hizo mucha gracia a mi vecino.

–Ahora en serio, ¿qué haces aquí?

Coloqué los brazos en la cintura y lo miré seria para que me contestase de una vez por todas sin evasivas. Me encantaba la música clásica, un efecto secundario de vivir con un padre amante de las bandas sonoras de las películas que me había hecho apreciar una melodía en la que la letra se escribía a través de los pelos erizados de tu piel.

–Asistir a mi primera fiesta de pijamas dispuesto a todo.

–¿Y a ti quién te ha dicho que aquí hay una?

–Nadie. Acabo de proponerla yo. –Iba a negarme en rotundo cuando completó su oferta–. Era eso o que viniese Sophia y te obligase a mudarte con nosotros hasta que volviesen tus padres. Ethan se lo ha contado todo y estaba bastante preocupada. No quería que pasases la noche sola. Me he ofrecido voluntario para hacerte compañía.

Imaginé las deducciones erróneas a las que debía de haber llegado mi vecina. No me apetecía irme con ellos. Me caían bien. Ese no era el problema. La cuestión es que me había librado de las garras de tener a alguien constantemente preocupado por mí, analizando cada uno de mis gestos y detalles al dedillo, y no quería recuperar esa figura sobreprotectora por el momento. Era agotador tener que fingir a todas horas una felicidad que no sentía para no preocupar al resto del mundo. A veces el exceso de ayuda para sacarte de un pozo solo logra que te hundas más.

–¿Dónde crees que vas a dormir?

Acepté su propuesta y él puso una sonrisa lateral de esas arrebatadoras que habría provocado que mi hermana sufriera un colapso mental si llega a estar presente.

–En el sofá a no ser que me hagas un hueco en tu cama –bromeó con voz seductora.

–Ni en tus mejores sueños.

Bajamos al salón. Sebastian se quedó en el sofá y puso la televisión mientras yo iba a la cocina. Revisé la nevera y me topé con algo que ya sabía, estaba vacía. Había pensado comprar algo de vuelta de la playa en una tienda que estaba junto a la parada del autobús. Era un establecimiento familiar donde hacían las mejores ensaladas para llevar de la ciudad, al menos que yo conociera. Te dejaban elegir todos los ingredientes y la salsa.

Me mordí el labio. No tenía nada que ofrecer. Eso definitivamente no era ser una buena anfitriona, aunque, por otra parte, no había invitado a nadie, así que no se me podía culpar. Rebusqué en los armarios y encontré un paquete de palomitas y un bote de mantequilla de cacahuete. Una mezcla extrañamente deliciosa que provocó que la boca se me hiciese agua.

Coloqué la bolsa en el microondas y preparé una bandeja con dos vasos con Coca-Cola, el bote de mantequilla, dos cucharas y un bol en el que puse las palomitas cuando estuvieron hechas.

Sebastian estaba viendo un extraño documental que intentaba explicar los misterios del Triángulo de las Bermudas cuando entré en el salón. Dejé la bandeja encima de la mesa baja y encendí la luz de la lámpara de lectura que solía utilizar mi madre antes de apagar la principal. Me gustaba la iluminación tenue por la noche, entrar en su ambiente. Esperaba que mi vecino soltase algún tipo de comentario mordaz o sarcástico por el «manjar» que había preparado, pero en lugar de eso se limitó a hacerme un hueco en el sofá y agarrar un puñado de palomitas que se metió en la boca como un animal.

–¿Qué? –preguntó al ver que enarcaba las cejas.

–Me recuerdas a alguien. Al protagonista de la Bella y la Bestia en la escena del salón cuando no sabe comer con cubiertos –puntualicé.

–Tengo mucha hambre –se defendió.

–Eso no impide comer con educación.

Rechacé el hueco que me había ofrecido a su lado por el momento para dirigirme al mueble que había junto al televisor en el que mis padres tenían su particular videoteca.

–¿Cuál es el plan? –oí que me preguntaba a mi espalda–. Es mi primera fiesta de pijamas…

–Como no creo que te guste pintarte las uñas…

–En las películas siempre me ha parecido muy erótico…

–… ni hablar de los chicos que te gustan… –continué, como si no me hubiera interrumpido, pero no me dio tiempo a terminar antes de que volviese a hacerlo.

–Si quieres, ahondamos en los sentimientos que te confesé que tengo hacia Axel… –bromeó de nuevo, y repetí mi *modus operandi* ignorándolo.

–He pensado que podíamos ver un clásico.

–¿*Terminator*? ¿*Rocky*?…

–El otro clásico. –Sonreí y me giré para ver su reacción con la película en la mano–. *El diario de Noah*.

–¿Es la manera sádica que tienes de torturarme sin dejar marca? –gruñó.

–Es mi particular regalo. Tu vida no volverá a ser la misma después de ver una de las tres películas románticas más bonitas de todos los tiempos.

–Y esas son… –consultó sin ganas.

–*Titanic*, *Un paseo para recordar* y la que tengo entre las manos. –Me encantaba el cine. Existían muchas películas que me habían dejado huella, pero solo esas tres conseguían que mi corazón se acelerase desde la primera escena. Las tres producciones que podía ver una y mil veces y no me cansaba.

La puse en el DVD y volví al sofá. Me senté encima con las piernas cruzadas, rozando con el calcetín los muslos de mi acompañante. Por su parte, resignado, agarró el bote de mantequilla de cacahuete y la cuchara y empezó a comer.

Lo había hecho para reírme de él. Por algún extraño motivo los chicos tenían una especie de guerra no escrita contra cualquier filme que tocase de manera directa todos los sentimientos, con especial inquina hacia el amor. Algo incomprensible, según mi punto de vista. Renegar de lo que no conoces es un planteamiento absurdo.

Lo que no me planteé en ningún momento era el efecto que *El Diario de Noah* podría tener en mí. A medida que la historia avanzaba el dolor de pecho comenzó a aumentar. Me pasaba como cuando era adolescente y las canciones estaban escritas especialmente para mi estado de ánimo, aplicándolas a mi vida. Por primera vez sentí en mis labios cuando se besaban en la pequeña pantalla, sus risas, su dolor. Todo. Cambié mi piel con ellos. Estaba demasiado sensible. Envidiaba con toda mi alma a unos personajes de ficción porque conocía su final.

Pasada una hora y pico ya no podía más. El *Diario de Noah* había dejado de ser una ficción para convertirse en todo lo que anhelaba y nunca tendría. Apreté el respaldo del sofá y me mordí el labio para tratar de contener el impulso nervioso que me pedía que, por favor, me levantase y apagase de una maldita vez la proyección de ese amor que es capaz de cambiar el mundo, algo que yo había experimentado y no volvería a recuperar. Creo que si en ese momento no hubiese mirado a Sebastian y lo hubiese visto tenso y tragando saliva sin parar para detener la emoción lo habría hecho.

Verlo tan conmovido me dio la excusa perfecta para pulsar el *stop* y hacer un alto en el camino.

–No me lo puedo creer… –murmuré.

–¿Qué? –Intentó sonar neutro, pero tenía la voz un poco rota. Acabábamos de ver el momento en el que Noah se declara a Allie y ella, justo después de dar un volantazo con el coche, lee todas las cartas que le escribió durante años y su madre le ocultó. La información oculta antes de la decisión final. El instante en el que se da cuenta de que ambos se pertenecían, que su nombre estaba tatuado en la piel del otro y el tiempo nunca lo había podido borrar.

–Nada…

–Dime –pronunció entre dientes.

–Solo que si no te conociese y supiese que es imposible, pensaría que estás a punto de llorar… –lo piqué.

–No digas tonterías. –Me arrebató el mando sin mirarme directamente–. Vamos a ver el final. No soy de los que dejan las cosas a medias.

En lugar de visionar el resto de la película lo observé a él, su perfil. Gracias a eso me pude percatar de que no paraba de parpadear mientras la anciana le preguntaba al señor que le leía la historia de Noah y Allie casi con desesperación con cuál de los dos se quedaba y cómo, cuando llegó con el chico que había sido capaz de construirle una casa con sus propias manos, pegó un salto en el sofá como si su equipo favorito hubiese marcado el tanto decisivo del partido. Solo cuando terminó volvió a dejarse caer sobre el sofá tranquilo.

–¿De verdad os gusta ver esto? Es un puto sufrimiento, ¡qué descanso, por Dios! –exclamó mientras yo me levantaba para guardar la película de nuevo en la videoteca de mis padres.

–Veo que Sparks te ha calado hondo, ¿le escribo por Twitter para que te felicite en tu cumpleaños? –Le guiñé un ojo y él me enseñó el dedo corazón–. Puedes mandarme a la mierda de la manera más maleducada que conozcas, pero eso no hará que olvide el gesto de victoria que has hecho cuando se ha quedado con Noah…

–Ha sido un alivio –confesó–. Ese tío le había hecho una casa con sus propias manos y había tenido los cojones de revelarle la gran verdad…

–¿Cuál? –Tuve curiosidad.

–Que la vida no es un cuento de hadas, que se discute y que hay que pelear cada día por las cosas que te importan, ¿cómo no iba a estar de su lado?

–Es solo una película. No hay que tomársela tan en serio. –Le resté importancia.

–Las enseñanzas positivas se aprenden siempre, da igual de donde vengan –contestó con seguridad y me dejó sin palabras–. ¿Y ahora qué?

–Ahora vas a esperarme un minuto a que venga con una cosa para ti.

–Has puesto esa cara.

–¿Cuál?

–La sonrisa que delata que vas a hacer algo que te resulta muy divertido, lo que se traduce en

que a mí no me va a gustar ni un pelo.

¿Por qué me conocía tan bien? Con Sebastian era imposible contar con el factor sorpresa, pensaba mientras subía al cuarto de mis padres y rebuscaba en el cajón de la derecha, lado en el que dormía mi padre, hasta localizar una prenda que nos había proporcionado buenas dosis de carcajadas a toda la familia. Bajé los peldaños de la escalera de dos en dos impaciente por ver su reacción. La verdad es que molestarlo era algo que se me daba muy bien y disfrutaba bastante.

No le había dado tiempo a hablar cuando le lancé las dos prendas al sofá.

–¿Qué es esto? –Lo agarró al vuelo.

–Un pijama. –Lo extendió delante de él y lo miró horrorizado.

En respuesta a los pijamas que nos regaló mi padre a toda la familia con temática de *La Guerra de las Galaxias*, las mujeres de la casa nos pusimos de acuerdo y buscamos por todo Internet y las tiendas que conocíamos hasta que dimos con uno de su talla, cosa que con la barriguita que estaba desarrollando no fue fácil, de… Rosa, cuqui, de Hello Kitty, ¡tachán!

–¿Cómo pensabas dormir? –consulté, seria, controlándome por no reírme mientras Sebastian seguía dándole vueltas en las manos abriendo los ojos cada vez más.

–Como siempre. Desnudo. –Hinchó el pecho, bravucón.

–No en mi casa. Si bajo y veo tu cosita…

–No la llames cosita. Es ofensivo y mentira.

–Si bajo y veo tu varonil, grueso y extralargo pene… ¿te gusta más así?

–No podías haberlo descrito mejor.

–Bien. Si bajo y veo tu varonil, grueso y extralargo pene sin nada por encima en mi salón, agarro las tijeras de la cocina y te amputo uno de tus testículos.

–¿Nunca te han dicho que eres adorable?

Sebastian se puso de pie y comenzó a quitarse el jersey, dejando su torso al desnudo. La uve de la parte inferior de su abdomen estaba marcada y se perdía en la cintura de sus calzoncillos bóxer que, en esa ocasión, eran rojos. Ya estaba a punto de sacar la prenda por la cabeza cuando volvió a bajársela.

–¿A qué esperas para irte?

–A que te cambies. –Estaba deseando observar cómo le quedaba el pijama. Solo eso.

–Te he acostumbrado mal. A partir de ahora tendrás que pagar por ver mi desnudez, viciosa.

–Me voy a la cama antes de arrepentirme por dejar que te quedes. –Me giré para marcharme cuando su mano envolvió mi brazo y tiró de mí para que me detuviese–. ¿Qué narices quieres ahora?

–Recordarte que estoy aquí abajo. Si mis cálculos son buenos, tu habitación está separada de este salón por treinta pasos. Si quieres…

–No me va a apetecer una sesión de sexo salvaje, Sebastian. –Quise adelantarme al comentario

grosero que suponía soltaría.

–A mí tampoco. –Clavó sus profundos ojos oscuros en mí y no pude evitar hacer lo mismo–. Solo quería que supieras que no tengo mal despertar y que aún con legañas en los ojos escucho de miedo –me soltó y colocó sus manos a ambos lados de mi rostro para captar más mi atención–. Si no puedes dormir, no lo dudes, baja, y podemos ver otra de tus absurdas películas, puedes ponerme quiquis en el pelo y maquillarme si el pijama no te parece lo suficiente humillante o puedes romper y sacar todo lo que llevas dentro. Tú solo elige y yo me adaptaré a ello.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Él no movió ni un músculo esperando mi reacción, permaneciendo con los labios entreabiertos rodeados por esa barba rasurada que invadía sus mejillas, y con los ojos fijos en mí hasta el punto de que pude distinguir mi propia imagen reflejada. Asentí y se separó con lentitud, acariciándome la mejilla mientras ponía distancia entre los dos.

Capítulo 23

Terminé de atarme los cordones de las botas y me puse de pie de un salto. Agarré el pijama rosa chillón y lo doblé. Era muy temprano. La luz que se colaba por las ventanas del salón me había despertado antes de que sonase la alarma del despertador del móvil. Lo coloqué encima del reposabrazos de mi improvisada cama, que, lejos de lo que podía parecer, había resultado más cómoda de lo que pensé en un primer momento.

Medité subir a su habitación para despedirme. Decliné la idea. Le mandaría un mensaje al móvil en un par de horas por si se había olvidado de ponerlo en silencio antes de irse a la cama. Ella necesitaba descansar. Aunque algo me decía que las ojeras moradas que la acompañaban constantemente no se arreglaban con un sueño reparador.

Coloqué las llaves encima de la mesa de la entrada con la esperanza de que esta vez los Norris las escondieran en un sitio menos evidente para los ladrones. Tal vez podía sugerirle a Sophia que se ofreciese voluntaria a guardarles ese juego por si se les olvidaba a todos los miembros de su familia dentro de casa y se quedaban en la calle. Puede que ese barrio fuese tranquilo y estuviese situado en una zona de la ciudad donde nunca ocurría nada malo, pero aun así no era bueno tentar a la suerte.

Giré el pomo para salir.

–Creía que los hombres solo se iban de un modo sigiloso sin hacer ruido después de haberse acostado con alguien para no tener que darle su móvil.

Oí su voz detrás de mí y me volví. April estaba al final de la escalera en la segunda planta. Pese a estar de pie, todavía no se había despertado del todo. Llevaba el pelo tan alborotado que parecía que era una niña pequeña que acababa de meter los dedos en un enchufe y le había dado una descarga eléctrica. No paraba de bostezar y se limpiaba con los puños las legañas de los ojos. Su imagen natural e inocente me desarmó confirmando algo que ya sabía de antemano. Era realmente preciosa. Más cuando no se lo proponía.

–A eso súmale cuando llevas un pijama con el que vas perdiendo poco a poco tu virilidad cada hora que pasa… –bromeé, y un amago fugaz de sonrisa se dibujó en su rostro.

–Entonces vete a casa de los Bennet, date una ducha, haz lo que tengas que hacer para convertirte de nuevo en un macho alfa y después, si quieres, te invito a desayunar.

–¿Algo tan elaborado como la cena? –Enarqué las cejas.

–Lo dices como si no te hubiese gustado, pero acabaste el bote de mantequilla de cacahuete. –Comenzó a descender.

–Menos la última cucharada, que me la quitaste tú.

Recordé el momento. Estábamos viendo *El Diario de Noah* y ella me había quitado la última cucharada. Hasta ahí todo correcto. Nuestro típico juego de siempre. Sin embargo, cuando había envuelto el cubierto de metal con sus labios para saborearla lentamente, me había tensado y había tenido que hacer un esfuerzo metal y físico para no lanzarme a probar la mantequilla de su boca. Me resultaba una imagen muy erótica. Todo en ella me lo parecía. Incluso cuando, como en ese momento, se estiraba provocando que la camiseta de su pijama ascendiese y mostrase parte de su vientre, con esa piel blanquecina que siempre me apetecía rozar, me apetecía transformarme en pintor y que ella fuese el lienzo sobre el que dibujar con la yema de mis dedos una obra de arte tras otra.

–Esta vez prometo no robarte comida. –Se detuvo a una distancia prudencial.

–¿Qué pasa?

–Todavía no me he lavado los dientes.

–¿Tienes miedo de que descubra que tu aliento mañanero huele como si tuvieras el ano de una mofeta en la boca? –bromeé para no decirle que eso me daba igual, que ni siquiera me percataría, que bastante tenía con no abalanzarme sobre ella cada vez que sentía su presencia.

–Tú tampoco lo has hecho y aprecio lo suficiente mis cejas como para que me las fundas cuando hables. –Devolvió el golpe y se crujió los nudillos antes de añadir en voz baja–. ¿Vendrás a desayunar?

La pregunta estaba impregnada de necesidad y vergüenza por su debilidad. Sus profundos ojos azules se clavaron en los míos con súplica y se mordió el labio con ansiedad esperando mi respuesta. No quería quedarse sola. Conocía el sentimiento. La seguridad de saber que en cuanto desapareciese la distracción pasajera volvería el ciclón. Como si una persona te mantuviese anclada en la calma del ojo del huracán y su partida te lanzase de lleno de nuevo hacia ese viento al que ves cómo arrasa todo lo que hay a tu alrededor.

–No puedo… –Me dolió no poder acceder, pero tenía obligaciones de las que no podía escaquearme.

–No pasa nada. –Trató de sonreír, pero el gesto no le llegó a esos ojos que llevaban meses sin brillar, muertos, ausentes, con un azul que cada día era menos intenso.

–Más tarde, tal vez… –dudé.

–Más tarde, tal vez –repitió.

April se quedó apoyada en el marco de la puerta mientras yo me marchaba a casa de los Bennet. No pude contenerme y me giré en mitad del camino. Mi vecina se abrazaba a ella misma, frotándose para entrar en calor por la suave brisa mañanera. Nunca había destacado por ser alta o robusta, pero parecía más pequeña que nunca.

Cuando estuve en la clínica de desintoxicación hice muchos juegos que parecían estúpidos y, supuestamente, servían para reflexionar. A algunos les terminé encontrando el sentido. A otros no por más que había tratado de verles la utilidad. Uno de los que más se repetía era el de definir sentimientos, personas, situaciones y momentos con una palabra. Para mí April siempre había sido sinónimo de color. No sabría definir el motivo. Lo era y punto. No era un tono cualquiera. Era un color vivo, alegre y contagioso, capaz de traspasar lo que se propusiese, incluso armaduras de hierro, e instaurarse dentro de ti sin pedir permiso. Por eso, cuando la observaba gris y decaída, una flor marchita que provocaba que incluso su cabello pareciese menos rubio, algo se partía dentro de mí.

Ella estaba desapareciendo poco a poco y por más que me esforzaba no lograba detener ese proceso de desintegración. Daba igual que, como la noche anterior, consiguiese durante unas horas que volviese a ser el fantasma de la chica que yo había conocido. Duraba un tiempo ínfimo e insuficiente. Después, el manto de la tristeza volvía a taparla de nuevo haciéndola invisible.

Entré en casa de los Bennet. Ethan se había ido a trabajar a primera hora de la mañana y me tocaba llevar a Sophia a rehabilitación por su rotura de tibia y peroné. Habían pasado muchos meses desde que le habían quitado la escayola, pero seguía sin poder valerse por sí misma. Subí directamente a mi habitación para recoger la ropa y darme una ducha rápida antes de ir a la clínica.

El antiguo tocadiscos con las canciones de Los Beatles de fondo me confirmó que ella ya estaba despierta, por lo que podía hacer ruido sin temor a despertarla. Era imposible que me oyese con lo alta que tenía la música del que me atrevía a afirmar era su grupo favorito. Sonaba *Yesterday* y Sophia la cantaba a pleno pulmón.

Sonreí al oír cómo el hecho de desafinar no hacía que se detuviese, sino que gritase más y más alto hasta silenciar con su voz la de los componentes del grupo de Liverpool cuando oí un golpe seco, como si algo o alguien se hubieran caído en el interior de la habitación. No lo dudé ni un segundo y me planté allí con dos zancadas. Sin embargo, no me esperaba lo que iba a encontrarme.

Sophia, esa mujer que se suponía no podía ir por sí sola ni al cuarto de baño, estaba recogiendo la ropa de la temporada pasada para meterla en cajas que, como si pesasen menos que

una pluma, las subía a la parte superior del armario mientras rumiaba algo así como que Ethan y yo éramos unos desastres.

Me apoyé contra la puerta cruzando los brazos a la altura del pecho. Era evidente que ella no me había oído llegar ni correr a su habitación con la música. Eso me permitió observarla durante unos segundos. No había cojera. Ni miedo a perder el equilibrio. Nada. Se desenvolvía como la recordaba en mi adolescencia, andando con excesiva rapidez de un lado para otro y siempre llevando algo en las manos. Terminó de colocarlo todo en un tiempo récord y se sentó frente a su tocador para hacerse su eterna trenza blanca que transformaba con horquillas en un moño. Se miró en el espejo y me vio por detrás. Pegó un pequeño bote por la impresión y yo la saludé observando el gesto de mi mano en el reflejo del espejo.

–¿Cuánto llevas ahí? –Se giró y preguntó disimulando mal una calma que no tenía.

–El tiempo suficiente para plantearme inscribirte en un concurso de halterofilia sin tu consentimiento, ¡nos harías de oro! –Sophia asintió, percatándose de que había sido testigo de su «milagrosa» curación–. Ahora tenemos dos opciones –añadí para evitar que tuviese que justificarse con alguna absurda mentira–: Fingir que no he visto nada e ir a rehabilitación para seguir volviendo loca a tu fisioterapeuta, que no comprende por qué no mejoras y a este paso va a acabar dejando la profesión, o ir a desayunar los dos juntos a la cafetería de Karen. Por si acaso no tienes clara la respuesta, yo invito y no tienes límite a la hora de elegir platos –le ofrecí y ella asintió cediendo.

La cafetería de Karen hacía esquina en nuestra calle. Era un establecimiento íntimo y familiar. No tenía vallas publicitarias. Se valía del boca a oreja de los clientes. Eso y los toldos granates sobre la fachada blanquecina que llamaban mucho la atención. Una vez en el interior, estaba compuesta de una barra circular sobre la que caían bombillas colgadas por cables como si las estrellas tratasen de bajar a la Tierra, unos sofás con mesas bajas pegados a las paredes repletas de cuadros que te permitían viajar por todo el mundo mientras te tomabas un café, mesas en la zona central y un pequeño escenario con una biblioteca detrás, donde había actuaciones, presentaciones de libros y lecturas de poesía en directo.

Elegimos una de las mesas laterales con sofá. A nuestro lado teníamos lo que pude distinguir como España, con sus montañas del norte, las islas paradisíacas y el interior repleto de monumentos. Aparté el jarrón con girasoles que había encima del menú y se lo tendí a Sophia. Sabía lo que iba a tomar, así que aproveché los instantes para disfrutar del sonido tenue de *jazz*, que era la banda sonora habitual del establecimiento y me deleité con el olor a pan y bollos recién hechos.

La camarera no tardó en venir a tomarnos nota, llenando nuestra taza de café previamente. La conocía. Me la había tirado la primera noche que volví a Charleston. Le devolví la sonrisa, pero retiré su mano de mi pierna sutilmente cuando tiró el bolígrafo al suelo para poder tener una

excusa para agacharse y tocarme de un modo sensual, una invitación para otra sesión de sexo salvaje. El problema era que ya no me apetecía. Mis manos solo querían tocar una piel, mi boca besar unos labios y mi miembro ya estaba cansado de vagar perdido, quería entrar en casa y, desde ese abrazo que me dio tras la muerte de mi hermana, ella era mi hogar. Rendirme ante lo evidente era una putada porque sabía que nunca la tendría, pero si no era April, no quería a nadie.

–¿En qué piensas? –Sophia interrumpió la conversación que estaba manteniendo conmigo mismo tras pedirse las tortitas triples con sirope de caramelo. Yo me decanté por tortilla de jamón y queso y doble de patatas rizadas.

–En nada. Solo espero. –Subí las mangas de mi fino jersey gris y apoyé los codos encima de la mesa.

–¿A que te dé una explicación por mi actuación?

–No tienes que defenderte. Esto no es un juicio y no voy a dictaminar ninguna sentencia. –Hablé pausado y con calma para que no se alterase–. Me gustaría que, si lo deseas, compartieses conmigo lo que te ha hecho actuar de esa manera a no ser que convertirnos en tus esclavos sea tu particular venganza por todas las veces que no te hemos ayudado con la casa. Si es así, tienes razón y mis labios están completamente sellados. –Traté de quitarle hierro al asunto.

Sophia le dio un largo sorbo a su humeante café meditando. Agarré mi taza. Estaba hirviendo y nos habían servido de la misma cafetera. No sabía cómo no había pegado un grito por haberse abrasado la garganta o algo similar. Estaba tan ensimismado con ese pensamiento que no me di cuenta de que la señora movía las manos para agarrar las mías. Apretó con fuerza. No sabía cómo reaccionar. Todavía no estaba acostumbrado a gestos de cariño. Las personas que me los habían podido dar habían abandonado mi vida demasiado temprano y ya casi no recordaba cómo se respondía. Sin saber si hacía lo correcto o lo esperado, giré la palma por debajo y enlacé mis dedos con los suyos, de nuevo sintiéndome un niño que se enfrentaba a algo desconocido.

–Era la única manera de retenerte. Volviste porque yo no podía valerme y Ethan no podía hacerse cargo de toda la situación él solo –confesó con los ojos brillantes fijos en mí–. No quiero que te vayas. Otra vez no. –Su voz sonó derrotada.

–¿Por qué iba a hacerlo? –pregunté, extrañado. De entre todas las opciones posibles, nunca habría pensado que esta sería la respuesta.

–No lo sé. La otra vez no diste demasiadas explicaciones. Desapareciste sin dejar una nota, nada, solo el hueco vacío en tu habitación.

¿Tanto les importaba? De repente, la sensación de que había sido un completo capullo egoísta se incrementó viendo el sufrimiento que transmitía esa mujer solo con recordar un episodio de mi pasado. Cuando decidí largarme a Nueva York no pensé en nada ni en nadie, ni siquiera en ellos, aunque les debía todo, incluso mi libertad.

–Ahora es diferente. Yo lo soy. Y te confundes completamente al pensar que si no te hubieras caído nunca habría regresado. Lo habría hecho igualmente.

–¿Por qué? No habrías tenido excusa.

–Claro que sí. Tarde o temprano me habría dado cuenta de que os echaba de menos.

–Durante años no lo hiciste…

–Estaba enfermo y no pensaba. –El hecho de que no pareciese sorprendida o indagase más en el tema me llevó a formularle la siguiente pregunta–. ¿Ya lo sabías?

–Sí. –Apartó una mano para restregarse los ojos mientras con la otra seguía aferrada a mí–. Por eso no quiero que te marches. Tengo miedo de que te vayas de mi lado, caigas de nuevo en las tentaciones y no estar allí para ayudarte.

–¿Por qué no dijiste nada? –Ignoré la última parte. No entendía qué motivo podía tener para no confesarle a Ethan que sabía la verdad.

–Quise visitarte desde el día que descolgué el teléfono para llamar a una vecina y escuché hablar a mi marido con la clínica –me explicó antes de que sacase conclusiones erróneas–. En cuanto colgaron, lo único que me apetecía era bajar a la planta inferior, discutir de un modo bélico con Ethan y hacer las maletas para trasladarnos allí. Sin embargo, cuando lo observé me di cuenta de que no debía hacerlo.

–¿Qué viste? –pregunté, curioso.

–A mi marido involucrándose por primera vez. Tenía abierto un tutorial de esos de YouTube para aprender a jugar al baloncesto y lo hacía porque sabía que era el único modo de llegar a ti. –Tragó saliva y suspiró antes de continuar con voz ronca–. Ambos lo pasamos fatal cuando nuestro hijo murió. Intentamos seguir adelante, pero una parte de nosotros se marchó con él para nunca regresar. Desde ese día Ethan nunca se entregó al cien por cien a nadie que no fuera yo. Con esto no quiero decir que no haya adorado a todos los pequeños que pasaban por nuestro hogar, lo hacía, pero siempre desde su discreto segundo plano, sin olvidar ni por un segundo que estaban de paso y se irían. –Le cayó una lágrima que avanzó por su mejilla hasta llegar a la barbilla.

La camarera regresó con los platos y nos soltamos para que pudiera colocarlos delante de nosotros. Nos miró con curiosidad al ver la estampa que tenía enfrente.

–No tienes que continuar si no te apetece.

–Las cosas son reales aunque no las digamos en voz alta. Materializarlas en una conversación es un ejercicio que ayuda a descargar. –Sonrió sorbiéndose los mocos–. Como te decía, su corazón sufrió tanto que pensé que nunca estaría preparado para abrirse a alguien, para luchar, para entregarse sin importar las consecuencias, sabiendo que las personas no somos eternas. Hasta esa noche. Cuando lo observé mirando el ordenador supe que algo se había activado. Él quería cuidarte. Él quería sacarte del pozo sin fondo. Él acababa de tomar el timón. –De nuevo

dio un trago al café. Yo no podía beber. No podía hacer nada más que escucharla y darme cuenta de detalles que no había apreciado y ahora cobraban sentido, como esa canasta que alguien colocó en el garaje de nuestra casa el día de mi cumpleaños. Ethan siempre había estado allí y yo no lo había visto–. Por no hablar de ti…

–¿De mí?

–Sí. Era lo que mejor te venía.

–¿Por qué?

–Porque después de tu experiencia por fin ibas a conocer al hombre que te demostraría que no todos son malos y hay algunos cuyo ejemplo incluso querrías seguir.

–No podré estar para siempre con vosotros, pero el día que me vaya será con un trabajo estable, os llamaré, os visitaré y las puertas de mi casa siempre estarán abiertas de par en par cuando queráis venir –le expliqué, y ella asintió conforme–. Pero no será de inmediato. Tengo asuntos en Charleston.

–¿Rubios y con ojos azules? –Partió la primera de las tortitas y se la llevó a la boca, relamiéndose de gusto.

–Y con un carácter de mil demonios imposible de controlar.

–¿Cómo está?

–Ausente.

–¿Y tú?

Me apoyé en el respaldo de la silla intentando encontrar la palabra que mejor definiese mi estado de ánimo.

–Frustrado. –Sophia me miró fijamente instándome a continuar–. Lo he intentado todo. Ser su paño de lágrimas, su amigo, el hombre que la desquicia… Nada sirve.

–¿No estarás pensando en tirar la toalla?

–¿Con ella? –No tuve ni que pensar la respuesta–. Nunca. Lo que no descarto es apuntarme a sesiones de yoga para que se me quiten las ganas de zarandearla sin parar hasta que reaccione. Ya he asumido que con el nivel de estrés que tengo encima es probable que me quede calvo antes de los treinta.

–¿Estabas enamorado de Sam?

–¿Escondes una plantación de marihuana en tu invernadero y vas un poco colocada?

–No. Lo he preguntado a conciencia después de oír cómo lo focalizas todo en ti y no en ella, que es quien ha perdido a su novio. De nada sirve que te conviertas en un analgésico si su cuerpo no lo admite. –La escuché, atento–. Tienes que pensar solo en April, lo que le gustaba y cómo era, recordarle por qué adoraba vivir, sus sueños, expectativas, que el futuro deje de ser negro y le parezca una aventura que quiere recorrer con ilusión. Esa es la única solución.

Las palabras de Sophia me hicieron reflexionar. Siempre he sido de los que piensan que hay

que escuchar a la voz de la experiencia. Todos somos conscientes de que podemos dar mejores consejos de las cosas que hemos vivido que de aquellas que tan solo hemos imaginado. Mudar la piel con otro es mucho más complicado que retroceder a nuestro pasado y revivir las sensaciones, los sentimientos y la necesidad.

Por este motivo, me tomé totalmente en serio cada una de sus frases y su significado. A eso le sumé el conocimiento adquirido durante mi etapa en la clínica. Tenía que lograr la ecuación perfecta, y cualquier componente que pudiese aportar era bienvenido. Recordé cómo durante las largas sesiones de terapia siempre se repetía un factor, cada ser humano era diferente y necesitaba un tratamiento adaptado a sus necesidades. Algo que lo activase de nuevo. No existía un patrón común. Lo que para unos era determinante para otros pasaba desapercibido.

Yo solo tenía que lograr introducirme en una mente bastante especial. No lo decía solo porque no pudiese ser del todo objetivo. El resto del mundo se había rendido ante la evidencia de que ella era diferente a medida que había destruido los estereotipos implantados en la cruel sociedad juvenil del instituto con sus actuaciones.

Tal vez mi error era suponer que su manera de enfrentarse a la pérdida era igual que la mía, que del mismo modo que yo solo la necesité a ella para no venirme abajo, mi mera presencia también podría salvarla. Ese día supe que por ese camino no hallaría la solución que tantos quebraderos de cabeza me estaba dando.

Me metí en sus redes sociales. Hacía mucho tiempo que no las utilizaba, así que no me sirvieron para mucho. Repetí esa búsqueda con las de sus compañeras y, gracias a esa privacidad que la mayoría no tenía bien activada, pude ver sus fotografías y esos estados en los que expresaban qué deseaban de la vida. Todo me resultó demasiado superficial y poco real. No digo que ellas lo fueran, pero sí la manera que tenían de relacionarse por Internet. Parecían sociedades programadas cuyas frases buscaban un me gusta, sin verdad, sin vida.

Muchas veces he pensado que las grandes mentes de nuestra sociedad persiguen que dejemos de pensar, apagar el interruptor de la autonomía, convertirnos en robots que desconocen lo que son los sentimientos más allá de lo que nos han contado. Para ello se valen de que estemos siempre distraídos, ya sea con el móvil, la televisión, la radio o la música. Siempre hay algo que hacer. Nunca encontramos un segundo para dejar la mente en blanco.

Salí de la casa de los Bennet y fui al jardín trasero. Me tumbé sobre el césped y me dediqué a observar las nubes, sin pensar formas, sin trazar el camino que dejaban los aviones al surcarlas, con el único objetivo de relajarme. Esperé unos segundos a estarlo y entonces me puse a pensar en ella. Había compartido a su lado la etapa en la que el ser humano muestra su verdadera naturaleza.

¿Qué le gustaba a April?, me pregunté y sonreí. Habría sido mejor cuestionarme qué no le gustaba. Hice memoria de nuestras conversaciones en el tejado de al lado de mi habitación, en

las que era capaz de agotarme simplemente mencionando todo el jugo que quería sacarle a la vida, las actividades que quería probar, los países que quería ver, los sentimientos que necesitaba experimentar. No podía dárselo todo. Necesitaría doscientos años sin dormir y aun así no estaba seguro de poder cumplir las expectativas de la cantidad de sueños que tenía la rubia.

Comencé a simplificar. Cerré los ojos y apreté con fuerza los párpados y de repente lo vi claro. Había una cosa que destacaba sobre todas las demás. Bailar. En casi todos los recuerdos, aunque fuesen en el gimnasio aprendiendo a defenderse, siempre danzaba de un lado para otro, como si andar siempre de la misma manera le pareciese demasiado aburrido y necesitase más. Una inconformista de la rutina.

Bailar sería solo el camino para un fin muy diferente, su salvación. Busqué actividades en el ordenador de Ethan hasta que encontré una que podía adaptarse a mis necesidades. ¿El inconveniente? Que tendría que hacer una cosa que no me gustaba una mierda y me gastaría los pocos ahorros que había conseguido trabajando durante esos meses. ¿La ventaja? Algo me decía que podía funcionar. Coloqué en una balanza los pros y los contras. Luego me sentí un poco idiota por haberlo hecho, cuando hacía rato que conocía la respuesta. Lo haría. Tenía que intentarlo. Quien no arriesga no gana.

No lo medité ni un segundo, rellené el formulario y con un mísero clic todo estaba hecho. Asentí y salí en dirección a su casa sin tener muy claro cómo se lo iba a decir y mucho menos cómo se lo iba a tomar April.

Pulsé el timbre y esperé unos segundos antes de que abriera. Llevaba unos vaqueros desgastados azul celeste y una camiseta blanca. Me calmó que estuviese vestida por lo que eso significaba, había tenido fuerzas para ponerse las prendas y no pasar todo el día en pijama, como otras veces. No me gustó que la ropa cada vez le quedase más grande y diese la sensación de que estaba consumida. Me encantó que la prenda dejase al descubierto parte de su hombro y que tuviera la cara y parte del pelo recogido en un moño repletos de harina.

–Si vienes por la invitación que te he hecho esta mañana, me veo en la obligación moral de avisarte de que pensaba hacer una tarta, pero me ha salido algo parecido a un engendro mutante que da hasta cosita mirar. –Se apoyó en el marco de la puerta.

–Tengo que decirte una cosa.

–¿Pasa algo? –preguntó, preocupada, arrugando la nariz, lo que provocó que le cayese un poco de la harina que tenía encima y estornudase.

–No. Espera un momento. –Saqué el móvil y me metí en YouTube en busca de una canción. La veía mirarme con una mezcla de curiosidad e impaciencia y eso no hizo sino lograr que yo me pusiese un poco más nervioso–. Me cago en los aparatos electrónicos que nunca funcionan cuando tienen que hacerlo –me quejé mientras veía cómo la canción se cargaba a paso de tortuga.

–¿Es necesario lo que sea que estás buscando en el móvil?

–Fundamental, rubita, para una información como la que te voy a dar se requiere todo un despliegue de medios. –Lo conseguí. Por fin estaba cargada.

Antes de darle al *play* pasaron dos ideas por mi cabeza. La primera, de vergüenza por lo que iba a hacer a continuación, y la segunda, un poco de nervios porque pareciese natural. Coloqué la yema de mi dedo índice sobre el triángulo y Elvis comenzó a sonar.

–¡Nos vamos a Las Vegas!

Nunca he sido efusivo, de ese tipo de personas que se excitan antes de dar una información, y creo que en mi vida he utilizado pocas veces las exclamaciones. Mi carácter me lo impedía. Por eso, cuando me observé a mí mismo bailando *Viva Las Vegas* como un auténtico gilipollas frente a su casa como si fuera mi mayor sueño me entraron ganas de levantar los brazos y estrangularme por mi propia y patética actuación. Sin embargo, tenía que encontrar la ilusión que nunca había sentido por absolutamente nada y contagiarla.

–¿Te has metido algo?

En lugar de estar impresionada por el viaje que acababa de anunciarle parecía preocupada por si me había dado un aneurisma de aorta o algo similar. No era de extrañar, había empezado a imitar el movimiento de Elvis con la mano libre mientras sonaba la canción. Una imagen que quería que se borrase de mi cabeza en cuanto pasase ese momento.

–No desde hace mucho tiempo, gracias.

–¿Algún brote esquizofrénico del que tenga que preocuparme? –Me quitó el móvil y pulsó el *stop*–. Por Dios, estate quieto un rato. Es muy siniestro ver esos movimientos de tu cuerpo con los que quieres imitar al Rey del Rock y lo que pareces es Carlton de *El Príncipe de Bel Air*. –Me detuve y la fulminé con la mirada, fingiendo que había herido mi orgullo, cuando yo era el primero que todavía no sabía cómo había tenido los cojones suficientes para hacer el ridículo de ese modo. Bueno, en realidad sí que lo sabía, y era por una rubia que en esos momentos no entendía nada. –Ahora que ya estás un poco más tranquilo, ¿puedes decirme de que va esto?

–He encontrado un concurso de baile en Las Vegas en el que se puede ganar un buen pellizco, así que nos vamos de viaje.

–Tú te vas. –Me señaló–. Por si no lo sabes, no me has preguntado, y por si te planteas hacerlo cuando termine de hablar, te adelanto que la respuesta es no.

–Eso supone un problema, porque las bases dicen bien clarito que solo se admiten parejas.

–Tampoco seas dramático. Seguro que encuentras a alguna voluntaria. –Se acercó y me habló al oído como si estuviera diciéndome una confidencia–. Un consejo, practica el movimiento de caderas antes de pedírselo. –Se separó–. Y yo que creía que habías cambiado, y sigues siendo el mismo demente de siempre…

Comenzó a cerrar la puerta riéndose. Casi lo había conseguido cuando puse mi pie en la pequeña abertura para impedírselo y ella se volvió. Coloqué un dedo sobre sus labios antes de

que hablase para que escuchase bien lo que le tenía que decir a continuación.

–Intento meterme en el papel de niño bueno, pero no se me da nada bien. Te lo explicaré de otra manera, April. Vamos a ir a Las Vegas. Vamos a ganar el concurso y voy a tener tanto dinero que es posible que te compre una careta de Darth Vader sin agujero en la boca que haga juego con tu pijama si te portas bien.

–¿Y qué pasa si me niego? –Ahí venía el momento. Tenía que forzarla, empujarla, no darle opción, aunque para eso tuviese que jugar sucio. Al fin y al cabo, estaba acostumbrado a actuar de esa manera y esa era la primera ocasión en la que podía justificarme diciendo que el fin era noble.

–Les contaré a tus padres el incidente en la playa. –La cara le cambió y se puso pálida.

–No puedes. –Apretó los dientes con rabia–. Sabes que sacarán conclusiones falsas.

–Tampoco estoy seguro de cuál es la verdad –la herí.

April miró a su alrededor y se detuvo en el bate de béisbol que su padre tenía al lado de la puerta. Estoy completamente seguro de que durante unos segundos valoró la opción de agarralo y perseguirme por el jardín para atizarme. Lo sabía porque el tono blanquecino de su piel había ido mutando hacia un rojo furioso capaz de derretir cualquier cosa que le rozase la mejilla.

La entendía. Sus padres habían estado muy preocupados, y si se enteraban de algo así, pensarían que había intentado suicidarse y eso supondría más de lo que podían gestionar. Lo más normal es que acabasen llevándola a terapia. No creo que eso fuese lo que la asustase, sino el sentimiento de desesperación y de miedo constante que acompañaría a sus padres. La vigilancia incrementada. El hecho de que estuvieran todavía más encima.

–Sabes que a esto se le llama chantaje, ¿verdad? –rumió.

–Estoy familiarizado con el término y es de mis favoritos. –Me detuve. April frunció los labios y apretó los puños. Me pareció que estaba adorable. Tan cabreada, con esas ganas de atizarme de un momento a otro, viva de nuevo–. ¿Y bien?

–Supongo que tengo que hacer la maleta –sentenció, crujiendo los nudillos por la impotencia de verse presionada para tomar esa decisión.

–Así me gusta. –Sonreí, aumentando así su enfado–. No hay tiempo que perder. Nos vamos esta misma tarde.

–¿No tengo ni voz ni voto en esto?

–Sí, tú elegirás la canción y prepararás la coreografía. –April bufó irritada. Se giró, atizándome con el moño lleno de harina a la altura de la boca, y cerró la puerta de un portazo que dejó la madera a un centímetro de la punta de mi nariz.

Lo había conseguido. Nos íbamos de viaje a hacer una actividad que detestaba con una acompañante que en esos momentos deseaba hacerme vudú. Nada de eso importaba. Solo una cosa. Posiblemente era mi última oportunidad de hacer las cosas a mi manera, y no podía fallar.

Capítulo 24

—Lo reconozco. Nunca pensé que pudieras estar tantas horas con la boca cerrada y empieza a ser aburrido…

–No suelo tener mucha conversación con extorsionadores.

–Admítelo. Tampoco es que te esté obligando a andar descalza sobre ascuas. Vas a Las Vegas con todo pagado. Hay gente que incluso estaría bastante agradecida por ello.

–Tal vez todo sería diferente si lo hubiese elegido yo.

Volví a mirar por la ventanilla del viejo Ford blanco que Sebastian había alquilado. Era evidente que el plan había sido improvisado. Se notaba que mi vecino iba decidiendo las cosas sobre la marcha, sin control. Por ese motivo, durante el escaso tiempo que me dio para preparar la maleta, estuvo revisando los elevados precios de los billetes de avión. Al final la mejor opción fue alquilar un coche para la ida, en una empresa con sede en Las Vegas, para poder dejarlo allí, y volver volando.

¿En qué momento había decidido apuntarse a un concurso de baile? Hasta donde yo sabía no le gustaba en absoluto, menos que a la mayoría de los chicos del instituto. Es decir, desconocía si existía algún alumno que fuese a clases de baile o viese tutoriales por el ordenador como yo. Sin embargo, en las fiestas sí que se movían con el vaso de plástico en la mano, aunque fuese algo tan sencillo como asentir con la cabeza. Por no hablar de esas danzas lentas al final de la noche con el propósito de arrimarse un poco a la chica que tenían enfrente y, si todo salía según lo previsto y la magia del alcohol los ayudaba, acabar liándose con ella. Lo mayoría de las veces lo hacían con un objetivo, sí, y pocas por placer, pero por lo menos lo hacían.

Sin embargo, Sebastian no era así. Después de que nuestra amistad acabase de forma abrupta en una playa, dejé de prestarle atención, pero no percatarse de su presencia era imposible. Intentaba no mirarlo, ignorarlo, fingir que no sabía que estaba apostado en una pared con los brazos cruzados a la altura del pecho con sus ojos oscuros y fríos recorriendo la estancia. Mi vecino era una de esas personas que no pasan desapercibidas, que lo llenan todo. Puede que no lo

hubiera visto llegar, pero tardaba menos de cinco segundos en localizarlo en cuanto estaba a una distancia prudencial de mí. Tenía su propia aura, que causaba reacciones totalmente opuestas a aquel que pasaba por su lado, de la fascinación al temor. Era capaz de provocar todo tipo de sensaciones.

Procuraba no mirarlo fijamente hasta que él tenía una distracción, ya fuese que se había pasado con lo que sea que tomase o una chica entre sus brazos protagonizando una de esas escenas casi pornográficas que podían resultar incluso incómodas para aquellos que pasaban a su lado.

En esos fragmentos de segundos en los que lo observaba, más por curiosidad que por sentimientos, lo identificaba como alguien distante y solitario por elección propia. Disfrutaba permaneciendo con su copa a unos metros del resto de las personas, como cuando era pequeño y le gustaba observar el universo desde las alturas, sin involucrarse con lo terrenal.

Nunca, en todo ese tiempo, lo vi bailar, porque eso denotaba intimidad. De hecho, era más probable verlo tirándose a una chica en los baños del lugar donde se estuviese celebrando la fiesta, sin importarle lo más mínimo haber dejado la puerta entreabierta, que verlo paseando de la mano con alguna estudiante. Diferenciaba demasiado bien lo meramente instintivo de aquello que podía desembocar en sentimientos. Durante toda su adolescencia, Sebastian había luchado con uñas y dientes por convertirse en un animal, por lograr expulsar de su interior esa parte humana que tan incómoda le resultaba.

Por eso, por mucho que hubiese cambiado en los años que no le había seguido la pista, no tenía sentido que nos hubiese apuntado a un concurso de baile. No me valía la excusa del dinero. Con tal cifra, veinte mil dólares, se presentarían expertos de todas las categorías. Él era lo bastante inteligente para saberlo. Un superviviente no se deja cegar tan fácilmente por falsas ilusiones.

¿Por qué lo hacía, entonces? Lo miré. El aire de la ventanilla abierta le removía el cabello en todas las direcciones. Parecía cómodo a pesar de llevar cuatro horas conduciendo sin hacer ninguna pausa. Apoyaba el codo contra el cristal y con el otro brazo sujetaba el volante. Era extraño ver cómo se le marcaban todos los músculos de la articulación, aunque no estaba haciendo fuerza y lo agarraba con la mínima presión posible. La camiseta se le pegaba al cuerpo como si fuera una segunda piel, mostrándome de nuevo una anatomía que ya conocía, un torso cincelado con una extraña y cruel hermosura.

Hay muchos chicos guapos en el mundo, pero Sebastian siempre había poseído una belleza única, desgarradora, logrando aunar la atracción de lo prohibido y lo peligroso. En una sala repleta de los modelos más cotizados de la industria haría que estos se volviesen invisibles. No porque su rostro fuese más armonioso que el de ellos, sino porque era de esas personas que pisan con fuerza que provocando que las escuches, con unos rasgos diferentes que hacía que una vez

que lo veías nunca pudieses olvidarlo. Observarlo fijamente era como estar en medio de un tornado, asumir que no tienes escapatoria, levantar la cabeza y mirarlo durante tus últimos segundos de vida, una mezcla entre la belleza de lo salvaje y destructivo, de lo natural, y el temor por saber que no puedes enfrentarte a su poder letal.

Lo analicé de nuevo y la duda del motivo por el que me había obligado a ir con él volvió a surgir en mi mente. Solo tenía una teoría, pero me parecía tan absurda que me resistía a pronunciarla en voz alta, porque no tenía sentido. Él no me debía nada. Volví a girarme para mirar por la ventanilla.

–El asesinato está penado con la cárcel.

–¿De qué hablas?

–De esa inquietante libreta en la que no paras de escribir –añadió sin apartar la vista de la carretera.

La tenía en mi regazo. Era una especie de tradición con mi hermana. Una de las mejores cosas que tenía pertenecer a las animadoras del instituto era viajar con el equipo cuando este jugaba fuera. Si el lugar estaba lo suficientemente alejado como para no ir y volver en el día nos quedábamos a dormir allí. Bueno, más bien a reunirnos todos en una habitación y pasar toda la noche hablando.

La primera vez que me iba a ir, Claire montó en cólera. Por aquel entonces tenía un poco de «hermanitis», sin toda esa independencia de la que ahora hacía gala. Le prometí que le describiría todo lo que viese hasta el punto de que cuando lo leyese sería como si ella también me hubiese acompañado. Aceptó a regañadientes y desde entonces así lo habíamos hecho en todos los viajes que hacíamos separadas.

Eso era lo que estaba haciendo con Sebastian, el equivalente a la ruta 66 o hacer la Costa Oeste. La locura juvenil que nunca había tenido. Mentiría si no dijese que en el fondo estaba nerviosa y un poco ilusionada por conocer mi propio país, por estar en lugares que no fueran un recuerdo constante de lo que había perdido. La sobrecogedora expectativa de lo desconocido. Ahora entendía a Lily. Siempre me había gustado programarlo todo, tener el control, saber lo que iba a ocurrir en el siguiente paso, cuando todavía no había dejado la huella del anterior. Ella me decía que los mejores planes surgen de improviso, cuando en lugar de pensar el momento lo vivimos.

–¿Quieres leerla?

–Si lo desease te la habría arrancado de las manos hace rato, pero no creo que sea tan importante como para poner nuestras vidas en peligro.

–No intentes disimular. Lo que pasa es que en el fondo te da miedo lo que puedes encontrar en su interior.

–Nada de lo que pongas puede afectarme.

–¿Porque no tengo la capacidad de hacerte daño? –Guardé la libreta en el bolso y me giré en su dirección.

–No es que no tengas la capacidad, es que no quieres hacerlo. Ni conmigo ni con nadie. Siempre has tenido muy malas pulgas, pero nunca esa maldad. Como mucho podrías hacerme reír.

–¿Y eso?

–¿Se te ha olvidado ya lo divertida que eras? –Me miró enarcando una ceja.

–Es raro que me digas eso. Parecía que no te caía muy bien.

–Era pura fachada. Soy muy competitivo. En el fondo me daba rabia que me superases en algo.

–¿Lo hacía? –pregunté, sin saber muy bien si lo que me decía iba en serio o no.

–Claro. Lo que yo veía como debilidad en realidad era fortaleza. Ser agradable, tratar a la gente bien y empatizar es mucho más complicado que pegar cuatro gritos y un puñetazo en la mesa y ahuyentarlos a todos. Me ha costado mucho entenderlo, pero ahora estoy seguro al cien por cien.

Tomamos la siguiente salida. Leí la señal que indicaba que en esa dirección, a veinticinco millas, había una gasolinera y un motel de carretera. El depósito todavía iba por la mitad después de que hubiésemos repostado un par de horas antes. Estaba anocheciendo y el cielo se había oscurecido hasta quedar cubierto con unas nubes que amenazaban con descargar de un momento a otro. Puede que ya hubiese empezado a llover a unos kilómetros de distancia y por eso el aire que entraba por la ventanilla abierta del piloto ya traía consigo ese aroma a tierra y césped mojado, a humedad. Llegué a la conclusión de que nos dirigíamos al sitio en el que dormiríamos la primera noche. Estaba en mitad de la nada de un punto indeterminado de Tennessee. Más barato y con más probabilidades de encontrar una habitación vacía que si nos adentrábamos en alguna gran ciudad.

No nos encontramos con ningún coche circulando por el camino secundario. Por este motivo, cuando cinco minutos después Sebastian se detuvo en un área de descanso desértica no pude evitar preguntarle con cierto temor:

–¿No me digas que hemos pinchado? –Puso el freno de mano y me miró con curiosidad.

–¿No sabes cambiar una rueda?

–Definitivamente no.

–¿Y qué harás si algún día te pasa y vas tu sola?

–Lo dudo. –Me acomodé en el asiento–. Yo ya no conduzco.

–¿Ya no tienes carnet?

–Sí, pero no quiero hacerlo. No después de… –Dejé la frase en el aire. Dolía hasta pronunciarlo. El día que Sam murió, después de darme el pequeño golpe contra el coche de mi

vecino, tomé una decisión. No volvería a conducir.

–Tengo una buena noticia y una mala, ¿por cuál empiezo?

–¿La buena? –dudé.

–No hemos pinchado.

–¿Y la mala?

–Vas a llevar tú el coche hasta el motel –sentenció.

–No.

–Estoy cansado y he conducido la mayor parte del viaje. Es lo justo, abogada.

Se quitó el cinturón de seguridad y giró todo su cuerpo en mi dirección.

–No voy a hacerlo –repetí.

–¿Por qué?

–Ya te lo he dicho. No quiero. No puedo desde… –De nuevo no terminé lo que iba a decir.

Sebastian colocó un dedo en su mentón y reflexionó un rato antes de añadir.

–El miedo irracional no me sirve como argumento.

–Me da igual que te valga o no. Te estaba informando, no pidiendo permiso.

–¿Me estás echando un pulso? –Quitó la llave del contacto y el motor dejó de vibrar debajo de nosotros–. Te aviso de que soy muy fuerte.

Salió del coche y yo me quedé en el interior. Me mordí el labio. ¿Por qué narices me hacía eso? ¿Por qué se le metía entre ceja y ceja ahora que yo tenía que llevar el coche hasta el motel cuando podríamos hacer el camino que faltaba incluso andando? Estaba segura de que no había sido su idea al detenerse. Lo había pensado justo cuando le decía que ya no conducía. Si hasta daba la sensación de que su rostro se había iluminado cuando lo decidía. ¿Por qué me quería forzar? ¿Qué ganaba él con eso? ¿Y yo? ¿Salía alguien beneficiado de su cabezonería?

Esperé un buen rato en el interior para que él reflexionase, se diese cuenta de que lo que estaba haciendo no tenía sentido y volviese como si nada. No lo hizo. Abrí la puerta de mi lado y la cerré con fuerza. El maletero estaba abierto y me impedía verlo. El aire corría cada vez más fuerte azotándome en el rostro y levantando polvo y la tenue banda sonora que formaban las ramas al balancearse de un lado para otro solo se veía interrumpida por el ruido que hacía Sebastian.

–¿Qué vas a sacar de mi maleta? –Coloqué mi mano encima al ver que mi vecino iba a abrirla–. No tienes derecho a tocar mis cosas.

–Tranquila, no pensaba rozar el bolsillo de la ropa interior. Ya vi en tu habitación que todas tus braguitas tienen dibujos infantiles. –Puso su mejor sonrisa ladeada seductora. En lugar de derretirme como el resto de las féminas que la habían visto alguna vez en su vida, deseé darle un puñetazo con el que arrancarle la paleta central de la dentadura y que así no fuese tan engreído o pensase que podía conseguir todo lo que se propusiera activando las hormonas de las jóvenes–.

Iba a buscarte una chaqueta. Empieza a refrescar y después será peor. –Me fijé en que él se había puesto una de sus sudaderas grises con la capucha subida, dejando escapar algunos mechones de su pelo.

–Te contaré un secreto. –Bajé la voz–: Los coches tienen calefacción, ¡bienvenido al siglo veintiuno! –rumié.

–Y yo te diré otro. –Se acercó lentamente, con los mismos gráciles y elegantes movimientos de un tigre que se aproxima a su presa. De nuevo deseé pesar veinte kilos más para que no me cubriese al completo con su cuerpo haciéndome sentir pequeña. Se agachó para poder hablarme directamente sobre el oído y su aliento cálido se coló a la vez que sentía la vibración de sus labios sobre el pómulo a pesar de estar segura de que no lo estaba rozando–. La gasolina no es infinita. Puede que pasemos días aquí hasta que decidas llevar el coche. –Se apartó.

–¿Todo esto va en serio?

–Desde luego. Hasta he administrado la comida y el agua que me dejó Sophia para el viaje.

–¿No te das cuenta de lo absurda que es tu actitud?

–No soy yo el que se niega a conducir porque su novio tuvo un accidente. –Su sinceridad me golpeó. Que te digan las verdades siempre es algo molesto, incómodo, a nadie le gusta. Sin embargo, después de tanto tiempo entre algodones, acostumbrada a que todo el que me rodeaba seleccionase las palabras con tacto, ser tratada como un igual fue gratamente reconfortante–. La gente muere constantemente. En casa, en el trabajo, riendo, llorando, da igual. En cualquier lugar. La muerte espera entre bambalinas y decide cuándo es tu acto final sin previo aviso. No puedes evitarla, pero es que, además, tú la estás invitando uniéndote a ella en tu nuevo día a día en el que estás prescindiendo de todo lo que merece la pena en este mundo. Vivir no es solo respirar. Es mucho más. Tú lo sabías.

Tenía razón. No quise darme tiempo a pensar.

–Está bien –accedí.

Me monté en el asiento en el que previamente había estado Sebastian. Éramos lo opuesto en casi todo y en la manera de conducir no podía ser la excepción. Él iba alejado del volante, con las piernas estiradas y el respaldo echado para atrás recostado como si estuviera en el sofá de su casa. Por el contrario, a mí me gustaba ir lo más próxima posible, con las rodillas dobladas rozando parte del mando y totalmente erguida.

Respiré profundamente e introduje la llave en el contacto. La giré y sentí la vibración del volante. Lo miré. No me sonrió infundiéndome valor como habría hecho otra persona. Sin embargo, cuando descendí para quitar el freno de mano me encontré con sus dedos muy cerca de la palanca. Atento a cualquier movimiento. Protector. Entonces lo comprendí. No me decía nada porque eso sería tratarme como alguien débil y quería que fuese consciente de que yo era todo lo contrario, alguien fuerte que podía superar las cosas por sí misma. Sebastian se estaba restando

mérito, ocupando el segundo plano que anhelaba. En la vida hay dos tipos de personas, las que evitan que te caigas y las que te dan la mano para levantarte. Él no era ninguna de las dos. Había que inventar un nuevo concepto para mi acompañante. Él era el entrenador que te enseñaba a ponerte en pie por ti misma para que lo pudieras hacer si un día te venías abajo y no había nadie a tu alrededor.

Coloqué el pie en el acelerador y miré hacia delante. Nunca comprendí por qué no tuve la fobia desde el primer día del accidente, por qué tuvo que morir Sam para que yo sintiese ansiedad cuando me imaginaba a mí misma conduciendo. No lo he preguntado. Mi propia reflexión me ha llevado a pensar que no interioricé lo que le había pasado a mi novio y viví en una burbuja de negación hasta que no tuve más remedio que aceptar la realidad y rendirme a la evidencia y, entonces, todas esas cosas que debieron nacer poco a poco me azotaron de repente dejándome indefensa.

La respiración se me agitó y la imagen de Sam volvió a aparecer en mi cabeza. El tacto frío del volante me recordó la temperatura de su piel en el hospital y lo solté de golpe. Gracias a Dios, mi vecino lo sujetó al vuelo. Cerré los ojos y apreté con fuerza los párpados para que desapareciese. Era como si una mano estuviese haciendo un agujero en mi pecho para arrancarme los pulmones de cuajo de un momento a otro y la abertura se hacía más y más grande con cada segundo que pasaba.

–Lo siento –murmuré.

–No tienes que pedir perdón. –Habló con voz pausada–. Lo que debes hacer es abrir los ojos y llegar hasta el final, hasta que explotes. –Colocó su mano encima de mi rodilla y apretó–. Te juro que recogeré los pedazos y te ayudaré a recomponerte. Es hora de que revientes, April.

Le hice caso. Lentamente volví a abrir los ojos y moví las manos temblorosas hasta el volante. Lo sujeté con fuerza y la vibración me trajo de nuevo la imagen de Sam a mi lado, inconsciente, mientras los bomberos intentaban sacarnos del amasijo de hierros en los que había quedado reducida la camioneta. Lo rememoré con tanta fidelidad que creo que grité del mismo modo que esa noche estrellada que debía ser el punto final de mi cuento de hadas y se convirtió en un nuevo inicio. La garganta me dolía y lloré rememorando todas y cada una de las tardes en el hospital. Quería detener el sufrimiento, pero no lo hice. Debía llegar hasta el final. Viajé hasta esa nieve que me anunciaba algo que no supe interpretar y dejé que saliera todo lo que llevaba dentro.

No sé cuánto tiempo estuve así, solo que cuando Sebastian me limpió las lágrimas y los mocos acumulados encima de mi labio superior podía mirar al frente y no ver fugaces y asfixiantes imágenes de Sam.

–Puede que ahora pienses que es una tortura. La primera vez que recorres un camino no es fácil. Pero lo has superado, April, y cada vez que pasees por los recuerdos te dolerá un poco

menos.

–¿Cómo estás tan seguro?

–Porque camino por mis propios senderos todos los días para visitar a mi madre y Bethany. –En lugar de ponerse triste sonrió–. Y el calvario ha acabado transformándose en un regalo. Mientras sigo pensando en ellas, siguen existiendo, están conmigo. –Miró al frente–. Tienes que conducir ya, por él, para poder recuperarlo tienes que ahuyentar todas esas fobias que solo harán que te alejes hasta que llegue un día que no te atrevas a pronunciar en voz alta su nombre.

Asentí. Miré por el espejo retrovisor para comprobar que no venía nadie y pisé el acelerador. El coche comenzó a andar y yo tuve una descarga de adrenalina brutal. Daba la sensación de que en lugar de conducir un sencillo vehículo como había hecho millones de veces estaba haciendo *puenting* o volando con esos trajes de ardilla que habían inventado.

Eufórica por el movimiento del Ford giré la rueda de la música. Estaba entusiasmada. No por guiar el movimiento de un coche, sino por haber logrado volver a hacerlo cuando creía que nunca más me pondría detrás de un volante. No era conducir, era volver a sentirme yo misma. Notar que había regresado un dos por ciento de la persona que era antes.

La canción *Like a Virgin*, de Madonna, comenzó a sonar en la radio y no pude evitar ponerme a cantar como una loca. Habría dado igual el tema que hubiese salido. Estaba feliz. Nunca se sabe lo importante que son las pequeñas rutinas de nuestra vida hasta que olvidamos cómo hacerlas. Rememoré la sensación de libertad e independencia que experimenté el día que conduje por primera vez con la misma ilusión. Había recuperado algo de mi vida.

Desafiné lo máximo que pude en el estribillo hasta que recordé que no iba sola y me detuve.

–No te avergüences. No se disfruta verdaderamente de un coche hasta que berreas como una estrella de *rock*.

–¿Tú también lo haces?

–Puede que un día me viniese muy arriba con el nuevo single de Justin Bieber. Sobra advertirte que como le cuentes este dato a alguien te asesinaré lenta y dolorosamente.

–Mis labios están sellados. –Sonreí.

–Me gusta verte así.

–¿Gritando?

–Sí, de nuevo con los pulmones llenos de aire.

El trayecto hasta el motel se me hizo demasiado corto. Insuficiente para el mono que tenía. Pensé en quedarme dando vueltas en el aparcamiento por el mero placer de no detenerme. Tampoco es que hubiese pasado nada dado que solo había un par de coches más. El sitio se llamaba Day’s Inn. No era excesivamente grande. Estaba compuesto de dos plantas de ladrillo rojizo con las puertas metálicas del mismo tono. Frente a las habitaciones, en el pasillo que unía todas las estancias, había una mesa y un par de sillas para descansar junto a la barandilla. No

parecía lujoso, pero sí limpio, y eso era lo único importante. Me conformaba con no encontrarme cucarachas correteando por mi lado cuando me despertase.

Sebastian pidió una habitación para los dos. Dado que él pagaba, no pude quejarme. Además, se adelantó a la condición que iba a imponer.

–Que tenga dos camas separadas, por favor. Muy alejadas. Los ronquidos de mi hermana son insoportables. Se te meten dentro. –La recepcionista asintió con más entusiasmo del que le debía permitir su profesionalidad y le tendió la llave metálica rozándole la mano de manera premeditada.

Rompí el silencio en cuanto pusimos un pie en el exterior.

–No soy tu hermana.

–Eso ya lo sé, pero si todo sale bien, puede que esta noche no duerma en tu habitación. –Se detuvo en la escalera y me miró desde arriba con esa sonrisa arrogante y descarada–. A no ser que tengas miedo a la oscuridad y quieras que lo haga en tu cama.

–El único fantasma al que hay que temer por aquí es a ti, y sé muy bien cómo manejarte.

La habitación seguía la estética de la fachada. No era nada ostentosa y prácticamente carecía de más mobiliario que el básico: un armario, una mesa con la televisión de pago, un sofá verde musgo al lado de la ventana y dos camastros que chirriaban cuando te sentabas encima. El cuarto de baño era tan diminuto que rozabas con el gemelo la taza del váter mientras te lavabas los dientes.

Decidí no deshacer la maleta. Al día siguiente nos íbamos y hacerlo supondría una pérdida de tiempo. En lugar de eso me di una ducha rápida y me puse el pijama para estar cómoda. Habíamos decidido cenar esa noche en la habitación el par de bocadillos de pollo con lechuga, tomate, cebolla y mahonesa que nos había preparado Sophia.

Salí con ganas de tumbarme y dormir hasta el día siguiente. Los viajes solían dejarme agotada. Y si a eso le añadíamos una ducha de agua caliente, ya teníamos mi propia alternativa natural a los somníferos. La cuestión es que no estaba sola y no podía pedir a mi acompañante que echase las cortinas cuando todavía no había anochecido del todo.

–¿Quieres que te preste una de mis camisetas? –le pregunté, sentándome encima de la cama y sacando el ordenador.

–Si te soy sincero, no sé si mi desnudez te molesta porque en el fondo te pones un poco cachonda al verme así o porque quieres montar una fábrica de camisetas y deseas que sea la imagen promocional. –Bufó. Estaba tumbado sobre su colchón. Se había cambiado cuando habíamos llegado y llevaba un pantalón de deporte oscuro por el que sobresalía la cinturilla azul claro del calzoncillo y el torso al descubierto. Estaba apoyado en su brazo leyendo algo del móvil.

–Es por educación, ¿cómo te tomarías tú que yo fuese medio en pelotas por aquí? –Me

arrepentí al ver la sonrisa instintiva que se le dibujó en la cara.

–Es una pregunta trampa. Si te contesto la verdad, mañana me despertaré castrado.

Se puso de pie y rebuscó en su maleta hasta encontrar una camiseta de tirantes oscura que se puso por encima.

–¿Mejor?

–Tampoco es que tape mucho… –bromeé–. Cuando estés vestido como las personas decentes, puedes venir a mi cama si quieres.

–Es la primera vez que alguien me invita a su cama y no tengo muy claro el motivo.

Se sentó a mi lado con su brazo rozando el mío.

–¿No te gustaría ver el baile que he seleccionado para el concurso? –Encendí el ordenador y comencé a meter la contraseña del wifi del hotel.

–No había barajado esa opción. Las otras que se me habían ocurrido eran claramente más divertidas –ronroneó y, como de costumbre, lo ignoré. Era inmune.

–He estado pensando mucho en el viaje que podríamos hacer…

–Mierda –me interrumpió.

–¿Qué?

–La has puesto.

–¿Podrías ser más específico?

–La sonrisa de hoy tengo el día travieso y te vas a cagar.

Puse los ojos en blanco y abrí Google.

–Como te decía, he pensado cómo podríamos tener más posibilidades y he llegado a la conclusión de que la única manera de hacerlo es que nuestra actuación sea con un tema mundialmente conocido, algo antiguo, reconocible, que toque la fibra a los que estén allí.

–¿Y existe algo así?

–Por supuesto, el baile más famoso de la historia del cine.

Sebastian asintió y crujió el cuello.

–No me seduce mucho la idea del cuero, pero el tupé puede quedarme bien.

–¿De qué hablas?

–De transformarme en Travolta, ¿quién si no? –Arrugué la nariz y negué.

–No estoy hablando de *Grease*, sino del otro gran baile de la historia del cine. –Me detuve porque con mi vena malvada quería apreciar al detalle cómo le cambiaba la cara cuando le diese la información–. Vas a ser el gran Patrick Swayze en *Dirty Dancing*.

Nada. Para mi propia desesperación se quedó estático, como si no lo reconociese, ¿acaso se había criado en otro planeta? Era imposible que no supiese de lo que estaba hablando. Me esperaba que, como la mayoría de los machos alfas, le desagradase la idea por el mero hecho de que se trataba de una de las películas románticas más bonitas de la historia. Ya se sabe que a

veces los hombres actúan de un modo un poco primitivo con estos temas, todavía en plan: no lo he visto, pero si te gusta a ti y hay amor, a mí me repele.

–¿Es de una porno?

–¡Cómo dices eso! –Le pegué un pequeño codazo en el abdomen y fingió que le hacía daño–. Es uno de esos romances que hacen historia.

–No me culpes por pensar mal. La película se llama baile sucio. Con ese nombre me imaginaba a dos personas bailando junto a una barra de *striptease* más que enamorándose.

Negué con la cabeza sin poder creerme lo que estaba escuchando y busqué en YouTube la escena para que pudiese visualizarla. Le di al *play* y la protagonista apareció con su precioso vestido blanco de tirantes en mitad del escenario mientras comenzaban a sonar los primeros acordes de la canción. Un cañón de luz la iluminaba mientras él, totalmente vestido de negro, se acercaba a su posición, colocaba la mano en su cintura y ella se doblaba echando la cabeza hacia atrás bajo su sujeción.

Cuando terminaba, la colocaba delante y ella lo agarraba por el cuello mientras la descendía serpenteando con sus dedos por el lateral de su torso antes de apoyar la palma de la mano en su cintura y depositar un suave beso en su nariz.

–¿Hay algún mensaje oculto que tengo que interpretar de tu elección? –Lo había hecho por molestar, pero no fue hasta que lo puse en la pantalla del ordenador que me di cuenta de lo profundamente íntimo y sensual que era en algunas partes.

–Los besos no forman parte del baile, así que ni se te ocurra pensar que vamos a dárnoslos.

–Eso es no ser fiel a la interpretación original. –Lo fulminé con la mirada y él sonrió de nuevo, divertido–. ¿Qué? Lo has seleccionado tú. No yo.

–La coreógrafa manda y ha decidido eliminar todos los movimientos que no tengan que ver única y exclusivamente con la danza, ¿entendido?

Sebastian asintió y seguimos viendo los casi cinco minutos de actuación en dirección.

–¿Qué te ha parecido?

–No tiene pinta de ser muy complicado. Eso sí, me niego a hacer el movimiento de gilipollas que está teniendo un ataque sobre el suelo…

–¿Perdón?

–Sí, cuando salta del escenario, se pone de rodillas y empieza a balancearse a un lado y a otro como si sufriera espasmos.

–¡Es uno de los momentos más fundamentales! –me quejé. Solo de imaginármelo me entraba la risa.

–Tú hazme hacer eso y te juro que conforme saltes y te agarre te doy un beso que hace que se te olviden todos los pasos que quedan después.

–Ni se te ocurra –amenacé–. O te pego un puñetazo…

–En esos momentos no te vas a acordar ni de tu nombre. Mucho menos de cómo golpear a alguien.

–Está bien –cedí–. Arreglaré algo para hacer en las escenas amorosas entre los personajes, el momento que baila en el suelo y el final.

–Bien. –Sebastian se puso de pie de un salto.

–¿Adónde vas?

–A seguir con una tradición familiar.

Caminó hasta el sofá y se sentó en el reposabrazos para poder estar más elevado y mirar por la ventana. El espectáculo que había al otro lado del cristal era sobrecogedor. Parecía que un pintor había seleccionado todas las tonalidades entre el azul y el negro y había usado nuestro cielo como lienzo.

Me puse de pie y caminé a su lado, tratando de averiguar qué buscaba tan ensimismado.

–¿Qué intentas localizar?

–El arcoíris.

–Entre esto y lo de *El Diario de Noah* al final voy a pensar que el romántico aquí eres tú.

–Cuando Bethany era pequeña tenía mucho miedo a las tormentas. –Su voz desprendía nostalgia. Tanta que hasta yo la eché de menos después de tantos años sin haber pensado en ella–. Venía corriendo a mi habitación y me obligaba a meterme con ella debajo de la cama. Era algo irracional. –Se acarició la barba con la mano–. Un día nos llamaron del colegio. Allí también lo hacía. Se había puesto a llover y había corrido a esconderse debajo de la mesa de la sala de profesores. Estuve todo el trayecto a casa pensando. No quería que mi hermana le tuviese miedo a nada y encontré la solución. Me inventé un cuento para niños que venía a decir que aquellos pequeños que localizaban un arcoíris ganaban un poco de magia que podían utilizar al hacerse mayores.

–¿Te creyó?

–Era su hermano mayor. Podría haberle dicho que si estiraba mucho el brazo alcanzaría una estrella y no lo habría puesto en duda –dijo como si fuera una obviedad–. Así dejó de huir y esconderse y empezó a sentarse conmigo y buscarlo. –Siguió oteando el horizonte, pero no parecía que fuera a escampar. Los relámpagos y los rayos se estaban convirtiendo en los protagonistas–. No quiero perder la costumbre. Ese instante en el que parecía que el mundo se venía abajo y de repente salía la luz. Como decía ella, la prueba de que todo era posible.

–Hay cosas imposibles, Sebastian. –Se giró y me miró enarcando una ceja.

–¿Cómo qué?

–Yo qué sé. Las personas no vuelan, por ejemplo, pequeño Peter Pan.

–¿Si te demuestro que estás en un error, quitarás esa cara de mujer estreñida que lleva un mes sin cagar?

–Si quieres, la próxima vez que vaya al baño te hago una visita turística guiada para que veas que voy de un modo regular…

–Eres una cerda y no puedes ni imaginarte lo que me encanta. Los instintos primarios no deberían ser un tabú. Pero no nos desviemos, ¿tenemos un trato? ¿Si te lo enseño, vas a volver a sonreír?

–Sí.

Capítulo 25

A lo largo de mi vida he tenido miedo. Como todo el mundo. Siempre he poseído una capacidad innata para disimular. Ese día intenté usar todas las técnicas de interpretación adquiridas durante años de entrenamiento. Me mantuve recto, erguido y con el rostro inescrutable. Tenía que parecer que todo estaba bajo control. Más que nada porque había sido mi elección. Exteriormente nadie debía darse cuenta de ese acojone monumental que dominaba cada célula de mi cuerpo y provocaba que todos mis músculos estuviesen en tensión y los dientes me chirriasen al apretar la mandíbula.

Solo necesité girarme y observar la sonrisa que se dibujaba en Blair, mi instructora, para percatarme de que como mínimo a ella no la había engañado en absoluto. Volví la vista al frente e intenté enfrentarme a lo que tenía delante, mirar desafiante el destino que yo mismo había elegido, pero no pude. ¿Cómo iba a hacerlo cuando en lo único en lo que podía pensar era en las múltiples posibilidades de que todo saliese mal y, como consecuencia, acabase reventado contra el suelo aplastado?

Siempre había querido hacer paracaidismo. Era algo que me llamaba desde pequeño. Mi propio y peligroso canto de sirena no me inducía a sumergirme en las profundidades marinas hasta ahogarme, sino a las alturas. Nunca logré descifrar el motivo por el que me gustaba tanto. Supongo que cuando nacemos traemos con nosotros deseos de fábrica que no podemos explicar ni definir, solo sentir su llamada. Una atracción fatal. Es como si eso formase parte de la piedra base que te componía desde el inicio y se había ido modulando con las experiencias.

Cuando era pequeño y me preguntaban en el colegio qué quería ser de mayor todas las opciones me conducían a ello. Estar arriba. Lejos de tierra firme. Daba igual la profesión, bien podría ser piloto comercial, del ejército o monitor de deportes extremos. Lo único que importaba era ver más allá de lo que tenía enfrente. Sentirme un poquito dueño de la inmensidad de la Tierra. Volar.

Cuando April mencionó que era imposible lo vi cristalino. Había llegado el momento. Tenía que hacerlo. Ya. Posponer las cosas siempre era un error.

Busqué en Internet varias ofertas que nos pillasen de camino a Las Vegas y encontré una en Kansas que no se me iba del todo del presupuesto. Una llamada dando nuestros datos selló la actividad.

El lugar elegido fue una pequeña escuela llamada Sky Adrenaline. Su principal oferta eran cursos de paracaidismo, pero también estaba la opción de seleccionar un solo salto en tándem. Los requisitos tampoco eran excesivos. Debías tener como mínimo dieciséis años, buena forma física y mental, no consumir medicamentos y no haber sufrido ningún episodio cardiaco con anterioridad. Ambos los cumplíamos.

La charla introductoria con el resto del grupo tampoco fue algo fuera de lo común. Básicamente nos explicaron que íbamos a saltar desde un avión sujetos con un arnés a un instructor que portaba un paracaídas lo suficientemente grande para dos personas. No requería entrenamiento. Lo definieron como «dar un paseo» mientras otra persona se encargaba de las partes técnicas del salto. Palabras que me tranquilizaron hasta que me encontraba a tres mil metros del suelo y mi monitora, excesivamente pequeña y con una falsa apariencia frágil, comenzó a ajustar el arnés con una cadena de la que minutos después dependería mi vida.

Me sujeté en la barra de hierro de la abertura lateral de la avioneta. El aire en su máxima potencia rozó mi mano descubierta golpeándola con fiereza. April estaba al lado. A diferencia de la mía, su instructor era un joven de Texas rubio, alto y fuerte. Me pregunté si no se habrían confundido a la hora de asignarnos uno.

–Si buscas una damisela en apuros que te libre de saltar, deja de mirarla a ella –oí que gritaba Blair, provocando que pudiese oírla por encima de la música electrónica que sonaba a toda pastilla en el interior del avión para motivarnos–. Conozco a las personas y no te proporcionará la excusa con un ataque de nervios en el que te pide que no te tires y te quedes consolándola. –Observé a la rubia. Era evidente que estaba muerta de miedo, pero, por la media sonrisa que se le dibujó cuando comprobó que estaba bien sujeta, vi que también deseaba con toda su alma experimentar, saciar su curiosidad–. Ahora tienes dos opciones. Cagarte encima y ensuciar esos pantalones que tan buen trasero te hacen o disfrutar de la sensación de caer a doscientos kilómetros por hora y ser tan libre como los pájaros.

No lo dudé. Miré hacia abajo. Parecía que a mis pies tenía un lienzo en el que se mezclaba el marrón y el verde con diferentes tonalidades. Las líneas serpenteaban por la superficie. El azul de los pequeños lagos dejaba de serlo para convertirse en una superficie reflectante del sol. Daba la sensación de que se trataba de una especie de maqueta en miniatura del estado que se perdía más allá de donde me alcanzaba la vista, distinguiendo en sus límites la forma ovalada de la atmósfera.

–Hazlo –pronuncié con seguridad.

Lo siguiente que recuerdo es la caída. Iba tumbado con los brazos y las piernas abiertos. El aire vibraba debajo de mí provocando que la ropa se me adhiriese al cuerpo. Surcamos las nubes que se cruzaban en nuestro camino. Levanté la vista y observé el sendero que yo mismo había trazado en su superficie gaseosa como si fuera el rastro que se perdía de un avión. Grité. Vaya si lo hice. Lo que viví durante esos seis segundos de caída libre fue indescriptible, incomparable, único. El aire era el mismo que se respiraba abajo y, aun así, fue como si inundase mis pulmones de diferente manera, de vida, literalmente.

Blair activó el paracaídas y dejé de disfrutar de la potencia, la fuerza y la rapidez del inicio para hacerlo de un modo diferente y no por ello menos intenso. El viento me mecía a su antojo. Extendí los brazos y cambié mi piel por la de un águila que descendía disfrutando de su vuelo, sin el vuelco desagradable que se siente en el estómago en una montaña rusa.

Oí el chillido de April a mi espalda y la imaginé abriendo los ojos lo máximo posible riendo como un cerdito. Ella no era de las personas que los cerraban, sino de las que se empapaban de todo lo que tenían a su alrededor. A veces incluso los párpados le vibraban mientras dormía como si no le gustase estar inconsciente. Me alegré de haber hecho paracaidismo con ella, de compartir la experiencia, de ser el primero con el que hacía una cosa, aunque solo fuese por una vez.

Lejos de lo que pudiese parecer el descenso fue suave y aterrizar fue algo similar a bajar por un pequeño tobogán. Una vez en tierra firme miré para arriba. Habíamos ido en grupo y observé varios paracaídas. No me costó distinguirla. A esas alturas conocía de memoria cada detalle de su piel hasta algunos insignificantes en los que nadie más reparaba. Saber cuál era su silueta fue el ejercicio más sencillo de mi vida. Estaba oscura, enmarcada por los dorados rayos del sol y agitaba los brazos como si realmente creyese que tenía alas y pudiese prolongar ese instante de adrenalina unos segundos más.

A diferencia de mi bajada, su monitor decidió que cayesen sentados sobre el suelo. April se removía inquieta. Llegué a pensar que tal vez se había hecho daño, aunque era imposible, ya que el cuerpo de su tándem estaba debajo para amortiguar el impacto. No había dado ni cinco pasos para aproximarme a ella cuando me percaté de que estaba intentando deshacerse de las ataduras para salir corriendo. Y lo hacía en mi dirección.

No me dio tiempo a reaccionar antes de oírla gritar.

–¡Lo he hecho! –puntualizó–. ¡Lo hemos hecho! ¡Hemos volado!

Se lanzó a mis brazos. La sensación fue extraña. No estaba acostumbrado a esos gestos de… efusividad. April todavía temblaba, eléctrica, con la adrenalina recorriendo sus venas. Me rodeó con sus brazos y de la impresión me quedé estático. No tenía la sensación de habérmelo ganado. Era el tipo de abrazo que le das a alguien después de haber hecho alguna heroicidad.

Poco a poco serpenteé por su espalda y la imité, presionando con delicadeza mis dedos sobre su carne para atraerla más cerca de mí. Salvar los centímetros que nos separaban acababa de convertirse en una especie de necesidad. Apoyó la cabeza en mi pecho y el viento trajo consigo el olor de su cabello, llenándome por completo. De ella. De su esencia. De cerezas. Un aroma capaz de agitarme las entrañas con más potencia que lanzarme al vacío a kilómetros de altura.

–Gra…

–No lo digas –la detuve.

–¿Por qué? –Levantó la cabeza y ver sus ojos azules de nuevo brillantes hizo que un escalofrío me recorriese de arriba abajo como una descarga. Allí estaba. De nuevo. Ella. Mi rubita. Había regresado, aunque no sabía cuánto tiempo se quedaría.

–Porque no quiero que tú y yo funcionemos así.

–¿Cómo?

–Como si hacer algo por el otro fuese la excepción en lugar de la norma.

April iba a decir algo cuando Blair llegó a nuestro lado y nos separamos. Era una chica bastante *sexy*, bajita, con curvas, labios gruesos y rosados, ojos negros y un cabello del mismo color ondulado. Mi compañera enarcó una ceja cuando la monitora caminó directamente a mi espalda y se agachó para mirarme el trasero antes de hablar.

–Una vez hechas las comprobaciones de seguridad…

–No creo que hubiera mucho peligro de que mi culo explotase por la presión. No es de silicona –apunté.

–Eso ya lo sabía. Si existiese un cirujano capaz de hacer uno artificial tan firme y bien puesto, todos los habitantes de California lo tendrían así. –Antes de que pudiese soltar algún tipo de comentario añadió–: No te lo tomes como un halago. Solo menciono una obviedad. De donde yo vengo, Santa Mónica, hablar de las cualidades corporales está a la orden del día. Algo normal en un sitio en el que los padres regalan antes un implante de pecho a sus hijas que una academia para aprender un segundo idioma. –Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza–. No obstante, has interpretado mal lo que buscaba ahí detrás. Quería asegurarme de que no te lo habías hecho encima. Tenías muy mala cara antes del salto. –April se rio y susurró «una vez yo hice lo mismo», orgullosa. De nuevo me dio la sensación de que se acababa de crear una extraña alianza en mi contra.

–¿Y para qué necesitabas saberlo aparte de para meterte un rato conmigo?

–Vamos a cenar todos en grupo. Es una especie de tradición. Me preguntaba si os querríais unir.

–¿Vamos? –inquirió April–. Podría estar bien…

–No fui yo el que dijo que teníamos que empezar a comer sano o se nos iba a quedar cara de perrito caliente… –apunté, parafraseándola. Nuestra alimentación no estaba siendo demasiado

buena que digamos y April había propuesto un par de días antes que empezásemos a comprar ensaladas preparadas o algo «verde» en los comercios de paso.

–Podemos posponerlo un día más. Algo así como el último gran festín grasiento.

Me encogí de hombros. Realmente me la sudaba. Había sobrevivido temporadas más largas a base de comida basura. Quedamos con Blair en el restaurante en una hora y media. Nos señaló en la aplicación de Google Maps del móvil dónde se encontraba el establecimiento. Por lo menos, solo se tardaba diez minutos en coche desde nuestro hotel cutre de turno.

April se adueñó del baño nada más entrar. Tampoco me extrañó. Siempre le correspondía el primer turno de ducha mientras yo veía algún absurdo programa de risa en la televisión. Mi experiencia conviviendo con mujeres me decía que no era de las más tardonas, lo que no significaba lo mismo que decir que no empleaba una cantidad ingente de tiempo en el interior.

¿Qué hacía? Eso era un gran misterio. No me salían las cuentas ni aunque se estuviese frotando cada pelo de la cabeza por separado. Una vez lista, entraba en la habitación con su albornoz negro con lunares rojos y el cabello empapado para realizar su sesión de «belleza» fuera.

A veces sentía que el cuarto de baño se convertía en una especie de prisión cuando entraba. Tenía que avisarla cuando iba a salir porque, según sus propias palabras, si lo hacía de otro modo y la veía desnuda, no le quedaría más remedio que arrancarme los ojos. Y, claro, entre que se secaba el pelo, se untaba de crema como una tostada y se vestía, podía pasar más tiempo del que yo empleaba en ducharme, afeitarme, cagar y hacerme una paja.

Esa tarde no fue diferente, excepto por un detalle que hizo que mi cárcel fuese un poco más soportable. En realidad no fue nada del otro mundo. Una tontería, pero, para qué vamos a engañarnos, se me quedó una cara de bobo proporcional a la ilusión que nació en mi pecho cuando observé que me había dejado un mensaje dibujado en el espejo; había trazado con la yema de los dedos una enorme sonrisa y un mensaje: «Hoy lo hago por ti». Así que no se me hizo larga la espera de quince minutos antes de poder salir y verla con sus pantalones vaqueros cortos, su camiseta de tirantes blanca y la chaqueta de hilo marrón a juego con sus botas.

Llegamos a la cita puntuales. Se trataba de una especie de pub de carretera con un amplio aparcamiento lleno de coches y una construcción de madera ennegrecida con un pequeño porche de entrada. No pudimos averiguar el nombre completo del lugar. En el cartel luminoso donde debía venir solo ponía Grill y la otra parte, la que haría que se diferenciase de los miles que había por toda Norteamérica, estaba arrancada, tal vez la estaban arreglando.

La quietud exterior desapareció en cuanto pusimos un pie dentro. La gente más que hablar gritaba al ritmo que aumentaban las cervezas ingeridas. La iluminación era tenue, con lámparas tan bajas que casi rozaban las mesas. De hecho, todo el ambiente estaba ennegrecido, a excepción de la barra lateral, que parecía enfocada con un cañón de luz dorada que provocaba

que las botellas de alcohol destacasen por encima de todo lo demás. Los pósteres de grupos de *rock* y películas antiguas adornaban las paredes.

Claramente estaba dividido en tres ambientes. Un amplio salón para comer, una zona recreativa para jugar al billar o los dardos y un pasillo al fondo que continuaba más allá de los baños para poder hacer aquello que requería que no hubiera ojos indiscretos observando. Era un antro. Lo reconocí al instante. Había sido mi hábitat natural demasiado tiempo. De hecho, cuando en lugar de ir directo a la barra a sentarme al lado de una morena con una falda excesivamente corta y un escote que enseñaba más de lo que tapaba seguí a April por el local, me di cuenta de que era cierto eso que decían de que había cambiado.

Localizamos a Blair y el resto del grupo de paracaidismo. Por los colores rojizos de los mofletes de la mayoría de ellos, la hora de quedada era meramente orientativa y llevaban bastante tiempo allí. Eso y los vasos vacíos con espuma que ocupaban cada centímetro de la mesa dejando poco espacio libre.

Ocupamos los dos únicos sitios que quedaban vacíos ubicados al fondo. El monitor de April anunció que ya estábamos todos y un par de camareros recogieron los vasos mientras nos tendían una carta para cada dos personas. Instintivamente le di la nuestra a la rubia. Antes de que hablase ya sabía lo que iba a decir.

–No sé qué pedirme. –Se mordió el labio, dubitativa, como si en lugar de tener que escoger un plato estuviese delante del cableado de una bomba y la vida de todos nosotros dependiese de lo que cortase.

–Hay decenas de opciones…

–Ese es el problema. Los quiero todos, ¿no te pasa lo mismo siempre que tienes un menú delante?

–No me complico tanto, April. Iré a lo seguro. Una hamburguesa con extra de queso y beicon.

–¿Ya lo sabes? ¿Sin mirar? –Abrió mucho los ojos, como si no pudiese creérselo.

–Sí. Era eso o las costillas.

–¿Cómo las has descartado? Las costillas, digo.

–Sophia las hace con una salsa picante que me encanta. Dudo que haya algo similar aquí capaz de abrasarme la garganta.

Miró durante un rato más la carta.

–Ya está. Decidido. Medio costillar. –Cerró el menú y lo dejó lo más alejado que pudo de ella en la mesa para no tener la tentación de volver a ojearlo y que se le antojase otra cosa.

–¿Lo ves? No ha sido tan complicado –apunté.

Uno de los camareros que había recogido la mesa anteriormente regresó para tomarnos nota. Me habría sorprendido la capacidad que tenía para repetir todo lo que habíamos pedido en la mesa, seríamos por lo menos doce personas, antes de apuntarlo, de no ser por otro detalle que

llamó más mi atención: April pidió una cerveza, y no solo eso, doble. Al estar con gente mayor no nos pidieron el carnet, asumiendo que teníamos su edad.

–¿Tenemos ganas de llegar hoy a gatas al hotel?

–Me he tirado desde un avión y no me han temblado las piernas, como a otros. Podré con esto.

–Tú misma, pero si acabas encima de la barra bailando, que sepas que aplaudiré desde abajo. No soy el tipo de chico que se transforma en la versión más autoritaria de tu padre por las noches. Creo firmemente que hay que hacer el ridículo al menos un par de veces al mes.

El camarero regresó diez minutos después con nuestra cena. Partí la hamburguesa por la mitad y, antes de que me lo pidiese, le di el primer bocado. Le gustaba la parte central, la que estaba menos hecha, en la que la carne tenía un tono más rojizo que el resto. Los días que habíamos pasado juntos me habían permitido conocerla algo mejor en muchos aspectos además de ese.

Ahora sabía, por ejemplo, que daba igual a qué hora se levantase, ya que siempre pedía dormir «cinco minutos más» tapándose la cara con la sábana; que podía estar derrotada en la cama que, cuando apagábamos las luces, tenía que hablar un rato; en el baño se convertía en una cantante de ópera; comía el chocolate con las manos para que le quedasen restos en los dedos porque con lo que más disfrutaba era chupándolos después; y que le gustaba probarse ropa extravagante que sabía que no se compraría para mirarse en el espejo y reírse del reflejo.

Si alguna vez pensé remotamente que April era sencilla, estaba muy equivocado. Tenía su propio mundo. Ella lo era. Repleta de manías, costumbres y detalles. Cada día descubría algo nuevo. Algo que me hacía plantearme que tenía delante a un ser humano con tantos matices que nunca dejaría de sorprenderme. Y eso me encantaba. Saber que nunca la conocería del todo, que ni ella misma lo hacía.

Yo no era el único que había conocido a la otra persona. April también se había adaptado a mis costumbres y juntos habíamos formado las que ahora podía considerar nuestras, como, esa noche, con la hamburguesa, un gesto tan sencillo que a la vez estaba lleno de una complicidad que no había compartido con nadie, tal vez ni conmigo mismo.

Dejó la mitad de mi hamburguesa sobre el plato, cortó una costilla y comenzó a roerla como un ratón, manchándose todos los dedos y parte de las mejillas.

–¿Qué? –preguntó al ver que la observaba fijamente. Sin pensarlo, moví el dedo hasta la comisura de sus labios, recogiendo un poco de salsa, y me metí en la boca.

–Lo que decía. Le falta picante. –Lo saqué.

–Eres un cerdo.

–Repite eso cuando no hables con la boca llena. –Tomó la cerveza y dio un gran trago para engullir toda la carne–. Ya puedes decirlo. O tirarte un eructo. Lo que decidas. –Me enseñó el dedo corazón.

–Las palabras están sobrevaloradas.

Las dos chicas de enfrente comenzaron a reírse de la escena y ambos nos giramos en su dirección. Recordaba vagamente haberlas visto en el avión. Rondarían los veinte años y mientras que una era morena, con la piel canela y los ojos marrón oscuro, la otra era pelirroja, con la piel más blanca que la leche y los ojos de un verde tan intenso que me pregunté si no llevaría lentillas de colores.

–Disculpad, no sois vosotros. Es la cerveza –dijo la morena con un marcado acento latino.

–¿De dónde sois? –se interesó April.

–De España –volvió a contestar la misma.

–¿Ella no habla? –inquirí al ver que parecía perdida.

–Sí, en castellano. Era de las que con quince años prefería beber vino con Coca-Cola en un parque que apuntarse a una academia y, entre nosotros, la educación de allí nos hace salir sabiendo decir «hola» y «adiós» en inglés y poco más –bromeó, y le tradujo lo que había dicho a su amiga, que le dio un codazo.

–¿Qué hacéis aquí? –continuó mi acompañante.

–Es nuestro viaje del paso del ecuador de la universidad.

–¿Las dos solas?

–Sí, lamentablemente el resto de nuestros compañeros han preferido la playa y una pulsera superpoderosa que les otorga todo el alcohol que deseen.

–No suena tan mal… –apunté.

–¿Y qué os está pareciendo Estados Unidos? –Le preguntó la rubia a la morena.

–Llevamos aquí un par de días y todavía no hemos comprobado una cosa por la que sentimos gran curiosidad…

–¿Cuál?

–Sonará absurdo, pero… ¿es como en las películas? Ya sabes, las fiestas, la vida, todo. –Se llevó las manos a la cara como si se avergonzase de lo que acababa de pronunciar en voz alta.

–¿Tú qué dices, April? –Miré a la española y hablé en voz baja–: Tienes delante a la jefa del equipo de animadoras y la reina del baile. –La chica la observó con renovado interés y la rubia se removió, incómoda.

–Las animadoras casi siempre son personajes secundarios, vacíos y sin fondo. Seguro que no les interesa mi versión. A diferencia de la tuya. El chico malo del instituto casi siempre es el protagonista.

La reacción de la chica no se hizo esperar. Era extraño y a la vez gracioso ver esa absurda fantasía colectiva que el cine había introducido en todo el mundo.

–Completamente cierto –pronuncié–. La animadora derretida por sus huesos…

–¡Serás mentiroso! ¡A mí nunca me gustaste! Deja que os cuente cómo es la realidad…

April se pasó el resto de la cena hablando con las dos chicas. Bueno, más bien con la morena,

que tuvo que ejercer de intérprete toda la velada hasta que la pelirroja se lanzó a la aventura de hablar utilizando los gestos para las cosas que no sabía decir con palabras. Era gracioso ver la perspectiva que tenían ellos de nosotros. ¿Cuántos norteamericanos les han dicho en la historia a los habitantes de su país que España es una ciudad de México para que pensasen que era una ideología generalizada? Porque el otro tópico, el de que éramos negados para los idiomas, no podía negarlo, pero ese sí.

Una vez que recogieron la mesa, algunos de los miembros propusieron jugar unas dianas.

–¿Nos apuntamos? –preguntó April.

–¿Has practicado desde la última vez?

–No.

–Tendrás que buscarte otra pareja con la que puedas aspirar a quedar por lo menos la penúltima. –La rubia asintió–. Voy al baño.

El servicio estaba asqueroso. O el alcohol había provocado que todos los hombres de ese establecimiento no supiesen apuntar o no se habían molestado en hacerlo. Tampoco es tan difícil. Doy fe.

La música había subido cuando salí y los camareros estaban recogiendo las mesas para dejar más zona libre para bailar o retozarse. A medida que la noche avanzaba, el deseo de los allí presentes se incrementaba. Solo con una rápida ojeada desde mi posición era capaz de adivinar las intenciones de la mayoría de las personas que estaban en el interior. Al final todos éramos demasiado parecidos y evidentes.

–Los tíos como tú deberíais pagar parte de las producciones de Hollywood –oí que decía alguien detrás de mí. Me giré y vi que Blair estaba en el fondo del pasillo. Se había cambiado desde el salto en paracaídas y llevaba unos pantalones negros ceñidos, conjuntados con una camisa casi tan roja como el tono de sus labios.

–¿Por qué? –pregunté, sumergiéndome en la oscuridad.

–Ha convertido a los capullos integrales en mitos.

–¿Y ese insulto gratuito? –Me coloqué enfrente y me fijé en sus enormes tacones rojos que hacían que fuese de mi altura.

–Es una realidad. Los buenos salen perjudicados porque son aburridos y los malos provocan que las mujeres mojen las bragas en las salas de cine o en las cenas. Estoy segura de que si tu novia no estuviera delante, las españolas te habrían dado su tanga por debajo de la mesa con su móvil para que esta noche las destrozaras en el hotel. Puede que hasta te hubieses montado un trío. Quién sabe…

–¿Es la manera más sutil que se te ha ocurrido para averiguar si tengo algo con April?

–No hace falta. –Se acercó hasta quedar a un palmo de mí–. Tengo un ojo clínico que nunca me falla. Un tío no mira con tal devoción a una mujer si no está pillado hasta los huesos.

–Te crees muy lista, ¿verdad?

–Lo soy. –Sonrió.

–Pues esta vez has fallado. Somos amigos.

–¿Con derecho?

–Con derecho a que me destroce las pelotas si intento algo.

Enarcó una ceja curiosa. Abrió su bolso y sacó un paquete de tabaco.

–¿Quieres uno?

–Lo he dejado. Solo me permito el lujo de fumar el poscoital.

–Eso se puede arreglar. –Volvió a guardarlo en el paquete y se aproximó con una sonrisa traviesa.

–¿Te das cuenta de que vas a tirar por la borda todo tu discurso moralista sobre los tíos capullos como te acerques un milímetro más?

–Para nada. Lo que critico es el mito de la redención, de que van a hacer cambiar al tío, moldearlo a su antojo, de que al final el dragón se convertirá en el maldito príncipe que han idealizado. –Pasó las manos por mis brazos–. No me gusta que las mujeres se pongan vendas, que piensen que si llevan mucho tiempo puestos unos tacones de veinte centímetros llegará un día en el que podrán pasar toda una noche bailando sin que les duelan los pies o tengan ampollas. Yo lo asumo. Y una vez que veo la realidad soy capaz de decidir qué calzado quiero ponerme cada día.

–¿Qué te apetece hoy?

–Un empotrador que me haga perder el sentido y me ahorre gastarme treinta dólares en chupitos para conseguirlo.

–Directa… –ronroneé cuando sentí su respiración sobre mi cara.

–¿Prefieres que hablemos? ¿Qué nos contemos cosas que no nos interesan a ninguno de los dos? Tú y yo no nos vamos a enamorar esta noche. Esto no va de un polvo épico y luego una relación a distancia. Ni siquiera me gusta Charleston…

–Eso es porque todavía no sabías que yo estaba allí –le seguí el juego.

–¿Qué dices? ¿Nos echamos un piti?

Era una invitación y, sinceramente, no diré que era la primera que tenía así. El romanticismo desaparecía en ese tipo de *pubs* por la noche. Había quien se esforzaba más o menos en crear un aura propia para el deseo, pero no había que engañarse, el noventa por ciento de las personas del establecimiento buscaban acabar la noche fornicando como animales en ese pasillo, el callejón, los baños, el asiento trasero de su coche o la calle. No digo que no pudieras encontrar a la mujer o el hombre de tu vida entre esas cuatro paredes, me refiero a que ese no era el objetivo principal.

Observé a Blair. Esperaba una respuesta. Y se la di. Me abalancé sobre ella como un depredador y la empujé contra la pared devorando sus labios. Eran besos salvajes, pasionales y

urgentes, que no buscaban el cariño ni nada por el estilo, solo saciar la sed, el deseo. Recorrí con mis manos su cintura hasta que mis palmas acabaron posadas en su trasero. Movió su mano y desabrochó el primer botón de mi vaquero.

–¿Tienes preservativos? –me preguntó, separándose con la respiración agitada. Giró el pomo y pude ver parte del exterior. Había un contenedor metálico bastante alto. Podíamos ponernos detrás.

–Siempre llevo protección, no quiero dejar una larga lista de hijos a mi paso por Estados Unidos, ¿por quién me tomas?

–No puedo analizarte. Tú mismo lo has dicho. Hasta hace diez minutos pensaba que estabas enamorado hasta las trancas de la rubia… –Se separó y abrió la puerta lateral que daba a un callejón.

Dejé de escucharla. Mierda. Lo había hecho desde el instante en que la había mencionado. ¿Por qué cojones había tenido que hacerlo? No era necesario sacar a relucir su nombre, o algún rasgo suyo, en mitad de nuestros preliminares. Era consciente de que las cosas no sucedían así, de que entre ella y yo no había nada, pero me afectaba. No le debía respeto y, aun así, me sentí sucio, lo más aproximado a considerarme infiel.

Era como si le debiera lealtad por el mero hecho de lo que yo sabía que sentía, de mi amor no correspondido.

–¿Vienes? –Blair sujetó la puerta y me sonrió. El pintalabios se le había corrido por toda la cara, tenía los ojos más oscuros, el tirante de la camiseta se había caído mostrando parte de su sujetador y sus muslos se apretaban, como quien frota las manos antes de recibir un premio. Estaba absolutamente deseable.

–Sí –me obligué a mí mismo a decir en voz alta, y no comprendí por qué mis pies no acompañaron a mi afirmación y se quedaron clavados en el suelo.

Ella se detuvo y frunció el ceño.

–No me fastidies que tenía razón. No ahora que estoy más caliente que un mono en celo. –Con ese comentario me ganó. Me caía bien.

–Claro que no. Vamos –gruñí. Aceptar que no podía acostarme con Blair era aceptar que no podría estar con nadie, que ese viaje para curar a April me acababa de sentenciar porque no querría tocar a ninguna mujer que no fuese ella.

–No. No vamos a ir. –Colocó las manos en mi pecho para pararme–. Te he dicho que no me gusta que las mujeres tengan una venda, pero eso también iba por los hombres. –Se colocó el tirante de la camiseta–. No voy a ser el error de alguien.

–¿Quién habla de errores aquí?

–Tú sin decir nada. Tu cuerpo lo cuenta todo. Estás rígido, incómodo, y como sigas apretando así la mandíbula, te la vas a partir. –Ladeó la cabeza y suavizó su tono–. No es malo…

–¿Qué?

–Sentir algo tan fuerte por alguien. –Me tensé porque al escucharlo de boca de una extraña se hacía más real–. No tienes que acostarte conmigo para demostrarte que sigues teniendo el control. Nunca lo has perdido. –Suspiró–. Follar conmigo pensando en otra solo hará que te sientas insatisfecho y desgraciado. Tienes que hacer lo que te apetezca, lo que te nazca de dentro, y no está mal que te hayas dado cuenta de que eres más feliz hablando con ella que tirándote a veinte. No te convierte en menos hombre del que eras cuando tenías quince años y te tirabas a todo lo que se movía. Te convierte en uno distinto, una nueva versión de ti a la que tienes que dejar de reprimir.

Blair se marchó y me dejó allí solo. Esperé a que se me bajase la hinchazón de la entrepierna y me lavé la cara. Ella no se había dado cuenta de lo que me pasaba. Lo había interpretado mal. Nunca había sido un hombre de las cavernas que medía su hombría contabilizando el número de cuevas en las que entraba su pene. No funcionaba así.

Si algo tenía claro es que me sentiría el puto amo del mundo si pudiese acostarme con April a cada instante del resto de mi existencia. No la había probado y ya sabía que nunca me cansaría, que, como pasaba con su personalidad, siempre encontraría algo nuevo que me fascinase. Si había sido capaz de experimentar con un mísero abrazo más que con algunos orgasmos, no podía ni hacerme a la idea de lo que supondría llegar a ese punto con ella. Y ahí residía el problema, yo, que ya había sido adicto y conocía los síntomas, me había hecho adicto a ella, convirtiéndola en la droga que corría por mis venas. ¿Qué pasaría cuando el viaje se acabase? ¿Cuando tuviese que asumir que aquel día en la playa acabó lo que pudo haber sido? ¿Existía terapia para superar su periodo de abstinencia?

Repleto de dudas regresé al interior del local. No vi a Blair, tal vez había encontrado un sustituto para mí o había dado por finalizada la caza de ese día. A la que sí localicé enseguida fue a April sentada en un taburete, con los codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada en las manos, viendo la partida.

–Has tardado mucho… –Me sonrió.

–Tenía cosas que hacer. –Le quité la cerveza.

–¿Debemos salir huyendo porque has embozado el baño?

–Luego te quejas si te llamo guarra…

–Tú, que me las dejas a huevo.

Me guiñó un ojo y se recogió el pelo en un moño. Me fijé que tenía la parte de abajo empapada. Me arrebató mi cerveza para darle un trago. La suya estaba vacía. Llevaba buen ritmo.

–¿Cómo va la partida?

–No juego. –Se encogió de hombros.

–¿Ningún temerario ha accedido a ser tu pareja?

–No he preguntado.

–¿Por qué?

–Soy pésima. La peor jugadora de la historia de los dardos. –Levantó los brazos y le cayó un poco de cerveza en la nariz.

–¿Supone algún problema?

–¡Pues claro! No voy a hacer perder a nadie –bromeó.

–¿Y a mí sí? Porque te recuerdo que me lo has pedido…

–Contigo es diferente. Somos un equipo, musculitos.

Juro que esas palabras traspasaron mi ropa y se adhirieron a mi piel. Ella lo dijo como si nada, entretenida viendo a los demás jugar, sin darse cuenta de que esa mísera frase me había transportado al pasado, a un punto en el que pensé que jamás regresaríamos.

–Dile al resto que en la siguiente jugamos, antes de que me arrepienta.

–No es necesario… –dijo sin poder ocultar la ilusión que destilaban sus ojos.

–Hoy hemos volado. ¿Quién dice que no vamos a ser capaces de ganar y salir de aquí por la puerta grande?

No lo hicimos. Perdimos todas las partidas y dimos pena. Mucha pena. Patéticos. Eso sí, en la última tirada, cuando ya sabíamos que era imposible ganar, April hizo una diana que celebró durante todo el camino a casa como si hubiese ganado un Nobel. Es más, continuó haciéndolo en el hotel, repitiendo una y otra vez el movimiento, contando hasta la saciedad la jugada. Tanto que cuando abrí la puerta de la habitación empezaba a odiar un poquito el juego.

–Vamos a hacerlo –dijo April, entusiasmada.

–¿Qué? –A esas alturas ya no podía seguirla.

–El salto.

–No nos ha salido ninguna vez y hoy no va a ser diferente por mucho que tu pedo de colores te haga creerlo. –Nos sabíamos el baile de memoria. No era muy complicado. Tras ver el vídeo en bucle y un intensivo con April dando indicaciones lo teníamos. Todo menos el salto. En la pantalla parecía muy sencillo y debería serlo con los cincuenta y cinco kilos que pesaría la rubia, pero la realidad era muy distinta. Ella tenía que tomar mucho impulso y yo tenía que levantarla con equilibrio para que no se cayese y se partiese un par de dientes. Al final habíamos optado por no realizarlo, aunque posiblemente era lo más visual de toda la actuación.

–Tengo un presentimiento.

–Se llama la euforia alcohólica…

–¿Quién dijo que no existían los imposibles? ¿Quién?

–El mismo que te dice ahora que la resaca de mañana va a ser de lo más interesante…

Antes de que terminase de darle toda mi argumentación de por qué no debíamos hacerlo y

menos en ese momento, April se subió encima de la cama.

–¡Agárrame! –anunció.

Pegó un salgo y estiré los brazos lo más rápido que pude para hacerlo. Su abdomen impactó contra mi cara y, en lugar de poder levantarla más, perdí el equilibrio precipitándome contra el sofá con ella encima. Iba a enumerarle todas las razones por las que debía pedirme perdón como si fuera una niña pequeña cuando la observé. Estaba encima de mí, riéndose, con el pelo encima de la cara y las manos sobre mis hombros. Su sonrisa de verdad. Esa por la que habría regalado mi propia piel. Dios.

–Estás loca.

–Dime algo que yo no sepa. –No se movió y era perfectamente consciente de cómo su pecho rozaba el mío, los cabellos sueltos me hacían cosquillas sobre la cara y sentía en mi carne la vibración cada vez que se reía o hablaba.

–Y eres preciosa.

–Eso no deberías haberlo dicho. –Se puso seria y trago saliva.

–Voy a besarte, April.

–Ni se te ocurra. –Su respiración comenzó a ser más profunda.

–No te estoy pidiendo permiso.

Coloqué la mano en su nuca y aproximé su rostro al mío atrapando sus labios. Si ella no hubiera estado tan nerviosa, se habría percatado del temblor que me azotó todo el cuerpo. Había imaginado tantas veces ese momento. Lo había soñado despierto y dormido, borracho y sobrio, drogado y limpio, con ella a mi lado y a miles de kilómetros. En esos momentos tuve claro que Blair había acertado, prefería besarla a ella que acostarme con toda la población femenina del planeta. Si no era ella, no quería a nadie.

April permaneció quieta durante un par de segundos. El tiempo exacto que tardó en levantar la mano y cruzarme la cara de lado a lado antes de apartarse. Era buena. Le había enseñado muy bien a dar golpes.

–No vuelvas a hacerlo –me señaló con furia–. Nunca, ¿me has entendido?

No esperó a oír mi respuesta antes de irse al baño. Me llevé la mano a la mejilla. Ardía y dolía. El precio por rozar sus labios no había sido excesivo. Más cuando ahora sabía algo que llevaba preguntándome años. Su sabor. Y era libertad.

Capítulo 26

Siempre me ha fascinado la capacidad masculina para hacer amigos. Cómo lo convierten en algo sencillo. Natural. Menos enrevesado. Lejos de esa especie de burocracia llena de trámites femenina. Sebastian solo había tenido que acercarse a la pista de Boulder City, en el estado de Nevada, y ofrecerse para jugar un partido de baloncesto para que el resto lo aceptase, sin saber si era bueno, malo, sin nada más allá que esa sencilla pregunta.

Eso me permitió separarme de él durante unas horas, cosa que agradecí. No es que nos llevásemos mal o no disfrutase de su compañía. No había vuelto a intentar besarme después del día que habíamos practicado paracaidismo. De hecho, ni siquiera habíamos hablado de ello, como si nunca hubiese pasado. Mejor. No me apetecía que sus palabras me hiciesen enfrentarme a sensaciones que no entendía, como, por ejemplo, por qué su contacto no me había dejado indiferente, por qué lejos de desagradarme y producirme ganas de vomitar, rechazo o indiferencia, una especie de tensión se había activado en la parte baja de mi vientre.

Perderlo de vista no fue lo que me alegró, sino la soledad. Hay personas que se pasan la vida huyendo de ella. Mujeres y hombres que no soportan el silencio y tratan de llenarlo siempre de ruido, ya sea humano o entretenimiento tecnológico. Ese no era mi caso. Encontraba una especie de placer velado en tener una cita conmigo misma. Andar, encontrarme, consultarme qué tal iba todo, ser mi mejor amiga.

Aproveché que tenía tiempo por delante para subirme al coche e ir a dar una vuelta. Me detuve en la primera librería que encontré por el camino y ojeé varios ejemplares hasta que me decanté por dos: *Abogados que cambiaron el curso de la historia* y el *Libro Guinness de los récords*. El primero para averiguar todos los motivos por los que siempre había querido estudiar Derecho y el segundo porque era una especie de tradición que siempre había tenido con Lily. Ella solía decir que era una prueba gráfica de que cualquier cosa que quisiera hacer estaba bien, que no era un absurdo, porque siempre existiría alguien un poco más loco que practicase rarezas, que en lo diferente y lo distinto estaba la magia. Por no hablar de que mi mejor amiga estaba

absolutamente convencida de que algún día haríamos algo ridículamente memorable y saldríamos en él.

Me dirigí con mis nuevas adquisiciones al área recreativa de Lake Mead. Estacioné el coche en el aparcamiento público y anduve hasta la zona del lago. En cuanto lo localicé me llevé una decepción. El torrente de agua cristalina, del tono azul del cielo reflejándose en la superficie, se extendía más allá de donde me alcanzaba la vista, serpenteando entre esas unas rocas cuyo color se tornaba de un gris más intenso a medida que aumentaba la altura.

Le faltaba algo. Tal vez es que tenía las expectativas un poco altas o puede que simplemente las inertes e impasibles rocas no lograsen calarme hondo. Prefería los lugares más íntimos, pequeños, no tan grandiosos pero rodeados de arbustos cuyo movimiento regalase vida a la estampa. Lo estático no me emocionaba.

Me senté y abrí uno de los manuscritos. El *Libro Guinness*. Comencé a leer por una página al azar. Algunos récords me hicieron enarcar una ceja, cerrar los ojos y negar con la cabeza a la vez. Otros, por el contrario, provocaron que no pudiese evitar reírme, como, por ejemplo, el hecho de que existiese uno dedicado al máximo peso movido por la barba llevado al cabo por el posible profeta de todos los hípsteres; y la mayor colección de comida hecha de plástico, que tenía tan buena pinta que posiblemente yo habría intentado llevármela a la boca por eso que dicen de que el ser humano come con los ojos. Lo dejé cuando llegué a uno que era el paraguas más grande del mundo. En ese momento eché de menos a Lily. Sin ella y sus comentarios no era tan divertido, imaginarme cómo diría que eso no servía de nada porque cuando llovía y estábamos en grupo lo mejor era mojarnos juntos para transformar el inconveniente climático en una fiesta, no era lo mismo que oírlo de su propia voz.

Cuando quise darme cuenta había sacado el móvil de mis vaqueros y marcaba su número de teléfono. Contestó a los cuatro toques.

–¿April? –dijo, confusa, con un deje de ilusión en su voz que me hizo plantearme por qué no había tomado esa decisión mucho antes.

–Te preguntaría cómo estás, pero como eso ya lo sé prefiero saber qué haces.

Normalicé nuestra conversación sin reproches o sacando temas que solo nos harían daño a las dos. A veces la mejor solución para superar el dolor por una decepción es colocarlo en una balanza y comprobar qué ganan, si las cosas buenas, lo que la otra persona te suma, o las malas. Ponerte en la piel de la otra persona con la mente abierta dispuesta a ser comprensiva. Puede que mi amiga se hubiese apartado de mí sin justificación, dando una razón a sus padres que no tenían. Lo podía ver de ese modo y que el rencor me carcomiera. O podía entender que tan solo era una niña con mucha presión y una madre muy autoritaria y persuasiva que se había visto contra la espada y la pared y se había decantado por un camino que para ella tampoco había tenido que resultar sencillo. Admitir que las personas cometemos errores y que cuando estar

alejado de alguien te abre una herida lo mejor es aplicarte tú mismo el Betadine, cerrarla, simplificar la ecuación y no añadir más fórmulas matemáticas que la compliquen.

Cuando te das cuenta de que solo hay una cosa que no tiene solución, dejas de poner obstáculos a aquellas que están en tus manos y tú misma puedes solventar.

–Si te lo cuento pensarás que todavía no he madurado…

–Me decepcionarías si lo hubieras hecho. Siempre dijimos que ninguna crecería antes que la otra, que lo haríamos juntas…

–Porque si una se quedaba estancada como Peter Pan la otra estaría a su lado aunque todo el mundo la mirase mal y susurrase «viejoven» a su paso –completó nuestra antigua frase por mí.

–Exacto. Y bien, ¿vas a contarme qué haces en Boston? A no ser que sea un tema sexual y tengas al amante al lado. Hablar de sus atributos en su cara, más si no son gran cosa, es de mala educación –bromeé.

–¿Qué es el sexo? En épocas de exámenes te olvidas hasta de su significado. He escondido hasta mi quiqui-agenda. Fuera tentaciones.

–¿Quiqui-agenda?

–Sí, hija, sí. Es una especie de catálogo de *sex shop* masculino a domicilio.

–¿No te parece un poco frío?

–Lo sería si no fuera porque solo hay un nombre… –Confesó–. William, ¡con tantas personalidades que a veces siento que son unos trillizos maquiavélicos que se están vengando por todos los tíos a los que he roto el corazón volviéndome loca!

–¿No me digas que Lily se ha enamorado?

–Me he encoñado. Mucho. –Reconoció–. He encontrado mi propia Kriptonita. No sé cómo terminará. Puede que acabe invitándote a nuestra boda o que te pida que vengas a la cárcel porque lo he asesinado. Ya se verá.

–Entonces, ¿lo que no quieres contarme es que te he pillado a punto de hincar rodilla para hacer la pedida oficial o tramando el crimen perfecto?

–¡Qué va! Estoy en el baño de la biblioteca. –Bajó la voz–. El otro día me compré unas braguitas sin probármelas y llevo sintiendo todo el día cómo me violan el culete. Pensaba que eran de esas nuevas brasileñas estrechas por detrás, pero me he dado cuenta de que me la he puesto al revés, ¿hay alguna cultura que dice que eso da buena suerte como cuando pisas una mierda? Lo mismo es una señal de que voy a aprobarlas todas.

–¿Qué estudias? –Me di cuenta de que no lo sabía.

–Medicina. –Silencio–. No es por ellos –aclaró con rapidez, en referencia a la obsesión de sus padres porque sus hijos siguieran sus pasos–. Lo hago por él.

–¿Sam?

–Sí –carraspeó, y añadió con firmeza–: Para terminar lo que él comenzó.

–No le debes nada. Él solo habría querido que hicieses lo que más te gustaba, que fueses feliz.

–Lo sé. No me refería a eso. No lo hago como una especie de deber moral por mi hermano muerto. Sé que ya no puedo salvarlo. –Lily era así. Siempre llamaba a las cosas por su nombre. Lo que algunos llamaban crudeza yo lo veía como sinceridad–. Lo que pasa es que el muy cabrón hablaba con tanta pasión de esto que acabó contagiándome su entusiasmo. Lo que yo no sé es cómo a ti no te pasó lo mismo. Vendía tan bien lo que se proponía que estoy segura que habría sido el mejor comercial de Estados Unidos si se lo hubiera propuesto.

–Conmigo lo tenía complicado. Llevo toda la vida sabiendo lo que quiero ser. –Cuando lo dije me di cuenta de que era cierto. No necesitaba leer el libro para reafirmarme en mis ideas. Yo ya lo sabía y si lo había comprado es porque lo necesitaba, porque saber de leyes era una droga para mí, la perspectiva de convertirme en una herramienta de la justicia y cambiar desde mi posición lo que estuviese en mi mano.

–¿Sigues queriendo ser la nueva Ally McBeal?

–Desde luego. Pero sin tacones y con menos líos amorosos. Algo así como la abogada que pondrá de moda las Converse en los juzgados. –Observé mis Converse rojas de talón bajo y sonreí.

–¡Por encima de mi cadáver! Ya que yo solo tendré que llevar la bata blanca horrible, tienes el deber moral de convertirte en mi maniquí para elegir tu vestuario de letrada agresiva que hace que a los jueces les dé un ataque al corazón y las juezas imiten tu *look*.

–No sé por qué, siempre pensé que te dedicarías a algo en el mundo de la moda…

–Y no lo descarto. Las personas podemos hacer dos cosas a la vez. No tenemos que conformarnos con una. Somos polivalentes. Médico por el día y con un blog de moda por las noches que ríete tú del de *Gossip Girl*.

Ambas rompimos a reír.

–¿Irás el año que viene a Nueva York a estudiar Derecho? –preguntó de pronto Lily.

–No lo sé.

–Él no querría que te quedases estancada en Charleston como si fueras a convertirte en cenizas en cuanto pusieses un pie fuera de los límites del estado. Lo sabes, ¿verdad?

–Sí. –Nos quedamos en silencio–. De hecho, no estoy allí. –Evité la conversación cambiando de tema a algo que sabía que le llamaba la atención.

–¿Dónde estás?

–Rumbo a Las Vegas.

–Venga, en serio.

–No te miento.

–Esa ciudad es peligrosa y teníamos que ir juntas por si, yo qué sé, se te ocurre casarte en un ataque de locura, que fuera conmigo vestida de Elvis.

Le relaté la idea del viaje y ella se mostró tan emocionada que me lo contagió. Tanto que comenzamos a crear un plan para quitarle la mitad del dinero del premio (estaba convencida de que ganaríamos) a Sebastian y huir como en las películas. Pero no solo tuvimos tiempo para fantasear con delitos. También nos pusimos al día. Algo que nos hacía mucha falta. Ella me permitió vivir, a través de sus palabras, lo que suponía el primer año de universidad para todos los jóvenes. No era solo irse a vivir solos, la independencia, conocer gente, la responsabilidad de estudiar sin tus padres presionándote, viajar, ir a fiestas en las que fusionabas la noche y el día o aprender a cocinar si no querías acabar aborreciendo a la bendita y divina pasta. Era más. Mucho. Infinitamente. Lily me lo dijo. Era soltarte de las manos que te habían llevado sujeta y aprender a caminar, encontrar el equilibrio, descubrir el placer de saltar y correr hasta que dejases todo lo que te había definido atrás por los prejuicios y solo quedases tú misma.

Estuvimos hablando hasta que sonó la primera alarma de mi móvil que indicaba que corría el peligro de quedarme sin batería. No podía arriesgarme a ello más que nada porque, literalmente, lo necesitaba para regresar al hotel, ya que la aplicación de Google era mi mapa particular.

–Tengo que dejarte.

–¿Estás rompiendo conmigo? –bromeó.

–Sabes a lo que me refiero. Se me acaba la batería –expliqué.

–Entonces será mejor que colguemos. No queremos que los pobres animales mueran fulminados de un infarto en el acto con tus penetrantes gritos.

–Eso ocurrió en un campamento cuando tenía ocho años y decidiste fingir que eras un lobo.

–Y maldita la hora. Me arrancaste un diente de cuajo de una patada.

–Ya se te movía… –me defendí.

Lily se refería a cierta anécdota de muchos años antes. Estábamos en un campamento. Los monitores nos habían contado una historia de miedo en la que los lobos se comían a los niños que se salían de las tiendas para que no tuviésemos la tentación de hacerlo y a ella no se le ocurrió una idea mejor que fingir que era uno de ellos en mitad de la noche. Como podía deducirse por la conversación, le acabé arrancando un diente de cuajo de una patada y salí corriendo y gritando provocando que hasta las aves alzasen el vuelo.

–Dormir contigo siempre ha sido una aventura. Espero que volvamos a hacerlo…

–Claro. Cuando quieras.

El móvil volvió a sonar. Quedaba el quince por ciento.

–Gracias. –Se adelantó a que le repitiese que debíamos colgar por mucho que no me apeteciese hacerlo–. Por llamarme. –Tragó saliva–. Por perdonarme, si es que lo has hecho.

–En realidad nunca estuve enfadada. Me apetecía gritarte, sí, pero porque te echaba de menos.

–Y yo. Todo dejó de ser divertido y emocionante cuando no estabas a mi lado. Si no lo compartía contigo no tenía sentido. –La voz le sonó rota–. Pero me daba vergüenza. Llegué a la

conclusión de que no podía acercarme a ti sabiendo lo que te había hecho mi madre. No te merecía por el mero hecho de ser su hija.

–Eso es una tontería. Tú no eres ella, ni siquiera te pareces.

–Ahora lo sé y por eso te prometo que si vuelves a dejarme formar parte de tu vida, no me iré nunca –carraspeó. Estaba emocionada–. Hasta que seamos dos pasas arrugadas y podamos reírnos de las horrorosas operaciones de estética de la otra.

–Yo no creo que me retoque…

–¡Pues yo pienso ser más artificial que la Barbie! –La imaginé poniendo morritos como siempre hacía cuando hablaba de temas físicos–. Entonces, ¿estás de acuerdo? ¿Juntas de nuevo hasta que me dé un infarto con un cubanito de veinte años cuando tenga ochenta y tengas que inventarte una versión decente para mi familia?

–Juntas siempre –sellé.

Llegué al hotel sin ningún problema. No tenía las llaves. Nos habían dado un solo juego y Sebastian se había adueñado de ellas nada más salir. Rechacé la idea de hacer turismo en la ciudad antes siquiera de llegar a planteármela en serio. Boulder City no era un sitio bonito. No tenía nada entrañable o llamativo que desatase la curiosidad. Era un lugar de paso, descuidado, repleto de casas bajas estéticamente iguales que se perdían en lo que me parecía una llanura enorme. Un sitio para dormir y no para vivir.

Me senté en el banco que daba a la calle principal. Agarré el libro de derecho y me puse a leer. Estaba tan ensimismada que no escuchaba a los turistas que pasaban por mi lado para cruzar el paso de peatones y dirigirse a las tiendas de recuerdos. Me olvidé del resto del mundo y me sumergí en la historia. Hacía tiempo que algo no me enganchaba hasta tal punto. Casi echaba de menos esa necesidad compulsiva que se desataba con una buena lectura, de esas que te interesan de verdad y cuyas letras traspasan el papel hasta inundar tu mente y hacer galopar tu corazón, que no puedes dejar y a la vez no quieres terminar por temor a la resaca literaria que te dejan.

–¿Has tenido que esperarme mucho tiempo? –Oí la voz de Sebastian.

–No –respondí instintivamente. No tenía la sensación de llevar mucho tiempo allí.

–¿Qué tal Lake Mead? ¿Me arrepentiré toda la vida de no haberlo visitado?

–No te has perdido nada memorable.

Levanté la mirada. Si venía cansado después de tanto tiempo practicando deporte no daba muestra de ello. El ejercicio le había dado energías en lugar de quitárselas. Si no hubiera sido por el cabello oscuro repleto de sudor y los músculos hinchados, habría pensado que más que jugando al baloncesto había estado en alguna especie de *spa* relajante.

–¿Qué es eso?

–Un libro.

Me lo quitó de las manos. Leyó el título y me pareció vislumbrar un amago de sonrisa ladeada

surgiendo en su rostro antes de que me lo devolviera.

–¿Vamos dentro?

–Sí. –Apreté mis nuevas adquisiciones contra el pecho y lo seguí por la escalera rumbo a nuestra habitación–. ¿Qué tal el partido? ¿Has ganado?

–¿Acaso lo dudas? –Rebuscó las llaves en el bolsillo trasero de su pantalón de chándal gris. Eran de metal. Los alojamientos de nuestro viaje no tenían la suficiente categoría para utilizar las magnéticas.

–Nunca te he visto hacerlo…

–Solo pierdo cuando juego contigo. Cualquiera diría que me gafas…

–O que los dardos no son lo tuyo…

Sujetó la puerta de nuestro cuarto para que pasase en primer lugar. La habitación se me antojó familiar. Todos en los que habíamos estado eran iguales, con la misma distribución, los muebles antiguos, el olor a lejía barata en las sábanas y las camas con unos muelles que chirriaban tanto que daba la sensación de que estabas practicando algún tipo de ritual satánico con bebés y cabras más que tratar de ponerte en una postura cómoda para dormir.

–¿Sabes ya lo que quieres hacer esta noche? –Sebastian abrió su maleta y comenzó a seleccionar la ropa que iba a ponerse después de la ducha.

–De camino al hotel he visto que estaban montando la feria de esta ciudad…

–¿Quieres ir?

–Tal vez nos vendría bien para ir acostumbrándonos al exceso de luces y ruido y que no nos dé una especie de ataque epiléptico en cuanto pongamos el primer pie en Las Vegas.

–En la ciudad del pecado las luces son de grandes casinos o teatros, y no de puestos cutres en los que intentan timar a cualquiera que pase por delante.

–Cualquiera diría que has tenido alguna mala experiencia en una…

Sebastian se puso de pie con un salto. Se quitó la camiseta y la dejó en la bolsa de la ropa sucia. Era lo único que no compartíamos. Cada uno tenía la suya y las juntábamos única y exclusivamente cuando hacíamos la colada en alguna lavandería por un par de dólares.

–¿Cómo no iba a tenerla? Siempre he sido un niño muy competitivo y demasiado cabezón. Cuando algo se me metía entre ceja y ceja no paraba hasta que lo conseguía y digamos que me gasté toda mi maldita paga para ganar un horrendo peluche que regalaban si lograbas encestar tres canastas e impresionar a una chica.

–¡Todo el mundo sabe que son más pequeñas que las pelotas! Es un clásico. ¿Cuántos años tenías? ¿Cinco?

–Seis. –Me sorprendí y él sonrió.

–Demasiado prematuro para ligar, ¿no crees?

–La culpa no era mía, sino de esa niñera pelirroja que me cuidaba cuando mis padres se iban

de cena y no paraba de llamarme cariño… –bromeó.

–¡Si casi no debías saber ni ir solo al baño!

–Puede. Pero era todo un caballero. Tenías que haber visto mis magníficos dibujos. –¿Había sido Sebastian en algún momento de su vida un niño inocente? Ahora sabía que sí. Por un instante casi pude verlo relajado, sin esa carga constante encima–. ¿Y tú? ¿Necesitabas que todo el equipo de animadoras te ayudase a llevar a casa los peluches que te habían conseguido?

–Qué va. Era más de las que se montaban en la olla hasta acabar vomitando.

–Venga, rubita, no vayas de modesta. –Me dio con un el hombro al pasar por mi lado–. Todo el mundo sabe que las ferias son territorio de seducción cuando eres adolescente y tú debías de ser el bien más codiciado, ¿pretendes que me crea que ninguno intentaba cazarte? Recuerda que he compartido instituto contigo y en los vestuarios masculinos he llegado a oír cómo algunos se planteaban romper la cerradura de tu taquilla para ver cómo eran tus braguitas… –se mofó de mí, y lo peor es que ya conocía esa historia.

–Deberían haberlo hecho. –Lo dejé sin palabras y esperé un rato antes de explicarle–. Un tío que se liaba con Lily se lo contó y guardamos unos calzoncillos de mi padre por si lo llevaban a cabo. Habría sido divertido verles la cara. –Recordé a mi mejor amiga recogiendo con los guantes de fregar la ropa interior de mi padre. La metió en una bolsa, la dejamos en la taquilla y cruzamos los dedos porque la abrieran, para reírnos de los chicos por lo menos una semana, puede que incluso más.

–¡Y yo que pensaba que con esa edad solo sabías gritarme, va a resultar que también tenías sentido del humor!

–No te hagas el mártir. Te lo ganabas a pulso.

–Lo hacía. De un modo masoquista era un poco adicto a tus arranques de carácter.

–Confiesa. Querías volverme loca, ¿verdad?

–No. Lo que pasa es que estaba completamente en contra de la muñeca de porcelana.

–¿La muñeca de porcelana? –Enarqué una ceja mientras él abría la puerta del cuarto de baño.

–Sí, esa princesa delicada que tú fingías ser para contentar a todo el mundo, para ser lo que ellos deseaban. Llevarte al límite era la única manera de que bajases el control y olvidases el papel. Solo entonces te mostrabas como verdaderamente eras.

–¿Cómo?

–Alguien normal que de vez en cuando se podía permitir el lujo de no ser perfecta, que no tenía que agradar a todo el mundo y que, incluso, se enfadaba. –Se metió en el baño y, antes de cerrar la puerta, dijo–: Si vas a cambiarte para ir a la feria, hazlo mientras me ducho. Estoy un poco hasta las pelotas de sentarme en la taza del váter a esperarte, por muy inspirador que sea imaginarte desnuda al otro lado de la puerta.

–¿Vamos a la feria? –Ignoré su comentario.

–La otra opción es quedarnos y practicar el baile.

–Eso tampoco sería mala idea… –Era cierto. No le habíamos dedicado apenas tiempo al, supuestamente, motivo principal de estar allí. Básicamente un par de horas los primeros días.

–¿Sinceramente crees que tenemos posibilidades de ganar? –Se detuvo y negué con la cabeza.

–¿No era un premio el motivo de este viaje?

–Hay un premio, sí, pero no es dinero.

Sebastian cerró la puerta antes de que pudiese añadir nada más. Tampoco necesitaba formular absurdas preguntas para conocer la respuesta. Si lo hubiera hecho, habría sido por el mero placer de escuchar con su propia voz lo que yo ya sabía, lo que intuía desde el inicio, después de la primera hora de incomprensión absoluta tras su chantaje.

Al igual que todo el mundo a mi alrededor, mi vecino solo estaba intentando ayudarme, alejarme del dolor de la primera manera que se le había ocurrido para que así fuese más fácil calmar mis sentimientos y pensamientos sin recuerdos que se clavasen de un modo punzante en mi estómago. Incluso los adoquines de mi calle me hacían pensar en Sam en Charleston porque sabía que había caminado de su mano sobre ellos.

Trataba de mostrarme que había vida más allá de mi ciudad y que yo podía encajar en ella, que todavía existían cosas que lograban emocionarme como lanzarme en paracaídas, que cuando la música se metía en mi cuerpo y lo movía el resto del universo desaparecía y, lo más importante, que el hecho de pasar todo un día sin derramar una sola lágrima no hacía que sintiese que amaba menos a Sam cuando observaba la estrella que llevaba su nombre antes de irme a dormir.

¿Por qué lo hacía? Esa era la gran cuestión. Nunca imaginé que, de entre todos, la persona que más lucharía por mí sería el primer chico que me rompió el corazón. Pero lo hacía. Vaya si lo hacía. Y no hablaba solo del viaje. Sebastian me había acompañado desde que este estaba en el hospital inundando los asfixiantes silencios de palabras repletas de aire, provocando que la garganta dejase de tener agujetas por los sollozos y lo hiciese de la risa, preparado para escuchar incluso cuando no quería hablar, consiguiendo que mi percepción del mañana cambiase y dejase de ser un futuro vacío para convertirse en una nueva aventura, la de mi vida, la de mis experiencias.

Lo único que se me ocurría es que lo hiciese por el apoyo que le había dado cuanto pasó lo de su hermana. Una especie de deuda que estaba pagando. Sin embargo, algo me decía que no era real. Que le nacía de dentro, sin esperar nada a cambio, tal vez porque se veía reflejado en mi situación.

Puede que le diera mil vueltas porque me negase a aceptar la respuesta más sencilla que carecía de sentido: yo le importaba. De verdad. Y no había nada más que añadir.

Decidí no cambiarme de ropa. Tampoco es que se necesitase ir de etiqueta para dar una vuelta por la feria. Iba cómoda con mis vaqueros y las Converse rojas. Me puse una chaqueta del

mismo tono que las zapatillas por encima, me apliqué máscara de pestañas y brillo de labios y ya estaba lista. Estuve tentada a hacerle esperar cuando me preguntó si podía salir, pero finalmente decidí ser benévola.

–Te has pasado un poco… –Arrugué la nariz cuando salió. Debía de haber vaciado medio bote de su colonia encima.

–No disimules. No te gusta porque camufla mi olor corporal.

Estaba cambiando las cosas de bolso para llevarme uno más pequeño, cruzado y que tenía cerradura con cremallera para que las cosas no salieran desperdigadas en las atracciones. Me giré para replicarle y me topé con el gran Sebastian en el estricto sentido de la palabra. Por un día, había dejado de lado sus pintas desgarbadas de rebelde sin causa e iba vestido con un sencillo vaquero oscuro y una camiseta de manga larga de lino blanca. Su normalidad me pareció abrumadora con la clase de belleza que no se busca, sino que se tiene. El pelo estaba revuelto con puntas en todas las direcciones.

–Te has afeitado –apunté.

–Recortarla requiere más esfuerzo. –Le restó importancia.

–Estás mejor así –solté sin pensar. Su mandíbula cuadrada con esos rasgos tan masculinos se le marcaba más.

–¿No te gustaba mi barba?

–Te hacía más…

–¿Atractivo e interesante? –me interrumpió, bromeando.

–… mayor. Prefiero que reflejes tu edad.

Sebastian era un tío impresionante. Punto. Una opinión totalmente objetiva. Daba igual lo que se hiciera, calvo, con greñas, rastas o con la cabeza pintada de rosa fosforito. Siempre llamaría la atención. Estaba en su naturaleza, sus genes, su manera de moverse, de interaccionar, de mirar, de sonreír, incluso en su voz. No llevar su eterna barba rasurada no cambiaba eso, pero sí otra cosa. Siempre tuve la teoría de que la utilizaba para camuflar, como una máscara que le hiciese parecer más temible y, sobre todo, mayor, un niño que, por motivos que desconocía, tuvo que transformarse en adulto y necesitaba recordarlo constantemente. Por este motivo, no era que se hubiera afeitado o no. Lo que importaba es que después de tantos años había bajado la guardia, había eliminado parte de la coraza.

Fuimos a la feria andando. Hacía una buena noche y en el fondo ambos estábamos hasta las narices de tantos kilómetros de carretera. La ciudad parecía desértica. Disfrutamos de la quietud del camino hasta que llegamos a las inmediaciones del recinto y escuchamos el jolgorio humano que se concentraba allí.

Llegar a las taquillas de las atracciones era bastante complicado. Daba la sensación de que toda la población de Boulder City se había congregado allí. Tampoco era de extrañar, dado que

se trataba de primer día. La inauguración. Las filas eran interminables y se respiraba un ambiente festivo allá donde mirases.

Sebastian era impaciente, bufaba y le chirriaban los dientes a medida que aumentaba el tiempo de espera. Todo ello incrementado cuando nos quedábamos justo los siguientes para entrar en la atracción y maldecía en voz baja por «haber ido» y su «mala suerte». Por mi parte, lo llevaba con mucha más filosofía. Me ensimismaba mirando a la noria bañada de diferentes tonalidades contra la oscuridad del cielo a esas horas.

–Creía que a ti no te daba miedo nada… –le dije a Sebastian en el saltamontes al verlo comprobar una y otra vez el cinturón, como si tuviera algún tipo de tic nervioso.

–Que sepa dar puñetazos no me convierte en invencible. Hay cosas que asustan infinitamente más –rumió.

–¿Como una atracción en la que se montan solos los niños de ocho años? –Señalé al trío de hermanos, que no superarían los diez años, que se sentaban delante de nosotros y saludaban de manera efusiva a sus padres, que los grababan con el móvil.

–Un trasto que han montado en una sola tarde no me da mucha seguridad…

–¡Te has tirado en paracaídas!

–Y si hubiera habido un accidente, habría sido el chico que se mató practicando un deporte de riesgo y no el que salió disparado de un saltamontes. –Estaba en tensión y me hacía mucha gracia. Después de todo, no era tan duro.

–Eres un cagón… –bromeé mientras se ponía en marcha.

–Deja de tocarme las pelotas. Te aviso.

–¿O qué harás? –le susurré al oído.

–Aplastarte. –Dejó de agarrase con fuerza para permanecer en el extremo opuesto y, del movimiento, cayó sobre mí.

Pasamos una buena noche. La mejor hasta el momento, entre mis gritos en la casa del terror, en la que acabé propinando un puñetazo tal como me había enseñado Sebastian al pobre actor que salió con una sierra mecánica, y su negativa rotunda a montar en la olla. Lo acabé convenciendo después de imitar a una gallina. Dijo que lo hacía por la vergüenza ajena que daba, aunque sospecho que se trataba más del ego que tenía por las nubes.

Cuando sus tripas comenzaron a rugir (las mías también lo hacían pero sonaban menos), fuimos a uno de los puestos de comida ambulante. Mi compañero se compró media *pizza*, que le sirvieron en una caja, y yo un kebab.

–¿Qué? –pregunté al ver que enarcaba una ceja.

–Creo que otra vez se te ha olvidado lo verde…

–Te equivocas. Lleva lechuga. Eso ya cuenta como comida sana.

Cenamos en unas mesas de madera que habían habilitado en el centro del recinto. Y hablamos.

Mucho. Con mi boca manchada de la salsa blanca de la comida turca y sus comisuras llenas de la grasa que desprendía cada porción.

Ya no podía más, pero terminé haciendo hueco para un poco de algodón de azúcar como postre. Una pareja que estaba a nuestro lado comentó que había fuegos artificiales y decidimos ir a verlos. Caminamos a una pequeña explanada repleta de césped en uno de los laterales y nos sentamos alejados del gentío.

Sebastian se apoyó sobre los codos y miró al cielo ensimismado. Yo lo imité, pero con las piernas cruzadas. Agarré un pellizco de algodón y me lo metí en la boca notando cómo la azúcar se deshacía en contacto con mi lengua.

–¿En qué piensas? –rompí el silencio.

–Tengo la mente en blanco. Es relajante. Un ejercicio que deberías practicar. –Se removió hasta incorporarse girándose en mi dirección–. Pero entonces no serías tú. Eres inquieta. Estás llena de preguntas. Dispara.

–En estos días hemos hablado de todos los temas…

–Banales. De todos los banales. Podríamos aprovechar esta noche para conocernos. Para no regresar a Charleston con la sensación de que hemos compartido el tiempo con un extraño. Nos debemos eso, ¿no crees? –Entendió a lo que me refería.

–¿Qué propones?

–Respuesta por respuesta. Que cada uno pregunte al otro lo que le dé la gana. Cuestiones estúpidas o trascendentales. Lo que elijamos. –Asentí. Mis ganas de descifrar el enigma que suponía Sebastian regresaron–. Te diría que las damas primero, pero dejé de ser un caballero cuando mis padres despidieron a la niñera pelirroja. –Se pasó la mano por el mentón y, por un instante, tuve miedo de lo que pudiera salir de su boca– ¿Cuál es tu color favorito?

Era sencilla. Debería haber podido responder en el acto.

–No lo sé. –Me di cuenta de que nadie me lo había preguntado antes. ¿Tan poco me conocía que ni siquiera sabía eso? Medité–. Supongo que depende del día y de mi estado de ánimo.

–¿Hoy? –insistió.

Los fuegos artificiales comenzaron en ese momento. Elevé la vista al cielo y observé el espectáculo de diferentes tonalidades que estallaba encima de nuestras cabezas llenando el cielo de explosiones de forma circular, de millones de luces. Tenía todo un arcoíris allí arriba y ninguno llamaba mi atención. Hundí mis manos en el césped y moví los pies. Fue entonces, descendiendo de las alturas y mirando lo terrenal, cuando balanceando los pies al ritmo de la pirotecnia obtuve la respuesta.

–El rojo.

–¿Por qué?

–Porque no deja indiferente. O te gusta o lo detestas. –Me encogí de hombros–. ¿Mi turno? –

Sebastian asintió–. ¿Cuál es tu comida favorita?

–La paella.

–¿El plato español?

–Exacto.

–¿Lo has probado? –Me extrañó. Conocía la mayoría de los restaurantes de Charleston adonde iban los jóvenes y no lo servían.

–No. –Fui a decirle que entonces su respuesta no valía cuando añadió–. Pero algún día lo haré y sé que me encantará. Lo presiento.

–No lo entiendo. No puedes saber lo que vas a sentir por algo sin haberlo probado.

–Te equivocas. Te pondré un ejemplo. Puedes haber estado con mil personas y no haber experimentado lo que es el amor y aun así tener la absoluta certeza de que existe, sentirlo por alguien con quien probablemente nunca estarás, que no probarás, como tú dices. A veces las grandes verdades de esta vida están basadas en sensaciones que no tienen sentido alguno, que simplemente sabes que son ciertas por cómo se eriza tu piel. –Desvió la mirada y deseé poder meterme dentro de su cabeza. Tener ese poder–. Me toca. ¿Cuál es tu animal favorito?

–Los gatos negros. –Bajé la voz–. Desde la serie *Sabrina, cosas de bruja* siempre quise tener uno, aunque no hablasen como Salem. –Pensé que se mofaría de mí, pero se limitó a escuchar sin juzgar–. ¿Cuál es el regalo perfecto para Sebastian?

La pirotecnia comenzó a estallar con más potencia como colofón final con los últimos fuegos artificiales blancos bañados en un tono dorado.

–Depende. Mi respuesta cuando era niño habría sido una pelota de baloncesto, durante mi adolescencia posiblemente cualquier droga de diseño que me dejase KO el resto de la noche, ahora es tirarme en paracaídas y supongo que llegará un día en el que lo que más quiera sea una alfombrilla de entrada.

–¿Una alfombrilla de entrada?

–Sí, de esas con mensajes ridículos para el recibidor.

–¿Y por qué iba a ser ese el mejor regalo que podrías recibir? –De entre todas las cosas del universo, nunca lo habría elegido.

–Por lo que significará. Que tengo mi casa. Mi hogar.

La traca final comenzó a sonar y nos permitimos unos segundos de silencio para centrar toda nuestra atención en el cielo nocturno. La luz invadió la ladera donde estábamos sentados y dejé de mirar arriba para observarlo a él. La iluminación incidía directamente en su cara, provocando que su rostro fuese todo un *collage* de sombras. Me detuve en su cabello castaño con esas puntas que denotaban su rebeldía, los ojos oscuros empapándose de esa imagen como si se le estuviera adhiriendo a la retina, los labios carnosos entreabiertos y la postura corporal relajada.

Parecía que fisiológicamente estaba concebido para transmitir una hermosura peligrosa. La

bestia más hermosa de la jungla a la que nadie se acercaría. Un prejuicio andante. Eliminé toda el aura de misterio que lo rodeaba y me fijé en el hombre. Solo en él. En el niño que no había parado de perder. A sus padres. A su hermana. A su inocencia. A sí mismo.

Me encontré a mí misma sobrecogida ante su historia. ¿Habría sido yo capaz de soportar toda su carga sola? Incluso con todo el apoyo del mundo a mí me estaba resultando cuesta arriba afrontar una muerte. ¿Qué me habría pasado si después de Sam, cuando ya fuese soportable su marcha, hubiese tenido que enfrentarme a otra? En bucle. ¿Podría culparlo de lo que había sido? ¿Del ser despreciable que había conocido en el instituto? ¿Era justo que lo juzgase por eso o que lo admirase por haber salido, por ser el hombre con mayúsculas que tenía sentado junto a mí?

La conclusión llegó sin más, justo con la última explosión. Reducirlo al chico malo, rebelde o mujeriego era simplificarlo de un modo inmerecido. Sebastian era un ejemplo. Sebastian era reflexionar. Sebastian era complejidad. Sebastian era la prueba de que se podía, por muy imposible que pareciese. Sebastian era esperanza.

–Te dejo que empieces con las preguntas difíciles. –Probablemente se había percatado de que algo estaba cambiando dentro de mí.

–¿Era verdad? –Me apresuré a pronunciar. Podía haber preguntado por los documentos que mis padres tenían en su despacho, el expediente negro que nunca me dejaron ver, pero fue eso lo que salió de mi boca.

–¿Qué?

–Lo que me dijiste aquella noche en la playa. La apuesta. Todo. –Se tensó. Era evidente que no había barajado la opción de que ese tema saliese a relucir en nuestra conversación.

–No es necesario hablar de eso…

–Es lo justo. No podemos conocernos si me vetas preguntas.

–¿Para qué quieres saberlo? Es el pasado…

–No se puede obviar el pasado. Define el presente y el futuro.

Nos quedamos mirándonos fijamente.

–No –confesó.

–¿Por qué lo hiciste? –No había reproche en mi voz, solo curiosidad.

–Era una bomba a punto de estallar. No quería llevarme a nadie conmigo cuando lo hiciese. Antes de que digas nada, debo decirte que no me arrepiento. Tal como sospechaba, al final reventé.

–Te habría ayudado a que eso no sucediese…

–Y habría sido un gran error. Explotar ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. A veces es necesario romperse en mil pedazos para poder reconstruirse en una figura nueva.

Asimilé sus palabras. Todo era mentira. Una confesión que hacía que ya no tuviese una absurda excusa para seguir apartándolo.

El sonido de los fuegos artificiales había cedido a aquel que emanaba de los altavoces de los puestos de las atracciones de la feria. Sonaba *Photograph*, de Ed Sheeran.

–Mi turno. –Sebastian carraspeó–. ¿De qué tienes miedo?

–Supongo que de muchas cosas. Es una pregunta demasiado amplia –contesté sin ganas, interiorizando lo que acababa de descubrir.

–Sabes a lo que me refiero…

–No… –añadí con sinceridad.

–Reformularé la cuestión, ¿por qué tienes miedo de sonreír?

–Eso es una tontería.

–Para nada.

–Últimamente me río mucho…

–Y cuando lo haces te sientes culpable. –Se puso serio–. Te he observado. La cara te cambia cuando te das cuenta de que te lo estás pasando bien, como si no tuvieras derecho. –Pronunció las siguientes palabras con lentitud para que calasen–. Eso es muy injusto para Sam, ¿lo sabes?

–¿Qué tiene que ver él? –Me puse nerviosa.

–Todo. Has caído en la gran equivocación del ser humano. En la estúpida costumbre de que para demostrar que sigues amando a los que se han ido debes morir con ellos en vida. –Me colocó la mano en la rodilla y presionó–. Sé que tú eres más inteligente que eso, rubita. Estoy completamente seguro de que lo eres –recalcó.

–¿De esto iba el juego de preguntas y respuestas? ¿Una sesión de autoayuda gratuita y el resto me las cobras? –Me puse a la defensiva porque me aterraba indagar en el tema, darme cuenta de lo equivocada que estaba.

–No. Esto va de que alguien te diga la verdad de una vez por todas. El legado de Sam no debe ser el de una sombra tenebrosa y dañina, sino todo lo contrario. Tienes que ponerte en su piel y dejar de ser egoísta. ¿Qué es lo que habría querido? Piensa.

–No es fácil –reconocí mientras se aceleraban las pulsaciones de mi corazón.

–No tiene que serlo. Hacer honor al recuerdo de una persona es una tarea complicada, un sacrificio que tienes que llevar a cabo porque la amas. Si sabes que su último deseo de haber podido formularlo sería que sonrieses a cada instante y que vivieses al máximo hasta que la última gota de oxígeno escapase de tus pulmones y no lo haces, estás siendo una maldita egoísta.

–Pero es que no sé si puedo. Si quiero…

–Repito, ¿de qué tienes miedo?

–De ser feliz otra vez –vomité las palabras sin control, ni meditación, como si mi corazón hubiese adquirido voz y se estuviera desahogando–. Alcanzar de nuevo la paz. La tranquilidad. La ilusión. Las expectativas. Todo lo que tenía antes.

–¿Por qué?

–Porque pensar en él nunca va a dejar de doler y tengo miedo de encontrar la manera de no hacerlo para superar su muerte. Me aterra que pase el tiempo y me recupere y no quiera recordarlo porque sepa que eso supone sufrir.

–No dejaré que ocurra. –Movió sus manos hasta las mías y las agarró presionando con fuerza. Se acercó a hablarme cerca de la cara–. Te obligaré a hablar de él hasta que su recuerdo no provoque lágrimas –subió la mano y limpió las que caían por mi mejilla–, sino sonrisas. Te doy mi palabra.

Capítulo 27

A lo largo de nuestra vida nos topamos con mucha gente. Más de la que recordaremos. La mayor parte de ella aporta algo. Bueno o malo. Incluso de las decepciones aprendemos. Las enseñanzas están en nuestra mano, solo que a veces no sabemos verlas. Un gesto, un detalle, un comportamiento o una conversación sirven. Algunas ideas las pillamos en el acto y otras requieren maceración, crecimiento y evolución para comprenderlas.

Durante esos días pensé mucho en Nathan, un entrenador de baloncesto que tuve cuando apenas era un niño. Era un hombre reservado, parco en palabras, que las pocas veces que hablaba daba la sensación de que lo hacía en otro idioma, como si no tuviese nada que ver con su función: enseñarnos a jugar. Nosotros lo único que deseábamos era que encontrase a un buen equipo rival, lo estudiase y nos diese las indicaciones exactas para machacarlo en la pista. Él tendía a repetirnos que debíamos disfrutar de todo el proceso que representaba el partido, que a veces era más importante el camino que la meta. Lo demás chicos y yo asentíamos ante su discurso motivador para luego murmurar en los vestuarios que había visto demasiadas veces *Mentes peligrosas* y se creía una versión deportiva de Michelle Pfeiffer.

En cuanto llegamos a Las Vegas lo entendí todo. Tenía ante mí una ciudad sin límites, un oasis en mitad del desierto de esa Nevada que habíamos cruzado. No existía nada que se asemejase a su juego de luces, los edificios increíblemente altos con construcciones extravagantes, los lagos rodeados de palmeras, las cascadas artificiales en las rotondas, las fuentes que disparaban agua en todas las direcciones creando figuras, los espectáculos callejeros programados y los figurantes que caminaban por sus calles como si se tratase de una fantasía coreografiada que te hacía sentir que paseabas entre bambalinas.

Por no hablar del lujo de los hoteles, la ostentosidad de las tiendas, la oferta cultural y los casinos, que provocaban que la banda sonora de la ciudad del pecado fuera la de las monedas chocando contra el metal cuando caían y los gritos desgarradores de aquellos que las perdían de los bolsillos. Una especie de parque de atracciones para millonarios y los que aspiraban a serlo.

Un lugar de noche, promiscuo, en el que probablemente me habría perdido con gusto de haber puesto un pie un par de años antes.

Me encontré observando su majestuosidad con melancolía por lo que había dejado atrás, el camino, como Nathan defendía. Podría haberme vuelto loco solo con ver los cochazos que estaban en el aparcamiento de nuestro hotel, el Caesars Palace. Sin embargo, eché de menos esas construcciones primitivas en las que, en lugar de sentirnos insignificantes ante lo que teníamos enfrente, April y yo nos reíamos por lo cutre que era la fachada de nuestro nuevo alojamiento y apostábamos acerca de si la habitación seguiría teniendo el mismo olor a lejía.

Lo había programado bien. Un final explosivo para que fuese inolvidable. El toque maestro. La explosión de unos fuegos artificiales metafóricos. Algo que no provocase indiferencia. La maldita ciudad repleta de vida que activase de nuevo su interruptor. Sin embargo, no fue la fachada blanca repleta de columnas acabadas en toques dorados o ese recibidor que era más grande que la totalidad de nuestro instituto, con bustos, naturaleza y agua por todas partes, lo que la hizo reaccionar.

El germen ya estaba en su interior. El trayecto se lo había dado. Las horas de carretera discutiendo sobre qué música seleccionábamos en la radio, paseando por parajes desconocidos que no salían en las guías que traían consigo los turistas europeos, las cenas robando comida del plato del otro y las noches que nos quedábamos hablando en la cama hasta que nuestros ojos se habituaban a la oscuridad y éramos perfectamente capaces de distinguir los rasgos faciales del otro.

Todavía le quedaba mucho, pero April se había situado en la casilla de inicio de su particular juego de superación del duelo. Lo sabía porque había ganado peso, volvía a observar todo lo que la rodeaba con los ojos muy abiertos, como si fuera capaz de distinguir tonalidades y detalles que estaban vetados para el resto del mundo, y de nuevo sonreía sin parecer culpable por hacerlo. Bendita risa de cerdo.

El hecho de que ella estuviese despertando, regresando a esa vitalidad innata que siempre había poseído y yo admiraba, me provocaba sentimientos encontrados. Por un lado, satisfacción y alivio, pues durante un tiempo dudé de que el milagro fuese posible. Por otro, nostalgia y temor. Ya no me quedaban excusas para retenerla a mi lado. En dos días terminaría nuestra particular locura, la realidad volvería a golpearnos y con ella la cordura y el lugar en el que cada uno estábamos. Dos sitios demasiados separados.

Por más que lo intentaba no se me ocurría ningún pretexto para acudir cada mañana a su casa por el placer de verla desayunar manchándose todo el labio superior de Nesquik, provocando que pareciese que tenía bigote, mofarme de ese rastro de baba que se le quedaba en la comisura cuando había dormido de un tirón, reírme al ver que hablaba con el televisor cuando una película

realmente le gustaba dando indicaciones a los protagonistas, enfadándose con ellos, llorando y pegando un grito de victoria y un salto cuando todo salía bien.

No existía nada que justificase que me apeteciese estar siempre a su lado. El tiempo era relativo a su presencia. Si April andaba cerca, nunca me parecía perdido. Daba igual la actividad que estuviésemos haciendo. Aunque un espectador ajeno dijese que nada al vernos sentados en un parque sin hablar. Ingenuo. Nosotros sabíamos llenar los silencios compartiendo sensaciones. Y eso era invisible.

Miré el reloj. Quedaban dos días. Ni uno más. Ni uno menos. Saber de antemano lo importantes que serían me hizo llegar a la determinación de que tenía que aprovecharlos.

Lo primero era realizar el maldito baile por el que habíamos venido y después ser dos chicos libres en una ciudad llena de oportunidades en la que había cosas que hacer cada segundo.

El concurso se realizaba en uno de los salones de nuestro hotel. April se había emocionado cuando la organización había informado de que ponían vestuarios y camerinos a disposición de los participantes para que se cambiasen. Yo había decidido hacerlo en la habitación para aprovechar y dar un paseo por las instalaciones. Nuestro punto final había dejado mi cuenta bancaria temblando, por lo que decidí aprovecharlo.

El Caesars Palace era un edificio imponente rodeado de jardines con setos, una fuente impresionante y una reproducción de la mismísima Fontana di Trevi. La construcción parecía la de un templo romano o griego versión hollywoodiense, un lugar en el que habrían querido habitar todos los dioses de la historia de la humanidad.

Los tonos blanquecinos de la fachada se perdían en el interior cediendo ante el marrón y el verde musgo de las alfombras, los artefactos de oro que adornaban las paredes y la cálida luz que bañaba todas las estancias. No obstante, lo más impresionante era el jardín interior con columnas que acompañaban a las cuidadas palmeras, piscinas de agua cristalina con una barra y tumbonas repletas de turistas que dejaban sus bebidas apoyadas en bustos que, para inexpertos como yo, parecían reproducciones realistas de obras de arte.

Caminé un buen rato y me tomé un par de cervezas para convencerme a mí mismo de que tenía las pelotas suficientes para bailar en público. Una cosa había sido proponerlo. Otra, ensayar en los hoteles de paso. Pero hacerlo en directo en un auditorio era algo muy distinto. No se me podía haber ocurrido otra cosa. Algo un poquito menos incómodo y más de mi estilo. No…

Uno de los miembros de la organización me indicó dónde podía encontrar a April. La localicé en la parte trasera del teatro, escondida detrás del enorme telón púrpura, apartando un poco la tela con las manos para poder observar el espectáculo desde las sombras. Sorteé al resto de los participantes que hablaban de pasos o se estiraban hasta llegar a su lado.

Me coloqué detrás de ella. No se volvió, pero supe que se había percatado de mi presencia por la sonrisa que se dibujaba en su rostro. No dijo nada hasta que acabó la actuación que tenía lugar

en ese momento en el escenario. Observaba ensimismada los movimientos, empapándose de cada detalle, balanceándose al ritmo de la música clásica que sonaba en toda la estancia. Se la veía tan impresionada por lo que tenía delante que la envidié. Ojalá tuviese su sensibilidad. Esa capacidad de fascinación. Ver a través de sus ojos por un segundo. Para mí solo se trataba de una chica muy estirada con bastante elasticidad y un tío con unas medias demasiado apretadas que daba saltitos poco masculinos.

–Por un instante creía que habías huido como un cobarde… –murmuró mientras entraba la siguiente pareja que acababan de llamar por megafonía.

–¿Y perderme la oportunidad de hacer de nuevo el ridículo juntos? Nunca –bromeé, mostrando más seguridad de la que realmente tenía. Era un experto fingiendo.

April me miró de arriba abajo y enarcó una ceja. Nunca olvidaré el vestido blanco que llevaba, de tirantes, ceñido hasta la cintura y con una falda de vuelo. Un aspecto ingenuo que contrastaba con los ojos pintados con tonos oscuros y los labios rojos. Era totalmente deliciosa. La jodida maravilla del universo fuera de mi alcance.

–¡No me lo puedo creer! ¡Acabas de cargarte nuestra única oportunidad! ¡Mi plan B!

–¿Tu plan B? –Por la risilla maléfica que le entró supe que no iba a gustarme la respuesta.

–Tu vestuario. –No comprendí a qué se refería. Lo había tenido bastante fácil. El actor salía con una camiseta negra y unos vaqueros del mismo color. Ropa habitual en mi armario.

–¿Qué le ocurre?

–Dada tu enfermiza obsesión por mostrar tu desnudez, había pensado que podíamos utilizarla en nuestro beneficio. Ya sabes, que sedujeras a todas las mujeres del jurado para que nos dieran la máxima puntuación con la esperanza de poder tener una aventura con un yogurín cuando acabase la actuación.

–Lo primero. No es bonito sugerirle a tu pareja que se prostituya, por muy suculento que sea el premio. –Fue a hablar, pero la detuve–. Y lo segundo, ¿yogurín? ¿Yo? Puedo dar clases de sexualidad a todo el público.

April puso los ojos en blanco y pronunció algo así como «fantasma» antes de pasarse la mano por el pelo. Me di cuenta entonces de un detalle.

–¿Te lo has cortado?

–¿El pelo?

–La lengua ya veo que no…

Su cabellera, que normalmente le caía por la espalda, rozaba con las puntas los hombros.

–¡Qué va! Solo me la he rizado para que diese ese efecto y fuese más real. Parecerme más a la protagonista. –Movió la cabeza de un lado a otro como si le hiciera gracia la sensación–. Siempre he querido cortarme el pelo así –se justificó.

–¿Por qué no lo has hecho?

–Por lo mismo que no me lo he teñido de rosa chicle o azul sirena. Me da pavor hacerlo, ver el resultado y montar en cólera.

–Deberías probarlo. No es algo que no tenga solución. Si luego no te gusta, solo tienes que dejarlo crecer. Me ofrezco voluntario para que descargues tu furia asesina si sale mal.

–¿Por qué?

–Porque no me parece un precio excesivo con tal de que empieces a arriesgarte. De enseñarte que ante la duda, la mejor respuesta siempre es hacerlo.

April dio un salto al oír que nos nombraban por megafonía.

–¿Preparado?

–Contigo siempre.

Salimos al escenario. El eco de los aplausos de los asistentes a los dos componentes de la actuación anterior todavía retumbaba en el escenario. Habían dejado el listón alto. Nos lo ponían difícil. Caminamos por el suelo encerado de madera y poco a poco el murmullo generalizado comenzó a disminuir. Estaba nervioso. Ella también.

Un foco nos iluminó de lleno y la oscuridad nos impidió ver al público. No así a los diez miembros del jurado. No sabía qué me esperaba del concurso. Nos había inscrito sin reflexionar, sin pensar demasiado en ello. Pero desde luego que en mi imaginación no era tan serio y riguroso con un tribunal que nos observaba por debajo de sus gafas de media luna apuntando cosas en sus libretas sin haber comenzado siquiera. Puede que para mí fuese algo más parecido a una actuación escolar o el baile del instituto y menos profesional.

April se situó en el centro y yo me quedé en un lado. Sus dotes como animadora le habían otorgado seguridad en este tipo de eventos. Tablas para sentir centenares de ojos clavados en ella, analizando cada detalle de su vestuario o movimientos, sin que le temblasen las piernas. Ese no era mi caso. Mi corazón bombeaba furioso por haberla metido en esa situación y las manos me sudaban. Si ella no llega a mirarme en ese momento presintiendo cómo debía de sentirme y regalándome una de sus sonrisas, creo que me habría largado.

Me concentré en ella. Todo lo demás desapareció.

Los acordes de *Time of my life* comenzaron a sonar. A esas alturas conocía la canción a la perfección. Me sabía la letra y era capaz de tararear la música. Sin embargo, April me había explicado que no debía cantar ni mover los labios, así que me limité a caminar hacia ella con los ojos fijos en los suyos.

La agarré por la cintura, cerca, tanto que era capaz de percibir que ese día se había puesto más perfume que de costumbre para la ocasión, camuflando su olor innato a cerezas. Sujeté con fuerza su mano, la hice girar y la recogí entre mis manos inclinándola hacia atrás.

Cuando terminó, me coloqué a su espalda, reposando de nuevo la palma de una de mis manos en su cintura. April levantó la suya y me agarró del cuello y yo recorrí el camino lateral desde su

pecho, serpenteando hacia abajo al mismo ritmo que lo hacía ella, hasta enredar mis dedos con los suyos y darle la primera vuelta.

A partir de ahí llegó lo fácil. Pasos hacia ella, pasos hacia atrás, lateralmente o hacia el público para acabar agarrados bailando a lo largo del escenario dibujando pequeñas esferas sobre la tarima. Desde un inicio me lo había tomado como si se tratase de un partido de baloncesto, y esa la jugada para alcanzar la canasta, que, en este caso, fue cuando ella giró sobre sí misma provocando que el vestido de vuelo se le subiese, mostrando unas piernas más que apetecibles.

Llegaba entonces mi puñetero momento. No habíamos alcanzado ningún acuerdo definitivo. Ella quería que fuésemos fieles a la película y yo le juraba que no lo haría ni por todo el oro del mundo, que como mucho pegaría el salto, por eso de soltar un poco de adrenalina, y ella sería la protagonista durante esos segundos hasta que hiciésemos nuestra particular y más sencilla versión de la escena final.

Imaginaba que a esas alturas el espíritu de una de las películas más famosas de la historia del cine y elegida por los estadounidenses en todas las clasificaciones de clásicos favoritos habría invadido el teatro y la gente se habría levantado a bailar, tararearía el tema o se mostrarían entusiasmada. No ocurrió nada de eso.

Parecían realmente horrorizados por lo que estábamos llevando a cabo. Como si fuera un despropósito. Una broma de mal gusto. Lo peor que habían tenido que visualizar en años. La observé y me percaté de que ella también se había dado cuenta y, antes de que reaccionase, antes de que se disgustase, actué. Me olvidé de mis principios y del sentido del ridículo y me tiré al puñetero suelo destrozándome las rodillas para balancearme como el mayor imbécil de la historia de Las Vegas de un lado a otro.

Parecía desenfrenado. Desatado. A los miembros del jurado se les acababa de desencajar la mandíbula y, por un instante, pensé que llamarían a la seguridad del recinto para que nos expulsasen con carácter inmediato.

Entonces me concentré de nuevo en ella. Reía. Vaya si lo hacía. El sonido de cerdo habría sonado por encima de la música de los altavoces si no llegan a ser tan potentes. Su risa se acomodó en mi oído y todo dejó de importar. Solo por esa alegría que desprendía merecía la pena hacer el gilipollas el resto de mi vida.

Nadie se levantó conmigo. No tuve un séquito de acompañantes cuando regresé contoneándome hacia ella. Lo agradecí. Era nuestro baile. Suyo y mío. De nadie más.

Con un gesto con el dedo índice la invité a que acudiese a mi lado. April asintió y salió corriendo hacia mí con tanta velocidad que no me dio tiempo a colocarme en una buena postura antes de que se tirase encima y ambos cayésemos al suelo. No habíamos logrado el salto final.

–¿Estás bien? –Susurró desde arriba con los rizos haciéndome cosquillas en las mejillas.

–Tendré que aprender a ir al baño con el culo escayolado. Por lo demás, todo perfecto. –Me

dolía el cuerpo del impacto.

–Lo siento.

–Estamos en Las Vegas. Seguro que hasta los hospitales tienen casinos y luces de esas de colores.

April me miró fijamente a los ojos.

–Lo has hecho.

–¿Qué de todas las cosas? Háblame claro, rubita, que ahora mismo solo puedo pensar en si los asistentes han podido pasar tomates de manera clandestina y vamos a convertirnos en los amos de YouTube cuando suban los vídeos tirándolos.

–Ponerte de rodillas. El baile de… –balbuceó.

–El baile en el que parecía un imbécil. Sí, puedes decirlo.

–¿Por qué?

–¿Qué?

–¿Por qué lo has hecho?

–Quería experimentar lo que se siente cuando todo un auditorio se mofa de ti, aunque en este caso creo que más bien me desprecian…

–En serio…

–¡Yo qué sé! No lo he pensado. Te he visto reír y me ha salido solo. Estabas demasiado bonita así y no quería que parases –confesé.

No había dicho nada del otro mundo. Solo la verdad. April abrió mucho los ojos y me miró como si hubiera dicho algo capaz de cambiar el mundo. Al menos el suyo. Me removí, incómodo. Tenerla tan cerca me estaba nublando el juicio.

–¿Estás a gusto encima? Me tienes atrapado.

–No. No lo estoy…

–¿Por qué no te apartas para que nos levantemos con la poca dignidad que nos queda?

–No he expresado bien mi respuesta. No lo estoy porque lo que necesito es sentirte más cerca. –Un escalofrío me recorrió la espalda al verla dispuesta, entregada.

Se debatió. Lo hizo. Lo noté. Su cuerpo sobre el mío se puso rígido, tenso y su respiración se aceleró al mismo ritmo que los latidos de su corazón. Entonces, justo cuando el sonido de la canción terminaba y oía las voces de indignación de los asistentes, se dejó llevar, descendió con rapidez para no arrepentirse y me besó.

¿Cómo describir algo con lo que llevaba años soñando? Simplemente diciendo que superó todas mis expectativas. Yo, acostumbrado a reaccionar al instante y llevar siempre la iniciativa, me descubrí perdido en un universo de sensaciones que me azotaban con latigazos de placer por todo el cuerpo.

El tacto de sus labios era mejor de lo que esperaba, tan suaves como suponía y a la vez

cargados de una fuerza que no había adivinado. Entreabrimos la boca y la probé. Joder. Lo hice. Por fin. Algo explotó dentro de mí con el maldito sabor más adictivo del universo. No era fresa, ni menta ni nada conocido. Era su saliva, esa que liberaba todos mis fantasmas y derribaba mi coraza al completo.

Nuestras lenguas se enlazaron y fue el detalle que necesité para ponerme de pie. April pegó un salto rodeando mi cintura con sus piernas y nos fuimos de allí sin mirar atrás para ver los carteles con nuestra puntuación. A esas alturas el resultado nos importaba una mierda. Teníamos algo más importante entre manos. Nuestro propio corazón hablando a través de caricias.

Los besos lentos y calmados fueron subiendo de nivel hasta transformarse en necesidad, con los dientes entrechocando por la potencia, los labios enrojecidos y mis manos apretándola contra mi cuerpo con el único deseo de que se evaporase la ropa por combustión espontánea y nuestras pieles se rozaran por primera vez.

–Cualquiera diría que me tienes ganas… –murmuró, con su aliento rebotando contra mi boca en el pasillo de nuestra habitación.

–Es más, April. Mucho. Infinito. Tengo ansiedad de ti –contesté, con las manos temblándome tanto que era incapaz de pasar la llave por el lector electrónico. Si llego a tener que meterla en una cerradura, no habría sido capaz.

Entramos en la habitación y la dejé encima de la cama. El cabello rubio sobresalía por encima de los cojines blancos y azules. Me arranqué la camiseta. Siempre he sido consciente de que mi cuerpo era musculoso y llamaba la atención. Los ojos de las mujeres solían cargarse de deseo cuando lo veían. No era algo extraño.

Entonces, ¿por qué sentí una punzada de felicidad indescriptible cuando la observé recorriéndome con la mirada? ¿Por qué ver sus ojos azules clavados en mí me hizo sentir el rey del mundo? ¿Por qué cuando se mordió el labio experimenté una descarga eléctrica por todo el cuerpo?

De repente el amor cobró sentido. Comprendí esa manida frase de que cuando encuentras a la persona el sexo es mucho más. No quieres reducirlo a algo rápido, sino degustarlo, alargar el proceso. El instinto animal se eleva a otra dimensión. A algo tan profundo que durante los instantes de intimidad te planteas que es posible la existencia de universos paralelos, ya que estáis creando el vuestro. Único. Irrepetible. Inmejorable. Tallado con vuestras iniciales.

Me lancé sobre ella y, antes de que llegase a su altura, levantó la cabeza para que el beso se produjese unas milésimas de segundo antes. Ella sentía la misma urgencia. La misma necesidad de contacto. La misma impaciencia. Ser consciente de todo eso me hizo gemir de un modo animal.

Sin dejar de devorarle los labios, apoyé mi mano en sus muslos y comencé a subirle el vestido. Colocó sus dedos encima para detenerme y dejó de besarme.

–No tenemos que hacer nada que no quieras. –Me adelanté a su petición. Podría pasarme toda la noche besándola, y lo disfrutaría más que echar cinco polvos bestiales.

–No es eso. –Sus ojos azules seguían oscurecidos, presos del deseo, y se retorcía debajo de mí apretando los muslos–. Quiero que sigas, pero…

–¿Pasa algo? –Me quité de encima y me coloqué a su lado, apoyado en mi brazo. No iba a presionarla. Nunca. Ella mandaba. Necesitaba hacerlo todo bien, de modo que cada vez que recordase alguno de nuestros contactos se le curvasen los labios.

–Es mi pecho. –La respuesta me pilló desprevenido–. Tengo una cicatriz por el accidente. Impresiona.

–Déjame verla.

–No es agradable –advirtió.

–Permíteme que lo juzgue yo, por favor.

April asintió. Despacio y con delicadeza, comencé a quitarle el vestido blanco.

–Braguitas de dibujos… –Enarqué una ceja.

–¡No sabes lo que me costó encontrar unas de los Rugrats! –Me quedé igual que estaba–. ¿No los conoces?

–No tengo el placer.

–Es una de las mejores series. Algún día la veremos juntos.

–Lo haremos. Ahora da las gracias a mi tremenda virilidad. Cualquier tío se habría venido abajo con esta imagen… –bromeé para que dejase de estar tensa, y funcionó. Esa distracción provocó que se relajase.

Continué mi camino ascendente quitándole la ropa y ella me observó, atenta a mi reacción. Descubrí su cuerpo y allí, encima del pecho, había una cicatriz enorme blanquecina que lo atravesaba.

–¿Puedo? –Moví la mano hacia ella. No podía mirar nada más. Ni siquiera ese cuerpo que tanto había deseado ver desnudo y ahora se extendía ante mí con las braguitas infantiles coloridas como única prenda.

–No es necesario si no quieres…

–Lo hago –la interrumpí. April me dio permiso con la duda pintada en el rostro.

Posé la yema de los dedos. Estaba fría. Carne muerta. Comencé a descender.

–¿Qué haces?

–Voy a besar mi parte favorita de tu cuerpo –le expliqué.

–No tienes por qué mentir. –No lo dijo como reproche, sino con confianza.

–No lo hago. Es lo que más me gusta, ¿sabes por qué? –April negó con la cabeza y me observó con curiosidad–. Porque esta cicatriz es la que salvó la herida, la que te curó y no hay nada que pueda gustarme más que el símbolo de que sigues viva, a mi lado.

Los ojos le brillaron y aproveché para posar mis labios sobre ella y recorrer su totalidad inundándola de besos, deleitándome en su cicatriz. Su vientre se contraía con movimientos potentes debido a su respiración agitada y su carne se ponía de gallina allí por donde pasaba. La desnudé con delicadeza y me quité la ropa con las manos temblorosas.

–¿Estás segura? –pregunté de nuevo mientras me colocaba el preservativo. Quería cerciorarme.

–¿Y tú?

–Bastante. Llevo deseando esto desde que te vi la primera vez en tu habitación cuando se fue la luz del barrio. Puede que incluso antes, aunque no te conociera.

No añadió nada más. Como respuesta a mi pregunta simplemente abrió las piernas dispuesta para recibirme.

Quería follarla, hacerle el amor y cualquier palabra con la que se pudiese hablar de sexo. Todo eso a pesar de que no sabía si era posible. Debía intentarlo.

Me introduje lentamente y el calor de su cuerpo me invadió de tal manera que llegué a creer que nunca más en la vida volvería a tener frío. No paré de evaluar sus rasgos, los gestos de su cara, mientras entraba hasta llenarla por completo. Cuando lo hice su boca se abrió y de sus labios se escapó un pequeño grito. No hizo falta que dijese que no tenía mucha experiencia. Lo adiviné por cómo se sorprendía y sus gruñidos de placer se entremezclaban con pequeños gritos de emoción.

Me apoyé sobre mis codos y me moví con lentitud sin parar de besarla. Estaba atento a cualquier signo que delatase que le hacía daño. Poco a poco. Sin prisas. Con ella, esa palabra no existía.

April se acostumbró a mi presencia y comencé a incrementar el ritmo. Era la primera vez que me acostaba con ella y ya sentía que conocía su cuerpo a la perfección, como si estuviéramos hechos el uno para el otro y su anatomía fuese capaz de revelarme lo que quería. Sin palabras. Sin intervenir. Solo con sentimiento.

Noté que se iba a ir y me moví más rápido, introduciéndome de manera más certera y potente. Enarcó la espalda y gritó de placer. Entonces me pitaron los oídos, el cuerpo me tembló, todo se desdibujó a mi alrededor y con un par de sacudidas me corrí yo también. Grité como nunca lo había hecho. No era el polvo más salvaje que había tenido, pero sí el primero en el que el amor se mezclaba en la ecuación, fue devastador. Sin lugar a dudas, el mejor de mi existencia. La humanidad, el corazón y la naturaleza mezclados hacían un cóctel explosivo.

Me dejé caer a su lado y ella me abrazó. No dijo nada. Solo actuó. Se enroscó a mí. Y yo me olvidé del cigarro que solía fumarme después. De cómo se respiraba. De mi nombre. Moví las manos y la apreté contra mi pecho, con nuestras pieles sudadas fusionándose. Juro que no me

habría importado morir en ese preciso instante. Siempre he pensado que la vida es como una montaña rusa. Acababa de llegar al punto más alto.

Capítulo 28

Salí de la habitación del hotel. A diferencia del resto de la construcción, los pasillos eran estrechos, con una moqueta marrón y las paredes empapeladas con un tono liso beige y unos trazados dorados de formas extrañas cuya interpretación era totalmente subjetiva. En mi opinión se asemejaban a flores con ondas circulares a su alrededor.

Anduve hasta el ascensor y esperé. Había uno en cada esquina. El complejo era tan grande que habían colocado estratégicamente cuadros con planos para aquellos que, como yo, no tuviesen muy buena orientación.

Sebastian se había marchado hacía un buen rato para seguir investigando las diferentes estancias. Había tantas que a veces me veía como *Alicia en el país de las maravillas* abriendo puertas sin saber a ciencia cierta qué me iba a encontrar al otro lado, con la emoción contenida de lo inesperado.

¿Cómo me sentía con respecto a mi vecino? Esa pregunta era complicada. Tal vez no tenía respuesta o ya la sabía, pero no quería asumirla. Lo único que tenía claro es que no podía ocurrir. Nunca. No estaba bien. No era ético. No era respetuoso con la memoria de Sam. Mi corazón se había marchado con él y no tenía derecho a reclamarlo de nuevo y, mucho menos, entregárselo a otra persona.

Tenía las ideas claras, cristalinas, en mi cabeza. ¿Qué había pasado entonces en mitad del baile? Que la había perdido. Que mi racionalidad había decidido tomarse unas vacaciones en el momento menos adecuado.

Si cerraba los ojos, era capaz de identificar el instante en que mi propia voz interior se había silenciado ante mis palabras. Justo cuando me había dado cuenta de que el hombre que tenía enfrente era capaz de hacer cualquier cosa por mí, por verme mejor, incluso, con su carácter reservado y solitario, exponerse delante de un teatro a rebosar con tal de hacerme reír.

La última pared de mis reservas con él, esas que cimentó durante años gracias a su comportamiento, se vino abajo conforme terminó de pronunciar las palabras con su aliento cálido

rebotando contra mis labios.

Mis ojos lo vieron en ese momento de otra manera. Dejó de ser el chico oscuro que me decepcionaba con cada comportamiento suyo que observaba desde la lejanía. El adolescente problemático que utilizaba los puños antes que la lengua. El egoísta al que no le importaba nadie más que él mismo, aunque eso destrozase a todo aquel que estaba lo suficientemente cerca.

Y se convirtió en la persona que me hizo sentir la chica más poderosa sobre la faz de la Tierra cuando me abrazó en las puertas del hospital clavándome las uñas en la espalda como si mi contacto fuera capaz de salvar el mundo. El suyo al menos. El hombre que en el día más triste de mi vida logró robarme una sonrisa enseñándome una estrella.

Ninguno de los dos éramos la misma persona que en el pasado. Las circunstancias nos habían cambiado. Nos habían acercado de un modo que un año antes habría creído imposible. Me habría atrevido a jugarme las manos y los pies a que nunca podría pasarme horas hablando con mi vecino de temas poco memorables y otros que seguramente habían cambiado mi manera de ver el mundo, compartiendo los cascos para escuchar su penoso gusto musical, bailando por todo Estados Unidos y durmiendo con el sonido de nuestra respiración acoplada. Él y yo escribiendo las páginas de un presente inesperado para ambos.

Dos gotas de agua que habían viajado por un cristal, distorsionándose hasta encontrarse de nuevo.

Recordaba a la perfección cada segundo al lado de Sebastian la noche anterior de un modo tan intenso que era capaz de notar sus labios reclamando con urgencia los míos, sus manos duras recorriendo mi piel con una ternura desconocida y sus ojos oscuros, en los que podía observar mi propio reflejo, verme desnuda del mismo modo que él lo hacía y descubrir que, para mi propia desesperación, él no era el único que me observaba con devoción. Era algo mutuo. Y yo no podía permitírmelo.

Lo localicé en el bar principal. Había una actuación en directo. Una mujer ataviada con un precioso vestido negro, largo, enganchado en el cuello con unos tirantes de diamantes, sostenía entre sus manos un micrófono y cerraba los ojos mientras cantaba de un modo sublime, apoyada en el piano de cola que tocaba su acompañante, *True colors*, de Cindy Lauper. La letra hablaba de una mujer que había logrado ver los verdaderos colores del hombre al que amaba y le decía que no temiese enseñárselos a todo el mundo porque eran hermosos como un arcoíris.

El ambiente del local era íntimo y a la vez elegante gracias a sus mesas de madera ennegrecida y sus sofás verde musgo. Mi acompañante, el eterno amante de las chaquetas con capucha, el pelo desordenado y los vaqueros caídos, no desentonaba. Antes de meterme en el baño a ducharme y cambiarme había visto encima de la cama el traje de chaqueta pantalón negro, con la camisa blanca y la corbata gris que ahora llevaba puesto. Cualquiera que no lo conociera podía

tomarlo por el hijo de algún millonario o un visionario que había forjado una fortuna creando alguna red social.

La actuación terminó. Sebastian movió las manos para regalarle a la artista un aplauso que nunca llegó a efectuar al ver que el resto del mundo permanecía como si nada. Los asistentes debían estar tan acostumbrados que eran incapaces de valorar lo que acababan de presenciar y él no quiso desencajar. Aprovechó el movimiento que había comenzado para toquetearse el cuello.

–¿Sabes quién creó las corbatas, rubita? –me preguntó cuando llegué a su lado. Traté de no sentir nada cuando se giró. Me forcé a mí misma a permanecer impasible, cuando la realidad es que su visión me perturbó.

–¿Por qué iba a saberlo?

–No lo sé. Sueles tener respuesta para todo. Eres más efectiva que Google. –Iba vestido de un modo impoluto, a excepción de esa prenda con un nudo imposible que rompía el encanto del traje.

–¿Por qué te interesa?

–Me gustaría conocer algún día a sus descendientes para preguntarles si su antepasado era un sádico.

–¿Sádico?

–Sí, de otra manera no habría inventado algo con lo que asfixiar lentamente a todos los hombres que lo llevasen –se quejó.

–Anda, deja que te la ponga bien.

Me puse enfrente de él y comencé a juguetear con la tela. Hacer un nudo perfecto no debía de ser tan complicado. Incluso mi padre, máximo defensor de las camisetas anchas, negras y con dibujos de los grandes villanos de la historia del cine, sabía cómo hacérselo cuando iba a los juzgados.

Me mordí el labio probando todas las combinaciones posibles que se me ocurrían, pero no había manera. Cada vez lo estaba dejando peor.

–¿Por qué finges que sabes hacerlo cuando no tienes ni idea? –Sonrió con suficiencia.

–Tenías razón –confesé, quitándosela.

–¿Qué haces?

–Mejor sin ella que como la llevabas. –La guardé en mi bolso.

–¿Y romper nuestro momento de etiqueta? –Me señaló de arriba abajo. Me había puesto un bonito vestido largo palabra de honor de color rosa palo, ceñido al pecho y suelta hasta rozar el suelo.

–Yo lo he hecho antes. –Me levanté un poco la tela para mostrarle mi calzado, unas converse blancas. Con las prisas, mientras hacía la maleta había olvidado meter unos zapatos de tacón decentes. De hecho, el único par que tenía que conjuntaba con el modelo estaba en el fondo de

mi armario, porque hacía meses que no lo utilizaba. Ni siquiera estaba segura de que recordase andar con ellos. Nunca me había gustado torturar de esa manera a mis pies.

–¡Somos un fraude!

–¡No lo digas en voz alta! –bromeé–. Damos el pego.

Ambos nos reímos, cómplices.

–Y bien, ¿puedo pedirme una copa de champán de cien dólares? –Miré hacia la barra.

–Supongo que si te gusta mucho fregar para pagarla, sí.

–¿No me digas que no te has hecho millonario en el casino mientras yo me vestía? –Frunció el ceño–. Eso es lo que pasa en todas las películas de Las Vegas. La gente viene y se forra.

–También se casan con anillos cutres hechos con el plástico de una botella y no me veo llevándote esta noche al altar vestido de Elvis. –Di un respingo que no le pasó desapercibido y comprendió al instante. No quería que la conversación degenerase hasta acabar hablando de temas íntimos–. No he jugado. No me gusta dejar las cosas al azar.

–Entonces deduzco que no has elegido una sala de juegos para que vayamos esta noche.

Solo íbamos a estar dos días en Las Vegas. Era imposible que hiciésemos todo lo que nos apetecía a ambos. Por ese motivo, habíamos llegado al acuerdo de que cada uno elegiría una actividad.

–Para nada. Soy un poquito más original. Imprevisible. –Salimos del *pub*.

–¿De verdad lo crees?

–Lo sé.

–Tres intentos. Eso es lo único que necesito para adivinarlo.

Salimos a la calle.

–Soy todo oídos, pitonisa.

–Nos vamos de *pub* a que vivas tu propio *Resacón en Las Vegas.*…

–¿Arriesgarme a acabar con un tatuaje cutre en el brazo, perdiendo el coche o, lo que es peor, viendo cómo te casas con un bailarín de un club de estriptis? Pensaba que lo harías mejor.

–¿La montaña rusa que es una réplica de Nueva York?

–¿No has aprendido nada de mí? Después de nuestra parada en la feria creí que te había quedado claro que lo mío con las atracciones no es precisamente amor a primera vista. –Cruzamos a la acera de enfrente, por donde iba menos gente. Una corriente de aire me azotó y me froté los brazos–. Aunque, ahora que lo pienso, eres de aprendizaje lento. Todavía no has interiorizado que es importante llevar una chaqueta para ponerte por encima. –Me tendió la suya y me la puse. Mierda, olía a él. A los recuerdos. Un aroma que se había instalado en mis fosas nasales y me devolvía a la noche anterior con su cuerpo sudoroso sobre el mío.

No podía. No debía. Fulminé los pensamientos con la esperanza de que se llevasen con ellos los sentimientos.

–Última oportunidad –remarcó.

–Estás seguro de que voy a volver a fallar, ¿verdad?

–Después de ver tus penosos intentos anteriores no podría pensar de otra manera.

–He dejado para el final la respuesta. Para dar un poco de emoción al juego…

–¿Y esa es…?

–El espectáculo de la fuente del Bellaggio.

En los exteriores de ese hotel, cada media hora entre las tres y las ocho y cada quince minutos hasta medianoche, el lago artificial explotaba en más de mil doscientos chorros de agua lanzada a presión a más de ciento cincuenta metros de altura. Una exhibición repleta de color gracias a la iluminación al ritmo del gran Frank Sinatra o Gene Kelly, entre otros.

–Eres buena. –Asentí, satisfecha–. Mucho, de hecho…

–Tampoco ha sido complicado. –Le resté importancia con fingida modestia–. Todo el mundo va andando en esa dirección.

–… Una lástima que nosotros ahora mismo vayamos a girar dejando ese espectáculo atrás, ¿no te parece?

Me guiñó un ojo y me quedé totalmente desubicada, ¿adónde íbamos?

Sebastian era bueno guardando secretos o yo era muy mala en mis penosos intentos de persuasión durante los veinte minutos que tardamos en llegar a nuestro destino.

Reconozco que me decepcionó un poco cuando me encontré frente al hotel Le Reve. Por un momento creí que íbamos a una exhibición de coches o lo que fuera que le gustase a mi acompañante, y no podía culparlo porque era su elección.

Me sorprendió. Nunca imaginé que su interior albergaba la puesta en escena más sobrecogedora que vería en mi vida. A día de hoy todavía no ha existido nada que la haya desbancado. Puedo notar cómo los ojos se me enrojecen, la piel se me pone de gallina, el corazón se me encoge y las lágrimas circulan libremente por mis mejillas solo con cerrar los ojos y rememorarlo.

En el interior del hotel Le Reve había un teatro capaz de hacer que el arte se transformase en tu propia sangre palpitante circulando por tu interior, logrando que todas las partes de tu cuerpo quedasen a su merced. El talento te poseía. No podías escapar.

Había pocas localidades y las más alejadas de la pista estaban a tan solo doce metros, de modo que eras capaz de ver cómo el pecho de los artistas subía y bajaba a medida que aumentaba el ritmo de la actuación, observar el sudor perlado cayendo de sus rostros y sentirte una prolongación de sus movimientos. Todo ello en una pista muy especial que, lejos de estar formada por la madera a la que estaba acostumbrada, era acústica.

–Antes de que lo hagas, tengo todo el derecho del mundo a llamarte mentirosa si dices que sabías que veníamos aquí. Estás demasiado emocionada para que me lo crea –apuntó Sebastian

mientras nos sentábamos en la tercera fila.

–No conocía esa faceta tuya de aficionado al teatro…

Poco a poco la sala se llenaba y yo no podía dejar de mirar el lago azul intenso que estaba en el centro, los focos que esperaban ser encendidos y los altavoces vibrando suavemente con una música lenta que no identificaba.

–Normal, porque no existía. Ni siquiera sé si me gusta ahora mismo.

–Entonces, ¿por qué hemos venido? –Me giré y comprendí que era exactamente la pregunta que estaba esperando.

–A ti te van estas cosas, ¿no?

–Pero era tu turno…

–Eso no significa nada. Poder elegir no significa que tenga que elegir algo a mi medida. Prefiero ver cómo disfrutas. Por no hablar de que me gusta descubrir cosas nuevas contigo, que cambies mi punto de vista de lo que me rodea, que me muestres que estaba equivocado al despreciar determinados eventos sin haberlos probado.

–¿Todo eso lo hago yo?

–Por supuesto. Tú haces que cambie mi actitud de enfrentarme al mundo. Sigo teniendo las mismas cosas delante, pero a tu lado me parecen diferentes.

Nos quedamos mirándonos fijamente. No sabía qué decir, porque lo que me apetecía no era hablar, sino acercarme lentamente y fundirme con sus labios en un beso en el que le entregase mi alma. Toda. Entera. Para él. El problema es que la mía ya tenía dueño.

Agradecí que justo en ese momento comenzase la actuación y me librase de la tesitura en la que estaba envuelta que, definitivamente, no sabía manejar.

Pasamos una hora y media al son de *Adagio*, de Tomaso Albinoni, en la que los artistas se movieron por el agua y ese cielo artificial creado para nosotros. Hubo colores, música, movimiento, nadadores sincronizados, gimnastas, acróbatas aéreos, números, bailes y muchos cambios de vestuario. Y durante todo ese tiempo me sentí caminando por la misma cuerda que una de las artistas, debatiéndome en seguir la línea recta, o saltar al vacío, a la piscina que en mi mundo era agarrar la mano de mi vecino que rozaba con el dorso de la mía en un contacto que me parecía insuficiente.

–¿Veredicto? –consultó nada más salir del hotel.

–No creo que existan palabras para definirlo –sentencié–. Ha sido algo increíble. No voy a olvidarlo nunca, Sebastian. Te lo prometo.

Mi acompañante parecía feliz hasta que de pronto le cambió la cara. El cuerpo se le tensó, apretó la mandíbula y sus ojos se tornaron oscuros, negros. No le reconocía. Bueno, sí, lo hacía. Una versión de tiempos pasados que creía que se habían quedado atrás.

–Vámonos.

–¿Qué pasa? –le pregunté, desubicada.

No contestó. Se quedó paralizado. Seguí la dirección de su mirada. Frente a nosotros había una pareja. Un hombre elegante que reía de la ocurrencia de la mujer que llevaba agarrada por el brazo. Sus ojos se detuvieron en Sebastian y hubo un segundo de reconocimiento. Un momento fugaz que pasó de largo al mismo ritmo que ese señor alejándose.

–¿Quién era? –le pregunté, girándome en su dirección, y lo que observé me dejó con la boca abierta. El musculitos temblaba de furia, rabia y dolor. Antes de que lo pronunciase, ya sabía de quién se trataba.

–En el libro de familia creo que pone que es mi padre.

Los actos que había llevado a cabo me hicieron despreciarlo inmediatamente. Él era el hombre que había abandonado a Sebastian movido por una ambición que no conocía límites, moral ni sangre. El ídolo caído que lo había hecho estrellarse contra una realidad que no era la esperada. El fin de su inocencia.

Me recorrió un escalofrío.

Sebastian giró sobre sus talones y comenzó a andar.

–¿Sabes regresar al hotel?

–Voy contigo –me ofrecí. Que lo ignorase de ese modo había tenido que partirlo en mil pedazos, y todavía no sabía cómo había logrado contenerse.

–Esa no es la pregunta, ¿sabes?

–Sí, pero…

–Nada. Quiero estar solo.

No me dejó contraatacar ni argumentar los motivos por los que deseaba acompañarlo. Se perdió entre el gentío con la rapidez de quien es experto en huir. Pensé en decirle algo a su padre, un discurso que le hiciese reflexionar, pero llegué a la conclusión de que era una pérdida de tiempo.

Esa noche no pude cenar. Volví al hotel y me encerré en la habitación. Los gritos de juerga del exterior llegaban a través de la ventana abierta. La gente se lo estaba pasando bien, disfrutando de la ciudad del pecado. Yo tenía el estómago encogido y me mordía las uñas con ansiedad.

¿Qué estaría haciendo? ¿Cómo le habría afectado encontrarse cara a cara con él? ¿Habría supuesto eso un punto de inflexión nuevo en su historia? ¿Era esa piedra en su camino suficiente para desestabilizarlo?

Tenía muchas dudas y estaba preocupada, y el hecho de que pasasen las horas y siguiese sin saber nada de él solo hacía que aumentasen mis nervios y esa incertidumbre que estaba a punto de volverme loca cada vez que lo llamaba al móvil y no contestaba. No entré a valorar por qué sentía la incipiente necesidad de estar a su lado, escucharlo, ayudarlo, apoyarlo, hacer lo que me pidiese con tal de que volviera a estar bien. Podía soportar mi tristeza, pero no la suya.

Miré la puerta esperanzada cada vez que escuchaba unos pasos en el pasillo. Perdí la cuenta de en cuántas ocasiones lo hice. Me senté todavía con el vestido en el sofá que daba al amplio ventanal y esperé mirando por la abertura con la esperanza de distinguirlo entre la masa humana que había a mis pies.

Las familias habían abandonado las calles de Las Vegas, que se inundaron de jóvenes que se tambaleaban, gritaban y exhibían sus borracheras con orgullo cuando la puerta por fin cedió. Me levanté de un brinco. La luz del pasillo enmarcó por detrás a Sebastian. Traía la camisa por fuera, mojada, posiblemente de alcohol, el pelo revuelto, la mirada pérdida y a duras penas se tenía en pie mientras caminaba.

–¿Dónde has estado? –Lo sujeté antes de que se cayese al suelo.

–Gastándome todo lo que me quedaba de presupuesto en whisky. Pero del bueno. De calidad. Como un señor.

–Ni que lo digas. Apestas. –La camisa tenía chorretones por todos los lados. Casi me coloqué del hedor que desprendía–. ¿Has venido solo en estas condiciones o te ha acompañado alguien?

–Había un par de voluntarias, pero me ha parecido feo traerlas por el tema de que anoche nos acostamos. Ay, he hablado del tema tabú, lo siento –dijo con sarcasmo. Se zafó de mi contacto y se tapó la boca teatralmente. Omití su comentario.

–Deberías haberme dejado acompañarte. Podíamos haber hablado…

–¿De qué? ¿De Dan? No hay mucho que decir. No me ha pillado por sorpresa descubrir que esa rata sin sentimientos no me quiere.

Se chocó contra la mesa del televisor. Iba borracho. Mucho.

–Aun así… –volví a la carga.

–Aun así, ¿qué, April? ¿Quieres que juguemos a ser sinceros el uno con el otro? ¿De verdad quieres? Porque ese no es el único tema que tenemos que debatir. Me suda los cojones lo que le pase al desgraciado. Lo he visto y no he acabado la noche en prisión por utilizarlo como saco de boxeo. Un triunfo. –Se acercó hasta colocarse enfrente de mí–. Si quieres que mantengamos una conversación, el tema es otro.

–No sigas por ahí…

–Se me olvidaba. Tú decides cuándo tengo que abrirme en canal y cuándo tengo que fingir que algo no ha pasado, ¿no? –Nos quedamos en silencio–. Entiendo. Voy a ducharme.

–Sebastian, espera…

–No me da la gana.

Cerró la puerta del baño con un portazo. Oí que abría el grifo y fui con determinación.

–¿Qué quieres que te diga? ¡Dime! –grité. No me contestó. Abrí la cortina y, sin pensarlo dos veces, me metí dentro de la enorme bañera, con la ropa puesta.

Sebastian estaba desnudo. Apoyaba la cabeza contra los azulejos de la pared con los ojos

cerrados y el agua caía por su cuerpo.

–¿Qué te pasa? ¿Por qué estás enfadado conmigo?

–¿No lo sabes? –Los abrió y su mirada penetrante se clavó dentro de mí a la vez que el bajo del vestido se empapaba de agua. El alcohol había soltado lo que llevaba callándose todo el día cuando huía tras cada intento de acercamiento por su parte.

–¡No!

–Me pasa que acostarme contigo ha sido la jodida experiencia más maravillosa que he tenido y ahora parece que debo ignorarla. –Di un paso–. Me pasa que después de tenerte tan cerca, cada segundo que no puedo rozarte me quema y parece que tú solo quieres alejarte. –Otro más–. Me pasa que deseo que me digas algo sobre lo que está ocurriendo entre nosotros, que hables, porque esta maldita incertidumbre me está matando.

–Pero yo no puedo…

–¿Por qué? ¿Es que ha significado tan poco que no tienes ni una opinión al respecto? –Se aproximó hasta el punto de que lo único que podía ver era a él.

–Ese es el problema, que sí la tengo –confesé.

–¿Tan mala es que no puedes decírmela? No soy frágil. He soportado muchos golpes y sobreviviré. Solo quiero saber lo que piensas porque voy a volverme loco intentando descifrar cada cosa que haces.

Se quedó quieto, esperando.

–¿Qué quieres que te diga? –Me aceleré–. ¿Que me gusta hablar contigo hasta quedarme seca? ¿Que no hay nadie en el mundo que me haga sentir que las discusiones son complicidad y conexión? ¿Que las sonrisas que más disfruto las provocas tú? Podría hacer mil preguntas más y todas serían ciertas. Del mismo modo que pronunciarlas en voz alta hacen que me sienta mal y sucia porque sé que no debería, que no puedo. Y sí, hoy he intentado apartarme, pero estás muy confundido con el motivo.

–Pues explícamelo. –Nuestros pechos subían y bajaban con intensidad.

–Porque cada segundo que paso a tu lado deseo tres más, porque en cuanto probé tus labios quise arrancártelos para que fueran míos, porque estoy aterrada de que vuelvas a entrar dentro de mí y no querer dejarte salir nunca. –Noté que los ojos se me llenaban de lágrimas, pero continué. Tenía que hacerlo–. Porque yo no quería que mi corazón volviese a vivir después de la muerte de Sam y lo está haciendo con unos latidos que llevan tu nombre, que palpitan al ritmo de tu voz, de los que tú eres su dueño. ¡Y te odio por ello! ¡Te odio por no dejar que me disecara entre las paredes de mi casa! ¡Te odio por regalarme un viaje que nunca voy a poder olvidar! ¡Te odio por la huella que estás dejando en mí! Pero sobre todo, digo que te odio porque no soy capaz de formular en voz alta el nombre del verdadero sentimiento que desatas en mí.

–April, ¿sabes qué?

–¿Qué? –contesté con rabia por haberle confesado algo que debía ser mi secreto.

–Yo también te odio.

Sus manos se enredaron en mi pelo y nos fusionamos en un beso en el que mis lágrimas se perdieron con el agua de la ducha. Los labios chocaban con violencia y las lenguas invadieron la boca del otro en una guerra en la que los dos bandos ganaban. Recobré el aliento durante el medio segundo de separación en el que me arrancó el vestido y lo tiró al suelo de la bañera.

Me colocó contra los baldosines y sentí el contraste del frío material y el agua cálida golpeando mi cuerpo. Sus brazos me estrechaban con ansiedad y yo me retorcía de placer debajo de él ansiosa por tenerle más cerca, porque nuestras pieles dejasen de rozarse por la superficie para hacerlo por el interior.

No me reconocía en aquella desesperación, en los sonidos guturales que no podía controlar cuando simplemente me acariciaba, me mordía el cuello o me miraba mientras sus dedos se hundían dentro de mí. Grité de impaciencia a medida que aumentó el ritmo. No quería estallar en un orgasmo sola, quería hacerlo con él, explotar sin pensar. Vivir ese momento al máximo y que al día siguiente pasase lo que tenía que pasar.

Moví mi mano con decisión y agarré su miembro masajeándolo de arriba abajo. Apartando mi poca experiencia y guiándome por su mirada, averiguando qué lo excitaba cuando se le nublaba o su mano libre apretaba más mi cadera para atraerme más cerca.

–Quiero más… –logré articular ahogando un gemido.

–Dímelo otra vez. Quiero grabar esa frase en mi memoria por si no hay ninguna otra ocasión después.

–Quiero más, Sebastian. Todo de ti hasta perder la conciencia.

Él cerró los ojos unos instantes. Como si esas palabras le diesen más placer que toda la pasión de un acto sexual. Las saboreó un rato antes de separarse, abrir la cortina y colocarse el preservativo. Sus labios húmedos resbalaron sobre los míos, abriéndose sobre mi boca, con su lengua invadiéndolo todo, antes de elevarme y que yo envolviera sus caderas con las piernas.

Se movió hasta el grifo y me colocó debajo mientras se hundía en mí. Me descubrí a mí misma presionando su trasero con los talones para que la invasión fuese más profunda. Lo quería dentro. Al completo. El ciento veinte por cien. Sebastian en todo su esplendor, y me hizo caso, se hundió de golpe y yo levanté la cabeza para que el agua me diese de lleno en la cara con los ojos cerrados con fuerza. Todos los sentidos y las sensaciones concentrados en ese momento.

Estuve así a su merced y me sacudí como si me estuvieran azotando millones de descargas eléctricas cuando las penetraciones comenzaron a ser más profundas y con un ritmo más elevado. No podía contenerme y a esas alturas ya no sabía si gritaba, gemía o todos los ruidos estaban solo en mi cabeza.

Sebastian tomó el control con un beso intenso, lento, con más amor del que yo me atrevía a

pronunciar en voz alta, que bien podría haber durado todas las horas que restaban hasta nuestro regreso a Charleston, en el que me dejó su sabor, lo abracé con ansiedad y él me apretó con fuerza mientras nos íbamos con un orgasmo que me hizo temblar, con el que descargué más adrenalina que cuando me lancé del paracaídas, exhausta, sin movimiento, con ganas de quedarme en esa postura, con él dentro y mi cabeza apoyada sobre su hombro el resto de mi vida.

Capítulo 29

Notaba las extremidades del lado izquierdo de mi cuerpo entumecidas. Algo normal, dado que April estaba enroscada con su pierna sobre la mía y la cabeza apoyada en el hombro. Notaba su respiración acompasada, escuchaba los pequeños ronquidos que brotaban de su garganta de paladear lo que se suponía que eran palabras sin sentido y su cálido aliento rebotaba contra la piel de mi cuello haciéndome cosquillas.

Nunca había dormido con nadie de esa manera. Me estaba desvirgando en el momento de después. Todo era diferente. Extraño. Una nueva experiencia que acababa de descubrir y a la que resultaba demasiado sencillo acostumbrarse. La verdadera intimidad que comenzaba tras el estallido del orgasmo. La fusión espiritual una vez que los dos cuerpos se habían fundido hasta formar uno solo.

Cuatro eran los escenarios que había vivido. Nos corríamos y yo me largaba. Lo hacía ella. Nos fumábamos un cigarro juntos y valorábamos si nos apetecía intercambiar nuestros teléfonos móviles o era mejor poner el punto final a nuestros encuentros porque no había nada más interesante que rescatar. O esperábamos hasta recuperar fuerzas y continuar con un buen maratón sexual.

No repetí ninguno de esos patrones con la rubita. Cuando terminamos, permanecí en el interior de la bañera sin soltarla, sintiendo esa conexión para la que no eran necesarias las palabras. Estuvimos así un buen rato, con la única interrupción del sonido de las gotas de agua golpeando contra el mármol blanco. Silenciamos todo el ruido, incluido el de nuestra mente, e intensificamos el resto de los sentidos. Solo de ese modo pude apreciar las pecas que le habían salido en el hombro porque le había dado el sol, oler su pelo húmedo y sentir que se relajaba entre mis brazos. Cómoda. En casa.

Una vez fuera, fui directo a mi cama mientras ella se ponía el absurdo pijama que se había comprado de *Dragon Ball* porque, según su opinión, era su obligación moral tener cosas que le recordasen su infancia para no perder nunca parte de la inocencia, la ilusión y la vena soñadora

que solo se puede tener cuando todavía eres una niña, sin los vicios que lo enturbian todo cuando avanzas en la madurez. Me sorprendió que se decantase por esos dibujos en lugar de, yo qué sé, *Minnie Mouse*, por ejemplo. Ella me explicó que eran sus favoritos y yo no pude sino pensar que era el resto del mundo el que nunca había querido verla, y no ella la que había intentado acoplarse a ellos porque siempre había tenido un gusto definido, propio, sin necesidad de seguir las corrientes si no le apetecía nadar en esa dirección porque le gustaba más el otro desvío del río.

No tenía ninguna esperanza de que acudiese a mi lado. Cerré los ojos y cuando oí los muelles crujir y noté cómo el colchón se hundía cediendo ante su peso, sonreí con ganas. De verdad. Se acurrucó a mi lado y el cabello mojado empapó la almohada hasta que todo olía a ella. Dormí de un tirón sintiéndome protegido como cuando era un niño y caía rendido entre los brazos de mi madre en el sofá. Una sensación de tranquilidad absoluta.

Me removí e intenté apartarla con suavidad para no despertarla.

–Cinco minutos más… –murmuró adormilada, dándose la vuelta y abrazándose a la almohada como si fuera su particular oso de peluche.

Me puse de pie. Estaba adorable. Bonita. Natural.

Fui directamente al baño. Meé todo el alcohol que había ingerido la noche anterior y me lavé los dientes para eliminar el sabor amargo. Reparé en el estado en el que lo habíamos dejado todo y se me dibujó una sonrisa perversa al observar la ropa tirada por todas partes y nuestras huellas grabadas en el suelo gracias al agua que habíamos derramado fuera. Si no hubiera sido matemáticamente imposible sin que se percatase todo el personal del hotel, creo que me habría llevado la bañera de recuerdo. Se había convertido en mi sitio favorito de Las Vegas.

De nuevo en la habitación, agarré el móvil y salí a la terraza para no molestarla y desatar su furia asesina. No era necesario que tuviese el rostro desfigurado o navajas en vez de dedos para dar más miedo que soñar con Freddy Krueger cuando tenías once años después de ver una de sus películas, si se desvelaba.

El lugar no era muy grande. Tampoco tenía presupuesto para dormir en una suite. Simplemente había una mesa con un par de sillas. Me asomé, apoyando las manos en la barandilla blanca y metálica. Suponía que la ciudad estaría muerta a esas horas después de ser testigo del ambiente nocturno que reinaba hasta bien entrada la madrugada. Me equivocaba. Nunca estaba vacía.

Las vistas daban a la parte interior del complejo con los inmensos edificios de la ciudad coronando el lago artificial como si fueran montañas. La grandiosidad de lo artificial, de la mano del hombre, de esas obras que me hacían plantearme que, tras todos nuestros defectos, teníamos cosas buenas. Éramos capaces de crear además de destruir.

El grito de un niño me sacó de mi ensoñación momentánea. Miré hacia abajo. Se había caído.

Un señor, que interpreté que era su padre, pegó un salto de la tumbona azul en la que estaba sentado y corrió a su encuentro. Ver cómo lo atendía me produjo sentimientos encontrados.

No pude evitar rememorar a Dan haciendo lo mismo cada vez que me caía jugando al baloncesto. Por mucho que intentase negarlo hubo un día en el que él también fue ese padre abnegado del que me separaban solo tres zancadas si me pasaba algo malo. El hombre que se sentaba a mi lado para atarse sus zapatillas y que así yo aprendiese a hacer lo propio con las mías. El que me subía trozos de *pizza* a escondidas cuando había liado alguna en casa, como, por ejemplo, cuando tiré sin querer las cenizas de mis difuntos abuelos al darles con la pelota y mi madre me castigó. El que me explicaba las cosas que no entendía de las películas de mayores siendo solo un niño. El que me dejaba opinar en los temas importantes de la casa sin tener criterio, como si fuera uno más.

Dan había sido todas esas cosas. Pero se fue.

Lo habría odiado por abandonar a mi madre por otra mujer. Lo habría hecho. Probablemente habría sentido mucha rabia. Tanta que habría dejado de hablarle. Estaba seguro. Del mismo modo que era perfectamente consciente de que lo habría perdonado. De que habría llegado un día en el que me habría dado cuenta de que los padres no son nuestros esclavos, que los adultos también merecen ser felices, que la vida no se acaba cuando tienes un hijo, que igual que ellos desean lo mejor para nosotros es nuestro deber devolvérselo con la misma moneda.

Lo que nunca podría disculpar es que prefiriese observar el color verde de un billete a la cara de Bethany cuando robaba las pinturas de mi madre y se pintaba como una puerta dando más miedo que los actores que se disfrazaban en Halloween. Que eligiese viajar en barcos y *jets* privados por medio mundo antes que de mi mano por el parque. Que colgase el día que lo llamé desde el hospital en lugar de venir en pijama y descalzo corriendo a nuestro lado.

Lo suyo no había sido huir de una vida que lo ataba de lleno a una existencia para nada satisfactoria, sino ponerse la ambición por bandera, aquello que podría darle placer corporal olvidándose de su alma.

¿Qué sentí cuando me encontré con él? ¿Cuando el hombre que un día lo había sido todo, mi héroe, el sabio, la persona más importante del mundo, me ignoraba como si no existiese? Mentiría si dijese que quería destrozarlo, cuando lo único que deseaba era comprobar si seguía oliendo a espuma de afeitar como cuando estaba en casa. Que en lugar de pasar de largo sin echar la vista atrás pronunciase el mejor discurso de la historia que justificase todos sus actos. Algo que me hiciese ver que durante todo ese tiempo había estado engañado, viviendo una gran mentira, y que él había echado tanto de menos tener un hijo como yo un padre.

Por eso hui de April, porque nunca pronunciaría en voz alta mis verdaderos anhelos. Esos que delataban cómo era en realidad. No era alguien fuerte y amenazador, sino una persona que llevaba toda su vida buscando hasta en los sitios más tenebrosos a alguien que lo quisiera hasta el

punto de no abandonarlo. Una persona que simplemente le dijera: «No me voy a ir, nunca, siempre permaneceré a tu lado». Y lo cumpliera.

Por eso me enfadé también con mi acompañante, porque ella tampoco decía esa frase y eso significaba que llegaría un momento, puede que cuando terminase el viaje, en que oiría a sus labios pronunciar un nuevo «adiós». Una nueva despedida que sumar a mi constante existencia repleta de partidas.

Necesitaba tener algo. No material. Sino una persona. Una constante. La mía.

Comencé a beber como un descosido en el primer bar que encontré con las necesidades del pasado, esas que lograban apagar el interruptor y que todo diese igual en el universo alucinógeno llamándome a gritos. Estaba a punto de tirar la toalla. De sucumbir de nuevo ante el polvo blanco, de decaer, cuando oí mi móvil. Lo agarré pensando que sería la rubita de nuevo con la intención de ignorarla y entonces me sorprendió el remitente.

Se trataba de Sophia. Me había enviado un vídeo. Esa mujer ni siquiera sabía usar bien el móvil cuando me había ido. La curiosidad por saber qué era me hizo abrirlo. Y ahí lo tuve. Mi señal. La que llevaba buscando tanto tiempo. El pacto no necesariamente escrito que me quitaba la venda para mostrarme que puede que no fuera Dan, tal vez tampoco April, pero sí que tenía unas constantes solo que no las había querido ver buscando en los sitios inadecuados.

Sophia abría la grabación entre susurros. Parecía una *paparazzi* o una especie de detective privado que espiaba a Ethan desde el salón mientras él, que odiaba todos los deportes, practicaba una y otra vez su tiro en la canasta para, según me dijo ella, tener más actividades en común que hacer conmigo. Lo hacía fatal. Sin encestar ni una. Pero no cejaba en su empeño.

Por primera vez reparé en ellos. Puede que Dan no me subiese la *pizza* a la habitación, pero Sophia nunca había dejado de hacerlo, incluso cuando no me lo merecía. Puede que no me enseñase a atarme las zapatillas, pero intentaba que aprendiese a hacerme un nudo en la corbata. Puede que ya comprendiese el argumento de todas las películas, pero no así los libros de física y química que tanto había intentado explicarme.

Puede que Ethan fuese un hombre solitario, pero le gustaba compartir su privacidad trabajando conmigo. Puede que él no me llevase al parque de la mano, pero había caminado todas las semanas por la clínica de desintoxicación conmigo para jugar al dominó. Puede que no montase una fiesta ni me regalase juguetes caros como mi padre, pero montaba una canasta en mitad de la noche en el patio para que yo disfrutase el día de mi cumpleaños.

Lo tenía. Mis dos constantes. Puede que la vida me hubiese arrebatado muchas cosas de un modo injusto, pero me había regalado otras sin que hubiera hecho méritos para ello. Yo ya no quería héroes que idolatrar, sino personas normales que sentir como mi familia. Aprender esa lección hizo que dejase de pensar en Dan. No se merecía ni un segundo.

Ellos sí. Agarré el móvil y no lo dudé ni un segundo antes de escribir: «Sois lo mejor que me

ha pasado». No recuerdo muy bien lo que me contestó Sophia. Fue un mensaje pasteloso que me dio un poco de vergüenza ajena. Sí que puedo rememorar hasta la última letra del texto de Ethan un par de horas después: «No sé qué le has dicho, pero gracias. No recordaba verla tan feliz desde hace años».

La banda sonora de *El último mohicano* comenzó a sonar en mi móvil avisándome de que me llamaban y me sacó de mi ensoñación.

Miré la pantalla. Era un número muy largo. No conocía el remitente. Probablemente se trataría de publicidad.

–¿Diga? –contesté, dejándome caer en una de las sillas.

–¿Hablo con Sebastian?

–El mismo.

–Soy Sean, el director del centro de desintoxicación de Nueva York –se presentó.

–Ese ordenador no funcionaba como Dios manda antes de que lo piratease… –Allí no teníamos televisión por cable y yo quería ver los partidos. Traté de trucar uno de los ordenadores siguiendo las instrucciones por Internet y nunca más volvió a funcionar. Supuse que se trataba de eso, de cobrar mi estropicio.

–¿De qué hablas? –Pareció extrañarse.

–Nada. Una tontería sin importancia –me apresuré a contestar para que no ahondase en mi confesión–. No sabía que hacíais consultas periódicas para aseguraros de que seguíamos limpios. Pensaba que teníais un poco más de fe en nosotros, confianza…

–Y la tenemos. Ese no es el motivo de mi llamada –aclaró.

–¿Qué pasa? –fui al grano.

–Hoy hemos tenido un comité ejecutivo. Simon, el mentor, nos ha dejado. Estábamos barajando nombres para la nueva incorporación y ha salido el tuyo.

–¿El mío? –me extrañé–. ¿Un cuestionario sobre cuál de los trabajadores me parecería más apto para el puesto?

Simon era nuestro mentor, consejero, instructor, guía. Sus sesiones eran las que más me gustaban. A diferencia de las demás, que parecían o bien programadas o sacadas directamente de un manual de autoayuda, él se dedicaba simplemente a pasar tiempo con nosotros, escucharnos, tratar de comprendernos. Se metía de lleno en nuestro universo destrozado para ayudar a reconstruirlo con nosotros.

–Más bien para que tú cubras el puesto.

No me lo esperaba.

–Debéis de haberos confundido con los expedientes. Ya no es solo que no tenga la carrera, es que ni siquiera terminé los estudios básicos.

–Si quisiera contratar a un psicólogo experimentado no te habría llamado. –Sonó amable–. Los

estudios, como tú dices, no lo son todo. Al menos no en esta profesión donde las personas son lo más importante. Llegar a ellas, de hecho. Puedes estar licenciado con honores en Harvard y no lograr que te presten atención más de cinco minutos, y mucho menos que se abran, que deseen compartir contigo algo más allá de una charla educada.

–¿En qué punto encajo yo?

–En el de que los chavales te escuchan. Todos los profesionales que trabajaron contigo han estado de acuerdo al afirmar que eras una especie de referente para tus compañeros, un líder sin proponértelo. Necesitamos alguien con garra y capacidad de influencia. –Me quedé en silencio. ¿Yo era todas esas cosas? Vaya–. Es un programa piloto. Estarías dos meses de prueba y, dependiendo de cómo fueran, ya hablaríamos de ampliar el contrato.

–¿Cuándo querríais que comenzase?

–Nos gustaría que te pasases la semana que viene para negociar las condiciones, aunque ya te adelanto que el sueldo está bien, el horario es bueno y tendrías libertad para preparar tus sesiones en las instalaciones. No eres psicólogo. No buscamos que se sienten contigo y te cuenten sus penas en un diván, sino que los atravieses y utilices tu experiencia para que su lucha sea más llevadera, compartida.

No podía creerlo. Una oportunidad que llamaba a mi puerta salida de la nada, un día en el que ninguna señal vaticinaba que pasaría algo especial. ¿Valdría? ¿Me gustaba? ¿Podría ser esa mi vocación? ¿Era posible que todos mis errores tuviesen un fin noble, como era evitar que otros cayesen?

Muchas dudas y una sola certeza. Nueva York en una semana.

–¿Qué dices?

–Necesito pensarlo. Dame un par de días y te llamo a este teléfono.

Colgamos al rato, tras prometerle que le devolvería la llamada aceptase o no. Sean recalcó de nuevo palabras de mis monitores como argumento. Ellos me consideraban el ejemplo de reinventarse. No supe cómo encajar tantos halagos. Estaba acostumbrado a que pensasen lo peor de mí. A ser el chico que decepciona. Del que nadie espera nada. El previsible.

La responsabilidad de que alguien me viese de otra manera, de que esperasen algo de mí, supuso un reto y algo se activó en mi interior.

Me asomé a la habitación y observé a April descansando plácidamente en la cama sin ser consciente de que acababa de recibir una noticia que cambiaba todo mi futuro. Me aproximé a ella y, como si me presintiese, se removió sobre el colchón.

Abrió poco a poco los ojos y bostezó mientras se estiraba.

–¿He dormido mucho? –Se incorporó hasta pegar la espalda en la pared. Sentada con los pies estirados. Tenía el pelo alborotado y se limpiaba las legañas con los dedos. Esa imagen suya me cautivó y sentí una punzada en el pecho.

–No lo suficiente para reponer fuerzas después del ejercicio de anoche. –Utilicé mi habitual tono chulesco y se ruborizó.

–¿Qué quieres hacer hoy?

–Había pensado en pedir el desayuno en la cama y decidirlo después.

–Me gusta la idea. Siempre he querido hacer eso.

April llamó por el teléfono de nuestro cuarto al servicio de habitaciones y pidió un par de tazas de leche, zumo de pomelo y tortitas, gofre y un *brownie* para compartir antes de meterse en el baño para darse una ducha.

El servicio era bastante eficiente y no tardó en traernos lo que habíamos encargado. Lo coloqué encima de la cama. Salí al pasillo y corté una de las rosas que había en los jarrones decorativos para colocarla encima de la bandeja.

La rubia salió al rato, vestida con un pantalón vaquero corto y una camiseta de tirantes azul celeste. El pelo le caía mojado por la espalda. Se acercó y, como si fuera lo más normal del mundo, me dio un cálido y fugaz beso en los labios. Leyó mi gesto de sorpresa. En el fondo temía que volviese a actuar como el día anterior.

–¿Qué? No lo he hecho antes porque te tengo un poco de cariño… –Se sentó en un lado de la cama y yo la imité en el opuesto.

–¿No sería al revés?

–Mi aliento era venenoso, Sebastian, ácido, te habrías derretido al contacto. –Sonrió dando un sorbo al zumo.

–El glamur te lo olvidaste en el instituto.

–Allí tampoco lo tenía. Solo que a los demás les gustaba pensar que sí. –Se encogió de hombros–. ¿Decepcionado por conocer a la verdadera April y no al espejismo? –Partió un trozo de tortita.

–Con ganas de saber más de ella. –Sonrió–. Pero no la cara que tendría sin piños. –Me miró sin comprender–. Están negros por el chocolate –le aclaré.

–Perdón. –Comenzó a reírse y fue a agarrar la leche para beber.

–Se me ocurre una manera mejor de limpiarlos.

Deshice el camino que nos separaba. Mis labios resbalaron sobre los suyos, nuestras bocas se abrieron en un beso lento, suave y delicado que dejaba un sabor dulce en nuestros paladares y entrañas.

Me separé y sus ojos azules, más cristalinos por la claridad de los rayos del sol que se colaban por la puerta de la terraza, me miraron fijamente. Lo único que pensé es que nada de Nueva York era comparable a sumergirte en ellos. Nadar. Bucear. Ahogarte.

–Creo que tienes un moratón aquí. –Paseó con las yemas de los dedos por mi hombro.

–Es posible. Anoche me di algún que otro golpe. Me duele un poco el costado –confesé.

Sentía una molestia en la espalda por lo que recordaba que había sido la salida de un taxi más penosa de la historia de la humanidad.

–¡Quítate la camiseta!

–Le has pillado el gusto, ¡eh! –bromeé.

–Te daré un masaje. Lily decía que debería asegurar mis manos porque eran divinas.

–Está bien.

Me la quité, hice un ovillo con ella y encesté en mi maleta abierta en el suelo. April se colocó de rodillas detrás de mí y paseó las manos serpenteando por mi espalda, trazando las líneas que delimitaban mis músculos como si fueran un lienzo y me estuviese pintando con brochas invisibles.

–Eso sí, luego no te atrevas a inventarte mi supuesto problema con el exhibicionismo. Eres tú la que buscas excusas para que esté todo el rato en bolas. –Me pellizcó y me moví instintivamente hacia delante por la molestia–. ¿Divinas, te decía tu amiga? Yo las catalogaría más como diabólicas.

–Tú pórtate bien y te llevaré al nirvana.

–Por una oferta como esa soy capaz de transformarme en el santo más atractivo de toda la historia.

–¿Alguna vez te han dicho que te quieres demasiado?

–¿Eso es malo?

–No lo sé.

–Todo el mundo debería estar enamorado de sí mismo, solo así se puede amar de verdad a otra persona.

April comenzó a mover sus manos por mi cuerpo, apretando, masajeando, acariciando.

–¿Te dolió? –Se detuvo en el tatuaje de las alas.

–Me alivió.

–¿Aliviar? –Le extrañó.

–Sí, cada pinchazo de tinta tenía significado. Se lo dedicaba a alguien. Era mi particular manera de decirle todo lo que había callado. Mi propia declaración de amor.

–¿A una mujer?

–A mi madre. –April asintió y deslizó la yema de los dedos con cariño por los trazos negros, recorriéndolos al completo. Me pareció un momento mágico.

–Siempre he querido hacerme uno.

–¿Por qué no lo haces?

–Por si me arrepiento –reconoció.

–Eso es porque piensas demasiado en el futuro, rubita. Hay que hacerlo. Programar las cosas es bueno, pero sin obsesionarse.

–Claro, eso díselo a los abuelos que van a la playa y se avergüenzan de las calaveras que llevan en el pecho…

–Tienes que hacer locuras sin pensar en el mañana. Es tu deber equivocarte para aprender. Y si dentro de unos años te horroriza el tatuaje que te hiciste en, ¿cuál es tu ciudad favorita?

–Roma.

–En Roma, no pasa nada. Porque cada vez que lo mires no tienes que pensar en la mancha de tinta, sino en que tuviste el valor para hacerlo. Hazte una cosa que de verdad suponga algo para ti, con mensaje o sentimiento, y te aseguro que no ocurrirá. ¿Qué es lo que te gustaría evocar?

Se quedó pensativa. Giré la cabeza y la observé morderse el labio.

–La vida. Para no olvidar nunca lo que me has enseñado.

–¿Y qué es?

–Que es un regalo.

–¿He hecho eso?

–Claro.

–¿Cómo?

–Devolviéndome las ganas de aprovecharla.

Los latidos se me aceleraron. Nunca antes me habían dicho algo tan bonito.

Nunca he estado enamorado, pero siempre he tenido claro que si lo hacía era apostando a todo o nada, abriéndome el pecho en canal y dándole el corazón a la otra persona si hacía falta.

–Estoy enamorado de ti. –Las palabras salieron solas.

–Eso es decir demasiado. –Se puso tensa.

–Es lo que siento.

–¿Cómo lo sabes?

–No es una gran declaración. Son cosas simples, como que cuando te tengo enfrente siento que podría mirarte el resto de mi vida y no me cansaría o que nunca me ha gustado decir la expresión te quiero, pero con tu nombre detrás suena perfecta, April.

Nos miramos fijamente.

–Me gustas. –Arrancó–. Mucho. He intentado engañarme a mí misma, ignorarlo, mentirme, pero es como negar que la luna existe encerrándome en casa. Que yo no la vea no significa que no esté ahí, brillando, llena, iluminando la noche. –Bajó la cabeza y supe que lo siguiente que pronunciase no iba a gustarme–. Pero no estoy preparada. No todavía.

–Puedo esperar. ¿Sabes por qué? Porque mi máximo deseo es estar dentro de ti. Y no me refiero a follar, hacer el amor o como quieras que lo llamemos, sino a traspasar tu piel y habitar dentro de este. –Moví mi mano y rocé la parte de su pecho tras la que estaba su corazón–. Ese es mi único sueño. De hecho, es el primero que he tenido, y me ha enseñado lo que es desvelarse por las noches.

–No quiero que lo hagas. No quiero que detengas tu vida esperando a que se reactive la mía al completo. Ahora estoy bien, pero no sé lo que pasará cuando volvamos a Charleston, cuando me enfrente de nuevo a la realidad lejos de esta burbuja que hemos creado.

–Pues no lo hagamos. Vivamos para siempre en ella.

–Tarde o temprano el recuerdo de Sam llamaría a la puerta y yo sentiría que estoy traicionándolo…

–¿Es por eso? Las cosas se demuestran en vida y tú le diste todo lo que tenías. Te entregaste por completo. –Tragué saliva y la agarré de las manos–. Sam no se enfadaría, ¿sabes por qué? –Negó–. Porque yo no lo haría, porque te quiero de un modo que duele y si supiera que mañana mismo iba a morir, sería capaz de hacer un trato con el diablo y regalarle mi alma en bandeja a cambio de que me asegurase que vas a ser feliz. Me importaría una mierda que fuese con otro, porque sería la única manera de descansar en paz desde la otra dimensión. –Me acerqué–. ¿Sabes lo que es amar? –Sus ojos se pusieron vidriosos–. Amar es dejar de ser egoísta, vivir a través de otra persona, de modo que lo único que te interese es que esté bien porque es la única manera de que tú compartas su mismo destino.

Esperé que mis palabras hubiesen calado.

–Lo siento… –La voz le temblaba–. No puedo darte más de lo que te he entregado hasta ahora y no puedo seguir haciéndolo sabiendo tus sentimientos. No hasta estar segura de corresponderte de la misma manera. Al cien por cien. –Una lágrima cayó por su rostro–. No sé si llegará ese momento y, por ese motivo, tengo que pedirte que me olvides.

Se levantó y fue al baño. No quería que la viera llorar. Le parecía injusto después de ser ella la que terminaba con algo que podría haber sido lo mejor que nos había pasado a ambos antes de intentarlo.

La comprendía. Vaya si lo hacía. Necesitaba tiempo. Espacio. Curarse sola. Y para eso yo tenía que alejarme. Las heridas habían comenzado a cicatrizar y ahora era su turno de tomar las riendas y descubrir la gran verdad que solo sabíamos los que habíamos sufrido una pérdida, que nunca les decíamos adiós, que siempre convivían con nosotros, que se convertían en una prolongación de nuestro propio cuerpo, que continuar adelante era nuestra obligación porque a través de nosotros ellos también lo hacían. Sin embargo, yo no podía decírselo.

Por eso tomé una decisión. Me iría a Nueva York y recé porque el destino, el azar o su propia voluntad volvieran a juntarnos.

Capítulo 30

–¿Estás segura? –me preguntó por tercera vez Kelly. Podía ver su rostro a través del espejo, detrás de mí, deshaciendo los enredos de mi cabello con devoción.

–Sí.

–Si se trata de alguna absurda apuesta de los jóvenes, puedes usarme como excusa y decir que me he negado a hacerlo –argumentó.

–No es eso. Simplemente he llegado a la conclusión de que por fin es el momento de un cambio de *look*.

Kelly seguía sin parecer del todo convencida. Toda mi familia llevaba yendo a su peluquería en nuestro barrio desde que mi madre intentó cortarme el pelo alegando que no debía de ser muy complicado y me hizo tantos trasquilones que, para arreglarlo, tuvieron que dejármelo a tazón.

Durante ese tiempo tuve una especie de crisis de identidad. Todavía no estaba desarrollada y algunas chicas me confundían con un niño con cara angelical y me tiraban notitas de amor en la biblioteca. Un daño colateral de parecer el hermano menor de Nick Carter. Creo que nunca en mi vida me he comprado tanta ropa rosa para sacarlas de su error y no experimentar el momento incómodo cuando me oían hablar con mi voz dulce y se percataban de mi sexo.

Estamos hablando de años acudiendo religiosamente a su negocio. Había confianza y me conocía como cliente habitual hasta el punto de que no era necesario que le dijese que quería que me cortase los dedos exactos de puntas que estaban abiertas, ni un milímetro más, y las capas. Por eso, lo que acababa de pedirle la descolocaba. Yo era una chica de rutinas, que nunca sorprendía. O al menos eso pensaban los demás.

–Venga, no me creo que seas la primera peluquera del mundo que no disfrute realizando una sesión de cambio radical. Mete la tijera –la insté a continuar. Estaba decidida a hacerlo y nada de lo que me dijese me haría cambiar de opinión.

–Pero es que tienes una melena tan bonita, tan rubia, tan larga, tan de muñeca… Da hasta pena.

–El pelo vuelve a crecer.

–¿Y si no te gusta?

–Prohibiré a mi madre que me saque en las fotografías familiares hasta que vuelva a estar como ahora.

–Tú misma –se rindió–. Pero no me mates cuando termine.

–Nunca te haría daño por el pelo. –Me reí por lo exagerada que era–. A no ser que me dejes sin cejas. Entonces es probable que te clave la tijera en la yugular.

Kelly se apresuró a quitar la que estaba a mi alcance, sobre la mesa con revistas del mundo rosa, con un gesto teatral, y ambas nos reímos.

–Es reconfortante volver a verte de buen humor.

Dicho esto, suspiró con resignación y se puso manos a la obra. Aleluya.

Kelly era una activista de la música antigua. Decía que esta no debía morir. Evaporarse. Desaparecer. Por este motivo, en su peluquería siempre sonaba algún disco antiguo, propio o heredado de su abuelo, un famoso trompetista que se había consagrado en un local inmundo de Nueva Orleans y había recorrido toda Europa tocando *jazz*. Mi peluquera aseguraba que era su deber moral mostrarles el arte a esos jóvenes que solo conocían las canciones que ponían una y otra vez en la radio, temas que empezabas odiando y por el efecto repetición acababan convirtiéndose en los temazos del momento.

Así, oyendo *Strange fruit*, de Billie Holliday y Cassandra Wilson, y *What a wonderful world*, de Louis Armstrong y Lionel Hampton, observé cómo mi pelo poco a poco caía, poblando el suelo de fibras doradas. Me lo peinó con las puntas hacia fuera y me dejó un espejo para que comprobase el resultado por detrás. Me encantó el aspecto moderno y desenfadado que me daba. Traté de recoger la melena en una coleta. Era la única indicación que le había dado. El corte me permitía recogerla en una especie de quiqui que me recordaba a las niñas pequeñas que van a la guardería y con ese peinado parecen una calabaza, como si la cola de caballo fuese ahora el tallo de esta.

Pagué en metálico y me marché, dejando a Kelly barriendo mi pelo todavía consternada, con cara de culpabilidad, como si hubiera cometido un asesinato.

–Dile a tu madre que ha sido idea tuya y yo me he opuesto –se despidió, y asentí divertida. Con lo despistada que era Cassie, era probable que no se percatase del cambio hasta pasados un par de días y entonces no se atreviese a preguntar por si llevaba así meses y acababa de darse cuenta. Siempre intentaba ocultar su despiste de serie.

Deshice el camino a casa andando. Estaba tan cerca y hacía tan buen día que ir en autobús me parecía una especie de crimen para los sentidos, impidiéndoles ver cómo florecían los jardines de mis vecinos, la luz incidiendo directamente en los ojos y ese calor que se adhería al cuerpo y te permitía tener reservas de energías para cuando bajaban las temperaturas por la noche.

Eché una ojeada a la casa de los Bennet. Sebastian se había marchado a trabajar a Nueva York hacía una semana. Lo echaba de menos. Mucho. Demasiado. A veces, en mitad de la noche me descubría a mí misma desvelada, sin poder dormir sin la banda sonora de su respiración a mi lado. Y durante el día, cada vez que me ocurría algo reseñable o una tontería que sabía que le haría poner los ojos en blanco, me acordaba de él y sentía la tentación de llamarlo.

Nunca lo hice. Había tomado la mejor decisión.

Cuando era pequeña quería ser un gato. Lo deseaba tanto que llevaba a mi profesora de infantil por el camino de la amargura. No podían dejarme un segundo sin vigilancia. Si lo hacían porque, por ejemplo, uno de mis compañeros se había metido un rotulador por la nariz y le sangraba y tenían que llevarlo a la enfermería, cuando regresaban, aunque hubiesen tardado cinco minutos y me hubiesen dejado encerrada en el parque de colchonetas, yo había encontrado la manera de escaparme, buscar las ceras de color negro y pintarme la cara de una manera artística como si fueran bigotes.

Para hacerme entrar en razón y no tener que gastar todo el suministro de toallitas de la institución en limpiarme, mi profesora decidió decirme algo que convirtiese a los felinos en animales menos atractivos y a la vez no me hiciera tenerles miedo o manía. Me sentó sobre sus rodillas y me preguntó si me gustaba el color verde, el marrón, el rojo, el azul… Todo el abanico que contempla el arcoíris. No dudé en contestarle que sí. Entonces ella me dio la fatídica noticia de que los animales solo veían en blanco y negro. Una tragedia. Sentí lástima por ellos y dejó de interesarme dicha transformación.

El tema de los colores acabó convirtiéndose en una especie de obsesión para mí durante esa etapa. ¿Todos los seres humanos veríamos los mismos? ¿Serían iguales? ¿Lo que para mí era el rosa para otro sería el azul? Era una niña con demasiadas dudas que volvía locos a sus padres, que optaron por huir cada vez que me veían muy ensimismada observando algo.

Se suponía que a medida que creciese esa inquietud desaparecería. Y lo hizo hasta que me enamoré de Sam. Ese día, mientras lo besaba, me di cuenta de que mi vista cambiaba y todo se veía más intenso. Luminoso. Brillante. El amor era un filtro que conseguía que los colores evolucionasen. Una tonalidad natural que se rendía ante un sentimiento. Algo bueno. Sentí que el pecho se me hinchaba y tuve ganas de llorar, consciente de que tal vez el resto del mundo nunca se hubiera detenido a observar tanto el universo como para percatarse del cambio, pero yo sí.

Por eso, cuando noté que de nuevo se empezaba a instalar un filtro en mi vista con Sebastian y, en lugar de sentir felicidad, lo que experimenté fue miedo y traición, supe que algo no iba bien. No estaba preparada para entregarme como con Sam. Nunca me ha parecido bien comparar el amor. Es imposible amar a dos personas de la misma manera porque no existen dos seres humanos similares. Ese no era el problema.

Con Sam había sentido mariposas en el estómago. Con Sebastian, águilas reales.

Los besos de Sam me transportaban al sol. Los de Sebastian, a la luna.

Lo que pasaba es que todavía no estaba preparada. Seguía teniendo la sensación de que pertenecía a otra persona. Mi camino para asumir la realidad había comenzado, pero quedaban muchos kilómetros por delante antes de darme cuenta de que iba conduciendo el vehículo sola y Sam se había bajado en una parada intermedia.

Era egoísta en las cosas que no podía controlar, como, por ejemplo, mis altibajos emocionales. Por fin comprendí que una depresión podía ser mucho peor que arrancarte la piel a tiras. Lo que pasaba es que una cosa te dejaría las extremidades en carne viva y la gente podría verla y los problemas de cabeza no. Debía entrenarme hasta volver a imponer mi voluntad en los sentimientos, hasta ser dueña de mis hormonas, hasta aclarar los pensamientos y curar mi corazón.

Y Sebastian no se merecía sufrir ese proceso. No si estaba en mi mano evitarlo. Lo que yo tenía no se solucionaba haciendo reposo, con un tratamiento o inflándome a pastillas, sino con decisión, voluntad y determinación. Una lucha que había comenzado, una batalla que nadie podía combatir en mi lugar.

Supe que lo nuestro no era una tontería pasajera o las ascuas del pasado ardiendo de nuevo antes de que los troncos se consumiesen y se apagase la hoguera, cuando fui consciente de que le quería lo suficiente para no retenerlo. Para dejarlo marchar. Para saber que a su lado todo sería más fácil y preferir complicarme a arriesgar su integridad. El cariño no se mide por las personas a las que atas, sino a las que eres capaz de deshacer los nudos.

Todo empezaba a ir bien para él. Un nuevo trabajo en el que se demostrase lo que yo ya sabía, el gran talento que tenía. Una ciudad tan inmensa en la que podría comenzar sin prejuicios, siendo solo Sebastian. Un millón de posibilidades que podrían germinar en que llegase el día que alguien le regalase una alfombrilla para la entrada de su hogar.

Había hecho lo correcto para él. Eso me decía cada vez que me sentía triste e inmediatamente el sentimiento mutaba. Le iba a ir bien.

Giré el pomo y oí la voz de mi hermana y Clary a mis espaldas. Esperé con la puerta abierta a que llegasen para entrar juntas. Iban debatiendo sobre algo de manera efusiva, pero se callaron inmediatamente al verme. Los adolescentes y su secretismo extremo. Eran capaces de hacer que conversar acerca de qué pantalones iban a comprarse pareciese que iban hablando de un secreto clasificado de la NASA.

–Me mola tu rollo –acertó a decir Clary al ver mi corte de pelo, con su última manía de hablar como si fuera una estrella de rap.

Era la primera vez que no me miraba con desdén y me quedé paralizada.

–Gracias –alcancé a pronunciar. Debería haberme callado. Cerrar el pico. No me controlé–. Lamento decir que vosotras seguís teniendo un pimiento morrón gigante en mitad de la cara. –

Rompí a reír.

–Pensaba que me habías dicho que tu hermana había estado en Las Vegas y no en clases de payaso profesional –contraatacó la amiga de Claire.

Clary y Claire habían celebrado el regreso de mi hermana por todo lo alto. Ironía modo *on*. Debían de haberse echado mucho de menos a pesar de gastar la batería escribiéndose y decidieron hacer una de sus locuras. Un *piercing* en la nariz. Mi madre montó en cólera, pero antes de que planificase un castigo desproporcionado, mi hermana le recordó que nos había contado que había hecho exactamente lo mismo a su edad. La información era poder y Claire era una experta en gestionarla.

No habría pasado nada si el par de burras no hubiesen decidido, dos días después de perforarse la nariz, cambiar el pendiente porque el brillante no tenía personalidad. Se pusieron una araña bastante siniestra y el agujero se les infectó. Mucho. Demasiado. Supurando un pus asqueroso, hinchándose y pasando del rojo al morado y, tras una buena sesión de curación que debía de doler bastante por los gritos que proferían desde el baño, al rojo de nuevo. El resultado de su hazaña fue quedarse sin *piercing* y lucir una nariz a la que parecía que habían pegado un buen puñetazo.

–¿April? –gritó mi madre cuando cerré la puerta. Tenía un oído muy fino cuando se lo proponía.

–Sí.

–¿Has llegado ya?

–No. –Las tres pusimos los ojos en blanco.

–¿Y tu hermana?

–Creo que su mutación al Joker y su gemela están a mi lado.

–¡Venid al salón! ¡Hemos pedido *pizza* para comer!

–¿Qué pasa aquí? –Miré a mi hermana, que negó con la cabeza, desconcertada como yo.

En mi casa la *pizza* era como el caviar en la de los ricos.

–¿Me he perdido algo? –pregunté, dirigiéndome hacia el salón.

–Que yo sepa nada.

–¿Alguna posibilidad de embarazo?

–¡No! –exclamó con desagrado mi hermana.

–Últimamente están muy acaramelados… –la piqué.

–No quiero pensar en eso…

–¿Por qué? –Estaba disfrutando–. A ver si te crees que ellos dos ya no…

–¡Basta! No quiero ni imaginármelo. –Tembló–. Mierda, lo he hecho. Una imagen visual. –Puso una mueca de asco–. Creo que voy a vomitar.

–Pues no lo hagas tanto. Al fin y al cabo, es el motivo por el que estamos aquí.

Le guiñé un ojo y entramos en el salón. Mi madre y mi padre estaban sentados en el sofá. Harper sostenía los pies de Cassie para darle un masaje. Sobre la mesa baja reposaban un par de *pizzas* con las cajas abiertas. Una de queso, la favorita de Claire, y otra con jamón y beicon, la mía.

Nos sentamos las tres en la alfombra y mi padre liberó las piernas de mi madre antes de lanzarse a por la primera porción.

–Deberías lavarte las manos –comentó mi hermana con su vena más inquisidora.

–Así sabe más a requesón –se burló él, y mi madre sonrió negando con la cabeza.

–Es antihigiénico –continuó con su retahíla.

–¿Me lo dice la de la nariz infectada?

–¿Vais a martirizarme con eso hasta el fin de los días?

–No, cariño –intervino mi madre–. Solo hasta que cometas una cagada mayor y podamos reemplazarla.

Me reí. Me caía bien mi madre. Ya sé que se supone que tienes que llevarte bien con tus padres por eso de que lo dan todo por ti y un largo número de etcéteras, pero es que en mi caso realmente me parecían increíbles. Manteniéndonos en nuestro lugar, era consciente de que si hubiéramos tenido la misma edad y no hubiéramos sido familia, habría deseado con toda mi alma ser su amiga.

–¿Celebramos algo? –Agarré una servilleta y coloqué una porción de la *pizza* de beicon, separándola del resto para que se enfriase.

–¡Claro! ¿No te ha dicho tu hermana que es famosa? –inquirió mi padre–. ¡Sus fans la paran por la calle!

–Lo primero, aclarar que se llaman lectoras –apuntó, tensa–. Y lo segundo es que solo fue una y porque es seguidora de mi canal. Punto. –Los miró muy seria–. Eso no es motivo para montar una fiesta.

–Tal vez que te pidan un autógrafo no, pero lo otro…

–No hay nada más que decir –los interrumpió, igualando su tono facial al de su nariz.

–¿Qué es lo otro? –No me había pasado desapercibido.

–Nada –contestó seca, puede que incluso amenazadora, con un tono cortante.

–Vamos, cariño… –intentó suavizar mi madre.

–He dicho que nada –recalcó.

Mi madre y Claire comenzaron con una especie de discusión velada en la que yo no me enteraba de nada salvo que mi hermana se negaba a soltar prenda y mi madre estaba deseando hacerlo.

Iba a activar mi modo detectivesco cuando Clary, su mejor amiga, habló.

–Una editorial quiere publicar la novela de tu hermana –me dijo, y se hizo un silencio en el

que todos los ojos se clavaron en ella.

–No tenías derecho a decir nada –la acusó mi hermana, dolida. Era la primera vez que la veía molesta con su mejor amiga.

–¿Por qué? –interrumpí–. Es algo bueno. ¡Mi hermanita escritora! ¡Qué tiemblen Stephanie Meyer y Cassandra Clare!

–No voy a aceptar –sentenció, y se puso de pie para, como solía hacer cuando le molestaba algo, ir a su habitación a refunfuñar y poner su música a toda pastilla.

–¿Qué pasa? No entiendo tu reacción. Es algo bueno. De verdad –soné calmada.

–Le da miedo… –comenzó a explicarme su amiga.

–No sigas –la amenazó mi hermana señalándola con el dedo.

–Que el contenido le moleste a una persona –no le hizo caso.

Me puse de pie de un salto y fui hacia mi hermana.

–¿Eso es todo? –Ella permanecía como una estatua. Poco receptiva para hablar–. No tienes de qué preocuparte. Tu muso no se va a molestar. –Deduje que era por Sebastian–. Como mucho se le subirá el ego un poquito más si alguna de tus lectoras lo reconoce y lo asedia por la calle. –La agarré de las manos–. Todo va a ir bien, ¿entendido? Y si lo que te preocupan son las críticas, me apuntaré a un curso de marketing o me haré pirata informático para estropearle el ordenador a cualquiera que se atreva a darte menos de tres estrellitas…

–¡Él no es el protagonista! –Se zafó de mi contacto.

–¿Entonces?

–¡Tú! ¡Tú eres la maldita protagonista! ¿Estáis contentos? –Miró a mis padres y su amiga.

–¿Yo? –Abrí mucho los ojos. No podía creérmelo–. Pero yo te vi espiándolo para documentarte…

–Lo hacía. Pero luego…

–Luego, ¿qué?

–Luego se murió Sam. –Bajó la voz hasta que no fue más que un susurro. Derrotada–. Estabas hecha una mierda. Y me derretía los sesos intentando ayudarte, pero no encontraba una solución.

–¿Y decidiste escribir mi historia?

–Sí. –Tragó saliva. Tenía los ojos rojos. Iba a llorar y no sabía cómo tomarme eso. Ella era la pequeña y también la fuerte–. Con final feliz. Regalarte el desenlace que te merecías. Volver a verte alegre, aunque tan solo fuese en mi imaginación. –Una lágrima cayó por su mejilla. Sin embargo, en lugar de ceder al llanto, mi hermana apretó los puños, como si esa debilidad le molestase más que una patada en el bazo–. Hacer las cosas como deberían haber sido. –Asintió con energía–. Con mi personaje metiéndose contigo porque supurabas purpurina cuando estabas con Sam. Con el tuyo yendo a la universidad, gastándote todo el presupuesto que papá y mamá te habían dado en una semana el primer mes de fiesta en fiesta y suplicando por unos dólares o

tendrías que alimentarte de papel de periódico, suspendiendo las asignaturas dejando patente que no eras doña perfecta, bailando todas las malditas canciones populares que tanto detesto, consiguiendo que la gente se girase en el pasillo al reírte como un cerdo, viajando por Europa, haciéndote el tatuaje más sentimentaloide del universo en Roma…

Se hizo el silencio. Escribir una novela no debe de ser sencillo. Requiere horas y horas de trabajo, esfuerzo, dedicación, pero, sobre todo, si algo tiene dar vida a una historia, es empatizar con los personajes, amar hasta el último de ellos hasta el punto de que son una extensión de ti misma, sonreír, llorar, enamorarte y vivir en su piel, poner tu alma en cada párrafo con la esperanza de que el lector la cuide, pues le estás dando lo más importante que tienes. Te estás entregando a ti en bandeja, a corazón abierto, con tus miedos, tus incertidumbres, tus imperfecciones y tu manera de entender el mundo, de amar lo que te rodea.

Mi hermana acababa de hacerme un regalo impresionante.

–Vas a publicarlo.

–No es necesario…

–Y quiero leerlo. –No dejé que me interrumpiera.

–¿Por qué?

–Para ver si la realidad se parece a la ficción.

–¿A qué te refieres?

–A que voy a llamar a Columbia y voy a decirles que sí. Me voy a Nueva York. –Las palabras salieron solas con determinación y sin pensar–. Por ti. Tú me has curado.

Claire no era de dar abrazos. Lo supe desde que intenté robarle uno de pequeña y me arañó la cara por ambas mejillas. Tenía las dosis de cariño calculadas y las suministraba en pequeñas cantidades. Por eso, cuando se lanzó sobre mí y me agarró con agonía, perdí un poco el equilibrio, antes de estrecharla tan fuerte que tuve miedo de hacerle daño en esa nariz hinchada que apretaba contra mi pecho y por la que ahora caía un torrente de lágrimas como si fueran cascadas.

–No vuelvas a irte. Nunca.

–No lo haré. Estaré a tu lado. Para siempre –carraspeé antes de pronunciar–: Te quiero, pequeña.

–Y yo. Mucho. Mucho… –Su voz se perdió.

Ese día me di cuenta de que el «te quiero» más bonito que escucharía en mi vida vendría de ella. Mi pequeña. La loca. La irascible. La alternativa. La que me gritaba. La que ponía los ojos en blanco cada vez que me veía con los pompones. La chica con el pelo de mil colores. Mi medio limón agridulce.

Mis padres, que no eran muy dados a salir fuera y gastar, tiraron la casa por la ventana, dentro de sus posibilidades. No tuvieron suficiente con la *pizza,* así que nos llevaron a tomar el postre a

la mejor cafetería de la ciudad y pidieron una tarta de la casa solo para que la probásemos. Una celebración superior a su íntima y austera boda.

Es más, una vez que terminamos siguieron con su afán derrochador y nos llevaron a todas a la bolera, donde pasamos una tarde estupenda que nos dejó tan agotadas que cuando regresamos a casa cada uno fue directo a su habitación a desfallecer en la cama sin hacer ni una parada previa en el servicio.

Ese fue el motivo por el que en mitad de la noche tuviese que salir corriendo al baño para mear. Salí aliviada y algo cambió. Me encontré de frente con la habitación número cuatro y en lugar de huir, como de costumbre, la observé. Cuando quise darme cuenta me encontraba caminando hacia ella y agarrando el pomo con determinación.

–¿Quieres que entre contigo? –Oí que me preguntaba Claire con voz somnolienta. Estaba en la puerta de su cuarto. Probablemente se dirigía al sitio del que había salido yo cinco segundos antes.

–¿Qué haría la protagonista de tu novela?

–Entraría. Sola. Sabiendo que si lo necesita, su hermana se encuentra cerca y estará a su lado antes de que haya gritado.

–Así lo haré, entonces.

Giré el pomo y abrí la puerta. Entré en la habitación número cuatro.

Mis padres compraron la casa cuando Claire y yo éramos solo unas niñas. No teníamos recuerdos de la mudanza, aparte de las fotografías que mi madre conservaba y en las que salíamos con las cajas. Nuestro nuevo hogar tenía cuatro cuartos. Uno para mis padres, uno para mi hermana y otro para mí. Una habitación quedó inservible y le dieron ese nombre poco original esperando a que la rebautizásemos cuando fuésemos mayores o se ampliase la familia. Nunca lo hicimos.

Teníamos garaje, por lo que no la usamos de trastero. Mi madre compró una cama y unas estanterías para utilizarla como cuarto de invitados. Ese tampoco fue su cometido. Cuando llevábamos amigas preferíamos que durmiesen con nosotras y las pocas veces que venían miembros de nuestra familia preferían quedarse en el despacho porque el sofá cama era más grande y cómodo.

La habitación cuatro parecía destinada a no encontrar dueño o uso. Una estancia desangelada. Entonces llegó él.

Los primeros meses, cuando Sam regresaba de Nueva York a verme, se quedaba en su casa. Una enorme mansión que, sin la presencia de Lily, el servicio o sus padres, era solitaria y fría. Mi madre no tardó en proponerle que utilizase la habitación número cuatro con la única condición de que yo no acudiese a reunirme con él en mitad de la noche. Prometí que no lo haría

y rompí mi palabra concienzudamente. En cuanto el manto de oscuridad abrigaba nuestra casa y oía la banda sonora de los ronquidos de mi padre me escapaba.

Era un sitio pequeño sin apenas mobiliario. Identidad. Esencia. Nosotros nos encargamos de que ese hecho cambiase. Sam lo llenó de libros y yo de cintas que poner muy bajito, como si fueran fantasmas susurrando, en el radiocasete de la época. Él leía y yo bailaba al son de melodías que a veces no escuchaba nadie más. Ambos hacíamos la lista de planes futuros. Él con sus pósits de colores robando ideas de las novelas y yo copiando frases de las canciones y las sensaciones que transmitían. Todo para hacerlo nuestro el día de mañana.

No queríamos que nadie se enterase de nuestro secreto. Por este motivo, lo pegábamos en la pared del techo subidos de pie sobre el colchón, conscientes de que mi madre nunca miraba al cielo.

Una vez en el interior, me percaté de que todo seguía igual. Mi madre no había tocado nada, respetando mis tiempos. No encendí la luz como de costumbre. Para que no nos pillaran dejábamos las cortinas abiertas de par en par para que la claridad de la luna fuese nuestra aliada.

Me tumbé en la cama. Todavía olía a él. Miré hacia arriba y ahí estaba. Nuestro propio universo de estrellas fugaces en forma de pósit con deseos que pensábamos cumplir. Rosas. Amarillos. Azules. Verdes. Nuestros astros tenían toda la gama de colores. Eran especiales.

Solo salí una vez esa noche. Lo hice para recoger mi libreta. Después permanecí en el interior escribiendo hasta que me dolía la muñeca. Y, con el primer rayo de sol, había terminado. Revisé el contenido. Había transcrito todas y cada una de las ideas de nuestro cielo particular. Desde las asequibles hasta imposibles.

Repasé todo y conforme terminé me percaté de que volvía a ser yo. La chica con más planes que días. Con una diferencia. No estaba sola. Siempre estaría acompañada. Alguien habitaba en mi interior. Hoy. Mañana. Pasado. En cada alegría y en cada decepción. En cada lágrima y en cada sonrisa. En cada momento que me dejase sin respiración y aquellos que me la devolviesen. Hasta el final como un día me prometió. Con esa certeza, puse de nuevo mi disco de Coldplay y escuché nuestra canción favorita, *Paradise*. Y bailé por esa estancia que durante meses tanto miedo me había dado, como lo hacía antes, sabiendo que aunque me girase no podría observarlo en la cama, porque él ya no estaba allí, ahora formaba parte del movimiento, de mí.

Capítulo 31

1 año y dos meses después

–Acabo de tener una visión –anunció Lily apoyando su cabeza sobre mi hombro. Se había hecho un ovillo en la parte trasera del taxi y parecía un gatito enroscándose a mi alrededor.

–Te diría que me sorprendas, pero creo que ya no puedes hacerlo. Hace tiempo que asumí que el golpe que te diste cuando practicábamos la pirámide en el instituto te dejó mal de la cabeza. Me siento culpable –bromeé.

–Pues no tienes que hacerlo. La cordura no conjunta con mi personalidad. Demasiado sosa para una persona con doble vida, médico de día, una bloguera con zapatos con tacón letal de noche.

Al final Lily había abierto el blog. Parecía sencillo, crear una página gratuita y escribir sobre lo que le gustaba y se le daba bien. Esa era la teoría. La realidad era un poco más complicada. Convertirte en una *it girl* no era algo altruista que llenaba tu espíritu, daba dinero. Mucho. Cuando mi mejor amiga me contó lo que las grandes firmas eran capaces de pagar porque salieses en los vídeos con una de sus prendas, acudieses a sus firmas, pusieses un tuit o simplemente las recomendases, me caí de culo y tuvo que darme aire con uno de los folios de mis apuntes.

Viendo las cifras me planteé que estudiar Derecho era un error. Meterme tochos infumables en la cabeza, leyes que variaban cada poco tiempo, para acabar defendiendo a alguien con pocos recursos que solo me pagaría si lograba ganar o acusando a grandes empresas por sus injusticias, compitiendo contra firmas en la que los hijos de los letrados eran los compañeros de clase de los de los jueces.

Menos mal que también me contó la parte negativa. Las envidias, las jugarretas y los puñales por la espalda. Con la primera traición me habría llevado un disgusto enorme. Yo era del tipo de personas que cogen cariño a los que la rodean con un par de conversaciones. Todo lo contrario a Lily. Ella se crecía con ese tipo de actuaciones. Decía que los insultos los metía en el saco de

cosas que le importaban, cito textual, «una puta mierda». Un día llegó a escribir a una chica para decirle: «Si vas a hablar mal de mí, avísame y te daré material clasificado para que sea verdaderamente morboso». Si algo tenía claro de los años que habíamos pasado juntas es que como amiga era lo mejor que te podía pasar, pero como enemiga se transformaba en una bruja despiadada. En un mundo donde la gente se comía por placer a los demás, era el león en el pico de la cadena alimenticia.

–¿Quieres oírlo o no?

–¿Para qué preguntas si vas a decirlo igualmente?

–Tienes razón. –Sonrió–. He descubierto en qué emplearé todo el dinero de mis padres si no consigo que me deshereden antes…

–¿En acabar con el hambre en el mundo o promover la paz mundial? –Lily se apartó y me miró con los ojos abiertos.

–Algo dentro de mis posibilidades. Para eso tendría que ligarme a Zuckerberg y, según mis últimas informaciones, todavía sigue pillado.

–¿Entonces?

–¡La teletransportación! ¿Sería o no el mejor invento del mundo? Un minuto en el aeropuerto y al siguiente en tu cama durmiendo como dos marmotas, ¿qué te parece? –Me miró entusiasmada, como si acabase de tener la mejor idea de su vida.

–Que arruinarías a tu familia. –Le guiñé un ojo.

–Es un riesgo que no me importaría correr.

–¿Y a ellos?

–Ya han asumido que soy un caso perdido. Lo único que haría sería corroborárselo. –Se encogió de hombros y volvió a su posición sobre mí.

Volvíamos de nuestro viaje por Europa. No habíamos esperado como el resto de los compañeros a terminar la carrera, porque, según ella, no podíamos seguir a la masa y teníamos que adelantarnos al resto. Habíamos visitado Alemania, Grecia, Italia, Francia y España. En ese orden. Todo había ido bien si omitíamos la parte en Madrid donde mi compañera decidió salir con un traje de flamenca, que había adquirido en Sevilla y le parecía «lo más», por toda la capital, para pasar desapercibidas…

Había sido una experiencia única y enriquecedora, conocer las diferentes culturas y la forma de entender las rutinas de los distintos países había cambiado nuestra percepción del mundo, ahora lo veíamos más grande, más lleno de posibilidades, con más matices. Si tuviera que decantarme por una de nuestras visitas sería Italia. Cuando vi el Coliseo ante nosotras tuve que detenerme para procesar lo que tenía enfrente. Historia. Belleza. Arte. Pasado.

Lily, por el contrario, prefería España.

–Este es mi país. Playa, montaña, islas y ¡comida tan rica que te quieres morir con la boca

llena de tortilla rellena de morcilla! –exclamó en el Pez Tortilla, un local que se encontraba en una zona llamada algo así como Tribunal, en la que servían todas las variantes de su nombre–. Voy a dedicarle incluso mi propio récord Guinness.

–Y ese será…

–Haré la tortilla de patatas más grande para mi boda. Tranquila, tú también tendrás el tuyo. El ser humano que más huevos batió en la historia.

–No sé si me convence…

–No he consultado. Lo harás. Hay un contrato no escrito entre las amigas que dice que deben apoyarse si alguna de las dos es capaz de engañar a algún ingenuo para que la soporte el resto de sus días.

–¿No te sirve con la tortura de tener que ponerme uno de los modelitos imposibles que elegirás para tus damas de honor?

–¿Modelitos imposibles? Voy a ponerte tan explosiva que espero que a más de uno de los octogenarios les dé un infarto cuando vean tu escote.

Esas locuras y muchas otras fueron las protagonistas de nuestro mes al otro lado del océano. Unos días que habíamos exprimido hasta el punto de relegar a un segundo plano la necesidad básica de dormir. Regresábamos extasiadas y agotadas, con una especie de resaca de cansancio que hacía que nos costase esfuerzo mantener los ojos abiertos.

Pagamos al taxista, que tuvo que alucinar con nuestras conversaciones, y entramos en mi piso en Brooklyn. Agradecí que mis dos compañeras hubieran vuelto a casa y no nos acosaran preguntándonos hasta el último detalle de nuestra odisea.

Había llegado a Nueva York un año antes con una maleta y muchas dudas sobre lo que estaba haciendo. Al principio la ciudad soñada por muchos se me hizo cuesta arriba. Era enorme. No entendía el metro ni las costumbres aceleradas de sus habitantes, adictos a la cafeína, que se inyectaban un café triple en vena cada tres horas para poder seguir el apabullante ritmo.

Encontrar el piso tampoco fue sencillo. Eran caros no, lo siguiente. Y los que se adaptaban al presupuesto de mis padres sumados a la beca eran antros inmundos en los que tendría que ir con un traje radiactivo para no contagiarme de las enfermedades tropicales que tenían sus cepas en los servicios. Menos mal que la suerte se puso de mi lado el primer día que pisé Columbia y conocí a Serena, una simpática y dulce chica de Texas que justo iba a marcharse de la Gran Manzana y me informó que su cuarto se quedaba libre.

Estudiaba marketing, así que supo venderme la estancia a la perfección. Grande, con buenas vistas y unas compañeras increíbles. La realidad es que no era una ratonera, el patio interior al que daba la ventana era bastante divertido porque te permitía acabar hablando con el resto de los estudiantes de los demás pisos, y las compañeras, aunque no buscaban amigas, eran muy agradables y podías pasar un buen rato con ellas compartiendo la cena.

–Me declaro fan del desfase horario. –Lily dejó la maleta en el salón y se dirigió directamente a la habitación.

–¿Te gusta el *jet lag*? –Enarqué una ceja.

–Me encanta haberme montado en el avión de noche y llegar aquí y que siga siéndolo cuando necesito dormir por lo menos una semana de un tirón antes de que mi cerebro sufra un cortocircuito por exceso de actividad.

No hacía frío, así que, directamente, nos tiramos sobre el colchón sin abrir mi cama. No nos íbamos a tapar.

–Lástima que mañana vuelvas a Boston.

–Ni me lo recuerdes. Maldita la hora en que decidí apuntarme a un curso de Photoshop. –Colocó las manos detrás de la cabeza, en la nuca–. Y tú, ¿cuándo te vas a Charleston?

–He pensado quedarme un par de días más aquí. Aprovechar las ventajas de ser dueña y soberana de la casa.

Mentí.

¿Cuándo pasó? ¿En qué preciso instante sucedió? Hago memoria intentando recordar el día exacto en el que volví a pensar en él y no soy capaz, tal vez porque nunca dejé de hacerlo, tal vez porque siempre fueron dos inquilinos y no solo uno los que llevaba conmigo.

Lo que sí sé es cuándo tomé la decisión.

Sabía que estaba allí. En la misma ciudad. Viviendo en el Bronx. Tal vez por eso, y no por el respeto que les decía que me daba a mis amigos y compañeras, nunca había ido. No sabía cómo reaccionaría al encontrármelo. Quería estar cien por cien segura antes de volver a verlo. Y, a pesar de eso, no hubo ni un solo día durante ese año que no me montase en el metro nerviosa, mirando a todos los lados, con la esperanza de que tropezásemos. Cuando esperaba en un paso de peatones analizaba todos los vehículos y las cristaleras de los autobuses y si alguna vez localizaba una cabellera negra, me sacudía un escalofrío que se terminaba en el preciso instante en el que descubría que, de nuevo, no era él.

Todo sucedió un día durante las vacaciones en un pueblo de Alemania. Habíamos perdido el tren que nos llevaba al norte, a Bremen, y nos quedamos en un pueblo acogedor con un nombre impronunciable. Lily conoció a un lugareño, rubio, alto, con ojos azules, unas espaldas anchas y un culo que fue la demostración tangible de que esos traseros existían más allá de los modelos y los actores que habitaban en California. Un dulce para quitarse de la cabeza a ese William que resultó ser un fiasco total como hombre cuando nos enteramos de que estaba liado con una de las profesoras de la universidad a la que le gustaba darle con el látigo.

El chico utilizó la diana como pretexto para ligar con mi compañera. Nos retaron a una partida y, evidentemente, tuve que confesarles que era penosa. Vamos, que no daba ni una. Inmediatamente me convertí en su buena acción del día y se esforzaron en enseñarme,

desesperándose al ver que no había exagerado al definir mis aptitudes, hasta que, finalmente, sucedió el milagro, me reconcilié con la puntería.

Y fue en ese momento, mientras gritaba de emoción, cuando Sebastian vino a mi cabeza con más fuerza que nunca. Deseé llamarlo para contárselo u ocultárselo y quedar y echar una partida en la que acabase con la boca abierta y me preguntase con su habitual ironía si me había dopado. Lo que fuera. Pero con él.

Pensé en él y no me sentí ni culpable ni sucia. No estaba traicionando a Sam porque él sería, hasta mi último aliento, parte de mí. Los dos lo eran y eso no me convertía en una desgraciada sino en todo lo contrario. Yo era afortunada. Más que la media. La mayoría de los seres humanos se pasan toda su vida buscando a la persona que haga que la palabra de amor cobre sentido convirtiéndose en su significado. Incluso aquellos que reniegan y se escudan bajo el pretexto de que es una reacción química lo hacen. Nunca lo reconocerán. Pero en su fuero interno no paran de retar al universo para que les demuestre que están equivocados.

–Podría ser una perra, fingir que no lo sé e intentar sonsacarte información, pero una buena amiga asesina a la cotilla que lleva dentro a favor de la sinceridad. El otro día te oí hablando con la señora Bennet cuando le pediste la dirección. Mañana vas a ir a verlo, ¿verdad?

–Sí.

Un par de días antes había llamado a casa de los Bennet desde Europa, sin poder esperar un segundo más, para preguntarles dónde estaba él. Me sorprendió que me contasen que se había trasladado a Manhattan, la parte de la ciudad donde estaba mi universidad, el sitio por donde me movía, el lugar que no había decidido regalarnos una dulce coincidencia, demostrándome que, tal como él me dijo, no hay que dejar las cosas que verdaderamente importan en manos del azar.

–¿Te molesta? –inquirí.

–Llevo en el bando de ese capullo desde que me contaste lo de la estrella de mi hermano. –Sonrió–. Por no hablar de que ya le dejé bien claro en el instituto que le partiría sus pequeñas bolitas si no se esforzaba cada día porque fueras la rubia con una neurona más feliz del universo.

–¿Estás segura?

Giramos la cara sobre la almohada y nos miramos fijamente.

–De lo que estoy segura es de que en ese accidente el único que murió fue Sam y no pretendo que actúes como si a ti también te hubiera pasado. Me da igual que sea con Sebastian o con otro si lo vuestro no sale bien. –Apoyó su frente contra la mía–. Lo quisiste. Lo cuidaste. Y estuviste a su lado mientras su corazón estuvo latiendo. Nadie puede exigirte nada más. Tú no puedes hacerlo. –Se mordió el labio–. No me sentará mal verte con otra persona, aunque me gustaría que eso no significase que vas a olvidarlo.

–Nunca, Lily, nunca. –Me miró a través de su pelo rizado alborotado y sonrió.

Tuvimos fuerzas para hablar durante unos minutos más. Hablamos del presente, recordamos el

pasado e imaginamos el futuro antes de caer rendidas. Fue uno de esos sueños reparadores en los que te levantas con los ojos hinchados, la boca pastosa y la sensación de que eres una nueva persona, un muñeco que estaba con la batería al mínimo y acaba de recargarla, por lo que puede hacer cualquier cosa que se proponga.

Acompañé a Lily a coger el autobús que le llevaría de regreso a Boston y caminé hasta la estación de metro más cercana, la de las inmediaciones del Empire State. De nuevo traté de hacer una fotografía al inmenso edificio y mi móvil no fue capaz de sacarlo entero en todo su esplendor.

Descendí la escalera y me detuve antes de encaminarme rumbo al andén para ver uno de esos espectáculos callejeros que impresionaban a los turistas. Un grupo de cinco chicos bailaban break dance. Me fusioné con las personas venidas de todos los lados del mundo, que valoraban esa muestra de talento como algo excepcional, y crucé los dedos para nunca acostumbrarme, para no convertirme en los estadounidenses que pasaban de largo sin dedicarles una mísera mirada, ignorando las cosas cotidianas que convertían el arte de vivir en un placer delicado, sorprendente, con la magia más inesperada en cada esquina. Las cosas que teníamos que apreciar. Los regalos que no estaban envueltos.

Realicé el trayecto observando a los pasajeros. No con desdén, sino con curiosidad. Era una costumbre que había adquirido desde que un profesor un día mantuvo un debate filosófico con nosotros en clase. Gary, que así se llamaba, no dudaba ni un segundo en asegurar que lo que más le gustaba era aprender de los demás. Dedicar un segundo a aquellas personas con las que se encontraba y robarles aquella parte de su esencia que le podía ayudar.

Defendía que no existía la fórmula para la felicidad. Mantenía que ese concepto idealizado era un error porque, en el fondo, hacía que todo el mundo se sintiese un poco irrealizado al darse cuenta de que su vida no se correspondía con el significado colectivo de la palabra. Solo mirando a los demás, de frente y de verdad, reparábamos en las cosas que verdaderamente importaban, como, por ejemplo, la cara de una señora que después de largas horas trabajando asumía que nunca iba a tocarle la lotería para mudarse a las Islas Mauricio y disfrutaba de una manzana fresca recién adquirida en el puesto de la esquina en lugar de lamentarse por no tener delante una estampa paradisiaca; que llorar no estaba mal y, de hecho, a veces era muy efectivo para descargar, solo de esa manera se podía reír después con toda la potencia de nuestros pulmones; que las exageradas declaraciones de amor del cine estaban bien, pero que en la realidad era mucho más bonito ver cómo una persona apoyaba la cabeza en el hombro de su pareja.

Bajé en Finsbury Park y revisé la dirección que me había dado Sophia para cerciorarme de que no me había equivocado. Estaba en el lugar correcto. Doblé el folio donde la tenía apuntada y abrí el bolso para guardarlo. Tenía toda mi atención fija en este, por lo que me pilló desprevenida cuando alguien dio un brusco tirón a la bolsa que llevaba en el otro brazo.

–¿Qué crees que estás haciendo? –gruñí, apretándola contra el pecho.

El chico, que no tendría más de veinte años y me veía una presa fácil, volvió a intentarlo agarrando mi camiseta también. Reaccioné. Aproveché que me veía como una damisela indefensa para apretar el puño de la otra mano, hacer memoria de lo que me habían enseñado y ponerlo recto e impactarlo en su cara. El ladrón se quedó noqueado. Me miró con cara de rabia y me adelanté a su siguiente movimiento con un rodillazo en sus partes íntimas que me dolió hasta a mí y lo hizo huir como el cobarde que era con, si todavía lo tenía intacto, el rabo entre las piernas.

Observé a la gente que me rodeaba anonadada, un par de jóvenes habían venido corriendo para ayudarme, orgullosa de mi hazaña. Sabía defenderme. Estaba a punto de celebrarlo o salir corriendo detrás del delincuente cuando lo oí. Su voz. De nuevo. Con los mismos colores y tonalidades. Idéntica y a la vez diferente, como clásicos como *I do it for you,* de Bryan Adams, canciones que conoces a la perfección, de memoria, de esas que eres capaz de reproducir en tu cabeza si no tienes un casete cerca, las mismas que puedes haber desgastado de tanto ponerlas y de las que, a la vez, descubres un matiz diferente cada vez que las escuchas.

Sebastian y esa voz masculina grave. Sebastian y su timbre oscuro que mezclaba la seriedad con un ligero toque canalla.

Lo miré. Estaba ahí. Enfrente. Real. Después de tanto tiempo.

–Veo que perdura tu afición por la ropa interior antimorbosa de dibujitos. –Deslizó su dedo para mostrarme que a causa del forcejeo la parte superior de mi camiseta estaba rota, mostrando mi sujetador de, maldita mi suerte, Bob Esponja–. Y que sigues saliendo a la calle sin abrigo. –Se quitó las gafas de sol de aviador y sus ojos negros pasearon de arriba abajo por todo mi cuerpo.

–Algo ha cambiado. Esta vez me he rescatado yo solita.

–Estás distinta. –Se detuvo en mi pelo y ladeó la cabeza.

–Tú también. Más elegante y formal. –Sebastian iba vestido con unos pantalones negros de pinzas y una camisa blanca con los puños desabrochados, subidos hasta los codos, que le daba el toque informal que era innato a su esencia–. Todo un señor capaz de vivir en el mismísimo corazón de Manhattan.

–Tuve que huir del Bronx para que los traficantes no me partiesen las piernas. Les estoy robando muchos clientes. –Soltó mi camiseta y la agarré con mis manos para que el resto de viandantes no vieran mi ropa interior por la abertura rota. Sebastian deslizó con delicadeza sus dedos por mi piel hasta llegar a la clavícula y me apartó la melena detrás del cuello–. Te has hecho un tatuaje –murmuró.

–Sí, en Roma.

–¿Qué pone? –Acarició las letras de tinta negra.

–«Vivamos y que pase lo que tenga que pasar» en latín. –Asintió mordiéndose el labio. Le gustaba el mensaje–. O eso me dijo el tatuador. Puede que me engañase y ahora luzca un bonito «bésame el trasero» pensando que es una frase trascendental.

Los dos nos reímos ligeramente y yo me removí nerviosa. No sabía qué decir. No había planificado nada.

–¿Este encuentro es una extraña casualidad? –preguntó.

–No. Llamé a casa de los Bennet para pedirles tu dirección. –Colocó un dedo en su mentón y asintió.

–Ahora comprendo por qué tenía la sensación de que me ocultaban algo los tres últimos días cuando me preguntaban si no me había pasado nada emocionante en el día… ¿Ha pasado algo? ¿Necesitas mi ayuda?

–No. –Lo interrumpí–. Todo es más simple. Tenía ganas de verte para proponerte ir a comer al primer restaurante que nos llamase la atención. Ese es todo mi plan. Ah, ¡y darte un regalo!

–¿A mí? –Se extrañó.

–No veo nadie más delante.

–Si piensas que es mi cumpleaños, te has colado.

–Sé que no lo es. Lo hago porque me apetece.

Le tendí la bolsa.

–Pesa. –La levantó–. Y debe ser bueno, dado que casi le rompes la nariz a un hombre por ello.

–No me gusta que me quiten lo que es mío.

Sebastian sacó la caja de la bolsa y frunció el ceño al ver que estaba hecho un desastre.

–El papel de regalo estaba bien cuando lo compré, pero ha tenido que soportar muchas horas de viaje.

Lo desenvolvió arrancándolo a tiras y observó el contenido sin comprender muy bien de qué se trataba.

–¿Es un libro de recetas?

–Es un libro de recetas de paellas –aclaré–. No solo está la de la región típica, sino todas. Lo compré en el dutifrí del aeropuerto…

–Es perfecta.

Nos quedamos en silencio y jugueteé con la tela desgarrada de mi camiseta.

–No puedo salir hoy a comer contigo…

–No pasa nada. Debía suponer que tenías planes. –Me excusé con una ligera decepción.

–He quedado con uno de los chavales que acaba de dejar el centro para ayudarlo a hacer un currículum medianamente decente –me explicó. –Pero, si quieres, podemos dar un paseo.

–Suena bien –me apresuré a contestar, delatando más de lo que me habría gustado, la ansiedad que tenía.

–Vamos a subir a mi casa y te dejo una camiseta para que no tengas que ir con eso roto.

–¿No les molestará a tus compañeros?

–¿Esa es tu manera sutil de sonsacarme si vivo solo? –Enarcó una ceja mientras guardaba la caja de nuevo en el interior de la bolsa y abría la puerta del portal–. No. Convivo con alguien. –La sujetó para que pasase.

Tenía que haberlo imaginado. Le pedí que siguiese hacia delante y me olvidase, ¿por qué iba a esperarme?

Los segundos del ascensor fueron algo tensos. La verdad es que me apetecía más bien poco conocer a la mujer con la que Sebastian compartía casa, ser testigo del hogar que tenían en común, observar cómo ella se lanzaba en sus brazos para recibirlo.

Mi antiguo vecino me miró por el rabillo del ojo mientras metía la llave en la cerradura y la puerta cedía.

–¡Ya estoy aquí! –anunció, y me preparé para que una chica despampanante saliese a su encuentro.

Vivía en un tercero. La entrada daba al salón. No era excesivamente grande, de paredes blancas y mobiliario básico. Oí las pisadas golpeando el parqué de madera. Alguien venía ansioso a su encuentro. Casi me eché a reír cuando comprobé que no era lo que me imaginaba.

–¿Sorprendida? –preguntó mientras se agachaba a recoger entre sus brazos a un pequeño yorkshire, una bola marrón que comenzó a lamerle la cara y que, si no se meó de la emoción, poco le faltó–. Te presentó a mi compañero de batalla, *Elvis*.

–¿*Elvis*? –repetí, y le acaricié el lomo. Verlos juntos era gracioso a la vez que entrañable. Sebastian tan grande e imponente y el animal tan diminuto como la palma de su mano.

–Sí, es un buen perro, quería que tuviese un nombre de algo que me trajese buenos recuerdos y Las Vegas siempre lo hace. Incluso con el sabor agridulce con el que me marché. –Nos miramos fijamente y, de nuevo, sentí esa conexión que iba más allá de lo comprensible.

–¿Qué le ha pasado? –Me percaté de que no tenía el ojo derecho y dejé en un segundo plano el hecho de que me hubiese dicho una frase que daba lugar a la esperanza de que lo nuestro no había acabado, que cuando nos separamos no escribimos un punto final, sino un paréntesis.

–No lo sé. Me lo encontré así. Estaba corriendo por el parque y salió a mi encuentro repleto de sangre. Lo llevé a la clínica veterinaria con la intención de pagar los cuidados y que después alguna protectora se hiciese cargo de él. Pero cuando llamé me pidieron que se quedase conmigo una noche hasta que le buscasen una casa de acogida y a la mañana siguiente, cuando me dijeron que ya habían localizado una en Harlem, les dije que no hacía falta, que ya tenía hogar. –Se encogió de hombros, lo depositó en el suelo y fue a recoger la correa–. No lo mires con lástima. Que no te engañe con esa apariencia indefensa, es el terror de las perras del parque.

–Definitivamente eso no ha sonado muy bien. –Los dos nos reímos–. ¿No es un poco pequeño

para ser un semental?

–El tamaño no importa. *Elvis* tiene clase. Y el mejor de los maestros.

–¿Ahora enseñas a tu perro a ligar?

–Le doy indicaciones cuando estamos comiendo.

–Es broma, ¿no?

–Para nada. Ya te lo he dicho, somos compañeros. Eso sí, los platos y las conquistas no los compartimos.

–¿También le haces quiquis? –Me levanté.

–Pero ¿qué clase de mujer cruel eres? Eso rompería su virilidad. –Negué con la cabeza y me reí–. ¿Qué?

–No tienes remedio.

–¿Me lo tomo como un piropo o como un insulto? –Le colocó la correa al animal, que reaccionó corriendo en círculos a su alrededor.

–Significa que, aunque ahora llevas camisas y no sudaderas con capucha no has cambiado, y me gusta. Tu sello de identidad siempre lo ha hecho.

–¿A pesar de que me has dicho un millón de veces que me matarías gustosamente?

–Sí, porque lo importante no era lo que pronunciaba, sino lo que me callaba. –Le lancé una indirecta bastante directa y él se limitó a poner su sonrisa ladeada.

Me dejó la correa y fue a su habitación a buscar una camiseta negra que me tendió antes de recuperar el control del animal. Me la puse en el baño y me deleité absorbiendo de nuevo su aroma antes de salir.

Caminamos hasta Central Park. Sebastian liberó a *Elvis*, que corrió eléctrico por el césped de un tono intensamente verde mientras nosotros nos sentábamos en un banco. El lago del pulmón de Nueva York estaba enfrente, con los turistas tratando de remar en las pequeñas barcas, los árboles dando la sombra necesaria para soportar el calor y las siluetas de los enormes edificios de la ciudad reflejándose en la superficie cristalina.

–¿Qué tal es el trabajo en la clínica de desintoxicación?

–Inspirador. –Se recostó sobre el respaldo de manera dejada–. Y tú, ¿estudias Derecho o cambiaste radicalmente de opinión y ahora eres profesora de baile en alguna escuela?

–Sigo bailando como afición. Mis pobres compañeras lo sufren cuando pongo YouTube en la televisión común y las obligo a acompañarme.

–Deberías hacerles un monumento. Conozco esa tortura… –El aire le dio de lleno y se le revolvió el pelo–. Entonces, ¿eres la mejor amiga de la constitución?

–Como proyecto de abogada debería decir que sí, pero, entre tú y yo –me acerqué y nuestros brazos se rozaron– no me cae demasiado bien. He suspendido esa asignatura.

–Vaya, yo que te imaginaba como una rata de biblioteca que llenaba sus lúgubres salas de

color.

–Lo hago. –Asentí rememorando que en la época de exámenes casi se había convertido mi casa–. Aunque también disfruto de la calle, de salir, de conocer, de descubrir.

–Haces bien. Hay que tener metas sin olvidar una verdad universal…

–¿Y esa es?

–Que al aire libre los pulmones se llenan de un oxígeno más puro. –Giró la cabeza para mirarme–. Obsesionarse en el ámbito laboral o académico y que lo sea todo no es algo positivo. La vida es equilibrio y la balanza entre el esfuerzo por labrarse un futuro y disfrutar del presente tiene que estar a la misma altura.

Elvis comenzó a ladrar. Era su particular manera de comunicarnos que acababa de ir al baño. Lo tenía bien educado. Como ciudadano cívico, se levantó y agarró una bolsa, solo una y no como la mujer anterior que se había llenado el bolso de ellas, y recogió los desperdicios.

–Nunca pensé que un animal tan pequeño podría plantar un pino tan grande. –Se cruzó de brazos y negó con la cabeza mirando a *Elvis*, que permanecía a su lado sentado. Revisó el reloj–. Tengo que irme. Lo siento, April.

–No pasa nada. Tu chico te necesita. –Me puse de pie. Nos quedamos el uno frente al otro.

–Supongo que nos veremos. –Se acercó con una torpeza desconocida y me dio un abrazo frío con un par de palmaditas en la espalda. No sabíamos cómo actuar.

–¿Esta noche? –Él siempre había llevado la iniciativa. Había peleado por lo nuestro. Llegaba mi turno.

–Cualquiera dirías que me tienes ganas… –parafraseó lo que le dije la noche en Las Vegas cuando me llevaba a la habitación después del baile.

–¿Yo? ¿Ansiosa? Para nada. –Sonreí–. Y es mera casualidad que todas las recetas sean como mínimo para dos personas. En ningún momento he pensado que podría servirme como pretexto para ganar una cita contigo si te veía poco receptivo.

–Entiendo… –Se le dibujó una irresistible sonrisa ladeada cargada de ilusión y yo sentí como el mundo temblaba bajo mis pies.

–¿Y aceptas?

–¿Cuándo he podido decirte que no, rubita?

Nos separamos con la intención de volver a vernos esa misma noche.

Siempre he tenido una teoría. Tal vez sea una tontería, pero para mí es completamente cierta. Una de esas verdades del corazón. Pienso que cuando dos personas que se quieren se despiden y cada una toma una dirección, no pueden resistirse y, en el último segundo, se dan la vuelta para observar una vez más a la otra persona, como si la fuerza magnética de los propios sentimientos tomase el control y no lo pudiesen evitar. Lo hice temerosa de toparme con la silueta de su espalda alejándose.

Me encontré con sus ojos negros. Los dos nos habíamos girado. La señal. Nueva York volvía a sonar a hogar.

Epílogo

Tres años después.

La miro. Lleva los pantalones marrones de pitillo que se compró aquella tarde en la que me quise cortar las venas en el centro comercial de todo lo que tardaba en decidirse, los zapatos de tacón verdes que sé que le dejarán los pies molidos, motivo por el que me suplicará un masaje con los ojos del Gato con Botas en *Shrek*, la camisa blanca un poco trasparente que la obliga a ponerse un sujetador sin sus eternos dibujos animados y una coleta que me hace cosquillas en la barbilla.

Ato el pañuelo en la parte trasera de su cabeza y me percato de que está nerviosa, más que esta misma mañana, cuando la he llevado a que empiece las prácticas en el bufete de abogados. La dejo ahí quieta y abro la puerta del piso. Nuestro piso. Alquilado, eso sí.

La imagen del otro lado es totalmente distinta a la que nos encontramos cuando la amable señora de la agencia nos lo mostró. Es un ático bien situado en Brooklyn. Acogedor, pequeño, íntimo y con unos grandes ventanales del suelo al techo a través de los cuales podemos sentirnos un poco dueños de Nueva York.

No sé por qué nos decantamos por este. Tal vez porque la mujer era una vendedora nata que supo sacarle partido al piso prácticamente en ruinas que nos enseñó, alegando que las labores de reconstrucción unían a las parejas, que lo sentiríamos más nuestro. Puede que lo que pasaba era que nos moríamos de ganas por mudarnos y nos habría valido cualquier cosa con cuatro paredes y una buena construcción que nos indicase que el suelo no se iba a venir abajo si, como era costumbre, ella saltaba a mis brazos cada vez que yo llegaba después de trabajar.

Sea como sea, firmamos el contrato por un año y, ahora, tenía delante de mí meses de pintura, elección de muebles que nos traían por el camino de la amargura y una mudanza en la que ese espacio inerte cobró vida gracias a nuestras cosas. Era como si hubiéramos encontrado una piedra en bruto y la hubiésemos cincelado hasta convertirla en una obra de arte que tal vez no tendría valor en una subasta, pero no venderíamos por nada del mundo.

–No sé a qué viene tanto misterio. Elegí los muebles yo misma. Miento. Creo que fue Lily la que lo hizo bombardeándome de fotos –se impacienta April. Los últimos muebles han llegado esta misma mañana y todavía no ha visto el montaje del salón. El detalle que nos faltaba.

La agarro por los hombros y la voy guiando por el interior para que no se tropiece. Ansioso porque vea el único detalle que desconoce. La pieza que faltaba.

–Ya estamos. –La detengo en el centro exacto del salón–. ¿Preparada?

–Contigo nunca sé si lo estoy.

Comienzo a deshacerle el nudo del lazo de la venda excitado por saber si le agradará mi idea. Algo que tenía claro desde hacía mucho tiempo.

La tela cae y la enrollo en mi muñeca, apartándome unos pasos de su lado para que pueda observarlo con mayor intimidad. Está ahí. En la pared. Justo debajo del cuadro con la frase «Se separaron. Ella tomó el camino de la izquierda. Él el de la derecha. Pero olvidaron algo. El mundo es redondo». Una cita que leímos una noche en el Facebook de una de sus amigas e hicimos propia hasta el punto de mandar hacer un lienzo que coronase nuestro hogar.

Soy consciente de que lo ha visto cuando comienza a tiritar y su piel se pone de gallina. Se mueve en silencio. Hipnotizada por la visión. Camina hacia delante despacio. El pecho le sube y le baja con rapidez. Sé que un cóctel de emociones está cobrando vida en el interior de su pecho.

Alarga su temblorosa mano y descuelga el cuadro. Espero que Lily haya acertado en la imagen. Cuando le pedí una fotografía de April con Sam me dijo que acababa de confirmarle que «estaba loco», pero por su amiga. Después me abrazó como no sabía que esa rubia de pelo rizado y lengua con salidas para todo podía hacer.

También me dio las gracias más o menos un millón de veces. No lo comprendí. Me sentí algo incómodo. Tal vez el mensaje de su hermano de que debemos hacer las cosas porque nos nacen y no esperando nada a cambio me había calado muy hondo.

Yo no pretendo convertirme en el jodido héroe ni que suspiren por mí. La quiero a ella. Todo de ella. Incluso esa parte que sé que siempre le pertenecerá a Sam. Exigir que le elimine de sus pensamientos, de su corazón, es pedirle que se extirpe un órgano vital.

Amar a April significa convivir con Sam, con su recuerdo, con su existencia, sabiendo que él siempre estará a nuestro lado, aunque no podamos verlo.

Deseo ser todo para ella. La persona con la que pueda compartir sus recuerdos, sus llantos, sus problemas, sus incertidumbres, sus ilusiones. No me atrae que se sienta culpable cuando un día se despierte después de haber soñado con él y rompa a llorar durante horas porque lo echa de menos, sino ser el que le limpia las lágrimas y está a su lado en silencio, apoyándola, consolándola, cuidándola.

Acaricia la fotografía. Salen los dos sentados al lado de una noria antigua. Supongo que existe una posterior posando. De esas bonitas para enseñar a sus amigos o subir a las redes sociales. No

es el caso de la seleccionada. Puede que esta hubiese sucedido segundos antes. Ambos se miran y sonríen. No sé las palabras que se habían dicho previamente, solo que parecen enamorados en ese instante robado al tiempo y capturado en una fotografía. Mucho.

Está así unos segundos antes de volver a depositarla en su sitio y girarse con los ojos brillantes.

–Quiero estar siempre a tu lado –pronuncia con lentitud y seguridad la invitación que llevo deseando toda mi vida.

–¿Por qué? –April sonríe como si supiese de antemano que iba a hacer esa pregunta.

–Porque incluso cuando me meto en la cama enfadada contigo antes de dormirme no puedo evitar pensar que levantarme a tu lado cada mañana es un regalo. –Da un paso hacia mí–. Porque toda la gente que me conoce en Nueva York sabe el desagradable ruido de cerdo que hago al reírme y eso es porque tú no paras de arrancarme carcajadas. –Camina otro–. Porque cada día te odio un poquito más, musculitos.

–Y yo a ti, rubita.

Da un último paso y en lugar de besarme me abraza como si el mundo se estuviese acabando en ese preciso instante. Con la misma ansiedad que yo lo hice en la puerta del hospital cuando ese contacto me demostró que había caricias en las que le regalabas tu alma a otra persona. La acojo y la aprieto con fuerza contra mi pecho. No necesito nada más. El momento es perfecto.

Nunca había creído en el amor hasta que lo experimenté. Después pensé que, una vez que lo conseguías, ya estaba todo hecho. El tiempo y los acontecimientos me demostraron lo contrario. Querer a alguien no es sencillo y, si te lo parece, es que desgraciadamente todavía no lo has experimentado.

El amor, como la vida, es un sentimiento que nace y que hay que cuidar a cada instante y es que, señoras y señores, amar a una mujer significa que tu meta diaria sea hacer todo lo que está en tu mano para que sea la persona más feliz del mundo. Del universo, si aquel se te queda corto. Luchar contra tempestades, asesinar tu vena egoísta, aprender cosas impensables, desvivirte por alguien, que la palabra «nosotros» desbanque al «yo». Y no solo eso. También es besarla como el primer día, tocarla hasta que no sientas las manos y hacerle el amor con la palabra. Es, en definitiva, utilizar todos los medios a tu alcance para entrenar su corazón para que así, solo así, el viento nunca más pueda robarle su sonrisa.

Agradecimientos

Estar escribiendo estas palabras me parece increíble. Yo, que recibí tantos rechazos de editoriales que llegó un momento en el que estaba segura de que nunca lo conseguiría, ahora he ganado el premio de Neo y, de su mano, he descubierto lo que se siente cuando los sueños se transforman en realidad.

Gracias a los miembros del jurado por darme los mejores regalos del mundo: confianza, ilusión y fuerza renovada. A Anna, mi editora, por demostrarme aquel día tomando un café en Atocha que para ella estos personajes existían, me hizo sentir menos loca y saber que estaban en buenas manos. Un pálpito. Y no me he equivocado. He disfrutado cada detalle de esta edición.

Dicen que existe una novela en la que todo autor se deja el corazón y otra que se lo hace más grande. Esta es de las segundas. Gracias a esta historia se ha forjado una amistad, un triángulo, una unión que hace que, para mí, los mejores recuerdos de este libro sean los que he compartido con Pilar e Inés. Ellas lo han sido todo. Me han demostrado que el camino de la literatura compartido es mucho más divertido, real y único. Han estado a mi lado. Siempre. Desde la primera palabra hasta la última. Chicas, lo hemos conseguido, por fin vamos a poder achucharlo.

A Daniel Ojeda por demostrarme que hay gente que es buena porque sí y que, como Sam, tiende su mano sin esperar nada a cambio, por el placer de poder hacerlo. A Alice Kellen y a María Martínez, todavía estoy haciendo la croqueta y gritando como una niña pequeña por vuestras frases. Tener compañeras así le da sentido a este mundo literario. Hace que lo mires de otro modo. Que veas el lado bueno de las cosas.

A mi familia: Bertita, Antonia, Nuria, Rubén, Jorge, Amparo, Miguel Ángel (Titi), Javier, Elena y Pablo. Gracias, papá, por aconsejarme, por ser mi constante, por tener la pizca justa de cautela para que mamá y yo mantengamos los pies en la tierra y, una vez que todo ha salido bien, celebrarlo como si verme feliz fuese lo que mueve tu mundo. Gracias, mamá, por la ilusión, por hacerte unas gafas para poder leer mis novelas, por confiar tan fuerte cuando todo se veía negro que era imposible que tu entusiasmo no se contagiara, por ser el impulso que necesitaba para

dejar de llorar y ponerme una vez más detrás del teclado. Tú eres la razón por la que sigo haciéndolo. La heroína de mi historia.

A toda la gente de mis dos pueblos, Villora y Villar del Maestre, ver cómo tantas personas se vuelcan contigo te hace un nudo en la garganta y te pellizca el corazón. En especial me gustaría mencionar a mis amigos: Alejandro, Silvia, Miguel, Alberto, Carolina, Mónica, Toni, Samuel, Antonio, Sergio, Víctor, Carmén, Guillem, Tamara, Rubén, Nuria, Vanessa, José, Nico, Paula, Lara, Natalia, Berta, Diego, Mario, Blanca, Rodrigo, David, Irene, Carlos, Darío, Noah, Laura, Alicia, Andrea, Noah, Laura, Guiye, Raúl, Ana, Rosa, Tito, Belén, Sergio y Lucas. A mis amigos de la universidad, Raúl, Alberto, Dani y Carlos. A mis amigas del colegio, Cristina, Alba, Silvia, Bea y María, de vallecasdigital, Paloma y Tamara, y mis amigos del Erasmus, Ana, Paula, Vera, Cristian, Sara, Ángela, Mado, Roberto y Laura. Saber que una novela más os puedo dar las gracias solo puede significar una cosa, seguís a mi lado, y nuestra gran familia crece.

¿Creías que te quedabas sin agradecimiento, rubita? Eso nunca. Te he dejado para el final como venganza por decir que me río a trompicones o como un perro pulgoso (¡Mi maldad no conoce límites!). Mis chicas del CAM (y chicos) tenían que estar aquí. Y es que vosotras me regaláis cada día con vuestras conversaciones, risas y amistad todos los sentimientos que después quiero transmitir en mis novelas. Sois el ejemplo de que nunca sabes cuál es el camino que conduce directo a la felicidad. A veces tomas una autopista sin muchas expectativas y, ¡magia!, te das cuenta de que existe un mundo en el que madrugar no es tan malo si sabes que vas a compartir tus horas con gente maravillosa. A Sheila, Raquel P., Nuri, Sandra, Sara, Raquel V., Andrea, Javi, Ceci, Rosa, J. C., Fani, Virginia, Yoana, Eva, Virgi y Nati (el mensaje es el mismo para ti, aunque el departamento sea distinto). Con vosotras al fin del mundo, ¡incluso a tirarnos con un paracaídas o hacer mi primera fiesta de pijamas con casi treinta añazos!

A Sam, April y Sebastian. Gracias por devolverme la ilusión por escribir. Gracias por dejarme contar vuestra historia. Gracias por mudar la piel conmigo, romperme, reconstruirme, enamorarme y hacerme sentir de todas las maneras posibles. Gracias a vosotros encontré mi voz. Gracias a vosotros mi universo cambió de color. Con el vuestro. Y ahora os veo allí donde mire.

Por último, quería darte las gracias a ti. Por leer su historia, por hacer que cobren vida de nuevo, por permitir que sigan existiendo y por dejar a esta autora soñar con que ellos serán eternos. GRACIAS.

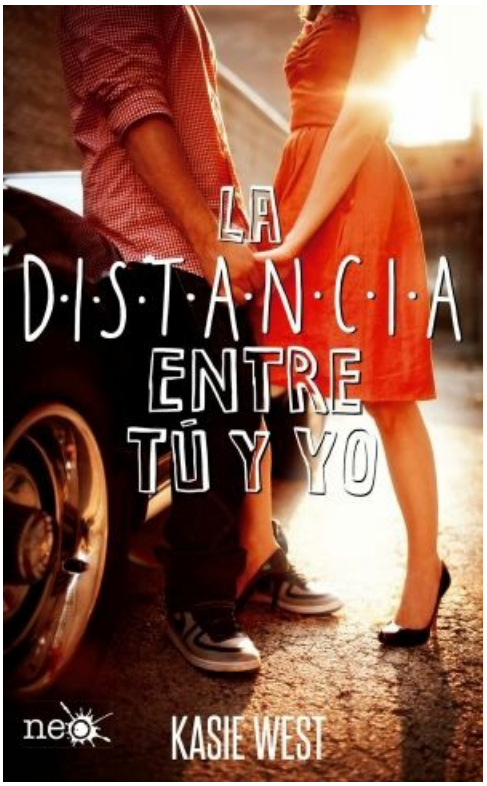
Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y nuestras redes sociales:

www.plataformaneo.com
www.facebook.com/plataformaneo
@plataformaneo

Plataforma Editorial planta un árbol
por cada título publicado.




LA
D·I·S·T·A·N·C·I·A
ENTRE
TÚ Y YO
KASIE WEST

La distancia entre tú y yo

West, Kasie
9788416620784
311 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Caymen Meyers aprendió de muy pequeña que no se puede confiar en la gente rica. Y después de años estudiándolos detrás de la caja registradora de la tienda de muñecas de porcelana de su madre, nada le demuestra lo contrario.

Un día Xander Spence entra en la tienda. Es alto, guapo y extremadamente rico. A pesar de su encanto y el hecho de que parezca ser la única persona que la comprende, Caymen sabe que su interés por ella no va a durar. Porque esa es precisamente una de las cosas que aprendió de su madre: la atención de los ricos se desvanece rápidamente.
Pero justo cuando la lealtad y el afecto de Xander están a punto de convencerla de que ser rico no es un defecto, Caymen se da cuenta de que el dinero jugaba un papel mucho más importante en su relación de lo que pensaba. Con tantos obstáculos en su camino, ¿serán capaces de recorrer la distancia que los separa?

Cómpralo y empieza a leer


MIKE LIGHTWOOD
EL HIELO DE MIS VENAS
neo

El hielo de mis venas

Lightwood, Mike
9788417002053
428 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Vivir con culpa no es tarea fácil, y eso es algo que Darío sabe muy bien. Después de todo, el que solía ser su mejor amigo vive un auténtico infierno tras confesarle lo que sentía por él, y lo peor es que Darío no puede hacer nada para arreglar la situación.

Atormentado por unas oscuras pesadillas, Darío se enfrenta cada día a su peor enemigo: él mismo. El problema es que es demasiado difícil aceptar lo que siente, sobre todo cuando hacerlo significaría que tal vez no sea la persona que siempre ha creído ser.

El hielo de sus venas se extiende cada vez más, y dependerá solo de él conseguir que se derrita o dejar que se extienda hasta congelarlo por completo.

Cómpralo y empieza a leer


Felices
por
siempre jamás
Stephanie Perkins
Autora de Un beso en París

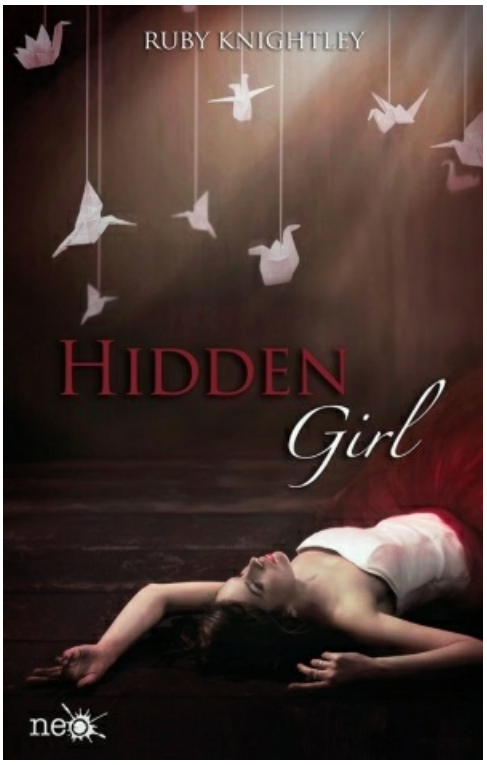
Felices por siempre jamás

Perkins, Stephanie
9788416256099
400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Enamorarse en la ciudad más romántica del mundo es fácil para la soñadora Isla Martin y el enigmático artista Josh Wasserstein. Pero a medida que avanza el último curso en la School of America de París, Isla y Josh se ven obligados a afrontar la desgarradora realidad, porque, quizá, su historia no acabe con un «felices por siempre jamás». ¿Seguirán juntos cuando los días en el instituto se acaben? ¿Será su amor más fuerte que la distancia? Su romance se convertirá en un apasionante viaje por Nueva York, París y Barcelona, acompañados de sus amigos Anna, Étienne, Lola y Cricket.

Cómpralo y empieza a leer


RUBY KNIGHTLEY
HIDDEN
Girl
neon

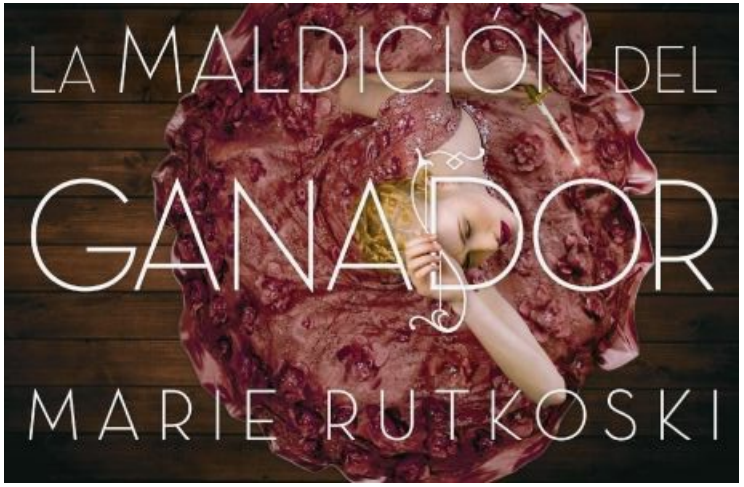
Hidden Girl

Knightley, Ruby
9788416096138
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Christine ve por fin sus sueños hechos realidad: acaba de recibir una beca para estudiar el último curso de instituto en Nueva York. Su nueva vida en la zona más elitista de Manhattan, el Upper East Side, pronto se convierte en una intensa aventura en la que hará todo lo posible para no rendirse a los encantos de los hermanos Woodley, Nathan y Tristan. Y por si su estancia en el instituto Magnificence no fuera bastante complicada, una serie de desapariciones y asesinatos entre las chicas de la clase alta de la ciudad hará que su nuevo mundo se tambalee.

Cómpralo y empieza a leer


LA MALDICIÓN DEL
GANADOR
MARIE RUTKOSKI

La maldición del ganador

Rutkoski, Marie
9788416429714
386 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Como hija del general de un gran imperio que se deleita en la guerra y en la esclavitud, Kestrel solo tiene dos opciones: unirse al ejército o casarse.
Sin embargo, todo su mundo da un giro radical cuando la chica encuentra un esclavo cuyos ojos parecen desa ar al mundo entero y, siguiendo su instinto, termina comprándolo por una cantidad ridícula de dinero. Pero el joven guarda un secreto, y Kestrel aprende rápidamente que el precio que ha pagado por otro ser humano es mucho más alto de lo que podría haber imaginado. Que ganar aquello que quieres puede costar todo lo que amas.
Ambientada en un mundo imaginario, La maldición del ganador es una historia de conspiraciones, rumores, secretos y rebeliones en la que todo está en juego y en la que la verdadera apuesta consiste en conservar la cabeza o seguir al corazón.

Cómpralo y empieza a leer